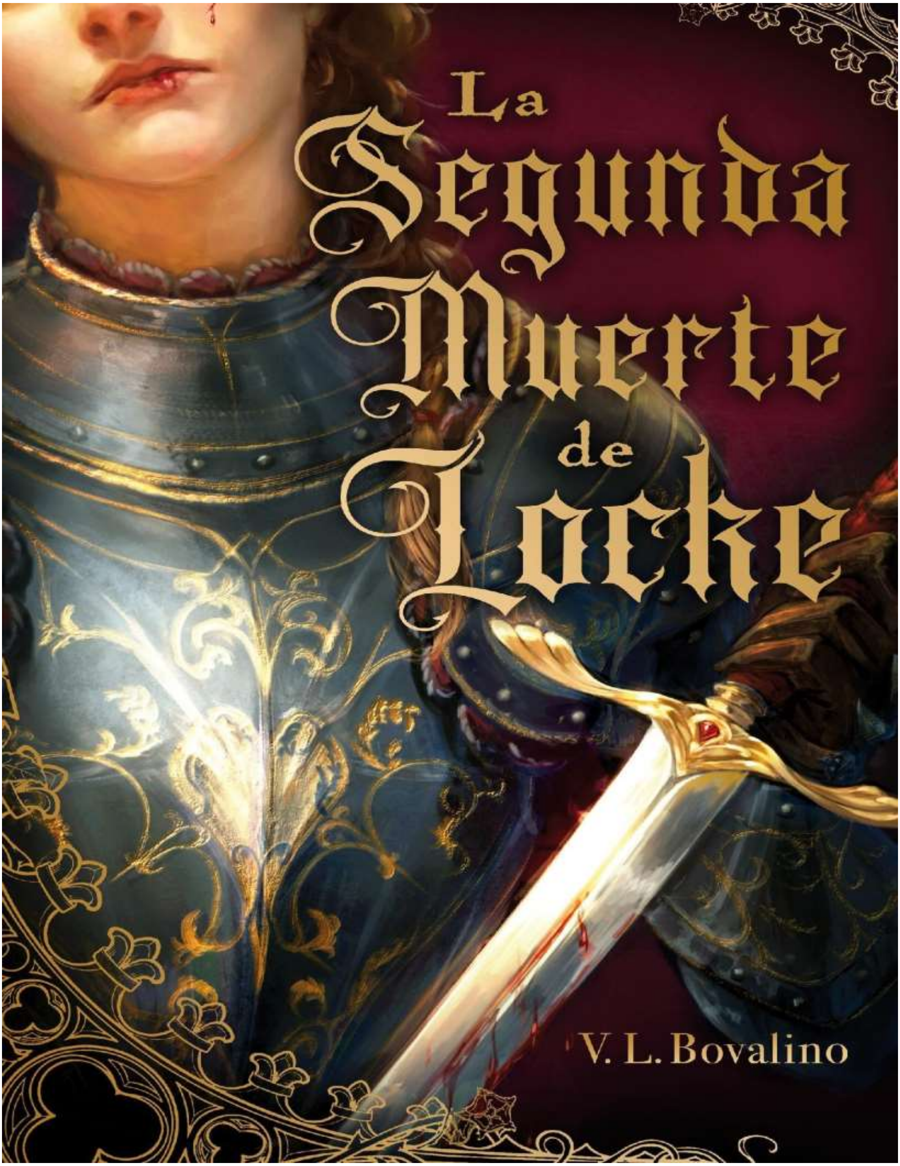
La
Segunda
Muerte
de
Locke
V. L. Bovalino



Para Matt.

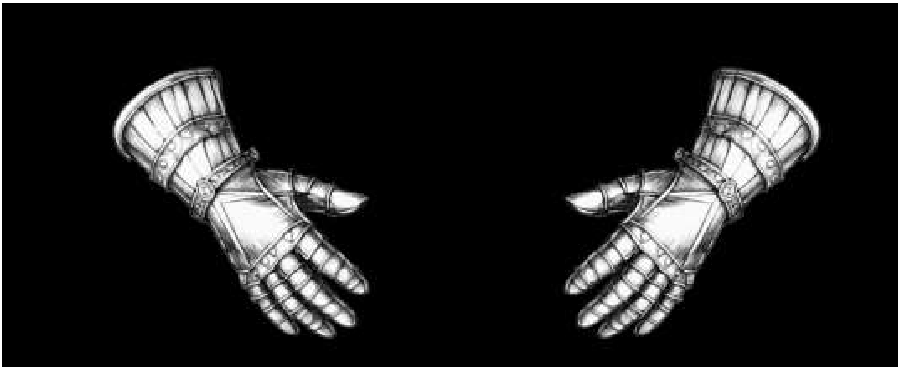
Nestria
Cleoc Strata
Scaela
Locke
Luthar
Eprain

PARTE I

La Mano

y

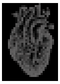
el Corazón



«Un pozo sin un mago no es nada. ¿Qué sentido tiene el poder si no hay forma de utilizarlo? Por sí solo, un pozo no es mejor que un soldado común. Sin entrenamiento en combate o en sanación, son incluso menos útiles que un típico.

Si uno no puede proteger a su maestre, a su mago, no merece poseer tal poder».

Blandir el poder, Volumen I. Tercera edición, revisada después de la Destrucción (d. D.).



uno

Volvía a llover en Mecketer mientras Grey atravesaba el campamento hacia la tienda de comandancia. Casi había terminado de lavarse y, por primera vez en días, había estado a punto de encontrarse adecuadamente limpia, cuando Kier había establecido un vínculo y le había enviado un pulso a través de él. Disfrutaban de tan poco tiempo separados el uno del otro que, por norma general, no solía interrumpirla, lo cual solo podía significar una cosa: la necesitaba para algún asunto oficial. Hacía demasiado frío y seguía llevando el cabello mojado y formando un nudo caótico que le goteaba sobre la capa, pero si él estaba en alguna parte… Bueno, entonces, también se requería su presencia.

Se suponía que no debían estar separados y se tomaban aquel deber muy en serio. Cada paso que daba a través del campamento encharcado le parecía una batalla perpetua con algún enemigo invisible, como si la sangre de aquellos con los que habían luchado y la de aquellos a los que habían perdido estuviera decidida a reclamar sus botas para los huesos enterrados más abajo. Igual de incómodo le resultaba el palpitar irregular del corazón dentro del pecho y el nudo que tenía en la garganta. En realidad, no estaba ansiosa, pero el puesto que Kier y ella compartían exigía una especie de codependencia insana en la que solo se permitía pensar a altas horas de la noche, cuando estaba segura de que él estaba durmiendo.

No sabía si, en su ausencia, el capitán albergaba el mismo tipo de reacciones. Nunca se lo había preguntado.

Se deslizó a través de la abertura y entró en la comandancia que, en realidad, no era una tienda sino, más bien, una mezcolanza chapucera de varias, unidas por túneles de tela que parecían de otro mundo. Creía que, en el pasado, habían sido del color de la lona natural, pero en aquel momento eran de un gris sucio a causa del humo de las hogueras del exterior y estaban repletas de manchas marrones de barro. Odiaba las tiendas. Olían a humedad y a moho, lo cual era el resultado inevitable de que la lluvia se colara por cada grieta y, además, siempre hacían que le picara la piel. En alguna ocasión, en otros destinos, los habían estacionado en alguna de las muchas fortalezas antiguas de Scaela, donde habían acabado rodeados por la luz de las velas, gruesos muros de piedra y suelos de verdad, pero aquel no era el caso de Mecketer. Ni siquiera estaban cerca de una

ciudad: el campamento era una entidad propia y, a pesar de que había existido en la frontera entre Luthar y Scaela durante la mayor parte de los años que llevaban en guerra, se había quemado por completo o había cambiado demasiadas veces como para conservar algo permanente. En aquel momento, tal como había ocurrido siempre, existía para proteger la ruta de suministros marítimos que

transcurría entre Scaela y uno de los antiguos puertos de Luthar, que cambiaba de manos de una nación a la otra de forma constante.

Lo que daría por volver a estar en una de esas fortalezas, con un tejado sobre la cabeza y piedra bajo los pies… Lo que daría por unas botas secas y una capa que abrigara más…

En cuanto entró, le recepcionista alzó la vista con un cansancio evidente reflejado en el rostro. En realidad, no era alguien cuyo trabajo fuese el de recepcionista, sino une típique castigade con trabajo secretarial o una joven persona de armas demasiado herida como para patrullar. Se puso en pie e inclinó la cabeza ante Grey.

—¿En qué puedo ayudarla, capitana mano? —dijo con el tono de voz monocorde de alguien que había dejado de darle importancia a todo doce muertes atrás.

—Estoy aquí para unirme al capitán Seward —contestó ella.

Ni Attis ni Concord la habían mandado llamar, pero no era necesario. Si Kier estaba allí, se suponía que ella también debía estar.

Le recepcionista suspiró, pero salió de la tienda administrativa, la condujo a través de tres pasajes transparentes llenos de agua y se detuvo ante la entrada de otra tienda marcada con el escudo de armas del alto lord de Scaela: una mano abierta con la palma extendida, haciendo el signo de la justicia, sobre un campo azul claro. Allí, su acompañante se detuvo y cuadró los hombros (Grey intentó no darle demasiada importancia a aquel gesto) antes de decir:

—Maestre Attis, la capitana mano Flynn está aquí.

No se oía nada al otro lado. La maestre Attis era poderosa con la magia común y el pozo del que extraía su poder era lo bastante fuerte como para marcar la diferencia, así que era capaz de mantener un escudo de sonido el tiempo suficiente como para lograr que la mayoría de sus asuntos permaneciesen privados. Era concienzuda. Grey era capaz de valorarlo a pesar de que aquella mujer la aterraba vagamente por motivos que todavía no había dilucidado del todo.

—Adelante —dijo al fin una voz.

Grey masculló un breve agradecimiento a su acompañante. Se percató de que cojeaba y favorecía el lado izquierdo, por lo que se planteó recomendarle que visitara a Leonie, pero los sanadores ya tenían demasiado trabajo.

Se sacudió para centrarse, pasó bajo el escudo de armas de Scaela y, antes de avanzar más, inclinó la cabeza ante la maestre Attis y su mano. Los oídos se le taponaron un poco al atravesar el escudo y tuvo que esforzarse mucho para no arrugar la nariz o frotarse las orejas.

Como en la mayoría de las tiendas de Mecketer, apenas había muebles en el interior y, desde luego, nada que pudiera contar como permanente o bien construido. En un lateral había un brasero abierto con llamas de un color violeta suave alimentadas por la magia.

Grey se relajó un poco ante la calidez. Era una tienda pequeña en la que solo había una mesa cubierta de mapas, un escritorio y dos sillas. Attis estaba sentada a un lado del escritorio, tiesa como una vara, y llevaba el pelo canoso recogido en un moño muy apretado que le daba a sus rasgos un aire aún más severo. Su mano acechaba tras el respaldo del asiento como una sombra mal posicionada. Kier ocupaba la otra silla y, a pesar de que estaba sentado con primor y tan recto como la mismísima Attis, de algún modo conseguía transmitir una impresión de desaliñada indiferencia. Tenía algo que ver con la curva retorcida de sus labios y el mechón de pelo que nunca lograba que se le quedara allí donde lo había colocado.

—Te pido disculpas por haber empezado sin ti, mano —dijo Attis, a pesar de que no sonaba en absoluto arrepentida. Apenas la miró siquiera mientras ordenaba los papeles que tenía sobre el escritorio.

«¿Quién soy yo para retrasarla?», quiso contestarle con sarcasmo, pero ya se había metido en problemas por tener una lengua afilada. El barro hacía que se sintiera irritable y el constante aroma salado del mar, que se encontraba a un par de kilómetros, la inquietaba.

Aquel era uno de los muchos motivos por los que no le gustaba aquel destino: tenía que callarse sus verdaderos sentimientos a menos que Kier fuese el único que pudiera oírla. De normal, con el único destino de una muerte violenta o una vida de batallas por delante, sus maestres solían tener mejor sentido del humor.

Asintió una vez y, después, centró toda su atención en Kier. Lo miró de arriba abajo con rapidez, tal como hacía siempre que volvían a reunirse, incluso aunque solo hubiera pasado un muy breve periodo de tiempo. Era otro de esos hábitos inducidos por la ansiedad.

Conocía de memoria el cuerpo del mago, que le resultaba tan familiar como su propio reflejo: el color avellana desigual de sus ojos; el castaño oscuro de su pelo, que llevaba más rizado de lo habitual, tal como lo había usado de pequeño, gracias a la sal que impregnaba el aire; las variaciones de su piel, que se tornaba de un tono aceitunado más oscuro cada vez que disfrutaba de más de una hora de auténtica luz solar durante el día (aunque no era así en aquel momento, dado que, en Mecketer, casi no había luz y Kier, que reciprocaba el afecto del sol, mostraba una palidez muy poco propia de él); la carnosidad de sus labios; la línea torcida que le dibujaba la nariz y la sombra de las pestañas sobre las mejillas.

No tenía ninguna rotura nueva. Ninguna herida más allá del rasguño de la mandíbula que se había hecho la semana anterior en una escaramuza.

Ocupó su lugar tras él. Por su parte, cuando se colocó allí, él relajó los hombros aunque solo fuese un poco.

Entonces, adoptó la posición bien ensayada que tan propia era de un mago y su mano, su pozo, su poder: apoyó la palma sobre el hombro izquierdo de Kier con los dedos curvados de modo que las yemas le rozaran levemente la clavícula y colocó el pulgar a apenas un centímetro de la piel que le asomaba sobre el cuello de la capa. Sumisión y protección.

Lealtad y poder. Todo al mismo tiempo.

—Como iba diciendo, esto no va a ser fácil —dijo Attis.

—Rara vez lo es —comentó Kier con su voz calmada y encantadora, que tan distante resultaba del terror de lo que era capaz de hacer. La pequeña parte de su interior que todavía se removía de ansiedad se acalló de inmediato—. Pero, por favor, continúe.

Grey echó un vistazo a los papeles que había sobre el escritorio de Attis. La mayoría eran mapas con anotaciones (flechas, victorias y derrotas) que mostraban la distribución del ejército scaelano a lo largo de la frontera. En el más grande aparecían todos los Estados-nación que conformaban la isla de Idistra. Repasó todas las líneas: núcleos de

batalla entre su propia nación, Scaela, y Cleoc Strata al norte, Eprain al este y Luthar al sur. Por suerte, la frontera oeste con Nestria estaba tranquila. El nuevo alto soberano de la nación no tenía sed de sangre, pero a saber cuánto tiempo duraría aquello.

Le costó medio segundo darse cuenta de que el papel que se encontraba entre Kier y Attis era otro mapa con anotaciones tomadas con mala letra y mucho más pequeño que los otros que cubrían la larga mesa. No se inclinó para echarle un vistazo, pues aquello no formaba parte de su trabajo. Pensar no formaba parte de su trabajo. La estrategia no formaba parte de su trabajo.

Grey era un pozo y, más allá de eso, era la mano oficial de Kier, el pozo dedicado a él de forma exclusiva. Como tal, tenía que hacer dos cosas: en primer lugar, alimentar a su mago con el poder que necesitaba para hacer magia; en segundo, mantenerlo con vida sin importar lo que ocurriera. En el pasado, ser mano había sido un puesto de por vida que requería una ceremonia de enlace, pero hacía bastante que aquella práctica había caído en desgracia y, poco tiempo atrás, la habían prohibido por completo.

—Este es el camino que han de seguir —estaba diciendo Attis mientras pasaba un dedo por el dibujo de una loma. Era evidente que estaba en medio de una conversación que Grey no había escuchado—. Y aquí es donde se encuentra el recurso. Viajan con un séquito de dieciocho magos. —Eso significaba que también los acompañarían dieciocho pozos, ya que, en el sistema mágico idistrano, unos no podían funcionar sin los otros. Sin embargo, no los había mencionado y Grey no pudo evitar mirar a la mano de la mujer—. Al parecer, operan por turnos para estar siempre en movimiento. Hay cuatro carruajes idénticos con la misma cantidad de guardias. Una aniquilación total es el resultado deseado, tal como ha ordenado el alto lord.

Kier ni siquiera se inmutó. Tras años y años de la misma historia, era lo normal. Grey había perdido la cuenta de la cantidad de muertes que reposaban sobre sus hombros y de la sangre que salpicaba todos y cada uno de los enfrentamientos de los que conseguían salir con vida a duras penas.

—La aniquilación puede que sea complicada —respondió él—. ¿A cuántos soldados me llevo conmigo?

—A toda tu compañía, capitán.

Kier hizo un ruidito.

—¿A todos?

—Esas son las órdenes del alto lord.

Grey no se percató de lo mucho que le estaba clavando los dedos en el hombro hasta que él no lo bajó un poco, que era la señal que utilizaba para hacerle saber que se había puesto tensa.

En Idistra, siempre había existido un número bastante mayor de pozos que de magos, pero con las guerras constantes y un poder menguante, ya no era algo con lo que pudieran contar. Ni siquiera en Scaela, la nación que había contado con mayor cantidad de poder cuando todo había cambiado.

—Basándonos en el último censo de pozos, no parece una buena estrategia… —comenzó a decir.

—Sería más prudente dejar aquí a algunos de nuestros pozos —concordó Kier, cargando con el muerto de su descaro y encubriendo con soltura aquel traspié.

Grey sintió un tirón en el vínculo que los unía, un pulso que le pedía precaución, y frunció los labios. A pesar de que Kier y ella mantenían el mejor equilibrio que podría existir entre una pareja de compañeros y a pesar de que se trataban como tal, no todos los magos veían la relación con la fuente de su poder como una entre iguales.

Y, por supuesto, sabía qué otras cosas le diría él si estuvieran a solas: «Si no dejas de cuestionar a las autoridades, acabarás llamando la atención». Cuando le decía eso, por norma general, ella solía replicar con un: «Siempre llamamos la atención. Es culpa tuya, por ser tan alarmantemente grotesco». A lo que, casi sin duda, él contestaba diciendo:

«Alarmantemente despampanante, querrás decir».

Attis sacudió la cabeza y le lanzó una mirada de advertencia antes de volver a girarse hacia él.

—No todas las especialidades están tan desarrolladas como la tuya. Todos los magos de tu compañía deben ir acompañados de su mano, así como de tantos típicos como para igualar sus números y cubrirlos.

Y todos te acompañarán. No pienso correr ningún riesgo.

Kier no protestó a eso, pero Grey sabía lo que estaba pensando. Durante la época en la que la magia había sido fuerte en todas las naciones de Idistra, los magos tan solo se habían visto limitados por el poder que poseyeran sus pozos. Pero todo había cambiado y todo se había debilitado. A pesar de que siempre habían tenido afinidades con cosas como la carne y los huesos, diferentes materiales o las fuerzas de la naturaleza, ahora, lo que podían hacer con esa magia estaba restringido. Todos los magos que poseían una afinidad con la carne y los huesos tenían una especialidad; una única parte del cuerpo de sus oponentes sobre la que podía influir. Por su lado, los materialistas tan solo podían centrarse en un tipo de metal, madera u objeto. En el tiempo que había pasado como sanadora para el ejército scaelano, Grey había sido testigo de la sangrienta variedad existente: los que tenían la habilidad de cortar la circulación de aire hacia los pulmones y dejaban a los muertos con los labios azules y gesto atormentado; afinidades con la carne que podían coser cuerdas gigantes de piel sobre la boca que ella había tenido que cortar con cuchillas estrechas cubiertas de grandes cantidades de sangre; magos óseos que podían atascar mandíbulas y partir huesos con apenas una mirada… Aunque las afinidades internas eran poco habituales, cuando se daban, lo que aquellos magos eran capaces de lograr era absolutamente espantoso.

Tal vez la afinidad de Kier con el corazón fuese mejor. Más limpia. Por supuesto, tenía límites: una separación completa de la aorta drenaba tanto el pozo de poder de Grey que tan solo podía llevar a cabo diez a la hora o, si se empujaba a llegar al límite, tal vez doce.

Sin embargo, había otros modos de dañar el corazón; otros modos de asegurarse de que el enemigo no se defendiera. Y aunque la afinidad de Kier era con el músculo en sí, contaba con el resto de los beneficios de la magia básica.

—Van a tomar la ruta comercial aquí. Si consiguen atravesar este río y entrar en Luthar con el recurso, no tendremos forma de recuperarlo. ¿Lo has entendido, capitán Seward?

—A la perfección —contestó él.

Era una suerte, ya que Grey había entendido muy poco. Envió un pulso a través del vínculo. No podían formar frases completas de aquel modo, pero llevaban tiempo suficiente emparejados como mago y

mano como para que Kier pudiera descifrar sus intenciones por el modo en el que daba forma a sus emociones cuando las enviaba a través del vínculo de su poder y él podía responder en consonancia. Así pues, captó la curiosidad que sentía y la comprendió con facilidad.

—¿Y qué es exactamente ese recurso?

—No es asunto tuyo, capitán Seward.

Se produjo un corto silencio. Deseó poder ver la cara de Kier en lugar de tener que imaginarse el gesto que había dibujado en base a la parte de atrás de su cabeza.

—Maestre Attis —dijo él con mucho cuidado—, sin duda comprenderá que no puedo recuperar el recurso si no sé qué es.

Otro silencio. Grey mantuvo la vista fija al frente con gesto inexpresivo mientras intentaba adoptar la imagen de una mano perfecta, más adecuada para la posición de Kier. Frente a ella, la mano de Attis estaba haciendo exactamente lo mismo. Se llamaba Mare Concord y tenía treinta y ocho años. Llevaban emparejadas dieciocho; tiempo suficiente como para que incluso sus pensamientos se hubieran convertido en los de otra persona. Grey había descubierto todo aquello dos años atrás cuando, en una ocasión, Attis había tenido que hacer uso de sus conocimientos porque Mare había sido herida en el campo de batalla y había necesitado atención médica.

—Lo sabrás cuando lo veas —contestó la mujer de forma cortante—. Eso es lo único que necesitas saber. Os pondréis en marcha antes de que amanezca. ¿Queda claro?

Se produjo una pausa. Sabía que Kier quería insistir, pero era demasiado sensato como para hacerlo. Esa era la diferencia entre ellos: Kier sabía cuándo parar.

—Sí, maestre —dijo.

—Bien —contestó Attis, que ya estaba aceptando el papel que le estaba entregando su mano y pasando a la siguiente tarea—. Podéis retiraros.

Durante el más breve de los instantes, la maestre mano la miró a los ojos. Entonces, recordó algo: la piel del rostro de Mare, cenicienta por la pérdida de sangre, y sus labios secos y agrietados mientras bebía de la taza que ella había sostenido en la mano. La mujer había estado inconsciente mientras le suturaba la herida del hígado pero, al llegar a

la herida externa, el tónico anestésico había perdido su efecto y, entonces, la había mirado con ojos vacíos y enfermizos mientras le cerraba el corte dentado sobre las costillas. Recordó lo que Mare le había dicho al terminar mientras le agarraba la muñeca con una mano ensangrentada: «Márchate. Ahora. Mientras puedas. Nunca te necesitan tanto como tú los necesitas a ellos».

Grey le había dicho que Kier era diferente y, como recompensa, había recibido una mirada de lástima tan maternal que le había dolido el corazón. «Ninguno de ellos es diferente».

La mujer se había recuperado por completo y sin infecciones gracias a sus cuidadosas atenciones. Aquella noche, mientras estaban solos en los aposentos que compartían, había permanecido despierta y contemplando el rostro de Kier mucho tiempo después de que la respiración de él se hubiera vuelto lenta y acompasada.

«Todos vamos a morir con esta armadura —le había dicho Mare mientras le estrechaba la mano resbaladiza por la sangre—. Vamos a morir bajo el estandarte de Scaela, ¿y para qué?».

«Por lo que hicieron con Locke», había evitado contestar a pesar de que la verdad de aquella afirmación le había resonado hasta en los huesos.

Como les habían dado permiso para retirarse, Kier ya se había puesto en marcha, así que Grey se obligó a abandonar sus recuerdos y se apresuró a seguirlo. Él atravesó la estancia, recorrió los túneles y salió de la tienda. Cuando se adentraron en el clamor que inundaba el campamento, se mantuvo tan cerca de él como le fue posible. No emparejaban a magos y pozos basándose en la largura de las zancadas, pero tal vez debería ser algo que tuvieran en cuenta.

—Kier… —comenzó a decir.

—Espera —dijo él sin darse la vuelta. Tampoco necesitaba hacerlo. Estaba tan sintonizada con su voz y era consciente de su presencia con tanta firmeza que era capaz de oírlo aunque susurrara en medio de una batalla.

Se detuvieron en una de las hogueras para conseguir un poco de té caliente y algo de comida y, después, se dirigieron hacia su tienda con pan envuelto, queso y cecina en los bolsillos y una taza de té entre las manos. Cuando pasaron frente a la enfermería, Grey fue incapaz de silenciar los gritos de dolor de los heridos. Ansiaba ayudar, pero no lo hizo. Su deber ya no recaía en esa tienda ni en ninguna parecida. No

lo había hecho desde que, seis años antes, la habían apartado de su puesto como sanadora y la habían asignado como mano de Kier. Todavía ayudaba cuando tenía tiempo libre, pero ambos habían dormido poco y, a juzgar por lo que había oído de la conversación, tampoco dormirían demasiado aquella noche. Así que siguió adelante.

Atravesaron el campamento entre un mar de rostros diversos que, sin embargo, habían llegado a parecer similares a causa de la extenuación y la fatiga duradera posterior a la batalla. Tal como ocurría en el resto de Idistra, la apariencia de los habitantes de Scaela no era uniforme. Mil años atrás, toda la isla había permanecido inhabitada hasta la llegada de los barcos, con los que también había llegado la magia. Antes de las guerras, los diferentes Estados-nación eran conocidos por la pesca, la producción textil y el comercio norteño. Casi todas las personas que vivían allí poseían un legado que las conectaba con algún otro lugar del mundo y una apariencia que daba fe de aquella mezcla. Ella misma era un mosaico. Si acaso, podía rastrear su linaje hasta Lindan y tal vez tuviera un poco de sangre de Ruskaya.

Pero lo más importante era que tenía lazos con las antiguas familias que habían llegado a la Isla y habían aprendido su magia. Allí, entre la mezcla de soldados procedentes de toda Scaela, el tono frío como el acero de sus ojos, la palidez de su piel y el color castaño oscuro de su pelo pasaban desapercibidos tal como nunca lo habían hecho mientras crecía en la costa, donde la mayoría de los habitantes descendían de los comerciantes isbetanos y maroushanos, que compartían el color de piel de Kier.

Cuando estuvieron de vuelta en su tienda, todo le resultó más fácil. Siempre era así cuando estaban los dos solos: dejaban de lado las formalidades y, así, no tenía que pensar.

Con la misma calma de siempre, Kier le desabrochó el alfiler del cuello y la ayudó a quitarse la capa antes de colgar la suya encima. Arrastró un brasero pequeño al espacio que quedaba entre sus camastros y le agarró la mano para encenderlo. Sintió la extracción, una punzada y, después, un hilillo de calor que le bajaba por la columna. Él no necesitaba tocarla para usar su poder, pero siempre era más fácil si había algún tipo d e contacto entre ellos, ya que, de ese modo, no necesitaba emplear tanta cantidad de la energía de ambos.

Así que, cuando estaban a solas, no tenía sentido extraer el poder sin contacto. ¿A quién le importaría?

Se quitó las botas y las dejó junto a su camastro. Él se hizo a un lado para dejarle hueco en el suyo y apartó las mantas para formar un capullo en torno a ella. Grey se subió y, con las rodillas calentadas por el fuego, se sentó con las piernas cruzadas y Kier pegado al costado derecho. Había acercado la mesa para poder dejar las tazas de té y la comida.

—¿Y bien? —preguntó.

Con la mirada perdida en la distancia, Kier emitió un sonido gutural. Grey le dio un golpecito con el hombro y, entonces, él le tendió un trozo de queso y un pedazo de pan como queriendo decir: «Come y dame un momento».

—No me gusta cómo suena este asunto —dijo al fin—. Hay algo raro.

—¿El qué?

—Para empezar, el alto lord. El hecho de que esté involucrado no puede significar nada bueno.

Grey se mordió el labio. No le faltaba razón. Ellos estaban luchando en la frontera sur contra Luthar. El alto lord (que, siguiendo la costumbre de todos los soberanos de Idistra, tan solo era conocido como «Scaelas») estaba en el noreste. El hecho de que estuviera involucrado únicamente podía significar que aquella misión era muy importante.

Pero aquello no era lo único que le preocupaba de su participación y, probablemente, tampoco fuese lo único que preocupaba al mago. Kier, su hermano Lot, y ella habían crecido en un pueblo de la costa noreste, cerca de la capital y de la sede del alto lord.

Habían pasado años desde la última vez que había tenido que preocuparse por la presencia de Scaelas en su vida.

—Significa que confían en ti —dijo.

Él le lanzó una mirada.

—Significa que se han fijado en nosotros.

—Eso podría ser algo bueno —replicó ella con decisión.

—¿Y tú? ¿Confías en mí? —le preguntó Kier.

Aquella era sin duda la pregunta más sin sentido que le había

planteado nunca.

—Hasta la eternidad —contestó.

Mientras él desmigajaba el pan, le observó los dedos. Los tenía largos y llenos de cicatrices.

En el dedo corazón, llevaba un único anillo de plata a pesar de que no debería, dado el

riesgo constante y acechante a sufrir lesiones en las manos durante la batalla. Había pertenecido a Lot antes de que hubiese muerto en una escaramuza contra Eprain.

Kier suspiró, apartó la corteza destripada del pan y lanzó unas migas al fuego.

—Esta misión me da miedo. Tengo la sensación de que… No sé, Grey, no me gusta.

Fue el uso de su nombre lo que la hizo vacilar. Lo usaba en tan pocas ocasiones que su reacción instintiva fue decir:

—No sabía que habías ganado el don de la profecía mientras me bañaba.

Aquello fue suficiente para arrancarle una leve sonrisa. Grey le observó el rostro con detenimiento y se fijó en las arrugas que le habían salido recientemente en torno a los ojos.

El año anterior, habían empezado a salirle canas en las sienes, algo por lo que solía tomarle el pelo sin descanso a pesar de que le provocaba dolor de estómago. Con veintiséis años, era uno de los capitanes más jóvenes de Scaela y odiaba el hecho de que cada uno de los días que pasaba entregado a sus deberes lograba que ese dato resultase cada vez menos evidente.

Kier frunció el ceño.

—No me ha gustado la expresión que mostraba Attis… Además, tenía algo más sobre el escritorio. Sé que no debería haberlo leído, pero lo he hecho.

Grey le dio otro golpe con el hombro.

—Kier Seward, eres todo un tramposo. ¿Leyendo la correspondencia secreta de la maestre?

No es propio de ti.

Él sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Parece que Luthar ha encontrado algo que suponen que puede crear más pozos y combatir la mengua. Si creen que han encontrado algo que podría generar pozos y restaurar el poder… Bueno, en tal caso entiendo por qué se ha involucrado el alto lord.

Grey se tensó durante medio segundo. Kier la estaba mirando fijamente, contemplando los rasgos que le poblaban el rostro, por lo que se daría cuenta en el mismo instante en el que el nerviosismo los atravesara, así que no permitió que ocurriera.

—El único modo de que puedan restaurar el poder es que hayan encontrado al heredero de la Isla.

—Lo sé —contestó Kier.

Grey empezó a juguetear con el borde de la manta. No quería pensar en lo que ocurriría si encontraran al heredero de la Isla de Locke, una hazaña que hacía tiempo que se había vuelto improbable, dado que alguien había atacado el lugar, que era la fuente del poder de las otras cinco naciones, y lo había reducido a cenizas.

Ya hubiese sido detonada o sumergida, cuando la Isla de Locke había caído al mar dieciséis años atrás, cualquier rastro frágil de paz que hubiese existido entre los Estados-nación restantes se había desvanecido. La caza había empezado de verdad cuando Scaelas había recibido una carta de Severin de Locke, firmada con su nombre verdadero, que probaba que el heredero había sobrevivido a la aniquilación.

Grey recordaba las patrullas que habían recorrido los pueblos y a los soldados scaelanos que habían interrogado a todos los chicos de entre doce y veinte años por si acaso.

Recordaba una de la media docena de veces en las que fueron en busca de Lot y el gesto inexpresivo que mostró al regresar del interrogatorio a altas horas de la noche. Recordaba escuchar a hurtadillas tras la puerta junto con Kier mientras la amá de los niños

contestaba en voz baja a todas las preguntas de Lot sobre la guerra: «¿Por qué me han interrogado?».

«Porque eres un chico que tiene la edad aproximada adecuada». «¿Qué están buscando?».

«A la única persona que puede poner fin a esta guerra. Aunque dicha persona tampoco es más que un niño». «¿Qué me habrían hecho? ¿Qué le van a hacer a él?». «No lo sé, cariño.

No lo sé».

Aquella era una verdad desafortunada; una que había desencadenado la guerra entre los otros Estados-nación que conformaban Idistra. La Isla de Locke siempre había sido la raíz del poder de Scaela, Cleoc Strata, Nestria, Eprain y Luthar. Como piedra angular y fuente, suministraba a los pozos de dichas naciones el poder que los magos necesitaban extraer de ellos.

Nadie sabía con exactitud por qué o cómo Locke había sido destruida ni cuál de las naciones era la culpable de tal destrucción, pero había algo que sí estaba claro: sin su existencia física y sin que el heredero hubiese sido capaz de vincularse a la fuente, en los últimos dieciséis años no había nacido ni un solo pozo en toda Idistra.

Kier insistió.

—A menos que hayan encontrado algún otro modo de hacerlo. Tal vez algún ancestro con la misma sangre. ¿Algún primo olvidado?

—No creo que el poder funcione así —dijo ella de forma evasiva—. El tipo de conexión que tendría un primo perdido con la Isla no sería lo bastante fuerte como para restaurar todo el poder que se perdió.

—Entonces, alguien más cercano. ¿Un bastardo?

—Mataron a todos aquellos con sangre de la Isla —dijo Grey con tono cortante.

Cada nación tenía alianzas individuales con Locke, pero Scaela estaba atada a la Isla por sangre y votos. Scaelas, el alto lord que cargaba con el título de la nación, fue el primero en ir a la guerra en un esfuerzo por descubrir cuál había sido el destino del hijo perdido de Locke. Primero contra Epras por perseguir a cualquier primo con la sangre de

la Isla que tuviera a su alcance y, más tarde, contra Nestrias por haber matado a la hermana de la alta lady de Locke tras la destrucción. Después de eso, solo fue cuestión de tiempo que prosiguiera con Cleoc Strata y Luthar.

Kier se quedó en silencio durante un buen rato.

—No me gusta pensar en esa parte.

Era imposible de olvidar, ya que era el motivo por el que estaban en guerra. Aun así, Grey dijo:

—Lo sé.

—Entonces, creen que han encontrado al heredero —dijo él mientras le daba vueltas al anillo—. Es la única explicación.

—Supongo que sí.

Kier se encogió de hombros.

—No me pagan para preocuparme por eso. Y a ti, tampoco. Recuperaremos lo que quiera que sea que desean obtener y, a partir de ahí, ya veremos qué hacer. Es una misión imposible, pero si Attis cree que podemos con algo grande, eso al menos habla bien de tu poder. Tal vez, después nos trasladen a algún lugar más amable.

Grey le apoyó la mano en la sien y rozó las hebras de plata que le brotaban entre el cabello oscuro y espeso. Necesitaba un corte de pelo. Llevaban semanas a la defensiva mientras

Luthar presionaba para intentar hacerse con la ruta de suministros que transcurría por el puente que cruzaba el río y serpenteaba por su terreno hasta llegar al puerto. Kier estaba al mando de otras sesenta personas (aunque siempre le decía «Tú estás tan al mando como yo» y ella se reía), por lo que tenía sentido que un corte de pelo fuese la última de sus prioridades. Si fuese una mano mejor, una mano más belicosa, se habría encargado del asunto en ese mismo instante. Tenía el instrumental en el petate. Sin embargo, por muy dedicada que estuviera al deber que compartían, le encantaba sentir aquel pelo demasiado largo rizándosele entre las yemas de los dedos.

—Attis nos ha asignado la misión porque somos competentes —dijo.

Él suspiró.

—Nos ha asignado la misión porque eres el mejor pozo que tenemos y al fin se ha dado cuenta, aunque le moleste admitir que eres más fuerte que Concord.

Grey se encogió de hombros. No había ninguna respuesta buena para aquel comentario.

—Descansa, capitán —dijo. Y, entonces, dado que había algunos deberes de los que sí tenía que ocuparse por el bien de la salud del mago, le dio un golpecito en la mano para que tomara los restos del pan—. Y come.

Kier hizo una mueca, pero obedeció.

A aquellas alturas, llevaban en guerra casi dos décadas y los disturbios habían reinado entre sus recuerdos durante la mayor parte del tiempo que ambos llevaban vivos. En el pasado, cuando Locke cumplía su función como territorio neutral, los seis Estados-nación que conformaban Idistra habían sido tan pacíficos como el continente. Grey no podía recordarlo.

Sus padres y su hermano habían sido víctimas de la guerra. Siguiendo las tradiciones de Scaela, la huérfana que la corriente había arrastrado hasta la orilla aquel día plomizo y a la que habían encontrado en los bosques medio muerta de hambre y asilvestrada, había sido entregada a una viuda de guerra con la esperanza de que aquello calmara su sufrimiento (aquello también solucionaba el problema de qué hacer con los niños huérfanos y les ofrecía un hogar a pesar de la clara falta de personas que pudieran cuidarlos). Sin duda, el hecho de que su nueva guardiana acabase de cumplir los dieciocho, estuviese recién casada (y

hubiese enviudado con la misma rapidez) y apenas fuese capaz de cuidar de sí misma (y, mucho menos, de una niña asolada por la pena) había sido menos útil.

Por eso, había sido un golpe de suerte que la amable pareja que vivía en la casa contigua a la de Imarta tuviese dos niños algo mayores que ella y la capacidad de amar a otras dos rezagadas que iban por el mundo a la deriva. Casi no recordaba los primeros días que había

pasado en casa de Imarta más allá de un par de fragmentos: la amá de Kier dando vueltas a una olla enorme que había sobre el fuego mientras su madre le ataba los lazos de las botas y se aseguraba de que estuvieran bien sujetas; el hecho de que, cuando los habían presentado, el mayor de los niños había oído mal su nombre y, a partir de ese momento, se había limitado a llamarla «Gres»; haber dormido acurrucada contra Imarta, incapaz de pasar la noche sin gritar entre pesadillas, o aquella vez que había tenido que rebuscar entre una pila de camisetas usadas mientras el más pequeño de los niños la observaba desde el otro extremo de la mesa.

Se alegraba de poder recordar el día que lo había conocido. Se alegraba de apenas tener recuerdos de una vida sin Kier aunque solo fuese porque aquello reforzaba la noción de que se sentía perdida sin él. Se conocían desde hacía tanto tiempo que habían crecido entrelazados como las ramas de árboles vecinos en lugar de como niños que vivían en casas contiguas. Tanto era así que Kier estaba unido de un modo tan intrínseco a su comprensión de la magia que, a veces, tenía problemas para separar ambas cosas.

Tal vez fuese cosa del destino. Una profecía autocumplida. Porque, en aquel momento, Kier era lo más cerca que ella misma estaría jamás de la magia auténtica.

Eran las últimas horas de la tarde cuando al fin se quedaron solos de nuevo tras discutir la estrategia para la emboscada con sus oficiales y una sesión de entrenamiento.

Dolorida y cansada, Grey estaba tumbada bocarriba sobre la alfombra rasposa que protegía el suelo de su tienda del barro. Se había desprendido de la capa y la mayor parte de las prendas de ropa hasta quedarse con tan solo unos pantalones ajustados de entrenamiento y un chaleco de compresión. Tenía la vista fija en el techo y estaba observando los movimientos de la tela de la tienda, que se sacudía con el aire.

Kier terminó de afilar su espada y se sentó a su lado. Cuando le apoyó las manos en los gemelos y empezó a masajearle las zonas tensas, a Grey se le escapó un sonido que rozaba lo indecente. Él respondió con una discreta carcajada. Ella se tapó la boca con una mano

antes de que se le escapara nada más y tuviera que abandonar aquella situación, su puesto y, tal vez, toda Scaela, avergonzada y de forma

deshonrosa.

—Date la vuelta —mascullό él.

Grey frunció los labios pero hizo lo que le había pedido. Se apartó los tirantes de los hombros y Kier la ayudó a bajarse el chaleco hasta las caderas, lo que le dejó al descubierto la espalda. Se estremeció y metió los brazos cruzados a modo de almohadón bajo la cabeza.

Él se colocó encima y le pasó las manos por la espalda. El problema de entrenar para protegerlos tanto a él como a su cuerpo en todo momento y a cualquier precio era que, para ella, resultaba bastante duro a nivel físico. Al menos, a diferencia del resto de los magos, Kier se esforzaba por mostrarse agradecido.

—No dejo de intentar encontrar la respuesta —le dijo mientras le clavaba los nudillos en las contracturas de la zona lumbar—. Estás totalmente segura de que no hay nada que pueda crear un pozo sin más, ¿verdad?

—Sabes lo mismo que yo —contestó ella.

—Mentiras, calumnias, blasfemia.

Grey suspiró.

—No; no hay nada que pueda crear un pozo.

Se mordió el labio, distraída por la delicadeza con la que la estaba tocando mientras le pasaba los dedos por la columna. Aunque, después, cuando encontró los músculos demasiado tensos que tenía en los hombros, volvió a presionárselos con fuerza.

Kier se quedó pensativo un instante.

—Entonces, tal vez se trate de algo de otro sistema. —A pesar de que la magia idistrana dependía tanto de un pozo como de un mago, los sistemas mágicos de otros lugares no funcionaban así—. ¿Tal vez sea una piedra?

—¿Una piedra? ¿En serio? —preguntó ella mientras giraba la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

Él le sonrió de medio lado y…

Oh…

A menudo, podía fingir que no eran nada más que amigos muy leales pero, en ocasiones, le resultaba difícil ignorar el dolor que sentía en el pecho.

—O un elixir —añadió él.

—Kiernan Seward, si acabamos arriesgando la vida por una piedra o por un elixir, te abandonaré, me marcharé de este dichoso campamento y desertaré.

Él se echó a reír mientras bajaba las manos para agarrarle la cintura y clavarle los pulgares a ambos lados de la columna.

—No me abandonarías.

Grey cerró los ojos y ocultó el rostro tras el brazo. No, claro que no lo abandonaría. Pero, tal vez, algún día, a su corazón le resultara mucho más fácil que lo hiciera.

—Es probable que se trate de un error —dijo Kier. Por un segundo, pensó que se refería a lo que estaban haciendo y el corazón le dio un vuelco a pesar de que no era raro que se mostrara tan afectuoso y amable con su cuerpo—. Una coincidencia.

—Tal vez —contestó.

Él volvió a concentrarse en sus atenciones y el silencio se expandió entre ellos. Grey se removió, intentando ser sutil, ya que, aunque todo aquello no parecía tener impacto sobre el mago, a ella la afectaba de modos que le avergonzaría que descubriera.

A menos que fuese algo recíproco, en cuyo caso aquel era el momento perfecto para que lo descubriera, o para que diera el paso, o para que atravesara esa línea que ella no atravesaría sin ninguna certeza (aunque la posición en la que se hallaban y el hecho de que él no hubiese cruzado esa línea era confirmación suficiente para ella).

—Anoche tuviste una pesadilla —dijo Kier de pronto.

Grey se dio la vuelta con los ojos entrecerrados y, mientras lo hacía, movió el brazo para cubrirse el pecho. Él se apartó un poco para darle el espacio necesario para moverse. Si le afectaba de algún modo verla debajo de él y sin camisa, no dejó que se notara. Se inclinó para apartarle el pelo y que no se le quedara atrapado tras la espalda y,

después, le tomó el brazo con el que no se estaba cubriendo y empezó a masajearle el antebrazo derecho. Era un poco irritante que, tras años y años de hacer aquello, siempre supiera con exactitud cuáles eran las zonas que más le dolían.

—Siento haberte molestado.

—No pasa nada —contestó Kier, restándole importancia tal como hacía con todas las inconveniencias que le presentaba—. ¿Qué soñaste?

Grey echó la cabeza hacia atrás y volvió a contemplar la lona.

—No me acuerdo. —Él le clavó con fuerza la mano en el vientre—. ¿Qué pasa? Es cierto.

—Flynn… —suspiró Kier mientras le retiraba el pelo del rostro. Ella le apartó la mano y se subió el chaleco. Él bajó la vista apenas un segundo antes de desviarla mientras tragaba saliva—. Siempre te acuerdas de todo —añadió en voz baja.

«No quiero recordar lo que soñé», quiso replicarle, pero no merecía la pena. Se quedó en silencio hasta que él se movió y se tumbó bocarriba junto a ella. Sabía que odiaba hacerlo, pues siempre esperaba que la humedad se filtrara a través de la alfombra (aunque nunca ocurría) e insistía en que los camastros eran más cómodos que el suelo (no era cierto; de hecho, Grey dormiría allí mismo, en el suelo, si él no montase un escándalo al respecto).

Kier le apretó el brazo contra el suyo y ella entrelazó sus dedos. Sintió la unión perezosa del vínculo que había entre ellos. Su poder fluyó con facilidad antes de quedarse en un estado latente. Mientras lo empujaba hacia él, la habitación resplandeció, más cálida, y el fuego adquirió un matiz más brillante de violeta.

«Kier —quería decirle—, ¿por qué hacemos esto? ¿Por qué estamos luchando?».

Sin embargo, él se limitaría a decirle que estaban luchando por Scaela porque era su hogar y todo el mundo estaba sumido en la batalla. Contra Luthar por los puertos, contra Cleoc Strata por las tierras fértiles y contra Eprain por obtener acceso al mar oriental. Scaela estaba en guerra contra los demás y el resto de las naciones, de una punta a la otra, estaban en guerra entre sí. El único lugar en el que disfrutarían de un poco de paz en aquella condenada isla sería probablemente Nestria, dado que tan solo se enfrentaban a Cleoc

Strata y, en su mayor parte, eran libres.

Scaela luchaba contra todos porque, décadas atrás, alguien había matado a Locke en un intento fallido por hacerse con el control del poder de Idistra y el alto lord Scaelas jamás lo olvidaría.

Porque, pronto, no quedaría ningún poder en absoluto a menos que el heredero de la Isla regresara para resucitarlo, pero alguien había asesinado al resto de la familia y nadie sabía quién había sido, cómo lo había hecho o si era posible recuperar el poder.

Grey sentía que todo aquello le presionaba el pecho y tanto la desesperanza como la pesadilla que había tenido le añadían el mismo peso.

—Capitán —dijo, aunque la voz se le quebró en la garganta.

—Mano —contestó él, adoptando su papel, a la espera de que confesara.

Sin embargo, pronunció aquella palabra con tanto cariño que Grey tuvo que tragar saliva con fuerza dos veces antes de poder pensar siquiera en hablar.

Cerró los ojos y se concentró en la mano que tenía entrelazada con la de él, así como en el flujo y reflujo de poder que había entre ellos.

—Fuego —dijo—. Soñé con fuego.

—¿Pasado o presente?

—Pasado. Estaba por todas partes. Sentí que se me chamuscaba el pelo y que las llamas me devoraban la ropa.

—¿Y después?

Se encogió de hombros, pues las palabras no bastaban para abarcarlo. No había «y después». Había estado ardiendo y, después, se había encontrado despierta, sentada en el camastro, aferrando las mantas con los dedos, empapada en sudor y jadeando en medio de la nada. Apenas había pasado un segundo entre ambas cosas.

Y los gritos. Esa era la única cosa que no quería contarle a Kier: a su alrededor, todos estaban gritando.

—Eso es todo —dijo, enfatizando la afirmación con un apretón de manos.

Él no insistió. A aquellas alturas, sabía que era lo mejor.

Se quedaron un rato allí tumbados, escuchando los ruidos del campamento que se extendía al otro lado: las botas sobre el barro, las conversaciones a medias y el viento soplando entre las tiendas.

Al fin, Kier suspiró.

—Deberíamos dormir —dijo mientras le soltaba los dedos y se ponía en pie.

Grey lo observó. Llevaba la camisa por fuera de los pantalones, lo que le dejaba a la vista una franja de piel de la espalda.

—Sí, deberíamos.

Él le agarró la mano y tiró de ella para que se pusiera en pie. Al hacerlo, extrajo el poder suficiente como para ajustar el fuego a una temperatura cómoda para dormir. Ella se dirigió a su baúl para rebuscar ropa limpia con la que meterse a la cama. Kier se sacó las botas y, después, se quitó la ropa antes de guardarla bien doblada en su propio baúl. Siempre se había sentido cómodo con su cuerpo de un modo con el que ella no se sentía con el suyo: incluso en aquel momento, se dio la vuelta hacia la pared para desvestirse.

Daba igual. Tanto si quería como si no (y, siendo sinceros, «querer» no era la palabra adecuada), habían visto cada centímetro del otro. Conocía tan bien cada una de las cicatrices que Kier llevaba en el cuerpo como las suyas propias, así como cada uno de los gestos que era capaz de dibujar con la cara. No existía ningún tipo de recato real entre ellos y tampoco podía existir. Incluso cuando fingían lo contrario.

Ese conocimiento hacía que todo resultase aún más difícil. En especial, para su corazón traicionero.

—¿Flynn?

—¿Mmm?

Se dio la vuelta y vio que Kier se había metido en el camastro y se

había colocado de costado para observarla. Tras ponerse un camisón, se metió bajo sus propias mantas e imitó la postura de él. Durante la formación, sus camas habían estado tan cerca que, al yacer de aquel modo, había podido distinguir cada uno de los detalles de su rostro.

—Anoche —dijo él con tono inseguro—, cuando tuviste la pesadilla…

—Kiernan…

—Gritaste el nombre de tu hermano.

Grey inhaló con los dientes apretados.

—¿Y qué pasa? Tú también gritas el nombre de tu hermano cuando duermes.

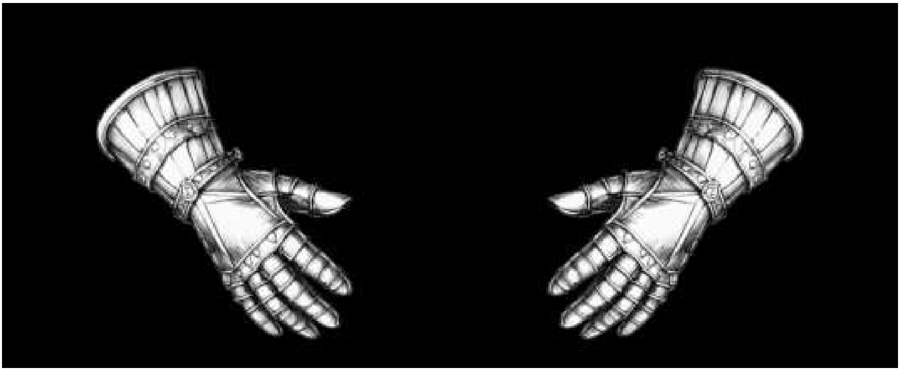
El gesto de él no cambió. Entre ambos, tenían dos hermanos muertos, así que ¿qué más podían decir?

—Es solo que… hacía tiempo que no tenías una pesadilla como esta. Si está ocurriendo algo… Si algo está cambiando…

Con gesto airoso, Grey se tumbó bocarriba antes de que pudiera verle la cara o decir algo más.

—Duérmete —dijo—. Cuando estás cansado, gastas demasiadas de mis energías.

Después de eso, él se quedó callado. Podía sentir el dolor que le había causado con aquellas palabras pendiendo del aire que había entre ellos. Dijera lo que dijera, nunca usaba demasiada de su energía, y esa era la verdad. Todo lo que necesitara era lo que estaba dispuesta a entregarle.



«Los caballeros de la Orden Idistrana entran al servicio del alto soberano como hombres de armas. El orden de los rangos es el siguiente: soldado de armas, oficial, lugarteniente, maestre y comandante. Los magos y los típicos ascienden por méritos propios. Los pozos, asignados como manos, siguen y comparten el rango del mago al que se les haya asignado.

Sin embargo, en todos los casos salvo la muerte, la deferencia se muestra ante el mago que ha logrado dicho rango».

La Orden Militar Idistrana, Maestre Aluna Hutchins.

dos

Grey tenía cuatro años cuando descubrió lo que significaba ser un pozo. No había magia sin los pozos. Los magos obtenían su poder de ellos; tenían que vincularse y llevar a cabo la extracción para poder hacer cualquier cosa. Era como una noria de agua que generase poder. Como pozo, ella era el río, la fuente que hacía que la magia se moviera.

Recordaba estar sentada en el regazo de su madre con las manos entrelazadas y la cabeza pegada a la suya. La primera persona con la que se vinculó fue uno de los guardias de su padre, cuando aún era una niña: su nombre era Iowain y tenía una risa estruendosa, una cortina de pelo plateado y una barba que le llegaba hasta la tripa. Se agachó junto a ellas, con gesto sincero y decidido y las palmas de las manos hacia arriba sobre las rodillas, como si quisiera demostrar que era inofensivo.

—Al principio, te dolerá —masculló Alma, su madre, con el rostro enterrado en su pelo—, pero solo porque parece que estás perdiendo algo y tu cuerpo no sabe todavía lo que estás haciendo.

—Envíame todo el poder que necesites, pequeña —dijo Iowain.

Grey inhaló. Al sentir el alcance del vínculo, quiso retroceder pero, más que eso, también deseaba enorgullecer a su madre. Así que buscó el hilo de magia que corría por su interior, cálido, infinito y siempre desplegándose. Entonces, sintió como si, en sus entrañas, algo se hubiese resquebrajado y abierto de par en par. Percibió el momento exacto en el que se establecía el vínculo y el dolor de estómago que acarreaba. Después, notó que se disolvía.

—¿Ves? —le dijo Alma mientras le apartaba el cabello del rostro. Tras ella, Grey sintió la presencia de su hermano que, con una mano apoyada en su espalda, se había mantenido a la espera por si necesitaba más apoyo—. No hay nada que temer.

Iowain unió las manos y ella sintió un tirón. Alma le hizo un gesto con la cabeza, así que ella permitió que un hilo diminuto de poder se extendiera por el vínculo. Cuando el guardia abrió las manos con una sonrisa cada vez más amplia, entre las palmas sostenía un

ópalo resplandeciente. El hombre era materialista y, tras aquel día, empezó a fabricarle de forma constante ópalos, perlas, zafiros y rubíes que después le entregaba como si fuese el ilusionista de una obra de teatro infantil.

Grey seguía pensando en él cada vez que atisbaba el destello de una piedra preciosa sobre la piel de algún noble.

Solo que, varios años después de aquello, todos habían muerto menos ella.

Un tiempo más tarde, se sentó en lo alto de la colina con un niño al que había conocido apenas unos días atrás (tantos como había pasado sin hablar). Sin embargo, aquel niño fue amable, no le hizo ninguna pregunta y pareció tan cómodo guardando silencio como ella.

Sentados en la colina, contemplaron el mar. Aquella superficie plana que se extendía hacia el horizonte todavía le resultaba desconocida. Cuando le tendió la mano, él se la tomó sin dudar. Cuando le ofreció un vínculo, también lo tomó. Ella ya había sabido de antemano que era un mago. Le había resultado obvio, pues la energía de la magia sin desarrollar chisporroteaba a su alrededor.

Al niño tan solo le llevó un instante fruncir las cejas. Tras otro instante, dio vida entre ellos a una llama diminuta, que era el primer tipo de magia común que les enseñaban a los magos. Él se apartó.

—Oh. —Kier se miró la mano y, después, la miró a ella—. ¿Qué eres?

Grey tan solo lo miró. Aquella era la primera pregunta que le hacía, así que se sintió impulsada a contestarle. No podía recordar por qué le había abierto su poder. Tan solo sabía que había confiado en él, en los hoyuelos amables que le surcaban las mejillas, en las rodillas y los codos siempre rasgados por jugar demasiado con su hermano y, después, también con ella, y en aquellos ojos que eran verdes por la parte exterior y marrones por dentro. Color avellana, pero solo un poco.

—No tienes que contestar a eso —dijo Kier, tartamudeando—. Siento haberlo preguntado.

En aquel entonces, solía ser así: lleno de dudas e inseguro de sí mismo. Aquella era una imperfección que los años de luchar y liderar a otros le habían arrebatado tiempo atrás.

A veces, cuando lo miraba, todavía echaba de menos esas imperfecciones. Incluso echaba de menos sus dudas, porque implicaban que había hueco para los errores sin que la consecuencia fuera la muerte.

—No pasa nada —contestó ella. Y lo dijo en serio. Contempló el mar abierto; el punto en el que, en el pasado, se había alzado la Isla—. Es solo que no lo sé.

El barro era espeso, estaba frío y le empapaba el escudo de armas de Scaela que llevaba en el pecho. Armada como iba para la batalla, apenas lo sentía. Antes de tumbarse, se había pasado el tahalí y la mayoría de las armas a la espalda para evitar que se mancharan de barro. Sin embargo, estar allí tumbada entre Kier y Eron Fastria, uno de los oficiales típicos, con los ojos fijos en la carretera que transcurría al pie de la colina, seguía haciendo que se sintiera del todo miserable. Más allá del camino, el Iolis bajaba crecido por la lluvia y casi inundaba las orillas.

La compañía estaba dividida en cuatro grupos de quince soldados. La mitad de ellos estaban repartidos por aquella loma y la otra mitad al otro lado del camino, escondidos entre las marañas de hierbas y los matorrales que se mezclaban con los árboles desnudos del bosque. La información que le habían entregado a Attis y que esta le había pasado a Kier había estimado que el convoy de carruajes pasaría por allí dos horas después de que saliera el sol. Solo por si acaso, ya llevaban allí tres, ocupando sus posiciones para la emboscada.

El peso familiar del acero a la espalda la reconfortaba. Ir armada hasta los dientes en el campamento era una torpeza social, pero le gustaba sentir la presencia de las armas y siempre estaba más cómoda cuando tenía un filo al alcance de la mano. Aquello le recordaba a su padre, que le había enseñado a blandir una espada tan pronto como había tenido equilibrio suficiente como para mantenerse en pie y había sido lo bastante fuerte como para alzar una de las armas de madera que utilizaban para entrenar.

Le gustaba saber que podía protegerse. Y proteger a Kier, si era necesario. A cambio, él hacía todo lo que estaba en sus manos para mantenerla a salvo.

Se arriesgó a mirar a un lado. El sol resplandecía de forma difusa entre

las nubes mientras la lluvia arreciaba y pasaba de una llovizna a un aguacero. Ya estaba calada hasta los huesos y las gotas se le colaban entre los resquicios de la armadura de cuero, la camisa acolchada y la camiseta interior de tela sencilla. A su lado, Eron le dedicó una sonrisa tirante. Normalmente no era muy dado a las sonrisas, así que debía de haber sentido la tensión que emanaba de ella. Grey tan solo le dedicó una mueca. Él suspiró y perdió parte del brillo que tenía en los ojos oscuros.

Le costaba mantener la concentración cuando estaban en situaciones como aquella.

Intentaba permanecer presente a base de repasar los grupos musculares, los órganos y,

después, los huesos. De joven, recién salida de la formación adicional que había recibido como sanadora y tras dejar atrás aquellos años que había pasado cubierta de sangre hasta los codos, solía imaginar las vísceras en diagramas y a través de los recuerdos de las heridas que había tratado. Ahora, años después, se imaginaba todo aquello en Kier. «Ábrele el pecho y separa por la mitad el músculo pectoral mayor. Cuéntale las costillas». Se imaginaba el tono blanco rosado del mango del esternón y las rugosidades de la apófisis xifoides. Le resultaba imposible no imaginarse todos los cuerpos y todas aquellas partes como si fueran las de Kier. Había visto demasiadas partes de su cuerpo, lo había abierto demasiadas veces para después coserlo, había sentido los nódulos de sus huesos y el calor escurridizo de sus músculos.

Eso era lo que implicaba ser una mano: sentirse tan cómoda y ser tan hábil con su interior como lo era con su exterior.

Antes de que pudiera terminar de repasar todos los huesos, oyó un sonido parecido al canto de los pájaros procedente del campo que se encontraba al pie del camino, a la derecha. Fue lo bastante fuerte como para que se oyera por encima del estrépito del río. En la calma que precede a la tempestad, Grey desenvainó la espada. A su izquierda, Kier se tensó.

—¿Capitán? —dijo una voz amortiguada en medio del silencio que los rodeaba.

—Preparaos para atacar —contestó Kier en poco menos que un susurro.

No importó. Grey oyó el movimiento sutil de los soldados de armas cuando se tensaron y tomaron posiciones. Aquella señal significaba que habían visto el polvo del camino alzándose en la distancia y que el convoy estaba a la vista. Sintió la tensión previa a la batalla corriéndole por las venas.

Cerró los dedos con fuerza en torno a la espada y flexionó las manos dentro de los guanteletes de cuero. Llevaba las palmas desnudas, sin guantes, en caso de que Kier necesitase hacer contacto directo con su piel en el fragor de la batalla. Se concentró en el arrastrar de las botas sobre la carretera atestada. Pronto, también pudo distinguir la nube de polvo en la distancia y los cuatro carruajes rodeados por pulcras hileras de soldados. A su derecha, Fastria tomó aire y masculló una oración en arkuniano, probablemente a uno de sus dioses.

—Se acercan a la primera marca, capitán —masculló el hombre en cuanto hubo terminado la oración.

—Seguid manteniendo las posiciones —dijo Kier—. Daré la señal cuando llegue el momento.

El convoy se acercó más y Grey sintió que se le tensaban todos los músculos del cuerpo por el nerviosismo. Estaban adentrándose en la zona de peligro: si alguno de los magos del convoy tenía una afinidad como la de Kier y un pozo lo bastante poderoso, sería capaz de detectar otras formas de vida, otras magias que los estuvieran esperando a lo largo del camino. Si ocurría eso, si descubrían la emboscada… Bueno, no estarían perdidos del todo, pero la lucha sería mucho más igualada de lo que deseaba.

El primero de los carruajes atravesó la siguiente marca. Por norma general, no solía cuestionar a Kier, pero sí que le lanzó una mirada para juzgar su rostro. Estaba ansioso y tenía la mandíbula apretada.

—Se acercan a la tercera marca, capitán —dijo Fastria.

—¿Kier? —murmuró ella.

Con los dientes apretados, él soltó un silbido agudo. Aquello fue lo único que necesitaron.

Grey divisó movimiento entre el grupo más cercano al convoy mientras se ponían en acción y, entonces, el segundo grupo bajó corriendo la colina. Kier le colocó una mano sobre el hombro y se agarró al borde de la hombrera mientras Fastria y los otros que los rodeaban echaban a correr.

Ellos no tenían que involucrarse en aquella primera oleada. A pesar de que Kier estaba inquietantemente ansioso por arrojarse a la batalla, en aquella refriega tenían una tarea más especializada.

Grey contempló al primer grupo de soldados mientras se abalanzaba sobre el convoy, que no había detectado su presencia antes de tiempo. Apretó los dientes ante los destellos del acero cuando la carne se topaba con otra carne. Cerca de ellos, un chorro de sangre brotó de entre una de las escaramuzas más pequeñas y salpicó de carmesí el lateral del primer carruaje. Observó a los típicos con sus espadas y a los magos con sus manos mientras se enzarzaban con los treintaiséis magos y manos del bando opuesto. Tenía que seguir mirando porque, si no lo hacía, sería presa del pánico y no podía permitírselo.

—Ahora, Grey —dijo Kier para que solo ella lo oyera.

Lo siguió por la orilla con paso firme. A su izquierda apareció una forma oscura. Se trataba de un mago sin su mano, pero lo rajó con un movimiento rápido de la espada y tan solo

hizo una mueca vaga ante el chorro de sangre caliente que le salpicó la cara. Sintió la magia de Kier tirándole de las entrañas mientras el poder se le desplegaba en el pecho. Con aquel hilo de poder, no estaba seccionando aortas pero, a un lado, Grey oyó un grito y miró en aquella dirección el tiempo suficiente como para ver a un mago caer de rodillas sin heridas aparentes mientras la sangre le manaba de la boca abierta. Kier lo remató con su propia espada.

Ella no se detuvo. Envió más poder en dirección al mago y siguió moviéndose.

Su trabajo consistía en mantenerlo a salvo; en mantenerlo con vida. Como pozo, ella misma era inmune al daño por medios mágicos, pero el resto de los magos y típicos de la compañía no lo eran. Se quedó cerca de Kier y mantuvo el poder fluyendo en su dirección mientras él escogía los rivales de forma estratégica. Con la espada, Grey se enfrentó a cualquier otra persona que pudiera herirlo.

Atravesó a otro mago (las espadas chocaron sobre ellos, le colocó la daga en el costado, se recuperó con la espada, encontró una rendija en la armadura y se la clavó en el vientre) y se abrió paso hacia la hilera de carruajes. Por todas partes, a su alrededor, podía sentir el flujo de la magia. Era tan espeso que casi podía saborearlo conforme perdían, ganaban y reavivaban una docena de refriegas. La rapidez con la que

la magia que había en el aire le rellenaba sus propias reservas le producía una sensación enfermiza.

Kier abrió la puerta del primer carruaje con una patada y Grey apuñaló al guardia que salió del interior para intentar proteger lo que quiera que hubiese dentro. Resultó que no había nada en absoluto. Sintió que él se alejaba y se dio la vuelta justo a tiempo de ver cómo hacía una mueca de dolor mientras bloqueaba algún tipo de hechizo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy bien —insistió él.

No había tiempo que perder. Volvieron a adentrarse en la batalla. Grey jadeó a medio camino de degollar a un hombre mientras Kier extraía la magia de ella en ráfagas embriagadoras. Tampoco encontraron nada en el siguiente carruaje y sintió una desesperación incómoda en el estómago. A pesar de que se le daba bien, odiaba tener que pelear de forma activa y la vulnerabilidad que eso suponía para ambos. Captó algo de movimiento por el rabillo del ojo y se dio la vuelta justo a tiempo de ver cómo una hoja alcanzaba la mejilla de Kier y una empuñadura le partía la nariz hasta dejársela torcida y sangrante. Entonces, con una mano resbaladiza, él le agarró la suya. Bañados en sangre, establecieron contacto piel con piel. Sintió un gran desgarro en las entrañas mientras le arrancaba el poder en un torrente. Frente a él, el soldado infractor cayó al suelo y lo mismo ocurrió con otros tres que se encontraban tras él.

—Calma, capitán —consiguió decir ella con los dientes apretados.

Vio que un pozo se arrodillaba para intentar revivir a su mago caído, pero no sirvió de nada. Kier siempre daba en el blanco.

Se quedó pegada a él mientras se abrían paso entre el caos de sangre y barro, tratando de evitar lo peor de la refriega.

—¿A la tercera va la vencida? —preguntó Kier mientras empujaba un cuerpo que estaba ensartado en la punta de la espada de Grey.

Después, se giró para darle un tajo a otro atacante. En aquel momento, estaba dando preferencia a las armas en lugar de a la magia para que ella pudiera centrarse en rellenar el pozo de poder.

A ambos lados del convoy, la batalla se estaba calmando. Grey contempló con un pavor distante y familiar cómo uno de sus hombres daba un espadazo que casi decapitó a un soldado enemigo, pero siguió

caminando. Aquel era el horror de la guerra, lo que no le dejaba dormir por las noches y le hacía contemplar el techo de todas las habitaciones en las que habían dormido alguna vez, desde las tiendas empapadas por la lluvia hasta las fortalezas de piedra gruesa: tenía que verlo todo, observarlo y seguir adelante. El objetivo de aquella guerra no era ganar o perder. El objetivo era la supervivencia: ver cómo se desgarraba la carne, saborear en la lengua la sangre de desconocidos, arrebatar vidas con sus propias manos y seguir caminando hacia las fauces abiertas de un tiempo en el que tenía la esperanza de que la matanza llegara a su fin.

Kier abrió con una patada la puerta del tercer carruaje. Grey entró en primer lugar, agarró del pelo a la mano que se abalanzó hacia ella y le rebanó la garganta con un movimiento fácil y pulcro antes de que pudiera blandir la espada en su contra. En aquella ocasión, también los estaba esperando un mago, pero Kier lo desarmó con alguna clase de truco que hizo que ella acabara jadeando y sintiéndose como si le hubieran arrancado a mordiscos alguna parte de las entrañas.

Allí, en el centro del carruaje vacío, inconfundible, se encontraba el recurso.

Mientras lo miraban, pestañeando, a los dos les llevó un instante procesar la información, ya que no se trataba de una piedra, una tía perdida o alguna clase de elixir. Se trataba de una chica. Una cosita desaliñada, tan delgada que casi estaba en los huesos, con el pelo negro como el carbón cortado de forma desigual a la altura de la barbilla y los ojos azules como trozos de hielo. Grey no era capaz de adivinar su edad, pero no creía que pudiera tener más de dieciocho o veinte años. Los miró con mala cara. Era imposible que hiciera nada más, dado que tenía las manos y los tobillos atados y la boca amordazada.

—¿Capitán…? —dijo Grey.

Sin embargo, Kier ya se había puesto manos a la obra.

—No vamos a hacerte daño —le dijo a la chica a modo simbólico mientras se la colgaba sobre el hombro—. Adelante —urgió a Grey cuando al fin la tuvo bien sujeta.

Ella salió de nuevo del carruaje hacia el caos de la batalla que, al menos, se había calmado.

El lugarteniente Chappelle había reunido a los heridos de la compañía detrás del convoy.

Todos los que se encontraban lo bastante bien como para permanecer en pie estaban barriendo la zona, asegurándose de que no quedaran supervivientes.

Attis les había pedido una aniquilación total y eso era lo que obtendría. Grey tragó saliva y apartó la vista. A ella le había tocado encargarse de aquella tarea en demasiadas ocasiones y, en aquel momento, no podía soportar observar cómo la desempeñaban.

—Recurso obtenido —le dijo a Chappelle sin alejarse demasiado de la espalda de Kier—.

Reúne a todos los que puedas y nos pondremos en marcha.

Mantuvo la espada desenvainada mientras la compañía se reagrupaba para cargar con todos los heridos y muertos que pudieran. Echó un vistazo mientras se mordía el labio.

—Cinco muertos —informó a Kier con el peso de la inquietud en el estómago.

Sin embargo, el mago no estaba a su lado. Cuando se dio la vuelta, vio que había llevado a la chica hasta la orilla del río, lejos de la batalla y la sangre, y la había colocado de espaldas a lo peor de la situación. Ya se había quitado el casco y desabrochado las hombreras y movía los dedos con rapidez para sacarse la coraza de cuero reforzado. Grey se acercó hacia él. Hubiese acabado la lucha o no, era evidente que seguían en peligro y era demasiado arriesgado que estuvieran separados.

No estaba lo bastante cerca como para oír lo que Kier estaba diciendo en voz baja. El estómago se le contrajo cuando vio que pasaba la coraza por la cabeza de la chica y se la ajustaba al cuerpo para ofrecerle protección. Al verlo así, cediéndole su armadura a la joven a la que habían ido a rescatar, se quedó petrificada. Como un tonto, cortó las ataduras que le sujetaban las manos y, después, empezó a frotarle las muñecas para que la sangre volviera a circularle por la zona del mismo modo que le frotaba las extremidades a ella para que volviera a sentirlas al final de un largo día.

Siempre era demasiado propenso a la ternura.

Apartó la vista solo un instante. Junto a los carruajes, la compañía estaba más que preparada para ponerse en marcha.

—A tu señal, capitán —le dijo a Kier—. Regresemos.

Sintió una punzada profunda en el interior, pero no se trataba del poder. Le había visto en el rostro una amabilidad extraña de la que no había sido consciente. Le había recordado demasiado a cuando aún era una niña y un soldado cualquiera la había rescatado lejos de allí. No quería ver aquella amabilidad cuando aún seguía cubierta de sangre y dolorida por el poder que había extraído de ella. No quería aceptar que se había convertido justo en el tipo de persona que tantas veces había aparecido en sus pesadillas.

No oyó ningún sonido a su espalda, ninguna muestra por parte del mago de que la hubiera escuchado. Desde el frente de la columna, el lugarteniente Chappelle se dio la vuelta para decir algo (vio cómo formaba la palabra con los labios) y, entonces, detrás de ella, con mucha claridad, oyó:

—Mano…

Grey se dio la vuelta. Kier tenía a la chica sujeta de las muñecas y la agarraba con torpeza mientras la arrastraba por la colina. Ella estaba llorando y unos grandes sollozos le sacudían los hombros delgados. Con la armadura del capitán, parecía una niña jugando a ser caballera. Él tenía el rostro torcido en un gesto raro que casi parecía estupor. Cuando se vinculó a ella, sintió algo extraño en el flujo: dolor, culpabilidad, disculpa y sorpresa.

Algo iba muy mal.

—Kearns, Pacet —dijo, y dos de los típicos que se encontraban al final de la columna se separaron del resto para seguir sus órdenes—. Llevaos al recurso.

Les demandó un momento tomar a la chica y alejarla de allí y Kier tardó otro instante en dar un paso y tambalearse. Se agarró al brazo de Grey y se aferró a la hombrera para recuperar el equilibrio. Ella le puso las manos en la parte superior de los hombros y lo sostuvo erguido sin pensarlo, clavándole los dedos en la camisa acolchada.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre? —le preguntó mientras le estudiaba el rostro. Le resultó difícil puesto que ya de por sí era un caos de sangre. Mucho drama y pocas heridas reales más allá de un corte en la mejilla y la nariz, que probablemente llevaba rota. Sin embargo, nada de aquello era motivo para que tuviera los ojos vidriosos.

—Me ha apuñalado —contestó él.

Se acercó a Grey y se ocultó tras ella para que el resto de la compañía no le viera el cuerpo.

Con cuidado, se levantó la parte inferior de la camisa acolchada y dejó a la vista la mancha floreciente que tenía en la camiseta interior, que estaba humedeciéndose y tiñéndose de rojo con rapidez.

—¿Es muy grave? —dijo Grey. Él hizo una mueca de dolor—. La voy a matar —añadió con los dientes apretados mientras le clavaba los dedos en los costados—. La voy a matar, joder.

—No… —replicó él antes de aferrarse a su brazo con más fuerza.

No podía matar al recurso. No podía matar al recurso porque no le habían dado la orden.

Pero, aun así… Aun así… Cuando echó la vista atrás, vio que la chica tenía las manos rojas por la sangre de Kier, que se inclinó hacia ella y le rozó la mejilla embarrada con el aliento entrecortado. En lo único que podía pensar era en el peso abrumador de su propio fracaso y lo único que podía oír era el palpitar de su propio corazón contra los oídos.

—Le has dado tu armadura —dijo, echando humo.

—Tan solo es una niña —contestó él con voz temblorosa—. Estaba… Está aterrada.

Ella también había sido «solo una niña» en el pasado, pero allí estaba. Se preguntó si Kier también la habría subestimado o si ella también habría tomado la misma decisión que había tomado la prisionera: rajar, herir, huir.

—¿Por qué no has comprobado que no estuviese armada?

—Grey —dijo él—. Ha sido con mi propia daga. Es muy probable que me haya causado un gran daño al sacarla, pero no voy a dejar que vuelvas a ponerte en peligro por mí.

Conocía esa daga. Metal oscuro y con púas en la parte inferior. Se la había regalado ella misma cuando había cumplido los veinticinco años, acompañada por una nota que decía:

«Para que puedas ser mortífero por tu cuenta». Solo había sido una

broma a medias. Debía de haberla recuperado antes de entregar al recurso (buena decisión: dejarla armada no era un plan demasiado seguro) porque se la tendió con manos temblorosas. Si la chica se la hubiera dejado clavada en la parte inferior del intestino, Grey no sería tan presa del pánico en aquel momento. Arrancársela tan solo había servido para causarle más daños.

—Escúchame —dijo mientras enfundaba la daga. Después, alzó una mano y le tomó la barbilla para obligarlo a que la mirara. Lo más probable era que solo estuviera conmocionado. Estaba bien. Había pasado por situaciones peores. Estaría bien.

—Grey…

—Ni se te ocurra —le regañó.

Ya había recibido puñaladas en otras ocasiones. Y peores que aquella. Ambos habían sufrido cosas peores. Le posó la mano sobre la herida y le envió una oleada de poder. Kier soltó un sonido horrible y se derrumbó sobre ella mientras se le oscurecían mucho los ojos.

—Tan solo tengo que llevarte al campamento. En cuanto regresemos, lo arreglaré, ¿de acuerdo?

—Grey —insistió él, intentando tomarle la mano. Ella se lo permitió. La tenía resbaladiza por su propia sangre.

—No —dijo al notar que se resistía al vínculo—. Tómalo. Extrae el poder de mí. Tómalo todo. No me mires con esa puñetera cara.

Kier tenía sangre entre los dientes. Grey tardó un instante en sacar las vendas del botiquín de bolsillo que llevaba y otro en vendarle el torso por debajo de la camisa con todas sus fuerzas. Cuando terminó, siguió sosteniéndole la mano y, tras colocarse uno de sus brazos en torno a los hombros, lo obligó a moverse. Pesaba mucho, demasiado, así que tropezó y estuvo a punto de soltarlo. Otra de las manos del grupo los alcanzó incluso antes de que abandonaran la orilla y se colocó al otro costado para que ella tuviera la libertad de presionarle con firmeza una palma contra la herida. Por el momento, no podía hacer gran cosa, no sin pararse para inspeccionar los daños, pero no empeoraría si tenía una corriente constante de poder atravesándole el cuerpo.

Los magos no podían sanarse a sí mismos. Ni siquiera con un flujo estable de magia. Era como intentar hacerse cosquillas: imposible. Del

mismo modo que era imposible herir a un pozo con magia. El poder no permitía ser usado en esa dirección. Sin embargo, su mano unida a su poder… Aunque no contaba con los medios para hacer magia por sí misma, su formación como sanadora y su poder sin diluir trabajaban a dúo para recomponer a Kier. Y

hasta que pudiera ponerle las manos encima y ayudarle de verdad, podía lograr que permaneciera estable de forma indefinida solo a base de poder.

Si es que podía mantener el flujo.

—¡En marcha! —gritó. Odió el toque chillón con el que le sonó la voz. Sin embargo, era su mano y su voz; tenía el mando cuando él no podía ostentarlo.

—Tiene que mover los pies, capitán Seward —dijo en voz muy baja la mano que se encontraba al otro lado de Kier.

Grey la miró el tiempo suficiente para darse cuenta de que se trataba de Ola Et-Kiltar, un pozo de lengua afilada que le había llamado la atención las veces suficientes como para que Kier y ella estuvieran planeando ascender a su mague, Brit. No podía ver a Brit en aquel momento (por norma general, su cabello pálido era fácil de distinguir entre la masa jadeante de soldados), pero se obligó a mantener la calma, porque si Ola no era presa del pánico, lo más probable era que le mague estuviese bien.

Sin embargo, Kier seguía resistiéndose al vínculo y, por lo tanto, estaban perdiendo un tiempo muy valioso.

—Tómalo —le dijo con furia contra el hombro.

Él soltó el aire entre los dientes, tosió y escupió sangre. Grey presionó la mano con fuerza contra las vendas, le palpó los músculos del vientre y sintió otro borbotón de sangre cálida y pegajosa.

Sin embargo, en aquella ocasión, Kier le hizo caso. Sintió el hilo de poder penetrando en el cuerpo del mago y desenrollándose como un trozo de lana suelto en un jersey tejido. Volvió a respirar de forma entrecortada.

Cargaron con él mientras seguían caminando. A Grey le palpitaba la cabeza a causa de la agonía que él era incapaz de evitar que se le

escapara a través del vínculo. Sintió que el hilo se desenrollaba cada vez más y más, tirando de ella. Todavía le quedaba mucho poder que entregar antes de quedarse sin nada, pero tenía que conservar la cantidad necesaria para poder sanarlo cuando llegaran al campamento y, además, evitar sospechas.

A mitad del camino, Ola se intercambió con Brit. Aquello fue un alivio para Grey, pues confirmaba que le mague no había muerto. Sin embargo, también planteaba un nuevo problema. Kier tropezó una vez. Brit tomó aire con los dientes apretados mientras lo sostenía y miró a Grey.

—¿Está extrayendo poder? —le preguntó—. ¿Lleva todo el rato extrayendo de usted?

—Eso no es de tu incumbencia —espetó ella.

Sin embargo, Kier se estaba aferrando al vínculo como un hombre moribundo. No lo hacía de forma intencional, pero estaba arrancándole muchísimo poder. Para un pozo normal, habría sido demasiado.

Ola, que se encontraba a una distancia desde la que todavía podía oírlos, se apresuró a acercarse a su lado.

—Sin duda es demasiado… Capitana mano Flynn, no puede permitir que la drene por completo.

Grey le lanzó una mirada feroz.

—Sé lo que estoy haciendo.

—Mano… —dijo Kier en voz muy baja. Siempre se le habían dado mejor los buenos modales. Eso sí que era una ironía terrible.

Grey no conocía los límites ni las barreras de su poder. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que los había puesto a prueba. Había sentido la fatiga del vacío auténtico tan solo en una ocasión, años atrás, tras una batalla especialmente devastadora, ya que Kier se había excedido. Después de eso, se había pasado tres días seguidos durmiendo y, al despertarse, se había topado con los remordimientos del mago.

Desde entonces habían tomado medidas, tanto legales como de otro

tipo, y él siempre se había mostrado muy cuidadoso. No creía que fuese a quedarse sin poder, pero estaban muy lejos de casa.

No podía pensar en ello; no en ese momento.

—Capitana mano —comenzó a decir Ola con un tono de voz más apremiante.

El campo de visión se le estaba difuminando y granulando un poco en los bordes a causa de la fuerza con la que estaba concentrada. Tenía la mandíbula tan apretada que sentía como si se le fueran a partir los dientes. La bobina no dejaba de dar vueltas, pero Kier estaba moviendo los pies y el corazón seguía bombeándole. Sin embargo, si dejaba de extraer…

—Va a matarla —dijo Ola con apremio. Intercambió una mirada con su mague y extendió una mano—. Por favor, permítame…

La idea de entregar a Kier a otra persona le parecía muy tentadora, pero absolutamente imposible. Lo miró. Tenía los ojos medio cerrados. Una cicatriz que se había hecho al caerse de un manzano a los nueve años le atravesaba la ceja. El rasguño de la mejilla ya le había coagulado y tenía una costra casi negra.

—Estoy bien —insistió. Se recolocó el brazo del mago sobre los hombros y agarró con fuerza la mano que le colgaba con flacidez sobre el pecho. Hacía mucho mucho frío.

—Capitana mano —dijo Brit con mucho cuidado—, si no se desvincula, acabaremos teniendo que cargar con el cuerpo de ambos. Deje que Ola se encargue.

Lo único que quería era entregarlo. Cortar la conexión. Soltarlo. Pero podía seguir sustentándolo, pues el pozo de poder que tenía en el interior aún no estaba vacío.

Sin embargo, si seguía adelante, lo sabrían: sabrían que no era normal; que había algo extraño en ella.

Pero, si lo soltaba, Ola intentaría vincularse con Kier y descubriría que no podía.

—Basta —dijo él, a una de ellas o a ambas. Aquella voz no se parecía en nada a la suya; era como escuchar a un Kier que llevase años

enterrado en la tumba. La cabeza se le ladeó y apoyó la frente contra la sien de Grey—. Déjame ir —masculló.

—No pienso hacerlo —replicó. Iba a vomitar. Estaba perdiendo mucho, había perdido mucho. Se sentía como si se estuviera sacando los intestinos a través del ombligo—. No puedes pedirme eso.

Él tomó aire. Grey tropezó y apretó la mano con más fuerza. Sintió en la sien los labios de él, resquebrajados y descoordinados a causa del dolor.

—Capitana mano —dijo él mientras le rozaba la piel con los labios muy fríos—, es una orden.

—No eres mi superior.

Si lo dejaba ir, no había ninguna garantía de que regresara al campamento con vida. O, sencillamente, de que regresara.

—Y una mierda. Claro que lo soy.

Si no lo dejaba ir, más miradas se posarían sobre ellos; más sospechas.

Una pausa. Una respiración. Grey pensó en lo bonito que sería tumbarse a su lado y morir; que todo aquello llegara a su fin.

—Tengo suficiente —dijo Kier.

Ella cortó el vínculo de golpe.

El alivio la mareó tanto que estuvo a punto de perder la conciencia y, en un instante de pánico, se dio cuenta de que había entregado muchísimo y no era tan poderosa como había creído. Bajo el brazo de Kier, sentía el cuello húmedo y pegajoso por el sudor. Tenía el estómago revuelto por la bilis y le dolía la cabeza. Tenía un vacío enorme y hueco en las entrañas, pues el pozo casi se le había agotado por completo. Entonces, oyó que Kier tomaba aire. Ni siquiera podía imaginárselo: sin el poder de un vínculo, todo el dolor que había mantenido a raya se habría abalanzado sobre él, duplicado y triplicado.

—Kiernan Seward, si te mueres ahora —dijo Grey contra su hombro, con los dientes apretados—, me moriré contigo y no dejaré que tus huesos descansen en paz, maldito cabrón.

Su risa fue débil, jadeante y llena de sangre.

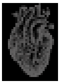
—Te tomo la palabra.

«Teniendo en cuenta el delicado equilibrio de poder existente, la relación entre un mago y un pozo puede resultar bastante complicada sin que los vínculos emocionales entren a formar parte de la ecuación. Para disfrutar de la mejor situación de trabajo posible, se recomienda que la pareja esté lo bastante unida como para inspirar confianza pero que, por lo demás, evite cualquier sentimiento más fuerte que el del respeto amistoso».

Códice del mago. Quinta edición, publicada cuatro años d. D.

«Mi amor es tuyo, como tuyo es lo que me palpita en el corazón. Y aquello que alimenta de poder el tejido del mundo es tuyo a través de mis propias manos. Toma de mí para que yo también sea tuyo».

Ritual de enlace recuperado de Locke. Autor desconocido. Fecha desconocida.



tres

Que fuese a convertirse en su mano nunca había sido algo asegurado. Dos semanas antes de su dieciocho cumpleaños, en un momento que le parecía una vida totalmente diferente, Grey se encontraba con las manos enterradas hasta las muñecas en la herida de un pecho cuando la puerta de la enfermería se abrió, dando paso a un oficial.

—¿Flynn? —dijo mientras inspeccionaba la sala.

Grey alzó la vista y miró a la persona que la llamaba.

—Ahora mismo no puedo hacer una reverencia —dijo con tono de disculpa. Bajo sus cuidadosas atenciones, el mago que estaba en la camilla emitió un sonido ahogado. Ella le hizo un gesto con la cabeza a la sanadora en formación que estaba a su lado y que acercó a la nariz del hombre una tela empapada de un anestésico herbal.

El oficial hizo una mueca.

—Me han mandado llamarte. El capitán Pickett quiere verte.

Grey inhaló y pudo saborear la sangre y la enfermedad que pendían con pesadez del aire que los rodeaba. Había comenzado su formación con Kier cuando casi había cumplido los dieciséis años y había sido él el que, con mano firme, había falsificado la firma de su tutora en el pergamino necesario. Los habían separado tras decidir que ella era demasiado joven para morir nada más terminar la formación, así que, en su lugar, la habían enviado a trabajar como sanadora y Kier se había unido a una compañía de magos para luchar.

Hasta unas semanas antes, había supuesto que todo el mundo se había olvidado de que en la enfermería había un pozo en buenas condiciones físicas. Después de todo, los pozos eran los mejores sanadores aunque, por norma general, no los apartaban de la batalla hasta que no habían perdido al menos un miembro. Además, ella no era modesta con respecto a sus talentos: era una buena sanadora. Lo bastante buena como para que tanto capitanes como maestres hubiesen requerido sus servicios; lo bastante buena como para encontrar en los bolsillos del delantal las botellitas de licor o más pergamino para las cartas que le habían dejado quienes habían sobrevivido gracias a ella.

«Puede que sea aburrido —le había escrito a Kier en la última carta—, pero si me mantienen aquí, es posible que no muera antes de cumplir los veinte. Tal vez».

Él no le había respondido. De hecho, habían pasado meses desde la última vez que había sabido algo de él y, con cada día que pasaba, se sentía más y más ansiosa. Lo único que podía hacer era rezar a sus dioses para que no estuviera muerto y mandar cartas cada vez más aterradas a su madre adoptiva, Imarta, para preguntarle si las madres de Kier sabían algo.

Cada una de las misivas de Imarta decía «Laurella y Pia no saben nada de él, pero no está muerto».

No pasa nada, pensaba ella. No saber nada era una buena noticia. Después de todo, cuando Lot había muerto, se habían enterado de inmediato.

Además, suponía que era imposible que Kier estuviera muerto. Porque estaba segura de que, si lo hubiera estado, lo habría sabido. Sin importar la distancia que los hubiera separado, habría sentido algún tipo de reinicio en los huesos, alguna agonía eterna.

Muy a su pesar, terminó el trabajo con el ceño fruncido. Ni siquiera podía recordar haber deseado ser algo que no fuera sanadora. Sin embargo, cuando hubo terminado con el mago, se hubo lavado la sangre y se hubo abierto paso hasta la vieja granja desde la que trabajaban los oficiales, todas las cosas que alguna vez había deseado se desvanecieron.

La llevaron hasta la oficina del capitán Pickett. Encontró al hombre cascarrabias e irritable que estaba a cargo de los sanadores del campamento sentado tras el escritorio y con el mismo temperamento volátil de siempre y…

Junto a la ventana había otro hombre, iluminado a medias por el sol de media tarde, que hacía que el pelo, oscuro y resplandeciente, le brillara y le arrancara un destello del alfiler pulido que llevaba al cuello. Vestido con la capa azul con ribetes rojos propia de los magos, tenía las manos entrelazadas frente a él.

Grey se quedó petrificada en el umbral de la puerta, respirando a duras penas. Se había pasado la mitad de la vida revoloteando a su alrededor como un planeta diminuto girando en torno a un sol enorme. Durante dos años de su vida, se había dedicado a releer cada carta una decena de veces hasta que el papel se desgastaba, y se había

guardado todas y cada una de ellas en el bolsillo de la capa para mantenerlas a buen recaudo. Durante casi tres meses, él le había llenado las horas de preocupación mientras esperaba a recibir noticias suyas.

Pero allí estaba de nuevo y Grey se sintió incapaz de moverse, pues no estaba segura de seguir conociéndolo.

—Sanadora Flynn —dijo Pickett con tono indiferente, listo para poner fin a aquel asunto—.

Te hemos asignado un nuevo puesto. Un lugarteniente te ha solicitado como su mano.

Grey hizo una reverencia antes de que pudieran amonestarla una vez más por irreverencia (no había sido irrespetuosa de modo intencional, tan solo olvidadiza, pues su cerebro se había dedicado a pasar de una herida a la siguiente, de un paciente a otro, sin preocuparse por quién de los presentes en la sala era más importante que ella) y, después, avanzó tres pasos al frente para poder cerrar la puerta a sus espaldas.

—¿Kier? —dijo.

El nombre se le había escapado de los labios antes de poder evitarlo. No había vuelto a verlo desde el día en el que lo habían enviado a la frontera con Nestria. Además, dos años antes no había tenido los hombros tan anchos, no había sido así de adusto y, desde luego, no había tenido aquella cicatriz que le atravesaba la comisura de los labios ni la que le serpenteaba por el brazo izquierdo hasta el puño de la manga.

—Lugarteniente Seward para ti —dijo Pickett—. No te lo repetiré, sanadora.

—Lo siento. Es que…

Se sacudió, cuadró los hombros y se obligó a concentrarse. Había sido consciente de que lo habían ascendido, por supuesto. Se lo había contado él mismo a través de sus cartas. Pero cualquier atisbo de coherencia se había esfumado.

—Lo siento, lugarteniente, pero… ¿Su mano? ¿Yo?

—Si quieres serlo —dijo Kier, tan tranquilo como siempre.

Su cara le resultó inexplicablemente diferente incluso después de que sus recuerdos hubiesen retorcido aquellos nuevos ángulos hasta reconocerlos. Su voz no había cambiado en absoluto.

—No tiene elección, Seward —dijo Pickett mientras Kier dibujaba una mueca.

—Por supuesto —contestó ella—. Por supuesto.

—Entonces, está hecho —dijo el capitán mientras volvía a concentrarse en una pila de correspondencia—. Os marcharéis de inmediato. Recoge tus cosas, Flynn. El carruaje está esperando para llevaros a ambos de vuelta al puesto del lugarteniente Seward.

Mientras hacía otra reverencia, Grey sintió la cabeza llena de aire. Siguió a Kier por las escaleras, formando una hilera perfecta. Le costó demasiado darse cuenta de que se había desviado del camino y la había conducido hasta un cuarto de la limpieza y, antes de que pudiera procesar nada más allá del olor a lejía, él la estrechó entre los brazos.

Apretada contra él, se quedó rígida y muy quieta durante dos segundos y, después, lo rodeó con los brazos, le pasó los dedos por el pelo muy corto y le enterró el rostro en el pecho.

—Estás vivo —le dijo, respirando con dificultad, como si necesitase asegurarse. Olía igual que siempre: a luz de sol, a ropa blanca limpia y al jabón de lavanda de su madre. Olía a hogar—. Estás vivo.

—Estoy vivo —contestó él con la misma desesperación, como si también necesitara convencerse—. Por poco, pero estoy aquí. Estoy vivo.

—No me has contestado a las cartas.

El gesto de él vaciló.

—Ha sido difícil. Lo siento. Lo siento muchísimo. Es solo que no he sido capaz de pensar y mucho menos de escribir.

—¿Y me quieres a mí?

—No pretendía sacarte de un sitio seguro —dijo él—, pero cuando vi tu nombre en una lista de pozos que iban a ser reasignados… Ay, Grey, no debería haberlo hecho y debes de pensar que soy un egoísta.

Grey lo agarró por los hombros y lo empujó lo justo y necesario para poder ver el destello de sus ojos bajo la luz tenue. Le pareció… No podía pensar o concentrarse. Tenía el mismo aspecto que en todos y cada uno de los sueños en los que había aparecido a lo largo de dos años y durante demasiados latidos del corazón en los que había temido no volver a verlo nunca más. Le pareció un absoluto desconocido.

Alzó las manos para tomarle el rostro entre ellas.

—Lo siento mucho —le dijo. Aquellas palabras se le escaparon sin previo aviso. Además, necesitaba decírselas en persona, escribirlas en el espacio que había entre ellos tal como nunca había sido capaz de escribirlas en las cartas—. Siento muchísimo lo de Lot.

Él cerró los ojos y giró la cabeza para apoyarle los labios en la palma de la mano. Incluso de niños, siempre había sido muy cariñoso, propenso a darle un beso en la sien, entrelazar el brazo con el suyo o apoyarle una mano en el hombro. En el pasado, Grey había intentado encontrarle algún significado oculto antes de empezar a plantearse que, tal vez, aquella había sido la única forma que había conocido para demostrarle que podía confiar en él.

—No hablemos de eso —masculló contra su piel.

Entonces, se le sacudieron los hombros y volvió a ser un niño. Grey tiró de él hacia abajo (no sabía cuándo se había vuelto más alto que ella, a menos que siempre lo hubiera sido y tan solo se hubiera olvidado, lo que le pareció inconcebible) y lo obligó a que le apoyara la cabeza en el cuello. Ninguno de los dos mencionó las lágrimas.

Poco después, tras haber recogido la única bolsa que contenía sus pertenencias y la nueva capa del color negro propio de las manos, que no le quedaba bien, Kier le dijo:

—Pickett se equivoca. No tenías por qué aceptar.

—Has dicho que, de todos modos, me iban a asignar a alguien. Mejor que ese alguien seas tú.

—Sí, pero… El lugar al que nos dirigimos no sería la primera elección de nadie.

—¿Por qué?

—Es… un mal destino. Es sangriento. Es horrible. Y… no debería meterte en eso.

Entonces, en medio de la oscuridad del carruaje, la miró. Grey anheló pasarle la yema del dedo pulgar sobre la nueva cicatriz y sentir el roce de sus labios carnosos contra la piel.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

Él se quedó en silencio un buen rato, observándola.

—No estamos enlazados —comenzó a decir.

Grey se rio. El enlace aumentaba de forma significativa el poder que mago y pozo compartían. Hacía que el mago tan solo pudiera extraer poder de una fuente y el pozo tan solo pudiera responder ante dicho mago. A cambio, la conexión entre ellos se volvía mucho más sensible: Grey podría entregarle a Kier mucho más de sí misma y él podría arreglárselas con la más mínima cantidad de poder.

También era ilegal, estaba prohibido y se castigaba con la muerte.

Le dio un golpe fuerte en las costillas y, después, se rio aún más al verlo hacer un mohín.

—No se nos permite.

Kier se encogió de hombros, admitiendo que tenía razón. El enlace no se le permitía a nadie.

No desde una década atrás; no desde que los altos soberanos se habían dado cuenta de que la magia estaba menguando seriamente. Recortar las habilidades de los pozos y los magos para que fueran intercambiables equivalía a reducir su utilidad de forma drástica, y Grey no se hacía ningún tipo de ilusiones: tan solo era valiosa para el ejército porque era útil.

—No quiero que nadie más te haga daño —dijo Kier—. Y te conozco tan bien como me conozco a mí mismo.

Entonces, se giró hacia ella con una urgencia que no solía mostrar. Aquel no era el Kier que recordaba, pero el Kier que conocía, el niño con el que había crecido, nunca había estado a punto de morir. El

hermano de aquel Kier seguía vivo, no enterrado junto al árbol en el que solían jugar de niños. Extendió el brazo para tomarle la mano y ella se lo permitió. De inmediato, sintió la atracción, el tirón, el poder desplegándosele en el centro del pecho. Un gesto indescifrable atravesó el rostro del mago.

—Con qué facilidad me entregas tu magia —masculló.

Muy a su pesar, Grey se sonrojó y se alejó de él con una sensación similar a la vergüenza.

—No es magia cuando está en mi cuerpo. Necesita tu intervención para convertirse en algo.

—No estamos enlazados —dijo él de nuevo con la mano apretada sobre el regazo, como si no pudiera aguantar la idea de decir lo que tenía que decir—, pero lo bien que me conoces… se parece bastante, ¿no? El enlace hace que el vínculo sea más fuerte. Si te

emparejaran con otra persona, podría descubrir muchas cosas, Grey, y no podía soportar imaginarte en semejante peligro.

Ella se mordió el labio. En realidad, se sintió agradecida. Él estaba en lo cierto. Si se hubiera convertido en la mano de otra persona, habría tenido que ocultar muchas cosas o dar demasiadas explicaciones.

—¿Serás mi mano? —le preguntó él—. ¿Serás mi compañera?

¿Cómo decirle que no? ¿Cómo se suponía que podría decirle algún día algo que no fuera

«sí»?

Entrecerró los ojos.

—¿Y yo qué gano con todo esto?

Aquello le arrancó una carcajada y Grey se sintió agradecida, pues no sabía qué hacer con aquella versión nueva y seria del chico al que siempre había conocido.

—¿Mejores aposentos? ¿Mis raciones de queso?

—Tienes que esforzarte más.

—¿Acceso ilimitado a mis camisas?

Grey se encogió de hombros.

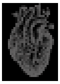
—Eso podría convencerme —dijo al fin.

La sonrisa que cubrió el rostro de Kier a modo de respuesta fue deslumbrante.

«He recibido nuevos informes que aseguran que la Isla ha desaparecido por completo. No hay supervivientes. He visto la bahía vacía con mis propios ojos y, a pesar de que han pasado días, la corriente no ha arrastrado ningún cuerpo a la costa. Me informan de que la alta lady, el lord consorte y ambos niños han muerto junto con el resto de la corte.

Como nota personal: lo lamento muchísimo, majestad. Sé lo que significaban para vos».

Carta del comandante Finnegan para Scaelas. Dos días d. D.



cuatro

Kier no había muerto en el camino de regreso al campamento, lo que, por sí solo, ya constituía un pequeño milagro. Ola y Brit lo llevaron casi a rastras hasta la enfermería. A aquellas alturas, estaba inconsciente la mayor parte del tiempo. Leonie, la sanadora jefe del campamento, estaba esperando a Grey en una sala lateral. La mujer llevaba el pelo rizado y oscuro recogido en lo alto de la cabeza y atravesado con un lapicero para que el moño no se le deshiciera. Sobre el vestido negro llevaba el delantal azul oscuro de los sanadores y los bolsillos repletos de vendas, instrumental y hierbas medicinales.

—No tienes muy buen aspecto —dijo con un suspiro al ver a Grey.

Ella la miró con el ceño fruncido.

—Y tú parece que llevas varios días sin dormir.

—Solo dos —contestó Leonie. Después, se acercó a ella, la ayudó a desatarse la armadura y la fue dejando pieza por pieza sobre una mesa cubierta de tela—. Estás muy sucia.

—Gracias, cielo.

La sanadora le dejó los dedos posados en la cintura un segundo más de lo necesario mientras abría la hebilla de cuero que le sujetaba la coraza. Grey inhaló de forma entrecortada, pues encontraba un extraño consuelo en la firmeza de las manos de la mujer y en la frialdad de sus ojos marrones mientras la miraba de arriba abajo.

—¿Toda esa sangre es tuya?

—Es del capitán —contestó ella de forma brusca conforme se apartaba.

Mientras limpiaba la espada, le narró la idiotez que había hecho Kier.

—¿Quieres que empiece sin ti? —le preguntó Leonie mientras dejaba diversos instrumentos sobre una bandeja después de que Grey hubiera terminado de informarle del alcance de las

heridas del capitán con un tono de voz mesurado e indolente—. ¿O

prefieres que espere?

Sin duda, una hora no supondrá ninguna diferencia. Parece que…

—No.

Tomó los tres paquetes de un mejunje ya preparado y cargado de nutrientes que le tendía la mujer y maldijo a los magos que habían formulado aquella mierda, a sí misma por necesitarlo y, después, otra vez a sí misma por no haberse lavado primero, ya que el barro les añadía el peor tipo de sabor.

Sin embargo, era preciso que repusiera su poder de cualquier modo y lo más rápido posible.

Cuando se hubo acabado el mejunje, que se había tragado a bocados incómodos, se quitó a duras penas la camisa acolchada y, por si acaso, se quitó también el chaleco y la camiseta interior, que estaban empapados. Desnuda de cintura para arriba, se esforzó por ignorar el frío del aire mientras se limpiaba la suciedad y la sangre de la piel. Le dolían todos los músculos a causa de la batalla, de tener que cargar con Kier durante el camino de vuelta y de las reservas agotadas de poder. Se sacudió el barro hasta que el agua que le caía por el pecho y los brazos estuvo limpia y, después, se lavó una vez más por si acaso. Tras acabar, se puso la camisa limpia que le ofreció Leonie, y juntas atravesaron la puerta de tela que conducía de vuelta a la enfermería.

Una de las ayudantes ya había desnudado a Kier, le había limpiado las heridas y lo había dejado inconsciente con una tela empapada de un anestésico herbal que le había colocado sobre la boca y la nariz. En aquel momento, estaba sentada a la altura de su cabeza, controlándole la respiración. Grey se percató de las sombras oscuras que se estaban formando bajo los ojos de Kier, de la costra sangrienta que tenía en la mejilla y de lo torcida que parecía su nariz bajo el paño blanco y húmedo. Pero ya se ocuparía de arreglarle aquello más tarde.

—El capitán ha dejado sus últimas palabras —dijo la ayudante en voz baja cuando entraron en la habitación.

A pesar de que no era culpa de la joven que Kier fuese un desastre absoluto, Grey estuvo a punto de echarla de allí en un ataque de ira.

Sin embargo, era bueno que sintiera algo. Los sentimientos fuertes como la ira, la furia y la desesperación hacían que el poder se

restaurara más rápido. Sintió cómo se henchía y se arrastraba por su interior desde algún punto de la zona baja del vientre.

Bien. Lo necesitaba.

—Podrá decírmelas él mismo cuando se despierte —masculló mientras fulminaba con la mirada el trozo de papel doblado.

Nadie se lo discutió. Leonie preparó el instrumental mientras ella se ponía un par de guantes estériles e inspeccionaba las heridas. Cargaba a las espaldas con seis años de tener que sanarlo. Era su deber hacerlo una vez más.

Lo miró con detenimiento, observando la curva de los músculos de los pectorales, las cimas y los surcos sombríos de las costillas y la cicatriz que llevaba sobre el corazón de otra herida que casi había estado a punto de matarlo.

Entonces, se concentró en su propio bienestar. Tenía el poder repuesto a niveles moderados (odiaba aquel mejunje lodoso, aunque era muy efectivo), pero aquella iba a ser una intervención larga. La inspección de la lesión le había revelado que la hoja le había atravesado la parte inferior del intestino, por lo que tendría que lidiar con cualquier tipo de infección para que la herida no acabara provocándole una sepsis.

Le apoyó la mano plana sobre el pecho y se concentró. Al principio, el poder emanó de ella con lentitud, como un goteo exhausto. Pero eso era lo único que necesitaba. Sintió los hilos de Kier entre los dedos y el vínculo entre ellos se fortaleció.

Tomó un cuchillo fino y lo abrió de par en par.

Lo había tenido que sanar tras una batalla en más de una ocasión pero, por norma general, Kier se comportaba mejor. Tan solo había tenido que enterrarle las manos en el cuerpo tres veces: una, después de que un mago de Cleoc Strata con unas habilidades internas intrigantes hubiese intentado darle la vuelta al bazo; otra, cuando un soldado de Eprain le había apuñalado el vientre; y, por último, cuando una mano lo había herido en el pecho después de que él hubiese matado a su mago. Todo aquello la había dejado totalmente aterrorizada y ansiosa por cada movimiento ante la posibilidad de destrozarle algo en las entrañas de forma permanente.

Tenía mucha experiencia con heridas internas, pero cuando se trataba

de Kier y era a él al que tenía entre sus manos…, era como si toda la formación se le disolviera en el cerebro, superada por la comprensión de que, a pesar de que fuese un ser querido, él tampoco era nada más que carne.

Pero, en aquel momento, estaba demasiado cansada como para sentir miedo. Se concentró en aquel hilo diminuto de poder y fue tirando de él con cuidado mientras trabajaba. Leonie la ayudó: le tendió el instrumental cuando se lo pidió, sostuvo los tejidos para que no se separaran y limpió la sangre. No se ofreció a vincular su propio poder con Kier para darle un respiro. Llevaba trabajando con ella el tiempo suficiente como para saber que no era una idea demasiado inteligente.

A favor de la ayudante que se encontraba junto a la cabeza de Kier había que decir que no hizo preguntas ni se desmayó. Ni siquiera cuando el efecto y la dirección del poder de Grey hicieron que la piel se le uniera antes de tiempo y tuvieran que volver a abrirlo.

Concentrada en respirar con calma y en el tacto resbaladizo de las entrañas del mago, perdió la noción del tiempo. Al fin, inspeccionó el trabajo, echó un vistazo en busca de cualquier cosa que no estuviera en su sitio y suspiró de alivio.

—Vamos a coserlo —dijo, volviendo la vista hacia Leonie.

Solo que no era Leonie.

Al otro lado del cuerpo de Kier, a la espera de recibir instrucciones, estaba la maestre mano Mare Concord. Grey ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba allí. Tan solo tuvo un par de segundos para recuperarse antes de que la mujer le tendiera una aguja e hilo de sutura.

Estaba demasiado cansada para aquello. Se concentró en mantener el último hilo de poder mientras volvía a coser las diferentes capas del cuerpo de Kier. Al menos, Mare le fue de mucha ayuda, pues tenía listas las herramientas que necesitaba antes de que ella se las pidiera.

No era de extrañar. Lo más probable era que ella misma hubiera tenido que llevar a cabo cirugías muy similares en su propia maga.

Grey limpió la herida cosida una última vez y le colocó el vendaje. Cuando hubo terminado con eso, se lavó las manos tres veces hasta que no le quedó ni un solo rastro de las vísceras de Kier sobre la piel, si bien no sobre la camisa.

—Buen trabajo, mano —dijo Mare—. Unos puntos perfectos.

En algún momento, mientras la mujer la observaba, la ayudante también se había marchado, así que estaban las dos solas. Tres, si contaban al mago.

—También se me da muy bien remendar los calcetines —contestó ella mientras depositaba el instrumental en los cubos adecuados para su posterior limpieza.

Entonces, llevó a cabo una comprobación interna del pozo. Menguaba de nuevo, pero no estaba vacío. Se encontraba en la peor situación en la que se había encontrado en años, pero podía lidiar con ello. Se concentró mucho en poner fin a la conversación: cuanto antes pudiera hacerse un ovillo en una cama, mejor. A aquellas alturas se conformaría con la sala de descanso, en la parte trasera de la enfermería.

—El juego al que estáis jugando es peligroso. Tu mago tendría que saber que no debe extraer tanto de ti. Capitana mano, si necesitas presentar una queja junto con una solicitud para una reeducación…

—No extrae más de lo que yo estoy dispuesta a entregarle —espetó ella.

Estaba muy muy cansada de mantener aquel tipo de conversaciones.

—Tienes… bastante capacidad —comentó Mare con cautela—. ¿Sabes? Se supone que tenemos que informar de la existencia de pozos con mucha capacidad. En caso de que algún oficial de rango más alto necesite uno.

Grey se tensó. Mare era el tipo de persona curtida en la que, por norma general, los pozos no llegaban a convertirse, ya que no vivían el tiempo suficiente. Se obligó a concentrarse y buscarle en el rostro alguna muestra de… Bueno, de lo que fuera.

—Ya sirvo a un capitán, maestre mano.

Mare se encogió de hombros, reconociendo que tenía razón.

—A menos que haya otro motivo para la capacidad que eres capaz de ofrecerle al capitán Seward.

Grey no permitió que ninguna emoción le atravesara el rostro.

—¿Qué intenta decirme?

—Tan solo digo que es algo notablemente inusual —contestó la mujer con un tono firme como el acero—. Hay pocos motivos para que exista un poder inusual.

Ya había tenido suficiente; su cerebro no podía aguantar más.

—No sé de qué está hablando, maestre mano, pero hoy he usado gran parte de mí misma y no puedo seguir charlando.

—Capitana mano Flynn…

Mare extendió el brazo y la agarró del hombro, pero Grey se sacudió para deshacerse de ella. Siempre tomaba las peores decisiones cuando Kier estaba indispuesto.

Abandonar aquella sala se consideraba insubordinación, un riesgo extremo, pero lo hizo de todos modos.

Congelada, salió de allí a rastras y atravesó el campamento. Cuando estuvo en la seguridad de su propia tienda, apenas se tenía en pie. En cuanto la apertura de tela se cerró tras ella, cayó al suelo de rodillas, encorvada, mientras se quedaba sin aire en los pulmones. Se obligó a ponerse en pie y se abrió paso con uñas y dientes hasta el camastro. Todavía estaba pegajosa por la sangre de Kier.

Sabía que iban a castigarla por lo que había hecho; por marcharse sin que le hubieran dado permiso y por no responder a las preguntas de Mare. Sin embargo, quedarse e intentar improvisar una historia coherente habría sido un riesgo aún mayor.

Se rindió y se permitió sumirse en el vacío.

Fuego. Cuando soñaba, siempre soñaba con fuego.

En aquella ocasión, el fuego que había frente a ella había adoptado la forma de un chico que estaba sentado con las piernas cruzadas. Ella ya no era una soldado, o una mujer o un pozo.

Era una chica; una niña. Tal vez ella también fuese fuego.

—Quédate en silencio —le dijo el chico de fuego.

Y ella así lo hizo. Estaban sentados en el suelo compacto de una habitación de piedra. Era un sótano. Olía a sal y ceniza. Cuando se sorbió los mocos y alzó el puño para limpiarse la nariz, el chico le tomó la mano. No la quemó, pero debería haberlo hecho.

Se oían golpes sobre ellos. Estaba cubierta de sangre, empapada. Recordaba a quién pertenecía, pero no se permitió pensar en ello.

—¿Prometes que nos dejarás marchar? —susurró el chico de fuego.

—No —gimoteó.

Quería abrazarlo, pero tenía miedo. Tenía tanto miedo que el corazón le palpitaba con cobardía en el pecho, tenía las manos sudorosas y los dientes le dolían de tanto apretar la mandíbula. Apenas una hora atrás, el chico y ella habían estado discutiendo en torno a la mesa grande. Todavía podía percibir el sabor amargo del azúcar entre los dientes.

Él le agarró las manos con mucha fuerza y, en aquella ocasión, le hizo daño.

—Tienes que hacerlo —dijo mientras acercaba la cabeza de fuego a la suya. Aún recordaba de qué color tenía los ojos bajo todas aquellas lenguas llameantes: marrones como el limo, como las caracolas, como los sargazos—. No puedo aguantar mucho más, pero lo haré hasta que me lo prometas.

Lloriqueó y él se lo permitió a pesar de que hacía mucho ruido. Oyó un grito en el piso superior, el ruido de pies bajando por las escaleras y, al final, alguien junto a la puerta.

—Te lo prometo —dijo.

El chico de fuego le dio un único beso en la frente y le estrechó las manos con mucha fuerza.

Entonces, el mundo estalló a su alrededor.

Grey se despertó en una habitación vacía y con la boca seca. Frente a ella, la cama de Kier permanecía terriblemente desocupada y durante medio segundo en el que la memoria le jugó una mala pasada, el corazón se le subió a la garganta.

Entonces, se dio cuenta de que seguía llevando la camisa manchada con su sangre y que también había manchado las sábanas. Aquello bastó para que lo recordara. Se incorporó, se sentó con las piernas cruzadas y se quedó mirando la nada.

El fuego no estaba encendido. El frío le gustaba, pues hacía que la ansiedad que sentía en el pecho se suavizara hasta convertirse en un leve zumbido. Se cambió de ropa con rapidez y se puso una camisa limpia del baúl de Kier junto con sus propios pantalones. Pronto, tendría que lavarse en condiciones, pero eso podía esperar. Por último, se anudó las botas, que todavía estaban húmedas, sobre unos calcetines que también le robó al mago. Se colgó la capa sobre los hombros y se adentró en el frío glacial de la mañana. No había ninguna

nota ni ninguna carta de despido clavada a la tienda, así que, al parecer, la interacción que había mantenido con Concord no había sido suficiente para garantizar la acción inmediata.

Cuando llegó a la enfermería, Leonie estaba en la mesa de boticario que se encontraba cerca de la puerta, llenando una bandeja con comprimidos y bálsamos de hierbas medidos. La sanadora observó los rastros de sangre a medio frotar que llevaba en las manos y las sombras que tenía bajo los ojos antes de suspirar. El aire que soltó hizo que el flequillo rizado le cayera sobre la cara. A diferencia de Grey, Leonie parecía un poco más descansada aquel día: la piel de un marrón oscuro le brillaba con un resplandor saludable y tenía las ojeras menos pronunciadas.

—¿Es demasiado pedir que cuides de ti misma? —le preguntó con tono suave.

—Sí —contestó ella mientras le sacaba del bolsillo del delantal el cuadernillo diminuto que utilizaban para las notas de la noche y buscaba el nombre de Kier. El único motivo por el que pudo hacer aquello sin recibir una mirada de desaprobación era que la sanadora jefe sabía que, si el mago pasaba un par de días en la enfermería, al menos podría contar con Grey para que la ayudara con la carga de trabajo—. ¿Cómo se encuentra?

—Vivo. Pero ¿cómo te encuentras tú?

—Viva —masculló Grey mientras leía las notas del sanador del turno de noche. Al menos, le resultaba útil saber que, al parecer, tan solo había pasado doce horas durmiendo.

—¿Has comido, capitana mano?

No se aventuró a contestarle a eso. No era nada personal; le gustaba Leonie. De hecho, tres meses antes, mientras Kier estaba en la enfermería recuperándose de una costilla rota, Leonie había hecho algo más que gustarle durante una noche frenética digna de un sueño febril.

Como si quisiera que aquel recuerdo se volviera más potente, la sanadora le apoyó una mano en el brazo. Tenía los dedos cortos pero ágiles, fuertes, pulcros, limpios y extremadamente hábiles.

—Hueles a sangre vieja y la ropa que llevas puesta todavía está sucia del campo de batalla

—le dijo la mujer—. Come. Lávate. Seguirá aquí cuando regreses.

Le clavó la vista en los ojos y le sostuvo la mirada durante un instante inconmensurable.

Después, cuando Grey pasó a su lado hacia las profundidades de la enfermería, hizo en voz baja algún comentario poco halagador sobre la naturaleza obsesiva de las manos.

De camino a la cama de Kier, se detuvo brevemente para comprobar cómo se encontraban los otros tres miembros de su compañía que todavía seguían allí a causa de las heridas del día anterior. Si hubiese estado despierto, el mago se habría asegurado de que lo hiciera antes de nada.

Satisfecha tras haber cumplido con sus obligaciones, se dirigió hacia él.

Kier, cuya piel solía ser de un tono oliváceo medio, estaba tan pálido como las sábanas. No llevaba camisa y tenía el pecho cubierto por las mantas. Grey se quitó la capa y se planteó arrojarla sobre el camastro vacío que había justo al lado, pero eso solo supondría más trabajo para Leonie, así que, en su lugar, la dobló y la colocó a los pies del

mago.

Se tomó el tiempo necesario para comprobar cómo le latía el corazón y la frecuencia con la que respiraba. Se detuvo un instante, aliviada, cuando él se estremeció al notar el roce de sus manos gélidas sobre la piel. Estaba seco en lugar de sudado por la fiebre. Cuando bajó la ropa de cama y revisó los vendajes, vio que no tenía la zona inflamada. Descubrió que tenía el pozo restaurado, así que se permitió desplegarlo y unirse a él con un vínculo para empujar el poder hacia la herida. Mantuvo los ojos abiertos por si Mare Concord pasaba por allí por casualidad; por si de verdad la estaban vigilando.

En aquellos momentos en los que Kier permanecía incapacitado, se permitía ser cariñosa. A él siempre le resultaba fácil colocarle el pelo detrás de la oreja o agarrarle la mano.

Posiblemente porque incluso el más leve roce iría acompañado de una oleada de poder.

Pero ella no disfrutaba de la misma libertad. Para él, cuando le tocaba la mano, piel con piel, no parecía significar nada. Al menos, no lo que significaba para ella.

Miró a su alrededor. Leonie estaba cerca de la entrada de la sala, tratando con un bálsamo a una persona herida, y el resto de la gente seguía durmiendo. No había ni rastro de Mare.

Le rozó los pómulos con los dedos y, ante aquel contacto, el rasguño que llevaba en la mejilla le sanó. Volvió a echar otro vistazo en torno a la estancia para seguir el progreso de la sanadora jefe. Entonces, se permitió meter la mano bajo las mantas y le presionó la palma sobre los puntos irregulares de la herida.

—Mano…

Bajó la vista hacia él. Seguía teniendo la otra palma apoyada sobre su mejilla y, sin haberlo pretendido, le estaba pasando el pulgar por la ceja. Apartó ambas manos. Ante la ausencia de contacto, Kier hizo una mueca, así que envió un poco más de poder en su dirección.

—Lo estás haciendo de nuevo —masculló él mientras cerraba los ojos.

—No lo digas en voz alta —lo reprendió, pero volvió a colocarle la palma sobre la herida y observó cómo se relajaba de inmediato.

—Estás hecha una mierda —dijo Kier.

—Tienes los ojos cerrados.

—Para no tener que verte hecha una mierda.

—No seas injusto. Estás vivo gracias a mí.

—Eso no cambia nada.

Grey suspiró y apartó la mano. Si lo sanaba más, la gente empezaría a hacer preguntas. Kier volvió a abrir los ojos.

—Gracias.

—Un filtro para aliviar el dolor, capitán —dijo Leonie.

Grey la miró de golpe y observó el delantal, la bandeja y el gesto inexpresivo. Volvía a favorecer el uso de la pierna derecha (siempre lo hacía cuando llovía, y allí la lluvia era casi constante), pero no serviría de nada que le preguntara cómo se encontraba. Años atrás, a la sanadora le habían amputado la pierna izquierda desde la rodilla y se la habían sustituido por un miembro prostético de madera que había creado un materialista. En una ocasión, le había confesado que la lluvia hacía que le doliera la cadera mal sanada.

—Gracias —dijo Kier mientras se tomaba el filtro como el buen paciente que era.

Grey y Leonie intercambiaron una mirada. Ambas se habrían negado a tomarlo. Ninguna de ellas era una buena paciente.

—En cuanto puedas levantarte, Attis ha pedido verte.

—No puede levantarse —dijo Grey de inmediato, lo que no evitó que él lo intentara. Pero empujarlo del hombro con firmeza resultó ser bastante efectivo.

—Entendido —contestó la sanadora—. Puede esperar.

—¿Ha dicho por qué? —preguntó ella.

—Creo que tiene que ver con la prisionera que recuperasteis.

Aquello no era una garantía de nada, pero tal vez no estuviese del todo jodida por el modo en el que se había comportado el día anterior. Tal vez Concord todavía se sintiera en deuda con ella por haberle

salvado la vida. Tal vez en aquella ocasión saliese bien parada. Aunque lo dudaba muchísimo.

Leonie se percató de su inquietud.

—Capitana mano, si vas a quedarte por aquí holgazaneando y tienes tiempo libre, me vendría bien tu ayuda. Pero, antes, necesitaría que te lavaras y comieras.

—Y eso es una orden —dijo Kier.

—Sigues sin ser mi superior —replicó Grey. Aun así, accedió.

«Torrin: Se ha acabado. Déjame vivir en paz, te lo suplico. Apenas se puede considerar una vida y no lo ha sido desde que murieron a mi lado. Lo último que te pido es que permitas que muera todo, tal como debería haber muerto yo.

Sé que, con lo terco que eres, tal vez nunca dejes de buscarme pero, como último de mi linaje, te pido que lo hagas».

Carta de Severin de Locke para Scaelas. Tres meses d. D.

cinco

ame un motivo, capitán Seward —dijo Attis con los dedos formando

un triángulo frente a ella sobre la mesa. Tenía los ojos claros y severos fijos en Kier, como si Grey ni siquiera estuviera presente en la sala, y ella se mordió el interior de la mejilla ante el peso de aquella mirada,

—D contenta de que no la hubiera posado en ella—. Un motivo por el que

no deba degradarte, separarte de tu mano, mandarla a ella con el primer convoy a la enfermería más lejana que pueda encontrar y mantenerte en el frente como un simple típico. Uno solo.

Dado que Kier era, en primer lugar, como un grano en el culo y, además, también era mago, replicó:

—Porque somos demasiado buenos para eso.

Grey estuvo a punto de darle una patada a la silla que ocupaba.

Estaban en la oficina de Attis. Kier estaba sentado frente al escritorio y Grey estaba situada detrás de él con una mano apoyada en su hombro. Él estaba totalmente vestido, lo cual era una mejora, y, cuando se movía, de vez en cuando hacía una mueca de dolor (aunque, en parte, lo hacía por ser dramático). Era posible que se hubiera excedido a la hora de sanarlo y hubiera llegado a un punto que era casi inalcanzable para un pozo normal. Sin embargo, que estuviera sano y de una pieza era más importante que cualquier otra cosa.

Le había advertido de lo que le había dicho Concord pero, para su sorpresa, no era a ella a la que estaban regañando y nadie le había preguntado por su capacidad. Con suerte, Kier estaría exagerando lo suficiente como para que Attis no quisiera verle la herida ni echar un vistazo más de cerca.

—Estuviste a punto de matar a tu mano.

—La capitana mano Flynn conoce sus límites.

El rumbo que estaba tomando aquella conversación podría resultar

peligroso si decidían investigar cuáles eran esos límites.

—¿Y tú los conoces?

Grey clavó los dedos en el hombro de Kier a modo de advertencia.

—Confío en ella —respondió con cautela—. Maestre Attis, cortó el vínculo conmigo cuando fue demasiado para ella, tal como le enseñaron a hacer.

Detrás de la mujer, Mare torció el gesto. Aquella fue la única indicación de que estaba prestando algún tipo de atención a la conversación. Grey quiso saltar por encima del escritorio y sacudirla: «¿Qué es lo que le has dicho?».

—Bajaste la guardia —espetó la maestre.

Esa era la única cosa que no podía discutirle. Dado que Kier había estado en la enfermería, no había tenido la posibilidad de hablar con él a solas. ¿Por qué le había dado la armadura a la chica? ¿Por qué le había soltado las ataduras? ¿Qué le había dicho ella? Aquellas eran las preguntas a las que se había enfrentado la noche anterior mientras estaba sola en la tienda que compartían, presa del insomnio.

—No era más que una niña asustada —dijo él—. Tan solo cumplí con mi deber. Intentaba ayudar.

—Es una prisionera, capitán.

El silencio quedó suspendido del aire entre ellos y Grey se tragó cualquier protesta que pudiera tener. Sintió que se estaba ablandando y que sus propias preguntas enfadadas se desvanecían.

Aquella era la línea, la única cosa, que ni Kier ni ella eran capaces de atravesar jamás: la gente contra la que luchaban y a la que mataban. Daba igual lo que dijeran Attis o el resto de los altos mandos. No eran más que personas. Todos aquellos conflictos bélicos, todas aquellas batallas interminables a causa de la tierra y la nación, no servían para nada. Estaba desencantada con la guerra desde que el primer soldado había muerto a su cuidado a los dieciséis años, pero tampoco es que hubiera nada mejor. Las batallas nunca cesaban. Los ejércitos nunca se saciaban. En realidad, nadie iba a poder vengar la muerte de Locke y, hasta que aquello no ocurriera, ni Scaelas ni los demás altos soberanos estarían satisfechos.

De niños, Kier, Lot y ella se habían dado cuenta de que podían esperar

a que algún ejército enemigo pasara por allí e incendiara su pueblo, o bien podían alistarse y contraatacar. No había más opciones. Nunca las había habido.

Los soldados a los que se enfrentaban tenían las mismas opciones. La prisionera no era más que otra persona que no podía tomar ninguna otra decisión.

Attis suspiró.

—Necesito saber que eres capaz de cumplir órdenes, capitán Seward.

—Creo que nunca he hecho nada para poner eso en duda. Aunque tal vez no apruebe mis métodos, lo cierto es que le entregué el recurso.

—Casi a costa de perder a tu mano —espetó la mujer—. Capitán Seward, conozco tu historial; sé que la capitana mano Flynn y tú lleváis emparejados bastante tiempo. Sé que sois muy muy buenos en lo que hacéis.

Grey se tensó y dirigió la vista hacia Mare. Sin embargo, el rostro de la mano permanecía inmutable. Era imposible saber si le había contado algo a su maga.

—Vuestro poder es como el de una pareja enlazada —dijo la maestre —. Si alguien presentara una queja, se os podría investigar por ello.

Grey necesitó hacer uso de toda su concentración para no desvelar nada con el rostro. El enlace era una tontería y estaba prohibido. Además, al ejército no le importaban el valor de los actos sagrados ni la devoción.

Era una lástima que les hubieran prohibido hacerlo. Pero era una lástima todavía más grande que hubieran desobedecido aquella orden años atrás.

Sin embargo, era lo único que garantizaba la seguridad de Grey. No se arrepentía de haberlo hecho.

Kier no se achantó.

—No estamos hablando sobre mi forma de ejercer el mando o sobre el hecho de que es incapaz de aceptar que tengo una mano poderosa. Estamos hablando sobre la prisionera. Y

nos envió allí sin ningún tipo de pista sobre lo que estaba en juego o

cuál sería el coste. No es de extrañar que mi mano se viera obligada a entregar tanto de sí misma y yo estuviera a punto de morir. No sabíamos por qué luchaba el enemigo y seguimos sin saberlo.

Aquella queja estaba justificada, pero tal vez no fuese la mejor manera de afrontar la situación. Grey quería señalar que tenían problemas mayores: si Attis podía demostrar que su sospecha de que Kier y ella estaban enlazados era cierta, podrían ser castigados o dados de baja del ejército. O, si estaba lo bastante enfadada, incluso podría enviarlos al Tribunal Superior. No se trataba de una infracción insignificante.

La maestre torció los labios.

—En tal caso, hablemos de la prisionera.

Grey alzó la barbilla. Entre mantener a Kier con vida, recuperarse y ayudar a Leonie con los heridos, no había tenido tiempo para conseguir más información sobre la chica (o para ir a buscarla y darle una fuerte patada en el estómago como pago por lo que le había hecho a Kier).

—Muy bien —dijo él.

Attis se quedó en silencio un momento, poniendo en orden sus pensamientos. Grey observó la mano que Mare tenía apoyada sobre el hombro de la maestre. La mujer se había encogido de dolor, llamando la atención sobre aquel punto y, en aquel momento, le resultó evidente la fuerza con la que la mano estaba apretando a su maga.

—La maestre mano Concord y yo tenemos nuestras sospechas pero, en esta ocasión, estamos dispuestas a pasarlas por alto. Se avecinan problemas mayores y ha quedado claro que tu mano y tú sois una pareja fuerte, por el motivo que fuere.

—Maestre Attis, puedo asegurarle que…

—Ve con tus cuentos a otra parte, Seward. Tenemos una misión y, al parecer, es posible que Flynn y tú seáis los únicos capaces de llevarla a cabo.

Aquello distaba mucho de ser una reprimenda y Grey no podía evitar la sensación de que los estaban engañando. Deseó poder decirle a Kier que tuviera cuidado con la forma en la que manejaba la situación. No le gustaban los labios fruncidos de Attis, el hecho de que tuviera la

vista fija en sus propias manos o la fuerza con la que Mare estaba aferrando a su maestre.

—¿Nos van a destinar a otro sitio? —preguntó él. Lo conocía lo bastante bien como para percatarse del alivio que le había teñido la voz. Después de todo, llevaban seis meses allí, en el frente contra Luthar. Y, justo antes de eso, habían pasado casi un año en la frontera con Cleoc Strata. Ya iba siendo hora de que les asignaran una misión fácil.

—No exactamente —contestó Attis.

A Grey le costó un segundo identificar la emoción que cubría el rostro de la maestre pero, cuando lo hizo, sintió una gran frialdad en el pecho. La maestre Klara Attis, la más serena de todos los mandos con los que habían lidiado hasta el momento, estaba aterrada.

—Maestre —dijo Kier, dejando al fin entrever hasta qué punto estaba agotado—. No pretendo presionarla pero, en las últimas cuarenta y ocho horas, me han apuñalado y he estado a punto de morir al menos en dos ocasiones. Estoy cansado. Mi mano está cansada.

He seguido todas las instrucciones que nos ha dado al pie de la letra. Lo mínimo que puedo pedirle es que sea clara y directa con respecto a nuestra nueva misión.

—Necesito vuestra discreción. Esta misión… El futuro de Scaela, las esperanzas de nuestro ejército, la promesa de un porvenir sin guerra… Todo depende de esto. ¿Comprendes la importancia de lo que estoy diciendo, capitán?

Kier emitió un ruidito a medio camino de un suspiro. Grey lo interpretó como una de sus frases favoritas, que reservaba para los momentos en los que estaba enfermo y ella le pedía que hiciera la cosa más básica, como comer: «Sufro y sufro y, aun así… ¿Aun así me pides que siga sufriendo?». Sintió que a él se le aceleraba el pulso muy levemente y miró con el ceño fruncido a la maestre que tenían frente a ellos.

—Sí —contestó Kier con tono resignado, ya que no podía acusar a la mujer a la cara de estar aumentando su sufrimiento. Después de todo, ¿qué podían hacer para proteger el futuro de la nación?

«¿Prometes que nos dejarás marchar?».

Grey se enfrentó a aquel recuerdo como si fuese un ataque físico y lo

alejó de ella antes de que pudiera echar raíces. Apretó la mandíbula y los dientes. Por la noche, tendría que pedirle a Leonie un filtro para dormir. No podía seguir teniendo esos sueños.

—¿Qué sabes de la isla de Locke?

Se produjo un silencio. Grey enderezó la espalda, tiesa como una vara, y, sin duda alguna, habría empezado a apretar los dedos en torno al hombro de Kier con tanta fuerza como para hacerle moraduras. Cuando el mago habló a continuación, el tono de su voz era uniforme y cauto.

—No era más que un niño cuando destruyeron la Isla, maestre. Sin embargo, mi mano y yo procedemos de un pueblo emplazado en la costa oriental, así que sabemos lo suficiente.

—Entonces, recuerdas la destrucción.

Grey se mordió el interior de la mejilla.

—Cuando se desvaneció, se pudo oler el humo en el aire durante días —comentó Kier.

—Imagino que sí —dijo Attis, pasando por alto lo traumático de aquel acontecimiento—.

Capitán Seward, cada nación lleva años buscando sin éxito al heredero de Locke. ¿Puedes imaginar el poder en bruto que tendría Scaela si nuestro propio alto lord encontrara a Severin de Locke y pudiera restaurarlo?

Grey sí podía imaginarlo. Le preocupaba estar rasgando la piel de Kier justo por debajo de la chaqueta. Como si pudiera oír los latidos de su corazón, él estiró un mano hacia atrás, oculta por el escritorio, y se la cerró en torno al muslo.

Tal vez se debiese a una combinación de volver a oír hablar de Locke, la casi muerte de Kier y la calidez del roce de su mano, pero no necesitó más para perder la compostura.

—Nadie podría haber sobrevivido a eso —dijo antes de poder pensárselo mejor.

Se hizo el silencio. Tanto Mare como Attis la miraron como si fuese

algo que llevase mucho tiempo pudriéndose en el campo de batalla.

—No puedes hablar así, mano —dijo Attis, arqueando una ceja—. Esperaría más…

discreción de alguien de tu rango.

Grey se mordió la lengua antes de contestarle de malas maneras. Otra vez. Dio medio paso atrás y se deshizo de la mano de Kier.

—Uno no alcanza nuestro puesto a base de ignorar las verdades obvias por muy inconvenientes que puedan ser —replicó él, que siempre se mostraba diplomático incluso frente a una lengua afilada.

Aquel comentario no pareció causarle muy buena impresión a la maestre.

—En tal caso, será mejor que sepáis la verdad de la misión. Capitán Seward, capitana mano Flynn, os estoy confiando algo muy importante. Sé que ambos habéis cometido un error atroz, pero no voy a investigar si estáis enlazados o no porque, para esta misión, necesito el tipo de poder que poseéis. Sin embargo, si os negáis a llevarla a cabo, no podré garantizar que no se investigue vuestra precaria situación.

Estaban atrapados y no podían hacer nada al respecto. Kier, tan sufrido como siempre, se frotó la cara.

—Entiendo. ¿Y quién es el recurso?

—La chica es Maryse de Locke, hija de la última alta lady de la Isla.

Una inhalación brusca. Grey no sabía si había surgido de ella, de Kier o de ambos, ya que sabían la verdad, pero ninguno de los dos podía decirla. Bajo la mano, sintió que el mago se había quedado muy muy quieto. Entonces, estiró el brazo de nuevo hacia atrás y le aferró el muslo con una ferocidad renovada.

—Pero Maryse de Locke está muerta —dijo—. Si alguien sobrevivió a la muerte de la Isla, fue Severin. El chico. Tuvo que ser el heredero. Le escribió a Scaelas después de que…

—Tal vez la carta fuese una falsificación. Después de todo, nunca se ha encontrado a Severin de Locke —replicó Attis.

Kier no miró a Grey, pero se tensó debajo de ella.

—No quería que lo encontraran. Cuando publicaron fragmentos de la carta, eso quedó muy claro. Tan solo pueden ser especulaciones.

Attis sacudió una mano con un gesto de desdén.

—Todo son especulaciones —dijo—. Sí, el alto lord recibió una carta que, supuestamente, era del hijo mayor. Pero ¿qué pasaría si la que hubiese sobrevivido fuese la niña? ¿Y si la carta fuera falsa? ¿Y si, todo este tiempo, hubiésemos estado buscando a la persona equivocada?

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? —preguntó Kier.

En aquel momento, Grey se sintió agradecida de que él fuese el responsable de responder.

—Espero que tu mano y tú llevéis a lady Maryse junto al alto lord Scaelas, que os estará esperando en la costa oriental. Allí, se reunirá con su ahijada y trabajará con ella para restaurar la Isla. Tendréis que proteger a la chica durante el viaje y, cuando lleguéis allí, quedaréis a disposición de Scaelas —contestó la maestre—. A menos que, en vuestro estado actual, sea un viaje demasiado difícil para vosotros.

El alto lord. Tenían que llevar a la chica a la costa; aquella costa que siempre la había perseguido por ser el hogar de su infancia… y algo más. Lo más probable era que el alto lord, Scaelas, tuviera la melena encanecida por la edad y hubiera cambiado a causa de la pérdida, pero la última vez que lo había visto…

No. Se negaba a ahondar en esa idea, como si Mare y Attis fuesen a ser capaces de adivinar lo que estaba pensando y descifrar su rostro a pesar de que se estaba esforzando por mantener un gesto plácido.

Si Kier la soltara en ese momento, quedaría a la deriva.

—No es demasiado —dijo él, como un auténtico tonto.

Kier insistió en volver a la tienda en lugar de a la enfermería y Grey no estaba en condiciones de protestar. Cuando regresaron, encontró una bandeja en la cama con una nota de Leonie en la que le advertía de lo que ocurriría si no sacaba tiempo para comer. Se sentó, medio catatónica, y desenvolvió el pan. Después, comió con una precisión

mecánica.

Le costó un minuto entero darse cuenta de que Kier había sacado una bolsa del baúl que había a los pies de su camastro y estaba metiendo la ropa dentro a presión sin contemplaciones.

—Oye, oye —le dijo ella mientras dejaba el pan a un lado un instante y le agarraba la mano—. Attis no ha dicho que tuviéramos que marcharnos ya.

Él la miró, confundido. No le quedaba ni rastro del rasguño de la mejilla, ni siquiera una cicatriz, y se sintió orgullosa de su trabajo a pesar de que todavía tenía la nariz un poco torcida.

—Grey —dijo él, más perplejo que nunca—, no vamos a hacerlo.

Grey miró la bolsa, que ya estaba medio llena, y, después, volvió a mirarlo a él mientras se preguntaba si al fin habría perdido del todo la cabeza. Tenía que ocurrir tarde o temprano y no le extrañaría que hubiese sucedido en ese momento.

—Nos marchamos —añadió Kier mientras volvía a bajar la vista hacia la bolsa y metía dentro el instrumental de afeitado.

Aquellas palabras fueron como un puñetazo en el estómago. De hecho, fueron como el puñetazo que todavía le debía a la prisionera cuando la encontrara.

—¿Nos marchamos? —repitió, planteándose la idea de que tal vez hubiera perdido también la capacidad de comprender el lenguaje básico.

Kier se irguió, resoplando. Cuando la miraba así de frente, era algo especial. De pequeña, se había convencido a sí misma de que lo valoraba más de lo que él la valoraba a ella y, a veces, todavía pensaba lo mismo. Pero entonces él la miraba de ese modo, con la extensión de toda su devoción, igualada a la de ella, reflejada en el rostro, y todo pasaba a ser irrelevante.

—No me hagas decirlo.

—Kier, ¿vas a desertar?

Él soltó una carcajada corta y brusca y aquel sonido se le clavó en el

pecho. La realidad se cerró en torno a ella de nuevo y le palpitó tras los párpados como si fuera una migraña.

—¿Qué otra opción tenemos?

Lo miró, pestañeando, a la espera de una explicación o de que terminara la frase. Igual de sorprendido, él le devolvió la mirada y Grey se dio cuenta de que, probablemente por primera vez, no habían pensado lo mismo.

—¿A dónde irías?

—Al continente… A Lindan, a Nisielle o a Arkun —contestó Kier, que estaba hablando muy en serio—. Dos viajeros discretos. Podemos dirigirnos a la costa sur y alquilar un barco que nos lleve al continente, tal como deberíamos haber hecho hace años.

Era más que probable que a Grey le hubiera dejado de funcionar el cerebro. Aunque Scaela estaba destinada a perder su poder para siempre y todas las naciones que conformaban Idistra estaban condenadas, eran su hogar. Eran suyas. Tal vez Kier, Lot y ella hubiesen hablado de huir cuando eran pequeños o durante los primeros días de recuperación tras una batalla pero, a aquellas alturas, no podía soportar semejante idea. Además, tampoco disponían de los recursos necesarios para escapar.

—No puedes dejar todo esto atrás —dijo con suavidad, manteniendo la calma para poder contener su propio pánico. Le alisó unas arrugas imaginarias en las hombreras—. No tenemos dinero suficiente para hacer eso. Ni de lejos.

Él le tomó la mano. Grey no lo miró porque, si lo hacía, supondría una última grieta en su compostura y todo se acabaría. De pronto, recordó el horrible momento en el que había estado hurgándole en las entrañas menos de dos días antes. Era un milagro que estuviese de pie frente a ella en aquel instante. Era un milagro que ella misma había obrado.

—Te hice una promesa —dijo Kier.

—Las promesas no…

—Juré sobre la tumba de mi hermano que nunca tendrías que volver allí, Grey —insistió.

—Jamás te pediría que lo abandonaras todo.

—No tendrías que pedírmelo —replicó él mientras la voz se le teñía de una urgencia renovada—. Si nos marchamos cuando caiga la noche, entonces tendremos tiempo de…

Quería arrojar algo por los aires. De inmediato, se sintió enfadada de un modo obtuso. Las llamas de la ira se le arrastraban por el estómago y le subían por la garganta hasta la boca.

Quería derribar la tienda y el campamento entero antes de arrojarlos al mar. Al fin y al cabo, no era más que un pozo infinito de rabia sin un lugar en el que descargarla.

—No vamos a marcharnos —espetó, dándole la espalda.

A modo de protesta, como si eso fuese a hacer que Kier se quedara, se quitó la capa, la colocó sobre su baúl y se deleitó con el cosquilleo de frío que sintió en los brazos desnudos.

—Y, entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Embarcarnos en esta misión imposible? ¿Y qué pasará cuando lleguemos allí?

—No lo sé —contestó Grey, desesperada.

—Cuando Locke cayó —dijo Kier—, en Nestria, fueron a buscar a la hermana de la alta lady y la ahogaron en la bahía junto a sus tres hijos en un intento de restaurar la Isla.

Desmembraron los cuerpos para ver si la sangre o la carne lograban que el lugar resucitara.

Mataron a los sirvientes y aniquilaron a todos los que estaban en la casa.

—Kier…

—En Eprain, quemaron a un primo como ofrenda a los dioses antiguos. En Luthar, usaron al hijo de uno de los tíos de la alta lady para restaurar el poder. Y, cuando resultó que no sirvió de nada, mataron al pobre hombre y, después, al niño. Por toda Idistra, secuestraron a centenares de niños que encajaban con una vaga descripción de Severin de Locke en un intento de resucitar la Isla y controlar el poder que contuvo en el pasado. ¿Necesitas que te haga una lista de todos ellos? Todas y cada una de las personas que quedaban con sangre de Locke fueron p erseguidas, torturadas y usadas como experimentos para intentar descubrir cómo hacer que la Isla resurgiera.

¿Y cuántas de esas cosas fueron culpa mía? ¿O tuya? ¿O de Lot? Con la ira en aumento, apartó ese pensamiento.

—Scaelas no mató a ninguno de ellos, Kiernan —dijo—. Jamás haría algo así.

—Pero no pudo protegerlos —replicó él—. ¿Cuántas veces me has dicho eso mismo? No hay forma de saberlo y no podemos confiar en nadie más, porque eso podría ser nuestra perdición. Si le llevamos a la chica a Scaelas la identificarán y, entonces, ¿qué? ¿La utilizarán para resucitar la Isla y descubrirán que no puede? O, lo que es peor, ¿y si la secuestra otra nación y la matan al intentar traer a Locke de vuelta?

—Eso no es responsabilidad mía —dijo ella con la voz tensa—. Cuando nos la quitemos de encima…

—Cuando nos la quitemos de encima, sabrán que, en realidad, no tiene la sangre de Locke.

—Grey sabía lo que estaba haciendo. Después de todo, ella misma le había proporcionado cada una de las pullas que le estaba arrojando en aquel momento—. Grey, el único motivo por el que estás a salvo ahora mismo es porque todo el mundo está convencido de que estás muerta. Tan solo intento…

—¿El qué? ¿Salvarme? —espetó mientras se giraba para mirarlo a la cara.

Kier tenía las mejillas enrojecidas y ardientes y los ojos encendidos por la ira. Se peleaban tan pocas veces que aquel resultado era algo que saborear. Con una feroz oleada de desesperación, se preguntó si aquel era el aspecto que tenía en otros arranques de pasión, pero se deshizo del pensamiento de inmediato; no podía soportar tirar de ese hilo.

La agarró de la mano y tironeó de ella para atraerla hacia sí. El camastro, contra el que se había golpeado las espinillas, quedó entre ellos, lo que le resultó incómodo. Grey le apoyó ambas manos contra el pecho. Él le agarró la parte trasera de la cabeza con una mano tan grande que casi podía sostenérsela de oreja a oreja. Se acercó a ella para tener los labios apoyados contra su pabellón auricular al pronunciar aquel nombre que Grey tan solo le había dicho en un puñado de ocasiones y siempre bajo el manto de la oscuridad.

—¿Qué haremos entonces? —dijo Kier—. ¿Qué haremos si descubren que Maryse de Locke eres tú?

«Tiene mis ojos y el poder de su madre. No deja de llorar independientemente de lo que hagamos cualquiera de nosotros. Como era de esperar, estamos todos embelesados».

Carta de Isaak Masidic Locke para Genevieve Masidic, su madre. Ocho años antes de la Destrucción (a. D.).

Cuando Grey llegó a la enfermería, encontró a Leonie y a varios de los ayudantes recorriendo las salas para comprobar los vendajes, quitar puntos, administrar bálsamos y remedios y hacer todo lo que estuviera en sus manos para lograr que los pacientes estuviesen cómodos. Desde que su compañía había regresado, tan solo se habían enfrentado a una escaramuza, así que la mayoría de la gente estaba allí para recibir un tratamiento a largo plazo o porque habían sufrido heridas menores durante los combates de entrenamiento.

Cuando entró en la estancia, la sanadora jefe alzó la cabeza.

—¿Vuelves para otra ronda? —le preguntó la mujer.

Ella soltó un bufido burlón cuando pasó a su lado y a lo largo de las camas para acceder a una habitación pequeña que se encontraba al fondo de la enfermería y que estaba llena de ropa y camastros para los trabajadores que estaban tomándose un descanso. Se quitó la capa y se puso uno de los delantales azul marino que los sanadores utilizaban para proteger sus ropajes de los fluidos corporales.

—¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un descanso? —le preguntó Grey mientras regresaba a la hilera de camas y le quitaba de las manos la bandeja de pócimas y bálsamos etiquetados.

—Ayer —contestó Leonie. Era muchas cosas, pero no era una mentirosa. No tenía ningún motivo para esconderle el cansancio.

—Márchate. Yo me encargo de todo. Dispongo de un par de horas.

La sanadora la miró con los labios fruncidos.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Pareces…

—Márchate.

Leonie suspiró pero no discutió con ella.

—Hablaremos cuando regrese —dijo. Después, vaciló un instante y le apoyó la mano en el brazo—. Gracias.

Grey se limitó a asentir. Leonie no tenía por qué saber que no solo había acudido allí para ayudar. También se estaba escondiendo.

Cuando la sanadora se hubo marchado, se sumió en los patrones conocidos de la enfermería con la facilidad y el alivio que garantizan una vieja rutina. Cuando Kier estaba herido, no se esperaba de ella que hiciera nada. Como su mano y como capitana mano, sus obligaciones tan solo llegaban hasta donde llegaran las de él. Sin embargo, nunca se le había dado demasiado bien quedarse de brazos cruzados y había trabajado en las enfermerías de Scaela el tiempo suficiente como para saber que necesitaban más manos, sobre todo si eran habilidosas, así que había adquirido la costumbre de ayudar siempre que podía. Cuando disponían de varios días entre refriegas o cuando Kier necesitaba tiempo para recuperarse, se veía arrastrada hasta allí. A diferencia de lo que había ocurrido durante su etapa como sanadora, como mano de Kier ni se le exigía ni se le pedía (aunque tampoco podía) que utilizara su poder para acelerar el proceso de curación de cualquier mago que no fuera el suyo. Lo único que necesitaba eran sus habilidades naturales. Eso le venía muy bien.

No se permitió pensar en la rutina habitual que mantenían. A menudo, el capitán la acompañaba y, mientras ella trabajaba, hacía compañía a los heridos o se dedicaba a rellenar el interminable papeleo del que debía encargarse en una de las mesas vacías que se utilizaban para tomar notas. En demasiadas ocasiones, cuando alzaba la vista, lo sorprendía con la mirada perdida, mordisqueando la pluma o siguiendo sus pasos con los ojos avellana mientras daba vueltas por la sala.

Tal vez fuese un alivio estar sola y disponer del tiempo y el espacio necesarios para poder pensar. Así que se dedicó a repartir las medicinas y, cuando hubo terminado, empezó a limpiar. Las enfermerías siempre estaban al borde de la suciedad y, con todo el barro, aquella no era la excepción. A pesar del meticuloso plan de limpieza que seguía Leonie, era imposible mantener todo estéril y ordenado.

Mientras limpiaba, volvió a pensar en la discusión que habían tenido; en Kier agarrándola y en las palabras que le había susurrado al oído: Maryse, siempre Maryse. Aunque aquel no era su nombre verdadero y él también lo sabía, pero no era lo bastante tonto como para pronunciarlo en voz alta.

De pequeña, lo había odiado: «Gremaryse», en honor a la antigua diosa del mar, una de las míticas protectoras de la Isla. Sin embargo,

aquel era su nombre verdadero (o, al menos, el primero de ellos), y durante el breve periodo de tiempo en el que lo había ostentado, su madre siempre le había dicho: «Guárdalo en el corazón, Maryse. Solo las manos y los esposos conocen el nombre verdadero». En las ocasiones en las que su hermano, Severin,

había estado por allí y lo había oído, siempre había contestado con un: «Más bien los magos y los amantes», lo que siempre había hecho que se ganara tanto una colleja amorosa como una sonrisita.

Así que se había guardado su nombre verdadero en el corazón y lo había acortado para uso público, convirtiéndose así en Maryse de Locke hasta el momento en el que tanto el apellido como la nación habían muerto bajo sus pies.

Días después de la destrucción, la había encontrado un regimiento scaelano. Deambulando, se había acercado peligrosamente a los restos en llamas de un pueblo que Eprain había reducido a cenizas, así que se había quedado con el resto de los huérfanos a los que habían rescatado. Al principio, cuando le habían preguntado cómo se llamaba, no había dicho nada. Había sido más tarde, después de que la hubiesen dejado con Imarta, cuando se le había presentado aquel problema.

Manos y esposos. Magos y amantes. Locke ha desaparecido y yo con ella.

Había decidido que, de todos modos, «Grey» era un diminutivo mejor. No podía soportar la idea de seguir siendo Maryse y tampoco podía correr ese riesgo. Así que aquello le había resultado lo bastante parecido como para poder aferrarse con desesperación a un resquicio de su yo pasado; lo bastante parecido como para no olvidarlo del todo.

«Grey de Locke», se susurraba a veces a sí misma cuando estaba sola durante las horas de la madrugada. Aquel era el nombre de una chica que nunca había existido.

En cualquier caso, si hubiera crecido y se hubiera convertido en adulta siendo ella misma, habría dejado de ser Grey o Maryse. En Idistra, cuando un soberano cumplía la mayoría de edad, adoptaba el diminutivo de la nación. De ese modo, tan solo los miembros más allegados de su familia conocían su nombre verdadero. Scaela tenía a Scaelas. Cleoc Strata tenía a Cleoc. Eprain pertenecía a Epras y Luthar a Luthos, mientras que Nestria estaba gobernada por Nestrias. Solo el alto soberano de Locke, que era la más antigua y tradicional de las naciones de Idistra, adoptaba el nombre de la Isla sin ninguna

modificación.

Su propia madre había sido Locke, tanto el corazón de la nación como su alta lady.

Agotada, Grey pensó que era muy apropiado que el nombre hubiese muerto con ella.

Mientras limpiaba, no susurró ninguno de los nombres que había perdido; no era una idiota. Ya nadie pronunciaba el nombre de Locke a la ligera.

Encontró consuelo en el trabajo. Para cuando todo estuvo al fin en calma, fuera estaba cayendo la noche. Leonie regresó y la encontró sentada en una de las mesas que había al fondo de la enfermería, redactando una carta para Imarta.

—Sé que, cuando te tomas el tiempo para escribirle a tu madre, es porque estás intentando evitar algo —le dijo la mujer—. ¿Se ha prendido algo en llamas mientras estaba fuera?

—Nada de lo que informar —contestó ella mientras doblaba la carta y se la metía en el bolsillo.

—Bien. Te he traído comida.

Grey suspiró como si aquello fuese una molestia pero, en realidad, sí que tenía hambre. Se había pasado toda la tarde tan concentrada que ni siquiera había pensado en comer.

—Ven a la otra sala —le dijo Leonie—. Aquí pueden arreglárselas solos un ratito.

Grey se dirigió a la habitación del fondo mientras la sanadora jefe se detenía a hablar con una de las ayudantes. Una vez sola, se quitó el delantal y lo echó a la cesta de la ropa sucia junto con los demás. Después, miró su capa. Habría sido buena idea ponérsela pero, durante solo un instante, se deleitó con el frío. El aire helado y el mar gélido se encontraban entre las pocas cosas que aún conservaba de Locke y que también podía hallar en Scaela.

Siempre se sentía más como si fuera ella misma cuando tenía la piel de gallina en los brazos y un escalofrío le atravesaba el pecho.

—¿Qué tal ha ido la reunión con la maestre? —le preguntó Leonie mientras irrumpía en la estancia y corría la cortina. Volvía a llevar los rizos de un tono muy oscuro de negro apartados del rostro aunque, en esta ocasión, los llevaba recogidos en la nuca, en un moño apretado. Sin embargo, cuando se soltaba la melena, le flotaba en torno a los hombros y la cara en una nube de azabache y ónice. Grey recordaba tenerla entre los dedos mientras Leonie le posaba los labios sobre la piel. Frunció el ceño para deshacerse de aquellos pensamientos.

—Tan bien como cabía esperar —contestó. Volvía a sentir la necesidad de arrojar cosas.

—¿Quieres hablar de ello? —dijo la sanadora mientras se subía de un salto a una de las camas sobrantes que había junto a la mesa improvisada que le había preparado.

Grey se obligó a sentarse, llevarse el pan a la boca, masticarlo y tragárselo en lugar de empezar a pelearse con la pared.

—¿Hablar de qué?

—Del capitán Seward.

—¿Por qué querría hablar de eso?

—Flynn… —El nombre sonó exhausto, como un suspiro en medio de un océano de cansancio.

—No tenemos por qué hablar de él —replicó ella mientras apartaba la vista de la bandeja con pan, gachas y fruta seca para mirar a Leonie con los ojos entornados—. Podríamos hablar… de ti. O de nosotras.

—Grey Flynn, no seas granuja —contestó la mujer con una carcajada —. No hay ningún

«nosotras». Lo hubo una vez…

—Dos —la corrigió ella con delicadeza.

—Dado que ambas fueron a lo largo de la misma noche, no cuenta. Fue una sola vez y las dos sabíamos lo que significaba antes, durante y después. Estoy dolida, mano, pensaba que me considerabas una amiga…

Leonie estaba en lo cierto. Además, funcionaban mejor como confidentes íntimas. Dado que siempre se estaban trasladando de un

lugar para otro, a Grey le resultaba difícil encontrar amigos y más aún digerir la amistad. Sin embargo, la sanadora jefe tenía algo que hacía que confiara en ella.

La mujer no mostraba un gesto dolido en absoluto. Una sonrisa traviesa le cruzaba el rostro mientras la miraba con unos ojos tan negros como piedras de río pulidas.

—Desde el principio supe que no estabas disponible.

Grey alejó la parte de los alimentos que no se había comido.

—No sé de qué estás hablando.

—Te estás escondiendo en la enfermería. Más allá del capitán Seward, hay muy poca gente de la que te esconderías aquí. Y no me mires así. Termina de comer o, de lo contrario, te haré tomar todo un arsenal de filtros vitamínicos.

—¿Y quién dice que me esté escondiendo? —masculló.

Leonie sacudió un paquete de hierbas medicinales frente a ella y, de algún modo, consiguió que el gesto resultara amenazante. Grey gruñó pero volvió a centrarse en la comida.

—Es testarudo —dijo, cediendo ante el punto más evidente—. A veces, demasiado.

Leonie se puso en pie para preparar la medicación de la noche y empezó a dividir las hierbas en cápsulas diminutas para que fueran más fáciles de ingerir mientras comprobaba las notas que ella misma había tomado.

—Imagino que sí, pero tú también lo eres.

Grey se encogió de hombros, pero no lo negó.

—Y creo que nos conocemos demasiado bien.

—Eso viene dado con la relación entre pozos y magos… Se requiere que tengáis cierto grado de intimidad.

Grey arrugó la nariz.

—Kier no es así.

No sabía con exactitud contra qué estaba protestando.

—Vivís muy pegados.

—Todos vivimos así.

La sanadora siguió hablando sin hacerle caso.

—Casi dejaste que te agotara, Grey. Y lo peor es que es evidente que no solo tú estás obsesionada con él; él siente la misma devoción por ti.

Grey se mordió el interior de la mejilla.

—Moriría por mí —dijo. O, al menos, desertaría por ella, lo cual era una sentencia de muerte.

—Sin duda —replicó Leonie con un tono de voz que dejaba claro que no consideraba que aquella fuese una cualidad positiva—. Pero, Grey, ya sabes cómo funcionan los pozos…

Y era cierto. Tener tanto poder era algo abrumador. Incluso fascinante. Y ese era el problema con Kier: nunca sabía si la adoraba a ella o al poder que le proporcionaba.

—Todavía me quedan años de contrato antes de poder retirarme —dijo, como si aquello se acercara de algún modo al verdadero problema—. No puedo ir a ninguna parte. Esta es mi vida, me guste o no.

—Tal vez —contestó Leonie mientras terminaba los preparativos y dejaba la bandeja sobre uno de los carritos—, pero eres una buena sanadora. Podrías escribir a alguna de las ciudades continentales para solicitar trabajo allí o tomarte un respiro en alguna universidad alejada del campo de batalla. No tendrías que quedarte si compraran tu contrato.

Grey suspiró. Ya había pensado en ello en el pasado, desesperada, durante las noches en las que Kier había estado herido. Había pensado en marcharse y trabajar hasta que fuera lo bastante rica como para poder comprar también su contrato.

—Jamás permitirían que un pozo se marchara —contestó.

Era una verdad muy simple. Dado que la magia estaba menguando, los pozos reclutados no eran un recurso del que Scaela pudiera prescindir.

—Tal vez sí —replicó Leonie.

Ella negó con la cabeza. No después del espectáculo que había montado; no después de que Attis y Concord se hubieran percatado de toda su valía.

—Agradezco tu preocupación, pero esto es lo que he elegido.

—Más bien —dijo la sanadora con cautela—, parece que es lo que ha elegido el capitán.

Grey cerró los ojos. Era imposible explicarle la situación sin desvelar demasiada información. Pero lo cierto era que Kier jamás habría escogido aquello si no hubiera sido por ella. No se trataba de que él fuese persiguiendo títulos o de que la necesitase como mano. Por encima de todo se encontraba el hecho de que, mientras estuvieran alistados, mientras no fueran más que dos rostros en medio de un mar de armaduras anodinas, mientras no fueran extraordinarios, aunque él escalara puestos, nadie la descubriría y, por lo tanto, no tendría que regresar jamás. Incluso con los ascensos de Kier, ella solo era la chica en las sombras que siempre caminaba detrás de él. Intentar ser lo bastante fuertes como para poder salir sanos y salvos de las peores batallas pero contenerse para que nadie cuestionara su poder era una maniobra delicada pero necesaria para que nadie sospechara que la mano del capitán era la hija que Locke había perdido tiempo atrás.

Sin embargo, él le había prometido que nunca regresarían.

Se puso en pie y agarró a Leonie de la manga antes de que pudiera regresar a la enfermería para trabajar. El rostro de la mujer se convirtió en una careta de asombro cuando le tomó las mejillas entre las manos y posó los labios sobre los suyos con cariño.

—Gracias por preocuparte —masculló.

Cuando se apartó, la sanadora se estaba mordiendo los labios para reprimir una sonrisa.

—Sal de mi enfermería y ve a solucionar tus propios problemas —le dijo.

Sin embargo, conforme se marchaba, también le dio una palmada en el trasero, por lo que todo estaba olvidado.

Kier era una historia totalmente diferente.

Grey lo encontró trabajando en la tienda administrativa que compartían con otros dos capitanes típicos. La estancia estaba vacía excepto por tres mesas desvencijadas y cuatro sillas e iluminada de forma pobre por el fuego de un brasero. Se vinculó a él por voluntad propia y sintió los hilos de su magia respondiendo. Kier tenía un surco de dolor enterrado en el interior que resonaba en su propio cuerpo, pero todavía no era capaz de discernir si se trataba de algo físico, emocional, o de ambos.

Podía descifrar muchas cosas a través del vínculo del poder pero, aun así, entre ellos quedaban otras muchas sin decir.

Cuando se quedó en la puerta, vacilando, y se aclaró la garganta, él alzó la vista y frunció los labios. Detectó un atisbo de disculpa en sus ojos, así que señaló hacia atrás con la cabeza, en dirección a la tienda. Allí, no podían hablar abiertamente. Kier se puso en pie y, mientras se ponía la capa sobre los hombros, se despidió en voz baja de sus compañeros.

Una vez que estuvieron en sus aposentos, se volvió a quitar la capa y encendió un fuego sin tocarla.

—Pensaba que dormirías con Leonie esta noche —dijo.

—¿Y eso por qué? —Él le lanzó una mirada larga y fría—. ¿Cómo es posible que sepas eso?

—Corren rumores —contestó Kier con suavidad mientras se quitaba la camisa.

Grey no miró la cicatriz reciente que llevaba en el vientre o la delgada línea de pelo que le serpenteaba desde el ombligo. Aunque, tanto si quería como si no, tenía aquellas cosas grabadas a fuego en la memoria.

—No estoy enamorada de Leonie —dijo con un suspiro. Después, se sacó las botas y, vestida de pies a cabeza, se dejó caer sobre el camastro. Se quitó la capa con esfuerzo y abrió los brazos de par en par, permitiendo que la calidez del fuego le atravesara el cuerpo.

Él se ubicó al borde de la cama, le tomó los tobillos y se colocó sus pies sobre el regazo.

—No me importaría si lo estuvieras —contestó.

Grey se pasó un brazo sobre la cara para ocultar la mueca de pena. Posiblemente, aquello era lo peor que podría haberle dicho. Quería que le importara. Podría haberse puesto de rodillas en aquel mismo instante y haberle rogado que le diera importancia.

De adolescentes, Kier le había explicado su versión de la atracción: que, para él, no se trataba del género sino de la persona en sí misma; que sus gustos no tendían hacia ningún lado en concreto, sino hacia la persona que lo hubiese encandilado en ese momento. Grey tampoco tenía preferencia por un género sobre los otros, pero deseaba por encima de todas las cosas poseer algo que lo cautivara. Era un deseo no correspondido.

—Siento lo de antes —dijo él.

Grey suspiró. A través del vínculo, había podido sentir la disculpa que se avecinaba e incluso un poco de remordimiento.

—Flynn.

—¿Qué?

—Deberíamos hablar de lo que ocurrió durante la batalla.

—Tendría que haber dejado que murieras —se lamentó ella.

—Lo más probable es que sí —asintió Kier. Sin embargo, le agarró la mano y tiró de ella para que se incorporara. Después, la acomodó de tal modo que ambos estuvieran sentados

con las piernas cruzadas, rodilla contra rodilla—. Usaste demasiado de tu poder en mí.

Tendrías que haber cortado el vínculo antes. Mucho antes.

—Cuando tengas tú el poder, podrás decirme cómo debo hacer las cosas.

—Grey — insistió él. Pronunció su nombre con tanta suavidad que le rompió el corazón. Le tomó una de las manos y le posó los labios sobre los nudillos—. No puedes ponerte en peligro por mí. No podría vivir sin ti, ¿de acuerdo?

—Y yo tampoco podría vivir sin ti —contestó, como si fuese así de sencillo—. Pero intentaré tener más cuidado por el bien de ambos.

Tenía una mirada muy seria y las ojeras no habían terminado de desaparecerle por completo de debajo de los ojos. Grey volvió a recordar lo que había sentido al verlo de nuevo por primera vez en aquella oficina soleada y cómo había sobrepuesto la imagen del niño que recordaba a la del hombre en el que se había convertido. A veces, lo miraba y pensaba que nada cambiaría nunca en él: ni las cicatrices ni las hebras plateadas del pelo.

—Hoy, Concord ha hablado conmigo a solas —dijo Kier—. Me ha amenazado seriamente con hacer que nos enfrentemos a una reeducación.

Grey soltó un bufido burlón. Podía imaginarlo; sospechaba que Mare era toda una fuerza a tener en cuenta.

—No fui amable con ella cuando me planteó el asunto.

Kier arqueó una ceja.

—¿Cuándo?

Ella sacudió una mano.

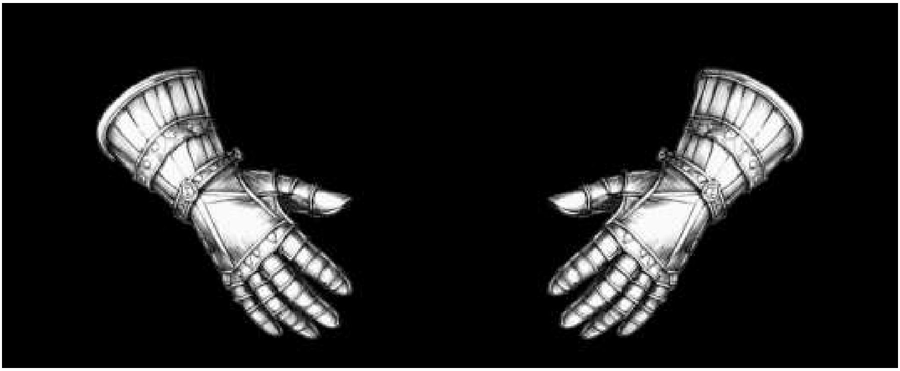
—Mientras te cosía. Tras haber evitado que murieras. Lo que fue muy amable por mi parte, debería añadir.

Con lentitud, él le tomó la cara entre las manos. Era fácil interpretar aquello como algo que no era, así que mantuvo las manos cerradas en puños sobre el regazo. Aunque, muy a su pesar, se acabó inclinando hacia la calidez de su cuerpo. Por norma general, los magos tenían una temperatura muy alta y Kier no era una excepción.

—Eres un orgullo para tu profesión —dijo él.

—Que te jodan —contestó.

Sin embargo, dejó que le diera un beso en la frente y no se permitió pensar en qué ocurriría si le pidiera algo más.



«Piensa en las manos como en perros leales. El manual fomenta el “respeto sano”, sí. Pero, a menudo, parece más bien una obsesión. Una buena mano hará todo lo posible para proteger a su mago, incluido asesinar a alguien. Por tu propio bien, te interesaría animar a tu mano a seguir el camino de la compasión y la sensibilidad en lugar del de la venganza.

No desearás ser el blanco de su ira fogosa ni deberías blandirla sin pensarlo detenidamente».

Sobrevivir al frente: La guía no oficial del ejército, Capitán Iowain Jessop. Publicado cuatro años d. D.

siete

Aquella noche, Grey esperó hasta que la respiración de Kier se hubo tornado profunda y regular. Entonces, se incorporó y le escudriñó el rostro en busca de alguna señal de que estuviera despierto. Tenía el sueño ligero, pero tal vez fuese inmune a los sonidos siempre y cuando procedieran de ella. No se despertó; estaba durmiendo de medio lado, girado hacia ella, y con una rodilla doblada contra el pecho.

No se molestó en encender ningún tipo de luz. Cuando salió de la tienda, vestida de pies a cabeza, la luna estaba llena y redonda sobre ella. En aquella zona, el campamento estaba en calma. Su tienda era una de las muchas pequeñas que estaban reservadas a los oficiales y los contingentes de personal auxiliar que viajaban con las compañías. Había una hilera de hogueras que las separaba de las tiendas más grandes en las que dormían los demás. Al pensar en Leonie, vaciló apenas un segundo frente a la puerta de la enfermería, pero prosiguió su camino.

Retenían a los prisioneros en el centro del campamento, en una tienda vigilada día y noche.

Conforme se acercaba, moviéndose por el lugar como un fantasma, los dos típicos que estaban apostados frente a la entrada la miraron. Cuando estuvo a su altura, uno de ellos inclinó la cabeza y el otro, que probablemente apenas tendría la misma edad que había tenido ella la primera vez que se había unido a Kier en una batalla, se apresuró a imitarlo.

—¿Puedo ayudarla, capitana mano Flynn? —preguntó el mayor.

Grey no lo reconoció: no formaba parte de su compañía. Era mejor así. Kier era muy apreciado entre sus hombres, por lo que no le costaba imaginárselos siendo innecesariamente crueles con la prisionera.

—Tengo órdenes de comprobar el estado de salud de la chica —mintió.

El hombre arqueó las cejas.

—¿En mitad de la noche?

Se sacó vendas y un frasco de bálsamo del bolsillo y les mostró ambas cosas a los guardias.

Había robado los dos objetos de la enfermería. Nadie las echaría en falta y ella acabaría dándoles uso, por lo que no se desperdiciarían.

—Si no me crees, puedes despertar a la maestre tú mismo —dijo—. Te aseguro que no le complacerá lo más mínimo.

Los soldados intercambiaron una mirada y el más joven se mordió los labios. Al fin, el más veterano suspiró.

—Dispone de cinco minutos —dijo.

—Tan solo necesito dos, así como tu discreción.

Al pasar junto a él, le tendió una petaca de licor. Él la miró con los labios fruncidos, pero no protestó ni rechazó el soborno.

La tienda estaba iluminada por una luz maga naranja y parpadeante que arrojaba sombras alargadas sobre la penumbra. La chica estaba sola, sentada en el centro, con las manos y los pies atados pero sin mordaza. Cuando Grey entró, alzó la vista y la miró de arriba abajo de un modo que hizo que se sintiera muy estudiada. Volvió a preguntarse qué edad tendría.

En aquel momento, le pareció más joven de lo que, en medio del fragor de la batalla, le había parecido en el carruaje. Era una adolescente, pero no era capaz de discernir la edad que tendría.

Ni siquiera estaba del todo segura de por qué había ido hasta allí. La idea le había asaltado la cabeza antes, intrusiva como una migraña, mientras pasaba de cama en cama en la enfermería. Pero una parte de ella quería (o, más bien, necesitaba) verla. La chica que afirmaba ser la mismísima Grey. La chica que había intentado matar a Kier.

Tal vez se tratase de una curiosidad enfermiza. Tal vez, si se acercaba lo suficiente a ella, sería capaz de sentir la verdad que escondía. No podía ser Maryse de Locke, así que tenía que ser una persona diferente y lo único que podía preguntarse era quién.

El silencio se expandió entre ellas. Intentó mantener la compostura y parecer una capitana en lugar de una chica agotada que nunca había llegado a madurar del todo. La prisionera ni siquiera parecía mucho más joven que ella, pero para Grey, cada uno de los veinticuatro años de su vida habían sido como toda una década.

La chica no le sostuvo la mirada, sino que pasó la vista al cuchillo que llevaba en el cinturón, a la empuñadura de la espada a la altura de la cadera y al broche dorado resplandeciente que lucía en el lado izquierdo del pecho y que denotaba su rango.

—Eres el pozo —dijo la prisionera al fin—. Puedo oler el poder de tu interior.

Grey curvó los labios en una sonrisa sombría y feroz. Los pozos no podían oler el poder latente de los otros. Ni siquiera Locke en persona habría sido capaz de hacer eso. La muchacha estaba intentando intimidarla.

En un abrir y cerrar de ojos, le colocó la daga en el cuello y le agarró el pelo con la mano.

No iba a matarla, pues aun sabiendo lo que sabía, no estaba dispuesta a correr ese riesgo.

Sin embargo, necesitaba que tuviese cierta cantidad sana de miedo.

La prisionera alzó la vista hacia ella mientras respiraba entre dientes con dificultad y con los ojos desorbitados por el horror.

Por eso no debes jugar a juegos que no puedes ganar, pensó Grey.

—Entonces, lo sabes. Sabes de lo que soy capaz y lo que él puede hacer a través de mí. Y te juro una cosa: si vuelves a intentar herir al capitán o vuelves a levantar un solo dedo contra él, te mataré. No me importa quién seas. Para mí, no eres nada.

«Estás amenazando a una niña», la habría regañado Kier. Pero Kier no estaba allí.

La joven gimoteó. Grey la soltó y dio un paso atrás para volver a fundirse con las sombras.

Antes de que la prisionera pudiera recomponerse, dio media vuelta y salió de allí. Tenía las palmas de las manos resbaladizas por el sudor y los dientes le castañeteaban a causa del poder que estaba reprimiendo. Deseó poder vincularse a Kier, pero toda esa energía emanó de su interior con un chisporroteo, inútil, desperdiciada y totalmente insatisfactoria.

De vuelta en la tienda, se desnudó hasta quedarse en ropa interior y arrojó el resto de las prendas sobre su camastro. Tan solo pasarían

unas horas antes de que tuviera que volver a ponérselas. Le dio un golpe con la rodilla a Kier y se metió dentro de su cama, que apenas era lo bastante grande para él solo y mucho menos para ambos. Cuando le posó las manos frías sobre la piel, él emitió un sonido sordo y gutural mientras abría los ojos con cansancio.

—No puedes morirte —le susurró ella mientras le enterraba el rostro en el cuello con firmeza. La memoria muscular hizo que él la rodeara con los brazos.

—No voy a irme a ninguna parte —le murmuró contra el pelo, todavía medio dormido.

Grey permaneció despierta en aquella posición durante mucho tiempo. Kier le acarició la línea alargada que le dibujaba la columna vertebral con las yemas de los dedos mientras ella se aferraba a su camiseta. Tenían las piernas entrelazadas hasta tal punto que dejó de estar segura de a quién pertenecía cada extremidad.

—Prométemelo —susurró—. Hazme un juramento.

—No creo que ese sea el tipo de…

—Juro por tu nombre, Kiernan Trevaine Seward, Locke por juramento, dado que soy tu mano y tu poder.

Él se apartó lo justo y necesario para poder mirarla a la cara.

—¿Te encuentras bien?

—Júramelo.

Kier le apartó la mano del pecho y entrelazó los dedos con los suyos.

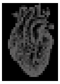
—Juro por tu nombre verdadero y el que has tomado, Gremaryse Pellatisa Carnelion Masidic Locke, Seward por juramento, Grey Flynn, que no moriré. —Pronunció cada sílaba con cuidado, susurrándosela directamente al oído. Ella se estremeció. No habían hecho un juramento desde el enlace y aquella era la primera vez que oía el apellido de él tan cerca del suyo—. ¿Contenta?

Grey le apoyó la cabeza en el hombro en busca de consuelo y asintió. En la oscuridad, le resultaba fácil dejarse convencer.

«Temo escribir estas palabras, pero es imposible seguir ignorándolas: mi magia está…

restringida. Incluso, si me atrevo a decirlo, menguando. No dejo de oír rumores y debo ser sincera conmigo misma incluso aunque no pueda admitirlo ante nadie más: creo que es posible que nuestra magia esté muriendo. Mare nunca antes me había resultado tan débil».

Diario de la maestre Klara Attis. Tres meses d. D.



ocho

Si Grey tenía que volver a pisar la oficina de Attis una vez más se volvería loca.

En aquella ocasión, ambos estaban sentados junto al escritorio. Grey enfrente de Mare y Kier enfrente de la maestre. Habían reemplazado el mapa de la última vez por uno incluso más pequeño. En aquel destino, siempre estaban cambiando los mapas. Con el constante tira y afloja en la lucha por el territorio que se encontraba entre el puerto y el campamento, se trataba de un mal necesario. Según Kier, los cartógrafos eran los mejores compañeros de cama, pero Grey nunca había puesto a prueba esa teoría.

El mapa se centraba en la zona oriental de Scaela y mostraba las rutas que iban desde el punto más al sur, que era donde estaban ellos, hasta la bahía de Locke a través de los pasos de montaña que transcurrían entre Luthar y Cleoc Strata. Grey recorrió el camino con los ojos, tratando de recordar los lugares en los que ya habían estado. Más al norte, en dirección hacia el pueblo en el que habían crecido, el terreno pasaba de bosques densos a riscos volcánicos llenos de matorrales y árboles escuálidos y, después, a montañas dispersas cubiertas de aliagas. Junto al mar, la tierra estaba tapizada de hierba parduzca y playas pedregosas que ascendían hacia los acantilados de pizarra desde los que se podía ver la bahía.

Siempre pensaba que Scaela era un lugar más amable que Locke a pesar de que el terreno no era muy diferente. A veces, cuando estaba en casa, en Leota, el pueblo costero en el que Kier y ella habían crecido, contemplaba los acantilados oscuros de la costa y se los imaginaba más rocosos y afilados, como los del lugar en el que había nacido. Locke recibía el sobrenombre de «la Isla de Obsidiana» por el modo en el que los escarpados acantilados se elevaban sobre el mar. No había ningún otro lugar igual en todo el mundo.

—Antes, estuvisteis en Grislar, ¿me equivoco? —estaba diciendo Attis mientras pasaba un dedo por la serrada línea costera de Scaela.

Grislar era la base hermanada con Easlar, la capital de la nación, pero seguía estando a una distancia peligrosa de la frontera con Luthar (y también era el lugar más cercano a Leota al que los habían destinado).

—Durante casi un año —dijo Kier mientras miraba el mapa con el

ceño fruncido—. La estación está demasiado avanzada como para cruzar las montañas.

—Lo siento, capitán —dijo Attis de forma seca—. No puedo controlar el tiempo. —Hizo una pausa para frotarse los ojos y Grey la observó. Parecía agotada. Fuera lo que fuere que estuviesen a punto de hacer, se había pasado toda la noche despierta con los preparativos.

Era una suerte que no la hubiese descubierto en plena madrugada, cuando había salido para amenazar a la prisionera—. Tardaréis dos semanas en ir a pie desde aquí hasta Grislar.

Tres si el tiempo empeora.

—¿A pie? —preguntó Grey.

No le importaba caminar en absoluto, pero… Estudió la zona que aparecía representada en el mapa. Había atravesado toda la nación y había luchado junto a Kier en todas las costas, pero jamás le habían pedido que la recorriera a pie.

Attis frunció los labios.

—Los carruajes son demasiado llamativos y estamos en el último empujón de la cosecha, por lo que unos civiles a caballo resultarían sospechosos.

Grey asintió. La maestre tenía razón. Durante aquella época del año, los caballos eran empleados en las granjas o requisados por el ejército. El resto, pertenecía a los nobles que, de todos modos, no estarían a salvo en la carretera sin un contingente de guardias, lo que seguiría entrando en la categoría de «demasiado llamativo».

—Podemos ofreceros fondos suficientes para el viaje y para paliar las dificultades de la travesía por los pasos de montaña, pero necesitamos que paséis lo más desapercibidos que os sea posible. Tenéis que haceros pasar por mercaderes o, mejor aún, peregrinos que se dirigen a la abadía que se encuentra en Pontille. No tenemos tiempo. Luthos ya sabe que la prisionera ha desaparecido y que no hallaron su cuerpo entre los de los muertos. Podrían sospechar de alguna otra nación, pero la explicación más sencilla es que la tengamos nosotros.

Kier alzó la vista.

—¿Otra nación?

La sonrisa de Attis se desdibujó.

—Debemos actuar con una idea en mente: que es posible que Cleoc Strata, Eprain y Nestria ya dispongan de la misma información que nosotros sobre la existencia de la chica. Y,

teniendo en cuenta las posibilidades que ofrece su poder, estoy segura de que también estarán buscándola. Por eso es necesario que sigáis el camino más directo a través de las montañas y que, en la medida de lo posible, no llaméis la atención.

Kier se recostó sobre el asiento mientras se pellizcaba la nariz. Aquella mañana no se había afeitado, así que tenía las mejillas rasposas a causa de las primeras muestras de una barba incipiente. Grey se mordió la lengua para no decirle a Attis de forma clara y directa que los estaba enviando al matadero.

—¿Y cuántas personas acompañaremos a la prisionera?

—Habíamos pensado que fuerais vosotros y una persona más.

—Que sean tres.

—Capitán…

Kier observó a la maestre con una mirada inflexible en los ojos color avellana. En esos momentos era cuando Grey lo conocía mejor. Era tremendamente obstinado y, cuando su terquedad no iba dirigida a ella, era algo que le encantaba.

—No pienso hacer esto sin otra pareja de mago y pozo. Y también quiero a un típico. Si la situación es tan precaria como dice, necesito asegurarme de que no vamos a morir agotados en las montañas; necesito saber que vamos a poder disfrutar de turnos consistentes para dormir; necesito saber que mi equipo está tan protegido como su prisionera. Y si pone a mi mano en peligro…

—Nadie te está pidiendo que pongas a tu mano en peligro —espetó Attis—. Está bien. Tres personas. Elígelas tú mismo.

Grey no respondió a la mirada de Kier. La maestre no iba a darle a Mare la oportunidad de intervenir como si tuviera algún tipo de peso en las decisiones que tomaba. Él debía hacer lo mismo en público a pesar de que siempre le preguntara su opinión, sobre todo en privado.

Kier suspiró al captar su evasiva.

—Está bien. Pero, un momento… ¿Qué ocurrirá cuando lleguemos a Grislar y entreguemos a la prisionera? ¿Nos mandarán a otro destino?

Attis le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Si tu equipo y tú hacéis lo que se os pide, os daremos seis meses de permiso. Para todos.

Grey tomó aire. En todos los años que llevaban en el ejército scaelano, jamás habían disfrutado de más de un mes de permiso. Seis meses era una cantidad de tiempo imposible.

No podía hacerse a la idea de cómo iban a poder prescindir de ellos durante una temporada tan larga.

Casi se le paró el corazón cuando Kier dijo lo siguiente:

—Quiero poner fin al contrato. Un retiro con honores. Tanto para mí como para la capitana mano Flynn. Si llegamos vivos a Grislar y con la prisionera intacta, quiero entregársela a Scaelas y recibir de inmediato las condecoraciones.

—¿Disculpa?

Nunca antes había visto a Attis tan sorprendida. El silencio que se produjo era opaco e inquebrantable y Grey ni siquiera estaba segura de si ella misma estaba respirando.

Él estaba quieto, mirando fijamente a la maestre con esa curva desenfadada de los labios que era más cosa de la cicatriz que de su actitud. El corazón se le subió a la garganta. Si les concedían un retiro con honores, tendría un precio. Ya no tendrían que seguir luchando. No tendrían que seguir levantándose al despuntar el alba y someter sus cuerpos a aquella tortura día tras día.

No habría ningún motivo físico lógico para que permanecieran juntos.

Si no era su mano, ¿qué sería? ¿Lo había presionado demasiado? ¿Le había hecho demasiado daño? Tal vez aquello fuese una traición disfrazada de liberación; tal vez Kier prefiriese no volver a hacer magia nunca más a cambio de no tener que seguir soportando pasar el tiempo a su lado.

Se contuvo antes de poder obsesionarse demasiado. Daba igual lo que

él tuviese en mente; estaba convencida de que, de algún modo, sus planes la incluirían. Si conseguía lo que quería (y aquel era precisamente el peligro del asunto: que su cerebro repasara con desenfreno todas las posibilidades y se precipitara hacia una alegría que hacía que se le incendiara el pecho), podía imaginarse cómo sería. Tal vez se hicieran con una casita en la costa suroeste, lejos de la guerra, y ella acabara trabajando como sanadora en algún pueblo.

O tal vez huyeran al continente. Kier podría acostarse con todos los cartógrafos que quisiera. A ella no le importaría. Daría igual.

Nunca más volverían a pronunciar el nombre «Locke». Nunca tendría que volver a sentirse como si acabaran de apagar una cerilla cada vez que otro pozo moría a su lado en el campo de batalla mientras las manos y la espada le goteaban sangre y se volvía loca por el terror.

Tal vez, cuando estuviesen juntos y solos, al fin la viera como algo más que su amiga, su mano y su espada.

—En lugar de eso, ¿podría interesarte un ascenso? —preguntó la maestre con un tono de voz un poco desesperado.

Grey sintió la duda a través del vínculo. Kier le estaba planteando una pregunta. Ella le respondió con certeza y, junto con esta, le envió un hilo diminuto de alegría.

—No.

—Capitán Seward, yo no… Sabes que te valoramos. Sabes que se ha propuesto tu nombre para un ascenso y que estás muy cerca de convertirte en maestre. Si completas esta misión, tendrás el mando de cualquier puesto que escojas. Incluso podrías solicitar que te trasladaran a la guardia personal de Scaelas. Y estoy segura de que también podrías servir directamente bajo el mando del comandante Reggin.

—No me importa —dijo Kier—. Basándome en lo que nos ha contado, esta misión es una trampa mortal y tenemos una diana en la espalda. Luthar, Cleoc Strata, Eprain… ¿Todos persiguiéndonos? Imagino que también deberíamos contar con Nestria. Todos ellos serán tan listos como nos creemos nosotros. Por lo que sé, podría haber soldados esperándonos en cuanto abandonemos el campamento. Si lo consigo… Si lo conseguimos, no vamos a regresar.

Aquello se le daba muy bien pero, por debajo de la mesa, le estaba aferrando la mano con fuerza. Estaba pegajoso por el sudor y Grey se

dio cuenta de que, a pesar de la actitud que estaba mostrando, estaba aterrado.

Attis se quedó mirándolo con gesto sombrío durante un minuto completo. Al final, abrió uno de los cajones del escritorio con un estrépito furioso. Mare tenía las cejas fruncidas y muy juntas y con los labios finos dibujaba un mohín de sorpresa.

Grey contempló a Attis mientras escribía una nota con gesto airado en un trozo vacío de pergamino. La terminó, la leyó de nuevo, la dobló y la selló con cera y el emblema de su oficina.

—Si sobrevivís a esto —dijo mientras se la tendía a Kier—, seréis libres de marcharos.

Kier estrechó la mano de Grey con fuerza suficiente como para hacerle una moradura. Con la otra mano, sin ningún esfuerzo, tomó la misiva y se la entregó. Con gesto sereno, ella se la guardó en el bolsillo interior de la capa.

—Escoge a tu equipo —dijo la maestre, cuyo rostro había adquirido una tonalidad poco habitual de rojo.

Grey casi se sintió mal por ella. Si no los estuviera enviando a una misión suicida con una chica que acababa de apuñalar a Kier (y que estaba fingiendo ser ella), habría sido capaz de hallar en su interior cierta compasión.

Sin embargo, Kier estaba en lo cierto. Attis tan solo había aceptado sus términos porque las probabilidades de que salieran de aquella misión con vida o en condiciones de volver al servicio eran escasas.

—Quiero a la mano Ola Et-Kiltar, a Brit Wyvern y al oficial Eron Fastria.

Grey le envió una oleada de aprobación por haber escogido a Brit y a Ola. Eran una pareja fuerte y habían visto suficiente sangre. Después de todo, sabían de lo que era capaz la chica.

Había supuesto que Kier escogería a Chappelle en lugar de a Fastria, pero lo más probable era que Chappelle tomara el mando en su ausencia.

Mare anotó los nombres mientras se mordía el labio. Grey resistió la

urgencia de sacarle la lengua y gritarle: «¡Te lo dije! ¡Te dije que éramos diferentes!».

—Serán informados. Os marcharéis en cuanto hayamos terminado con los preparativos.

Presentaos en la enfermería para un chequeo.

Kier asintió, dio las gracias a la maestre y terminó la conversación con el saludo militar.

Casi habían salido cuando la mujer volvió a dirigirse a él.

—Seward. —Él se dio la vuelta mientras, con una mano, agarraba la tela de la entrada para apartarla. Grey se quedó merodeando por el pasaje sombrío que unía las tiendas—. No siempre resulta más fácil librarse del deber.

—No todo gira en torno al deber —replicó Kier.

Un gesto extraño atravesó el rostro de Mare. Tal vez no estuviese de acuerdo. Grey tenía una imagen fija de aquellas dos mujeres que habían pasado más tiempo juntas que cualquier otra pareja de mano y mago que hubiera conocido jamás. Nunca había podido llegar a comprenderlas.

—La libertad no te garantiza que vayas a comerte el mundo —dijo Attis con suavidad.

Kier sonrió, aunque la sonrisa no terminó de llegarle a los ojos.

—Escogería la libertad por encima de cualquier otra cosa, maestre.

Ella inclinó la cabeza tanto para asentir ante aquellas palabras como para darles permiso para marcharse.

Grey esperó hasta que estuvieron a medio camino de la enfermería antes de decir:

—No era necesario que hicieras esto por mí.

Kier no la miró, pero una de las comisuras de los labios se le curvó en una sonrisa.

—¿Y quién dice que tú hayas tenido algo que ver en este asunto? Cada

una de las misiones me arrebata un poco más de belleza.

—Para empezar, nunca has sido apuesto.

—Vaya mentira más descarada, Flynn.

Lo era, pero le daba igual. Tenía algo arañándole las entrañas que se parecía terriblemente a la felicidad. Le envió una oleada de poder que fue como el estruendo de una supernova.

Tanto fue así que él se tambaleó y estuvo a punto de caer de rodillas sobre el barro.

—Dioses y mares… —dijo mientras se frotaba el pecho de forma distraída—. Cuando haces eso, puedo sentir el palpitar de todos los corazones del campamento. —Solo por fastidiar, le envió un poco más—. No lo celebres tan pronto —añadió él—. Primero, tenemos que sobrevivir. Y encontrar algún modo de mantener nuestras cartas bien ocultas.

—Dado que es tu belleza intacta lo que está en juego, estoy segura de que se te ocurrirá algo.

Cuando entraron en la enfermería, se encontraron a tres ayudantes y un sanador al que Grey no conocía atendiendo a los heridos.

—¿Dónde está Leonie? —preguntó antes de poder contenerse. A modo de respuesta, obtuvo una sonrisa taimada de Kier, que no sabía nada de nada.

El sanador se puso en pie, hizo una reverencia y dijo:

—Está en la sala contigua, ocupándose del papeleo. Ha pedido no ser molestada durante un momento.

—Pero…

—Que pasen —dijo Leonie mientras asomaba la cabeza por una cortina.

Grey se abrió paso entre las camas hasta la habitación en la que se encontraba la sanadora jefe, que estaba sentada en un taburete diminuto, leyendo la receta de un brebaje de hierbas.

Cuando entraron, dio una palmadita sobre una cama cercana sin

levantar la vista.

—¿Quién va primero?

—¿No necesitas saber lo que vamos a hacer? —preguntó Kier mientras se quitaba la capa y la dejaba doblada con pulcritud sobre una silla.

—A Chappelle le han dicho que se va a quedar al mando de la compañía. ¿Os trasladan?

—Algo así —contestó Grey, cruzando los brazos sobre el pecho y apoyándose en un armario de medicinas.

Dios, cómo echaba de menos poder apoyarse en algo, las paredes sólidas y los suelos que no estuvieran construidos a base de arena prensada, aislantes impermeables, alfombras rasposas y las lágrimas de los que habían estado allí antes que ellos.

Leonie toqueteó a Kier mientras le miraba el interior de la boca, los oídos y los ojos. Le comprobó el latido del corazón, el sonido que le hacían los pulmones al respirar y cómo iba de reflejos. También le examinó la herida, que casi estaba sanada, y soltó un silbido.

—Vaya mano tienes…

—Es, de lejos, demasiado buena para mí —asintió él.

—Al menos sabes que es así. Estás en condiciones para partir, Seward. ¿Flynn?

Grey odiaba esos chequeos a pesar de que nunca le encontraban nada. Aun así, aguantó el examen de Leonie.

—¿Cuándo tuviste el último periodo? —le preguntó la sanadora mientras le revisaba un corte viejo que llevaba en el brazo derecho y que se había hecho semanas antes durante una escaramuza.

—Eh…

La otra mujer suspiró.

—¿Has mantenido relaciones de naturaleza sexual recientemente con alguien con la capacidad de producir semen?

—Eso depende de tu… —comenzó a decir Kier.

—Dios, no —contestó ella, interrumpiéndolo antes de poder pensarlo dos veces.

—Interesante —dijo Leonie con tono clínico y poniendo mucho cuidado en no mirar al mago. Grey le dio una patada en la espinilla y fingió que había sido un acto reflejo.

—No podemos decir lo mismo del capitán —comentó ella. Si Kier quería tomarle el pelo con respecto a Leonie, era más que capaz de devolvérsela. Él se encogió de hombros.

—Eso no es asunto mío —dijo la sanadora jefe—. En teoría, deberías tener el periodo durante el viaje, así que te traeré un paquete con provisiones.

Desapareció por el pasillo estrecho que unía los diferentes cuartos de suministros.

—Sí que es guapa —comentó Kier con un destello en los ojos que Grey no pudo descifrar del todo.

—Y, de lejos, demasiado buena para mí —contestó ella.

Repitió las palabras que él había dicho con anterioridad para evitar decirle: «Y tú también eres guapo. Por casualidad, ¿no estarías interesado en mantener una relación de naturaleza sexual?».

—Eso lo dudo. Si quieres despedirte de ella en condiciones, puedo marcharme.

Grey puso los ojos en blanco cuando él le guiñó un ojo.

—¿Para qué? ¿Para que tú puedas despedirte de la docena de amantes que has cosechado en este campamento?

—Me hieres, Flynn.

—Te conozco, Seward. Es diferente.

—Si al menos alguno de ellos fuera lo bastante bueno como para robarme el corazón… Pero me temo que soy demasiado tonto para eso —se lamentó mientras se detenía a mirarla un momento más de lo necesario. Aquellas palabras hicieron que sintiera una punzada en el estómago, pero no supo cómo interpretarla. Entonces, en voz más baja, Kier añadió—: Cuando estábamos con Attis, no he hablado por ti, ¿verdad? ¿He hecho suposiciones? Sé que a veces lo hago.

—¿Qué quieres decir?

Kier atravesó la estancia y le colocó su capa sobre los hombros. Debía de haberse percatado de que la piel de los brazos se le había puesto de gallina.

—No te estoy obligando a retirarte antes de tiempo en contra de tu voluntad, ¿verdad?

La carcajada que se le escapó de dentro fue una mezcla de histeria y cansancio.

—¿Y tener que quedarme aquí? ¿Yo? ¿Sin ti? Ni en broma.

Sin embargo, la inseguridad no desapareció. Kier tomó el martillito que Leonie había utilizado para comprobar qué tal tenían los reflejos y jugueteó con él mientras pasaba el pulgar por una rugosidad del metal.

—Seis meses habrían estado bien —dijo con tono dubitativo.

Grey apoyó una mano sobre la suya y liberó otro pulso de poder que hizo que él cerrara los ojos.

—Para siempre será mucho mejor.

Kier abrió los párpados con la mirada nublada y descentrada.

—Grey, cuando he dicho que…

El paquete de provisiones le golpeó el brazo. Kier retrocedió de un salto. Grey tomó el paquete, lo revisó y asintió.

—Gracias —le dijo a Leonie mientras se bajaba de la camilla y la otra mujer entraba en la sala.

—¿Podemos hablar un momento, mano? —le preguntó ella—. Tengo un botiquín con suministros médicos para el viaje y varias cosas que deberíamos repasar. Attis ha enviado un informe… ¿Serás tú la sanadora?

—Tú sabes más que yo —contestó Kier.

—Adelante —le dijo ella—. Luego te alcanzo.

Él la miró durante un segundo y Grey recordó que había estado a punto de decirle algo.

Probablemente, algo importante. Sin embargo, no protestó. Recuperó la capa y le tendió la suya.

—Empezaré a hacer las maletas.

Leonie no se movió hasta que no estuvieron a solas. Cuando Kier se hubo marchado y hubo pasado el tiempo suficiente como para estar segura de que no podía oírla, apoyó el lado bueno de la cadera contra la camilla.

—No se trata de un simple traslado, ¿verdad? —le preguntó.

Dejó el botiquín sobre la mesa y lo abrió. Grey le echó un vistazo por encima y se fijó en los paquetitos de hierbas medicinales y los botes de bálsamo.

—No puedo contártelo.

Leonie emitió un sonido gutural.

—Me hicieron comprobar que la prisionera no tuviera ninguna herida.

Eso hizo que prestara atención.

—¿Y bien? ¿Está en buenas condiciones de salud?

—En su mayor parte, sí. Tiene algunos cortes y moraduras y, cuando llegó, tenía el hombro dislocado. Fuera lo que fuere que le hicieran los de Luthar, no fueron amables. Le han arreglado los dientes. Parece que en el continente.

—¿En el continente?

—Ajá. Usan materiales diferentes. Si sabes qué buscar, es fácil de distinguir.

Grey le dio vueltas a aquella información. Que la hija perdida de Locke hubiese buscado refugio en el continente no habría sido algo inesperado, solo que no era lo que había ocurrido.

—He encontrado más inconsistencias. Te he dejado notas.

Se mordió el labio.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque somos amigas —contestó Leonie sin ningún atisbo de ironía. Titubeó y la miró con gesto solemne—. Y porque tengo la esperanza de que, si me necesitas…

—Leonie…

La mujer se limitó a posarle una mano sobre la mejilla.

—Tú tampoco eres un pozo normal, capitana mano.

Llevaba seis años sirviendo junto a Kier a lo largo de casi doce destinos diferentes y nadie la había descubierto. Sin embargo, parecía que en aquel campamento todos sospechaban de ella. ¿Qué había cambiado? ¿Qué era lo que se les había escapado? ¿O acaso se trataba tan solo de que ella misma había bajado la guardia y se había permitido estrechar lazos con otros?

Sonrió con tristeza y le tomó la mano.

—Es obvio que soy mucho más guapa.

Leonie puso los ojos en blanco, poniendo fin a aquel instante.

—Pasas demasiado tiempo con el capitán. Ahora, deja de coquetear y ven aquí para que podamos despedirnos.

En el ejército, no se consideraba apropiado despedirse con un abrazo. Pero Grey había encontrado a tan pocas personas que le importaran o que le cayeran bien en las diferentes misiones que, cuando Leonie abrió los brazos, no dudó en pegarse a ella y dejar que la acogiera.

—Si puedes, escríbeme —le dijo la otra mujer.

—Si puedo, lo haré —contestó en lugar de responderle como una listilla arrogante, lo cual le pareció un gesto muy noble por su parte.

—Y mantente sana y salva —añadió Leonie con la cara enterrada en su pelo.

Grey no se molestó en responder porque, en aquella misión, la seguridad era algo que escapaba por completo a su control.

PARTE II

La

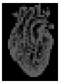
Sangre

del

Séquito

«Lamento haber tardado tanto en escribir, pero ya sabes cómo son las cosas. Kier está bien y yo, también. No puedo informar de nada que no tuviese que censurar después. De todos modos, es probable que ya sepas demasiado, dado que Kier os lo cuenta todo a Lo, a Pia y a ti. Así que supongo que, con esto, solo quiero decir que, por desgracia, seguimos vivos y en guerra».

Carta de la capitana mano Grey Flynn para Imarta Flynn. Quince años d. D.



nueve

Se pusieron en marcha una hora más tarde. En silencio, salieron desde la zona más alejada del campamento y se dirigieron hacia el norte. Más allá de «Manteneros con vida y entregad a la chica», aquella había sido la única instrucción que les había dado Attis: que se dirigieran primero hacia el norte para alejarse del campamento y, después, que pusieran rumbo este, hacia las montañas y el mar. Con tono tenso, les había dicho que todo lo demás lo dejaba en manos de Kier.

Más tarde, mientras le ajustaba las correas del petate, el mago la había mirado a los ojos y, como siempre, le había pedido su opinión.

—Por ahora, sigue las instrucciones de la maestre —le había dicho ella. Él había asentido.

En aquel momento marchaban a duras penas, lejos de las carreteras principales, siguiendo un camino estrecho que los granjeros de la zona habían utilizado en el pasado para llevar sus mercancías hasta el puerto cuando aún pertenecía a la nación de Scaela. Estaba lleno de maleza pero, al menos, el barro no les llegaba hasta las rodillas.

Sin la capa negra de mano ni la armadura del ejército scaelano, a Grey le costaba reconocerse a sí misma. No lo admitiría ante nadie, pero echaba en falta el peso familiar del cuero y la armadura llena de arañazos que se había amoldado a ella tras años de sudor y guerra. En aquel momento, iba vestida con una camisa suelta confeccionada de forma tosca y un chaleco de cuero que llevaba atado sobre el vientre. Era lo más parecido a una armadura que había podido encontrar sin echar mano de su coraza y su casco. Los pantalones eran negros y casi demasiado finos para esa estación, pero al menos llevaba sus desgastadas botas. Y, por una vez, estaban secas. Se había guardado las dagas en el cinturón y llevaba la espada cruzada a la espalda, tal como solían portarla los mercaderes. No era inusual que los viajeros que atravesaban aquella zona fuesen armados: dado que la atención del ejército estaba centrada en otras partes, no había nadie que mantuviese los caminos y las carreteras principales libres de bandidos.

Kier y ella iban al frente, seguidos por Ola y Brit, que flanqueaban a la chica. Eron iba en la retaguardia. La prisionera había dejado atrás la ropa de viaje sucia e iba ataviada con un vestido nuevo, gris y grueso, y una capa demasiado grande. Al mirarla, Grey recordó la sensación

inquietante que había experimentado al verla en el campo de batalla con la armadura de Kier y lo niña que le había parecido en aquel momento.

Antes de que se marcharan, Attis le había entregado algo a Kier, hablando en voz baja. Más tarde, él les había explicado la situación mientras abría las manos y dejaba a la vista unas esposas.

—Van a hacerte daño —había dicho mientras las colocaba en torno a las muñecas de la chica con manos firmes. No parecía importarle que lo hubiera apuñalado apenas unos días antes—. Necesitan un flujo constante de magia. Grey y yo nos encargaremos del primer turno. Después, Ola y Brit. Pero, si se aleja demasiado de nosotros, le harán daño.

Ola se había estremecido. Grey, no.

Tras haber cerrado las esposas, Grey había mirado a la muchacha fijamente a la cara y le había dicho:

—Necesito que me digas tu nombre.

—Maryse —había contestado ella con voz nítida y aguda.

Grey no había sido capaz de identificar su acento. Recién llegada a Scaela, a ella le había costado meses deshacerse de cualquier deje propio, pero el acento de la prisionera no tenía ningún rastro de la Isla.

—Algo diferente —había replicado ella con tono ligero.

En ese momento, la joven había alzado la vista hacia ella con los ojos del color del hielo tristes y vacíos.

—Supongo que no importa.

Grey había apretado los dientes.

—A nosotros, sí —había dicho Ola. Entonces, había mirado a Kier y, dado que él no había mostrado ninguna señal de protesta, había dado un paso al frente para ajustarle la capa en torno a los hombros (¿acaso nadie recordaba que había apuñalado a Kier recientemente?

¿Acaso ella era la única que no lo había olvidado?) y colocarle una bufanda en torno al cuello—. ¿Cómo te gustaría que te llamáramos?

—Sela —había contestado ella al fin.

Así que había pasado a ser Sela y, en aquel momento, estaban en marcha.

—Y bien… —dijo Brit poco después de que hubieran abandonado Mecketer con un tono de voz lo bastante alto como para que todos pudieran oírlo. Grey, que ya se había perdido en sus propios pensamientos, se sobresaltó—. ¿Cuáles son nuestros roles, capitán?

Kier alzó la vista hacia Brit, miró a Grey y, después, volvió a mirar a Brit. Parecía tan perdido como se sentía ella.

—¿Perdón?

—Nuestros roles. Nuestras responsabilidades. ¿De qué tenemos que encargarnos?

—De la prisionera —comentó Grey con rotundidad, haciendo caso omiso de la mirada asustada que Sela lanzó en su dirección—. Estamos a cargo de la prisionera y debemos asegurarnos de que no muera. Y de no morir nosotros.

El grupo se dispersó un poco, formando algo más parecido a una hilera que a una burbuja cerrada.

—No es una auténtica aventura si no tenemos un rol cada uno —comentó Brit mientras sonreía a Grey de medio lado con un destello en los iris azules y resplandecientes. Junto a elle, Ola puso los ojos en blanco.

Cuando la pareja se había unido a la compañía de Kier, Grey se había percatado enseguida del poder que poseían y, al mismo tiempo, del sentido del humor de Brit. Nunca sabía muy bien qué hacer con la gente que era graciosa en vez de amargada, autocrítica o sarcástica.

Siempre lograban que se sintiera desprevenida, como si no estuviera segura de si podía confiar en ellos o no.

De hecho, no estaba segura de poder confiar en Brit.

—No es una aventura —dijo—, es una misión.

Sin embargo, Kier pasó la vista por la fila, la miró a ella y, después, miró a la chica.

Entonces, Grey se dio cuenta de que, en realidad, iba a seguirle el juego.

—Bueno… —dijo, pensativo—. Por motivos evidentes, Flynn es nuestra sanadora. Por lo menos, eso sí estaba asignado de ese modo. Yo soy el que está al mando. ¿Qué otros roles hay?

Se produjo un silencio. Brit le dio un codazo a Ola en las costillas.

—Yo podría… ¿guiarnos? —se ofreció, insegura.

—Eso significaría que tendría que entregarte los mapas —replicó él.

—Si hago de guía, no tendrá que preocuparse de llevarnos en la dirección equivocada.

—A Kier ya se le da muy bien orientarse —contestó Grey con la esperanza de poner fin a aquella discusión ridícula. No necesitaban tareas; tan solo tenían que sobrevivir—. Y todos los demás podemos limitarnos a que se nos dé muy bien hacerle caso.

—Yo me encargo de las armas —dijo Brit. Entonces, se abrió el abrigo y dejó a la vista varios cinturones con dagas que resplandecían bajo la luz del sol, hachas metálicas oscuras y barras finas de metal en estado puro. Grey se detuvo en medio del camino, sorprendida muy a su pesar.

—¿De dónde has sacado todo eso? —preguntó Kier—. Attis no nos…

Le mague se encogió de hombros.

—Las he creado yo. Soy materialista. Trabajo con los metales.

Y Grey lo sabía. Conocía las afinidades de todos los miembros de su compañía. Sin embargo, no había sido consciente de lo que Brit era capaz de hacer.

Kier y ella intercambiaron una mirada.

«Te dije que Ola era poderosa —intentó transmitirle ella—. No podrían haber hecho todo eso sin un pozo poderoso. Sabía que era buena, ya te lo dije».

«La misión se va a la mierda», parecía decir el gesto del mago, que

tenía los labios fruncidos con fuerza. Al final, suspiró y alzó los ojos hacia el cielo.

—Muy bien. Ola nos guiará. Brit queda a cargo del armamento. ¿Fastria?

Eron levantó la cabeza. Era más callado que los demás y siempre lo había sido. Al principio, cuando había conseguido el ascenso para pasar a ser uno de los oficiales de Kier, Grey

había cuestionado aquella decisión. Sin embargo, cada vez que abría la boca, era como si siempre dijera las palabras justas en el momento adecuado. A veces, se había preguntado cómo sería si de verdad se hubiera ganado su confianza. Tal vez lo descubriera en aquella misión.

«No», se interrumpió a sí misma. No estaban allí para hacer amigos o convertirse en confidentes. A través del vínculo, le envió a Kier un pulso de enojo con la esperanza de que pronto pusiera fin a aquella tontería.

—Supongo que puedo cocinar —dijo Eron.

Kier arqueó una ceja.

—¿Se te da bien la cocina?

—Imagino que vamos a descubrirlo —contestó él—. Siempre he querido intentarlo.

«Kiernan…». Grey dirigió sus pensamientos hacia el mago con toda la fuerza posible.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Sela en muy mal momento.

Se giró hacia ella y la fulminó con la mirada. Kier suspiró.

—Tu trabajo es hacernos caso —contestó—. Y no enojar a Flynn.

—No enojar a Flynn más de lo que ya está —lo corrigió Brit.

Era la única cosa sensata que había dicho desde que el séquito había partido de Mecketer.

—No os desconcentréis —dijo ella.

Después, le hizo un gesto con la cabeza a Kier y todos volvieron a formar una burbuja en torno a la chica mientras se sumían en el silencio una vez más.

Las señales de que aquella misión iba a ser un fracaso debían de resultar obvias porque, para su sorpresa, el primero en cuestionarla fue Eron que, habitualmente, se mostraba mucho más comedido.

En cuanto llegaron sanos y salvos a los bosques, se acercó a ambos y se aclaró la garganta mientras pasaba la vista entre ellos.

—¿Capitanes? ¿Podemos hablar?

Grey y Kier intercambiaron una mirada. El mago asintió.

—¿Sí, Fastria?

—Es confidencial —apuntó Eron mientras se frotaba la palma de una de las manos con el pulgar de la otra. A Grey le pareció un tic nervioso evidente.

Kier le extrajo un hililo de poder y, después, creó un escudo de sonido en torno a los tres.

—Estamos protegidos —dijo con la voz dispersa durante apenas un instante.

—Bien. —Eron respiró hondo—. La prisionera… Se supone que es la heredera de Locke, pero ¿acaso Maryse no está… muerta?

Grey hizo una mueca.

—Se supone que sí —contestó. No le gustaba oír su nombre, distorsionado por el acento scaelano, en tantos labios y después de tanto tiempo.

—Severin sobrevivió —insistió el hombre—. Incluso le escribió a Scaelas. Huyó al continente. Dadas las pruebas, nunca nadie ha sospechado que Maryse sobreviviera.

Entonces, ¿por qué estamos metidos en una misión mortal para protegerla?

—Debido a descubrimientos recientes —dijo Kier de modo cortante—, se cree que la carta de Severin era una falsificación. —Grey pensó que el mago sonaba de aquel modo porque ellos sabían perfectamente que sí lo era—. Tenemos que proteger a la chica y entregarla sana y salva. Si Scaelas cree que es la heredera de Locke, no debemos ponerlo en duda.

Un silencio. Una pausa. Eron se pasó una mano por el pelo muy corto, lo que era otro gesto de inquietud. Tal vez, al igual que ella, mostrase su ansiedad a través de la incapacidad de permanecer quieto.

—Claro, capitán. Está bien.

—Gracias por tu honestidad, Eron —dijo Kier con un tono que dejaba claro que la conversación se había acabado.

Cuando el hombre volvió a quedarse atrás, el mago le lanzó a Grey una mirada larga y reveladora.

Lo cierto era que sí que existía una carta. La primera vez que las fuerzas de Scaelas habían visitado Leota buscando cualquier rastro de algún superviviente entre los niños, Grey había estado tan enferma de viruela que casi había sido irreconocible. Imarta la había llevado al encuentro de los soldados, que le habían observado la cara durante apenas un instante antes de exigir que se llevaran de allí a aquella niña contagiosa. Había sido una suerte que estuviese demasiado enferma como para poder establecer un vínculo.

La segunda vez que los soldados habían pasado por allí, semanas después, había sido presa de un terror tan increíble que apenas había sido capaz de moverse. Si la veían, lo sabrían. Si se vinculaban con ella, lo sabrían sin duda.

Había descargado aquellos miedos sobre Kier, que convocó a Lot a la cala protegida junto al mar a la que solían ir. El mayor de los hermanos había caminado de un lado para otro mientras Grey hablaba sobre la muerte de Severin, su propia identidad y la destrucción de Locke.

Solo que, enterrada entre toda aquella información, había conservado una última mentira.

—Severin —había dicho para terminar—. Él era el heredero de la Isla. También era un pozo.

Yo solo era… la segunda. El reemplazo.

Había permitido que Lot la consolara mientras lloraba, ignorando la semilla de culpabilidad que había comenzado a crecerle en el estómago. También había contemplado el rostro de Kier mientras oía aquella mentira, se la creía y la asumía.

Al fin, Lot le había preguntado:

—¿Quieres que te lleven ante Scaelas?

—No —había contestado ella con la voz quebrada—. No sé si es seguro.

El chico había sentido, tomando una decisión. En aquel entonces, tenía doce años, casi trece, y para Kier y Grey era la persona más inteligente que hubieran conocido jamás.

—En tal caso, haremos lo siguiente —había dicho—: Gres, ve a buscar pergamino. Y que sea bueno. Kier, tráeme la cera para sellar de mamá. Escribiré una carta al alto lord diciéndole que soy tu hermano y pidiéndole que me deje tranquilo. De ese modo, parecerá que el que sobrevivió fue Severin y dejarán de buscarte. Tal vez incluso se tomen la carta en serio y dejen de buscar por completo.

Grey lo había mirado, pestañeando.

—¿Cómo podemos estar seguros de que se la creerán?

—¿Conoces el nombre verdadero de tu hermano?

«Solo las manos y los esposos conocen el nombre verdadero». Pero Severin estaba muerto, así que no importaba.

—Sí —había contestado. Después, tras morderse el labio, había añadido—: Y los símbolos diplomáticos. Conozco el que pertenece a la línea hereditaria de mi madre. Hará que la carta le llegue a Scaelas más rápido.

—En tal caso, él también reconocerá los símbolos y se creerá lo de la carta.

—Sí. Puedo enseñarte a hacerlos —había asentido Grey—. También conozco la firma de Sev.

Aquella era la única buena opción y no se les había ocurrido ninguna otra. Así que ella había ido a buscar pergamino e instrumental de

escritura y Kier había llevado la cera para sellar. Al ser el mayor de todos y el que tenía la letra más bonita, Lot había escrito la carta y Grey le había mostrado el nombre verdadero de su hermano, así como su firma. Después, había trazado las líneas del símbolo de Locke bajo la falsificación.

Más tarde, Lot había pensado que sería demasiado arriesgado enviar la carta desde Leota, así que los tres habían preparado una única mochila antes de escabullirse de la casa Seward al caer la oscuridad. Habían caminado hacia el interior durante toda la noche, ocultándose en hoyos y detrás de arbustos cada vez que se cruzaban con otras personas por el camino.

Una hora después del amanecer, habían llegado a un pueblo minúsculo. Lot había ido solo a enviar la carta. Al regresar, había tomado a Grey de la mano y, juntos, habían emprendido el largo camino de regreso. Al llegar a casa, habían encontrado a Pia, Laurella e Imarta más enfadadas que nunca. Dado que Imarta era poco más que una niña ella misma y sabía más bien poco sobre cómo criar hijos, había dejado el asunto del castigo en manos de Pia y de Lo.

Aquella noche se habían metido en la cama con gestos sombríos y en silencio, guardando el secreto, enfadados los unos con los otros y consigo mismos tal como suele ocurrirles a los niños a los que descubren portándose mal. Sin embargo, había merecido la pena.

En cierto sentido, el plan había funcionado. Después de aquel día, nadie había vuelto a buscar a Maryse.

Pero también había fracasado, porque nunca habían dejado de buscar a Severin.

Tras varias horas, Ola intercambió el puesto con Grey y pasó a la parte delantera del grupo para poder mascullar y discutir con Kier sobre el mapa. Llegaron a un punto en el que el camino transcurría en paralelo con el bosque. El mago se dio la vuelta, miró a Grey a los ojos y ella asintió. Entonces, se adentraron en el bosque. La ruta que atravesaba el sotobosque era demasiado estrecha como para que tres personas caminaran unas al lado de las otras, así que Brit y ella dejaron que Eron y la prisionera se adelantaran y los siguieron a la espalda.

Grey se quedó a la espera, tensa. Estaba segura de que Brit no tardaría

demasiado en romper el silencio, por lo que no se sorprendió cuando al fin estalló.

—¿Qué hará con sus seis meses de permiso? —le preguntó le mague.

Así que Attis no les había hablado a los demás sobre la propuesta de Kier y lo que ellos iban a conseguir. Apartó a un lado aquella información para darle vueltas más tarde.

—Dormir —contestó.

Todavía se sentía irritable, pero también un poco mal por la brusquedad con la que había hablado antes. Una conversación con Brit no iba a matarla y, tal vez, la ayudaría a descubrir qué se escondía bajo aquel sentido del humor.

Le mague soltó un bufido burlón.

—No es mala idea. Y, después, un nuevo destino. No puedo decir que lamente marcharme; ese sitio es una pocilga.

Grey arrugó la nariz mientras pasaba con cuidado por encima de una raíz. Lo último que necesitaba era torcerse el tobillo el primer día.

—Yo solo me alegro de librarme del barro —admitió.

—¿En qué otras bases estuvo con anterioridad?

—Karlot. Y, antes de eso, Orakey. Nuestro primer destino fue Grislar.

—Ah. Territorio conocido.

Grey se encogió de hombros. Grislar nunca le había gustado mucho. Estaba demasiado cerca de Locke. Había crecido junto a la costa, siempre consciente de que la Isla estaba cerca pero, en Grislar, había tenido que contemplar el lugar exacto en el que se había alzado en el pasado. El campamento se encontraba en lo alto de los acantilados, orientado hacia el mar, por lo que, a veces, se había despertado con el olor de un humo fantasma en el aire. Aquella era una sensación que todos los pozos habían asegurado experimentar mientras miraban por encima del hombro, inquietos, y hablaban del tema durante un desayuno consistente en gachas harinosas.

Enseguida se había dado cuenta de que el resto de los pozos no escuchaban los gritos que acompañaban al humo.

Aquel había sido el destino que había provocado que, tras noches y

noches de pesadillas, Kier le prometiera que no regresarían jamás.

Alzó la vista para mirarle la nuca. No le guardaba rencor por no mantener sus promesas.

Tal vez debería dejar de pedirle que hiciera cosas sobre las que no tenía ningún control.

—También es una pocilga —dijo con tono de disculpa—. O, al menos, lo era cuando estuvimos allí. Y dudo que la situación haya mejorado.

Brit suspiró mientras echaba un vistazo a los árboles.

—Mi primer destino fue Lanavin.

Grey arqueó una ceja.

—Vaya…

Había oído hablar de aquel lugar. Nadie quería ir a Lanavin. De hecho, no resultaba insólito que se mandara allí a los soldados con el único propósito de castigarlos. A ella la habían amenazado con enviarla a aquel destino en varias ocasiones.

—¿Y cómo fue?

Brit se limitó a mirarla. No era necesario hablar de sangre cuando no estaban bañados en ella.

—Esperemos que Grislar haya mejorado —dijo elle.

Grey resopló con gesto burlón.

—Lo dudo.

Brit bajó la voz, aunque Grey pensó que no era necesario, ya que Ola y Kier habían pasado de hablar a discutir sobre el mapa y, en aquel momento, Eron había entrelazado el brazo con el de la prisionera, a la que estaba haciendo preguntas sobre su educación que ella no contestaba. Entonces, le mague le preguntó.

—¿Qué sabe sobre Locke?

Grey tenía que dejar de sobresaltarse cada vez que alguien mencionaba el asunto. Tenía que acostumbrarse. Aunque no lo hicieran en público, iban a tener que hablar de ello con el resto del séquito. Era imposible que ni Ola, ni Brit, ni Eron tuvieran nada que

decir sobre la misión. Tal vez no confiara en ellos pero, de todos modos, necesitaba encontrar el modo de poder hablar del tema y eludir la verdad.

—No demasiado —mintió—. Era una niña cuando ocurrió.

—Pero, usted y el capitán… crecieron en la costa, ¿no es así?

—Así es. Kier lo recuerda mejor que yo.

—¿Quién cree que lo hizo?

Grey alzó la vista hacia el cielo, contemplando la luz moteada que se colaba entre los árboles. Incluso después de tantos años, esa seguía siendo la cuestión. Nadie sabía con exactitud cómo se había desvanecido la Isla. Sin embargo, la teoría dominante era que había sido algo provocado. Lo único que habían contado los pocos testigos había sido lo siguiente: uno de los guardias de un puerto de Scaela había divisado un barco de origen desconocido que surcaba la bahía hacia Locke. Una hora más tarde, toda la Isla parecía estar en llamas. Justo en el momento en el que Scaelas había comenzado a enviar sus propios barcos para ayudar, se había producido una explosión y, cuando el humo se había despejado, la Isla había desaparecido.

No importaba si se había evaporado o se había sumergido. Locke se había desvanecido aquel día y, desde entonces, no se había vuelto a ver ni rastro de ella. Ni cuerpos. Ni escombros. Ni supervivientes. Tan solo una extensión vacía de mar en la bahía de Locke sin un solo rastro de la Isla de Obsidiana o su legado de poder, que se remontaba a mil años atrás.

Excepto ella.

—Espero que nunca lo sepamos —contestó—. De todos modos, tampoco importa. Locke ya no existe.

—Tal vez ella sí lo sepa —dijo Brit en voz baja mientras posaba los ojos sobre Sela.

Grey se encogió de hombros.

—Tal vez.

Aunque no fuera consciente del motivo, le mague debió de percatarse de su incomodidad.

—¿El capitán y usted son del mismo pueblo? —le preguntó, cambiando de tema.

Aquella nueva dirección de la conversación le resultaba más fácil de digerir.

—Casi de la misma casa.

—¿Cómo era de niño?

Grey pensó en ello. Normalmente, no solía hablar con otros magos a menos que fuera necesario y, desde luego, no lo había hecho desde que Kier había ascendido a un puesto de mando. No se trataba de que no le cayeran bien. Sin embargo, se daba cuenta de cómo se sentía Kier cuando alguien mucho mayor que él le plantaba cara y el esfuerzo que tenía que hacer para reclamar un poco de autoridad. Ella también se había sentido así pero, en el caso de los pozos, el poder era mayor indicio de autoridad que la edad, y ella, aunque callada, siempre había sido hábil. La respetaban porque era poderosa. A pesar de todos los triunfos milagrosos que Kier había cosechado en el campo de batalla con dicho poder, había tenido que pelear por cada ápice del respeto que se había granjeado.

Sin embargo, aquello era diferente. Para empezar, Brit no estaba tratando de conseguir munición para usarla contra él. En otra situación, Grey habría sospechado que intentaba convertirlo en el objetivo de alguna broma o que buscaba la manera de burlarse de él. Sin embargo, le mague ya respetaba a Kier y no debía de ser mucho mayor que él, así que tampoco podía tratarse de eso.

Suéltate —se reprendió a sí misma—. *No todo el mundo intenta hacerte daño*. Sin embargo, pasó la vista a la prisionera, la chica, Sela…, y se mordió la lengua.

—En cierto sentido, era igual que ahora —dijo. Entonces, antes de poder contenerse, añadió—: Siempre ha sido amable. Incluso conmigo. Y con su hermano. Incluso cuando no tenía por qué serlo.

—Mmmm. —Brit dio varios pasos en silencio. Fue tiempo suficiente para que Grey creyera que había dejado de sentir la necesidad de hablar y el resto del viaje del día transcurriría con una calma relativa —. Creo que he olvidado cómo ser amable.

Ella le miró como si le estuviera viendo por primera vez. Contempló el brillo de su pelo pálido y muy corto, que tenía atravesado por cicatrices que habían sanado tiempo atrás y en torno a las que le crecía de forma extraña. En aquel momento, muy a su pesar, comprendió su sentido del humor. Era una máscara que ocultaba la ira y el miedo que todos ellos arrastraban. Era su propia armadura.

Miró a las cuatro personas que iban delante de ella: al rostro sonriente de Ola (Kier y ella habían puesto fin a la discusión con éxito) y a los labios fruncidos con enojo de la prisionera. Cerró la mano y recordó la sensación de agarrar el pelo de la chica.

—Creo que yo nunca he sabido cómo serlo —confesó.

Era más fácil dejarse llevar por una falsa sensación de seguridad y olvidar que aquello no era una aventura. Sobre todo, teniendo en cuenta que había empezado a gustarle un poco el optimismo constante de Brit y se había percatado de la facilidad con la que se esparcía entre los demás.

El sur de Scaela no tenía grandes vistas pero, en comparación con los recuerdos que guardaba de Locke, le parecía verde y repleto de vegetación. Según los cálculos de Kier, llegarían a las estribaciones de los Picos de Aloducan en un par de días pero, por el momento, estaban atravesando kilómetros y kilómetros de bosques entre los que se intercalaban colinas ondulantes de hierba verde en las que pastaban las ovejas y rodales de árboles muy pegados entre sí. Ponían mucho empeño en evitar los pueblos y, en su lugar, escogían viajar por los campos de cultivo y la espesura.

En el bosque, la noche llegó demasiado pronto y Kier se detuvo en un claro pequeño, que tenía el tamaño justo y necesario para que cupieran los seis.

—Esto servirá —declaró.

—¿Mejor que un pueblo? —preguntó Eron.

Grey miró a su alrededor y contempló los helechos que se adentraban en el claro y el dosel sombrío de abedules y fresnos que se alzaba sobre ellos. No había barro, lo que convertía de inmediato aquel lugar en algo mejor que Mecketer.

—Esta noche, no —dijo Kier—. Prefiero que nos quedemos en la

naturaleza un poco más.

Deshicieron los petates y Eron se puso manos a la obra con la comida, utilizando a Brit y a Ola para calentar el caldero de gachas rehidratadas sin tener que encender un fuego.

Empezó a silbar mientras removía y rebuscaba entre los suministros para después añadir a la olla una combinación de cosas misteriosas. Grey contempló resignada cómo el contenido se iba tornando de un tono aterrador de gris salpicado de hierbas desconocidas.

—¿Estás seguro de que esto ha sido buena idea? —le murmuró a Kier —. Me refiero a lo de dejar a Eron a cargo de alimentarnos.

—Me niego a ser yo quien le rompa el corazón —contestó él en un susurro. Aun así, se acercó a su propia mochila y, cuando nadie estaba mirando, le tendió un poco de fruta deshidratada—. Nosotros nos encargaremos de la primera guardia —dijo en voz alta para que los demás pudieran oírlo. Grey se dio la vuelta y fingió rebuscar en su petate otro cuchillo mientras masticaba las tiras correosas de manzana y albaricoque—. Ola, ¿podéis Brit y tú encargaros de las esposas un rato?

—Por supuesto, capitán —contestó.

—Kier —le corrigió él. Todos se detuvieron y lo miraron con inquietud. Kier cambió el peso de pierna—. No estamos en una situación en la que los títulos sean importantes, así que Kier. Solo Kier. O Seward, si es necesario.

—Claro. Lo siento.

En cuanto se hubo tragado los restos del botín, Grey comprobó que los demás estuviesen totalmente ocupados antes de sacar el botiquín.

—¿Sela?

La chica, que estaba observando a Eron mientras removía la olla, alzó la vista. Grey sintió la mirada de Kier posada en ella, así como la pregunta que la acompañaba.

—Leonie me ha dicho que tienes algunas heridas que tengo que curarte —dijo, más cortante que nunca. Tenía que investigar y cumpliría con la tarea al pie de la letra, pero eso no significaba que tuviera que ser amable—. Ola, ¿podrías atar a la chica?

—¿Es necesario? —preguntó ella.

Grey se incorporó con el botiquín en una mano y una mirada dura como el pedernal.

—¿Tengo que recordarte que estuvo a punto de matar a Kier? —dijo, apoyándose en la autoridad a la que tan poco solía recurrir.

¿Era la única que se acordaba de aquel detalle?

—Flynn… —suspiró Kier.

Sin embargo, Grey se mantuvo firme. Leonie no sabía quién era aquella chica y, hasta que no lo supiera, no pensaba bajar la guardia. No había ninguna razón para que alguien fingiera ser Locke así porque sí y sin motivo aparente.

—Está esposada —replicó Eron.

—Eso no le impide atacarme —señaló ella.

—No voy a hacerte daño —dijo Sela en voz baja.

Grey no se dignó en contestar a eso. Le gustaría verla intentarlo.

Ola se quedó mirándola un instante más y, al final, se dirigió a su mochila y sacó un trozo de cuerda.

—Con las manos por delante, por favor —le pidió. Lo más probable era que todavía tuviese el hombro dolorido y al menos podía ser indulgente con eso. Cuando la chica estuvo atada, se acercó a ella y la levantó del brazo sano—. Me la llevo a un lugar más privado. Kier, ¿un poco de luz?

Sintió un fino hilillo de poder y, entonces, la luz destelló fría y azul entre las manos del mago.

—¿Necesitas refuerzos? —le preguntó él.

Por su mirada, sabía que no le gustaba que hubiese atado a Sela, pero no iba a decir nada al respecto frente a los demás. Aunque tampoco quería que se lo dijera en privado.

—No.

Condujo a la prisionera a un lugar más apartado, junto al límite del claro pero a plena vista del campamento. Con un gesto de la cabeza, señaló un tronco caído cubierto de musgo.

—Ahí —dijo—, por favor.

La chica se sentó en el tronco. Como siempre, la luz maga de Kier era una obra perfecta: Grey podía ver y, probablemente, la chica también, pero nadie que estuviera a más de un metro de distancia de su resplandor cálido sería capaz de distinguirla. Sintió los hilos de magia que la recorrían y la pulcritud del trabajo del mago. Colocó la luz junto a Sela y se agachó frente a ella.

Leonie le había dejado un informe muy detallado de los exámenes que había llevado a cabo.

—Debería ponerte un cabestrillo —masculló mientras revisaba las notas. Después, volvió a mirar a la muchacha. Sela era pequeña en estatura y de complexión delicada. Parecía demasiado quebradiza como para ser soldado. Grey sospechaba que, antes de capturarla, no habían llegado a llamarla a filas—. Déjame que compruebe si lo tienes inflamado.

Le quitó el abrigo de los hombros (aquello resultó un poco extraño, dado que Sela llevaba las manos atadas, pero no pensaba ceder en ese asunto todavía) y la examinó con las puntas de los dedos. Tan solo se detuvo cuando la chica tomó aire de forma brusca.

—Todavía tienes la zona sensible.

—¿Puedes darme algo para el dolor? —le preguntó Sela. Aquella muestra de confianza sorprendió a Grey, ya que, al hacer eso, podría envenenarla con facilidad—. ¿Hierba de pola o algo similar?

Grey parpadeó, dubitativa, antes de recuperar la compostura.

—Sí —dijo tras un instante—. Te prepararé una solución en cuanto volvamos junto al fuego.

Soltó el hombro de la chica y volvió a subirle el abrigo. Entonces, le revisó con cuidado todas las lesiones. Le puso un bálsamo antiséptico y un nuevo apósito en la herida que llevaba en la espinilla y le volvió a vendar la piel rasgada en los nudillos de una de las manos. Durante todo ese tiempo, Sela permaneció en silencio, pero el corazón le latía demasiado rápido en el pecho.

—Ya está —dijo Grey mientras se sentaba sobre los talones.

La muchacha alzó la cabeza de golpe. Estaba en guardia y tensa. Probablemente, por un buen motivo. Después de todo, había amenazado con matarla.

Algo estaba cambiando en su interior; algo que no le gustaba y que no admitiría frente a Kier ni frente a los demás. Sela tenía los ojos grandes y azules, la barbilla afilada y el rostro redondeado y joven. El corte extremo que llevaba en el pelo no hacía que pareciera mayor.

En todo caso, hacía que pareciera una niña que necesitaba protección.

Suspiró. Le soltó las ataduras, le movió el brazo con cuidado y recolocó la cuerda hasta convertirla en un cabestrillo. Podía guardar rencor como la que más, pero la crueldad no iba con ella.

—No me des ningún motivo para desconfiar de ti —dijo, molesta consigo misma—. De lo contrario, volveré a atarte en un abrir y cerrar de ojos.

—Entendido —contestó Sela en voz muy baja.

Grey asintió y volvió a ponerla en pie.

En el campamento, Eron había terminado de cocinar aquella abominación beis y la estaba sirviendo en una hilera de cuencos plegables. Se paró un instante para mezclar parte de la solución para el dolor de Leonie con un poco de agua y se la entregó a la chica. Después, tomó el cuenco que le tendieron con un gesto rápido de la cabeza y un «gracias» y se acomodó contra un árbol que se encontraba al borde del claro con la comida, la luz maga y la pila de notas que le había dejado la sanadora jefe sobre las heridas previas de todo el grupo. Si iba a ser la encargada de la salud del equipo, tenía que estar informada.

Tan solo necesitó dos cucharadas para decidir que designar a Eron como cocinero había sido una idea horrible, pero era demasiado tarde para hacer cambios. Se recostó, dejó el cuenco a un lado por el momento y se dedicó a escuchar los sonidos nocturnos del bosque: los crujidos que hacían los animales pequeños entre los helechos y los matorrales y el borboteo de un arroyo cercano. Apoyada contra el árbol, el aire le olía a otoño, a las hojas pudriéndose sobre la tierra fértil y a un leve toque invernal en el viento.

Mientras comían, los demás charlaban en voz baja de forma despreocupada. Eron y Brit estaban comparando sus anteriores destinos. Ola estaba manteniendo una conversación unidireccional con la muchacha, que permanecía en silencio, sobre una tienda de dulces que había en Grislar. Kier estaba montando guardia en el perímetro. A pesar de que estaban

vinculados, no había extraído magia de ella desde que habían hecho el cambio con Brit y Ola para las esposas de Sela. Sin embargo, la conexión, aunque latente, seguía resultándole reconfortante.

Ojeó las notas de Leonie. No encontró nada dramático. Eron había sufrido una conmoción cerebral tres meses atrás, por lo que había que estar muy pendiente de futuras heridas en la zona. A Ola habían estado a punto de cortarle el brazo izquierdo en una misión anterior y el músculo todavía le dolía en algunas ocasiones, así que Grey tomó nota mental para aplicarle una compresa caliente cuando llegaran al siguiente pueblo. Brit también había sufrido una conmoción cinco meses antes, en una misión anterior se había roto un tobillo y tenía piedras recurrentes pero tratables en el riñón gracias a un encontronazo con un mago interno en el frente, cerca de Nestria. Por último, estaba Kier que, a lo largo de los años, se había convertido en una amalgama de tantas heridas que Grey había perdido la cuenta. No tenía sentido leer esas notas, pues se las sabía de memoria.

Volvió a concentrarse en los documentos sobre la chica y buscó el informe de Leonie sobre las heridas sanadas. Era breve y superficial: ninguna. Nada. Ni rastro de heridas previas. Ni siquiera una cicatriz interesante. Sin duda, Sela no había luchado en el pasado. Si lo hubiera hecho, aquel informe vacío habría resultado casi imposible. Además, Leonie era concienzuda: incluso había tomado nota de la cicatriz que Kier llevaba en la ceja a pesar de que se la había hecho durante la infancia.

Se mordió los labios y pasó las páginas hacia atrás hasta encontrar las notas de la sanadora sobre el bienestar general de la chica. Pasó los dedos sobre las palabras con cuidado de no emborronar la tinta. Entonces, volvió a leer la frase «Falta muela del juicio. No hay signos de cirugía» y, de inmediato, se pasó la lengua por el lugar en el que le habían salido (y le habían quitado) las suyas años atrás. Más abajo, Leonie había anotado que había solicitado la ayuda de un mago óseo para asegurarse de que no se hubiera fracturado nada. Al lado, había escrito «Cabeza humeral sin fusionar» y había incluido un diagrama.

Aquello despertó en su interior un recuerdo de uno de sus peores días

como sanadora. La habían sacado de la cama y la habían llevado a un cuarto trasero de la fortaleza en la que se encontraba y que estaba lleno de mesas cubiertas de huesos. Allí, el sanador jefe del campamento le había pedido su ayuda: habían hallado aquellos restos en un pueblo cercano y los carroñeros les habían arrancado la carne. Su trabajo había consistido en determinar cuántos de aquellos huesos habían pertenecido a niños, evaluar el sexo de los distintos cadáveres y detectar cualquier otro detalle entre los restos con la esperanza de poder informar a las familias. Habían pasado horas trabajando, intentando recomponer los cuerpos. Grey había acabado con la cabeza nublada por la lista de huesos y sus diferentes procesos de desarrollo hasta que apenas había sido capaz de pensar en nada más.

Se quedó sentada, con la mirada perdida, hasta que los ojos se le secaron por el esfuerzo.

Siguió así hasta que alguien le dio una palmadita en el brazo. Cuando alzó la vista, se encontró con Eron, que estaba de pie a su lado.

—Deberías terminarte la comida —le dijo con amabilidad—. ¿Quieres unirte al capi…?

¿Quieres unirte a Kier para la primera guardia?

Pasó las hojas para ordenarlas antes de enterrarlas al fondo del botiquín.

—Sí; si está de guardia, tengo que permanecer despierta. No puede extraer poder sin mí y todo eso… —dijo.

Era probable que Eron supiese bastante sobre los magos y los pozos, pero dado que no era uno de ellos, no estaba segura de hasta qué punto conocía todos los aspectos técnicos. Era cierto que un mago normal no podía extraer de su pozo si este estaba durmiendo pero, dado que Kier estaba enlazado con ella, aquello suponía otra laguna. Se puso en pie con un crujido de las rodillas y volvió a meter el botiquín en el petate.

Los demás habían terminado de comer y estaban acomodándose para pasar la noche. Grey tendría que haberse esforzado más en hablar con ellos y conocerlos un poco mejor, pero el objetivo de aquella misión no era hacer amigos.

Habían colocado los sacos de dormir en una formación caótica con

Sela en el centro. La chica ya estaba tumbada, apoyada sobre el hombro sano, con los ojos cerrados pero aún despierta. Brit y Ola se habían ubicado a ambos costados, formando un ángulo, y Eron se encontraba junto a su cabeza.

—Antes de que me ponga a montar guardia… ¿Todos estáis bien? —preguntó.

Mantuvo la cabeza agachada mientras rebuscaba en su mochila lo que quedaba de un lapicero y un cuaderno que había comprado en un pueblo de montaña tres misiones atrás.

—Ajá —masculló Brit mientras enterraba la cara en el revoltijo que había hecho con el abrigo y que estaba usando como almohada.

—¿Me podrías traer una taza de té? —dijo Ola con un brazo sobre la cara para bloquear el leve resplandor que emanaba de la luz maga menguante.

—Que te jodan —contestó Grey con amabilidad.

Posó la mano sobre la luz maga para recuperar aquel poder y apagó el destello. Después, se dirigió hacia el perímetro, que era por donde Kier estaba merodeando. En el borde del campamento, se detuvo para garabatear algo.

Lo encontró sentado sobre un tocón, jugueteando con la empuñadura de una daga mientras contemplaba la oscuridad. Le pasó un cuenco de gachas y la nota que había escrito.

—Yo me encargo del otro lado —dijo—. Un tirón fuerte si me necesitas. Nos intercambiamos cuando quieras.

Kier hizo una mueca ante el primer bocado del mazacote que eran las gachas. Debería haberlas aguado un poco.

—Dios, ¿vamos a tener que comer esto durante tres semanas?

—Dos, si tenemos suerte.

—No la tendremos.

Nunca la tenían.

—Es culpa tuya por permitir que traten esto como una aventura —

mascculló Grey.

Kier le lanzó una mirada dolida.

—Les da el ánimo necesario para sobrevivir. No pienso cambiar de idea.

Ella no se molestó en responderle. Recorrió en silencio el perímetro del campamento con la mirada serena, escudriñando la oscuridad. Le había llevado un tiempo acostumbrarse a los bosques de Scaela. La Isla de Locke era un lugar pedregoso y montañoso, mitad acantilados, mitad espuma marina. Los árboles que crecían allí eran escasos y altos, por lo que podía ver a su hermano incluso desde el centro de aquel viejo terreno de matorrales al que llamaban «Bosque Fantasma» y que separaba la fortaleza de los pueblos de la Isla.

Severin, que era siete años mayor que ella y apenas un niño él mismo cuando había muerto, solía llevarla al pueblo más grande cuando disponían de tiempo libre sin tutores ni lecciones. Recordaba haberse aferrado a su mano para abrirse paso a través del bosque raquítico mientras oían el aullido del viento (en Locke, el viento siempre aullaba) y él intentaba convencerla de que no iban a ser devorados por los fantasmas. A veces, se desviaban del camino, se adentraban entre los árboles, atravesaban el pequeño arroyo hasta el claro circular y trepaban por las ruinas del templo que acechaba al borde de los acantilados. Aquel era el lugar en el que habían enterrado a todos los Locke, desde el primero hasta el último, empezando por el primer pozo de todos ellos.

«Hace que me duela el estómago», solía decir Grey, que entonces se llamaba Maryse, cuando estaban allí. Nunca le había gustado entrar, pues odiaba la sensación de que en las entrañas se le abriera una caverna que parecía ir a darle la vuelta de adentro hacia fuera y devorarla entera.

«Es bonito», solía decir Sev.

Cuando iban allí, disfrutaba haciendo brotar flores y arbolitos que se inclinaban ante él. Era el único lugar de la Isla que recordaba lleno de color gracias a las flores de su hermano.

Todo lo demás lo visualizaba inmutable, de un gris acero: desde el cielo hasta la piedra de los acantilados y el mar extenso y furioso.

En la distancia, dependiendo de la zona de la Isla en la que estuvieran,

podían ver Cleoc Strata, Scaela, Luthar o Eprain. Tan solo había una zona diminuta, en lo alto de los Yermos, la parte inhabitada de Locke cubierta de acantilados rocosos y árboles finos, desde la que podían contemplar las vistas sin ver nada más que mar.

«Ahí es donde quiero ir», solía decir Sev.

«¿A dónde?».

«A cualquier lugar que no sea este».

De niña, no se había dado cuenta de lo difícil que debía de haberle resultado la situación a su hermano. Siguiendo las tradiciones de la Isla, no se desvelaba quién era el heredero al título y cuál era su poder hasta que todos los niños que optaban al puesto no habían crecido del todo. Hasta que eso ocurría, todos los candidatos permanecían en Locke por su propia seguridad a excepción de viajes diplomáticos con mucha vigilancia. Dado que entre ella y Severin había habido siete años de diferencia, ante él se había abierto un largo periodo de espera antes de poder ocupar el puesto de Locke de forma oficial o bien de abandonar la Isla y sus costumbres para que ella pudiera gobernar.

Nunca habían llegado tan lejos. El heredero de la Isla nunca había sido revelado. En tierra firme, habían supuesto que Severin era el verdadero heredero al que legarían el título.

Después de todo, en el resto de Idistra, las herencias se basaban en el derecho de primogenitura.

En Leota tampoco había muchos más bosques. Los acantilados se alzaban sobre la playa pedregosa y lo demás no era más que hierba marina y rocas antiguas cubiertas de maleza.

Recordaba el largo trayecto a caballo hacia los campamentos de formación, en medio del convoy, con los brazos pegados a los de Kier, mientras se dirigían hacia las montañas, más lejos de Locke de lo que había estado jamás. Habían parado a estirar las piernas en medio de un bosque. Los árboles se habían expandido hacia ambos lados y se habían alzado hacia lo alto, formando un dosel tan grueso y espeso que había temido que cayeran sobre ella.

Sin embargo, a aquellas alturas, ya había viajado por todas partes y había visto todo el terreno que Scaela podía ofrecer. Los bosques ya no le resultaban desconocidos y había descubierto que le gustaban. Allí, había una paz que nunca había experimentado en el mar y podía moverse entre los árboles sin que el corazón se le subiera a la

garganta.

Durante años, había contemplado cada paisaje mientras se obligaba a desprenderse de la horrible idea de que Severin jamás había podido llegar a presenciarlo; que había muerto sin haber conocido nada más que la Isla.

Grey se dejó llevar por la monotonía de la guardia y el dolor de la culpa incesante mientras escudriñaba el bosque que tenía enfrente y se movía de vez en cuando. Tenía la espada desenvainada, pero no necesitaba usarla.

Justo cuando las articulaciones estaban empezando a dolerle, oyó movimiento entre los árboles. Buscó el origen y descubrió que Kier se estaba abriendo paso entre los matorrales que había frente a ella. Le devolvió la nota con el lapicero envuelto dentro.

—Vamos a cambiar —le dijo.

Grey asintió y se alejó de allí. En su nuevo puesto, leyó la nota y frunció el ceño.

«La articulación del hombro de la chica no está fusionada».

«¿Y eso qué significa? Explícamelo como si fuera un niño».

No tenía sentido decirle que, por puro aburrimiento, le había hablado de aquello centenares de veces. Kier no había vivido su vida y tampoco había recibido su formación; a él no le habían llevado los huesos de aldeanos desaparecidos como a ella; a él nunca le habían preguntado si había niños entre los muertos.

En lo más profundo de la noche, volvieron a intercambiar posiciones y notas en dos ocasiones. Cuando Grey sintió los párpados pesados, se aferró al vínculo que había entre ellos y le envió dos pulsos agotados de poder. Sintió otros dos pulsos a modo de respuesta y regresó al campamento.

Justo en el borde del claro se topó con el mago, que le devolvió la nota. Ella la leyó por encima.

«Explicación para niños: el hombro se fusiona con el hueso del brazo. La fusión completa ocurre en los últimos años de la

adolescencia. La chica tiene un hueco demasiado grande. Sus

huesos son demasiado jóvenes».

«¿Cuándo desapareció L?».

«Hace dieciséis años».

«Casi es tu cumpleaños».

Alzó la cabeza hacia él con una mirada severa.

—Esa no es la cuestión.

Kier se encogió de hombros. Entonces, recuperó la nota y, con un elegante movimiento de los dedos, el papel se prendió fuego en un estallido rápido y sin llamas antes de convertirse en ceniza.

—Lo más probable es que no fuera más que un bebé cuando Locke desapareció. Si es que había nacido siquiera —dijo en voz baja—. ¿Y cómo sabes todo esto? ¿Gracias a los huesos?

—Ajá. —Él soltó un suspiro—. Ya lo hablaremos —añadió ella mientras se giraba hacia el claro.

—¿Lo compartiremos con los demás?

Grey vaciló.

—Todavía no.

Lo siguió hasta el campamento a través de la oscuridad. Kier despertó a Ola y a Brit mientras ella se estiraba en el saco de dormir. La camisa áspera que llevaba era incómoda, pero tendría que apañárselas. Cada uno de ellos tan solo tenía espacio en la mochila para una muda más, así que no se la cambiaría hasta que no dispusieran tanto del tiempo como de los medios necesarios para lavarla en condiciones.

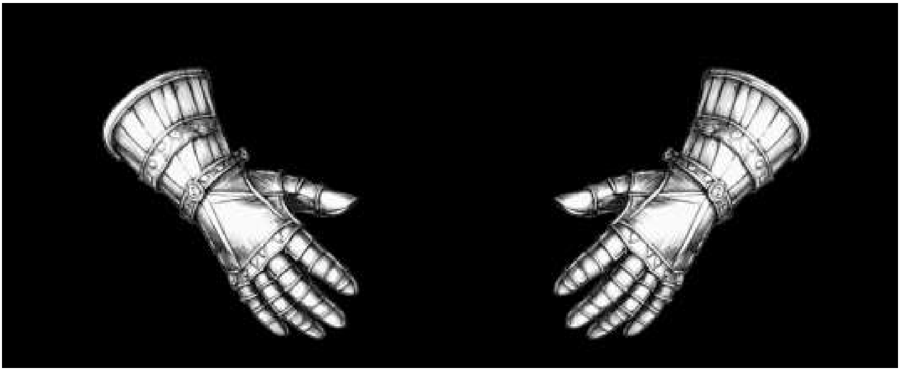
Sela y Eron dormían profundamente. De hecho, él estaba roncando un poco. Tras meditarlo un instante, Grey salió de su propio saco y, en su lugar, se metió bajo la pila de mantas que Ola acababa de abandonar. Así, estaría más cerca de la chica en caso de que intentara huir en medio de la noche. Años de entrenamiento habían hecho de ella alguien con el sueño ligero. Además, las mantas de la otra mano ya estaban calientes.

Kier la imitó y se tumbó en el saco de Brit. Después, se colocó de lado para mirarla por encima de la cabeza de Sela.

Le devolvió la mirada.

A él se le curvaron las comisuras de los labios y Grey intentó no darle demasiada importancia. En primer lugar porque, después de todo, la mitad era tejido cicatrizal. Y, en segundo lugar, porque llevaban años acostándose a dormir así, cara a cara y, a veces, incluso más cerca. Aunque nunca lo habían hecho con otra persona entre ellos, como Sela en aquel momento. Tal vez se tratara de que habían abandonado Mecketer y tan solo tres semanas de gachas y caminatas se interponían entre ellos y el resto de su vida, pero anhelaba que Kier estirase el brazo y le apartara el pelo del rostro como lo hacía a veces cuando estaban al borde del sueño, como si no pudiera soportar la idea de quedarse dormido sin verle la cara.

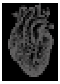
De algún modo, Grey se quedó dormida entre la bruma difusa de los ronquidos de Eron, la respiración contenida de Sela y la acuosidad color avellana de los ojos de Kier.



«La situación en Idistra se ha vuelto más que inestable. Es culpa suya por haber destruido la mismísima fuente de su poder. No se me ocurre ninguna otra nación capaz de hacer algo tan increíblemente estúpido. Me sorprendería que algún rastro de magia sobreviviera a esta guerra, dado que los Estados-nación no dejan de devorarse los unos a los otros. Han pasado años y no hay ni rastro de ese chico. Lo más probable es que esté muy lejos de aquí, o muerto.

Ningún lugar de esta maldita isla parece seguro. Nuestro propio lord sigue mostrándose impulsivo a causa de la ira y amargado por el dolor».

Informe oficial de Piotr Ralkonikov, embajador ruskayano en Scaela. Tres años d. D.



Durante tres días, se dedicaron a seguir las discusiones y negociaciones de Kier y Ola a través del bosque. Grey descubrió que sentía una leve fascinación. En todo momento y sin excepción, tenía el sentido de la orientación de un niño pequeño al que hubieran abandonado en medio de Nestria con los ojos vendados y sin mapa, así que no tenía ni idea de cómo ninguno de los dos conseguía hacerlo (aunque no podía desestimar por completo algún tipo de transferencia mágica a través de todos los cartógrafos con los que se suponía que Kier se había acostado). Tras el primer día de caminata monótona y la primera noche de turnos de guardia, nadie parecía tener demasiadas ganas de hablar, así que pasaron el tiempo sumidos en un relativo silencio, interrumpido de forma ocasional por algún comentario de Ola o de Eron sobre algún pájaro bonito o alguna planta.

Si Sela pronunció una sola palabra, Grey no la oyó.

—Manteneos alerta —fue lo único que Kier le dijo al grupo.

Cuando pararon a comerse la primera de las raciones de mediodía, le señaló en el mapa el lugar en el que se encontraban. La distancia que había entre ellos y Mecketer era terriblemente corta y la que separaba su ubicación de Grislar, frustrantemente grande.

Además, todavía contaban con el problema de las montañas.

—Vamos a tener que aumentar el ritmo —le susurró él.

Una vez que hubieron dejado atrás los bosques, estuvieron muy pendientes de cualquier rastro de otros viajeros. Avanzaban por una ruta de suministros que no se usaba con frecuencia, así que pasaban horas sin ver a nadie e, incluso así, apenas un puñado de personas compartían con ellos el camino y todos iban en dirección contraria. Poca gente se dirigía hacia las montañas en aquella época del año, cuando los pastores bajaban a los rebaños de los pastos. Aquello hacía que resultasen más llamativos de lo que a Kier le hubiera gustado, así que, el cuarto día, los condujo de nuevo a través del bosque, que transcurría en paralelo con el camino, hasta que se quedaron sin árboles.

A Grey le dolía tanto la espalda que el mago, que estaba claro que sentía su incomodidad a través del vínculo, no dejaba de mirarla.

Durante el descanso de la tarde, insistió en llevarle la mochila. La siguiente vez, cuando pararon para vaciar las vejigas, no se sorprendió al descubrir que le había bajado el periodo. Al instante, se sintió molesta por haberle entregado la mochila a Kier.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Eron al ver la cara que había puesto. Se quitó el petate de los hombros y rebuscó en él la bolsa de provisiones—. Toma lo que necesites. A mí ya se me ha pasado.

Ella le dio las gracias con toda la consideración que fue capaz de aunar mientras seguía con los pantalones bajados.

Cuando volvieron a unirse al grupo, permitió que el mago volviera a vincularse con ella y maldijo tanto la lentitud de su poder como la irritabilidad abrupta que sentía, lo que, con toda probabilidad, tenía que ver con el hecho de que llevaba casi toda la semana durmiendo en el suelo y la misma cantidad de días sin cambiarse de ropa. Kier la miró a la cara y suspiró.

—Creo que necesitamos reabastecernos —dijo—. Y, si podemos, pasar una noche en una taberna. Mañana, comenzaremos a ascender las montañas, así que quiero que todos estéis descansados.

Nadie vitoreó de forma activa ante aquella información, pero los hombros relajados y las sonrisas cansadas fueron tan buen indicativo como cualquier otra muestra de alivio. Tras decir aquello, Kier y Ola se encorvaron sobre el mapa y volvieron a revisar el camino.

—Esto servirá —dijo él—. Debería haber alguna taberna para viajeros en la carretera que conduce a Pista.

Grey nunca había oído hablar de Pista. Tampoco era de extrañar: estaban en el centro de la nación, en medio de la nada, entre campos de cultivo. Aquella era la agotada zona de recuperación en la que vivían aquellos a los que no les importaba la guerra o quienes habían dejado el ejército años atrás pero seguían cultivando la comida y pagando los impuestos que lo mantenían.

A media tarde, encontraron una taberna. Estaba aislada, ni siquiera cerca de un pueblo.

Probablemente, ese debió ser el motivo por el que Kier la había escogido.

—¿No llamaremos la atención en este sitio? —le preguntó Grey.

Él suspiró.

—Espero que no. Parece que aquí solo hay viajeros.

El mago no le dijo que habían parado porque estaba cansada, gruñona y dolorida, por lo que quería que descansara, pero no era necesario que se lo dijera. Grey soltó un suspiro y le dio un golpecito en el brazo con el hombro.

Las ventanas de la taberna desprendían un resplandor cálido y el olor de la carne asada y los cereales hizo que a Grey le rugiera el estómago en cuanto le rozó la nariz. Los otros cuatro juntaron dos mesas mientras Kier y ella se dirigían a la barra para preguntar si disponían de habitaciones. Había un puñado de personas en el local, así que las observó con detenimiento mientras esperaban: en un rincón, había dos granjeros quemados por el sol con unas pintas de cerveza y, cerca de la puerta, una mujer estaba cenando con un niño.

Grey decidió mantener los ojos bien abiertos, pero no le pareció que fuesen una amenaza.

Cuando apareció, la tabernera resultó ser una mujer con la nariz torcida y tres dedos menos en la mano izquierda. Supuso que se trataba de una exsoldado tanto por lo de los dedos como por la espada anclada a la pared que asomaba tras su cabeza y que era idéntica a la que Kier y ella llevaban a la espalda, solo que la de aquella mujer había acabado partida y deformada en alguna batalla pasada.

—Mis compañeros y yo estamos de paso. ¿Tiene alguna habitación disponible? —preguntó él con aquel tono de voz suave y placentero al que Grey se refería internamente como «voz para quitarle los pantalones incluso a tu madre». Por desgracia, había funcionado en más de una madre y con al menos un padre, aunque no podía confirmar o desmentir si todos ellos habían poseído afinidades por la cartografía.

La tabernera los miró con gesto astuto.

—¿Cuál es el motivo del viaje? —les preguntó con una voz lo bastante afilada como para cortar cristal.

Kier redobló sus esfuerzos y apoyó el brazo sobre la barra mientras una sonrisa de medio lado se le dibujaba en el rostro.

—Acaban de retirarme con honores —dijo, sin especificar.

En Scaela, tan solo había una profesión de la que podían retirarte y, a pesar de que Kier era demasiado joven para que lo hubieran dejado marchar a menos que lo hubieran herido de gravedad, no todas las heridas que podían poner fin a una carrera militar eran visibles.

—Mi esposa —añadió mientras rodeaba a Grey con un brazo y la arrastraba hacia él. Ella hizo caso omiso tanto del hecho de que el corazón le había dado un vuelco al oír ese título como del modo en el que él lo había pronunciado—, sus hermanas y sus familias.

Queremos asentarnos en otro lugar y estamos buscando un terreno familiar abandonado que queda en las montañas.

Aquella no era una historia inusual. Muchas haciendas familiares quedaban abandonadas cuando los hijos marchaban al frente, pero no todos ellos vivían lo suficiente como para poder regresar.

La tabernera los miró durante un largo instante. Aquello hizo que Grey se sintiera incómoda, pero lo más probable era que la mujer no quisiera alojar a bandidos que acabaran robándole cualquier cosa que no estuviera anclada a la pared. Suponía que en aquel lugar no había muchos más viajeros.

Intentó parecer lo más inocente posible y se apretó más contra Kier. Él la estrechó con más fuerza. La tabernera asintió y abrió un cajón lleno de llaves.

—¿Cuántas habitaciones?

—Con dos bastará —contestó el mago, probablemente porque no podía decir que solo una sin que la mujer les preguntara cómo iban a dormir seis adultos en una sola cama—. Ahora mismo, no nos sobran las riquezas.

Otra mentira. Grey había visto el abultado montón de monedas que Attis le había entregado antes del viaje. Sin duda, tenían suficiente para tres habitaciones. Incluso tenían suficiente para que cada uno de ellos disfrutara de una propia, Sela incluida. Pero la chica tenía que permanecer bajo vigilancia en todo momento y alguien tenía que montar guardia, por lo que no podían separarse.

Suspiró porque el mago era un mentiroso. Tuvieran o no dos habitaciones, dudaba que fuese a permitir que se separaran: iba a meter a seis adultos en una sola cama y lo sabía a la perfección.

En cuanto tuvieron las llaves y la tabernera se hubo marchado para llevarles comida y bebida, alzó la cabeza y rozó con la nariz la barba incipiente que Kier llevaba en la mandíbula. Por norma general, no le gustaba ir sin afeitar, así que verlo de aquel modo, con una casi barba de cinco días, era una novedad absoluta.

—¿Algún plan emocionante para esta noche, esposo?

Cuando él se rio, aquel sonido le golpeó directamente el estómago. Kier le recolocó el brazo en torno a la cintura y se lo pasó por debajo del abrigo para estrecharla todavía más.

Entonces, le dio un beso en la sien que fue poco más que la vibración de aquella alegría sobre la piel. Y, dado que ella no tenía ni un ápice de sentido común, sintió un escalofrío de emoción recorriéndole la columna vertebral.

—Supongo que podrías tentarme.

Grey puso los ojos en blanco y se apartó de él antes de permitir que su corazoncito magullado y estrujado se creyera aquellas palabras.

La tabernera llegó al rescate cuando apareció con dos jarras de cerveza y una pila de vasos.

Grey llevó la bebida a los demás y la distribuyó mientras Kier, que se había quedado en la barra, le preguntaba a la mujer cuáles eran los mejores lugares para conseguir suministros y tomaba nota mientras ella le describía el camino hasta el pueblo más cercano. Grey se esforzó por no mirarlo conforme se acomodaba en su asiento, fingiendo estar interesada en la conversación de Eron y Ola, que estaban debatiendo las supuestas ventajas de los protectores de nudillos frente a los guantes.

Se recostó con una mano en torno a la cerveza y se obligó a recuperar el buen juicio.

Coquetear con él no era algo nuevo. Se pasaban la vida coqueteando. Y Kier era el tipo de persona que necesitaba afecto para todo. Cuando estaban solos, siempre le tomaba la mano, se subía sus piernas al regazo, le masajeaba los hombros o se sentaba a sus pies y le apoyaba la cabeza en el muslo. Además, por las noches, casi nunca se iban a dormir sin que él le hubiera dado un beso en la mano, la frente o la sien. Pero él era así, sin más. Siempre lo había sido.

¿Más allá de eso? Nada. Él siempre había sido su mano derecha, su otra mitad, su mejor amigo, la persona que la conocía mejor que nadie tanto física como mentalmente… Y a cada momento, resultaba evidente que él le era igual de leal. Sin embargo, aquella era la línea que ninguno de los dos atravesaba.

No solían hablar en profundidad de sus otros devaneos amorosos o de las noches que pasaban separados el uno del otro pero, a veces, Kier salía tras un entrenamiento o una patrulla nocturna y regresaba a altas horas de la madrugada con el pelo mojado tras habérselo lavado. En aquellas ocasiones, Grey se obligaba a sí misma a no decir nada y tenía cuidado de no vincularse con él por si se le escapaba algún atisbo de celos. Se guardaba los comentarios para la luz del día, cuando le resultaba más fácil increparlo sin dejar entrever sus verdaderos sentimientos.

Sin embargo, no podía culparlo. Sentirse vivo era maravilloso, igual que sentir viva a otra persona cuando tan a menudo tenían que mirar a la muerte a la cara. Entre su rango y su molesta e innegable belleza, a Kier nunca le faltaban ofertas. Además, aunque no tan a menudo, ella hacía lo mismo y se escabullía con gente como Leonie o alguna mano de otra compañía en los breves periodos de tiempo, por muy infrecuentes que fueran, en los que estaba segura de que el mago no iba a necesitarla. El problema era que no podía distanciar su propio corazón de aquella situación a menos que estuviera desesperada pero, cuando lo

estaba, casi le parecía fácil. Resulta que, para su sorpresa y horror a los dieciséis años, en el ejército se practicaba mucho sexo.

No podía evitar preguntarse… Kier lo sabía absolutamente todo sobre ella excepto por aquel deseo desesperado y desgarrador. Conocía el alcance de su poder, su vulnerabilidad y su nombre verdadero. Y, a veces (muchas más veces de las que admitiría ante nadie y mucho menos ante sí misma), se preguntaba cómo sería estar con él.

Grey también era una mentirosa, porque lo deseaba infinita, inconmensurable e incesantemente.

Cuando Kier se acercó, intentó deshacerse de aquellos pensamientos, pero fue como intentar hacer retroceder una marea creciente. Cuando se sentó junto a ella y apretó la pierna contra la suya de forma despreocupada, se planteó que tal vez la muerte fuese una alternativa.

Por norma general, todo aquello le resultaba más fácil de soportar.

Decidió que el problema radicaba en que el retiro los acechaba. ¿En qué situación quedarían cuando ya no estuvieran obligados a permanecer juntos?

La llegada de la comida interrumpió el hilo de sus pensamientos y el silencio se apoderó del grupo mientras engullían los primeros alimentos en días que no eran de color beis. Grey se sintió bastante orgullosa de sí misma por no emitir ningún sonido de placer al saborear el estofado espeso y el pan caliente a pesar de que la carne tierna y las patatas parecían deshacérsele en la lengua. Aquello era mucho mejor que la dieta del camino consistente en las gachas de Eron y las frutas deshidratadas o las tiras de pescado salado que se comía a hurtadillas.

—Soy un desastre —anunció Eron con un suspiro.

—¿En términos generales o…? —preguntó Ola.

Él se recostó en el asiento con un gruñido mientras se llevaba las manos al estómago. Grey también había comido demasiado y demasiado rápido. Cambió de postura, pero eso solo hizo que acabara más apretada contra el costado de Kier, así que decidió que era más fácil lidiar con la incomodidad.

—Dadme una nueva tarea. Cambiadme el rol —dijo el típico—. No puedo cocinar para vosotros.

—Por eso eres soldado y no cocinero —replicó Brit.

Grey le dio una patada por debajo de la mesa. Allí, no eran soldados.

—No nos diste muchas opciones —masculló Ola.

—¿Acaso no te presentaste voluntario para la tarea? —preguntó Kier tras haber dado un trago de cerveza.

—Me gusta sentirme útil —se lamentó Eron.

—Teniendo en cuenta las cosas que tienes al alcance, haces un buen trabajo —dijo Sela.

Aquello silenció cualesquiera que fueran las palabras que se hubieran estado formando entre los labios de Grey. Miró a la chica (todos la estaban mirando) mientras comía con delicadeza de un modo que hizo

que una alarma comenzara a sonarle en la cabeza. Sin embargo, había hablado. Había hablado sin que le preguntaran nada y, además, se había mostrado amable.

Sela apartó la vista del plato, vio que todos los ojos estaban posados en ella y se sonrojó mucho.

—Lo siento, capitán —murmuró mientras agachaba la cabeza.

—No, no, es una buena observación —respondió Kier antes de dar otro trago de cerveza.

Grey conocía aquella mirada. Él también estaba haciendo cálculos, así que también estuvo a punto de darle una patada por debajo de la mesa.

A pesar de que no habían podido hablar en privado más allá del puñado de notas que se habían intercambiado durante los turnos de guardia, sabía que la curiosidad lo estaba matando. No podían anunciar sin más que sabían que Sela no era quien decía ser; no sin desvelar que sabían algo sobre Maryse de Locke que no deberían saber.

Kier la miró con las cejas arqueadas. Ella suspiró, pero asintió. Por ahora, al menos durante ese momento, podía ser amable.

—Hablando de responsabilidades… —dijo—. Cuando hayamos acabado aquí, ¿quién se va a encargar de cada cosa?

—¿Para nuestra aventura, quieres decir? —preguntó Brit con los ojos resplandecientes.

—De eso nada —contestó Grey, que todavía se negaba a considerar aquello una aventura—.

Hablo de reabastecernos.

—¿Podríais quedaros aquí Brit y tú? —preguntó Eron—. Yo puedo hacerme con la comida.

Gracias por los ánimos, Sela. Y Ola puede encargarse de la ropa nueva, si es que conseguimos algo. Kier, tú podrías ser nuestro mecenas endiabladamente guapo.

—Una manera muy amable de pedirme que vaya soltando el dinero a espuertas. Pero acepto.

Grey tragó saliva con fuerza.

—Debería quedarse Ola —apuntó—. Si necesitáis otro par de manos, yo puedo ir con vosotros.

—Grey —dijo Kier—, necesitas descansar.

Alzó la vista para mirarlo y se sintió traicionada. A pesar de que él era consciente de lo agotada que estaba (no lo había intentado ocultar a través del vínculo), no soportaba la idea de que se marchara sin ella.

—Kier…

—Por favor —insistió él con un tono de voz más suave.

Los demás la miraron. Con cuidado, el mago compuso un gesto inexpresivo, pero, sin duda, sabía cuáles eran sus objeciones. Odiaba socavar su autoridad en público a pesar de que, en privado, él casi siempre le mostraba deferencia. Sin embargo, si algo salía mal, podría extraer de Ola la misma cantidad de poder que podría extraer de una roca.

Grey tragó saliva.

—Es solo que… Aquí, debería haber gente suficiente para vigilar a nuestra amiga en condiciones.

—Como siempre, mi mano tiene razón —dijo Kier con soltura—. Ola, quédate. Grey, tú estás al mando.

Se planteó seguir protestando, pero la mirada que le lanzó el mago hizo que las palabras se le murieran entre los labios. Cualquier otra disputa levantaría sospechas. Sin embargo, no le

gustaba la idea de perderlo de vista y, a pesar de que Eron era un buen guerrero (no, era un guerrero magnífico), no estaba convencida de que aquello le pareciera seguro.

—¿Necesitamos suministros médicos? —preguntó Kier mientras le enviaba una oleada cálida a través del vínculo.

«No me pasará nada».

—Lo más probable es que hagan falta vendas —contestó ella, cediendo. Después de todo, él estaba en lo cierto: estaba agotada,

irritable y sufriendo calambres—. Solo por si acaso.

Tras terminar de comer, se dirigieron a las dos habitaciones. Grey se sintió irritantemente agradecida cuando Kier les explicó el plan:

—Quiero a dos personas montando guardia en la habitación de Sela y a otra que duerma a su lado. Lo siento, Sela, no es nada personal…

—Claro que lo es —masculló ella.

—Apuñalaste a Kier —le recordó Grey, por si alguien se había olvidado del asunto. Aquello hizo que el mago le lanzara una mirada exasperada.

—Las dos personas que no estén de servicio dormirán en la otra habitación. Solo dormirán.

Esto no es el puñetero ejército.

—Pero sí que es el puñetero ejército —replicó Ola.

—Voy a abandonaros y me voy a arrojar al mar —comentó Kier mientras separaba varias monedas y las metía en una bolsa más pequeña.

—Podemos ayudarte con eso —dijo Brit desde el rincón en el que se había sentado con la espalda apoyada contra la pared para ponerse a engrasar su espada.

Grey se esforzó mucho por no sonreír. Tras días de viaje, cada vez le resultaba más difícil mostrarse distante con el séquito, tal como solía hacer con los soldados que estaban bajo sus órdenes. Cada vez le resultaba más difícil que no le cayeran bien.

Sin embargo, que le cayeran bien y le importaran suponía una vulnerabilidad que no podía permitirse.

Kier les lanzó una última mirada fulminante antes de ir a la habitación contigua para dejar la mochila y cerrar con llave. Grey lo siguió antes de darse cuenta. Se quedó en el umbral de la puerta, dubitativa.

—Si te viene bien, esta noche volveremos a encargarnos de la primera guardia —dijo él.

—¿Tendrás cuidado?

Había algo en el tono de su voz que hizo que Kier alzara la cabeza para mirarla y dejara de rebuscar en su mochila.

—Por supuesto. Siempre tengo cuidado.

Otra mentira, pero aquella se la tragó.

Antes de salir de la habitación, se acercó a ella y le tocó la mano con un leve roce de las yemas de los dedos.

—Dos semanas más —le prometió—. Después, habremos acabado. Podremos ir donde queramos y hacer lo que nos apetezca.

Grey asintió e ignoró todas las preguntas que le surgían en el corazón ante aquella afirmación. Él imitó el gesto mientras se le curvaba una de las comisuras de los labios y, después, se marchó.

Había una cantidad limitada de espadas que engrasar y afilar, pero Grey y Brit las engrasaron y afilaron todas antes de comprobar los filos con la ropa que pensaban quemar en cuanto abandonaran aquel lugar. Ola obtuvo el permiso de la tabernera para hacer la colada, así que se dedicó a subir y bajar de las habitaciones al lavadero que se encontraba al otro lado del patio. A modo de pago por el uso de las instalaciones, lavó también parte de la ropa blanca del establecimiento. Sela estaba sentada en la silla que había en un rincón, observándoles y observando después a Ola a través de la ventana. Sin embargo, siempre volvía a posar la mirada en Grey.

—¿Qué edad tenéis? —preguntó de pronto, cuando ya habían acabado con la mitad de las armas.

—¿Quién? —preguntó Brit.

—Vosotres. Cualquiera de les dos.

—Es información clasificada —contestó ella.

—Veintinueve —dijo Brit tras lanzarle a Grey una leve mirada fulminante.

—Esta es la daga que le clavaste a Kier en los intestinos —comentó

ella con tono alegre mientras alzaba una de las hojas más cortas y dejaba que resplandeciera bajo la luz.

Sela se sonrojó y se mordió los labios.

—Creo que no —dijo en voz muy bajita—. Creo recordar que tenía la empuñadura negra, y la de esa es azul marino.

—Error mío. Tal vez esta sea la que use con tus intestinos.

—Mano Grey… —la regañó Brit.

Dejó la daga a un lado y se recostó contra la cama. Estaban en la zona más apartada de la sala, lejos de la puerta, y Sela estaba en el rincón del fondo. A Grey le resultaba difícil no sentirse inquieta sin Kier allí, pero se había estado esforzando a pesar de que iba contando los minutos mentalmente. Se suponía que, hasta Pista, había menos de una hora de camino.

Emplearían otra hora para hacer las compras y los recados y, después, les quedaba el viaje de vuelta. Eron y Kier eran soldados entrenados, mortíferos, armados e inteligentes.

—Voy a ver cómo está Ola y a por otra jarra de agua —anunció—. ¿Estarás bien mientras tanto?

Brit, que también era une soldado entrenade, mortífere, armade e inteligente, puso los ojos en blanco.

—Claro —espetó.

De forma instintiva, Grey cargó con la espada. Después, por si acaso, les encerró con llave y se llevó la llave consigo. Se sentía rara. Incómoda. Aunque no estaba segura de por qué. Sí, a pesar de que no había extraído poder de ella, llevaba vinculada a Kier la mayor parte de la semana, que era más tiempo del que solían pasar sin tomarse un descanso. Sin embargo, creía que más bien tenía que ver con la ausencia de ese vínculo. El alcance que tenían, a pesar de ser mucho más amplio que el de otras parejas, era más o menos del tamaño de Mecketer: un kilómetro a lo sumo. En aquel momento, Kier estaba solo. Y ella también.

Encontró a Ola sudando junto al surtidor de agua del lavadero, que se manejaba con una manivela. Hacía tanto ruido que tuvo que gritar para preguntarle si necesitaba ayuda o alguna otra cosa. La otra mujer se limitó a despacharla con un gesto de la mano y una media sonrisa.

Grey volvió a atravesar el patio para encaminarse hacia la taberna. Ahora, ya comprendía el motivo de la distancia que separaba el local del lavadero.

Se dirigió al comedor y se apoyó contra la barra. Un poco más allá, también había dos hombres, riñendo por una bolsita. Grey suspiró y clavó las uñas en la madera. Deseó que hubiese jarras de agua que pudiera llevarse sin más para poder volver al piso de arriba enseguida y alejarse de aquellos hombres y las monedas que estaban disponiendo sobre la barra.

Los acentos… El grupito que estaba discutiendo cerca de ella hablaba el idistrano común, que era la lengua compartida por todas las naciones de la isla, pero lo hablaban con acento luthita.

Se quedó petrificada. Con disimulo, intentó mirarlos mejor, maldiciéndose a sí misma por no haber prestado más atención.

El dinero que había sobre la barra estaba en auros, las monedas de oro de Luthar. En el pasado, cuando todas las naciones aún eran aliadas, allí habrían aceptado los auros con la misma facilidad con la que habrían aceptado los ornen scaelanos y, además, con un tipo de cambio directo de uno por uno. Sin embargo, desde que había comenzado la guerra, en Scaela nadie aceptaba auros luthitas. De hecho, en Scaela nadie llevaría auros encima y mucho menos los dejaría a la vista en un lugar público. Debían de haberlos traído directamente desde Luthar.

Además, según sus cálculos, teniendo en cuenta el punto del mapa que le había señalado Kier, estaban a muchos días de distancia de aquella nación. Tal vez fuesen mercaderes, pero aquella era una taberna tranquila lejos de cualquier pueblo, así que no había ningún motivo para que estuvieran allí a menos que…

A menos que, además de ellos, otros hubiesen estudiado los caminos que iban desde Mecketer hasta Grislar y hubieran enviado jaurías a la caza.

A menos que se hubieran percatado de que Pista era el último pueblo grande con mercado antes de llegar a los pasos de montaña más sencillos y hubieran pensado que un séquito que necesitase moverse con rapidez también se habría dirigido hacia allí.

Uno de los hombres la estaba mirando, observando lo tensa que tenía la mandíbula y la fuerza con la que se aferraba a la barra. De inmediato, supo lo que verían: su edad, su porte, las cicatrices… De

forma inconsciente, se llevó la mano a la cadera y se dio cuenta de que

portaba allí la espada, como un soldado, en lugar de llevarla a la espalda, tal como habría hecho un mercader o un viajero. Memoria muscular.

A la mierda lo de ir de incógnito.

La tabernera regresó con dos vasos de cerveza y tomó el dinero scaelano de los hombres. A Grey no le pasó desapercibido el hecho de que uno de ellos apartó a toda velocidad las monedas luthitas y se las metió en los bolsillos.

—Tu marido ha dejado la cuenta abierta —dijo la mujer con tono alegre mientras se giraba hacia ella—. ¿Te pongo alguna cosa?

Uno de los hombres le dijo algo al otro. Después, se dirigieron hacia otros dos que se encontraban sentados en la mesa del fondo.

—Solo agua —contestó Grey en voz queda y con tono incómodo—. Por favor.

La tabernera se dio la vuelta para buscar unos vasos.

—Vaya día más ajetreado estamos teniendo —le dijo a ella. O, tal vez, a nadie en particular—. En esta época del año, no suele haber tantos viajeros por la zona. ¿Dónde ha dicho tu marido que os dirigíais? A algún sitio de la costa, ¿no?

Grey clavó los dedos en la barra. Era evidente que los hombres estaban prestando atención a la conversación. Por encima de todas las cosas, deseaba salir corriendo.

—No —contestó con una sonrisa mientras la mujer le tendía la jarra y los vasos.

La tabernera le agarró la muñeca.

—Ah, vaya… Es que esos tipos dicen que van de camino a Grislar. Estaban preguntando si había alguien que se dirigiera a la costa, ya que querían compartir recursos. No estaba muy segura de si vosotros también os encaminabais hacia allí.

Notó algo en el tono de su voz. Se había fijado en su espada y, probablemente, también en la de Kier. Tal vez incluso hubiese oído a

Sela llamando al mago «capitán». Fuera lo que fuere que hubiera observado, no se fiaba de los hombres del rincón y Grey, tampoco.

A su espalda, sintió un movimiento, un chisporroteo, un cambio cuando uno de los magos se vinculó con su pozo.

—Gracias —dijo.

Entonces, dio media vuelta y atravesó la puerta que conducía a las habitaciones. No tenía tiempo de avisar a Ola y mucho menos de ir a buscarla. En cuanto la puerta se hubo cerrado tras ella, subió las escaleras corriendo.

«Primera lección de proteger a tu mago: no tienes ninguna ventaja natural. Entrena para luchar como si no hubiera diferencia entre un típico y tú. Incluso con las habilidades de tu mago, cuando te encuentres en una situación de combate, tan solo podrás contar con tu espada, la fuerza de tu propio cuerpo y tus habilidades para la lucha. No rehúyas dicho entrenamiento».

Blandir el poder, Volumen I. Tercera edición, revisada después de la Destrucción (d. D.).

astreadores luthitas en el piso de abajo —dijo mientras irrumpía en la

habitación, derramándose agua sobre la camisa.

Brit apartó la vista de la espada con el ceño fruncido.

—R —¿Qué?

—Tenemos que actuar con rapidez —dijo Grey mientras cerraba la puerta con llave.

Entonces, empezó a arrastrar el endeble armario para colocarlo frente a ella. Deseó que fuera más pesado y robusto. Era imposible que aguantara—. Si no podemos salir, tendremos que luchar contra ellos.

Brit se puso en pie de un salto para ayudarla.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Por cómo hablaban. Por las monedas. La tabernera me ha puesto sobre aviso —contestó con los dientes apretados—. Me da igual si estoy siendo paranoica; no pienso correr ni un puñetero riesgo.

Examinó la ventana y la caída que había hasta abajo, pero el jardín estaba vallado por todas partes y no había salida. Además, si salían corriendo, no estaba segura de ser capaz de llegar hasta Kier.

Era mejor luchar y que no quedaran supervivientes.

—¿Van detrás de nosotros? —preguntó Sela. Estaba de pie al otro lado de la habitación, sin hacer nada, sacudiendo las manos como si no supiera qué hacer con ellas.

Es una niña, se reprendió Grey a sí misma. A pesar del enojo que sentía, aquello seguía pesándole en el estómago. Fuera quien fuere o lo que fuere, no era más que una niña.

—No te preocupes —le dijo—. Nos encargaremos de ello. Ahora, agáchate y apártate de la ventana. Ve a ese rincón y métete debajo del escritorio.

La muchacha asintió, pero Grey pudo ver el pánico que le cubría el rostro. Le dio la vuelta a la mesa y la colocó de tal modo que protegiera el cuerpo de Sela, que podía hacerse un ovillo en el centro y estar resguardada desde todos los ángulos. Dejó con ella todas las armas que no iban a utilizar. La chica la miró con los ojos fríos y azules, desprovistos de cualquier rastro de la arrogancia que habían mostrado en el campamento. En aquella ocasión, Sela estaba asustada.

Solo fue capaz de oír las botas en las escaleras porque había aguzado el oído y estaba prestando mucha atención.

—¿Capitana? —murmuró Brit.

—Vincúlate con Ola —le ordenó.

Le mague apartó la vista.

—No la detecto y, desde esta distancia, no puedo establecer el vínculo por mi cuenta. Tengo que vincularme contigo.

Grey soltó una palabrota. No podía vincularse con Brit. Abrió la ventana de par en par y gritó el nombre de Ola. No obtuvo respuesta. Volvió a maldecir.

—Espadas.

Desenvainaron y, por si acaso, agarró también una daga. La habitación no era demasiado grande y las espadas no siempre eran una buena opción en las distancias cortas. Brit se armó con una mezcla de metales y Grey no cuestionó aquella decisión.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Señora? —dijo una voz. No era la de la tabernera.

Brit y ella intercambiaron una mirada. Entonces, le mague también desenfundó una daga.

Volvieron a llamar y alguien intentó girar la manilla.

—Si le parece bien, nos gustaría comparar las rutas. Creemos que vamos en la misma dirección. —La voz sonaba tan delicada como la seda deslizándose sobre el cristal, pero la tensión de cada palabra al intentar aligerar el acento para sonar más scaelano resultaba evidente.

—No, muchas gracias —respondió ella con firmeza.

—Voy a extender un vínculo —dijo Brit.

Entonces, Grey notó una sensación extraña y punzante, como si su estómago fuese la puerta cerrada a la que le mague estuviera llamando. Un gesto extraño atravesó el rostro de Brit.

Algo embistió la puerta, que resistió. Al otro lado, se oían unas voces apagadas, conversando.

—¿Capitana mano?

El terror que sentía Grey era frío y uniforme.

—No… puedo —dijo.

—No usaré…

—No —replicó, enfrentándose a la verdad del asunto; la verdad de lo que habían hecho—.

Kier y yo estamos enlazados. No puedo prestarle mi poder a ningún otro mago.

Durante un instante terrible, a Brit se le quedó la mirada vacía.

—Mierda —mascullló—. Lo sospeché cuando no dejaste que Ola… Mierda.

Algo volvió a golpear la puerta y Grey oyó el crujido de la madera. Volvió a pensar en llamar a Ola, pero desestimó la idea.

—Espero que la espada se te dé igual de bien —susurró ella mientras se colocaba en posición—, porque vamos a tener que salir de esta sin la magia.

—Cuando el capitán regrese —dijo su acompañante, echando humo—, tendremos una larga charla sobre la confianza.

—La esperaré con ganas, si es que seguimos con vida.

No necesitó un vínculo para saber que Brit estaba furiose. No es que no supieran luchar, pero a los magos les gustaba la ventaja de la magia y, además, les enseñaban a pelear con ella como si fuera una extremidad más. Para elle, sería muy incómodo tener que pasar sin su uso.

Sin embargo, no tenían tiempo. Volvieron a golpear la puerta, que se resquebrajó del todo.

Brit retrocedió cuando una bota pateó el armario y consiguió dar la primera estocada cuando alguien intentó entrar. En el pasillo, se oyó un aullido de dolor.

—Tenéis dos minutos —dijo una voz—. Entregadnos a la chica o morid.

—¿Qué chica? —gritó Grey.

Se oyó otro murmullo en el pasillo. Sintió una oleada de magia en aumento y antes de que pudiera advertir a le mague, la puerta y el armario estallaron en una explosión de madera astillada. Se llevó una mano a la cara para protegerse los ojos.

—Malditos materialistas —gruñó Brit. Lo cual era irónico, dado que elle también lo era.

Grey solo tuvo tiempo de bajar la mano y apartarse de la trayectoria de una espada. El aire estaba cargado del sonido del metal entrechocando y el olor ceniciento de la magia. Eran cuatro, probablemente dos magos y dos pozos, y estaba encolerizada por no haber obligado a Ola a quedarse en el interior, por haber estado tan preocupada por estar separada de Kier que no había mantenido a la otra pareja junta y por no haber pensado, sin más. Junto a ella, Brit esquivó un golpe, rodó por encima de la cama y se abalanzó contra uno de los contrincantes, al que alcanzó en el hombro.

Tras haber bloqueado un golpe, Grey apretó los dientes mientras se inclinaba y blandía el arma con la mano menos hábil. Acertó al hombre en las costillas con una estocada que lo obligó a inhalar entre dientes de forma brusca y alejarse, tambaleándose. Grey volvió a abalanzarse sobre él, apuntando más bajo de lo que él había esperado y clavándole el arma en el vientre. El hombre cayó de rodillas con un destello claro de desastre en los ojos y ella sintió el chisporroteo de un vínculo partido.

—¡Flynn!

Se dio la vuelta justo a tiempo de que le hicieran un corte en el brazo en lugar de en la espalda. Le dolió una barbaridad, pero al menos no la mataría.

—Mierda, esto sería mucho más fácil con magia —espetó Brit,

echando humo. Estaba sangrando por la frente.

Grey bloqueó otro golpe y se arriesgó a mirar a le mague, que estaba acorralade en un rincón.

—¡Vincúlate!

La vocecilla les tomó tan desprevenides que Grey estuvo a punto de fallar un bloqueo y Brit lo hizo. Sin embargo, no importó porque, en ese momento, sintió un nuevo hilo de magia cuando Sela envió su poder y Brit se aferró a él.

—¡A tierra! —gritó le mague.

Entonces, las esquirlas de metal que tenía aferradas en un puño salieron disparadas por toda la habitación a una velocidad mortífera. Grey se dejó caer bocabajo y se cubrió la cabeza con ambas manos mientras el metal repiqueteaba a su alrededor y al menos dos cuerpos más caían al suelo con un golpe sordo.

El silencio resonaba en el aire. Olió la sangre y sintió el regusto dulce del poder agotado incluso a pesar de que su pozo estaba rebosante de adrenalina.

Abrió los ojos. Uno de los soldados luthitas yacía junto a ella con el rostro destrozado por el metal. Dada la fuerza de la explosión y la extensión de la proyección, era más que probable que Sela estuviese exhausta.

Se incorporó y se limpió la sangre del rostro mientras hacía un balance detallado de la situación. El escritorio tras el que se había escondido la chica era un caos de madera astillada, pero podía oírla sollozando, así que, al menos, seguía viva. Se concentró en Brit, que se había desplomado sobre la cama y respiraba con dificultad.

—¿Brit?

Se puso en pie y pasó por encima de un cuerpo. Colocó a le mague bocarriba. Tenía los ojos desorbitados por el dolor. La sangre le goteaba por la frente, otra herida le empapaba la manga y tenía otra más en las costillas que Grey no podía ver.

—No nos lo contasteis —dijo elle mientras miraba fijamente el techo.

Grey no sollozó. Había perdido el instinto de llorar ante el peligro años atrás pero, en voz baja, sí que soltó una fantástica palabrota.

Cortó los botones de Brit con la daga ensangrentada, le abrió la camisa y examinó las heridas. La que tenía en las costillas era profunda, pero no creía que le hubiesen perforado nada importante. Llevaba otro corte junto al ombligo. No era lo bastante hondo como para que le hubieran rasgado los intestinos, pero no podía estar del todo segura a menos que lo inspeccionara más a fondo.

—Sela —dijo con mucho cuidado—. ¿Estás bien?

—Ajá. —La chica se sorbió la nariz mientras intentaba respirar entre unos sollozos que le sacudían todo el cuerpo—. No creo… No estoy… No estoy sangrando.

—Bien. Sela, cielo, ¿puedes hacer algo por mí?

Grey tenía que tomar una decisión: podía concentrarse en Brit o preocuparse por Sela. Si la chica quería huir… Bueno, después de todo, la cantidad de problemas que les estaba causando no merecían la pena. Y aunque era su propio retiro lo que pendía de un hilo, y aunque Kier tal vez la matase de verdad si perdía a la prisionera, no iba a dejar que Brit muriera. Con firmeza, posó una mano sobre la peor de las heridas para detener la hemorragia.

—Eso creo —dijo la chica.

La miró. Se había puesto en pie y respiraba con dificultad. Lo más probable era que estuviese sufriendo un ataque de pánico. Cuando posó los ojos en Brit, que estaba medio inconsciente bajo las manos de Grey, y el cuerpo del soldado que yacía en el suelo cerca de ella, se quedó lívida.

Le tendió una llave.

—No los mires. Sela, mi mochila está sobre la cama de la habitación de al lado. Necesito el botiquín que tengo en ella. El que tiene bálsamos, hierbas medicinales y antídotos. Lo reconocerás cuando lo veas. No pasa nada si me traes toda la bolsa. Necesitaré que hagas un par de cosas más y, después, te enviaré a buscar a Ola, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó ella antes de tomar la llave.

Con los pensamientos nublados por la adrenalina y el dolor de la batalla, Grey se preguntó si lamentaría aquello.

Pero, en aquel momento, no podía pensar en eso.

Mientras la chica iba a buscar el botiquín, Grey se puso manos a la obra. Se movió en torno a Brit y quitó la ropa de cama hasta dejarla solo con una sábana para tener una superficie igualada sobre la que trabajar. Arrastró los cadáveres, maldiciendo con profusión por los borbotones de sangre que le mancharon la camisa, los apiló en un rincón y los cubrió con una sábana. Los demás podrían lidiar con ellos más tarde. Fue corriendo al piso de abajo sin preocuparse por el ruido que hacía con las botas. La taberna estaba vacía y en ella reinaba un silencio escalofriante. La puerta estaba bloqueada desde el interior con una barra fija pesada. Encontró a la tabernera en el suelo, al otro lado del mostrador. Se detuvo un instante y comprobó que respiraba y le latía el corazón. Sin embargo, cuando le dio un golpecito en el brazo, no se despertó, así que debía de estar envenenada o haber tomado un filtro de sueño.

No tenía tiempo para preocuparse por ello. La arrastró a la trastienda, robó las llaves que guardaba detrás de la barra y, por si acaso, la encerró bajo llave.

Entonces, se recompuso y regresó a la habitación en la que se encontraba Brit.

Sorprendentemente, la jarra no se había hecho añicos por los proyectiles improvisados de le mague. Grey quitó el relleno de las fundas de almohadón, las mojó con el agua y las usó para limpiar la sangre de las heridas de Brit, que respiraba de forma superficial con los ojos cerrados.

Sela regresó con el botiquín y se sentó en silencio en la mesita de noche que había en un rincón, todo lo lejos que pudo de los cuerpos, aunque no dejaba de pasar la vista hacia allí, ya que la sábana blanca se estaba empezado a teñir de rojo en algunas esquinas.

—¿Sela? —dijo Grey mientras se lavaba las manos a conciencia con agua y polvo de jabón.

—¿Sí?

—Quiero que respires —le dijo con todo el cuidado posible, intentando evitar que le temblara la voz. Entre las medicinas, encontró un tarrito de bálsamo anestésico—. Toma aire mientras cuentas hasta cinco y, después, suéltalo del mismo modo. ¿Puedes hacerlo?

—Sí —contestó la chica.

Grey aguzó el oído y acompasó su respiración con la de Sela mientras entumecía las zonas que rodeaban las heridas de Brit.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Me duele el estómago.

Grey detuvo la mano con la que estaba rebuscando en el botiquín.

—No te han entrenado, ¿verdad? Eres un pozo, pero no sabes cómo hacerlo.

El silencio que obtuvo como respuesta fue tan atronador que tuvo que alzar la vista para asegurarse de que no se hubiera desmayado.

—Sí —contestó la muchacha al fin.

Grey asintió y se tomó un instante para evaluar la situación. Brit seguía respirando y no tenía nada que le estuviera bloqueando las vías respiratorias.

—Bien. Necesito que vayas a buscar a Ola. En cuanto esté aquí, podrás sentarte con nosotras o esperar en las escaleras para dejar entrar a los demás, ¿de acuerdo?

—Sí —gimió Sela. Entonces, titubeó un instante—. ¿Vivirá? —preguntó.

Ella alzó la vista. La chica estaba de pie con las manos sobre el pecho, como si hubiera recibido una herida. Se percató de que, en una de las mejillas, tenía un rasguño que no le había acertado en el ojo por muy poco.

—Si depende de mí, sí. —Se obligó a suavizar el tono de voz—. Todo saldrá bien, cielo. Ve a buscar a Ola.

Sela salió por la puerta enseguida y Grey miró por encima del hombro para asegurarse de que la chica cruzara el patio corriendo hacia el lavadero. Después, pasó un minuto angustioso catalogando todo lo que podría salir mal.

Un instante después, vio aparecer a Ola en el patio. Iba corriendo. Sela la seguía, aunque no iba tan rápido, pues todavía le temblaban las piernas.

Grey volvió a concentrarse en la tarea.

La peor herida era la que le atravesaba las costillas y, después, la del vientre. La del brazo resultaba horripilante a la vista pero, en general, estaba bien. Y la de la cabeza parecía mucho peor de lo que era en realidad. Podría preocuparse por las conmociones cerebrales cuando se hubiese asegurado de que a Brit no se le iban a salir los intestinos del cuerpo.

—¿Qué demonios ha pasado?

Cuando alzó la cabeza, vio que Ola estaba en el umbral de la puerta, pero tenía que concentrarse. Le temblaban las manos, en parte por la adrenalina que estaba empezando a desvanecerse. A pesar de que había ayudado a menudo en la enfermería, hacía mucho tiempo que no operaba de forma activa a alguien que no fuese Kier. Se obligó a mantener la calma y a pensar únicamente en su formación y en aquellos días interminables de operación tras operación durante su época como sanadora. No tenía las herramientas necesarias para mantener a Brit inconsciente y se maldijo por ello, pero tenía que trabajar con lo que tenía a mano.

—Necesito que te vincules —dijo Grey con mucho cuidado.

—Por los huesos de Locke, capitana…

—Vincúlate —espetó con los dientes apretados.

Vio que Sela entraba en la habitación detrás de la otra mano. Sin hacer ruido, la chica regresó a la mesita de noche y se sentó con las rodillas pegadas al pecho.

Ola entrecerró los ojos, pero Grey pudo sentir el verdor de la magia nueva cuando se estableció el vínculo.

—Sí, capitana mano.

Brit soltó un suspiro de alivio y relajó el rostro solo un poco. Ola se sentó a la altura de su cabeza y le apoyó la mano sobre el brazo sano.

—¿Puedes permanecer vinculada y asegurarte de que el piso de abajo sea seguro? —

preguntó Grey con el tono más distante del que fue capaz—. No he

tenido tiempo de hacer una inspección minuciosa.

Se produjo un silencio.

—Sí, capitana mano —dijo al fin Ola, que rebosaba ira.

Ninguna de las heridas le atravesaba los órganos internos, pero seguían siendo graves.

Grey las limpió mientras tiraba de los hilos de la magia de la otra mano para sanar todo lo posible antes de coser con cuidado el vientre de Brit. Cuando estaba anudando el hilo, Ola regresó y volvió a colocarse junto a su mague.

—¿Por qué no has hecho que se vinculara a Sela de inmediato? —le preguntó con un tono de voz tenso y resentido—. ¿No se supone que Locke es un gran pozo con un poder increíble?

Grey se quedó petrificada y el aliento se le atascó en la garganta. Alzó la vista hacia la chica, que se limitó a ocultar el rostro.

—No puedo contestar a eso —respondió entre dientes.

Volvió a centrarse en la tarea mientras el corazón le palpitaba con fuerza a causa de las mentiras que escondía.

Cuando terminó, pasó a la herida de las costillas. Se concentró en volver a unir los músculos y, después, la carne. Se obligó a pensar solo en eso en lugar de en Sela, que estaba sollozando en un rincón, o en la mirada fulminante, dura e implacable de Ola.

Si paraba, acabaría derrumbándose o vomitando. Ella misma había perdido una puñetera barbaridad de sangre y ni siquiera era capaz de discernir si Brit se le estaba muriendo entre las manos.

—¿Qué ha pasado?

Alzó la cabeza y, en la puerta, vio a Eron con el estupor evidente en el rostro. No podía lidiar con ello en ese momento.

—¿Dónde está Kier? —preguntó mientras ataba el nudo y examinaba su obra.

—En el piso de abajo —contestó el hombre con una mueca.

Grey volvió a pensar en la tabernera. No estaba segura de si se habría despertado o de si seguiría con vida siquiera.

—¿Puedo…? ¿Qué demonios? —repitió Eron, como si no le hubieran oído la primera vez o como si Grey tuviese la capacidad de responder. Estaba demasiado ocupada poniéndole a Brit una tira de gasa en la frente.

—¿Puedes llevar a Sela a la habitación contigua? —preguntó—. Y Kier… Necesito a Kier.

Fue en ese preciso instante en el que se le quebró la voz. Como si él lo hubiera sentido, el vínculo que había estado extendiendo encontró su objetivo. Kier hizo que no se derrumbara y antes de poder contenerse, Grey le envió un pulso de agonía.

«Ayuda».

Se oyeron unas botas en las escaleras y, después, en el pasillo. Entonces, un jadeo silencioso en el umbral de la puerta.

—Eron, ¿puedes ayudarme con los cuerpos?

La voz de Kier sonaba calmada y segura. Las situaciones de emergencia siempre se le habían dado mucho mejor que a ella. Terminó con la frente de Brit, le rasgó la chaqueta y dejó a la vista el corte del hombro. No era lo bastante profundo como para que fuera necesario darle puntos; apenas era un rasguño.

Grey notó que le apoyaban una mano en el hombro.

—¿Estás bien?

No lo miró. Si lo miraba, se vendría abajo.

—Sí —contestó—. Las llaves están en la mesita de noche, junto a Sela. No sé si la tabernera está muerta o solo inconsciente.

—Yo me encargo.

Kier le apartó el pelo de la frente con cuidado. Con suavidad, Grey frotó la sangre que había formado una costra en torno a la herida de Brit. Ola se había colocado más cerca de su cabeza y estaba tarareando con suavidad mientras le alimentaba con un hilo constante de poder.

Grey terminó más o menos al mismo tiempo que Kier y Eron apartaban el último de los cuerpos. Entonces, el típico se llevó a Sela a

la habitación contigua. Cuando alzó la vista, se encontró con la mirada dura como el pedernal de Ola.

—¿Por qué no le has ofrecido tu poder? —preguntó la mujer. Era evidente que estaba furiosa.

—Ahora no es momento de hablar de eso —dijo Kier antes de que ella pudiera contestar—.

¿Puedo confiar en que vigiles esto un instante?

Ola miró su silueta, que se recortaba contra el umbral de la puerta, y frunció los labios.

—Sí, capitán —dijo con voz muy queda.

—Bien. Mano, trae los suministros médicos.

Grey recogió el botiquín con dedos temblorosos. Kier ya había desaparecido por el pasillo, pero vio que la puerta de una habitación diferente estaba abierta. Ellos seis eran los únicos

presentes, así que supuso que había requisado una de las habitaciones vacías. Cuando entró, se lo encontró sentado en una silla que había arrastrado junto a la cama.

—¿Estás herida? —le preguntó él mientras posaba los ojos en la manga empapada de sangre.

—No tengo ninguna herida mortal.

—Quítate el abrigo —le dijo, rebosando autoridad—. Y la camisa, por favor.

Grey no sabía qué hacer ni qué decir. El vínculo entre ellos no se había roto, pero no estaba extrayendo de ella ni le estaba transmitiendo nada. El poder se le asentaba en el pecho, pesado e intacto.

Así que hizo lo que le pidió. Se quitó el abrigo y reprimió un gemido ante el dolor que sintió en el brazo. Después, se desabrochó la camisa y se deshizo de ella con una mano. Kier no la miró a la cara cuando se sentó frente a él, vestida únicamente con el chaleco.

—Eh… Tú sabes más que yo —dijo él—. ¿Qué necesitas? ¿Puntos?

Grey se obligó a mirarse las heridas mientras tomaba aire por la boca y lo expulsaba por la nariz.

—El corte es profundo —dijo—. Hay gasas en alguna parte… Sí, usa eso y el jabón que hay ahí. —Su voz le sonaba muy lejana mientras Kier rebuscaba en el botiquín y tomaba los artículos que ella le iba indicando—. Lávate las manos y, después, límpiame. Me va a doler.

—De acuerdo —contestó él antes de desaparecer un breve instante para ir a buscar un aguamanil y una jofaina.

Grey se concentró en respirar mientras observaba cómo Kier se lavaba las manos antes de empezar a limpiarle la piel. Cuando le frotó la herida, apretó los dientes para reprimir cualquier sonido que amenazara con escapársele. A su alrededor, el mundo se tornó blanco con un destello de dolor eléctrico. Cuando consiguió recomponerse, cerró los dedos con fuerza en torno al muslo del mago. La boca le sabía a sangre, ya que se había rasgado el labio con los dientes.

A pesar de sus reacciones, Kier no se detuvo. Tenía el rostro pegado a la herida, que todavía le sangraba. Se la limpió y dejó un borrón rosa de bálsamo y sangre.

—Déjame echar un vistazo —dijo ella.

—Creo que no va a curarse con un besito —comentó él con cuidado.

La risa de Grey sonó vaga a causa del nudo que se le había formado en la garganta.

Observó la herida: una vez limpia, no parecía tan profunda.

—Me parece que vendarla muy fuerte será suficiente —dijo.

Él la miró al fin y, entonces, se percató de la culpabilidad pura que le cubría el rostro. No se había enfadado con ella en absoluto.

—Si fuese yo el que tuviera esa misma herida, ¿te conformarías con vendarla?

Se mordió la parte interior de los labios.

—No.

Kier asintió y, después, buscó una aguja limpia e hilo. En muchas

ocasiones, había tenido que curarla, vendarle las heridas a las que ella no llegaba, frotarle bálsamos y ungüentos en la piel y mantenerla estable si ocurría algo grave en medio de una batalla. Pero, para cualquier cosa más seria, siempre había ido a la enfermería. No tenía nada que ver con su experiencia o, más bien, con su falta de esta. Aunque la había visto poner puntos tantas veces que, probablemente, sabría hacerlo tan bien como ella.

—Anestésico, por favor. Es ese bálsamo de un gris verdoso; el que está en el tarrito con la tapa azul —dijo mientras contemplaba la pared.

Kier le frotó el ungüento en los bordes de la herida, pero el roce de sus dedos ásperos hizo que se le escapara un bufido.

—Lo siento —murmuró él.

Apartó la vista mientras lo preparaba todo, pero notó el momento exacto en el que empezó a darle los puntos.

No era culpa suya… De hecho, sí era culpa suya que le doliera tanto como le dolía. Tomó aire con los dientes apretados y le clavó las uñas en el muslo, pues estaba sintiendo cada punzada de la aguja y cada tirón del hilo.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Kier mientras paraba un instante para enjugarle una lágrima de la mejilla.

—No pares —gruñó—. Acaba. Rápido.

A mitad del proceso, le apoyó la cabeza sobre el hombro y dejó de sentir el dolor incesante.

Al fin, él ató el nudo, cortó el hilo y la rodeó con los brazos.

—Que te jodan —le dijo Grey contra el cuello, que le había empapado con las lágrimas.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. —La estrechó con más fuerza. Con un brazo le rodeó la espalda desnuda y le enredó la otra mano entre la melena sucia a causa del sudor y la sangre—. No tendría que haber ido al pueblo; no tendría que haberme marchado.

Con el brazo bueno, Grey le devolvió el abrazo. Kier tiró de ella, la

levantó de la cama, la arrastró a la silla y se la sentó sobre el regazo. Bajó uno de los brazos, se lo pasó sobre los muslos y le metió la mano debajo de las rodillas. En aquella postura, la sostuvo contra su pecho.

—He estado a punto de matar a Brit y a Sela —dijo ella con la cabeza enterrada en su piel.

—No ha sido culpa tuya.

Eso no importaba y tampoco atenuaba el dolor. No podía recordar la última vez que había llorado, pero tampoco lo hizo en ese momento. Se limitó a ocultar la cara en el cuello de Kier, como si enterrarse en él pudiera solucionar algo.

No recordaba haberse quedado dormida. Cuando se despertó, estaba hecha un ovillo en la cama con Sela a su espalda. Se encontraban en la segunda de las habitaciones que les habían asignado al principio. Se dio la vuelta y vio que Brit estaba tumbada en un colchón que había en el suelo y que Ola estaba acurrucada a su lado.

Se incorporó y la manta se le bajó hasta la cintura. Iba ataviada con una camisa limpia que olía a Kier y le dolía el brazo. El capitán estaba sentado junto a la ventana, mirando hacia el exterior. Eron, con las piernas cruzadas en el suelo, se encontraba frente a la puerta.

Kier alzó la vista hacia ella y la primera luz de la mañana le iluminó las sombras oscuras que tenía bajo los ojos.

—¿Cuánto rato llevo durmiendo? —murmuró, bajando la voz para no despertar a los demás.

—Bastante —contestó él—. Lo necesitabas.

Se bajó de la cama. Kier también le había quitado los pantalones manchados de sangre, así que tan solo iba vestida con la camisa y la ropa interior.

—Dame un momento para que me arregle. Después, te tomo el relevo de la guardia.

—Deberías seguir descansando.

Grey lo fulminó con la mirada. Ya habían hablado sobre aquello.

—Tienes que dormir. Y tú, Eron, también. Puedo arreglármelas.

No esperó a que protestaran. Agarró la bolsa de provisiones y las cosas de aseo y se dirigió al pequeño baño que había en el segundo piso. La puerta de la habitación en la que Kier le había dado los puntos estaba abierta de par en par, y aquella en la que habían luchado ni siquiera tenía puerta. Vaciló junto a la entrada vacía y observó las manchas de sangre que había en la cama en la que había atendido a Brit y las marcas oscuras que habían empapado el suelo de madera allí donde habían depositado los cadáveres. Se estremeció y siguió recorriendo el pasillo.

En el baño, se cambió la compresa (sinceramente, después de todo el drama del día anterior, que siguiera sangrando le parecía una burla) y examinó los puntos que le había dado Kier. No eran demasiado pulcros y supuso que la cicatriz resultante sería espantosa, pero cumplirían con su función. Se miró la cara en el espejo y observó el pelo enmarañado y los parches de sangre seca que tenía sobre la piel.

Soy la alta lady de Locke, pensó mientras contemplaba su propio reflejo en el espejo. Estuvo a punto de sufrir una crisis de histeria.

Se lavó la piel con agua e intentó deshacerse los nudos del pelo antes de darse por vencida.

Necesitaba un baño en condiciones, pero ya tendría tiempo para eso cuando todos hubieran descansado un poco más.

Cuando regresó a la habitación, vio que Eron estaba tumbado en la cama junto a Sela y que Kier se había acurrucado en un rincón sobre un nido de mantas.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —le preguntó él mientras le tendía unos pantalones que había sacado de una pila de ropa que había junto a la puerta. Alguien debía de haber ido a buscar la colada de Ola y la había tendido para que se secara. Todavía estaban algo húmedos y le quedaban demasiado grandes. Se los ajustó en torno a la cintura con la correa de la espada.

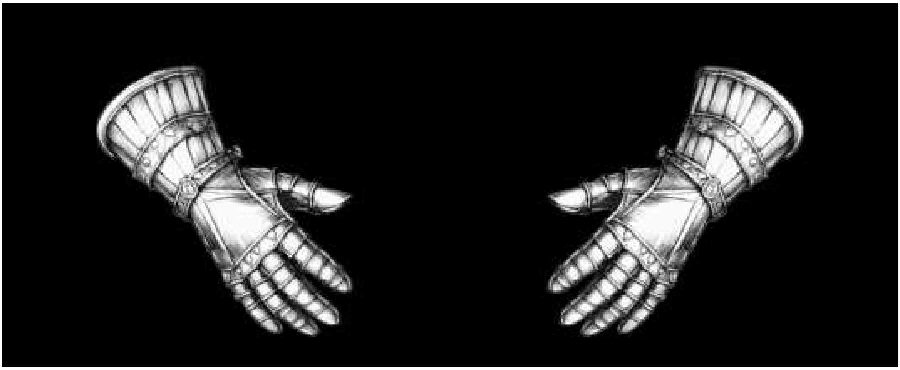
—Necesito tiempo —dijo. Aquel era el tope de sinceridad con el que podía lidiar en ese momento.

Echó la llave a la puerta y comprobó dos veces que estuviera bien cerrada.

Encontró su espada entre su mochila y su ropa. Se sentó en la silla que Kier había dejado vacía y se apoyó el arma sobre las rodillas.

—Ya no falta demasiado —dijo el mago mientras cerraba los ojos.

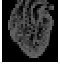
—Lo que tú digas, capitán.



«Ningún pozo debe completar el proceso de unificación, coloquialmente conocido como

“enlace”, con un mago sin el consentimiento explícito y por escrito del alto lord. Si se descubre que alguna pareja de pozo y mago se ha enlazado de forma ilegal, ambos se enfrentarán a un juicio ante sus semejantes y recibirán sentencia. Dependiendo de las circunstancias, los castigos recomendados son: encarcelamiento, separación forzosa o, en el más extremo de los casos, la ejecución».

Artículos diplomáticos de Scaela. Artículo 3, apéndice 8.



Grey tenía veinte años la primera y última vez que Kier había usado demasiado de su poder.

Se encontraban en el este, luchando contra Eprain y Luthar a partes iguales. Los eprainianos eran especialmente despreciables: entrenaban a sus magos para causar todo el daño interno posible, por lo que meterse en un campo de batalla contra ellos era una invitación a que te destriparan. Kier estaba muy solicitado debido a su aptitud; era como un perro salvaje atado al que el capitán insistía en presionar cada vez más.

Comandaban un escuadrón de otras doce personas (seis magos y seis manos) que cambiaban de forma constante, dado que no eran capaces de evitar que acabaran heridos.

Jamás había visto a Kier tan furioso como en aquellos tiempos en los que pasaban largas horas en el frente sin ceder terreno para, después, pasar eternidades en reuniones de mandos intermedios en las que capitanes y maestres que llevaban años sin pisar el campo de batalla se gritaban los unos a los otros al discutir sobre la estrategia a seguir. Aquel fue el momento en el que dejaron de dar importancia a las lágrimas y, por las noches, mientras entrenaban tras días y días de estar rodeados por la muerte, Grey no hacía ningún comentario si le veía los ojos acuosos.

—¿A cuántos puedes cargarte de forma rápida? —les solía preguntar el capitán, un hombre robusto y lleno de cicatrices, después de cada reunión.

—¿Con magia o con fuerza bruta?

—No me jodas, Seward. Con magia.

—Cuatro —solía contestar Kier, siempre con la voz fuerte—. Cinco si apuramos mucho.

—No es suficiente —gruñía el capitán a pesar de que la respuesta siempre era la misma—.

Si no puedes cargarte a ocho, no mereces ser lugarteniente.

Cuando tenían tiempo, entrenaban: Kier extraía de ella hasta que el dolor del vacío le llenaba los ojos de lágrimas; hasta que el poder era capaz de emanar de ella en amplias cantidades, alargadas como cuerdas. Sobrevivieron a batallas en las que Kier destruía seis corazones de golpe y, más tarde, siete. Grey sentía todos y cada uno de ellos en el interior como una supernova silenciosa que le desgarraba las entrañas.

Aquello ocurría cuando extraía poder de ella en exceso; tras haber destruido demasiados corazones y haber estado a punto de destrozarle el suyo. En aquella ocasión, estaban luchando contra una cantidad excesiva de enemigos (estaban sobrepasados pero, aun así, ya habían matado a la mitad de sus magos) en un risco, con la espalda apoyada contra la pared. Entonces, Grey sintió hielo en el estómago, tan frío y sin límites como el mar a los pies de los acantilados de la Isla.

Se dio la vuelta para cubrir a Kier, para intentar mantenerlo con vida y que ambos salieran de allí sanos y salvos. Sin embargo, cuando volvió a girarse, él había desaparecido. Si no hubieran seguido vinculados, habría estado segura de que había muerto.

Se encontró con otro mago, uno de los eprainianos, con la mitad del rostro cubierto de sangre. Al ver el ribete negro del sello scaelano que Grey llevaba en el pecho, ni siquiera dudó. Bajó la espada y la agarró del cuello antes de empujarla con fuerza contra el risco.

Entonces, la levantó por los aires. Ella sacudió los pies, intentando hallar un apoyo, soltó la espalda y posó las manos sobre las de él como si pudiera arrancárselas del cuello.

—Zorra de mierda —gruñó el hombre.

Entonces, lo sintió: un vínculo empujado hacia ella. Intentó apartarlo, pero no era capaz de respirar, así que acabó perdiendo el vínculo con Kier por completo. Al intentar reconectar con él, cegada por el pánico de que todo hubiese acabado y estuviese muerto, todo le resultó demasiado resbaladizo, así que no fue capaz de concentrarse. Después, encontró un vínculo y se aferró a él.

Frente a ella, el mago ensanchó la sonrisa. Sin embargo, algo le destelló en los ojos en ese momento: reconocimiento; comprensión. Empezó a extraer de su interior un poder al que Grey no quería

renunciar y el dolor fue tan grande que estuvo a punto de quedarse inconsciente. El hombre volvió a golpearla con fuerza contra el risco y ella sintió que, en su interior, todo cedía y se apagaba.

Severin —pensó con desesperación—. *Severin, me estoy muriendo*.

Maryse, dijo alguien desde muy muy lejos.

Peleó. Forcejeó para tratar de hacerse con el cuchillo que llevaba en el cinturón e intentar apuñalar al hombre, pero se encontraba demasiado débil y todo se empezó a volver sombrío e incierto. Entonces, se vio cubierta de sangre, cálida y metálica, y el rostro del mago cambió. En ese momento, se dio cuenta de que le habían cortado la garganta y de que la sangre que la cubría era la de él. Las manos del hombre perdieron la fuerza y Grey cayó, deslizándose por la pared del risco, antes de derrumbarse sobre el suelo. El vínculo indeseado se partió.

Kier apartó el cuerpo de una patada. Entonces, se arrodilló frente a ella y le tomó la cabeza entre las manos. Le dolía todo. Le dolía tanto que no era capaz de pensar más allá del dolor.

—¿Grey? —le preguntó él con voz temblorosa y aterrada.

Ella le agarró la sobrevesta y le dejó una mancha de sangre en la tela áspera.

—Tómalo —masculló, vinculándose a él y enviándole tanto poder como fue capaz. La oleada le atravesó el cuerpo con tanta fuerza que se atragantó mientras apretaba los dientes y decía—: Tómalo todo. Llévanos a casa.

Y él lo hizo.

Grey no sabía qué había ocurrido o cómo Kier la había llevado hasta el campamento, pero durmió durante tres días seguidos, aunque los sanadores la despertaban a menudo para comprobar que no tuviera una conmoción cerebral. Después, pasó dos días más en la enfermería bajo meticulosa supervisión.

Él fue a verla la noche del segundo día, con los ojos oscuros por el dolor y algo más que no pudo identificar. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba avergonzado.

—He presentado una solicitud para un nuevo destino —le dijo Kier.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Grey, apenas capaz de hablar a causa de la tensión que sentía en la garganta.

Se miró al espejo una sola vez y estuvo a punto de llorar al ver las moraduras. Odió el modo en el que él la observaba, como si esperara que se encogiera de miedo y que lo temiera, como si hubiera sido él mismo el que le hubiera provocado las moraduras.

—Nosotros, a ninguna parte —contestó él, desanimado—. He solicitado una reeducación y una nueva mano.

Grey se incorporó con tanta rapidez que la cabeza le dio vueltas; con tanta rapidez que se golpeó la frente contra la barbilla de él y bufó ante el estallido repentino de dolor.

—¡Lugarteniente mano! —gritó uno de los sanadores que estaba cerca —. ¡Tenga cuidado!

Ella desestimó la reprimenda con un gesto de la mano.

—¿Qué he hecho mal? —le preguntó a Kier, incapaz de desprenderse del tono devastado de su voz—. Envíame a mí a la reeducación o… No, sé, Kier, tienes que…

—No eres tú —le dijo él mientras echaba un vistazo rápido a su alrededor, sacudiendo las manos sobre sus hombros como si no supiera muy bien cómo tocarla pero, aun así, no fuese capaz de dejar de intentarlo—. Querida mía, mano… —Se estremeció, como si recordar la posición que ocupaba le hubiera hecho rememorar todas las cosas que había sacrificado por él. Entonces, apartó la vista—. Grey —añadió con tono vacilante—, no es por ti. No puedo seguir haciendo esto.

Ella negó con la cabeza y le tomó las manos para que dejara de moverlas.

—No. No digas eso. No eres…

—He pedido que te concedieran la baja médica. Vuelve a casa, Grey. Y no regreses.

—Kier…

—Os enviaré mi salario. Quédate con nuestras madres y, cuando pueda finalizar el contrato, volveré con vosotras…

No le importó quién pudiera verla. Le agarró la parte de atrás de la cabeza como si fuera una tenaza y le acercó la frente a la suya hasta que estuvieron nariz con nariz. El pelo, lacio y grasiento, le caía sobre la cara, pero él se lo apartó como siempre. Siempre la trataba con mucho cariño.

—Estarías mucho más segura lejos de mí —dijo él.

—No me pidas eso.

Kier le apoyó las manos sobre la cintura y le agarró la tela áspera de la camisa.

—Te robó el poder, Grey. Ni siquiera soy capaz de pensar en una violación semejante sin…

—Grey detectó la ira que le teñía la voz. Él respiró hondo y, después, prosiguió—. Cuando se vinculó a ti, supo quién y qué eres. No pienso ponerte en peligro de nuevo. Las cosas que me gustaría decirte… —Se le volvió a entrecortar la voz—. Perderte y tener que vivir sin ti sería un destino peor que la muerte.

Grey sacudió la cabeza. No era capaz de pensar en la invasión que había supuesto aquel otro vínculo. Recordarlo hacía que sintiera ganas de vomitar.

—No… No puedo… Es solo que, tal como es nuestro vínculo ahora mismo, a veces me resulta demasiado resbaladizo. Me resulta difícil controlarlo y agarrarlo. Porque estás tú y, a veces, de pronto, el poder toma otras ramificaciones y, en medio de la batalla, no puedo contenerlo… Pero, Kier, si estuvieras solo tú… Si pudiera garantizar que…

Bajo sus manos, Kier se quedó muy quieto.

—Quieres enlazarte conmigo.

Grey se mordió el labio. Ya habían hablado de aquel asunto en otras ocasiones; durante otras misiones que no les habían parecido tan de vida o muerte. Enlazarse a un único mago y limitar el poder de ese modo era muy peligroso, pero también cambiaba por completo la calidad de la magia. Podría darle mucho más y él podría tomarlo con desenfreno. También habían oído otros rumores sobre el poder de un enlace: podrían comunicarse sin palabras y transmitir sus sentimientos

a través del vínculo. No se sentirían como si entre ellos tan solo hubiese una cuerda que se deshilachaba, sino un lazo fuerte; un nudo.

Pero…

Enlazados, ella no podría usar su poder con otro mago, pues aquellos vínculos quedarían cerrados para ella a menos que Kier muriera. Y él jamás sería capaz de utilizar otro pozo. Su vínculo tan solo funcionaría con Grey; tan solo la buscaría a ella. En ese caso, no importaba si moría: tan solo podría usarla a ella para siempre. Si Grey muriera antes que él, ya fuera en la batalla o a causa de la edad, Kier jamás podría hacer magia de nuevo.

Él se incorporó y le tomó el rostro entre las manos.

—No puedes desear eso.

—Sería una protección —replicó ella en voz muy baja—. Para mí.

El mago le estudió el rostro. Ambos eran conscientes de lo que ella no se veía capaz de decir: enlazarse con ella sería enlazarse con Locke.

—Lo harías de verdad.

La voz de Grey sonó fiera e insistente mientras entrelazaba los dedos con los de él.

—No hay nada que desee más. Tan solo a ti, Kier. Nada de nuevos destinos. Nada de reeducación. Enlázate conmigo y toma todo lo que tengo. Déjame ser tu mano de verdad.

—¿Y qué hay de ti? —murmuró él.

Ella le estrechó los dedos.

—No me pidas jamás que te abandone —dijo con la voz quebrada—. Usa mi pozo de poder.

Protégeme. Siempre ha sido así; siempre hemos estado juntos. Deja que siga siendo así hasta que acaben las guerras o encontremos la muerte, lo que ocurra primero.

Tras salir de la enfermería, una vez solos en su pequeño cobertizo

(aquel fue el primer destino en el que no los habían alojado en las tiendas comunales y Grey se sentía agradecida a niveles absurdos por la privacidad de la que disfrutaban), se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas, tocándose con las rodillas. Aquel fue un enlace de sangre y poder, nombre verdadero frente a nombre verdadero, y cuando él aceptó el nombre de Locke en su corazón, Grey se colmó de semejante poder que la luz mágica que se alzó entre ellos resplandeció de un tono dorado puro y cálido.

De jóvenes, habían sido unos tontos, a menudo al borde de fallecer, desesperados por que alguien cayera al abismo junto a ellos, como si los dientes de la muerte no fuesen a masticarlos hasta convertirlos en la nada siempre y cuando permanecieran juntos.

Montó guardia sola mientras el sol se alzaba por completo sobre las montañas, que no quedaban tan lejos. Nadie recorrió el camino que pasaba frente a la taberna. Un tiempo después, notó una mano en el tobillo que le frotaba con suavidad la protuberancia del hueso. Cuando bajó la vista, descubrió que Kier tenía los ojos abiertos.

—Tenemos que seguir en marcha —dijo él en voz baja.

Grey miró a su alrededor. Todavía no había nadie más despierto.

—No sé si podemos mover a Brit; tengo que valorar la situación.

Kier se incorporó mientras se frotaba el rostro.

—Cerca, hay una granja, veré si puedo comprar un caballo. Cuanto más rápido podamos avanzar, mejor. —No dijo que ya habían perdido demasiado tiempo allí. Si ya los había encontrado un grupo de espías, los demás no debían de andar muy lejos.

Se inclinó hacia delante y le apoyó la frente en el muslo. Ella le acarició el pelo.

—¿Qué harías con la tabernera? —le preguntó en tono quedo.

Grey detuvo la mano y, bajo las yemas de los dedos, su pelo le pareció seda. Sabía lo que habría hecho su madre. La última alta lady de Locke había sido famosa por mostrarse implacable y por igualar la sed de sangre de sus ancestros. La mejor opción, así como la más segura, era matarla. Sin embargo, en aquel momento, se le revolvió el estómago al pensar en más sangre y más matanza. Tenía otra vida

entre sus manos, pero era la vida de alguien que no le había causado ningún daño.

—Drógala de nuevo —contestó—. Prepararé algo. Hará que esté enferma durante un par de días, pero le dejará la memoria nublada.

—Si estás segura… —dijo él.

No añadió: «Si estás segura de que podemos dejarla con vida…».

—Estoy segura.

Kier despertó a Ola que, adormilada, aceptó montar guardia. Sin embargo, estaba lo bastante despierta como para volver a fulminar a Grey con la mirada.

—No va a ser una buena mañana —dijo ella mientras salían de la habitación y recorrían el pasillo en calcetines.

Kier suspiró.

—Mantendremos una reunión para discutir nuestra estrategia. A poder ser, lejos de aquí. —

A Grey le rugió el estómago—. Y después del desayuno.

—Mientras no sea Eron el que cocine… —dijo ella.

Tomó el botiquín y rebuscó entre los paquetitos de hierbas medicinales etiquetados con la letra de Leonie. Escogió los adecuados, los trituró todos juntos y, después, les añadió agua para formar una pasta. La olisqueó, hizo una mueca ante el indicio inmediato de un dolor de cabeza y entregó el mejunje a Kier.

—Tiene que ingerirlo —dijo.

—Encontraré la manera de conseguir que lo haga. —El mago se sacó un llavero pesado del bolsillo y vaciló al otro lado del umbral de la puerta—. Todavía estás… Grey, no te tomes esto a mal, pero tienes aspecto de haber estado a punto de perder una batalla. Creo que es mejor que vaya solo.

Grey frunció los labios y cruzó lo brazos frente al pecho.

—¿No soy lo bastante guapa para ti, capitán?

Él sonrió de medio lado, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Eres una maravilla digna de ver incluso con coágulos de sangre en el pelo, pero no sé si todo el mundo compartiría mis gustos depravados.

Ella suspiró, pero cedió y entró sola en la habitación en la que guardaban las mochilas mientras Kier se esforzaba por drogar a la tabernera.

A él no le llevó más de un par de minutos acabar, pero a Grey le pareció una eternidad.

Volvió a ordenar el botiquín e intentó no preocuparse. Oyó que una puerta se cerraba en el piso de abajo y, después, unos pasos. Kier regresó y se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Ha funcionado? —le preguntó mientras metía el botiquín de nuevo en su mochila.

—Está dormida —contestó él—. Cuando salgamos, le dejaremos una cantidad generosa de dinero por los daños causados. Ahora, tenemos que ponernos en marcha.

—Después de que examine a Brit.

—Si es que Ola te deja acercarte. Está… disgustada.

Grey no estaba preparada para pensar en ello.

—¿Dónde están los cadáveres?

—Quemados. En el bosque. Eron y yo nos encargamos de hacerlo.

—Ajá.

—Ahí tienes ropa nueva —dijo Kier mientras señalaba una alforja verde grisácea que debían de haber comprado en el pueblo—. Y…, no es por ser demasiado quisquilloso, pero tal vez sea buena idea que te asees un poco. Lo de la sangre en el pelo no era una broma.

Grey le hizo un gesto grosero mientras él cerraba la puerta y tan solo dejaba atrás el sonido de su risa, que le resonó en los oídos.

No disponía de mucho tiempo, así que se apresuró con el aseo. Se frotó el pelo y la piel para quitarse la sangre con cuidado de no abrirse los puntos. La ropa que Kier le había conseguido era anodina pero más

suave de lo que había estado vistiendo hasta ese momento: una camisa negra holgada, pantalones negros, calcetines gruesos de lana y el mismo chaleco de cuero con hebillas. Le gustaba aquel chaleco; le recordaba a uno que solía llevar su madre y le resultaba pesado y parecido a una armadura.

También le había comprado un abrigo nuevo: tela pesada de color gris oscuro, ribetes negros, solapas amplias y bolsillos profundos. Era demasiado grande, pero lo prefería así.

Lo dobló, lo dejó sobre la cama y agarró el botiquín para ir a comprobar cómo estaba Brit.

Cuando entró en la otra habitación, tan solo encontró a Ola y a Brit. El pozo había movido a le mague a la cama y estaba a medio camino de cambiarle las vendas del brazo.

—Tengo que echarles un vistazo a esos puntos —dijo Grey con tono cansado.

—¿Qué? ¿Acaso ahora te importa?

Estaba demasiado agotada para aquello.

—Claro que me importa —espetó.

—Lo hizo lo mejor que pudo —dijo Brit con los ojos cerrados—. Al menos, con los puntos.

—No es por recordarte cuál es tu posición —replicó Grey a pesar de que estaba haciendo justo eso—, pero déjalo estar. Y escúchame. Ola, necesito que te vincules con Brit…

—Ah, porque no te queda poder, ¿eh?

—Hazme caso de una puñetera vez —gruñó.

Ola no contestó. Tan solo la fulminó con la mirada, con una ferocidad que hizo que se sintiera extrañamente triste. Sin embargo, le hizo caso. Grey percibió cómo se establecía el

vínculo y la corriente que fluía desde el pozo hacia le mague. No podía entregarle su propio poder a Brit, pero seguía siendo una Locke, seguía siendo hija del mismísimo lugar en el que se asentaba el poder.

Sintió las fibras del vínculo (como en otras ocasiones, se descubrió preguntándose cómo podían lidiar otros magos y pozos con una conexión tan resbaladiza e inestable. Estaba demasiado acostumbrada al nudo fuerte que era su vínculo con Kier) y le dio un empujoncito. Dirigió el caudal del poder de Ola hacia la herida que Brit llevaba en el vientre y lo presionó para cerrarle la carne.

Le mague se llevó una mano a la herida y bufó.

—Por el salitre y los huesos, Ol… En nombre de Locke, ¿qué…?

—¡Yo no estoy haciendo nada! —insistió Ola.

Grey percibió en Brit el calor del inicio de una infección («Concéntrate, Ola, necesito más») y lo presionó para que saliera a la superficie. Un pus de un tono blanco rosado emanó de la piel de le mague y ella se lo limpió antes de ponerle otra capa de bálsamo antiséptico.

Examinó el entorno de la herida pero, por lo demás, estaba limpio y mucho mejor que el día anterior.

—Ya podéis desvincularos —dijo.

Apoyándose en los codos, Brit se incorporó y gruñó al hacer el movimiento. Ola miró a Grey con los ojos desorbitados. Kier estaba acostumbrado a la picazón que le causaba cuando le cerraba las heridas a la fuerza, pero, de normal, no solía hacer algo así a menos que el mago en cuestión estuviese inconsciente y fuera incapaz de notarlo. Sin embargo, no tenía sentido ocultarlo. Ola tenía razón: tenían que ser sinceros, ya que dependían los unos de los otros para sobrevivir. ¿Qué se suponía que debía hacer? Nunca iba a superar la culpabilidad que sentía por haber estado a punto de dejar morir a Brit solo porque no podía vincularse con elle. Jamás olvidaría la agonía en los ojos de Ola cuando había regresado a la habitación y había encontrado a su mague al borde de la muerte. Si hubiese sido Kier…

Recogió todo y lo guardó en el botiquín. Antes de que Ola o Brit pudieran detenerla, se dirigió al piso de abajo y vio a Eron y a Sela sentados a una mesa, tomando sendas tazas humeantes de té. Frente a ellos, había unos fardos envueltos en tela. Grey supuso que sería el desayuno. La taberna estaba bastante oscura, ya que habían corrido las cortinas sobre las ventanas.

—¿Dónde está Kier? —preguntó.

—Ha ido a ver a un hombre para comprar un caballo —contestó Eron —. Está cerca; no seas un manojo de nervios, mano.

—Imposible —masculló ella. Entonces, miró a Sela. A pesar de que sabía que la chica había dormido, seguía teniendo el rostro pálido y demacrado—. ¿Estás bien? —le preguntó con tono suave.

Se dio cuenta de que no llevaba las esposas pero, con une mague menos y Ola desconfiando de su poder, no le sorprendía.

—Eso creo —contestó Sela, aunque no sonó muy convincente.

Kier regresó un poco después. Olía al frío exterior. Ola tampoco tardó en ayudar a Brit a bajar las escaleras. Se reunieron todos en torno a la mesa y… esperaron.

—Tenemos que marcharnos —dijo Kier.

Ola se cruzó de brazos.

—Yo no pienso marcharme hasta que no obtenga respuestas.

Grey apretó los dientes.

—Estás poniendo en peligro la misión.

Ola la miró. *Y tú también,* pareció pensar, aunque no lo dijo.

Kier suspiró. Sintió el tirón del vínculo y, entonces, los oídos se le taponaron cuando el mago creó un escudo de sonido en torno a ellos.

—Tenéis diez minutos —dijo. Durante un breve instante, la voz le sonó como si estuviera bajo el agua pero, al final, recuperó la claridad —. Después, nos marcharemos. Tenemos comida para el camino.

—Un pícnic. Qué pintoresco —comentó Ola mientras se recostaba con los brazos cruzados.

Sin embargo, había dejado de fulminarlos con la mirada—. Bien, capitán, tenemos que hablar sobre tu mano. Y sobre ti —añadió, girándose hacia Sela—. Tú tampoco te vinculaste a Brit hasta el último momento. ¿No es eso algo que deberías…? No sé, ¿controlar?

Grey tomó aire. Ola miró a Kier, que estaba al otro lado de la mesa.

—Si hay información que el capitán considera que no debemos conocer… —dijo Brit, pálide y atrapade entre ellos.

—Esa información casi hizo que acabaras muerte —replicó Ola—. Tengo una memoria casi tan fuerte como la de tu mano, capitán. Tal vez Sela te hiriera, pero tu pozo no se vinculó con mi mague en un momento de necesidad y, sinceramente, eso me parece despreciable.

Grey se estremeció pero, después de todo, estaba de acuerdo.

—Lo que la capitana mano Flynn considerase el curso de acción necesario es sin duda lo que yo mismo habría…

—¿Y habrías dejado morir a otre mague? —preguntó Ola.

—Kier… —dijo Grey al mismo tiempo.

Él no la miró, pero sí apretó la mandíbula, que le palpitaba por la tensión. No estaba muy segura de si le seguía gustando la barba, pues hacía que su gesto resultase inquietante y más difícil de descifrar.

Al menos habían dejado de fingir que no estaban en el ejército.

Grey cruzó las manos sobre los informes.

—Hay un par de cosas que deberíamos discutir.

—O eres una zorra desalmada que solo piensa en su propio mago —dijo la otra mano, inclinándose aún más hacia atrás—, o el capitán y tú estáis enlazados.

—Lo estamos.

Ola pestañeó con los ojos muy abiertos, como si no hubiera esperado que Grey lo confirmase de verdad. Fue extraño lo bien que Brit imitó aquel gesto y lo mucho que se parecían la una a le otre. Sin embargo, le mague no le había contado a Ola que Grey y Kier estaban enlazados. Pensó que aquella era información que ella jamás le habría ocultado a su mago. Eron se atragantó y escupió el té.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace bastante tiempo —espetó Grey.

—Perdonad —dijo Sela en voz muy baja—, pero ¿qué significa eso?

—Cuando una mamá pozo y un papá mago se quieren mucho… —comenzó Ola con tono mezquino.

—Vete a la mierda, Ol —dijo Brit. Aquello sorprendió a Grey, que arqueó una ceja antes de poder evitarlo. Entonces, rápidamente, se obligó a dibujar un gesto neutro—. Te estás pasando con este asunto.

—¡Perdona! —exclamó la mano—. ¡Pensaba que era información necesaria! Estamos en una misión de alto riesgo y lo mínimo que esperaba, en el sentido más literal, era saber si teníamos dos pozos y dos magos capaces de intercambiarse en caso de lesión. ¿Y ni siquiera podemos saber eso? Por no mencionar que, para empezar, el enlace está más que prohibido.

¿En qué clase de misión nos has metido, capitán?

—Estoy enlazado con Grey —dijo Kier—. Nunca antes había supuesto un problema.

Perdóname por no contártelo. De hecho, perdonadme todos por no contároslo a ninguno.

Sin embargo, fue por seguridad.

—No es que quiera seguir con este tema —insistió Sela—, pero ¿qué importancia tiene eso?

—¿Cómo es posible que no sepas lo que es el enlace? —preguntó Eron —. ¿Acaso no es esa la puñetera regla número uno para los magos y los pozos? Ya sabéis… «No hagas esto si no quieres morir».

—Sela no es soldado —mascculló Grey—. No todo el mundo está en el ejército, Fastria.

Sin embargo, Ola tenía el ceño fruncido. Y Brit, también.

Kier volvió a suspirar mientras se frotaba los ojos.

—Grey, por favor, no sigas…

Pero Grey siguió.

—Lo sabría si no fuera una puñetera cría. ¿Cuántos años tienes, Sela? ¿Trece?

—Tengo quince —contestó la chica con el tono indignado que solo habría usado un adolescente acusado de ser más joven.

—Un momento… —comenzó a decir Eron.

—¿Quince? —dijo Brit al mismo tiempo—. Eso es imposible. Eso…

Sela se quedó sin sangre en el rostro.

—¿Qué edad tenía Maryse? —preguntó Eron.

—Es imposible porque Locke desapareció hace dieciséis años —dijo Ola con mucha cautela—. Y no te vinculaste antes con Brit porque…

—Porque no podía —contestó Grey—, porque no la han entrenado para hacerlo.

—Felicidades, Ola —dijo Kier con tono sufridor, ignorando a Grey por el momento—. Has ganado el premio gordo. —Después, se giró hacia la chica—. No eres Maryse de Locke.

Entonces, ¿quién eres? ¿Y por qué te haces pasar por ella?

—Un momento —replicó Ola con tono aún más indignado—. ¿Vosotros dos lo sabíais?

Sela había adquirido un tono muy curioso de amarillo marfil verdoso. Grey, que había pasado bastante tiempo con los enfermos y los moribundos, no asociaba aquel tono de piel con los cuerpos vivos.

—Si os lo digo —dijo Sela mientras, con gesto ansioso, daba tironcitos a la tela del vestido que llevaba puesto—, ¿me prometéis que no me mataréis?

—No —contestó Grey, aunque lo hizo sin ningún tipo de enojo. Ante el gesto afligido de la chica, añadió—: Lo siento, Sela. Te lo prometemos. Ayer, fuiste de mucha ayuda cuando yo no pude serlo y te estoy muy agradecida por ello. Te perdono por haber apuñalado a Kier.

—No creo que tú puedas perdonar a nadie por mi apuñalamiento —comentó Kier—. Pero

¿qué le pasó ayer?

—Ya hablaremos de eso más tarde —contestó Grey. Después, se giró hacia Sela de nuevo—.

No te mataremos. Pero sí necesitamos saberlo porque hay mucha gente persiguiéndonos y, si no eres más que una campesina envuelta en una mentira, va a ser muy difícil explicar todo esto. Sela, ¿quién eres?

Durante un instante, la joven pareció a punto de vomitar sobre la mesa. Apoyó los codos en la superficie, enterró la cabeza entre las manos y el pelo oscuro cayó a su alrededor, formando una cortina a capas que le ocultó el rostro.

—Me llamo Wilisela Naudé.

—¿Naudé? —repitió Eron con tono reflexivo—. ¿Por qué me suena ese apellido?

Sin embargo, Kier estaba mirando a Grey mientras le enviaba una embriagadora mezcla de frustración y agotamiento a través del vínculo. Ella lo captó todo y, a modo de respuesta, le transmitió la misma cantidad de enojo. Básicamente, él le estaba diciendo que ya se lo había dicho: tendrían que haber desertado; tendrían que haber abandonado sin plantearse siquiera emprender aquella misión.

Kier alzó los ojos hacia el cielo.

—Sufro y sufro y, aun así… —masculló—. Aun así…

A su favor había que decir que… el horror era punzante e insistente. Un recuerdo estaba tirando de ella desde un pasado distante.

Ella, pasando los dedos sobre el apellido escrito en cursiva y remarcando la tilde de la «e».

Recordaba cómo sonaba con la voz de su padre, que tenía la mano apoyada en la cintura de su madre mientras le decía: «En el escritorio, tienes una carta. Naudé, la nueva Cleoc, te ha enviado una propuesta». Volvía a estar en la Isla, observando de nuevo cómo el viento agitaba el pelo de Severin; su madre se inclinaba para darle un beso en la frente antes de dormir y la plata fría de su colgante le rozaba la nariz; su padre la llevaba hasta la torre más alta de la fortaleza, cada vez más alto, y ella, subida sobre sus hombros, escuchaba mientras él señalaba diferentes masas continentales y decía: «Mira. Tienes que conocerlos a todos, Maryse. Tienes que comprenderlos a todos y decidir en cuáles de ellos puedes confiar».

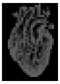
—Eron —dijo Kier—, ese apellido te suena porque los Naudé son la alta familia de Cleoc Strata. Y, si mis incompletos conocimientos sobre las herencias políticas son correctos (y, espero con todas mis malditas fuerzas que no lo sean), Sela es la primera hija de Cleoc Strata, heredera de nuestros enemigos.

«Siento que haya pasado tanto tiempo desde la última vez que escribí. Estamos en la costa norte, cerca de Cleoc Strata. Estar tan cerca del mar me tiene tensa. Gracias a los dioses, Kier no se ha dado cuenta. Con todo lo que está ocurriendo, no quiero que se preocupe por mí».

Carta de la capitana mano Grey Flynn para Imarta Flynn. Sin datar.

«Grey ha vuelto a tener pesadillas. No la despiertan, pero su miedo me mantiene en vela toda la noche».

Carta del capitán Kiernan Seward para Imarta Flynn. Catorce años d. D.



trece

or el salitre y los huesos —maldijo Ola, que fue la primera en recuperarse—. Tiene que ser una broma.

Sin embargo, Kier ya se había puesto en pie.

—P —Mirad, será mejor que hablemos por el camino. Ya hemos

permanecido aquí demasiado tiempo. Haced el equipaje. Brit, Sela y tú

iréis a caballo.

A lo largo de los años, Grey se había vuelto muy buena a la hora de compartimentar. Ese fue el único motivo de que fuera capaz de ponerse en pie, terminar de recoger la habitación, preparar tanto su mochila como la de Kier, ponerse el abrigo gris nuevo y llegar a la puerta preparada y sin derrumbarse por completo.

La primera hija de Cleoc Strata. No podía hacerse a la idea; no podía comprenderlo. ¿Cómo era posible? ¿Por qué? ¿Cómo había acabado siendo prisionera de Luthar? ¿Creían también los luthitas que era Maryse de Locke o sabían la verdad?

Además, se sentía incómoda porque ella entendía mejor que nadie lo que era ser la hija perdida de una nación. Con una desesperación enfermiza, volvió a ser consciente una vez más de lo que le ocurriría si aquella verdad salía a la luz.

A través del vínculo, envió un pulso de preocupación. Kier le respondió con un intento vacilante de consuelo que no fue lo bastante fuerte como para resultar creíble.

El mago se relajó de forma activa cuando emprendieron el camino y la taberna comenzó a desaparecer en la distancia mientras las montañas se alzaban imponentes frente a ellos.

Sela y Brit iban sobre el caballo que Kier había conseguido. Brit rodeaba a la chica con los brazos con un gesto que no era del todo contenido pero, a la vez, no dejaba de serlo.

—Capitán… —comenzó a decir Ola.

Sin embargo, Kier le contestó en voz baja.

—Espera. Tendremos tiempo más adelante. Quiero salir de aquí.

Continuaron en silencio y, cada vez que uno de ellos intentaba seguir indagando en el asunto, él los mandaba callar. El capitán se guardó sus pensamientos para sí mismo, pero se estaba mordiendo el labio, claramente preocupado. En más de una ocasión, cuando Grey alzó la vista, se lo encontró mirándola de reojo con una expresión inescrutable.

Sin embargo, no le hizo ninguna confidencia. Grey no sabía qué pensar al respecto.

En su lugar, se concentró en el camino. Conforme se adentraban en las estribaciones de las montañas, el paisaje iba cambiando de bosque a colinas cubiertas de hierba y, después, caminos pedregosos que transcurrían por acantilados y que cada vez se elevaban más y más. No abandonaron el sendero. De vez en cuando, Ola se paraba para mirar el mapa y, a veces, consultaba la ruta con Kier. También empezó a hacer más frío. Al respirar, Grey exhalaba grandes volutas y se sintió agradecida una vez más por el abrigo nuevo. Enterró los dedos en las profundidades de los bolsillos y pasó los pulgares por las pelusillas y las monedas que había dejado el anterior dueño. La espada tintineaba contra las correas de la mochila, aunque era más una sensación que un sonido, y se perdió en la monotonía de aquella cadencia hasta que Kier dijo:

—De acuerdo, vamos a comer y a charlar.

Se detuvo. Brit también refrenó al caballo, que exhaló nubes de aliento de un blanco grisáceo y empezó a patear el camino pedregoso. Grey no sabía cómo se llamaba. Estiró la mano para pasarla con cuidado por el hocico del animal, húmedo por la condensación del aliento frío.

Sela y le mague se apearon y Kier tomó las riendas. Con un gesto de la cabeza, señaló una formación rocosa que había en un lateral del camino. Se sentaron en un círculo amplio, a la espera, mientras él ataba el caballo a otra roca, cerca de un trozo de tierra con hierba para que pudiera pastar. Eron repartió las raciones del mediodía de queso y pescado seco. Al fin, Kier pareció tomar algún tipo de decisión. Tal vez hubiese pasado todo el día dándole vueltas. Grey sintió el tirón del vínculo cuando comenzó a extraer poder y los oídos

se le taponaron conforme conjuraba un escudo en torno a ellos.

—Sela —dijo—. Tengo dos preguntas. ¿Por qué creen que eres Maryse de Locke? Y ¿cómo acabaste siendo prisionera de Luthar?

La chica mantuvo la cabeza agachada, con la barbilla apoyada contra el pecho. Grey recordaba la primera vez que la había visto, atada y hecha un ovillo en el carruaje. Sintió un remolino incómodo de lástima.

—Estaba en Lindan, alojada con una familia noble, para recibir formación.

Lindan se encontraba en el continente y, al igual que el resto de las potencias continentales, la nación se mantenía alejada de las luchas internas de Idistra. Sin embargo, sí permitían que los niños viajaran allí por cuestiones de seguridad, especialmente aquellos que procedían de familias nobles. Cuando aún reinaba la paz, una de las universidades de Lindan le había ofrecido una plaza a Severin pero, dado que ella todavía era una niña, su hermano no había podido abandonar la Isla para aceptarla.

—Un lugar más agradable que este —masculló Brit mientras golpeaba una piedra con la punta de la bota. Grey se percató de su palidez: tenía la piel aún más blanca que su habitual tono alabastro. Tomó nota mental de darle un filtro para aliviar el dolor antes de que se pusieran en marcha de nuevo.

—No sé por qué lo hice —admitió Sela—. Tal vez porque añoraba mi hogar. Fingí… Fingí estar enferma, me escabullí de las clases, fui al puerto y me subí al primer barco que tuviera como destino a Idistra.

Muy a su pesar, Grey estiró el brazo y le tomó la mano. La chica la miró con los ojos muy abiertos y vidriosos a causa de las lágrimas.

—Todos tomamos malas decisiones a los quince años —le dijo con tono neutro.

—Habla por ti misma, Flynn —masculló Ola.

Sin embargo, aquello pareció darle un poco de fuerza a Sela. O tal vez, al igual que ella, tan solo se alegrara de que Ola hubiese dejado de lanzar miradas asesinas cada vez que Grey hablaba.

—Quería regresar. Sabía que era una estupidez, pero me dio igual.

—¿Sabe alguien que te marchaste de allí? —le preguntó Kier con los brazos cruzados. La cicatriz del labio se le torcía hacia abajo, lo que hacía que la mueca de su cara pareciera más pronunciada en un lado que en el otro.

—No lo sé… Y, si se han dado cuenta, no sé si les importará. En Lindan nunca han sido…

amables conmigo.

—Ah… —El capitán miró a Grey y, después, apartó la vista—. Así que te subiste a un barco para volver y, después, ¿qué?

—No esperaba que… —La voz de Sela se fue apagando.

Grey no sabía qué era lo que no había esperado. ¿Regresar a una nación en guerra? ¿Que alguien le diese importancia a una chica que volvía del extranjero? Con la mano que no le estaba sosteniendo, la muchacha estaba destrozando un trozo de pan, ansiosa.

—El barco intentaba atracar en Scaela, pero sufrió un registro. Yo no aparecía en los manifiestos, así que supieron que no debía estar allí. Me pidieron los papeles, pero no los llevaba encima, así que… —Se interrumpió con los labios muy fruncidos. Grey le estrechó la mano con fuerza y ella apartó la vista—. Iban a ahogarme. Sabía que, si les desvelaba mi identidad, me matarían, así que dije que era Locke.

Grey fingió estar muy interesada en su pescado para poder ocultar cualquier tipo de reacción a aquella historia, pero lo lamentó de inmediato. Sabía a armadura de cuero después de una batalla.

—¿Por qué? —preguntó al fin, diciendo en voz alta lo que todos los demás parecían estar pensando.

Sela la miró, solo a ella. Con esos enormes ojos azules, se estaba esforzando al máximo por parecer sincera. Sin embargo, Grey no dudó de ella ni por un instante. Era una niña. Ella misma había huido a los dieciséis años en busca de algún lugar que le hiciera sentir algo.

Solo que, por casualidad, ella sí era la lady desaparecida tiempo atrás de una casa muerta que se estaba escondiendo, mientras que Sela no lo era.

—Porque no quería morir y sé que Locke es importante —dijo la chica

—. Nadie ha encontrado nunca a Severin… ¿Y si, después de todo, no hubiese sido él el que hubiera sobrevivido? ¿Y si hubiera sido yo?

—Pero tienes doce años —comentó Eron, exasperado.

—Quince —le corrigió Sela.

En algún momento, Kier se había puesto en pie y ahora estaba dando vueltas de un lado para otro.

—Come, capitán —le reprendió Grey.

A regañadientes, se comió de un bocado la mitad de su pescado seco y, con una mueca constante, lo masticó con dificultad.

—Muy bien —dijo en cuanto se hubo recuperado—. El problema de llevarte a Cleoc Strata incluso aunque nos estés contando la verdad es que parecerá que fuimos nosotros los que te secuestramos. Además, está mucho más lejos que Grislar y lo más probable es que nos maten en la frontera. Son demasiadas complicaciones.

—¿Y por qué llevársela a Cleoc? ¿Por qué no hacemos que la alta lady venga a nosotros? —

preguntó Grey. Kier la fulminó con la mirada, pero era su mano y, a menudo, la voz de su razón, así que prosiguió—. Si vamos a Grislar, tal como se supone que debemos hacer, y escribimos de antemano para conseguir una enseña de Cleoc, podríamos negociar la paz, Kier. Si Sela testifica que la rescatamos de Luthar mientras nosotros estemos en un lugar seguro…

—Pero, con respecto a nuestro permiso… —dijo Brit con tristeza—. Se supone que tenemos que entregar a Maryse de Locke.

—Tan solo nos dijeron que teníamos que entregar a la prisionera —replicó Grey—. Si nos interceptan por el camino, estamos jodidos. Pero, si conseguimos llegar allí… Si conseguimos solucionarlo… Eso significaría algo, ¿no? Tal vez incluso podría conducir a una alianza en uno de los frentes.

Kier se quedó mirándola largo y tendido y, a través del vínculo, le envió algo que no consiguió comprender del todo. Ese era el problema de percibir las emociones de otro, incluso aunque se tratase de alguien tan unido a ella como Kier: no siempre había una traducción directa

entre su corazón y el de ella.

—¿Y si eso no funciona? —le preguntó él.

Grey se encogió de hombros.

—Entonces, ya se nos ocurrirá algo.

Kier la miró con un gesto claro en el rostro: «¿Y si descubren lo tuyo?». Ella recompuso su propio rostro para devolverle una mirada que decía: «Si eso ocurre, ya lidiaremos con ello».

Ola soltó un largo suspiro mientras se tiraba del extremo de una de las trenzas.

—Estaría bien tener una frontera menos de la que preocuparnos.

—Puedo hacerlo —dijo Sela sin que nadie le preguntara—. Puedo lograr el armisticio.

Insistiré con el asunto. Se supone que, en un par de años, heredaré el puesto. Mi madre tendrá que escucharme.

Seguía estrechando con fuerza la mano de Grey y destrozando el trozo de pan; seguía siendo la niña que había huido de un lugar seguro para adentrarse en algo que no comprendía. Sin embargo, Grey entendía mejor que nadie que las niñas pequeñas crecían y que las niñas con títulos llegaban a ser gobernantes poderosas.

Apartó la vista y miró más allá de las montañas, en dirección al mar. Algo parecido a la añoranza se removió en su interior.

Aquella noche acamparon a medio camino de una de las ascensiones, en una hondonada poco profunda y protegida por cimas en todos los ángulos. Los riscos que se alzaban sobre ellos habían comenzado a acumular un poco de nieve.

—Cada vez hará más frío —les advirtió Kier mientras esparcían las mantas y los petates—.

Será mejor que durmamos pegados.

Se sentaron en grupo mientras Eron cocinaba una nueva variedad de beis. Grey se cambió las vendas que le envolvían los puntos y, después, examinó las heridas de Brit, que estaban sanando. Kier estaba lejos de los demás, apoyado contra uno de los riscos, leyendo un libro.

Sela se sentó cerca de ella y comenzó a acariciar el flanco del caballo. Grey había descubierto que se llamaba *Palomo,* lo que no tenía ningún sentido, aunque era algo que solía ocurrir con los nombres de los caballos.

—Eron —dijo Ola—. Puedo oír los mecanismos de tu cabeza dando vueltas. ¿En qué estás pensando?

El hombre alzó la cabeza y estuvo a punto de volcar la olla.

—Perdón. —Se aclaró la garganta—. ¿Cómo podemos estar seguros de que alguien de Locke sobrevivió? ¿Y si todo ese asunto del superviviente es mentira? ¿No se supone que explotó toda la Isla?

—Si hubiera muerto todo el mundo —replicó Ola—, no quedaría magia en absoluto.

Eron se quedó pensativo mientras vertía la mezcolanza para que se empapara.

—Pero ¿cómo podemos saberlo? —preguntó al fin—. Sigue siendo posible que la carta de Severin fuera falsa y, desde la destrucción de la Isla, no ha nacido ningún pozo. ¿Cómo sabemos que no es así porque el linaje está muerto de verdad?

—Porque Locke es la raíz y los cimientos del poder —dijo Sela en voz baja. Grey se concentró en la piel de Brit y en la tarea que tenía entre manos—. Sin Locke, no habría ningún tipo de poder en absoluto.

—Entonces, si tú naciste después de lo que le pasó a la Isla, ¿cómo es que lo hiciste siendo un pozo?

—Cleoc estaba embarazada de mí cuando Locke desapareció —contestó la chica como si fuese normal saber algo así—. Nací apenas unos meses después. Probablemente, ese sea el motivo de que no tenga… gran cosa que extraer. A duras penas se me puede considerar un pozo.

Grey no quería seguir pensando en aquello, porque Sela estaba en lo

cierto: Locke era el poder; ella misma era el poder. Si se llevaba aquel secreto a la tumba, si seguía luchando en más guerras y moría en alguna de ellas, se llevaría consigo todo el poder de Idistra.

Si no reclamaba Locke antes de morir, la magia de la nación perecería. Para siempre.

Aquello era lo que la mantenía en vela hasta altas horas de la noche, pensativa. Aquella era la única cosa que no podía discutir en profundidad con Kier. Porque él abogaría por su seguridad a cualquier precio. Incluso aunque eso significase la muerte de la magia.

Y lo cierto era que estaba asustada. Era consciente de que cualquier miembro restante de su familia había fallecido. Recordaba el momento en el que había recibido la noticia de la muerte de su queridísima tía Wren, que había sido asesinada en Nestria. En aquel entonces había comprendido por qué su padrino, Scaelas, había declarado la guerra a aquella nación de inmediato como represalia porque, si ella hubiese sido una soberana y no una niña de ocho años, también habría prendido fuego a los mismísimos mares para vengar la muerte de Wren.

Sabía lo que había ocurrido con sus primos, sus primas, sus tíos y sus tías; con todos quienes no habían sido herederos del poder de la Isla y, en su lugar, habían sido enviados a otras naciones para casarse y reforzar las alianzas. Sin embargo, todo aquello se había venido abajo en el momento e n el que Locke había perecido. Ninguno de ellos había estado a salvo, y Grey menos que nadie.

Después de todo, era una cobarde que estaba dispuesta a permitir que todo el sistema muriera en lugar de correr el riesgo de tener que enfrentarse al mismo destino.

Se esforzó por no prestar atención a los demás. Terminó con sus atenciones médicas y le dio un golpecito a Brit para indicarle que podía moverse. Le mague asintió, se bajó la camisa y volvió a ponerse el abrigo.

No se habló más de aquel asunto. Kier marcó la página que estaba leyendo, dejó el libro a un lado, bocabajo, y se quedó mirando el infinito. Grey abandonó la hoguera y fue a sentarse a su lado.

Le apoyó la cabeza en el hombro. Tras un instante, él le pasó un brazo por la espalda y la atrajo hacia sí.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto.

—Fantásticamente.

—Menos de dos semanas, Flynn. Después, nos espera el resto de nuestra vida.

Grey suspiró. Entonces, en voz baja, para que solo ella pudiera oírlo, Kier le dijo:

—«El poder de la valentía».

Aquel era el lema de su familia, de su hogar, de su Isla. Fue como si él hubiera sabido en qué había estado pensando apenas un momento atrás. A veces, se preguntaba si, con tan solo un vistazo a su cara, podía ser consciente de todos y cada uno de los pensamientos que le rondaban por el cerebro.

—No me siento muy valiente —admitió—. Ni poderosa.

—Yo tampoco.

Se acurrucó más contra él y le pasó el brazo por debajo de la rodilla. La pared del risco los protegía de los remolinos de nieve que habían empezado a caer, pero el contacto con la superficie era frío. Allí, el viento era tan ruidoso que no podía oír a los demás; era tan efectivo como encontrarse dentro de una burbuja.

—El viento me recuerda a casa —dijo.

Se produjo un breve silencio de incertidumbre.

—¿De verdad?

—No a esa casa.

—Ah… —Kier la estrechó con más fuerza—. Anoche, soñaste con ellos.

—¿Es eso una afirmación o una pregunta?

—Una afirmación. La respiración te cambia cuando sueñas con ellos. —Le tomó la mano que le había apoyado en la rodilla y el poder fluyó entre ellos, formando un circuito cerrado e intacto—. ¿Todo este asunto está haciendo que afloren los recuerdos?

—De vez en cuando —admitió—. Aunque no es nada que no pueda

soportar.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Recuerdas cuando teníamos su edad?

Kier se quedó callado un instante.

—Sí —dijo al fin mientras le apretaba la mano.

Había sido la última vez que, en Leota, se habían librado por los pelos. Y aquello la había aterrorizado. Lot se había marchado durante el verano, antes de que ella cumpliera quince años, para recibir entrenamiento. Los había dejado en una situación precaria, empeorada por el hecho de que Grey ya no era capaz de ocultar sus sentimientos hacia Kier.

Aquel invierno, durante una tormenta brutalmente fría que azotaba el mar y formaba picos espumosos bajo los acantilados, estaban sentados en la plaza del pueblo con una nueva carta de Lot y tazas de té caliente entre las manos. Entonces, Mika, el alguacil del pueblo, pasó por allí con un grupito de sus amigos. Grey siempre se había preguntado cómo conseguía mantener el puesto, dada su tendencia a la bebida, así que prefería evitarlos tanto a él como a su equipo.

Estaba inclinada hacia Kier, con la mejilla apoyada en su hombro mientras leían, cuando oyó las carcajadas procedentes del grupo de soldados armados que merodeaba por las inmediaciones.

—Yo solo digo una cosa. —La voz de Mika les llegó desde el otro extremo de la plaza.

Arrastraba las palabras a causa del alcohol—. Ese chico no puede esconderse para siempre.

Algún día, alguien va a encontrarlo. Y si le pongo las manos encima…

Al principio, pensó que se refería a alguno de los muchachos del pueblo. Alzó la cabeza con el ceño fruncido, preguntándose en qué se habrían metido.

—Podrías pedir un rescate por él —dijo uno de los amigos del alguacil —. Imagina lo que te pagarían.

—Scaelas lo descubriría —replicó otro.

—No —contestó Mika—. No, no, no. Estáis planteando el asunto desde un punto de vista equivocado. ¿Sabéis lo que haría yo? Lo mataría y pondría fin a todo este maldito asunto.

Nada de poder, nada de magia, nada de magos estirados con todas sus mierdas. Entonces, lo haría pedacitos y vendería todas las partes de su cuerpo.

Grey se quedó helada. Ni siquiera el té caliente que tenía entre las manos podía aliviar el frío que le había calado los huesos.

Uno de los acompañantes del alguacil soltó un bufido burlón.

—Bueno, es una manera de hacerlo. ¿De verdad crees que matar a ese crío acabaría con todo el sistema?

—Creo que, si tuviera la oportunidad de comprobarlo, no dudaría. Que le jodan a Scaelas y que le jodan a esta guerra. Dejad que gobierne yo, ¿eh?

Más carcajadas escandalosas inundaron la plaza, pero Grey apenas podía oírlas. Tenía el estómago desbordado de bilis. Kier la estaba rodeando con fuerza con un brazo, apretándola contra sí. Porque, incluso con diecisiete años, ya sabía cómo se sentía.

Abandonaron la plaza y arriesgaron la vida por el camino escarpado y helado que conducía a la costa. En su cala de guijarros favorita no había riesgo de que alguien los escuchara. El pánico que Grey sentía era una entidad tangible que tenía alojada en el pecho. Respiraba de forma entrecortada.

—¿Crees que otras personas pensarán lo mismo? —preguntó mientras caminaba de un lado para otro—. ¿Pensarán que sería más fácil matarme que restaurar Locke?

—No lo sé —admitió Kier. Se recostó contra la roca húmeda y fría mientras la observaba—.

Pero no te están buscando a ti. Todavía creen que se trata de Severin.

—No podemos contar con eso para siempre. Algún día, lo descubrirán.

—¿De verdad eso sería suficiente? ¿Si alguien te matara, acabarían con todo el poder? ¿No podría otra persona volver a encontrar o crear la fuente?

—No —contestó ella con amargura mientras se frotaba los ojos—. Matar a la fuente acabaría con el poder. La única manera de arrebatarme el control del poder es conseguir un heredero mío, forzar una nueva línea de descendencia y controlarla. Ahora, si me obligaran, tengo edad suficiente para tener hijos. Estoy segura de que me matarían tras haberles brindado un pozo que pudiera albergar el poder…

—Grey, basta —dijo Kier mientras le agarraba el brazo. La voz de Grey había adquirido un nuevo tono agudo de temor. Al enfrentarse a la verdad de sus peores miedos, el mago se había puesto pálido—. Eso es una salvajada.

Ella soltó una carcajada que sonó corta y afilada.

—Entonces, ¿dudas que fueran a hacerlo?

Él frunció los labios y un músculo se le tensó en la mandíbula. No era la primera vez que se mostraba furioso en su nombre y Grey tenía la horrible sensación de que tampoco sería la última.

—No permitiré que te ocurra eso, ¿de acuerdo?

—No puedes controlar todo lo que me ocurra. —Dejó que Kier la arrastrara hacia él y la envolviera con los brazos. Intentó acompasar la respiración con la suya y le enterró la nariz helada en el cuello—. Si Mika lo descubre en algún momento…

—No lo descubrirá. Y, si alguna vez se acerca, lo mataré. Pero no podemos quedarnos aquí, a la espera de que alguien te encuentre. —Se produjo una pausa; un silencio—. ¿Tú…

quieres ser Locke?

—No —contestó de inmediato al recordar la sangre, el humo y las llamas. Se apartó de él y puso distancia entre los dos. Después de todo, tan solo estaba consolándola tal como haría cualquier amigo—. Antes prefiero la muerte.

—Entonces, hallaremos la manera de evitar que te descubran. Conseguiremos algún lugar en el que escondernos.

—No hay ningún lugar en el que escondernos —replicó ella mientras se cubría el rostro con las manos. La verdad hacía que sintiera un peso en el estómago—. Da igual a dónde vaya; los caballeros siempre me estarán buscando.

—A menos que… —dijo Kier, apartando la vista de ella—. A menos que fueras uno de esos caballeros.

Alzó la cabeza para mirarlo. No parecía asustado y tampoco tenía aquella sonrisa traviesa que solía mostrar cuando hacían algo deliciosamente impulsivo o desaconsejable. Parecía estar hablando muy en serio.

—¿Te refieres a que nos unamos a ellos? ¿Que sigamos los pasos de Lot y nos alistemos?

—Podríamos hacerlo juntos. Incluso es probable que nos dejasen permanecer unidos.

Asintió mientras la amargura le florecía en las entrañas.

—Cuando la patrulla regrese el próximo verano, nos uniremos —dijo Grey con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyada contra la roca cubierta de sal.

—Eres demasiado joven para unirte el verano que viene. Pero si esperamos un par de años y entrenamos un poco más…

—Mentiremos.

—Grey…

Ella sacudió la cabeza con ferocidad.

—No voy a quedarme aquí sentada, a la espera de que alguien me encuentre o me mate. Tal vez mi padre confiase en Scaelas, pero… —Se interrumpió, pues las lágrimas le estaban haciendo jirones la garganta—. No sé si yo puedo hacerlo. No sé si puedo confiar en nadie.

—Puedes confiar en mí —dijo Kier. Estiró el brazo y le rozó la mano con la suya—. Grey, pase lo que pase, puedes confiar en mí.

Así que había mentido y había huido con ella. Más tarde, cuando lo habían descubierto, también se había enfrentado a Imarta y a sus dos madres. Al enterarse, Lot se había limitado a escribirle a ella una carta amable sobre los peligros de la batalla. A su hermano le

había mandado una más cruel y con palabras más duras sobre la seguridad de Grey. Sin embargo, había terminado la misiva diciéndole

que estaba orgulloso de él.

Grey había encontrado aquella carta recientemente, oculta todavía en la mochila del mago.

En el presente, Kier respiró hondo y Grey predijo cuál sería su siguiente pregunta, ya que siempre era capaz de adivinar sus pensamientos. Sobre todo, cuando ella menos deseaba que lo hiciera. Iba a volver a ese asunto de si quería ser Locke; la misma pregunta, planteada una década después. Por eso, se sorprendió cuando, en su lugar, dijo:

—¿Quieres que vayamos a Lindan?

—¿Qué?

—Tal vez sea un lugar agradable —caviló él mientras le pasaba un dedo con suavidad por la piel que tenía entre el pulgar y el índice—. La magia lindana es diferente. Ni pozos, ni magos. Algunos de ellos… aprenden magia sin más. Como si estudiaran matemáticas.

Grey sabía todo aquello. Y Kier sabía que ella lo sabía. Al igual que Idistra, Lindan funcionaba con un sistema intrínseco, lo que significaba que la habilidad mágica era un rasgo con el que nacían los lindanos. A diferencia de lo que ocurría en Idistra, todo el mundo tenía algún tipo de acceso a la magia, aunque controlarla bien era cuestión de práctica.

—Probablemente, no tendríamos ni un ápice de magia —dijo ella con cautela—. No tan lejos de Locke.

—Mmmmmm. Tal vez no.

«Pero tú eres Locke», debió de pensar Kier, aunque no lo dijo. No era necesario.

—Podríamos dejar todo esto atrás.

Tampoco dijo: «Si quieres, puedes dejar que la magia muera. No tienes que salvarnos y sacrificar tu propia libertad».

—¿Alguna vez piensas que…? —comenzó a decir Grey mientras miraba a los demás. Sin embargo, Eron había puesto a Sela a remover la olla mientras él cortaba trocitos de cecina para darle sabor a aquella broma que era la cena y Brit estaba trenzando el pelo de Ola junto al calor de una luz maga que arrancaba destellos rojos en el cabello de la

mujer—.

¿Alguna vez piensas que nos iría mejor si dejáramos de huir?

—¿Si dejáramos de huir de qué? —le preguntó Kier.

—De Locke —contestó ella en poco más que un susurro.

El mago se tensó. Al parecer, aquella noche, ambos se estaban sorprendiendo el uno al otro.

—No creo que sea buena idea.

—De hecho, es una idea terrible —concordó.

Sin embargo, se quedó en silencio y prestó atención al aullido del viento. A veces, la familia que había perdido y el lugar que nunca había llegado a conocer del todo le pesaban en el corazón. A veces, cuando cerraba los ojos, regresaba al Bosque Fantasma y, cuando los abría de nuevo, todavía le dolía el estómago, pero por el dolor del vacío en lugar del dolor del poder.

—Ya sabes lo que eso significaría —dijo él—. Y lo que podría ocurrirte.

Y aquel era el fondo de la cuestión, ¿no? Kier sabía tan bien como ella por qué habían matado a su familia: para controlar el poder. Quienquiera que controlase el poder controlaba toda la magia de Idistra. Se trataba de un error de cálculo sencillo que los había llevado a la ruina: no sabían que Locke preferiría morir antes que ser controlada; que quienquiera que ostentara el título arrasaría con todo antes que permitir que se llevaran al heredero.

—Crees que me matarían.

—O algo peor. No podemos estar seguros de cuáles son las intenciones de Scaelas. Es un riesgo demasiado grande.

—No necesitamos a Scaelas —replicó Grey—. No necesitamos a nadie.

—Necesitamos aliados. Tú y yo solos no conformamos un ejército.

—¿Dónde está ese ego que tan bien conozco y tanto me gusta?

Él sonrió, pero solo levemente.

—Iré adonde tú quieras ir, pero no deberíamos precipitarnos al tomar

una decisión ni hacer algo solo porque nos sintamos atrapados entre la espada y la pared. —Le estrechó la mano y le envió dos pulsos cortos —. Si quieres hacerlo, tiene que ser una elección sincera, no porque te hayas visto obligada.

—Lo sé —dijo Grey.

—Es una decisión que no puedes revertir.

Ella soltó un bufido burlón.

—¿Como la de retirarnos?

—Siempre podríamos volver a alistarnos.

—Dioses, no.

Se quedaron un instante en silencio antes de que Kier dijera:

—Una vez que abras esa caja, no habrá forma de volver atrás. Tu verdad saldría a la luz.

Grey le dio un toquecito en la mandíbula con la mano.

—Tú ya conoces mi verdad.

En situaciones como aquella era fácil fingir que entre ellos había algo más que una amistad y el vínculo del poder.

Él se echó a reír. Después, se llevó su mano a los labios y Grey sintió el roce de su nueva barba.

—Así es —asintió—. Aunque, a veces, siento curiosidad.

—Vosotros dos, ¿vais a comer o vais a seguir besuqueándoos en un rincón? —les gritó Ola.

Grey suspiró y se separó de Kier.

—No nos estamos besuqueando —refunfuñó, a pesar de que se sonrojó mientras lo decía.

Se dirigió hacia el círculo de luz cálida, medio arrastrándose sobre las rocas. Con una sonrisa tentativa, Sela le tendió un cuenco.

—¿Capitana Flynn? —le dijo la chica mientras se acercaba a ella con su propio cuenco. Supo de inmediato que se avecinaba una conversación incómoda.

—Puedes llamarme Grey, pequeña. ¿Qué necesitas? —le preguntó mientras se dedicaba a catalogar mentalmente todas las cosas que tenía que hacer antes de acostarse.

Kier estaba al otro lado de la luz, repasando la ruta del día siguiente con Ola.

—¿Podrías explicarme lo que es el enlace?

Otra vez ese tema. Se obligó a tragar tres cucharadas con rapidez mientras pensaba.

—Tal vez cuando seas mayor —dijo al fin.

Como recompensa, recibió un mohín que hizo que Sela pareciera incluso más joven.

—No creo que tenga nada que ver con eso que estás insinuando —replicó la chica con delicadeza—. Pero el capitán y tú estáis enlazados. ¿Por qué?

Grey asintió. No tenía sentido evitar el asunto, pues ya había salido a la luz.

—¿Por qué no te han entrenado? —le preguntó. Sabía que tenía poder; también sabía lo poco capaz que era de utilizarlo.

Sela se encogió de hombros.

—Lo he intentado un par de veces, pero no se me da bien. Así que, en su lugar, decidimos concentrarnos en mi educación. Diplomacia, historia mágica, geografía… Todas esas cosas.

Grey meditó sobre aquello. Recordó lo que Sela había dicho antes sobre que a duras penas se la podía considerar un pozo. Tal vez fuese demasiado débil para entrenar, pero se había vinculado a Brit durante la batalla, así que sí albergaba algo en su interior.

Más allá de eso, deseó que alguien hubiera podido tomar aquella decisión por ella. Había demasiadas lagunas en sus conocimientos; demasiados huecos que no creía que fuese a ser capaz de rellenar jamás: historia, geografía, matemáticas, los idiomas continentales… Su

educación había estado enfocada de forma tan exclusiva en prepararla para una vida de guerra, para ser el instrumento de otra persona, para una existencia como pozo y sanadora que, a veces, no sabía cómo sería si de verdad hubiera tenido otra opción.

—Entonces, ¿por qué regresaste?

Sela suspiró con los dientes apretados mientras daba vueltas con la cuchara al mejunje, que no se había terminado todavía. A pesar de su amplia defensa de la mediocridad pasable de las habilidades de cocina de Eron, en ese momento, no parecía muy dispuesta a comer.

—No sé si puedo explicarlo —contestó—. ¿Alguna vez extrañas tu hogar? ¿La familiaridad?

¿El lugar que conoces mejor que los demás?

Grey se encogió de hombros. Llevaba vagando de un lado para otro desde los dieciséis años y, a pesar de que había vivido mucho tiempo en Leota, a pesar de que aquel pueblo había sido su hogar durante la mayor parte de su infancia, no pensaba en él cuando inhalaba el aroma del salitre marino.

—Supongo que eso responde a tu propia pregunta —le dijo a la chica con lentitud, escogiendo cada palabra con un cuidado deliberado—. Sobre Kier y sobre mí. Cuando se trata del poder y de tu propio mago, a veces también es así. Encuentras a alguien que es como un hogar para ti y todo se vuelve más fuerte. Creo que, para algunos de nosotros, tiene que ser así: nada de ir pasando de un mago a otro con cada nuevo destino. Conozco a Kier tan bien como me conozco a mí misma.

—¿Lo quieres? —preguntó la chica con la desvergüenza de una adolescente.

—Claro que sí —contestó ella. No tenía sentido aclarar hasta qué punto lo quería o el hecho de que sus sentimientos no eran recíprocos —. Pero… el amor es mucho más que eso.

—Ola dice que hacer eso es una estupidez —admitió Sela. Por un segundo, Grey creyó que se refería al amor y que la otra mano y la chica habían estado cotilleando pero, entonces, la muchacha aclaró lo que quería decir—. Me refiero al enlace. Dice que, sin ti, Kier no sirve para nada y que, si tú murieras, jamás volvería a ser capaz de hacer magia.

—Bueno, sin mí sería un inútil independientemente de eso —contestó ella, intentando hacer una broma que, sin embargo, le dejó un regusto amargo en la boca. Se encogió de hombros.

No había ningún modo de romper un enlace o de deshacerlo y habían sido conscientes de ello cuando, cuatro años atrás, él había susurrado su nombre verdadero y le había depositado su sangre en los labios—. Sin embargo, enlazados como estamos, somos capaces de hacer grandes cosas. Tiene sus beneficios. Hace que ambos seamos más fuertes.

Contempló el cuenco lleno y el rostro alzado de la chica. Ni siquiera seguía fingiendo estar comiendo. Le dio un suave codazo en las costillas.

—Come algo, pequeña —le dijo—. Tenemos que atravesar las montañas.

Sela soltó un suspiro pero hizo lo que le había dicho. Varios instantes después, cuando hubo terminado de tragarse las gachas (la velocidad era la única manera de hacer que aquella comida resultase aceptable), le dijo:

—¿Podrías entrenarme?

Grey había esperado algo así. Contempló el resplandor regular de la luz maga y sintió la calidez en los dedos.

—Puedo intentarlo —contestó—, pero es probable que no se me dé muy bien.

—Que lo intentes es suficiente.

—Y Brit tendría que estar de acuerdo en ayudarnos.

—Seguro que lo estará si se lo pido amablemente.

Grey no se lo discutió. Sintió una sombra sobre ellas y, entonces, Kier se acercó.

—Deberíamos descansar un poco —les dijo. Era evidente que ya se lo había dicho también a los demás, puesto que Ola y Brit ya estaban preparando sus petates—. Eron se encarga de la primera guardia.

—Gracias —contestó Grey. Observó cómo se alejaba mientras preparaba la zona para dormir. Dejó que Sela se quedara con la parte

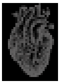
más cercana al calor de la luz maga. Después, se dirigió a la chica—. Entonces, lo intentaremos.

«Esperaba muchas cosas de este matrimonio, pero no hallar el amor. Es culpa de Isaak por amarme primero. Y yo soy una tonta por habérselo permitido. El hecho de que este sentimiento me haya encontrado y me haya debilitado me llena de una ira incandescente.

Pienso en él a todas horas, y nada podría enfadarme más».

Carta de Alma, alta lady de Locke, para Wren Locke Teinek, su hermana. Dieciocho años a.

D.



catorce

Atravesar las montañas durante el cambio de estación resultó no ser fácil. Grey mantuvo las manos metidas dentro del abrigo siempre que pudo hasta que, al final, Kier cedió y creó luces magas diminutas para todos ellos, una para cada mano, extrayendo poder de ella de forma constante para evitar que se congelaran. Paraban cada pocas horas para calentarse los pies, comer y que *Palomo* descansara o pastara en los cada vez más infrecuentes trozos de tierra con hierba montañosa o musgo. Pasaron cuatro días en las montañas. Dormían de poco en poco, acurrucados los unos contra los otros sobre una doble capa de sacos de dormir y cubiertos por otros tres. Por las noches, el viento aullaba con tanta fuerza que Grey no era capaz de distinguir cuándo estaba despierta y cuándo teniendo una pesadilla. A veces, se despertaba entre los brazos o el abrigo de Kier, con las piernas entrelazadas con las de Brit o las de Sela, y encontraba al capitán con los ojos abiertos, contemplando la noche.

—Deja de preocuparte —le susurraba todas y cada una de las veces, pero él se limitaba a suspirar y acariciarle el pelo hasta que volvía a quedarse dormida.

Entre las horas de sueño, se intercambiaban los turnos de guardia. Caminaban de un lado para otro, congelados y obligándose a hacer ejercicios para que la sangre siguiera circulándoles.

Mientras atravesaban las montañas, Grey se esforzó todo lo que pudo por entrenar a Sela.

—Quiero que lo imagines como una bola de lana —dijo, tal como le había enseñado su propia madre—. Busca un hilo, átalo a Brit y deja que se vaya desenrollando poco a poco.

No tiene que ser como si le lanzaras la bola entera. Tiene que ser un hilo, Sela. Eso es lo único que se necesita.

Entrenaron hasta que la chica fue capaz de conectar con le mague sin que Grey tuviera que direccionar su poder. Era un pozo débil en el mejor de los casos, pero un pozo al fin y al cabo. El mero hecho de que fuese un pozo sin enlazar la convertía en alguien más útil que ella. Si lo necesitaban, serviría de respaldo.

Cada vez se acercaban más y más al otro lado de las montañas y, de

pronto, Grey se dio cuenta de que llevaban la mayor parte de la tarde caminando cuesta abajo en lugar de cuesta arriba. Mientras el sol se ponía con rapidez, aligeró la marcha, pasó junto a Eron y *Palomo* y alcanzó a Kier.

—¿Dónde estamos?

Él sacó el mapa y dijo:

—En los Picos de Aloducan, cruzando hacia el este.

—Kier… —dijo, aceptando de forma plena que el tono de su voz se había vuelto quejumbroso.

A menos que se los señalaran, no se veía capaz de reconocer los Picos de Aloducan ni aunque la apuñalaran en el pecho. Él se limitó a suspirar y con un breve golpecito le indicó dónde se encontraban. Grey pasó el dedo por encima mientras examinaba la distancia que los separaba de Grislar y algo parecido a la esperanza le inundó el pecho.

—¿Cuál crees que debería ser nuestro siguiente paso?

El mago alzó la vista hacia el cielo. Las nubes eran de un gris como el acero y estaban cargadas con la promesa de una nueva nevada. Grey estaba cansada de la nieve pero, al menos, el suelo duro y congelado era mejor que el barro.

—¿Tú qué opinas? —preguntó él—. Creo que deberíamos enviar cartas desde el siguiente pueblo por el que pasemos. Estamos a unos cinco días del destino y necesito todo ese tiempo.

Cinco días. Aquella idea le parecía casi incomprensible.

—Vamos a acampar aquí —dijo Kier en voz alta para que todos pudieran oírle. Con un gesto de la cabeza, señaló un manto de hierba resguardado que había a varios metros del camino.

Grey se sentó en una piedra y sacó el botiquín mientras Eron comenzaba a preparar la comida.

—Brit, ha llegado el gran día.

Le mague se acercó mientras una sonrisa le asomaba a los labios.

—¿Ha llegado el momento de quitarme los puntos?

Ella asintió. Cuando hubo preparado la zona de trabajo y se hubo lavado las manos, Brit se quitó la camisa, se estremeció a causa del frío y se tumbó. Kier se quedó cerca en caso de que necesitasen ayuda.

Grey se concentró en la tarea y, mientras lo hacía, comenzó a tararear para sí misma. Una calma alegre reinaba en el campamento y le costó un instante darse cuenta de que, mientras cocinaba, Eron estaba contando historias.

—Yo no la había oído así —protestó Ola.

—Eres del suroeste; es imposible que tu versión sea la correcta —replicó Eron.

—¿Acaso los granjeros saben mucho sobre mitos y leyendas?

Grey no tenía ni idea de qué estaban hablando. Terminó lo que estaba haciendo y puso más bálsamo sobre las heridas de Brit antes de vendárselas. Cuando le mague se hubo vestido, ella misma se quitó el abrigo y la camisa e hizo una mueca a causa del frío. Kier se sentó a su lado y le tomó el brazo entre las manos. Mientras él se ponía a trabajar, Grey se obligó a prestar atención a Eron aunque solo fuese para distraerse.

—Dicen que la magia es un regalo de los dioses —dijo el hombre con tono grandilocuente—

. Que todos los dioses bajaron a la tierra, escogieron una nación y la bendijeron como mejor les pareció. Y aquí, en Idistra, fuimos los más afortunados al recibir las bendiciones de nuestros propios dioses, ya que jamás nos vemos obligados a enfrentarnos a la vida en soledad.

—Eso son sandeces —replicó Ola. Estaba acomodada sobre una roca, acariciando el hocico de *Palomo*. Sela estaba sentada a sus pies con la cabeza apoyada en su regazo—. Nadie dice eso.

—Bueno, entonces cuéntalo tú.

—En Lindan —comenzó Sela—, dicen que la magia es una responsabilidad y que debe de ser aprendida.

—Menuda suerte que no seamos lindanos —comentó Brit—. De lo contrario, tú estarías jodido, Eron.

—Podría no daros de comer —contestó él—. Además, puedo hacer magia arkuniana y mi padre me dejó algunas de sus piedras de

hechizo.

—¿Funcionan aquí? —preguntó Kier, que sentía un interés genuino. Siempre le había gustado aprender lo máximo posible sobre cómo funcionaban otros sistemas de magia.

—No demasiado bien —admitió Eron—. Además, no quiero hablar mal de mi padre, pero todas las que me dejó son una mierda. Son demasiado especializadas. Así que supongo que soy muy útil, aunque solo si tienes un desagüe atascado o un hilo que no deje de engancharse.

—Por desgracia, yo no —comentó Kier.

Haciendo caso omiso de aquello, Sela dijo:

—¿Sabíais que, en Ruskaya, consideran que los magos son demonios?

Kier soltó un bufido burlón. Grey lo miró y contempló su gesto cauteloso y concentrado.

—Siendo justos —dijo en voz baja—, algunas personas te acusarían de poseer cualidades…

demoniacas.

Él sonrió con suficiencia mientras terminaba con el último punto. Mientras los demás debatían sobre las relativas bondades de otros tipos de magia, Grey le indicó que le pusiera bálsamo y le vendara la herida que estaba sanando.

—Tú creciste en la costa —dijo Eron cuando vio que se estaban poniendo en pie. Durante un segundo pensó que se estaba dirigiendo a Kier, pero la estaba mirando a ella—.

Cuéntanos cómo eran allí las historias. ¿De dónde decía la gente que procedía la magia?

—Oh. Eh…

Grey se mordió una uña. Conocía las historias en las que creía; las variaciones que solían contar en Locke por las noches, en torno a una hoguera. Miró a Kier, pero él se limitó a dedicarle una sonrisa. Cabrón.

Aceptó el cuenco que le tendía Eron y dejó que le calentara las manos mientras se sentaba junto a Brit. Kier se sentó al otro lado de la luz maga, cerca del típico.

—Sin duda, de niña habrás oído alguna historia —dijo el hombre mientras atacaba su comida.

Grey jugueteó con la cuchara.

—Bueno, dicen que este mundo existía antes que nosotros, ¿no es así? Hace siglos, cuando nadie vivía aquí (y con «nadie» me refiero a nadie, pues esta era una isla de ovejas), un barco vagaba a la deriva por el mar. En él viajaban exploradores procedentes de Lindan, donde la magia e s más libre y despreocupada. Sin embargo, cuando desembarcaron,

descubrieron que no les resultaba tan fácil hacer magia como en el pasado. —Se detuvo y alzó la vista—. ¿Habéis oído esta historia alguna vez?

Ola arrugó la nariz.

—Creo que sí.

Brit y Eron negaron con la cabeza.

Grey se mordió los labios, pero prosiguió.

—Pues bien, tras un duro invierno, tan solo quedaban dos de las exploradoras. Sin embargo, se habían quedado sin comida y, a pesar de que se habían retirado a una isla pequeña en busca de protección y habían construido un hogar propio, no podían pasar otro invierno solas. Una de ellas sugirió ir a la isla principal, que estaba cerca, para buscar suministros. La otra mujer temía que nunca regresara a buscarla. Así que, en medio de la noche, le robó el corazón y, con él, la magia. La intrépida exploradora fue a buscar comida y la encontró. Sin embargo, no se sentía completa y tampoco podía hacer magia por sí misma.

Cuando volvió a la isla con las provisiones, se sintió encantada al descubrir que su magia había regresado, pero solo cuando permanecía junto a su amante, aquella persona que la había traicionado. Y ese es el motivo por el que necesitamos a dos personas: una que ame y otra que la traicione.

Durante un largo instante, se produjo un silencio. Sabía que Kier la

estaba observando, pero no le devolvió la mirada hasta que no carraspeó y dijo:

—Creo que yo conozco una versión diferente de eso.

—Dioses, eso espero —masculló Ola—. Eso ha sido desolador.

—En la versión que he oído yo, la exploradora entrega su corazón de forma voluntaria como promesa de que regresará.

Grey sintió que se le encendían las mejillas. Alzó la cabeza y miró al mago a los ojos.

—¿Quién te contó esa versión?

—Mi madre —contestó él.

—Es una romántica sin remedio.

Él sacudió la cabeza, pero no pudo ocultar la sonrisa y los hoyuelos de las mejillas, que estaban oscurecidos por la luz mortecina del atardecer. Sabía que a la mujer le había contado aquella historia Imarta que, a su vez, se la había oído a Grey, que había aprendido ambas versiones de su propia madre, que decidía cuál de las dos les contaría a ella y a su hermano dependiendo de lo bien que se hubieran portado aquel día.

Después de eso, contaron más leyendas, pero Grey no participó a la hora de narrarlas. Era demasiado fácil meter la pata y decir algo que se suponía que no debía saber. Aquella noche, cuando Kier y ella montaron guardia, contempló el valle que había a sus pies y pensó en los restos del templo que había sucumbido junto con Locke, dedicado a la diosa del amor y la traición (o del amor y la devoción, dependiendo de quién estuviera haciendo las ofrendas). Retarik, la diosa de Locke del perdón, también era la diosa de la devoción, la primera de los magos con nombre.

Se dio cuenta de que llevaba muchos años sin pensar en el templo de Retarik. En parte, había sido algo intencionado, dado que el templo se había reconvertido en un salón de fiestas: el mismo en el que la Isla había hallado su final.

Incluso eso la ponía triste: Locke tenía muchas cosas, muchos detalles, y ella era la única que los conservaba; la única que seguía recordándolos cuando todo lo demás se había perdido.

En realidad, no había creído en los dioses. Ni siquiera aunque hubiera recibido el nombre de una de ellas: Gremaryse, diosa del mar. A veces, se preguntaba si aquel había sido el único motivo de que hubiera sobrevivido al agua aquella noche, después de que Locke ardiera; si había sido cosa de su tocaya, que la había empujado cada vez más y más lejos en dirección a las costas desconocidas de Scaela.

Se llevó las rodillas al pecho mientras pensaba en las ruinas que se encontraban en el linde del Bosque Fantasma y desde las que se veía el mar. Alma, su madre, había recibido el nombre del otro personaje de aquella historia sobre el origen de la magia: Kitalma, el primer pozo, diosa patrona de Locke. Sin embargo, pensó con amargura que aquello no había sido suficiente para salvarla.

En Scaela, solía haber más monasterios y altares dedicados a las deidades de Locke, pero la mitad habían sido destruidos a manos de Eprain y Nestria, que no albergaban ningún tipo de respeto por las costumbres supersticiosas de la Isla. Allí, en tierra firme, Grey tan solo había visitado un altar: el que se encontraba en Grislar, dedicado a Kitalma. Había ido allí para pensar y contemplar el mar pero, sobre todo, para preguntarle a la diosa si podía arrebatarle el peso de su propio legado; si ella, la última de sus hijas, sería bendecida con la misericordia de poder olvidar.

Mientras la oscuridad se fundía con la puesta del sol, llegaron a las ruinas abandonadas de un refugio de pastores. En aquella parte de la nación salpicaban todas las colinas pero, dado que se encontraban fuera de temporada, permanecerían cerradas el resto del año. Kier inspeccionó la casa en profundidad con una luz maga, repitiendo el mismo proceso que había seguido con aquella en la que se habían alojado dos noches antes. Aunque aquella había sido mucho más bonita y no había tenido un aspecto tan de chabola.

Grey se quedó en el umbral con las manos entrelazadas frente a ella, concentrada en el poder que fluía a través del vínculo. Últimamente, lo había usado muy poco, ya que Kier solo extraía de ella para crear luces magas, despejar matorrales o detectar latidos en el camino que tenían por delante. Mantener sus reservas de poder tan altas hacía que se sintiera inquieta y desbordada.

El mago se movió con cautela entre las dos habitaciones diminutas y

subió a la buhardilla.

El suelo estaba medio podrido y desde las ventanas sin cristales se veían los valles que se esparcían más abajo. Pensó que, tal vez en el pasado, hubiese sido un lugar agradable. De las barras que había sobre las ventanas colgaban trozos de tela y, aunque muy levemente, podía distinguir el alegre patrón floral de color azul. Cerca de una pared reposaban las cenizas de un hogar y la chimenea se abría hacia la noche oscura. Tal vez hubiese sido acogedor. Pintoresco.

Se apoyó contra un muro y contempló a Kier, que estaba examinando un fragmento de escritura que había sobre el umbral en arco que separaba las habitaciones. Observar al mago tenía algo especial. Jamás se cansaría de lo familiares que le resultaban sus hombros o del color avellana variable de sus ojos. En aquel momento, tenía una mano apoyada en la pared y el anillo de su hermano brillaba con un destello plateado opaco (entre ambos, cargaban con muchos fantasmas). Anhelante, se imaginó cómo sería tener aquella mano sobre la piel.

—¿En qué piensas, Flynn? —preguntó Kier con voz suave.

Se dio cuenta de que se estaba distanciando de ella, pues el vínculo estaba mostrando más de lo que había pretendido. A veces ocurría aquello: sus emociones se filtraban hacia él sin que ella se las hubiese transmitido.

—Solo que algo así tal vez fuese agradable. Un lugar en las montañas. Lejos de todo.

Cuando nos retiremos, quiero decir.

Él la miró y una de las comisuras de los labios se le curvó hacia arriba.

—Llevamos años viviendo apiñados. ¿Todavía no te has hartado de mí?

—Jamás —contestó ella antes de poder pensárselo dos veces—. Y ni siquiera me reiría de ti si te llevaras a la cama a todo un escuadrón de cartógrafos.

Kier soltó un bufido burlón mientras miraba por la ventana.

—A mí no me preocuparía que fuese a llevar a nadie más a nuestra cama —le dijo.

Entonces, le tomó la mano y le dio un beso en los nudillos.

Grey puso los ojos en blanco y se alejó antes de que él pudiera percibir que se le había acelerado el corazón.

—Sigue soñando —masculló.

Porque eso era lo que el mago esperaba de ella. Porque siempre coqueteaban pero nunca llegaban a ninguna parte. Porque él no sabía lo mucho que deseaba que fuera sincero y, por una vez, la dejase en paz.

La sonrisa del mago se ensanchó.

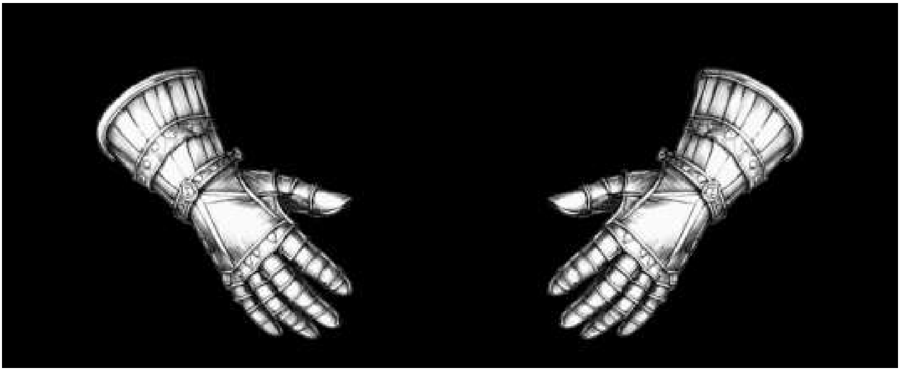
—Está despejado —les dijo a los demás, que atravesaron la puerta de uno en uno.

Sela y Brit extendieron los petates mientras Ola subía por la escalerilla para explorar la buhardilla diminuta. Eron llevó los cubos de agua al arroyo que transcurría tras la casa, le dejó uno a *Palomo* y, después, cargó de vuelta con los otros. Grey le dio la espalda a toda aquella actividad, a aquella sensación de domesticidad, y se apoyó contra la ventana abierta. Tan solo quedaban un par de días y, entonces, su mago y ella serían… ¿Qué? ¿Solo dos buenos amigos en una cabaña en alguna parte? ¿Tendrían una cama acogedora que compartirían con todos los futuros amantes de Kier, sin dejar apenas espacio para su propio corazón roto?

Se mordió una uña. Había pensado en contarle lo que sentía un millar o un millón de veces.

Pero él… Había tenido muchísimas oportunidades de darse cuenta. De algún modo, tenía que saberlo. Sí o sí. Y, para Grey, el hecho de que no le hubiera dicho nada sincero al respecto era confirmación suficiente de que no sentía lo mismo.

Lo quería de todos los modos en los que se podía querer a una persona. Y la mayor parte del tiempo sabía que él también la quería a su manera. Sin embargo, mientras contemplaba el vacío de las montañas, por primera vez se preguntó si sería suficiente.



«La mayoría de los ritos de la Isla son desconocidos para aquellos que no forman parte de la alta familia o no se cuentan entre sus personas más allegadas, pero ningún proceso resulta tan confuso como el de la selección del heredero. La línea sucesoria no depende de la edad.

Si existe algún tipo de derecho divino, una selección predeterminada llevada a cabo por los antiguos dioses a los que la Isla todavía da mucha importancia, es algo que sigue siendo un misterio para el resto de Idistra».

Incluso los mares ardieron: Una breve historia del surgimiento y la caída de la Isla de Obsidiana de Bell Owndig. Universidad de Isidar.

quince

Aquellas alturas, tenían una rutina tan bien engrasada que Grey apenas necesitaba pensar. Comieron lo que quiera que fuera la cosa misteriosa que había preparado Eron. Después, Sela y Brit fregaron con los cubos de agua procedente del arroyo mientras Ola preparaba los petates para dormir y Kier examinaba el mapa.

—Tendremos que parar cuando veamos algún pueblo —dijo Eron mientras desempaquetaba los suministros de comida y llevaba a cabo un minucioso recuento—.

Calculamos bien las provisiones, capitán.

—Eso está bien —contestó el mago mientras enrollaba el mapa—. Grey, ¿puedes echarme una mano?

—Una mano de la mano —masculló el típico. Después, suspiró—. Necesito un respiro.

—Seis meses de permiso —le recordó Kier.

Grey se dejó caer al suelo, junto a él. Estaba sentado en un rincón, con una rodilla doblada (y un montón de papeles apoyados en el muslo) y la otra pierna estirada al frente. Sobre el regazo, tenía una luz maga de un tono azul pálido que arrojaba una claridad fantasmal sobre el papel y le profundizaba las sombras del rostro. No dejaba de frotarse la rodilla que tenía estirada con el dolor reflejado en el gesto de los labios. Tres años atrás, se había rasgado un tendón durante una escaramuza y, cuando hacía frío o cuando se excedía con las caminatas, le dolía. Grey le apoyó una mano sobre la zona, le envió una oleada de poder y se deleitó con el suspiro de alivio que soltó.

—Gracias —masculló él. Brit y Sela entraron a la cabaña, dejando atrás el frío, y cerraron la puerta torcida a sus espaldas. Kier solo alzó la vista ante el ruido—. ¿Puedes leer esto? No sé si estoy construyendo bien las frases.

Grey tomó el papel. Ninguno de los dos carecía de educación y parte de su formación había consistido en ciertas nociones de diplomacia. Además, con cada una de las promociones los habían instruido más y más en cómo dirigirse a los altos cargos. Sin embargo, no era lo mismo «Así es como tienes que dirigirte a un maestre» que «Así es

como tienes que proponer un armisticio entre dos naciones que llevan casi dos décadas enfrentándose».

Se apoyó contra su hombro para estar más cerca de la luz maga y ojeó por encima las frases, medio distraída por las bromas de Ola y Eron. Sentía cierta calidez en el vientre a causa del poder. De hecho, sentía demasiado calor, así que le envió a Kier una gran cantidad.

Él emitió un ruido grave y gutural y le cerró la mano en torno a la rodilla.

—Estás aumentando mi sensibilidad, Flynn —murmuró.

—Creo que es un comienzo —dijo ella con cautela—, pero sé muy poco de diplomacia. Tal vez Sela podría…

Kier le apretó más la rodilla, clavándole los dedos. No la estaba mirando. De hecho, no estaba mirando nada. Tenía la vista fija al frente, con la mirada desenfocada, y los labios a medio camino de formar unas palabras que no estaba pronunciando.

—Callad un momento —les dijo a los demás mientras le enviaba al mago otra oleada de poder—. ¿De qué se trata?

Kier se puso en pie de golpe, desenvainó la espada y soltó una palabrota en un arrebato encantador de ira.

—Corazones latiendo —dijo mientras se dirigía a la habitación trasera.

Allí no había ventanas, pero se abalanzó hacia la escalerilla que conducía a la buhardilla.

Grey se apresuró a pisarle los talones. Los demás comenzaron a seguirlos, pero ella les hizo un gesto rápido con la mano. Eron arrastró a Sela a un rincón de la habitación, lejos de la puerta y las ventanas. Ola y Brit, con las espadas desenvainadas, permanecieron junto al umbral. Kier subió a la buhardilla y abrió un conducto que debía de haber encontrado antes. Al verlo tomar impulso para salir al tejado, Grey vaciló, pero al final lo siguió y se arrastró para sentarse a su lado sobre las tejas.

—No tengo dudas de que vamos a atravesar el tejado y caernos —masculló con el corazón palpitándole con fuerza dentro del pecho.

Kier parecía… No sabía cómo decirlo; no encontraba las palabras. Le envió más poder y él se estremeció.

—¿Qué percibes? —le preguntó Grey mientras, con los ojos entornados, intentaba ver algo en medio de la noche gélida.

La oscuridad era fría y tenía cierta claridad. Sobre ellos, el cielo estaba despejado, pero la fase de la luna era cuarto creciente, por lo que estaba muy oscuro, y al estar en una zona tan baja de la montaña tampoco contaban con el efecto lumínico de la nieve.

—Espero estar equivocado —masculló Kier. A ciegas, estiró el brazo y ella le aferró la mano y se la estrechó con fuerza. Él tomó aire de forma entrecortada cuando el vínculo entre ambos se espesó y se tensó por el influjo de poder—. Hay corazones latiendo, Grey.

Humanos. Están por todas partes.

Ella se dio la vuelta y miró detrás, hacia la loma. Después, más arriba y, allí, en un bosquecillo de árboles que se extendía a espaldas del mago, distinguió a duras penas el resplandor apenas visible de una luz maga.

—Kier —dijo, apuntando en aquella dirección con un gesto de la cabeza. Él se giró y tomó aire con los dientes apretados—. ¿A cuántas personas sientes?

Él cerró los ojos y Grey sintió el chisporroteo de la magia.

—Treinta. Por lo menos —contestó con tono derrotado—. Tal vez más. Estamos tan cerca de la frontera… Quería evitar la montaña más alta. Joder, Grey…

—Oye, oye, oye… —dijo, estrechándole la mano—. Hemos salido de situaciones peores.

—Estamos rodeados —replicó él. Con su magia, estaba trazando una escena que ella no era capaz de ver—. Creo que no podemos hacer nada contra ellos. No con Brit todavía herida.

No si tenemos en cuenta que solo somos cinco y Sela.

—No entres en pánico —insistió Grey. Aunque ella también estaba siendo presa del pánico, así que aquel consejo no sirvió de nada.

Kier tenía la mirada perdida en la lejanía, lejos de la cima de la

montaña. A Grey no le gustó el gesto que le atravesaba la cara.

—¿Sabes? Podrías sacarlos de aquí —dijo él en voz baja.

—Kier, no voy a abandonarte.

—Al menos, podrías dejar que intentara protegerte —replicó, frustrado.

Ella sacudió la cabeza. No pensaba volver a ser la superviviente; no cuando Kier era la persona a la que se arriesgaba a perder.

—Deja de lado por un segundo la idea de convertirte en un mártir. ¿Y si…? ¿Crees que podríamos con ellos? Nosotros dos juntos…

Él la miró de golpe, con una ceja arqueada.

—¿A treinta? ¿A cuarenta? ¿A toda una compañía? Ni en broma.

—Podríamos intentarlo.

Kier negó con la cabeza.

—También hay pozos. Incluso aunque pudiéramos matar a los magos y a los típicos, no tendríamos fuerza suficiente para enfrentarnos después a las manos.

Grey se mordió el labio mientras evaluaba el pozo que tenía en las entrañas. Por miedo, nunca le había contado lo que significaba realmente ser Locke; lo que de verdad implicaba ser el primer y el último destino del poder y sostener entre las manos el destino de todos los pozos.

En aquellos dieciséis años que llevaba queriéndolo, no le había contado lo que había hecho; lo que era capaz de hacer. Había una posibilidad de que, cuando lo supiera, dejara de quererla.

Kier se dio cuenta de que estaba dándole vueltas a algo y le agarró la mano. El poder fluyó con más fuerza entre ellos.

—No podemos contra todos los dos solos.

Tras la espalda del mago, vio movimiento cuando la primera línea de soldados se puso en marcha colina abajo en dirección a la casita. Sospechaba que no los habían visto en el tejado.

—Solos, no —replicó.

Conforme la hilera de soldados se dirigía hacia ellos sin prisa pero sin pausa, comenzó a darse cuenta de la realidad de la situación. Vio que Kier desviaba la mirada y sospechó que, por encima de su hombro, estaba viendo lo mismo.

—¿Capitán? —dijo Eron desde abajo—. Hay movimiento al frente.

—¿Confías en mí? —le preguntó al mago.

Él la miró, más serio de lo que lo había visto jamás. No tenía ni idea de en qué podría estar pensando cuando dijo:

—Sin un atisbo de duda.

Cuando hiciera aquello, cuando se lo mostrara, no podría volver a retractarse.

Extendió el brazo con mucho cuidado y le tocó el pómulo.

—Tú y yo —dijo en voz muy bajita, como si ya se le hubiera roto el corazón.

—Tú y yo —asintió él—. El recuento final asciende a cuarenta y tres.

Ella asintió y percibió aquel extraño poder recorriéndola, tan plácido como siempre.

Cuando lo siguió por las escaleras, volvió a sentirse como aquella niña que había ido tras Severin al sótano. Cuando las botas de Kier rozaron el suelo, aquella imagen se desvaneció y el fuego se extinguió.

—Rápido, escuchadme con atención —dijo él—. No tenemos mucho tiempo.

Los otros permanecieron de pie, incómodos, con las armas listas y la confusión evidente en la cara.

—Estamos totalmente rodeados —anunció con aquella especie de júbilo sombrío que se apodera de ti justo antes de una experiencia cercana a la muerte.

O justo antes de la muerte, pensó ella.

—Grey y yo vamos a hacer lo que podamos. Brit, Ola, en cuanto oigáis lo más mínimo, quiero que salgáis corriendo por la puerta delantera, colina abajo hacia el mar. Eron, Sela: montad a *Palomo* e id a buscar refugio. Brit y Ola os alcanzarán. Id todo lo lejos que podáis.

Si sobrevivimos, os encontraremos. ¿Entendido?

—Pero, capitán… —comenzó a decir le mague.

—Es una orden —replicó él. Miró a Grey con los ojos cargados de anhelo y ella lo comprendió. Titubeó mientras pasaba la vista entre los demás—. Creo que no tengo palabras para expresar el honor que ha sido lideraros.

Grey fue incapaz de mirarlo porque, si Kier estaba actuando de un modo tan sensible de forma tan abierta… Bueno, eso significaba que de verdad había llegado el final, ¿no?

Los demás se pusieron los abrigos y ella se colocó la espada en la cadera, tal como hacían los soldados: necesitaba las manos.

—¿Puedes distinguirlos de los enemigos? —le murmuró a Kier mientras se dirigían a la habitación frontal.

—Sí —contestó él—. ¿Confías tú en mí?

Ella lo miró largo y tendido. Si no confiara en él, habrían muerto mucho tiempo atrás.

Cuando salieron por la puerta y la cerraron tras de sí, no había ni rastro de movimiento.

Tenía la impresión de que la quietud de la noche era muy artificial: no había aves volando, ni criaturas pequeñas removiéndose entre la hierba. Se alejaron tres pasos de la entrada y se detuvieron.

—Si sobrevivimos a esto —dijo Grey en voz baja—, quiero traer Locke de vuelta.

Sabía con una certeza absoluta que había muy pocas probabilidades de que sobrevivieran a aquello.

La comisura de los labios de Kier, medio cicatriz y totalmente suya, se curvó hacia arriba.

—Entonces, nos veremos allí —contestó él.

Frente a ellos, algo se movió entre la hierba. Se oyó una señal y, entonces, aumentaron los ruidos y crujidos. No les quedaba mucho tiempo. Grey tomó aire, pero no apartó la vista de su mago. Sintió su propio poder en las entrañas y tiró de él.

En aquel momento, mientras observaba a Kier y él le devolvía la mirada, se dio cuenta de que siempre había tenido que ser así: los dos juntos, muriendo de aquel modo, tan pegados el uno al otro que, años después, alguien pasaría por el lugar y se toparía con sus huesos entrelazados.

Al borde de la muerte, se preguntó de forma distraída qué habría sido del cuerpo de su hermano.

Severin —pensó—. *Severin, ¿cómo podría olvidarte?*

Sintió el tirón en las entrañas y, antes de que pudiera abandonarse al poder, se inclinó hacia delante. Apoyó una mano en la mejilla de Kier para armarse de valor. Después, se puso de puntillas y lo besó una sola vez, acercando los labios a los suyos en un movimiento que resultó casi casto. Aquella era la única despedida de la que se veía capaz.

Se apartó, pero él le apoyó una mano en la parte baja de la espalda y la apretó con fuerza contra sí. Le enterró una mano en el pelo, extendió los dedos y le acarició la sien con el pulgar. Kier la besó. La besó de verdad, tal como nunca antes la había besado, y a Grey le dolió el corazón por todas las cosas que jamás llegaría a tener.

Tal vez Kier sí lo supiera. Tal vez, después de tanto tiempo, aquel fuese el único consuelo que pudiera ofrecerle.

Cuando volvieron a separarse, él la miró y le apartó el pelo de la frente. Entonces, le susurró el lema de Locke:

—«El poder de la valentía».

Extendió las manos con las palmas hacia arriba. Grey colocó las suyas encima y sintió el intercambio certero de un circuito cerrado; de su poder fluyendo hacia él y creciendo cada vez más y más. Tomó todos aquellos sentimientos que la hacían más poderosa y los devoró sin preocuparse por si se transmitirían o no a través del vínculo. Se enfrentó a la adoración, la entrega, el amor, los celos, la agonía y el

anhelo. No existía ninguna palabra que pudiera pronunciar que abarcara todo aquello, los dieciséis años que había pasado a su lado y la devastación que sentía por no disponer de más.

Se obligó a concentrarse en el pozo palpitante de poder que tenía en las entrañas. Se estiró más y más, expandiéndose hasta encontrar el resto de palpitares que los rodeaban y, entonces… tiró.

En algún lugar se oyó un jadeo y, después, un grito. Y otro más. Kier abrió los ojos de golpe.

El color de sus iris no era del todo avellana, pues resplandecían bajo el brillo dorado que emanaba de las palmas de sus manos. Se produjo otro grito, demasiado cercano, y él dijo:

—Grey…

Sintió que el poder se desprendía de los pozos que los rodeaban y oyó los chillidos de horror conforme todos ellos se agotaban y quedaban vacíos. Aquello era demasiado. El poder la llenaba mientras tiraba con más fuerza, dejando a los demás despojados y tan indefensos contra la magia de Kier como un típico normal y corriente.

Tomó todo ese poder y lo empujó hacia Kier. El vínculo anclado a sus entrañas se tensó tanto que creyó que acabaría partiéndola por la mitad. Apretó los dientes para soportar el dolor y las lágrimas se le escaparon de los ojos antes de caer rodando por sus mejillas. No había recordado lo mucho que dolía albergar tanto poder en su interior y extraerlo de la fuente.

Disponer de tanta energía a la vez y ser capaz de controlarla era como estar borracha.

—Tómalo todo —dijo.

Kier le hizo caso. Grey sintió que el poder la abandonaba en una oleada feroz antes de que otra corriente se abalanzara sobre ella para reemplazarlo. Entonces, se oyeron gritos aún más fuertes a su alrededor. Pensó que ella también estaba gritando y que tal vez su mago también lo estuviera haciendo.

En ese momento, estalló.

Cayó de rodillas sobre la tierra. Tenía sangre en la boca. Tenía sangre

en la boca y no se había derrumbado del todo porque había algo… Algo la había atrapado y la estaba sosteniendo. Los gritos de alrededor se acallaron de forma brusca.

Las manos de Severin sobre las suyas, apretándoselas con tanta fuerza como para dejarle moraduras…

No le quedaba nada. Era un recipiente vacío tendido en el suelo, de espaldas. Contempló el cielo nocturno durante un instante inconmensurable mientras se ahogaba con su propia sangre.

En el mismo instante en el que su madre había muerto, había sentido en el estómago el movimiento del poder…

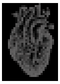
«El poder de la valentía». La visión empezó a fallarle y tan solo fue consciente a medias de la voz que pronunciaba su nombre. En silencio, se desvaneció.

PARTE III

Una

de

Hierro



Cuando el barco llegó a puerto, la noche acababa de caer en la isla de Locke.

En la antigüedad (en realidad, tampoco había pasado tanto tiempo), el descendiente de la Isla que no era designado como heredero se casaba en base a cartas, reuniones furtivas y discusiones sobre el intercambio y las renovaciones del poder. Aquel había sido el destino de la dama Wren, a la que habían enviado a Nestria la semana posterior a su decimoctavo cumpleaños para que se casara. Aquel había sido el destino de las tías, los tíos, las tías abuelas y los tíos abuelos de Locke. Desde siempre, sus padres les habían enseñado que la elección no era más que una ilusión. A pesar de que el resto de los habitantes de Idistra y los aldeanos podían cortejarse, involucrarse en aventuras románticas y casarse según sus deseos, aquel no era el papel de la Isla o de su familia.

Nadie era lo bastante idiota como para hablar de amor. Sobre todo, teniendo en cuenta que quienquiera que se casara con Severin no sabría si se estaba casando con el heredero de la Isla y su poder o tan solo con un hermano más.

—La elección es tu derecho —le dijo Isaak Locke a su hijo mientras le quitaba pelusillas imaginarias del hombro.

Estaban en una de las estancias superiores de la fortaleza, en los aposentos destinados al uso privado de la familia. La luz de las velas resplandecía con calidez en medio de la penumbra gélida. Casi era primavera pero, en la Isla, aquello apenas importaba. De hecho, no importaría en absoluto hasta que el verano no asolara Osar, Maerin, el Bosque Fantasma y los Yermos durante más o menos tres semanas antes de desaparecer con la misma velocidad. Isaak ya había vestido a su primogénito con uno de sus jubones, que estaba bordado con un hilo brillante de oro que dibujaba la forma de unas peras y unas cerezas.

—Esto es un aburrimiento —dijo Maryse desde el rincón en el que estaba sentada.

Severin la fulminó con la mirada. No discutían a menudo, más allá de las riñas habituales entre niños. Después de todo, dado que había siete años de diferencia entre ellos, no solían tener demasiadas cosas sobre

las que discutir.

—Gremaryse… —suspiró Isaak—. ¿No quería hablar contigo tu madre?

—Ya lo ha hecho —contestó la niña mientras volvía a acomodarse en el cojín en el que estaba sentada en el suelo. Se suponía que era para Markit, la perra de Severin, pero habían enviado al animal a pasar la noche a los establos, ya que no le gustaban demasiado las visitas. Normalmente, aquello no habría supuesto un problema, dado que la Isla recibía muy pocas. Al menos, hasta hacía poco.

—¿Y bien? —preguntó el hombre, mirando a su hija.

Maryse estaba segura de que se había dado cuenta de que las trenzas se le estaban empezando a deshacer y de que el hecho de que se hubiera hecho un ovillo sobre la cama de Markit significaba que, en aquel momento, estaría cubierta de pelo de perra y llevaría el vestido arrugado.

—Me ha dicho que me comportara —contestó con delicadeza.

Severin e Isaak intercambiaron una mirada. La niña se arrellanó todavía más en el cojín y cerró los ojos, relajada y arrullada por el aroma de la madera ardiendo y el suave murmullo de la voz de su padre.

—No tienes que tomar ninguna decisión —dijo el hombre, dirigiéndose de nuevo a su hijo—. No se trata de eso. Todavía no. Tan solo quiero que veas si te agrada; si es una chica con la que te gustaría volver a hablar.

Volvió a alisar la ropa de Severin y, después, tomó una cadena de la colección de joyas que había portado consigo y la prendió del pecho de su hijo. Maryse estaba bastante segura de que había sido un regalo de Torrin, pues los pequeños broches de piedras preciosas que había en cada extremo destellaban en un tono azul pálido. Aquel era el color scaelano.

—¿Todo esto es por lo que le ha pasado a la tía Wren? ¿Porque el tío Pol es un chucho, un bruto y un tirano?

Isaak se aclaró la garganta y le lanzó una mirada a Maryse, que estaba observándolos a través de las pestañas, fingiendo estar dormida. Tenía

la sensación de que no debería estar presente en aquella conversación, así que se acomodó todavía más en la cama de Markit y dejó que una sonrisa de placidez le asomara a los labios.

—Nacer para esto no fue elección tuya —dijo el hombre—. No escogiste nacer siendo Locke, siendo mago o siendo una pieza más sobre el tablero de juego. Así que lo mínimo que puedo ofrecerte es libertad, incluso aunque tu madre esté resentida conmigo por ello.

—Puedo que eso sea lo que diga —replicó Severin mientras se alejaba de su padre—, pero no es verdad. Después de todo, se casó contigo por amor.

—Se casó conmigo por deber —le corrigió el hombre—. Tan solo tuvimos la suerte de que el deber y el amor no fuesen mutuamente excluyentes.

Al final, aquel plan había sido idea de Isaak. Maryse había acechado los pasillos mientras sus padres discutían entre susurros (lo que era poco habitual en ellos) sobre el futuro de sus hijos. Isaak era scaelano y había pasado a formar parte de la familia de la Isla a través del matrimonio, por lo que era probable que las costumbres de Locke todavía le resultaran frías e insensibles. Tras casi una semana de aquellas discusiones en voz baja y otra más en la que Maryse había tenido que soportar los silencios pétreos entre Isaak, Locke y Severin durante las comidas familiares, sus padres habían cedido un poco.

Como hijo de la Isla que no había nacido para heredar, Severin tenía que casarse con una noble de alguna de las otras naciones de Idistra para proteger las alianzas y aumentar el poder. Sin embargo, por muchas veces que su esposa le recordara las costumbres que tenían, a Isaak no le gustaba la idea de concertar un matrimonio.

A cambio, le había pedido a Locke que llegaran a un acuerdo: desde que Severin cumpliera los quince años hasta el día que decidiera casarse, cada mes, acogerían durante una semana a una de las nobles que cumplían los requisitos. Aquello permitiría que su hijo pudiera conocerlas antes de ser lo bastante mayor como para casarse y mantener correspondencia con las jóvenes para así, con el tiempo, entablar una relación con ellas. No iban a obligarlo a un matrimonio sin amor, tal como le había ocurrido a la querida tía de Maryse durante su juventud. Seguiría casándose por poder y seguiría cumpliendo con los ritos de la Isla, pero tomaría su propia decisión.

Tras enterarse de aquel acuerdo, su abuela se había pasado semanas

furiosa. Lo único que había logrado que saliera de sus aposentos ante la llegada de la primera noble invitada, procedente de Nestria, habían sido las ganas de fisgonear. Maryse podía entenderlo, ya que había pocas cosas más que lograran que ella misma se comportara.

Sin embargo, en aquel momento, justo antes de que comenzara la tercera visita, Maryse sentía que ese asunto se estaba volviendo bastante aburrido. Después de todo, ¿cuántas chicas había en Idistra que fueran a querer casarse con alguien como Severin? Quería a su hermano, pero no comprendía cómo otra persona podría estar dispuesta a quererlo a menos que se viera obligada a hacerlo.

—Maryse —dijo Isaak con voz suave.

La niña sintió la mano de su padre en la mejilla, abrió los ojos y lo encontró inclinado sobre ella. Olía a pino y al frío de la isla, como siempre (salvo aquellas ocasiones en las que el tío Torrin iba a visitarlos, en cuyo caso olía a vino y, a veces, al licor oscuro favorito del hombre). Tenía el pelo gris casi por completo y los ojos rodeados de arrugas, aunque seguía teniendo una mirada alegre. Cuando pensaba en él, siempre estaba riendo. Echó un vistazo por encima de su hombro para observar a Severin, que se estaba mirando en el espejo mientras escogía un pendiente.

—¿Sí?

Él le agarró las manos y tiró para que se incorporara antes de acuclillarse frente a ella.

Maryse dobló los dedos para rodearle las manos y, como siempre, le pasó las yemas por los anillos. Llevaba uno que simbolizaba su matrimonio con Locke, otro que mostraba el escudo de armas de la Isla y su propia firma como lord consorte, y un tercero que hacía que su abuela pusiera los ojos en blanco: un recuerdo de Scaela como muestra de gratitud.

—¿Qué más te ha dicho tu madre? —le preguntó él con un tono de voz más tenso e insistente.

Maryse bajó la vista hacia sus manos entrelazadas y hacia las pecas que salpicaban la piel de su padre bajo los puños de la camisa.

—Me recordó lo que tengo que hacer cuando tenemos visitantes —contestó con voz queda.

—Repítenoslo —dijo Severin desde el otro lado de la estancia.

Su hermano se había dado la vuelta y estaba apoyado en la cómoda con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en las botas. A veces, cuando adquiría aquella postura y ella alzaba la vista para mirarlo, seguía siendo un muchacho. Sin embargo, en otras ocasiones, se percataba de que ella no era más que una niña y, desde luego, él ya no.

Se mordió el labio. Deseaba que llegase un día en el que pudieran repasar todos aquellos pasos sin necesidad de que le recordaran la peor parte.

—Si desenvainan las armas —contestó con voz aguda y nerviosa—, tengo que correr al sótano. No al sótano bonito, sino al que usamos como despensa y que está más abajo.

Entonces, tengo que atrancar la puerta. Una vez allí, debo esperar a mi guardia. Sin importar lo que ocurra, debo esperar a que alguien venga a buscarme.

—¿Y qué más? —apuntó Severin, arqueando una ceja.

—Quienquiera que venga a buscarme tiene que saber recitar *Los versos sagrados de la Isla* —

contestó Maryse—. Y no puedo escoger siempre el verso veintisiete solo porque sea mi favorito, ya que eso facilita demasiado las cosas —añadió.

—Muy bien —dijo su padre. Entonces, le dio un tironcito del pelo—. ¿Y tus lazos? —Ella giró la cabeza y tragó saliva con fuerza. Su madre en persona la había peinado. Su padre pasó los dedos entre los lazos y las perlas trenzadas entre ellos. En realidad, no eran perlas.

Eran veneno—. ¿Qué hay de tus botas? —preguntó él. Apoyándose en el hombre para mantener el equilibrio, se puso en pie y alzó los pies para mostrarle el talón de una bota y, después, el de la otra. Él les dio un golpecito para comprobar que las cuchillas siguieran ahí.

—Maryse —dijo Severin—, ¿y si uno de ellos intenta secuestrarte?

Odiaba aquella pregunta más que ninguna otra.

—No pueden tener éxito —contestó en voz baja.

—Muy bien —dijo Isaak antes de besarle los nudillos. Después, con un crujido de las rodillas, se puso en pie sin soltarle la mano—. Severin, ¿y en caso de que tú estés con ella?

¿Si puedes salvarla?

Un músculo se tensó en la mandíbula de su hermano.

—Sé lo que tengo que hacer.

No fueron a por ella al tercer o cuarto mes. Ni siquiera al quinto. Fue durante el séptimo mes, unas semanas antes del festín para celebrar su noveno cumpleaños, cuando el deseo de Isaak de que su hijo pudiese escoger se convirtió en la perdición de la Isla.

En el templo de Retarik en Osar, que habían convertido en un salón de fiestas, Severin y Maryse estaban acomodados en torno a la mesa principal, esperando a la comitiva. Maryse odiaba aquel salón enorme y frío, estaba empezando a hartarse de aquellas recepciones mensuales y, además, su hermano le había robado el último pastelito de miel. Estaba sentada con los brazos cruzados y un mohín mientras, frente a ella, los cortesanos bailaban.

Se esforzaba por evitar los ojos de Locke. Sin duda, su madre le estaría lanzando una

mirada severa para que se comportara de un modo más acorde a su posición; para que actuara como la heredera de la Isla.

Antes de que comenzaran los banquetes mensuales, Locke rara vez había organizado festines como aquel; rara vez había convocado a todos los habitantes de la Isla para celebrar algo. Pero, en aquel momento, siete meses después, ellos también bailaban como si estuvieran cansados de aquella aventura.

Mientras daba patadas a uno de los travesaños de madera que había debajo de la mesa, Maryse se preguntó cuánto podría durar aquella infamia.

A su lado, su hermano estaba hundido en la silla con una rodilla

levantada para apoyar el codo. Su padre no dejaba de lanzarle miradas reprobadoras que él ignoraba de forma estudiada.

Aquel era el séptimo mes, pero era la primera vez que la visitante era una pretendiente repetida que Severin había solicitado específicamente para una segunda visita.

Aquello no era una boda, pero tampoco era un acontecimiento insignificante.

No dejaba de mirar a su hermano. Tan solo tenía quince años, pero lo más probable era que tuviera que casarse a los dieciocho, para lo que, en realidad, no faltaba demasiado tiempo…

Al menos, se casaría con una persona a la que conocía. Alguien a quien él mismo había escogido. Maryse suponía que, si tuviera que casarse con alguien a quien no conocía, tal como le había ocurrido a la tía Wren, estaría aterrada. Suponía que preferiría tener que aguantar tres años de fiestas mensuales horribles con tal de prevenir algo tan atroz.

Pensó que, si Severin tomaba ya su decisión y se concentraba en el cortejo en lugar de en conocer a más chicas, tal vez los festines pudieran llegar a su fin o, al menos, ser menos frecuentes.

Si aquella noche hubiese quedado alguien en Maerin, se habría percatado del destello de los escudos que rodeaban los barcos y de los soldados que bajaron de ellos tras haber soltado a la dama y haberla llevado al templo. Habrían visto cómo las fuerzas se arrastraban con rapidez por Maerin y, después, entre las casitas que salpicaban el camino entre Maerin y Osar, deshaciéndose con eficiencia de cualquiera que se hubiera abstenido de asistir a las festividades de la velada. Se habrían dado cuenta del aroma empalagoso que pendía del aire, causado por algún tipo de droga que acababan de descubrir en tierra firme y que rompía el vínculo entre mago y pozo; una droga que hacía que el sistema mágico de advertencia entre los guardias y su alta lady resultase inútil.

Se habrían percatado del momento exacto en el que empezaron a arder las primeras casas.

En el gran salón, el jolgorio se detuvo cuando las puertas se abrieron y los habitantes de la Isla se pegaron a las paredes para crear un amplio pasillo entre la entrada y la mesa principal.

Junto a Maryse, Severin dejó de removerse con nerviosismo. No

parecía menos aburrido, pero aquello mismo no era más que una máscara.

Los caballeros entraron formando cuatro columnas. En las sobrevestas mostraban el escudo de Eprain: un jabalí atravesado por una lanza sobre un campo de flechas. Cuando llegaron hasta la mesa, se separaron para dejar a la vista a la chica. La última vez la había acompañado su padre, el comandante de la nación que, a su vez, era el hermano pequeño de Epras. Sin embargo, en aquella ocasión, estaba sola. Iba vestida con seda de un color rosa pálido y llevaba la melena rubia trenzada y apartada del rostro. A Maryse le pareció que goteaba joyas preciosas: desde los pesados zafiros que lucía en la garganta y las orejas hasta la redecilla de perlas y diamantes que le cubría el cabello. Era como si la hubieran sumergido en el mar y hubiera arrastrado con ella los restos resplandecientes de las profundidades azules.

Entonces, se preguntó si alguna de aquellas gemas sería también veneno.

Frente a la mesa, la joven se dejó caer de rodillas e inclinó la cabeza.

—Majestad —le dijo a Locke como muestra de deferencia. Después, en un tono de voz más quedo—: Mi señor.

Locke se puso en pie.

—Dama Polenna —contestó, dirigiéndose a ella antes de hacer un gesto con la cabeza a los caballeros—. Es un placer verte de nuevo.

Aquello era mentira. La última vez, después de que la chica se hubiera marchado, Maryse y su madre habían dado un animado paseo a caballo por el bosque para que ella pudiera entrenar su vínculo bajo presión y a distancia.

«No me gusta —había admitido ante su madre mientras atravesaban los árboles—. Creo que es aburrida».

Locke la había mirado con el ceño fruncido y ella se había preparado para su desaprobación, pero los ojos de su madre habían destellado mientras se limitaba a sacudir la cabeza.

«No puedo decir que no esté de acuerdo —había dicho al fin—, pero una esposa aburrida es mejor que una esposa peligrosa».

En aquel momento no había ni rastro de aquel sentimiento. Como

siempre, Locke saludaba a los foráneos con un desinterés frío y distante (incluso puede que con cierto aire de superioridad) que, sin importar cuántas veces practicara aquella mirada y el tono de voz frente al espejo, Maryse nunca conseguía replicar.

—Mi lord Epras se disculpa por su ausencia, majestad —dijo uno de los caballeros.

—Me consterna saber que no ha podido acompañar a su sobrina —replicó Locke.

Maryse observó la mano que su madre tenía apoyada sobre el cáliz de vino. Cuando se lo llevó a los labios, golpeteó el metal con el anillo de sello de plata.

Algo iba mal. A diferencia de ella, su madre nunca tenía tics nerviosos.

—Igual de consternado que se siente él, os lo aseguro.

Locke inclinó la cabeza.

Maryse, ataviada con sus mejores galas, se removió. No le gustaba la mirada que desprendían los ojos de su madre. En ellos había una ira que hervía justo por debajo de la superficie. Era como cuando ella hacía algo que no debía hacer frente a desconocidos y la mujer tenía que mantener la compostura y no regañarla hasta quedarse a solas. En aquel momento, se sintió muy feliz de que aquella mirada no estuviera dirigida a ella.

—Habéis traído una gran fuerza —dijo Locke—. Sobre todo, teniendo en cuenta que se trata de un segundo encuentro.

El caballero no dijo nada.

La chica, que había sido ignorada hasta ese momento, se dirigió hacia la mesa e inclinó la cabeza ante Severin. Él hizo lo mismo, aunque la inclinación no fue tan profunda como el protocolo dictaría apropiado, pero lo suficiente como para responder al gesto. Vio que su hermano tenía la mano al costado, cerrada en un puño.

—¿Recibiste mi última carta? —preguntó la joven con voz queda y dulce.

—Así es —contestó él.

Maryse no entendía realmente de qué estaban hablando. Había visto a su hermano sonrojarse mientras leía pergaminos en la biblioteca de la fortaleza pero, cada vez que se acercaba, los doblaba y la despachaba de allí. «No es asunto tuyo», le decía cuando ella le preguntaba qué estaba leyendo. Tras el comienzo de la llegada de las cartas, había empezado a pasar más y más horas en su dormitorio y cada vez era más frecuente verlo con los dedos manchados de tinta.

Estaba tan nervioso que le temblaba la voz. Maryse lo contempló con algo parecido al asombro mientras extendía la mano para tocar el rostro de la muchacha y se le suavizaba el gesto. Locke no miró a la pareja e Isaak tampoco. Ambos tenían la vista fija al frente, como si estuvieran retando a su corte a que hiciera algún comentario al respecto.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —preguntó Severin en voz baja.

La chica abrió la boca para responder y, justo en ese momento, en el exterior empezaron a sonar las campanas. Sabía que aquel repicar era el sonido de alarma que se utilizaba cuando el resto de los encantamientos de aviso habían fallado.

Fuera del salón se oyó un grito. Maryse, que volvía a estar concentrada, notó un enorme tirón en el estómago cuando la droga comenzó a disiparse y empezó a percibir la desolación que arrasaba la Isla sin que ellos se hubiesen percatado.

Una onda de movimiento atravesó la multitud. Oyó a alguien chillar y, entonces, Locke se puso en pie.

—¡Guardias! —gritó.

Maryse apartó los ojos de Severin. Por toda la estancia había gente derrumbándose: magos que se desmoronaban y pozos que se quedaban de pie, conmocionados. Vio que uno de los soldados de la joven se daba la vuelta y le clavaba la espada en el vientre a alguien.

Su hermano se movió con tanta rapidez que ella ni siquiera se dio cuenta. Un segundo estaba de pie, con la chica tomándole el brazo y, al siguiente, le había atravesado el corazón con la daga y ella estaba cayendo de rodillas frente a él con un gesto de evidente sorpresa en el rostro.

Maryse se quedó observándolo, boquiabierta. A pesar de todas las lecciones que había recibido, de las perlas envenenadas y los cuchillos en las botas, su hermano había estado aprendiendo sus propios rituales para proteger tanto a la Isla como a su hermana.

Severin había aprendido a no vacilar.

—Llévatela —dijo Locke con tono urgente mientras lo rodeaba para acercarse a Isaak, que se estaba poniendo en pie.

Severin, cuyas manos todavía estaban resbaladizas por la sangre, agarró a Maryse. Le llevó un instante darse cuenta de que estaba llorando y de que unos gemidos desgarradores le salían de la garganta. Su hermano la acalló mientras, cargándola en brazos, atravesaba corriendo las cocinas y, después, un pasadizo que comunicaba con el sótano. Allí también había otra escalera que conducía al mar pero, cuando la abrió de par en par, se encontraron con un muro de llamas. Cerró la puerta con fuerza mientras tosía por culpa del humo.

Severin titubeó y ambos oyeron las botas en el suelo por encima de ellos.

—Pensaba que la querías —dijo Maryse con un sollozo mientras intentaba encontrarle sentido a la situación.

En el piso de arriba, alguien gritó. Se trataba de uno de los cocineros.

—Te quiero más a ti —contestó él con ferocidad. La dejó sobre la tierra y empezó a dar vueltas de un lado para otro, mesándose el cabello—. No sé… Por los huesos de Retarik…

No tenía que pasar esto. ¿Qué hacemos ahora? ¿Qué hacemos?

Maryse se encogió cuando su hermano juró en nombre de la diosa. Se sentó con las rodillas apoyadas contra el pecho. Sentía el tira y afloja de la magia en el piso de arriba. Sentía los pozos extinguiéndose como las llamas. No se veía capaz de extender la mano hacia las perlas o los cuchillos; no cuando no estaba sola; no cuando Severin también había escapado; no cuando aquello estaba ocurriendo de verdad.

—¿Locke sigue con vida? —le preguntó su hermano mientras se ponía de rodillas frente a ella.

Aguzó los sentidos. No se le daba bien, pues todavía no tenía

demasiada práctica, pero insistió. Intentó sentir la presencia de su madre en la batalla que se estaba desarrollando arriba. En el centro había una gran llama, pero estaba menguando.

—Sí —contestó.

Pero no por mucho tiempo, le susurró algo en la cabeza.

Severin debió de comprender el gesto que mostraba en el rostro, así que le agarró ambas manos con fuerza.

—No puedo protegerte de esto —le dijo. Le sostuvo la cara y se acercó a ella para darle un beso en la frente—. No tengas miedo, Maryse.

—No lo tengo.

Él tomo aire y el pánico desapareció de su rostro para transformarse en una calma pacífica que ella no comprendió. En ese momento, le asustó lo mucho que su hermano se parecía a su padre.

—Necesito que hagas algo. —Ella lo miró, aterrorizada. Se oyeron botas en las escaleras y, después, golpes en la puerta. Severin alzó la vista por encima de su hombro y tomó aire con los dientes apretados —. No nos queda mucho tiempo.

Un dolor agónico le atravesó el cuerpo. Maryse jadeó y se agarró el vientre mientras un gran poder se extinguía. Gritó, intentando mantener a raya el dolor, pero no sirvió de nada.

Cayó hacia delante con las manos apoyadas en el suelo. Severin la sostuvo y la apretó contra sí. A su lado, su hermano temblaba y, cuando levantó la cabeza, vio que estaba llorando.

—Locke ha caído —dijo él, interpretando su gesto. Entonces, cerró los ojos un breve instante.

Maryse no podía detener los sollozos que le sacudían el cuerpo o el ruido quejumbroso que le surgía de algún punto de las profundidades del pecho. Tras ellos, se oyó un crujido y ella empezó a llorar con más fuerza cuando la puerta que estaba tras su hermano comenzó a humear antes de prenderse fuego.

Él sacudió la cabeza.

—Quédate en silencio.

Así lo hizo. Severin la movió hasta que ambos estuvieron en el suelo, el uno frente al otro.

Ella intentó limpiarse la nariz, pero él le atrapó la mano y se la sostuvo. Después, le tomó la otra. Un circuito cerrado.

Se oían golpes sobre y tras ellos. A la espalda de su hermano, había llamas crepitantes.

—Ahora, tú eres Locke —dijo Severin en voz muy baja—. ¿Lo entiendes? —Ella sacudió la cabeza—. Necesito que lo hagas.

No le explicó a qué se refería, pero tampoco necesitaba hacerlo. Quería que hiciera la única cosa que le habían dicho expresamente que no debía hacer a menos que la propia Isla estuviera en juego. Quería que hiciera aquello que más le dolía y que, a la vez, la hacía sentirse mejor que cualquier otra cosa.

—No puedo.

—Debes hacerlo.

—No…

—Maryse, si te encuentran… Si te capturan, se harán con todo el poder de Locke. Y hallarán la manera de controlarlo.

Hablaba rápido; tan rápido que sus palabras eran una maraña pero, aun así, las comprendió. Le estaba diciendo lo mismo que siempre le había dicho su madre; lo que siempre le había advertido que podría ocurrir.

—Podemos huir juntos.

—No podemos —contestó Severin. En aquel momento, las lágrimas le corrían libremente por las mejillas—. Si te capturan y te niegas a dejar que te controlen, te obligarán a engendrar un heredero en cuanto seas capaz de hacerlo; un heredero que les entregue el poder y al que puedan controlar. Y, entonces, te matarán de todos modos. No puedo salvarte. Tienes que ser tú la que salve el poder; tienes que salvarte a ti misma.

Lo sabía. Lo sabía todo. También sabía lo que le pasaría si no utilizaba su propio poder.

Apenas podía respirar y se estaba ahogando con sus propias lágrimas.

—Cuando todo haya acabado, tienes que huir. Si te olvidas de nosotros, vivirás, Maryse.

—No.

—¿Prometes que nos dejarás marchar? —susurró Severin.

—No —gimoteó.

No lo abrazó; no rompió el circuito. Él le estrechó las manos con más fuerza y le hizo daño.

—Tienes que hacerlo.

Mientras lloriqueaba, la puerta detrás de su hermano estalló con una llovizna de chispas.

Ambos se agacharon, pero las brasas ardientes cayeron sobre el cuerpo de Severin.

Inclinado sobre ella para escudarla, gritó. Entonces, sintió que se establecía el vínculo.

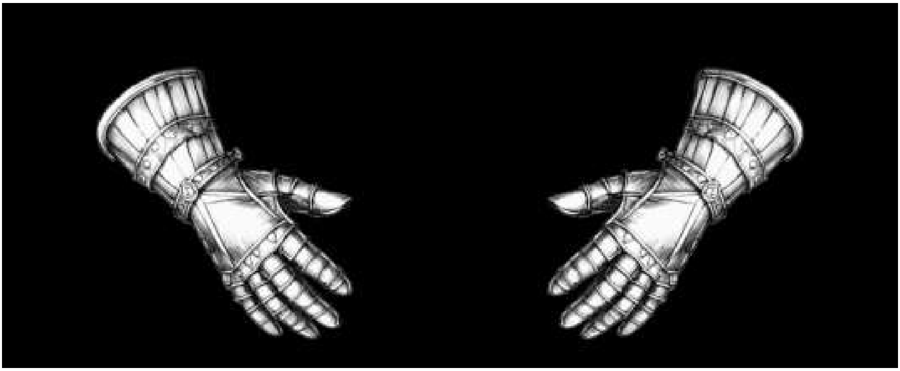
Aquella era la sensación más familiar del mundo.

—¡Locke, ahora! —gritó él.

Maryse se rindió. Aguzó los sentidos y sintió la corriente de la Isla creciendo bajo sus pies; sintió la oleada de poder mientras se lo arrebataba al resto de los pozos del lugar, que se abalanzó sobre ella formando un gran torrente. Mucho poder para un cuerpo tan pequeño.

Demasiado. Entonces, lo empujó hacia Severin y su hermano gritó.

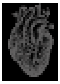
Con los ojos cerrados y las manos entrelazadas, hicieron estallar Locke y todo lo que había en la Isla.



«Amar no es una debilidad, Alma. ¿O ahora debería llamarte “Locke” en todo momento?

Ojalá yo hubiera sido tan afortunada con mi unión. Sinceramente, te envidio. Que alguien vea todos tus fallos (y, como tu hermana, te aseguro que tienes muchos) y, aun así, lo quiera todo de ti es algo formidable y poderoso».

Carta de Wren Locke Teinek para Alma, alta lady de Locke. Dieciocho años a. D.



dieciséis

Se sentía como si el pecho se le estuviera astillando en mil pedazos. Algo caliente se lo estaba presionando con fuerza suficiente como para romperla. Ya tenía los ojos abiertos cuando al fin consiguió enfocar la figura borrosa que se encorvaba sobre ella. Eran las manos de él lo que tenía sobre el corazón. Intentaba obligarlo a latir de nuevo.

—Te tengo —dijo Kier—. No te voy a abandonar.

No era necesario. Grey cerró los ojos y volvió a desmayarse.

—Grey.

Había vuelto en sí. Volvía a estar cerca de su cuerpo, aunque no recordaba haberlo abandonado o haber regresado. Su nombre le sonó suave e insistente; pronunciado por una voz de la que no estaba segura del todo. Era consciente de que le dolía la cabeza y de un dolor palpitante e infinito tras los ojos. Bufó ante la presión que ejercía, el calor húmedo que sentía en la boca y el sabor metálico. No creía ser capaz de moverse, pues sentía cada extremidad cubierta de cemento, paralizada, como si alguien la hubiese cubierto con una manta enorme de plomo y la hubiese anclado al suelo.

Unas manos en su frente apartándole el pelo. Algo frío.

—Grey —dijo de nuevo la voz.

Entonces, desde un lugar más distante.

—Capitán, se está moviendo.

—Maldita suerte la nuestra… Mira que perder a la sanadora… —comentó otra persona.

Brit.

—Si no vas a ser de ayuda, vete a otra parte —espetó Kier.

Movimiento. Más ruidos. Notó algo cálido y seco sobre la mejilla y, después, oyó una puerta cerrándose en alguna otra parte. Todas las voces quedaron en silencio y el resto de los sonidos se interrumpieron. Estiró las manos y tocó tela bajo ellas. Era una tela suave y agradable, no la de los petates que llevaban utilizando las dos últimas semanas.

El vacío se expandía en su interior como una herida en carne viva; como si le hubieran arrancado algo de las entrañas y la hubieran convertido en un mero caparazón. Se llevó una mano al vientre, intentando demostrar que seguía ahí. Otra mano atrapó la suya y algo trató de cobrar vida en aquel vacío.

La migraña se intensificó. Soltó un bufido. Él le rozó la frente con los labios y ella volvió a sumirse en la nada.

Se despertó con la sensación de ser un barquito surcando la cresta de una ola. Tomó aire.

Un segundo estaba dormida y gritando y, al siguiente, estaba despierta y gritando. La voz se le quebró en la garganta, que volvía a sangrarle, y la oscuridad era tan profunda, horrible y absoluta…

En la habitación contigua se oían ruidos pero, en aquella, se incorporó en medio de la nada.

El fuego cesó y Grey dejó de gritar. Abrió los ojos.

No sabía dónde estaba. Era un espacio cerrado con el suelo de tierra y el tejado de paja. Se encontraba en una estancia pequeña y estaba sola, a pesar de que él le había prometido que no lo estaría.

Una silueta ensombreció el umbral de la puerta. La conocía tan bien como conocía su propio corazón. Kier entró en la habitación con una luz maga pegada al pecho (no era suya; sin Grey, no podía serlo. Aquella era de un verde pálido) y se arrodilló frente a ella.

—¿Estás aquí? —le preguntó, cosa que ella no entendió.

Estiró el brazo para tocarle la cara, le pasó la mano por la barba incipiente y sintió un dolor profundo y palpitante en las entrañas. En su interior, el vínculo era flojo y estaba vacío.

—No puedo sentir mi poder —dijo, incapaz de contener el tono de pánico.

Kier cambió el peso de pie y se sentó junto a ella con las piernas cruzadas. Entonces, la sacó de entre las mantas y se la apoyó sobre el regazo.

—No pasa nada —masculló—. Yo sí lo siento. Es solo que… queda muy poco. Necesitas tiempo. Usamos demasiado.

Grey le enterró la cara en el pecho e intentó recordar algo a pesar de que el miedo se alzaba en su interior como la bilis.

—¿Qué hice?

Kier se quedó en silencio un instante.

—No sé si…

—Dímelo.

Una pausa.

—Los matamos.

—¿A cuántos?

Otra pausa.

—Cuarenta y tres. A todos ellos. Magos… y pozos.

Con un silbido, se quedó sin aliento. Recordó el dolor catastrófico que había sentido en las entrañas, la implosión de cuarenta y tres corazones de golpe y la cantidad de muerte que le había absorbido el poder hasta los huesos.

—No sabía que pudieras hacer eso —dijo Kier con cautela.

—Mmmmm. —Grey se permitió cerrar los ojos y que aquella pena de la que no hablaba se desplegara a través del vínculo. Él la estrechó con más fuerza—. No te acostumbres.

—No lo haré.

Kier se quedó en silencio un instante y Grey se dedicó a escuchar cómo le palpitaba el corazón, obligándose a no pensar en aquellas cuarenta y tres vidas perdidas en un abrir y cerrar de ojos; obligándose a no pensar en las miles de personas que habían caído junto con su nación desaparecida. Tanta destrucción, tanto dolor… Y todo por su culpa.

—Grey… —Su voz sonaba vacilante y ella quiso llorar. Ese era el motivo de que llevase tanto tiempo escondiéndose. No podía soportar que ahora supiera la verdad sobre ella—.

Antes de que se esfumara, nunca llegaron a nombrar al heredero de la Isla porque tú no eras mayor de edad.

Sintió miedo en el pecho, pero se trataba de Kier, y eso ya lo sabía.

—No —contestó—, así es.

—Entonces, ¿estaba Attis en lo cierto? ¿El poder pasó a ti cuando Severin murió?

Grey no podía mirarlo a los ojos. A lo largo de su corta vida, su madre había tenido una norma: no reveles quién va a heredar; no reveles quién es el mago y quién el pozo; no reveles el poder que posees o no. Incluso en aquel momento, incluso aunque se tratase de Kier, a quien confiaría su propia alma, no sabía cómo pronunciar aquellas palabras.

Recordaba aquel momento a los ocho años en el que Kier y Lot la habían mirado mientras trazaban un plan. Recordaba aquella mentira que le había sabido a veneno en la boca.

Sin embargo, dado que se trataba de él, no necesitaba mentir.

—No —contestó.

—Severin era mago, ¿verdad?

Grey cerró los ojos con fuerza.

—Sí —contestó.

—Él nunca fue el heredero de Locke. Siempre has sido tú.

Me mentiste. Se guardó aquellas palabras para sí mismo.

Grey no contestó. No era necesario. El heredero de Locke era siempre un pozo y, si el primogénito era un mago o un típico, entonces, otro de los descendientes asumía el control de la Isla.

—¿Puedo apoyarte en el suelo? Quiero verte la cara.

No quería que la mirara, pero necesitaba ver su gesto. Necesitaba saber qué aspecto tenía ahora que sabía que le había ocultado aquello, el mayor secreto de todos.

—Sí.

Kier se removió y la dejó tumbada bocarriba. Ella extrañó su calidez de inmediato. No podía imaginarse incorporándose sola y, mucho menos, intentar alcanzarlo. Sentía la columna vertebral extrañamente inarticulada.

Él se movió para apoyarle la mano en la mejilla y se la acarició con suavidad.

—¿Fue eso lo que ocurrió? —preguntó con voz tan queda que a Grey se le rompió el corazón.

Ella apartó la vista mientras, muy a su pesar, los ojos se le llenaban de lágrimas. Kier no necesitaba aclararle la pregunta. No necesitaba preguntar: «¿Fue así como los mataste a todos? ¿Fue así como destruiste Locke?».

—Sí —contestó con la voz quebrada. Cerró los ojos, deseando poder hacer que la verdad desapareciera—. Pensaron que si podían controlar a Severin, podrían controlar el poder.

Así que intentaron capturarlo. Pero el objetivo nunca fue mi hermano. Tenían que controlarme a mí.

Kier tomó aire y contuvo la respiración. Entonces, asintió y le dio un beso en la frente. Le costó un segundo sentir algo extraño, un pulso de luz arrastrándose por el vínculo. Fue como si una especie de calor se acomodara en su interior, acurrucándose en aquella caverna vacía en la que, de normal, residía su poder. Lo sintió, cálido y resplandeciente: un nuevo tipo de poder. Había dejado de parecerle que sus propios huesos no terminaban de estar donde deberían. Abrió los ojos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó. Kier la miró fijamente con gesto neutro. Sintió la pared contra el brazo, así que se incorporó para poder apoyarse contra ella—. ¿Dónde estamos? —

dijo mientras se frotaba los ojos. Ya no iba vestida con su camisa, sino que estaba envuelta con una sábana bastante grande y, debajo, llevaba el chaleco.

—Lo siento —replicó Kier al percatarse de la dirección de su mirada —. Cubriste todo lo demás de sangre o de vómitos, así que Ola se rindió con lo de intentar mantenerte vestida.

Estamos en otro refugio de pastores, más cerca del valle. Nos pareció… más seguro.

Grey asintió mientras contemplaba la pequeña estancia. Contra la pared habían apoyado el somier de una cama, aunque no había colchón, tan solo el metal desnudo. También había una puerta auténtica de madera, pero estaba cerrada.

—¿Saben lo que soy?

Kier hizo una mueca.

—Lo sospechan —contestó.

No tenía sentido preocuparse por aquello, así que Grey se obligó a proseguir a pesar de que sentía que todos sus secretos se estaban esparciendo frente a ella.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo? —preguntó.

—Dos días. Casi. Ni siquiera te inmutaste cuando te trasladamos. A Brit le diste un susto de muerte. Cualquiera habría pensado que estabas muerta si no hubieras hecho tanto ruido. —

Kier volvió a hacer una mueca—. No es que fuera la forma más segura de viajar.

Ella asintió.

—Lo siento. No pretendía… desvanecerme.

Él le tomó las piernas y se las estiró. Entonces, le apoyó las manos en los gemelos y le masajeó la zona que siempre le dolía.

—Estamos vivos gracias a ti.

—Eso no es cierto. Fuiste tú el que hizo magia.

Él sacudió la cabeza con lentitud y gesto reverente.

—Eso no es… Grey, sin duda tienes que saber lo increíble que resulta tu poder…

—Es evidente que no —contestó ella mientras apoyaba la cabeza contra la pared—. Sabes lo que soy; lo que eso significa y en qué me convierte.

Quería cerrar los ojos y dormir tres días más. Probablemente, dormir para siempre. Las manos del mago se detuvieron como si pudiera sentir el autodesprecio que emanaba de todos los poros de su cuerpo. Sí, habían sobrevivido, pero ¿para qué?

—Grey…

Abrió los ojos. Kier estaba sentado y quieto de aquel modo que ella nunca conseguía imitar, ya que necesitaba estar siempre en movimiento. Incluso en aquel momento, tenía los dedos enterrados en

la sábana con la que estaba cubierta y los estaba entrelazando con los bordes.

Él tragó saliva con fuerza y Grey observó cómo se le movía la garganta. La mitad de él era el chico que conocía, aquel chico con el que había crecido, modificado por un cuarto de tejido cicatrizal, una nariz rota recientemente y una barba y, aun así… Aun así, seguía siendo el mismo. El mismo, pero diferente. Cuando pensaba en él haciéndose mayor, Grey tan solo podía sentir una tristeza dolorosa y creciente en el interior. Quería saberse de memoria cada uno de aquellos cambios.

—Estuviste a punto de morir —dijo él.

—Sí.

No tenía sentido negarlo. Incluso en aquel momento, con cada movimiento que hacía se sentía como si estuviera a un mero traspié de la tumba.

—Y yo…

Grey se tragó el nudo que tenía en la garganta. Había llegado el momento. Aquel era el instante en el que iba a decirle que se había corrompido con aquel poder.

—¿Sí?

—No puedo imaginar vivir sin ti.

Una de las comisuras de los labios se le curvó en una sonrisa de medio lado, pero una semilla de amargura le brotó en el estómago. Se preguntó si no podía imaginarse viviendo sin ella o sin su poder.

—Pronto nos retiraremos, capitán —dijo—. ¿Todavía no estás harto de mí?

—Eso no era lo que quería decir; en absoluto.

Grey se rio y aquel sonido le dolió en el interior.

—Soy tu poder. Demasiado poder. Si me pierdes, nunca volverás a hacer magia.

No sabía por qué estaba diciendo aquello o por qué le dolía tanto.

Quería hacerse un ovillo allí mismo y que la dejaran en paz. Quería que su vergüenza la consumiera de pies a cabeza.

—Lo dices como si no hubiera nada más —replicó él.

Grey miró el grueso techo de paja y barro.

—¿Y acaso no es así? Da igual lo que seamos; tú eres mi mago y yo soy tu mano. Tal vez, hace años, fuésemos unos idiotas. Extraer poder de una sola persona por siempre jamás, esperar algo así… es algo lamentable.

Él se quedó en silencio un instante.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó—. ¿De verdad piensas eso? ¿De verdad crees que yo pienso eso?

No estaba segura de dónde procedía toda aquella amargura. Tal vez se tratara de la cercanía de la muerte, cuyas manos frías todavía le aferraban el cuello. O tal vez del recuerdo de Locke que tenía tras los párpados; de las manos de Severin apretando las suyas en los instantes anteriores a que todo se hubiera sumido en la oscuridad. Al morir, tan solo había tenido quince años. No había sido más que un niño. Nunca había llegado a ser nada porque había puesto todo su empeño en salvarla. Sin embargo, ¿qué había hecho ella? Lo había matado, tal como había matado a todos los que alguna vez la habían querido. Todo el poder de Locke a su disposición y ella lo había derrochado. ¿Y para qué?

Tal vez se tratara de que, en el fondo, sabía que no iban a retirarse al campo. En su futuro, no había paz y felicidad. Aquel hecho nunca le había parecido tan evidente y lloraba aquella pérdida con una desesperación pura que apenas comprendía.

Era la heredera de Locke, estaba enlazada con Kier y lo arrastraría con ella a las profundidades.

—Márchate, Kier —dijo.

—¿Crees que me arrepiento de haberme enlazado contigo? —dijo él, furioso pero sereno—.

¿Que me arrepiento de haberte tomado como mano? ¿Que me arrepiento de todas las vidas que hemos arrebatado para sobrevivir? ¿Crees que no sé lo que significa ser tuyo?

Grey abrió los párpados y lo miró a los ojos. En ellos, volvía a brillar aquella ira tan poco habitual y hermosa en su vitalidad. Mientras que ella se sentía perdida del todo, él estaba puñeteramente vivo.

—No —contestó. Intentaba aferrarse a algo mientras sentía con desesperación el peso de todos los corazones que habían silenciado. No podía analizar la última parte de lo que había dicho, ya que sería su perdición—. Has visto la peor parte de mí. No puedes… —No fue capaz de terminar la frase.

Kier la miró y, en su interior, sintió que algo se abría; algo que hizo que una corriente cálida le floreciera en el pecho y aniquilara aquella semilla de amargura. Le costó un instante darse cuenta de que aquella emoción procedía de él y emanaba del vínculo. Era como el sentimiento de antes, la misma calidez, solo que más fuerte. Mucho más fuerte.

Recordó la presión de los labios del mago sobre los suyos y la desesperación con la que la había besado cuando había estado segura de que iban a morir.

—¿Kier?

—Grey, querida mía, eres una auténtica idiota… Si esa era tu peor parte, sigues siendo una santa entre todos nosotros. —Él sacudió la cabeza con gesto maravillado—. Y, a estas alturas, llevo seis años intentando hacer que me veas como algo más que tu mago.

Grey no podía creer aquello. No podía comprender el rubor intenso que le cubría las mejillas o la luz que desprendían sus ojos. Estaba muy lejos de ella, a solo un cuerpo de distancia, pero le parecían kilómetros. Incluso aunque quisiera acortarlos, no estaba segura de que sus huesos fueran a cooperar, así que mantuvo una distancia prudente. Necesitaba saber que lo estaba entendiendo bien; que, ahora que sabía de lo que era capaz, aquella confesión no era fruto del miedo.

—Te adoro —dijo él de forma precipitada—. No… No. Escúchame. Estoy… Estoy enamorado de ti. Llevo años enamorado de ti; tal vez desde siempre. A veces, es en lo único en lo que puedo pensar y no soy capaz de respirar porque siento un peso en el pecho ante la idea de que… tal vez solo sea cosa mía. Es la única cosa sobre ti de la que no puedo estar seguro. No saberlo es una agonía, Grey.

Mientras las palabras chocaban inútilmente las unas con las otras dentro de su cerebro, tan solo pudo quedarse mirándolo sin

comprender. No podía hacerse a la idea de que él le estuviera diciendo aquello; de que él no hubiese creído de inmediato que ella sentía lo mismo.

El mago soltó un suspiro.

—Bien. Lo he dicho. Ya está hecho. Me… Me marcho.

Se puso en pie con torpeza por culpa de la rodilla pero, a pesar de la sensación rara que notaba en la columna, Grey se abalanzó hacia delante y lo atrapó de la cintura.

—Capitán Seward —dijo mientras lo aferraba con fuerza. Él se dejó caer de rodillas y se dio la vuelta para mirarla. Entonces, le colocó una mano en las costillas para ofrecerle estabilidad. Se sintió agradecida por aquel gesto ya que, de lo contrario, no estaba segura de cómo habría permanecido erguida—. Maldito cretino. —Un gesto de pánico atravesó de forma fugaz el rostro del mago—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Él se rio con una carcajada que, más bien, sonó burlona, dura, decepcionada y tal vez incluso incrédula.

—Nunca me devolvías los besos —dijo.

Grey tomó aire mientras la comprensión se le asentaba directamente en el estómago.

Siempre había sido afectuoso, sí, pero ella nunca le había dado importancia. Sin embargo, cada vez que la había tocado, cada vez que la había besado en la frente, la sien o el dorso de la mano, cada vez que la había rodeado con los brazos… Tal vez cada uno de aquellos momentos hubiese sido una confesión en sí misma.

Y ella, con aquella actitud de «Me apuesto algo a que les dices lo mismo a todas las chicas y al menos a la mitad de los chicos», lo había ignorado por completo. Se había negado a sí misma cualquier posibilidad de que incluso la pista más evidente fuese una muestra de afecto que no merecía.

—Por los dichosos mares, Kiernan —gruñó.

Grey se inclinó sobre el abismo que los separaba, lo agarró de las solapas del abrigo desgastado y tiró de él hacia abajo hasta que sus

labios se tocaron.

Se habían besado en otras ocasiones (aunque no así, nunca de aquel modo, ni siquiera cuando la había besado unos días atrás), pero cada vez que él había posado los labios sobre los suyos, Grey siempre lo había tomado por un gesto casto: tras una batalla, cuando volvían a estar solos y vivos, o, a veces, antes de irse a la cama, cuando le daba un beso en la sien y, después, en la boca. Antes de que todos sus pensamientos se desvanecieran entre la embriaguez abrumadora que era Kier, pensó con desesperación que lo más probable era que él hubiese creído que le estaba robando todos aquellos besos.

El mago la arrastró hacia él como si pudiera clavársela en la piel para convertirse en un solo cuerpo. Le posó las manos en la cintura antes de hundirle los pulgares en las costillas y el resto de los dedos sobre las vértebras. Ella le enterró una mano en el pelo y le apoyó la otra en el hombro, sobre todo para mantener el equilibrio. Sin la sábana, tenía grandes extensiones de piel en contacto con la tela de la camisa de Kier, pero muy poco de la piel del mago en contacto con la suya. Tanteó la parte inferior de la prenda y se la sacó de los pantalones para poder pasarle las manos por los planos del torso. Con el pulgar, le rozó la cicatriz más reciente. Soltó un gemido cuando él le posó los labios sobre el cuello. Algo se abrió en su interior como el tajo de un cuchillo en el fondo del vientre y sintió un leve cambio cuando un poder débil y estático regresó a ella.

Le clavó los dedos para estrecharlo contra ella y él le mordió la clavícula.

—No te esfuerces demasiado —murmuró Kier con la cabeza enterrada en su piel. Entonces, le besó el contorno de la mandíbula y el pómulo —. Todavía no estás recuperada. —Se apartó para poder mirarla y Grey se estremeció ante la pérdida de su calidez—. Además, todos están preocupados. No debería acapararte.

Grey le posó las manos sobre los hombros.

—Podrías, si quisieras.

Él se rio y se inclinó para besarla con una alegría exuberante que pudo sentir a través del vínculo.

—Habrá tiempo para eso —le prometió Kier.

Sin embargo, tal como había evidenciado la emboscada de unos días atrás, no había garantías de que aquello fuese cierto. Grey contuvo aquel torrente de tristeza e incertidumbre y consiguió sonreír de medio lado.

—Me sorprende que hayamos podido pasar tanto tiempo sin interrupciones.

—Ah… Es porque les he dado unas instrucciones muy estrictas.

La ayudó a apoyarse de nuevo contra la pared y le cubrió los hombros con la sábana.

—Kier —dijo ella.

—¿Sí?

—¿No me odias?

—Jamás podría odiarte —contestó él con tal sinceridad que Grey sintió un dolor físico.

—Quiero decir… Ahora que sabes lo que soy.

Él se quedó callado durante un largo momento mientras le contemplaba el rostro.

—Siempre he sabido lo que eras —dijo al fin con tono cauteloso—. Tal vez no siempre haya sido consciente de lo que eso significaba o lo que eso implicaba que podías hacer, pero no cambia nada.

Ella asintió y se permitió relajarse. Si Kier lo decía, lo creía por encima de todas las cosas.

Él le acarició el pelo con cariño pero, tras un instante, se detuvo mientras una sonrisa se le apoderaba del rostro.

—Mano —dijo con cansancio—, ¿alguna vez no llevas sangre en el pelo?

Ella levantó la barbilla y le agarró la mano.

—Tal vez podría dejarme convencer para esforzarme un poco más. Quizá cuando nos retiremos…

Kier se inclinó y volvió a besarla. Fue como una promesa de las cosas que estaban por venir.

—Espero con ansia que llegue ese momento —dijo él.

La primera en entrar en la habitación fue Ola, botiquín en mano. Tenía los labios fruncidos en un gesto sombrío y una mancha de tierra en la mejilla.

—Vuelve a tumbarte, capitana —dijo la mujer.

Grey le hizo caso y volvió a escurrirse entre aquella maraña de tela. Cuando Kier se había marchado, se había percatado de que lo que la protegía del suelo de madera era un montón de abrigos y se había tenido que morder el labio ante la oleada de emoción que la había

asaltado al darse cuenta de que, a pesar del frío, todos habían donado sus abrigos para que ella estuviera caliente.

Frunció los labios mientras Ola movía las manos hacia abajo para palparle el vientre.

—¿Hay algún otro herido? Puedo…

—Capitana… —La mujer le dio un pellizco en el costado—. No sigas haciéndote la heroína y deja que cuidemos de ti —dijo con tono exasperado.

Grey dejó de intentar ser una heroína. Se quedó mirando el techo de paja mientras Ola volvía a ponerse en pie para infusionar con cuidado un té que le aliviaría el dolor.

—¿Por qué me llamas «capitana»? —le preguntó, muy a su pesar.

—¿Mmmm?

Con una mueca de dolor, se apoyó sobre los codos para incorporarse, haciendo caso omiso de la mala cara con la que la miró la otra pozo.

—Me has estado llamando «capitana» en lugar de «mano». Básicamente, desde que estuvimos en la taberna. Ese es el título de Kier, no el mío.

Ola la miró con los ojos muy abiertos, pestañeando. Le tendió la taza humeante y Grey apoyó el hombro contra la pared para poder tener el equilibrio suficiente para beber.

—Supongo que os vemos como iguales —dijo la otra mujer al fin—. A Kier y a ti.

Grey sintió una leve náusea ante el sabor salado del té.

—¿Tenemos algo para consumir que no sea horrible? —masculló.

—Tienes suerte de haberte perdido la cena. Eron se ha puesto creativo para intentar que todos nos sintiéramos mejor.

Grey suspiró pero se obligó a beber. Se oyó un golpecito tímido en la puerta. Ola y ella alzaron la vista en el mismo momento en el que Sela asomaba la cabeza.

—Pasa —dijo la otra mujer—. Dudo que haya muchas más cosas que podamos hacer para herir el pudor de Grey.

Ella se encogió de hombros. Para empezar, tras años viviendo en tiendas compartidas, no tenía demasiado pudor.

—Kier ha mencionado algo sobre la ropa… —comentó mientras bajaba la vista.

El chaleco que vestía era diferente y tampoco recordaba aquellos pantalones. No eran los negros que había llevado en el camino.

Ola y Sela intercambiaron una mirada.

Tres pozos en una misma habitación y dos de ellos totalmente inútiles, pensó Grey.

—Tu ropa se prendió fuego —dijo la chica.

—En realidad, no era fuego…

—¿Qué?

Ola la fulminó con la mirada y, tras ser regañada, Grey volvió a dar sorbitos al té.

—No vimos todo lo que ocurrió —dijo la mujer—, y el capitán se

muestra reacio a darnos detalles. Pero hubo un gran destello de luz y, entonces, empezaste a gritar. Brit salió corriendo para ayudar porque es incapaz de acatar órdenes.

—Estabas en llamas —dijo le mague, que se encontraba cerca de la pared. Grey ni siquiera le había oído entrar—. Lo siento… Se supone que tenía que deciros que Kier va a relevar a Eron con la guardia.

—No debería —replicó Grey con gesto sombrío.

Dejó la taza vacía y se incorporó hasta estar completamente sentada. Se sentía algo mejor, y eso la molestaba un poco. Ola tomó la taza y comenzó a infusionar una nueva mezcla de té y hierbas medicinales.

—Ha estado… —dijo la mujer, intentando encontrar la palabra adecuada.

—¿Descontrolado? —apuntó Brit.

—¿Inestable? —añadió Sela.

—Estresado —les corrigió Ola, fulminándoles con la mirada—. Ha estado preocupado por ti. Y con razón. Brit fue corriendo hasta vosotros y, entonces, te trajeron de vuelta, desnuda

y ardiendo, ahogándote con tu propia sangre. Fuera, había toda una compañía muerta.

Magos y también sus pozos.

Grey hizo una mueca. Aceptó la taza llena que le tendió la mujer e intentó beber sin poner ninguna cara rara.

—Lo siento —dijo al fin—. No pretendía que las cosas acabaran así.

Ola suspiró.

—Sela, cariño —dijo mientras se daba la vuelta hacia la chica—, ¿puedes ir a buscar un poco de pan para Grey?

La joven asintió y salió de la estancia. En cuanto hubo cerrado tras de sí, Ola se inclinó hacia delante y Brit se colocó frente a la puerta con los hombros apoyados contra la hoja para poder percatarse del momento en el que Sela regresara.

—Ese poder no era normal —dijo la otra pozo con un tono de voz vacilante.

Grey estaba demasiado cansada como para mantener aquella conversación.

—Kier y yo estamos enlazados —contestó, como si aquella explicación fuese suficiente.

Ola sacudió la cabeza.

—La magia no puede matar a los pozos, capitana.

Grey la miró a los ojos. Se sentía medio muerta y agotada, pero el peso de la confesión de Kier le había dado una fortaleza renovada y pensó que tal vez estuviese lista para jugársela.

—Si intentas decirme algo, será mejor que lo digas de una vez.

—Sabías que Sela no era Maryse de Locke.

Al menos, aquella cuestión era fácil.

—Leonie me dejó notas sobre ella, así que sabía que era demasiado joven.

Ola hizo un mohín, desestimando aquella información.

—Una respuesta inteligente, pero ¿cómo podías estar segura de que no era una Locke?

¿Cómo es posible que tengas tanto poder?

Brit se cruzó de brazos.

—Es solo que hay unas cuantas cosas que no encajan —dijo con tono de disculpa—. No tengo nada contra ti, capitana, pero nunca he visto a Ola prender en llamas y quemar toda su ropa.

—Más quisieras —masculló la mujer.

—Usé mucho poder de golpe —contestó ella—. No puedo fingir que comprendo lo que ocurre cuando se usa tanto poder tan rápido.

Brit y Ola intercambiaron una mirada, como si estuvieran manteniendo una conversación sin palabras. Brit arqueó una ceja y Ola sacudió la cabeza pero, al parecer, le mague desoyó sus consejos.

—¿Por qué llamabas entre sollozos a Severin de Locke?

—¿Qué?

—Severin… Era el heredero, ¿no es así?

Grey apretó la mandíbula de golpe. Apenas recordaba lo que Kier le había dicho nada más despertarse: «¿Estás aquí?». ¿Dónde había estado antes? O, para ser más precisos: ¿cuándo?

Sacudió la cabeza.

—¿Podéis darme una camisa?

—Perdona —dijo Ola mientras le tendía una prenda gris y suave demasiado grande que había sacado de la mochila de Kier—. Pero, Grey…

—No voy a contaros nada que pueda poneros en peligro a todos vosotros o a la misión —

contestó mientras se ponía la prenda.

Le dolía pasarse algo por la cabeza y hacer ese movimiento con los brazos. En el fondo, sabía que debería estar más asustada. Que otros conocieran su identidad no podía significar nada bueno y, si Brit y Ola lo sabían, lo más probable era que Eron también lo supiera.

Puede que incluso Sela. Dieciséis años escondiéndose para nada.

Sin embargo, no le importaba. No se veía capaz. Lo único que sentía era el hueco vacío en el que solía residir su poder y la ansiedad de no tener a Kier a la vista.

—Hablaremos de eso más adelante, cuando todo esto haya acabado —dijo al final, tras percatarse de que se negaban a abandonar sus tensas posiciones—. ¿Os sirve con esa respuesta?

Ola y Brit intercambiaron una larga mirada.

—Sí —dijo le mague.

—Bien. —Grey volvió a acurrucarse entre su nido de abrigos—. Voy a

dormir. Otra vez. Por hoy, ya os he aguantado lo suficiente.

Ningune de les dos protestó. Grey cerró los ojos, dejó de pensar en el dolor de su pozo vacío y se obligó a dormir.

Volvió a despertarse a altas horas de la madrugada en medio de la oscuridad profunda de la cabaña. Se incorporó y se sintió aliviada al descubrir que volvía a sentir los huesos como debería sentirlos y que la piel no le dolía con la misma hipersensibilidad excesiva que siempre que usaba demasiado poder. Lo único que le dolía era la cabeza pero, tras haber pasado dos días casi enteros inconsciente, era algo de esperar.

Entrecerró los ojos para ver en la oscuridad y distinguió dos figuras cerca. Le pareció que eran Sela y Eron, así que era probable que Ola y Brit tuviesen el turno de guardia y que Kier estuviera…

Ansiosa, lo buscó a través del vínculo, pero no pudo encontrarlo. Se puso en pie y se tambaleó un poco, así que se agarró a la pared para recuperar el equilibrio. Para cuando llegó a la puerta, que estaba abierta apenas una rendija, se sentía más segura, así que salió.

La habitación delantera era más pequeña que la otra. Había una mesa de trabajo pegada a la pared, justo debajo de la ventana, que tenía las cortinas corridas. El único mobiliario eran dos sillas. Kier estaba sentado en una de ellas, encorvado sobre la mesa mientras escribía.

Junto a él, había una vela medio derretida con el pábilo encendido, aunque la luz era tenue y titilante.

—Una luz maga sería más efectiva —le dijo Grey en voz baja.

Él alzó la vista y un mechón descarriado le cayó sobre la frente. Se le suavizó el gesto cuando la vio allí de pie, como si aquella fuese una hazaña poderosa y asombrosa.

—Me gusta la novedad —contestó él.

Sabía que aquello era una mentira descarada. Sin ella, Kier no era capaz de conjurar una luz maga, pero no tenía intención de extraer de ella. Se centró en su interior y sintió que el vínculo estaba dormido.

—En casa, solíamos hacer esto —dijo con cuidado—. Velas, fuegos que ardían en los hogares…

Él arqueó una ceja.

—Con todo el poder que teníais disponible, ¿decidíais no usarlo?

De niña, aquello no le había parecido nada fuera de lo normal. En realidad, la Isla de Locke era un lugar frío y brutal: el fuego los calentaba de un modo mucho más eficiente que las luces magas y ella siempre había preferido el titilar de las velas que el resplandor plano e invariable de la luz creada con magia. Sospechaba que su madre y su abuela habían opinado lo mismo. Su abuela, la madre de Locke, así como su predecesora, aún había estado viva cuando habían conquistado la Isla. Grey no había presenciado la muerte de la anciana. En aquel momento, se acordó de sus manos curtidas y arrugadas mientras sostenían una vela ardiente antes de inclinarla de modo que la cera se acumulara con pulcritud en el centro de un pergamino. Había sido ella la que le había enseñado el linaje de los ancestros de su madre mientras le guiaba el dedo por las distintas ramas del árbol genealógico. Su esposo, el padre de Locke, había sido luthita del mismo modo que el marido de la propia Locke había sido scaelano. Era costumbre que el soberano se casara con alguien de las otras naciones para renovar el poder del lugar.

Grey se deshizo de aquellos recuerdos. Los libros polvorientos, los árboles genealógicos, el cuerpo de su abuela… Todo se había perdido en el mar.

—Puedes extraer de mí —dijo con tono amable—. Estoy bien.

—Pero has estado a punto de no estarlo.

Ella se encogió de hombros, admitiendo que tenía razón.

De pie, lejos de su cómodo nido, se sentía extremadamente sucia. Kier no había mentido antes al acusarla de llevar sangre en el pelo. Le sorprendía que hubiera querido besarla, pero tal vez en eso consistiera el amor. A ella no le importaba cuando él estaba sucio después de una batalla. El sudor, la suciedad, la sangre… Todo aquello significaba que seguía vivo.

Cerca de la puerta, vio unas tinas de agua. Había dos llenas y una casi vacía. Tomó una taza, la llenó y la utilizó para lavarse la boca. En una de las mochilas, encontró un paquete de tabletas dentales y masticó una de ellas, que parecían tiza, hasta convertirla en una pasta.

—¿Qué haces? —le preguntó a Kier tras haberse enjuagado la boca.

Así, ya se sentía un poco más humana. Al otro lado de la habitación encontró un cubo que era probable que, cuando usaran la cabaña, utilizaran para tener agua o comida para los animales. Le echó un vistazo para asegurarse de que estuviera limpio.

Él suspiró y se recostó contra la silla.

—Escribiendo misivas para Scaelas. Pretendía hacerlo ayer, pero estabas… —La voz se le fue apagando y dejó la cuestión de su estado a libre interpretación—. No dejo de tachar cosas y reescribir frases.

Grey se quitó la camisa para que no se mojara. Sacó el jabón de la bolsa de afeitado de Kier (la mochila del mago estaba más cerca que la suya y, de todos modos, su jabón olía mejor) y, tras inclinarse sobre el cubo, se vertió una taza de agua sobre la cabeza. Con el cabello húmedo en su mayor parte, comenzó a masajeárselo con el jabón. Al hacerlo, provocó un auténtico desastre a su alrededor, pero al menos se libraría de la suciedad que la había acompañado en el lecho de enferma.

—¿Y qué es lo que estás haciendo tú? —le preguntó Kier.

—Lavarme el pelo.

Él soltó un suspiro, que sonó muy sufrido.

—Lo estás llenando todo de agua y jabón. Grey, ¿qué te parece si yo me encargo de eso y, después, tú me lo pagas echándole un vistazo a esto? O podrías escribirlo tú misma.

Supongo que se te dará mucho mejor que a mí.

Ella levantó la cabeza y la apartó del cubo, por lo que la sangre seca de unos días que llevaba en el pelo le goteó por la cara.

—Soy una dama —contestó con delicadeza—. En todos los sentidos del término.

Aquello fue suficiente para arrancarle una sonrisa al mago, que se dejó caer de rodillas al suelo, al otro lado del cubo, con la madera contenida entre las piernas.

—Apoya solo la barbilla —murmuró mientras le colocaba la cabeza tal como quería que la pusiera.

Grey se deleitó con el dolor de espalda, la humedad que sentía en las

rodillas a causa del charco creciente, el frío del agua y la calidez de las manos de Kier. Todo aquello significaba que, en contra de todo pronóstico, había sobrevivido.

Con dedos hábiles y firmes, el mago le masajeó el cuero cabelludo con el jabón. Ella giró la cabeza y se mordió los labios para ahogar un gemido.

—¿Sabes? —dijo él mientras tomaba la taza y le vertía un chorro de agua fría y limpia sobre la melena—. Había imaginado cómo te confesaría mis sentimientos un millar de veces y de un millar de modos diferentes y, aun así, jamás había imaginado que la velada acabaría contigo metiendo la cabeza en un cubo.

Ella hizo una mueca.

—Lo siento.

—Grey, si no me paso el resto de la vida limpiándote sangre y vísceras del pelo, entonces, no será una vida que merezca la pena vivir. —Muy a su pesar, ella se echó a reír. Entonces, cerró los ojos y se concentró en la sensación de sus manos sobre la cabeza mientras le enjuagaba el jabón—. No te muevas. Un segundo.

Oyó movimiento. Él le escurrió la mayor parte del agua antes de envolverle la melena con algo y colocarle la masa de pelo sobre la cabeza. Cuando una manga le cayó sobre el hombro, se dio cuenta de que le había envuelto el cabello con una camisa.

—¿No la necesitaremos? —le preguntó.

Kier se encogió de hombros.

—He perdido más ropa por tu culpa durante esta misión que durante el resto de la guerra

—contestó él, resignado.

Con cierto júbilo, Grey se dio cuenta de que no se había percatado de cuántas camisas le había robado en realidad.

—Kier —le dijo antes de que pudiera alejarse a pesar de que entre ellos había un cubo de agua sucia y de que era cierto que necesitaba limpiarse el resto del cuerpo antes de proceder con más declaraciones

impactantes—. ¿Lo has dicho en serio?

Él dejó de secarle la melena con la camisa y bajó la vista para mirarla.

—¿Qué parte?

Grey se mordió el labio. Toda la tarde le parecía un sueño febril y, para ser sincera, no descartaba del todo la idea de que lo hubiera sido.

—Que quieres pasarte el resto de la vida limpiándome las vísceras del pelo.

Él se rio con un sonido cálido, seguro y familiar. Después, le dio un beso en la frente.

—No se me ocurre mejor manera de pasar nuestro retiro.

—Pero, en cuanto al retiro… —Apartó la vista. De pronto, se sentía tímida—. Ya sabes lo que significa.

Él sonrió, pero fue un gesto triste, cargado de comprensión.

—Tenemos tiempo para averiguar lo que nos deparará el futuro. Ahora, ven aquí, mi lady.

Mi chica tonta y valiente. Échale un vistazo a mi carta.

Grey soltó el aliento. Si no quería hablar en ese momento de Locke y de lo que tenía que hacer, le parecía bien dejarlo de lado.

Leyó la carta. La leyó de arriba abajo una y otra vez hasta que las palabras empezaron a emborronarse y mezclarse mientras hacía correcciones con la pluma. Finalmente, le dijo:

—Dame un pergamino nuevo. Yo tengo mejor letra.

Él obedeció al instante.

—Brit y Ola sospechan la verdad —dijo Grey cuando llevaba la mitad del texto escrito, mientras trabajaba en la estructura de una de las frases.

Él apartó la vista de la carta que estaba escribiendo. Cuando ella se había hecho cargo de la diplomacia, él había comenzado una misiva para sus madres.

—Creo que Eron también. Ha mencionado algo al respecto cuando hemos hecho el cambio de guardia.

Grey hizo una mueca.

—Al parecer, he logrado que sea evidente…

—Intenté contenerlos —dijo Kier—. Me refiero a tus gritos. Cuando la cosa se puso demasiado fea y *Palomo* se negó a avanzar por el escándalo que estabas armando montada a su lomo, te cargué en brazos. —Suspiró y dejó la pluma a un lado—. Lo siento, tendría que haber pensado en una explicación mejor que no decirles nada en absoluto.

—No es culpa tuya —contestó Grey, cuyo cerebro se había quedado anclado en aquel «te cargué en brazos». ¿Cuánto tiempo? ¿Muchos kilómetros?—. Caballo inútil…

—Ajá.

—¿Qué vamos a hacer?

Por mucho que quisiera, no podía evitar las preguntas.

—Es decisión tuya —contestó él. Lo fulminó con una mirada rápida—. No, de verdad. Es tu vida. Tu identidad. Esta misión no es mía y, aunque lo fuera, haría lo que tú me pidieras.

Grey suspiró y bajó la vista a la carta. No le había estado resultando fácil escribirla pero, entonces, había pensado en su madre y su abuela y en cómo, de niña, solían leerle cuentos con tono altivo y, a partir de ese momento, había empezado a resultarle algo natural.

—Creo que tengo que dejar de huir —dijo con cuidado—, pero no quiero tomar esa decisión con un ejército pisándome los talones.

Kier asintió, pensativo.

—Entonces, ponemos fin a este plan tal como lo trazamos. Intentamos que haya paz entre Scaela y Cleoc Strata. Entonces, tú y yo, y los demás, si así lo quieres tú y lo desean ellos, intentaremos averiguar cómo resucitar la Isla.

Grey se recostó y contempló la luz titilante de la vela. El corazón se le removía a causa de la ansiedad que le producía aquel asunto y algo parecido a la esperanza.

—De acuerdo —dijo.

—¿Sabes cómo hacerlo? ¿Sabes cómo recuperar Locke?

Ella se mordió el labio.

—No exactamente —contestó de forma evasiva. Él arqueó una ceja—. No puede ser tan fácil como que yo me meta en el mar sangrando o haciendo algún tipo de ofrenda. Crecimos en la costa y solo los dioses saben que Lot, tú y yo sufrimos abundante daño corporal. He sangrado dentro del mar miles de veces y nunca jamás he hecho resurgir la Isla solo con eso.

—No que yo recuerde —concordó Kier—. Debe de haber algún otro modo de hacerlo.

—Supongo que sí.

Él le dio un golpecito con la rodilla por debajo de la mesa.

—¿Significa todo esto que obtendré la nacionalidad?

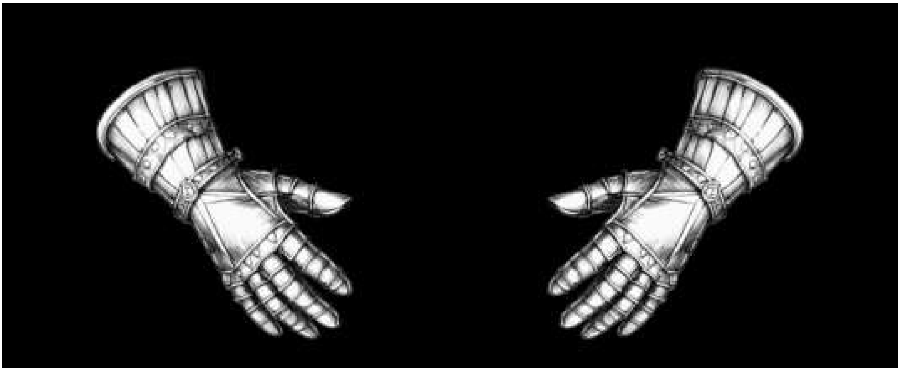
Grey arrugó uno de los trozos de pergamino descartados y se lo lanzó a la cabeza.

—Solo si eres muy muy bueno en la cama.

Los ojos del mago se ensombrecieron y dibujó una sonrisa que hizo que algo se despertara en el vínculo que se le anclaba al interior. Siempre habían coqueteado, pero jamás con la posibilidad a la vista de que el coqueteo pudiera desembocar en algo más.

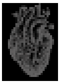
—Mi lady —dijo él. Estiró el brazo al otro lado de la mesa para tomarle la mano y se inclinó para besársela—. Espero con ansias la oportunidad de poder demostrar mi valía.

Grey le dio una patada por debajo de la mesa. Él se limitó a reírse, pero dejó la mano entrelazada con la suya mientras volvían a concentrarse en las cartas.



«La soledad es la esencia de Locke. A pesar de que es la única nación en la que, a veces, los soberanos comparten el título, esos cálidos sentimientos de unidad no se extienden al resto de Idistra: la Isla guarda con celo sus propios secretos».

Incluso los mares ardieron: Una breve historia del surgimiento y la caída de la Isla de Obsidiana de Bell Owndig. Universidad de Isidar.



A pesar de que Grey todavía estaba inestable, cuando llegó la mañana incluso Kier estuvo de acuerdo en que sería una estupidez quedarse allí un día más. Así que, al amanecer, cuando regresó de darse un baño en el arroyo gélido, se vistieron con la poca ropa que tenían que no había cubierto de sudor, sangre o vómitos, tomaron un desayuno rápido y sombrío consistente en cecina y frutas deshidratadas y se prepararon para el camino. Grey les devolvió los abrigos que habían conformado su nido y deseó poder expresarles hasta qué punto se sentía agradecida con todos y cada uno de ellos.

Kier estaba de pie junto a la mesa, doblando las cartas en tres partes de una en una.

—Un segundo —dijo Sela mientras tomaba las dos que había escrito ella. La primera era para Cleoc, su madre, y la segunda para Scaelas. Entonces, dibujó unas breves líneas junto a los nombres que había en los dos trozos de pergamino.

Grey miró por encima del hombro de la chica lo que estaba haciendo y Kier hizo lo mismo por encima del suyo.

—¿Qué es eso? —preguntó el mago.

—Símbolos diplomáticos —contestó Grey—. Sirven para asegurarse de que las misivas importantes llegan a las altas cortes lo antes posible. En cuando un jinete los ve, tiene que dejar de lado todo lo demás y cabalgar directamente hasta el destinatario.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Sela.

—Os lo dije —masculló Eron a sus espaldas.

Kier lo fulminó con la mirada antes de quitarle los sobres a Sela y guardárselos en el abrigo.

—Vamos a salir ya —dijo—. A nuestro ritmo, nos quedan cinco días de viaje hasta Grislar y he pedido que un grupo se reúna con nosotros en el campamento. Esas cartas llegarán antes que nosotros.

Se pusieron en marcha, doloridos y maltrechos. Eron y Brit iban en

cabeza con Ola y Sela detrás. Kier insistió en que Grey montara a *Palomo,* y ella aceptó sin demasiadas quejas. El mago se contentó con quedarse atrás, a su lado, y Grey sospechó que tenía algo que ver con el hecho de que ella avanzaba de forma vacilante y, así, no tenía que dejar de mirarla.

A media mañana, empezaron a ver los límites de una ciudad en la base de la montaña. Kier tomó el caballo y las cartas y cabalgó hacia allí mientras los demás comían fruta deshidratada y se quejaban de la llovizna. Regresó casi una hora más tarde y les confirmó que las misivas se habían enviado con premura.

A lo largo de la tarde, mientras caminaban, el paisaje volvió a cambiar y las montañas que se alzaban tras ellos se hicieron cada vez más y más pequeñas. Aquel era el tipo de terreno al que Grey estaba más acostumbrada: colinas ondulantes, rodales de árboles escuálidos y caminos de tierra interconectados con hierba creciendo en el centro. Caminaron, caminaron y caminaron y, ante la insistencia de Kier, se detuvieron a beber agua y comer más a menudo de lo habitual. Grey dedujo que hacía aquello para evitar que ella se cansara demasiado durante el trayecto o para obligarla a volver a subirse al caballo cuando era su turno de ir a pie.

Al caer la noche, acamparon en el linde de una arboleda, apretujados los unos contra los otros mientras arreciaba la tormenta. Era una situación miserable con humedad y frío, pero Grey tenía la extraña sensación de que, pronto, no volverían a estar tan unidos. Se esforzó por atesorarlo todo: desde la comida de mierda de Eron hasta el rostro de Sela al enseñarle una lección mientras Brit se vinculaba con ella para crear con su poder una luz maga de un tono verde pálido. Guardó en el recuerdo la risa de Ola, la sonrisa barbuda de Kier (le sorprendía que todavía conservara la barba, pero tal vez le ayudara a soportar el frío) y la forma en la que se le hinchió el corazón cuando los miró y supo que, aunque no hablasen del tema, comprendían la verdad que se escondía tras ella.

Los siguientes días transcurrieron del mismo modo, aunque con más silencio. Conforme el tercer día llegaba a su fin, empezaron a oler el salitre del aire, cada vez más cercano. A la mañana siguiente, pudieron ver la oscura extensión del mar en el horizonte. En aquel momento tenían que esforzarse para evitar las ciudades y los pueblos, pero dado que había más viajeros en los caminos, les resultaba más fácil pasar desapercibidos. Por las noches, contaban historias, le

hacían a Grey preguntas veladas sobre la Isla que había conocido en el pasado y dejaban que aquel secreto a voces pendiera en el espacio que los separaba hasta que incluso Sela llegó a comprender de qué se trataba.

—A mí me dijeron que el padrino de los niños salió a buscar al hijo; que recibió una carta del chico —dijo Eron una noche mientras afilaba un palo perezosamente con uno de sus cuchillos—. Todo el mundo estaba muy seguro de que uno de ellos había sobrevivido.

—Así fue —contestó Grey, que estaba tumbada bocarriba, usando el muslo de Kier como almohadón—. Nadie creyó que fuera una falsificación.

Aquello fue lo más cerca que había estado jamás de confesar.

Eron hizo un ruido sordo con la garganta y asintió como si aquel modo de actuar hubiese sido algo sensato.

—Dicen que era tradición casar a muchos de ellos con nobles de otras naciones —comentó Ola otra noche—. Que así se renovaban los pozos de esos lugares.

—El esposo de la última Locke era scaelano —contestó Kier—. Por eso el padrino de los niños también lo era. Y por eso teníamos más pozos que el resto de las naciones cuando la Isla desapareció.

Grey se limitó a asentir. Era agradable dejar que, de vez en cuando, Kier contestara a las preguntas que ella no era capaz de asimilar. Entonces, descubrió que sus pensamientos se habían centrado en Isaak, su padre. Recordaba haberse dado la vuelta mientras Severin la sacaba de allí y haber visto que una espada le atravesaba el brazo y grandes chorros de sangre le manaban de las heridas.

No era así como quería recordarlo, pero era la última imagen que tenía de él.

Los demás continuaron haciéndole preguntas junto a la hoguera y ella lo permitió. A menudo, en esos momentos, Kier estiraba el brazo y le estrechaba la mano o le enviaba oleadas de consuelo a través del vínculo. Él sabía mejor que nadie lo bien que guardaba sus secretos y lo vulnerable que se sentía al desvelar su verdadero yo.

Lo peor de todo era que estaba sintiendo que algo cambiaba y se removía en su interior: había dejado de intentar alejar a los demás.

Conocía con exactitud las tres variaciones de la risa de Brit, que dependían de lo apropiado que fuese el chiste. Sabía que tan solo habían pasado dos años desde que le habían emparejado con Ola después de que su anterior pozo hubiera muerto entre sus brazos, que era le mayor de cuatro hijos y que aceptaba los destinos más difíciles para evitar que sus hermanos fuesen a la guerra. Sabía que Ola era con toda probabilidad la mejor espadachina entre todos ellos (durante fastidiosas sesiones de entrenamiento en torno a la hoguera, había conseguido que acabara cayendo de culo en más de una ocasión), que su lengua mordaz ocultaba el hecho de que era increíblemente fácil encariñarse con ella y que se mostraba protectora de un modo feroz con aquellos que le importaban: un grupo de gente que, en aquel momento, la incluía a ella misma. Había descubierto que Eron solía tocar el violín, que su padre era arkuniano y no había regresado de una visita al continente cuando él tan solo tenía trece años, que había comenzado su transición tres años antes y que, ahora, se amaba y comprendía a sí mismo de un modo con el que, en el pasado, tan solo había podido soñar. Incluso sabía que Sela no tenía hermanos, pero sí un montón de primos que amenazaban con matarla para alzarse con el título de Cleoc (aunque, tras la mirada fulminante que Ola había lanzado en dirección al norte, había insistido en que solo lo decían en broma).

Sabía que, del mismo modo que ella había descubierto muchos detalles, los demás la observaban con la misma atención, aprendiendo cosas sobre su vida. Aquello era casi suficiente para lograr que se sintiera incómoda pero, entonces, una noche, Eron le tendió a Kier una compresa caliente para la rodilla sin que él tuviera que pedírselo y Grey decidió que no merecía la pena enfrentarse al afecto que sentía por aquellas personas cuando, de algún modo, estaban unidos a ella.

Durante el cuarto día, cuando faltaba una hora para que se pusiera el sol, Kier los hizo parar junto a un arroyo porque no pensaba «llevar a un grupo mugriento a un campamento». Así pues, chapotearon en el agua mientras Sela los miraba con gesto sombrío a causa de su falta de pudor. Después, todos se dieron la vuelta, se secaron y se peinaron mientras ella se bañaba a solas. Grey miró a Kier, vio que se estaba afeitando, usando el agua como espejo, y suspiró ante el fin de una era.

Aquella noche, tras acabar el turno de guardia, se quedaron tumbados en sus petates, nariz con nariz, mientras los demás dormían. Después de cenar, Sela había distinguido una luz en el valle que se encontraba más abajo y Kier les había informado con tristeza de que se trataba del campamento: Grislar estaba a la vista.

—¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí? —le preguntó Grey.

Estiró el brazo en el espacio diminuto que los separaba y el mago apoyó una mano sobre la suya.

—Por supuesto —contestó él—. Fue nuestro primer destino juntos.

—Estaba muy asustada.

—Lo sé. Podía sentirlo incluso entonces. —Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la nariz. Después, la besó con suavidad en los labios —. En esta ocasión, no hay nada que temer.

—Mmm… ¿Estás seguro de eso?

—No —contestó él, pensativo—. ¿Qué es lo peor que podría ocurrir?

Grey suspiró.

—Podrían saber de inmediato que soy Locke.

—¿Cómo?

No sabía cómo explicarlo. No había forma de saber si a Grislar habían llegado informes sobre la compañía a la que habían asesinado pero, si lo habían hecho, aquel era un poder que resultaba imposible para un pozo normal.

—Porque soy tu mano —contestó de un modo que, en cierto sentido, resultó convincente—.

No sé. Me parezco a mi madre. Un poco. Si alguien me ve y me asocia con ese poder… No sé cómo ocultarlo, Kier. Ni siquiera sé si es posible.

—Todo irá bien —dijo él—. Te protegeremos.

Grey le trazó el contorno de la mandíbula con las yemas de los dedos.

—No puedes protegerme de todo.

—Sí, bueno… Imagino que, cuando se trata de tu seguridad, todavía tengo unos cuantos trucos guardados bajo la manga. Incluso si para ello son necesarias… artimañas de mal gusto.

Bajó las manos y se las apoyó en la cintura. Desde que se había declarado varias noches atrás, Grey había desarrollado una nueva obsesión personal con todas las formas en las que la tocaba durante el día y con las muestras de afecto despreocupadas que no habían cambiado con el tiempo pero que, en aquel momento, estaban cargadas de significado.

Volvió a pensar en el reto que le había planteado, en la promesa que le había hecho, y sintió un escalofrío ante las expectativas. Fue casi convincente a la hora de hacerlo pasar por resultado del frío.

—Me inspiras confianza con cada palabra, capitán Seward.

Él sonrió y los dientes le brillaron en medio de la oscuridad.

—Tan solo cumplo con mi deber para con la nación, majestad.

Kier bajó la mano un poco más (*Cabrón descarado,* pensó) y ella se lo quitó de encima con una carcajada suave. Con él, era muy fácil fingir.

Al día siguiente, era casi mediodía cuando llegaron al límite de la ciudad. Grislar era un lugar antiguo en el que, conforme se acercaban a los acantilados, los edificios de piedra cada vez estaban más apiñados. Los aposentos de los soldados se encontraban en el rincón más alejado del asentamiento, cerca de la fortaleza que servía como residencia veraniega de Scaelas, pegados al mar. Justo antes del amanecer le habían vendido a *Palomo* a un amable granjero del valle, así que entraron en la ciudad caminando y en una vaga formación en torno a Sela.

Su llegada al campamento no fue anunciada con bombo y platillo, pero sí recibieron muchas miradas. Por la urbe corrían rumores de que el alto lord había llegado el día anterior sin previo aviso. Y aún circulaban más rumores sobre una comitiva con inmunidad diplomática procedente de Cleoc Strata y la posibilidad de que se firmara un armisticio entre ambas naciones mientras el alto lord

estuviera en la ciudad.

Grislar era uno de los fuertes más asentados: auténticos muros de piedra y una gran torre desde la que podía verse el mar y que arrojaba luz sobre Eprain para cualquier barco de suministros que se adentrara en la bahía de Locke. Grey se detuvo en lo alto de la colina que conducía al edificio de la comandancia y se quedó contemplando la ensenada.

Hogar. Sintió la presión de su presencia, la llamada del mar y de la Isla que, en el pasado, se había alzado allí.

Kier le tocó el brazo con suavidad con una mano, apenas rozándoselo. Ella se giró hacia él y sintió el peso de su mirada, como si así pudiera preguntarle si se encontraba bien. Ella asintió y siguieron caminando.

A toda prisa, los condujeron por los pasillos hasta una oficina muy agradable, normalmente reservada para el oficial de mayor rango, que había sido trasladado de forma temporal.

—El comandante Reggin llegará enseguida —dijo el lugarteniente antes de dejarlos a solas para que esperaran.

Kier estaba junto a la ventana, relajado y muy cómodo. Grey sentía que no podía imitar ni un ápice de su grácil tranquilidad.

—Supongo que se han dado cuenta de la importancia de lo que está ocurriendo —dijo él.

—Aun así… ¿Un comandante?

Él se encogió de hombros. Scaelas tenía dos comandantes: uno para el este y otro para el oeste. Juntos, conformaban la autoridad de doble mando del ejército. Por norma general, Reggin, el comandante del este, dirigía las tropas desde el capitolio.

Grey observó a Sela, que no dejaba de mirar con ansiedad en dirección a la puerta y, después, a la ventana. La habitación en la que estaban tenía vistas al mar. Con la espalda apoyada contra la pared, la muchacha se encaramó sobre el amplio alféizar como si, al esforzarse lo suficiente, fuese a ser capaz de ver los acantilados de Cleoc Strata en la distancia.

Grey se dirigió hacia allí y se apoyó en la pared, junto a ella.

Entonces, le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—No tienes nada que temer —le dijo en voz baja—. No dejaré que te ocurra nada.

Sela se quedó mirándola un largo instante y Grey pensó que iba a asegurarle que no tenía miedo pero, entonces, se acercó más a ella y le apoyó la cabeza en el hombro.

—¿Me lo prometes? —preguntó.

La rodeó con los brazos con más fuerza.

—Te lo juro.

Kier se acercó y le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Scaelas te reconocerá? Dado que te pareces a tu madre…

Grey se mordió el labio.

—Es posible.

—Mmm…

El mago frunció el ceño y, antes de que pudiera reaccionar, le quitó el lazo de la trenza y le colocó la melena de tal modo que le cayera sobre los hombros y le ocultara el rostro parcialmente.

—Kier…

Sin esperar a que dijera nada más, el capitán se dirigió hacia los otros tres mientras ella se quedaba mirándolo. No pudo oír lo que les decía.

Tras apenas unos minutos más de pasear de un lado para otro con ansiedad, la puerta se abrió de nuevo para dar paso a un hombre alto y adusto. Los guardias que estaban en la estancia se cuadraron de inmediato. Sela no se movió; tan solo estrechó la mano de Grey con más fuerza.

—Dejadnos —les dijo Reggin a los soldados, que le obedecieron de inmediato y lo dejaron a solas con el séquito.

Grey lo miró de arriba abajo: desde las botas pulidas y brillantes hasta el cabello entrecano, el gesto serio de sus labios y la ausencia de la

espada. Su mano, un joven con el pelo castaño rojizo muy corto, lo siguió apenas unos pasos por detrás. El comandante se limitó a saludarlos con un gesto de la cabeza mientras rodeaba el escritorio y se sentaba. Grey vio que los miraba y, después, se fijó en el modo en el que el comandante mano fijaba la vista al frente con los brazos tras la espalda, adoptando una firme posición de descanso. Se preguntó cómo habría acabado junto a Reggin un pozo tan joven.

—Capitán Seward —dijo al fin el comandante mientras entrelazaba las manos sobre la mesa—, he recibido informes muy interesantes sobre tu viaje.

—Tan solo hemos hecho lo que se nos pidió que hiciéramos —contestó Kier, adoptando de nuevo el tono de voz de capitán.

Hasta entonces, Grey no se había dado cuenta de la autoridad que destilaba en aquellas reuniones, pero no era más que una pose. Incluso en aquel momento, ataviado con las ropas ajadas por el viaje, parecía tan refinado como el comandante.

Reggin señaló con un gesto de la cabeza la silla que había frente al escritorio. Kier se sentó.

Antes de que ella pudiera ocupar su lugar tras él, Eron dio un paso al frente con gesto inexpresivo. Grey se quedó petrificada y cada músculo del cuerpo se le tensó mientras observaba cómo se colocaba detrás del capitán y le apoyaba la mano en el hombro.

Nadie más se movió. Nadie pareció sorprenderse siquiera. Conforme pasaba la vista entre todos ellos, se percató de que habían planeado aquello. Conocía a Kier lo suficientemente bien como para comprender lo que estaba haciendo: cuando se reunieran con el alto lord, también presentaría a Eron como su mano, permitiendo que ella fingiera ser una típica y pasara desapercibida.

—Capitán mano —dijo Reggin con un gesto de la cabeza dirigido a Eron, que lo saludó con formalidad mientras adoptaba a la perfección la postura de su supuesta posición.

Con ferocidad, Grey le devolvió el apretón de manos a Sela.

Durante aquellas reuniones, nunca podía ver el rostro de Kier, dado que se pasaba la mayor parte del tiempo detrás de él, con la mano apoyada en su hombro. En aquel momento, observó a Eron. Nunca se había dado cuenta de lo similares que eran en altura y constitución, aunque el soldado tenía la piel de un tono medio de marrón mientras

que ella era pálida, y tenía el cabello negro y rizado que contrastaba con el castaño de Grey.

Sin embargo, con un nombre, un rango y, tal vez, algunas estadísticas…, ¿quién notaría la diferencia?

—Fue una suerte que os marcharais cuando lo hicisteis —dijo el comandante, recostándose en la silla—. Poco después de vuestra partida, Mecketer sufrió un ataque.

A Grey le dio un vuelco el corazón. Los otros intercambiaron miradas inquietas. Todos ellos tenían amigos en Mecketer y, aunque no tenían pensado regresar…

—¿Qué ocurrió? —preguntó Kier, que estaba visiblemente estresado —. Dejé al lugarteniente Chappelle…

—Chappelle sobrevivió —contestó el comandante—. Así como la mayor parte de tu compañía. Lucharon bien.

Kier no respondió. «La mayor parte» no significaba «todos». Incluso en aquel momento, la muerte los perseguía y ensombrecía todos los rincones en los que habían estado en algún momento.

—Scaelas me ha informado de que vamos a recibir un convoy procedente de Cleoc Strata.

Debes saber todos los problemas que nos ha ocasionado prepararnos para semejante cambio de planes. Y, aunque es una lástima que no hayamos encontrado a Locke, hemos tomado nota de tus esfuerzos diplomáticos en esta situación.

—Gracias, comandante.

Así que Reggin sabía que no tenían a Locke. Grey dejó que un pulso de alivio se le escapara en dirección a Kier.

—Si nos entregáis a la muchacha, nos aseguraremos de que esté cómoda hasta que llegue el séquito de Cleoc.

Sela estrechó con tanta fuerza la mano de Grey que le clavó las uñas en la palma. Ella se removió y le rodeó la cintura con un brazo.

—Discúlpeme, señor —dijo. Nunca se le había dado bien morderse la lengua, pero estaba segura de que Kier habría querido que hablase—, pero, si no le importa, preferiríamos quedarnos con Sela hasta

entonces.

El comandante arqueó las cejas mientras la miraba.

—¿Y tú quién eres?

—La oficial Eron Fastria, señor —contestó.

Aquello se consideraba insubordinación pero, en cualquier caso, iba a retirarse. ¿Qué podían hacerle?

—Fastria —repitió el hombre. Grey no miró a los demás, pero sintió un pulso de advertencia a través del vínculo. Kier volvía a tener el músculo de la mandíbula tenso—,

¿acaso no confías en mis guardias? Los he escogido a dedo para la labor.

Grey sacudió la cabeza.

—No se trata de eso, señor. Pero todos prometimos mantener a Sela sana y salva hasta que la dejáramos personalmente al cuidado de su nación. Abandonarla ahora sería una falta de respeto hacia mis dioses.

Era una mentira, pero toda su vida lo era.

—Hacia… tus dioses —repitió Reggin con lentitud.

En Scaela, la religión no estaba demasiado extendida, pero otros soldados habían dedicado sus vidas al filo de la espada de la muerte y recordaban detenerse en los altares para rezar por el resto de su vida, seguros de que habían sobrevivido gracias a algún tipo de salvación divina. Tal vez el hombre pensara que era una idiota.

Grey se encogió de hombros.

—También se trata del honor del capitán.

Kier se limitó a suspirar.

—Obediente hasta el final, capitán —dijo el comandante con suavidad.

—Por desgracia, Fastria está en lo cierto. Nos honraría que nos permitiera custodiar a Sela hasta que podamos entregarla. Por

supuesto, nos aseguraremos de que esté a salvo.

—Estoy seguro de que sí —contestó el otro hombre mientras hojeaba unos papeles que tenía sobre el escritorio—. Permiso concedido. Si hemos terminado con eso, tenemos que ocuparnos de otro asunto: capitán Seward, te han propuesto para un ascenso al rango de maestre.

El silencio se posó sobre la estancia y Grey fue consciente de que los demás la estaban mirando. Ella mantuvo la vista fija en Kier y observó cómo le temblaba la mano, que fue el único atisbo de una pérdida de compostura.

—Eso no es lo que se acordó —replicó el mago.

Reggin frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué es lo que se acordó?

—Los papeles, por favor.

Grey se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Aquella mañana se había asegurado de que la documentación estuviera allí. Se la tendió a Eron, que se la entregó a Kier.

—Órdenes firmadas —dijo el mago mientras depositaba los papeles con demasiada fuerza frente al comandante—. Al capitán mano Flynn y a mí se nos prometió un retiro.

Grey pensó con gesto sombrío que, dadas las circunstancias, sería difícil volver a intercambiar los papeles, pero dudaba que el comandante fuese a verlos a Eron o a ella de nuevo y, en caso de que así fuera, estaba segura de que, para entonces, su propia posición sería bastante diferente.

Observó al típico, que le devolvió la mirada. Tenía un destello en los ojos y una sonrisa de medio lado en los labios. Estaba bastante segura de que no estaba enfadado con ella por haber arrastrado su expediente impoluto por el barro.

El comandante leyó las cartas y suspiró. Después, volvió a mirar a Kier. Grey también lo hizo. Si aceptaba la promoción, sería el maestre más joven de Scaela. Tal vez el más joven que hubiese existido jamás en toda la nación.

—¿Puedo hacer algo para que cambies de opinión? —preguntó Reggin.

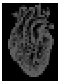
—¿Mano? —dijo Kier, girándose hacia Eron.

Sin embargo, el soldado la miró a ella con una ceja arqueada. Ella asintió con un levísimo gesto de la barbilla. Probablemente, incluso aquello hubiese resultado demasiado llamativo pero, en aquel momento, le daba igual.

—No —contestó Eron en nombre de Grey—. El capitán y yo estamos listos para regresar a casa, por favor.

«Su abuela mató a sus propios hijos para ofrecerle a la madre de Cleoc un acceso directo al trono. Su madre asesinó a su padre cuando se descubrió que estaba robando del tesoro de la nación. Cleoc ha conservado el trono, ha evitado una guerra civil e incluso ha firmado la paz con una de las cinco naciones. ¿Acaso es de extrañar que la teman tanto como la aman?».

Informe de Merrick Porter, espía de Scaela en Cleoc Strata. Sin datar.



dieciocho

Acordaron que su permiso comenzaría al día siguiente. Primero, iban a celebrar un banquete en su honor para darles las gracias por haber entregado a la heredera de Cleoc. En la taberna a la que los condujeron, descubrieron que habían reservado habitaciones individuales para todos ellos.

Ola y Brit se ofrecieron a quedarse con Sela junto con los dos guardias que el comandante había insistido en que los acompañaran. Eron ocupó el dormitorio que le habían asignado a Grey. Nadie hizo ningún comentario cuando ella recogió la ropa que le habían dejado en la habitación ahora ocupada por el típico y la trasladó a la de Kier. Aunque las cejas de Ola hablaron por sí solas.

Una vez que todos hubieron ocupado más o menos el lugar que les correspondía, Kier cerró la puerta tras ellos. Se miraron un instante, sumidos en un silencio ensordecedor y desesperado.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—No mucho —contestó él, sin moverse—. Tenemos que estar aseados, vestidos y esperando a nuestra escolta en el piso de abajo en menos de una hora.

Grey se quitó el abrigo. Kier arqueó una ceja. Ella atravesó el espacio que los separaba en tres simples zancadas y lo empujó contra la puerta. Se puso de puntillas, apoyó todo su peso contra él y lo besó con toda la dulzura de la que fue capaz.

—¿Y después? —le preguntó, pegada a sus labios—. ¿Tras la cena?

Él soltó una carcajada cálida y segura mientras le apoyaba las manos en la cintura.

—Supongo que tendré que hacer una demostración ante la nación de Locke.

Grey le dio un mordisquito en el lóbulo de la oreja.

—No ante toda la nación, sin duda.

Kier se movió con rapidez: bajó las manos para agarrarle los muslos, la atrapó entre los brazos y dio la vuelta de tal modo que fuese ella la que estuviese apoyada contra la puerta.

Ambos se quedaron congelados cuando la madera repiqueteó contra el marco, a la espera de que alguien fuese a comprobar si se encontraban bien, pero no ocurrió nada.

Grey suspiró, se relajó contra la hoja y cerró las piernas en torno a Kier. Se sentía segura atrapada entre el círculo firme de sus brazos y con todo su peso sobre ella, mientras él se concentraba en la pequeña zona de piel donde se le unían el cuello y el hombro, así como toda la extensión de la clavícula y…

—Kier —dijo, echando la cabeza hacia atrás para que tuviera un acceso más fácil—. Pero…

—¿Mmmm?

—¿Estás seguro de que no quieres ser maestre?

Él se apartó tan rápido que la espalda de Grey se separó de la puerta. A pesar de todo, como siempre, estaba segura entre sus brazos: no la soltaría. Sin embargo, sí que la dejó en el suelo y se separó de ella con mucho cuidado.

—Sí —contestó.

—Pero siempre has querido ese tipo de cosas: títulos, ascensos… Ser comandante. Visitar tierras desconocidas. Ver el mundo.

Él se echó a reír y la miró con una incredulidad extraña.

—Lo que siempre he querido eres tú —dijo—. Y todavía no puedo creer que te tenga. O, al menos, eso creo.

—Así es —contestó ella, avergonzada bajo el peso de su mirada.

Kier le apartó el pelo detrás de la oreja.

—Podemos ver el mundo juntos —le dijo antes de darle un beso en la frente—. Podemos ser libres juntos —añadió. Entonces, le dio un beso en la nariz.

—¿La libertad es eso? —preguntó Grey.

Él le tomó el rostro entre las manos. Ella le apoyó la suya en el pecho,

deleitándose con el calor que desprendía su piel a través de la camisa y el latir de su corazón contra la palma de la mano.

—Es un tipo de libertad —contestó Kier.

Grey no estaba muy segura de que fuese así, pero tampoco importó, ya que él se inclinó y la besó mientras le transmitía una sensación embriagadora de certeza.

—Deberíamos asearnos —dijo él unos instantes después—. Ya hablaremos después.

Ella arqueó una ceja.

—Después del después. Tenemos otros planes, Seward.

—Después del después —le prometió él.

Se separaron. Kier pidió que les prepararan una bañera. Grey fue la primera en entrar en la estancia pequeña y se estuvo lavando durante una cantidad de tiempo desmesurada porque el agua caliente era un lujo. Se arrepintió ligeramente de no haber invitado a Kier a que se metiera con ella, pero estaba bien disponer de tiempo a solas para no pensar en nada y contemplar la pared con una sensación vaga de paz mientras el agua le calentaba los huesos helados.

Salió al dormitorio envuelta en toallas y avergonzada, lo cual era raro, dado que acababa de tener pensamientos mucho más impuros sobre él y ya habían visto cada centímetro del cuerpo del otro en un contexto no romántico (¡por el amor del mar, si hasta le había tocado los intestinos!). Sin embargo, Kier estaba sentado en una silla junto a la ventana, medio desnudo, hojeando un libro. Grey se detuvo y cambió el peso de un pie al otro. No creía haber estado nunca en una taberna que tuviera una librería en cada una de las habitaciones.

Era evidente que el alto lord no había reparado en gastos.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó—. ¿Scaelas compra libros picantes?

—En realidad, es mío. —Para su sorpresa, Kier se sonrojó—. Lo… Eh… Lo encontré en una tienda; en Pista.

—¿Qué es?

Él lo sostuvo en el aire y Grey entornó los ojos para leer el título. Le

sorprendió descubrir que se trataba de un libro sobre la historia y las costumbres de la Isla de Locke.

—¿Kier…?

—Quería aprender todo lo posible —contestó en voz baja y sin mirarla del todo a los ojos—.

Y no quería que te agobiaras al tener que contarme esas cosas tú misma.

Grey se apoyó contra la puerta.

—¿Y has aprendido algo?

—Un millón de cosas. Pero se olvidaron de mencionar lo asombrosa que eres.

—Me alegra comprobar que sigues siendo tan ligón desvergonzado como siempre, Seward.

—Bajó la vista hacia su propio cuerpo y se recolocó la toalla—. Si te digo la verdad, yo también he oído algunos rumores asombrosos sobre ti. ¿Te importaría demostrarme si son ciertos?

Él se echó a reír, pero dejó el libro sobre el alféizar de la ventana con las páginas hacia abajo y se puso en pie. Poseía la elegancia sinuosa de alguien que, en el fondo, sabía cómo funcionaban todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Se acercó a ella y le tomó la barbilla entre las manos.

—Disponemos de treinta minutos, Flynn, y, para lo que estoy planeando, necesito más que eso.

Con los dedos extendidos, Grey le apoyó la palma de la mano sobre el corazón.

Kier fue a bañarse y ella se concentró en encontrar algo de ropa que ponerse. Scaelas había tenido la amabilidad de proporcionarles un baúl de ropa formal de talla aproximada para cada uno de ellos, por lo que tenía opciones más que suficientes entre las que elegir. Se arrodilló junto al arcón y empezó a rebuscar entre las camisas de seda, los chalecos de terciopelo, los pantalones y los vestidos. Encontró un vestido azul marino y, aunque no habría sido su primera opción en

cualquier otra ocasión, había algo en el bordado de hojas y enredaderas que le recordó a uno parecido que había vestido su tía Wren en una de las muchas ocasiones en las que había llevado a sus tres hijos desde Nestria hasta Locke para que pasaran algún tiempo con sus primos.

Al final, Kier salió del baño en medio de una nube de vapor y ella se esforzó mucho por dejar claro que no lo estaba mirando mientras se vestía. Eso no evitó que él la mirara de arriba abajo, ataviada con una camisola, y le pasara la vista por la piel desnuda de los hombros.

—Esto no es muy propio de ti —comentó mientras, con un gesto de la cabeza, señalaba el vestido que estaba tendido sobre la cama.

—Vestimenta inusual para momentos inusuales —contestó ella con tono altanero conforme se abrochaba una de las fundas de sus dagas en torno a la parte superior del muslo.

—En efecto —dijo él mientras se colocaba detrás de ella un breve instante. Le posó los labios sobre el hombro y trazó con la mano la parte superior de la hebilla de cuero que acababa de abrocharse.

—¿Siempre eres así de descarado con tus amantes?

Le dio un golpe en el pecho y se dio la vuelta para librarse de él, pero Kier la atrapó y volvió a atraerla hacia su cuerpo.

—No —dijo antes de inclinarse para mordisquearle el labio inferior—. Nunca antes había estado con alguien a quien amara.

Jamás iba a acostumbrarse a aquello. Con el corazón cálido y radiante de luz, se permitió seguir así tan solo un momento, pero luego se apartó porque él estaba en lo cierto: no tenían tiempo para dejarse llevar.

Tal vez no hubiese cambiado nada; tal vez tan solo fuera más consciente de las cosas, pero Kier le rozó el brazo con los dedos cuando se estiró para recoger sus pantalones, que estaban colgados del armario, y en ningún momento pasó junto a ella sin tocarle la cintura o darle un beso en la frente. Tal vez las cosas siempre hubiesen sido así: una delicada danza de caricias robadas a las que ella nunca había dado importancia pues había creído que no se trataba más que de su necesidad insistente y fogosa de recibir afecto.

Sin embargo, ahora podía observarlo con un abandono insensato, sin miedo a que él la descubriera, y, sinceramente, podría pasarse el resto de su vida viéndolo hacer las cosas más mundanas y, aun así, morir feliz. Se había arreglado el afeitado irregular del día anterior, por lo que tenía la mandíbula rosa y bien definida. Anhelaba posar los labios justo sobre ese punto, en la sombra suave donde la mandíbula se unía con el cuello, pero tomó nota para inspeccionar la zona más tarde. Se apoyó contra el armario con los brazos cruzados sobre el pecho mientras él se ponía una chaqueta formal. Sospechó que había decidido seguir su ejemplo, así que se había vestido en un tono azul oscuro y se había dejado la camisa desabrochada un poco más baja de lo normal, tal como hacían los nobles de la corte.

Se alisó los puños de las mangas y las arrugas de la camisa con cuidado, detallista en extremo. De niños, cuando ella hacía la cama, solía recolocar las esquinas de las sábanas porque no estaban lo bastante estiradas para su gusto.

Quería pasar las manos sobre aquel cuidadoso trabajo y arruinarlo. Quería arruinarlo a él.

—Si no te pones el vestido —dijo él sin apartar la vista de sus quehaceres—, vamos a llegar tarde, mano.

Suspiró, se vistió con aquel terciopelo azul marino, se giró hacia el espejo y contempló su propio reflejo mientras se trenzaba la melena. Sin que se lo pidiera, Kier se acercó a ella y le ató las lazadas de la parte trasera del vestido. Grey observó su gesto serio y, después, volvió a mirarse la cara. Frunció los labios. No solía ver su propio reflejo muy a menudo y aún era más inusual que se viera a sí misma limpia y con ropa elegante, por lo que se sorprendió (y, al mismo tiempo, no) de encontrarse con que la que le devolvía la mirada era su madre.

—Qué bien te arreglas, Fastria —dijo Kier, ocultando una sonrisa mientras se ataba las botas. Ella puso los ojos en blanco y se alisó la falda.

Antes de que salieran de la habitación, él la abrazó una última vez.

—Solo una noche más —le prometió.

—Solo una noche más —concordó ella mientras le tiraba del cabello lo justo para despeinárselo.

En otras ocasiones, ya había asistido a banquetes formales para honrar a comandantes y maestres o para celebrar los días sagrados, pero siempre había estado con Kier en una de las mesas más alejadas, vigilando con ojo avizor a sus soldados en busca de cualquier señal de mal comportamiento infantil. Nunca antes habían sido los invitados de honor y la sensación era francamente sorprendente. Tampoco habían estado nunca en una situación como aquella, a medio camino entre una reunión diplomática y una devolución de rehenes. Kier y ella flanqueaban a Sela, pero Grey se sentía una absoluta farsante. Eron, que seguía fingiendo ser la mano del capitán, se encontraba al otro lado de Kier. Junto a ella, Brit y Ola parecían inquietas.

Estaban esperando en una sala de visitas de la residencia estival que Scaelas tenía en Grislar y desde la que podía verse el océano. Grey era la que más cerca estaba de la ventana, empapándose de las vistas con una desesperación que la sorprendió y buscando cualquier rastro de familiaridad en aquel mar siempre cambiante.

Aquello era mejor que buscar dicha familiaridad entre aquellas estancias. Tan solo había estado en aquel palacio que parecía una fortaleza en una ocasión, cuando era muy muy pequeña. Recordaba que había pasado la mayor parte del tiempo subida a hombros de su padre mientras este se reía con Scaelas y su madre, Locke, no dejaba de decirles a ambos que se comportaran con seriedad, que ya no eran niños. No dejaba de escuchar el recuerdo de las risas de Isaak resonando por las esquinas de todas las estancias. Si quería sobrevivir a aquella velada sin derrumbarse, lo mejor sería no pensar en eso en absoluto.

Si al menos hubieran organizado aquella reunión en el fuerte militar… Sabía que allí no había nada que pudiera empujarla a perder el control de sus pensamientos: Kier y ella habían estado destinados en Grislar durante casi un año y habían pasado muchísimas noches haciendo guardia en el parapeto mientras el viento les sacudía el pelo, escuchando los gritos de las gaviotas y contemplando el vacío de las olas.

La alfombra le resultaba demasiado suave, mullida e inestable bajo las

botas. No dejaba de removerse de un lado para otro de forma ansiosa, lo que hizo que Kier la mirara por encima de la cabeza de Sela. El séquito permanecía en posición de descanso, con una mano sobre la otra.

De vez en cuando, Grey miraba al escriba que se encontraba al otro lado de la sala. Estaba sentado, leyendo un libro, y tenía plumas y trozos de pergamino esparcidos frente a él.

Debía transcribir todo lo que ocurriera entre ambas naciones. Después de todo, aunque lo disfrazaran de fiesta, se trataba de una situación diplomática y con rehenes. La puerta estaba flanqueada por dos soldados armados que tenían la vista fija al frente, mirando la nada.

Grey le echó un vistazo a Sela.

—¿Estás bien, pequeña? —mascculló.

—Sí —contestó la muchacha pero, aunque la postura no la delatara, la voz sí lo hizo.

En aquel momento, con el pelo oscuro limpio y apartado del rostro, colorete en las mejillas y los ojos delineados con lápiz kohl, tenía un aspecto tan diferente que parecía imposible.

Un vestido digno de su posición le caía en torno al cuerpo: gris pizarra, con líneas rectas en los hombros y un corte en la cadera que casi simulaba el de una armadura. Hacía que pareciera una heroína de guerra en ciernes: con los hombros echados hacia atrás y la barbilla alzada en un ángulo duro. A Grey le recordó a aquella noche en el campamento en la que había ido a amenazarla.

Relajó la posición de descanso para estrechar la mano de Sela.

—¿Y si no quiere recuperarme? —dijo la chica en voz muy baja para que los soldados que se encontraban al otro lado de la estancia no pudieran oírla.

Grey abandonó del todo la postura y giró la cabeza parar mirarla.

—Por supuesto que querrá recuperarte —contestó.

—Pero, cuando me marché a Lindan… Fue ella la que me envió. No quería que estuviera aquí.

Grey pensó en su propia madre. No en sus manos frías, la plata de su

colgante o los besos delicados que solía darle en las sienes. Pensó en los puñales con los que siempre cargaba y en el veneno que ocultaba trenzado entre los lazos del pelo. Pensó en todas las maneras en las que, desde una edad muy temprana, le había enseñado a estar en guardia.

«El legado de Locke es la sangre y la traición», le había dicho Alma una noche, mientras le acariciaba el pelo.

—Estaba intentando mantenerte a salvo —le dijo ella—. Te lo garantizo.

Se oyó que llamaban a la puerta con dos golpes rápidos y Grey estrechó la mano de la chica una vez más antes de volver a colocarse en posición de descanso. La puerta se abrió y dio paso a un grupo de guardias. Los seguía una mujer bajita y severa con el pelo negro como la tinta y un hombre que parecía un oso con la barba roja y el cabello castaño rojizo. Tras ellos iban ocho soldados más, que se esparcieron por la estancia: la mitad de ellos se quedó junto a la mujer y la otra mitad, junto al hombre. Ella dio tres pasos hacia el interior de la sala, tomó aire de forma entrecortada y echó los hombros hacia atrás. Parecía como si quisiera salir corriendo.

Sela fue la primera en derrumbarse. Se tambaleó hacia delante, se arrojó a los brazos de su madre (los soldados se movieron para detenerla, pero Cleoc les lanzó una mirada tan salvaje que Grey tomó nota mental de ella para estudiarla más tarde y dilucidar cómo dibujar ese gesto con su propia cara) y se estremeció entre sus brazos. La alta lady de Cleoc Strata se apretó a su hija contra el pecho, le puso una mano firme en la parte de atrás de la cabeza y la estrechó con toda la fuerza posible.

Grey se percató de que el comandante Reggin estaba de pie junto al hombre con aspecto de oso. Sabía que se trataba de Scaelas. Scaelas, el alto lord, con su melena roja. «Como cuando todas las hojas se caen de golpe. Juntos, fuimos niños, ¿sabes? Antes de que conociera a tu madre», oyó en la voz de su padre.

No podía huir de su memoria. Desde que les había abierto el corazón a los recuerdos de Locke, no dejaban de asaltarla. Tras pasar toda la infancia manteniéndolos a raya, había creído que habrían desaparecido para siempre pero, ante el menor atisbo de alguien que la había conocido, habían irrumpido de nuevo en su vida.

Scaelas, su propio padrino cuando aún había sido Maryse de Locke, un

hombre que la había conocido desde el momento de su nacimiento hasta el mismísimo instante en el que la Isla había caído.

Sin embargo, no se fijó en ella. Suponía que era algo por lo que debía dar las gracias: si la mirara de frente, no sabía cómo reaccionaría. No podía desprenderse de la sensación de que estaba actuando.

—¿Está sana y de una pieza? —le preguntó el hombre a la alta lady. La mujer se apartó lo justo para mirar a Sela y tomarle el rostro entre las manos—. Espero que la encuentres tan bien como te prometí.

Cleoc le dijo algo a la muchacha que Grey no pudo escuchar, pero la chica asintió.

—Tal como me prometiste —contestó ella, girándose hacia Scaelas pero manteniendo a Sela entre los brazos, como si no pudiera soportar la idea de dejarla marchar—. Podemos proceder según acordamos.

—Excelente. Redactaré los términos pactados y me reuniré contigo en la sala del consejo.

Estoy seguro de que querrás hablar un momento con los que han rescatado a tu hi… —Se detuvo un momento. Se detuvo y miró directamente a Grey, que sintió que se le revolvía el estómago. Le devolvió la mirada con timidez, expectante y con el corazón en la garganta—.

Perdonadme —dijo él, recobrando la compostura y apartando la vista de ella—. Disculpad mi cabeza, pero siempre está al límite, pendiente de algo, ¿sabéis? —Hablando de forma más directa con Cleoc, añadió —: Cuando hayas acabado aquí, haré que mi comandante te escolte hasta la habitación adecuada y, después, podremos poner fin a este día feliz con un festín y celebraciones.

—Gracias. Espero que pronto podamos llegar a un acuerdo —dijo Cleoc. Si se había percatado del gesto extraño del alto lord, no comentó nada al respecto.

Sin embargo, Kier sí se había dado cuenta. En cuanto Scaelas y sus guardias salieron de la estancia y los dejaron con los dos soldados que los habían vigilado al principio, así como con el comandante, Cleoc y sus propios guardias, miró a Grey con una ceja arqueada. Ella le envió una sacudida rápida de seguridad a través del vínculo.

Todavía tenían que encargarse del asunto de Cleoc. Cuando el alto lord se hubo marchado, la mujer se giró hacia ellos con la mirada suavizada.

—No le habéis hecho daño —dijo. Fue una afirmación, no una pregunta.

Kier inclinó la cabeza, asumiendo el mando con soltura.

—Jamás se me habría ocurrido.

En los labios de la mujer se dibujó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—A pesar de que, según tengo entendido, habría sido difícil igualar lo que ella te hizo a ti, capitán Seward —dijo con suavidad—. Sé que ninguno… esperábamos esta situación y que es posible que me veáis como el enemigo.

—Igual que vos a nosotros —señaló Kier.

—Pues que no vuelva a ser así. A partir de este día, sin importar lo que ocurra entre nuestras naciones, siempre tendréis sitio en mi mesa. Cleoc Strata os recibirá con los brazos abiertos por el servicio que le habéis prestado a mi hija.

—Ha sido un honor —dijo Grey.

A pesar de que la primera hija apuñaló a mi mago, pensó. Aunque no lo dijo, porque era capaz de perdonar y olvidar. O, al menos, en su mayor parte. Sela le dirigió una sonrisa tensa, como si pudiera leerle la mente.

Cleoc recorrió la fila que formaban todos ellos, les dio un beso en el dorso de la mano y les tendió a cada uno un broche de plata con una luna de obsidiana en relieve que hacía juego con el emblema que aparecía en el escudo de armas de Cleoc Strata.

—En nuestra nación —les explicó—, esto es un honor que se otorga a aquellos que han mostrado auténtica valentía.

Grey no vaciló y se prendió la pequeña luna del pecho.

—Gracias por vuestra amabilidad, excelencia —dijo Kier.

Cleoc asintió y después, se colocó junto a la puerta, a la espera. Sela se quedó atrás un instante con los ojos humedecidos y el kohl corriéndole por debajo. Grey se inclinó hacia delante y le limpió las manchas.

—Siento todos los problemas que os he causado —dijo Sela.

—Pequeña, gracias a ti, he conseguido un retiro temprano.

—Y seis meses de permiso —dijo Ola desde el extremo de la fila.

—Y salir de ese puto campamento horrible —añadió Brit.

—Esa lengua… —dijo Kier con un suspiro mientras ponía los ojos en blanco.

—¿Vendréis a visitarme?

Todos dudaron. Llevaban matando a sus compatriotas tanto tiempo como llevaban luchando, pero tal vez hubiese alguna manera de pasar página.

—Sí —le prometió entonces Grey antes de que los demás pudieran decir que no.

Se inclinó, le dio un beso en la mejilla y, después, la atrapó entre los brazos. Pegada a ella lo suficiente como para que nadie más pudiera oírlo y con la cabeza enterrada en su cuello, la muchacha susurró:

—¿Te veré en Locke?

Grey le clavó los dedos en la espalda a modo de advertencia y también de agradecimiento.

—Tal vez cuando seas más mayor —murmuró con el rostro pegado a su pelo.

Ni los necesitaban ni los invitaron a la reunión entre Scaelas y Cleoc. Uno de los soldados los condujo al salón de baile, donde ya había una fiesta en pleno apogeo. La estancia estaba atestada de oficiales y altos cargos tanto de Grislar como de los campamentos cercanos, así como de cortesanos de los que Grey tan solo recordaba el título de forma vaga. A pesar del hecho de que el motivo de aquella fiesta era homenajear a todo el séquito, la gente únicamente quería hablar con

Kier, así que se quedó con Eron mientras él atraía a su pequeña multitud.

—El capitán está muy guapo esta noche —comentó el típico entre sorbo y sorbo de vino, apoyado contra ella para que nadie pudiera separarlos.

—Siempre está guapo —se lamentó Grey contra su copa. Echó un vistazo por encima del borde justo a tiempo de ver a Kier riéndose con el hoyuelo más marcado de lo normal y suspiró—. Siento las manchas que va a haber en tu expediente —añadió tras un instante.

Eron se encogió de hombros.

—Es probable que me lo merezca por llevar tres semanas alimentándoos con veneno.

—Ahí tienes razón; bien dicho.

Él titubeó y miró a su alrededor, probablemente para comprobar quién había por las inmediaciones. No se daba cuenta de que, a veces, un salón de baile abarrotado era el mejor lugar para compartir secretos.

—¿Vas a necesitar ayuda, Grey?

—Para ti, soy Eron.

—Mi pregunta sigue en pie.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Para ser sincera, no sé qué vamos a hacer o cómo vamos a hacerlo.

Le resultaba extraño hablar de Locke tan abiertamente, incluso aunque fuese de forma velada. Pero no tenía forma de ocultarse de los otros tres: sabían quién era y lo que era incluso aunque ella misma no lo pusiera en palabras.

—Ya sabes que, si la necesitas, puedes contar con mi espada —dijo Eron en voz baja.

Grey lo miró y se percató del rubor que le teñía las mejillas.

—No me prometas algo así —le dijo mientras estiraba el brazo para tomarle la mano y entrelazarla con la suya—. Disfruta del permiso, Eron. No me debes nada. Ninguno de vosotros me debe nada.

El típico comenzó a decir algo, pero los interrumpió el maestro de ceremonias, que anunció la llegada de la alta corte y el comienzo del banquete.

Se apresuraron a ocupar sus puestos de honor en la mesa principal: Grey se sentó entre Ola y Kier, que estaban frente a Eron y Brit. Scaelas se acomodó al otro lado del capitán, seguido de Cleoc y Sela.

—¿Algún cotilleo decente? —le preguntó Grey a su mago.

—Ninguno. Aunque he recibido al menos tres propuestas de matrimonio. Ser un hombre casado es una oferta tentadora.

Kier tomó un largo trago de su copa de vino y, por debajo de la mesa, ella le dio un pellizco en el muslo.

—Eres incorregible.

—Incorregiblemente apuesto.

Grey pudo ocultar la sonrisa a duras penas mientras lo miraba de reojo. Era solo que… Era solo que él seguía siendo el mismo de siempre, su persona favorita, su persona amada, y no podía imaginar que sintiera por ella una fracción de lo que ella sentía por él, por mucho que insistiera en que así era.

Se esforzó por ocultarlo y desprenderse del calor que sentía en el vientre. Pero, tras pensarlo un instante, se vinculó con Kier y le envió a él ese calor. El mago se sonrojó de inmediato y se atragantó con el vino. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, Grey vio en ellos una capa nueva y oscura de deseo.

—¿Ha llegado el momento? —le preguntó él mientras, con los nudillos, le rozaba el dorso de la mano por debajo de la mesa.

—No deberías ignorar al alto lord —contestó ella con tono encantador. Le dedicó una sonrisa inocente y dejó de prestarle atención para charlar con la persona sentada al otro lado.

Kier suspiró y se concentró en Scaelas.

En el otro extremo de la mesa, el comandante Reggin estaba hablando con Eron, ya que pensaba que era Grey.

—Capitán mano Flynn, ya he recibido solicitudes para transferirte —dijo el hombre con tono prosaico conforme los sirvientes se apresuraban a servir la comida mientras todavía estuviera caliente. Grey arqueó una ceja y escuchó la conversación a hurtadillas. Kier tartamudeó en medio de una frase—. Si te interesa quedarte, estoy seguro de que al capitán Seward no le importará.

—Debería pensárselo, capitán mano —dijo Brit, que desbordaba alegría. Era más que probable que hubiese bebido demasiado vino. Grey le dio una patada por debajo de la mesa.

—Ah… Necesito un descanso —dijo Eron. Entonces, la miró y ella suspiró. Había arruinado su expediente perfecto, así que iba a arrastrarla con él—. Además, soy terrible manejando la espada.

El comandante arqueó mucho las cejas.

—Tus logros dicen lo contrario. Además, tengo unas ofertas muy tentadoras…

Scaelas debía de haber vuelto a hablar con Cleoc, porque Kier se unió a la conversación justo cuando les dejaron los platos enfrente.

—Por desgracia, comandante —dijo con una educación perfecta—, no pueden quedarse con mi mano. —Cubiertos por el largo mantel de la mesa, posó los dedos sobre la rodilla de Grey—. Estamos retirados.

«¿Le has escrito a Gres para sincerarte? Si ambos seguís así, acabarás

teniendo que declararte ante su tumba».

Carta del lugarteniente Lotrain Seward para el lugarteniente Kiernan Seward. Nueve años d. D.

diecinueve

Tras la cena, tuvo que soportar una conversación especialmente aburrida (y, tal vez, mordaz) con el comandante sobre la importancia del decoro y los buenos modales y se esforzó al máximo por evitar al maestre Pickett, al que había oído comentarle a otro oficial que debía de recordar mal la apariencia, el color y el género de la mano del muy respetado capitán Seward (aunque, desde luego, dos de aquellos tres factores podrían haber cambiado). En más de una ocasión, al alzar la vista, se encontró con que el alto lord, con los labios fruncidos en una mueca tras la barba roja, tenía los ojos puestos en ella. Cuando comenzó el baile, ya no podía aguantar más. Soportó un vals con Eron antes de abandonar toda precaución y dirigirse hacia Kier para librarlo de sus admiradores.

Le costó un momento abrirse paso entre el círculo y, cuando lo hizo, lo halló en el centro con vino espumoso en ambas manos.

—Capitán —dijo mientras bajaba la vista con recato.

—Oficial Fastria —contestó él.

Le tendió una de las copas de vino burbujeante a medio beber. Cuando la tomó, Grey le rozó los nudillos con los suyos y miró de reojo la puerta.

—Creo que todavía tiene algunos compromisos pendientes con la alta lady.

—Ah, sí —dijo él, escabulléndose con facilidad de la conversación—. Le prometí que hablaría con ella. Si me disculpan…

Escaparon del corrillo y Kier entrelazó el brazo con el suyo. Se cruzaron con Ola y con Eron en un rincón, borrachos, contemplando a Brit, que estaba bailando en círculos con un mago de otro campamento. Ambos tenían una versión diferente pero equiparable de anhelo reflejado con claridad en el rostro. Grey archivó aquel detalle para digerirlo más tarde.

Agarró la barbilla de Eron.

—Por favor, no me deshonres —le suplicó antes de darle un beso en la mejilla.

—No me atrevería…

—Tened cuidado —dijo Ola con seriedad pero arrastrando las palabras cuando Grey volvió a colocarse junto a Kier—. En todos los sentidos.

—Sigue sin ser asunto vuestro —comentó Kier con tono alegre—, pero tendré en cuenta tu sugerencia.

Se escabulleron hacia el frío húmedo de la noche y, después, se metieron en uno entre una docena de carruajes que esperaban en el exterior. Kier le dio al conductor el nombre de la taberna. Se sentaron el uno enfrente del otro, alternando las piernas, mientras el vehículo se ponía en marcha con una sacudida. Grey tenía muchas ganas de agarrarlo del abrigo y arrastrarlo hacia ella, pero estaban en un carruaje con ventanas y tal vez tan solo quisiera observarlo un poquito más. El rostro del mago reflejaba la emoción que podía sentir a través del vínculo, algo parecido al asombro, la admiración y una impaciencia reticente. La sangre, ardiente, le palpitaba en las mejillas y el estómago y sentía todo el cuerpo electrizado e inquieto.

Cuando llegaron a la taberna Grey salió del vehículo a trompicones, sintiéndose borracha de algo diferente al alcohol. Mantuvo la compostura durante todo el trayecto hasta el dormitorio, donde la llave le tembló entre los dedos hasta que Kier la tomó y la encajó en la cerradura.

Dentro, con la puerta cerrada tras ellos, se contemplaron el uno al otro.

—Bien —dijo él mientras, con cuidado, dejaba la llave sobre la cómoda.

—Bien —contestó ella, observando todos y cada uno de sus movimientos.

Se miraron fijamente. Grey no comprendía aquella timidez (le había metido las manos en los intestinos y todo eso) pero, ahora que estaban solos, no podía desprenderse de ella.

Tomó aire de forma brusca y entrecortada cuando Kier se inclinó hacia delante para tomarle la mano. Se la llevó a los labios y le posó un beso en los nudillos.

—¿Es así como lo imaginabas? —le preguntó ella.

Él se echó a reír.

—Grey, eres un tesoro inimaginable.

Ella arqueó una ceja.

—Capitán Seward —dijo, porque si se permitía creerle, no podría recuperarse—, todavía tengo la ropa puesta. —Kier intentó acercarla a él, pero ella negó con la cabeza—. Quédate quieto.

Grey llevó las manos a su chaqueta, se las metió por debajo y se la apartó de los hombros.

Se inclinó para besarle aquel punto suave bajo la mandíbula, el mismo con el que tanto se había obsesionado antes, y él soltó un suspiro brusco. Le quitó la prenda y la arrojó sobre la cama, detrás de ella.

—Grey… —comenzó a decir él. Le apoyó las manos en la espalda y empezó a tantear los lazos del vestido.

—Mmm… No —dijo ella mientras se las apartaba.

Estaba decidida a disfrutar de aquello y llevaba años imaginando poder tener el cuerpo de Kier a su merced. No pensaba privarse del placer de atormentarlo.

Él se quedó quieto, con la respiración errática, mientras le desabrochaba los botones de la camisa. Pasó los dedos sobre la obsidiana de la luna. Él la observó hambriento, con las manos pegadas a los costados. Sabía que quería tocarla pero, por encima de todo, quería que se saliera con la suya.

Le quitó la camisa y a Kier se le tensaron los músculos del vientre cuando le pasó las manos por encima. Le besó el perfil de la clavícula y le pasó la lengua por el hueco de la garganta, deleitándose con el sonido que se le escapó. Tenía cada uno de los entrenamientos escrito en la densa musculatura y cada batalla reflejada en la piel. Grey tragó saliva con fuerza, pues recordaba todas y cada una de ellas: un millar de recuerdos de la sangre y la magia de él junto con el poder de ella, que lo habían transformado del chico que antaño había deseado al hombre que ahora tenía bajo las manos.

—¿Me toca a mí? —preguntó él, divertido, mientras ella le pasaba las palmas por las planicies del pecho, el rastro de vello fino y oscuro que le surgía del ombligo y las cicatrices que tenía en el abdomen.

—Solo si te portas bien —contestó mientras le pasaba el pulgar sobre el pezón. Entonces, acercó los labios a los suyos para tragarse el jadeo que se le escapó a modo de respuesta. Era un auténtico tesoro escucharle emitir ese ruido y saber que le pertenecía a ella y solo a ella.

—Grey… —masculló, pegado a su boca.

Ella le mordió el labio inferior.

—Te toca —concedió.

Kier no perdió el tiempo y la apretó contra él, piel contra piel. Se mostró insistente mientras le deshacía los lazos del vestido a una velocidad récord y se lo bajaba por los hombros para que cayera y se amontonara a sus pies. Grey le enterró una mano en el pelo y le apoyó la otra en el hombro, en parte para no perder el equilibrio. Al sentir el roce enloquecedor de su lengua sobre la suya, le temblaron las rodillas.

El mago seguía llevando demasiada ropa, lo que era un desastre, así que acercó los dedos a la lazada de sus pantalones mientras él le arrancaba la camisola e interrumpía el beso para soltar una carcajada. Entonces, volvió a mirarla y la adoración pura que se le reflejó en el rostro la dejó de golpe sin aliento.

Reprimió el instinto de taparse. Mantuvo los hombros cuadrados y las manos apoyadas sobre los de él. Kier la miraba como si no le hubiera visto la piel un millar de veces, todos y cada uno de los días y en un millón de contextos diferentes; como si todo aquello fuera nuevo; como si no conociera la forma de la cicatriz que tenía en las costillas o los contornos de su cuerpo. Le tomó un pecho con la mano de forma reverente y le pasó el pulgar de un lado a otro hasta que sintió una tensión dolorosa.

En aquella ocasión, cuando volvió a besarlo, fue con una desesperación renovada.

Trastabillando, él la empujó hacia la ventana. Por suerte, había corrido las cortinas antes de marcharse porque, de lo contrario, todos aquellos que estuvieran en el patio habrían disfrutado de un buen espectáculo. La alzó hasta que acabó sentada en el amplio alféizar con la espalda pegada a la tela de las cortinas y se restregó contra ella. Aunque todavía los separaban demasiadas capas de ropa, sintió su erección y gimió contra su boca.

Él se detuvo, se apartó lo justo y necesario para poder mirarla y le acarició el rostro con una mano.

—¿Es esto lo que quieres?

Grey le empujó la cabeza hacia abajo para poder darle un mordisquito en la oreja.

—Esta es la única cosa que quiero.

Él se echó a reír con un sonido cálido y de alivio. Titubeó un instante. Antes de que ella pudiera preguntarle si se encontraba bien, Kier se dirigió hasta su mochila. Observó cómo rebuscaba entre las cosas del botiquín, entornando los ojos para leer las etiquetas. Se puso una pizca de hierbas anticonceptivas en la palma de la mano y se las tragó con agua,

haciendo una mueca ante el sabor amargo. Grey le tomó la mano y lo arrastró de nuevo hacia ella. Se detuvo un instante y le dio un mordisco en la clavícula.

—Gracias.

—Me lo ha recordado Ola —contestó él mientras le pasaba la mano por la espalda de un modo que hizo que se estremeciera.

—Por favor —dijo mientras tiraba de él hacia abajo para poder besarlo en los labios—, no metas a Ola en esto.

Él soltó una carcajada cálida y nítida. Después, bajó la mano hacia la cinturilla de su ropa interior.

—¿Puedo?

Le metió los pulgares por el borde y se la bajó mientras le pasaba las manos por las espinillas. Le apoyó las palmas sobre los muslos un segundo antes de separarle las piernas.

—Kier…

Estiró los brazos hacia él, pero él se dejó caer de rodillas y le dio un beso en el interior del muslo. Grey jadeó mientras le enredaba los dedos entre el pelo.

—Solía soñar con hacer esto —masculló él, pegado a su piel, antes de

colocarse sus piernas sobre los hombros.

—¿Solías? —se obligó a preguntarle mientras Kier le pasaba un mano desde la rodilla hasta la cadera.

No merecía la pena decirle que ella también se lo había imaginado. Seguía sintiendo una timidez empalagosa a pesar de que, cuando la miraba, podía ver el deseo en sus ojos. Sin embargo, le costaba creer que hubiese pasado años durmiendo a su lado, orbitando a su alrededor, pensando en ella de aquel modo e incluso soñando con ella sin que nada hubiera cambiado entre ellos hasta ese momento.

—Ajá… En mis años de juventud, cuando pensaba que podía imaginarme a qué sabrías…

Grey se sonrojó, avergonzada muy a su pesar. En realidad, nunca había hablado con sus antiguos compañeros de cama, pues siempre se había tratado de aliviarse, de una

satisfacción mutua asegurada, y no de un amor o afecto genuinos. Sin duda, a ninguno de ellos les había importado; no de aquel modo.

—¿Durante cuánto tiempo?

Él le rozó la piel con la nariz mientras suspiraba.

—Oh, tan solo buena parte de una década.

Habían sido unos auténticos idiotas. Tanto tiempo que podrían haber dedicado a hacer justo aquello…

Tomó aire mientras él se abría paso entre sus piernas a base de besos y mordiscos y, cuando le posó la boca en el centro, echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y qué tal la comparación? —consiguió preguntar a duras penas gracias a la supernova silenciosa que le había estallado en el cerebro. Aquello parecía… Parecía magia; poder. La sensación era mucho mejor que la oleada de calor que sentía cuando encontraba el poder vinculado en torno a ella y tiraba de él.

Kier se apartó y le dio un beso en la cadera.

—En la vida real es infinitamente mejor.

Con las manos en sus caderas, él volvió a agachar la cabeza y reaccionó a cada uno de sus jadeos y sus suspiros. Se mostraba muy confiado y seguro de sí mismo. Nunca antes se había acostado con ella, pero la conocía. De hecho, la conocía mejor de lo que se conocía ella misma. Cuando se movía, llevaba a cabo el movimiento indicado y en el momento justo, como si todas sus ensoñaciones sobre recorrerle el cuerpo con los labios y las manos lo hubieran preparado a la perfección para brindarle todo el placer posible. Grey estaba atrapada en aquella marea, en el agarre de sus manos, el suave murmullo de su voz y sus alabanzas mientras se tensaba cada vez más bajo sus caricias. Sintió el placer acumulándose y creciendo en su interior, acercándola al borde del precipicio. Entonces, Kier hizo un movimiento inteligente con la lengua y ella se corrió contra su boca, tirándole del pelo, sin que él le soltara las caderas en ningún momento.

El mago volvió a subir por su cuerpo con una determinación férrea y, entonces, Grey se percató de que seguía llevando los pantalones puestos (lo que, sinceramente, era un crimen). Cuando fue a tocarlo, él suplicó con una voz preciosa, pero lo apartó y se puso en pie. Le quitó la ropa en un abrir y cerrar de ojos y lo empujó hacia la silla en la que se había sentado antes. Él posó la mirada en ella, tan ardiente que quemaba, mientras la observaba alzarse sobre él. A pesar de todas las supuestas fantasías de Kier, ella también había

pensado en aquello, en tenerlo a su merced, en ver cómo los ojos color avellana se le tornaban líquidos y cálidos mientras esperaba a que lo poseyera con una calma que dejaba sin aliento.

Se sentó a horcajadas sobre él y le rodeó las caderas con las rodillas. Él cerró los ojos mientras lo acariciaba y memorizaba la suavidad aterciopelada de su piel y el calor que desprendía.

—Por favor —murmuró él de nuevo y, cuando volvió a abrir los ojos para mirarla, los tenía casi negros.

Se inclinó hacia delante, le posicionó el miembro con una mano mientras le apoyaba la otra en el hombro y, cuando bajó sobre él y Kier se movió en su interior, fue como si el vínculo entre ellos se tensara, redoblado, y explotara hasta convertirse en algo tembloroso y dorado.

—Grey…

Suspiró su nombre con la más suave de las exhalaciones. Sintió el

poder impulsándose por el vínculo sin que ella lo dirigiera. Se sentía en control y, al mismo tiempo, fuera de sí de un modo salvaje; llena hasta el borde y, por otro lado, necesitada de él. Necesitaba todo lo que pudiera tomar de él y lo necesitaba lo antes posible.

Se movió sobre su cuerpo, lento al principio para acostumbrarse a la sensación de tenerlo en su interior. Él le pasó las manos a la cintura sin dejar de mirarla a la cara en ningún momento, como si todo el tiempo que pudiera observarla nunca fuera a ser suficiente.

Grey apenas podía pensar mientras él se movía, empujando desde abajo. Se agachó para besarlo y le atrapó el labio inferior con los dientes. La agarró con más fuerza y ella siguió meciendo las caderas, marcando un ritmo más rápido.

—Eres todo lo que siempre he deseado —dijo Kier mientras apoyaba la frente contra la suya.

Ella cambió de posición, dándose más espacio para poder moverse sobre él, que le enterró el rostro en el cuello y le besó la unión entre la garganta y el hombro hasta que ni siquiera en esa postura le pareció que estuvieran lo suficientemente cerca. Grey le cedió el poder y sintió el eco de su magia chisporroteándole sobre la piel. Kier le apoyó las manos en la cadera y, mientras se ponía en pie, la alzó y volvió a dejarla sobre el alféizar de la ventana.

Cuando él se detuvo y se recolocó, ella jadeó ante el cambio de ángulo.

—Sí —gimió mientras le mordía el hombro. Con las piernas, le rodeó la cintura con más fuerza y él le metió una mano entre los muslos y comenzó a trazar círculos con el pulgar.

Grey sintió el vínculo en su interior, consumiéndola y quemándola viva—. Kier, necesito…

—Permíteme —masculló él mientras le posaba los labios sobre la melena.

El mago aumentó la presión hasta que ella se quedó con la mente en blanco: era una criatura de anhelo y deseo y nada más. La ola alcanzó su máxima altura y la arrastró bajo la superficie. Medio sollozando contra su hombro, se partió en dos. A Kier se le escapó un ruido grave y gutural al mismo tiempo que perdía el ritmo y se hacía añicos en su interior.

Grey no se movió. No podía moverse. Él le pasó las yemas de los dedos por la espalda, arriba y abajo, mientras volvían en sí con la respiración entrecortada pero acompasada.

Le dio un beso desesperado y torpe en la sien.

—Petición aceptada —le dijo Grey contra el pelo húmedo.

—¿Qué?

Se inclinó hacia delante para que él pudiera verle la cara. Seguía dentro de ella y todavía sentía las sacudidas posteriores.

—Enhorabuena. Eres el primer ciudadano de Locke.

Él se echó a reír y le enterró la cara en el hombro.

—Es un honor ser vuestro, mi lady —dijo mientras se agachaba para morderle la parte superior de un pecho.

El tiempo se volvió almibarado y tranquilo. Se lavaron en el baño y, entonces, Grey se puso la camisa de Kier y se metió en la cama. Él se estiró, todavía desnudo y despreocupado, mientras empezaba a pasarle la mano por la cadera, la cintura y el contorno del muslo como si estuviera intentando memorizar al tacto cada parte de su cuerpo. Charlaron sobre nada en particular, tal como habrían hecho cualquier otro día pero, de pronto, ella se inclinó y lo besó y él estaba ahí, cálido, seguro e igual de necesitado. No tardó en colocarse sobre ella, apoyando el peso en los codos y con una de sus piernas en torno a la cintura. Y, entonces, volvió a penetrarla.

No era tal como había imaginado que sería las veces que se había permitido imaginarlo.

Kier se mostraba más seguro de lo que había esperado, pero también estaba dispuesto a dejar que tomara las riendas, lo enterrara en la cama y marcara el ritmo. No era tanto una

lucha por hacerse con el control como un entendimiento. Él se enterraba en su interior todo lo posible hasta que ella le agarraba la barbilla y, entonces, le cedía el poder con facilidad.

Aunque con sus anteriores compañeros de cama nunca había sido dada a tomar la iniciativa, le encantaba controlar a Kier, saber que le provocaba cada jadeo entrecortado y que cada sonido afilado y cada palabra soez que se le escapaban de los labios eran suyos.

Después, se quedaron tumbados y quietos, mirándose el uno al otro en medio de la cama.

Grey se sentía tan lánguidamente complacida que apenas podía mantener los ojos abiertos.

Kier ardía demasiado (siempre tenía la temperatura corporal elevada) como para pegarse a él, pero tenían los dedos entrelazados. A él no parecía importarle que ella uniera y soltara sus manos de forma constante con gesto nervioso.

—¿A dónde quieres que vayamos primero? —le preguntó Grey.

Ya hacía rato que había oscurecido, pero ninguno de los dos se había molestado en encender ninguna luz más allá de la luz maga dorada que Kier había convocado y que dejaba la mayor parte de la habitación sumida en las sombras. A pesar de todo, podía distinguir cada rasgo de su cara, principalmente de memoria. Alzó la mano libre para pasarle el meñique por la cicatriz que siempre lograba que sus labios hicieran cosas que no debían. Él giró la cabeza para darle un beso en la palma.

—Creo que, lo primero, deberíamos ir a casa —contestó—. Si no te importa. Ha pasado mucho tiempo. Me gustaría ir a visitar a Lot.

Grey asintió. Cada vez que volvían a casa, Kier les daba un beso a sus madres y, después, se dirigía en silencio al jardín, se arrodillaba a los pies de un árbol y apoyaba la mano sobre la estela que llevaba el nombre de Lot. Se sentaba allí durante una cantidad infinita de tiempo y, en voz baja, le contaba a su hermano todo lo que había ocurrido en los meses que habían pasado desde la última vez que habían estado en casa. Después de aquel primer encuentro tras la muerte de su hermano, Grey había comprendido que Kier tenía que hacer solo la primera visita a la tumba para poder desahogarse. Los días posteriores, se sentaba con él y, mientras hablaban con Lot, pasaba los dedos con cuidado entre la hierba, tal como solía pasárselos por el pelo cuando los tres holgazaneaban bajo el sol.

—Además, mi madre me ha estado presionando —añadió él—. Amá no se encuentra muy bien. Deberíamos pasar allí al menos unas cuantas semanas para ubicarnos y hacer planes.

—Llevo un tiempo queriendo escribirle a Imarta —comentó Grey mientras sentía aquella culpabilidad tan familiar. Sin embargo, cuando se veían en persona, les resultaba muy fácil retomar la relación. Cada vez que regresaba a casa, su madre adoptiva alzaba la vista cuando

atravesaba la puerta y se limitaba a decir: «¿Y bien? ¿Dónde has estado? Y no

censures nada, por favor». Aunque siempre había censuras; eran necesarias. Después de eso, se pasaba el tiempo mimándola hasta que volvía a marcharse.

—Le envié una carta —dijo Kier—. Antes de que abandonáramos el campamento.

—Cómo no…

Siempre se le había dado mejor que a ella ser el hijo de alguien.

—¿Y después de eso? —preguntó el mago con una curiosidad genuina en el tono de voz.

Grey suspiró. Y después… Rodó sobre sí misma para tumbarse bocarriba y se quedó mirando el techo.

—Y después, supongo que necesitaremos un barco.

—Creo que necesitaremos algo más que un barco —replicó Kier con cuidado.

—No sé cuál es el proceso —confesó Grey.

—Lo sé; tendremos tiempo de averiguarlo. Pero ¿estás segura de que… no explotó todo?

—Hubo explosiones causadas por la fuerza bruta del poder —contestó ella—, pero no, no lo creo. Está ahí, en medio del mar, esperando a que regrese.

Kier se quedó pensando en aquello.

—Tal vez cuando lleguemos allí sientas que vamos por buen camino. O tal vez tus dioses te den la respuesta.

—Tal vez. —Cerró los ojos, aunque todo el deseo de dormir se había desvanecido a causa de los recuerdos que habían vuelto a aflorarle. Dudaba muy mucho que sus dioses quisieran seguir sabiendo algo de ella—. Nunca me has preguntado cómo ocurrió. Y, desde que descubriste… lo que soy capaz de hacer, tampoco me has preguntado cómo lo hice.

Él se quedó callado un instante.

—No creí que me correspondiera hacerte esas preguntas.

—¿Y no cambia nada para ti saber que fui yo la que destruyó la Isla? —Abrió los ojos y se quedó con la vista fija al frente mientras recordaba cómo su hermano le había agarrado la mano y, después, ambos habían echado a correr, correr y correr.

—Creo que siempre lo he sabido.

Recordó el sudor que le había recorrido la espalda y el olor a quemado de la madera, la carne y el pelo: todo, hasta el Bosque Fantasma, había prendido en llamas. Y, entonces, habían bajado a la despensa y había dejado de ver el fuego.

—¿Siempre has tenido tan mala opinión de mí? ¿Siempre me has creído capaz de matar a todo mi linaje y destruir mi hogar?

Kier se dio la vuelta, la atrajo hacia su pecho y la recolocó para que estuviera tumbada de medio lado. Le acarició la mejilla con un roce tan suave como un susurro.

—No —dijo—; siempre he sabido que eras una superviviente.

Grey le estudió el rostro, aunque no estaba muy segura de qué era lo que estaba buscando.

—Mi padre quería que Severin tuviera elección. —Las palabras se le escaparon de entre los labios—. Cuando todo salió tan mal, intentaron protegernos y proteger a mis padres…

Eprain envió a una pretendiente, pero tan solo era la muerte disfrazada. La recuerdo.

Severin la mató con sus propias manos y no puedo imaginar cómo… —Tomó aire de forma entrecortada—. Locke, mi madre, se alzó como una tormenta para enfrentarse a ellos, pero era demasiado tarde. Usaron flor de quiebra para romper los vínculos.

—Grey —dijo él con tanta ternura que le dolió—, no tienes por qué contarme esto.

Sintió las lágrimas que le corrían por las mejillas. No era capaz de recordar la última vez que había llorado.

—Recuerdo el sonido de sus botas. Recuerdo su sangre y las manos de mi hermano… Me aferró con tanta fuerza que me dejó una moradura.

Era lo único que me quedaba de él cuando llegué a Scaela.

»Sé que todo el mundo cree que fue mi madre la que destruyó la Isla pero, para entonces, tanto ella como mi padre habían fallecido ya. Sentí sus muertes en el mismo instante en el que ocurrieron, como si unas antorchas enormes se hubieran extinguido. Y creo que… Creo que Sev sabía lo que estaba haciendo y el coste que iba a tener.

—Tú ya eras Locke —dijo Kier, comprendiendo lo que quería decir.

Grey asintió.

—Y sabía lo que éramos capaces de hacer juntos. Así que me dijo que sacara todo el poder que fuera capaz tanto de los pozos que nos rodeaban como de la propia Isla. Me escudó y yo dejé que el poder estallara. Era la única manera de salvar Locke: hundirla por completo.

Severin, mamá, papá… Mi abuela también… Todos ellos murieron para que yo pudiera vivir.

Kier le enjugó las lágrimas antes de que pudieran enredársele en el pelo.

—Lo hicieron porque te querían, Grey —dijo.

Ella alzó la vista para mirarlo y, con la mano estirada, le trazó el contorno de la sien.

—Pero esa no es la clase de amor que deseo. No quiero sacrificios. No quiero que nadie más muera por mí.

No quiero que tú mueras por mí. Se guardó aquello para sí misma.

Él se inclinó y le dio un beso tierno y dulce.

—Gustoso moriría por ti en cualquier momento, Flynn —dijo el mago, como si sus pensamientos fueran transparentes.

Ella le posó la mano en la parte trasera de la cabeza y se la acarició.

—Eres un idiota —dijo con mucho cuidado—, pero si insistes en ponerte en peligro por mí, no quiero que seas mi mago. —El gesto de Kier se tornó cauteloso de inmediato—. No, no me refiero a eso…

—¿Y bien?

Grey se arrastró hacia él y le pasó una pierna sobre la cadera. Al instante, él le apoyó la mano en el muslo.

—Quiero que seas mi comandante, Kier. Si somos capaces de resucitar la Isla, quiero tener la certeza de que volverá a ser un lugar seguro y quiero que tú te encargues de eso.

Él le estudió el rostro.

—Cualquier comandante o maestre que desees acudirá a la llamada —replicó él con cuidado—. Si es lo que quieres. Podrías pedírselo a Cleoc Strata, a Scaela… Dioses, incluso Nestria te ofrecería a alguien si eso implicara algún tipo de tratado.

Grey negó con la cabeza.

—Me da igual. No confío en ellos. No confío en nadie en este mundo como confío en ti.

Kier se inclinó para besarla.

—Ya llevo tu nombre en el corazón, Locke —dijo—, sería el más grande de los honores cargar también con tu estandarte.

—¿Estás seguro de que no quieres pensarlo?

—Sí.

Se acurrucó contra su pecho, deleitándose con el hecho de poder estar así, pegada a él, piel contra piel, mientras la rodeaba con los brazos.

—Probablemente, no sea el retiro ideal.

Él suspiró con el mismo gesto sufrido de siempre. Después, se colocó bocarriba y la arrastró consigo para que quedara apoyada sobre su pecho.

—Desde el principio, los dos sabíamos que el retiro duraría poco.

—Eres un héroe y un genio, Seward.

—¿Sabes? Más allá de mi valentía y mi intelecto, también poseo otros talentos.

Grey le mordió la clavícula con suavidad.

—¿Ah, sí? ¿Me harías una demostración?

Él hizo una pausa como si se lo estuviera pensando.

—¿Me concederías un aumento?

—Ni siquiera tienes un salario todavía.

Él le pasó los dedos por la cadera.

—Todavía.

Grey soltó un resoplido burlón.

—El soborno nunca te ha sentado bien —dijo. Sin embargo, no se quejó de sus métodos.

«Lo siento, mi lord. No hemos llegado a tiempo… Cuando lo hemos hecho, ya habían encontrado a la dama Wren. La habían asesinado tanto a ella como a sus hijos y a todos los habitantes de la casa. Adjunto el broche de su capa, en el que aparece el escudo de armas de su casa. Me encargaré de que su cuerpo llegue a salvo para que pueda descansar según dictan sus costumbres».

Carta de Ikaaron Plides, embajador scaelano en Nestria, para Scaelas. Dos días d. D.

veinte

En medio de la madrugada, Grey se despertó de forma súbita cuando algo húmedo y áspero le presionó la cara. Tomó aire con brusquedad e intentó echarse hacia atrás, pero una mano le estaba agarrando el pelo y había algo que olía fatal, como a bilis amarga.

Conocía aquel aroma. Olía a la muerte de la Isla, a los gritos que escuchaba en los oídos y al final de todas las cosas.

—¿Kier? —intentó decir.

Oyó un ruido al otro lado de la habitación; un grito amortiguado. No podía ver nada más que formas en la oscuridad, una de las cuales le estaba sosteniendo una tela sobre la boca, y aquel olor hacía que en su interior se alzara algo animal y furioso. Se sacudió, intentando librarse, pero unas manos robustas la estaban sujetando con fuerza. Dio un mordisco, atravesó el trapo con los dientes y los clavó en algo carnoso que soltó una palabrota y se apartó. Tambaleándose, se incorporó y, enloquecida y salvaje, tanteó bajo el almohadón en busca de su puñal hasta que pudo cerrar los dedos en torno a la empuñadura.

Los ojos le lagrimeaban y tenía la mirada nublada, por lo que no podía ver con claridad.

Tampoco sentía a Kier. No lo sentía ni a su lado ni intentando tirar de su poder a través del vínculo con el que se conectaban con la misma facilidad con la que respiraban.

Dio un tajo, alcanzó carne y sintió sangre caliente en las manos. Tan solo podía ver formas.

Tres personas enormes se alzaban sobre ella pero, en la habitación, allí donde no le alcanzaba la vista, había más.

—Está armada —dijo uno de ellos.

—Nadie mencionó que estarían juntos —comentó otro, echando humo.

Grey oyó un sonido ahogado, un grito a medias al otro lado de la

estancia, y el ruido de algo sólido chocando contra carne y hueso. Conocía el timbre de aquel sonido a pesar de que nunca antes le había oído emitiendo nada similar. Kier.

Luchó. Lanzó tajos a diestro y siniestro con el cuchillo. Acertó en más de una ocasión y se deleitó con las palabrotas que se les escapaban a los atacantes. La mano se apartó de su rostro, pero el daño ya estaba hecho. Por mucho que forcejeara con el vínculo, no podía sentir a su mago cerca a pesar de que lo había oído luchar con la misma certeza con la que lo estaba haciendo ella.

Conocía aquel olor. La habían envenenado con flor de quiebra, una planta que Eprain había descubierto y cultivado por su capacidad de adormecer la magia y hacer que a un mago le resultase imposible extraer poder de su pozo.

Se trataba de la misma droga, el mismo veneno, que Eprain había utilizado para cercenar los vínculos de Locke mientras arrasaban por completo la Isla; el mismo veneno que había impedido que la alta lady detectara la destrucción que habían provocado.

Sin embargo, los hombres que la rodeaban no tenían el acento cerrado y rápido de los eprainianos ni la cadencia del scaelano. El idistrano que hablaban era llano y abierto. Podría ser luthita o stratano, pero no sabía cuál de los dos. Las personas que estaban con ellos en el dormitorio debían de ser típicos a los que no afectaba aquel olor intoxicante o bien luchadores lo bastante fuertes sin su poder, ya que un simple soplo de flor de quiebra cortaba cualquier vínculo de la zona circundante durante al menos varios minutos. Estaba reservado para situaciones extremas.

Mientras luchaba, aterrada, Grey pensó que tal vez debería reconfortarle el hecho de que consideraran que ella y Kier eran una situación extrema.

Entonces, notó el peso de una rodilla en la espalda, lo cual la inmovilizó, y unos dedos presionándole ese punto sensible del cuello que hacía que la visión se le llenara de motitas.

Una mano le agarró la muñeca con fuerza.

—Deja de resistirte o te mataré —le rugió una voz en el oído.

Grey saboreó sangre y amargura en la boca.

—Entonces, mátame —gruñó antes de volver a lanzar un tajo.

Lo último que vio a través de las lágrimas fue un rostro sombrío y el contorno de su mago arrodillado en un rincón con un cuchillo en la garganta.

Todo se volvió negro.

Recuperó el conocimiento un tiempo inconmensurable después con el sabor empalagoso de la flor de quiebra en la lengua. Notaba los sentidos embotados y seguía sin ser capaz de percibir a Kier, pero al menos podía ver. Se atragantó a causa de la mordaza, que le pesaba sobre la lengua. Tenía demasiados espumarajos en la boca y la barbilla cubierta de saliva y sangre. Habían empapado la propia mordaza con la misma solución amarga y floral.

Tenía las manos atadas tras la espalda y la cuerda se le clavaba en la piel. También tenía los pies amarrados, pero hacía rato que había dejado de sentirlos. Estaba sentada en un ángulo raro y con la cabeza apoyada sobre el hombro de alguien. La alzó con una sacudida, recuperando por completo la conciencia.

—Mmffff.

Siguió aquel sonido. La que estaba a su lado era Ola, que también estaba atada. Llevaba una rasguño bastante feo, serrado y ensangrentado, que le llegaba de la sien a la raya del pelo.

Tenía sangre coagulada en las cejas, en las pestañas y formándole una costra en las mejillas.

Justo a su lado, Grey vio a Brit. Se encontraban en una habitación estrecha de piedra, fría y húmeda. Escudriñó la estancia. Eron estaba justo enfrente de ella y Kier…

Kier.

Estaba atado de un modo similar, tumbado de medio lado y vestido tan solo con los pantalones y las botas. Tenía el rostro magullado y estaba cubierto de sangre. Por un instante terrible, Grey temió que estuviera muerto pero, entonces, tomó aliento de forma entrecortada. A juzgar por los moratones, supuso que tenía al menos una de las

costillas rotas.

Ella misma iba vestida en ropa interior y con la camisa del mago que, del mismo modo, llevaba los pantalones sueltos con los que se había acostado. Los captores no se habían molestado en proporcionarles abrigos o mantas a pesar de que el frío le estaba calando hasta los huesos.

Sin olvidarse de su función como sanadora, observó a los demás para hacer balance: la herida de Ola era fea pero, con suerte, no sería fatal; a Eron le sangraba el brazo y tenía un ojo morado, pero nada más; y, más allá de un par de rasguños, Brit parecía estar bien en su mayor parte. No podía distinguir el origen de las lesiones de Kier, lo que era preocupante.

Si lo habían dejado inconsciente a base de patadas, había posibilidades de que hubiera

sufrido un traumatismo en la cabeza o incluso daño cerebral, y aquello era algo que no podía digerir sin ser al menos un poco presa del pánico. También era posible que lo hubieran incapacitado por otros medios, pero no tenía forma de saberlo a menos que pudiera examinarlo de cerca.

La evaluación de su propio estado fue breve: le habían golpeado con fuerza en la mejilla con algo y notaba la hinchazón ardiente e irritante del lado izquierdo de la cara. La flor de quiebra hacía que sintiera pesadez en el estómago y un sabor horrible en la lengua pero, por lo demás, se encontraba bien. Cuando flexionó las manos, sintió la sangre encostrada resquebrajándose, pero no creía que fuera suya.

Consiguió echar un vistazo a los alrededores. En un rincón había una puerta envuelta en la penumbra y con un caballero montando guardia en silencio a cada lado. Una ventana alta permitía que entrara luz en la estancia, pero sería imposible alcanzarla y, de todos modos, estaba cubierta de barrotes.

Miró a Ola, que le devolvió la mirada como si pudiera leerle el pensamiento y negó con la cabeza. No había forma de escapar. Dado que seguían teniendo flor de quiebra en la lengua, ninguna de ellas podía vincularse. Aunque, dado que Kier estaba inconsciente, a ella tampoco le serviría de nada.

Kier. No podía dejar de mirarlo y su terror iba en aumento.

No pudo saber cuánto tiempo pasaron allí, atados en aquella habitación oscura, fría y húmeda. Intentó acercarse a Ola y soltarle las ataduras, pero estaban todos tan bien amarrados que le resultó imposible. Además, cuando uno de los soldados que estaban junto a la puerta vio que se estaba moviendo, se acercó a ella y le dio una patada en las costillas.

Soportó el golpe y no volvió a intentarlo. Se maldijo a sí misma por haber bajado la guardia, por haberse acostado con tan solo un puñal y por no haberse despertado cuando, al parecer, habían alejado a Kier de ella a la fuerza. Nunca en toda su vida había dormido tan profundamente. Los brazos del mago debían de haberla adormecido con una sensación falsa y mortífera de seguridad.

Un tiempo después, Kier se despertó con una gran exhalación y entró en pánico de inmediato. Era una agonía tener que observarlo sin poder moverse o decirle palabras de consuelo, aunque sí intentó arrastrarse hacia él. Cuando sus ojos se cruzaron, vio todas las palabras que él no podía decirle e intentó poner un gesto lo más calmado posible.

Estoy viva —pensó, intentando en vano comunicarse con él—. *Estoy viva y tú, también. Y, aunque no puedo sentirte, puedo verte y pronto encontraré la manera de…*

La puerta se abrió de golpe y la madera pesada chocó contra la pared. Entonces, apareció una comitiva de guardias que llevaban las espadas desenvainadas y parecían cautelosos.

No tenían sobrevestas ni escudos de armas; nada que indicara para qué nación luchaban.

Entraron soldados suficientes como para poder hacerse cargo de cada prisionero entre dos.

Aunque quería hacerlo, Grey sabía que era mejor no pelear. Al menos, no por el momento.

Si lo hacía, no podía garantizar ser capaz de acabar con todos ellos de forma segura y no tenía sentido que la mataran sin motivo alguno. No se resistió cuando dos de los guardias la agarraron de los brazos y la arrastraron por un pasillo empedrado hacia un atrio amplio.

Fue dando tumbos detrás de Ola mientras estaba pendiente de la respiración agitada de Eron, que iba tras ella. A Kier podía sentirlo a duras penas. Todavía no podía vincularse, no con una mordaza

empapada en flor de quiebra, pero gracias al enlace, podía sentir los bordes redondeados de su presencia y el dolor de cabeza se le estaba pasando un poco.

Tanteó su pozo, esperando al instante en el que le quitaran la mordaza, y descubrió que su poder estaba pleno e intacto. Apretó los dientes contra la tela. Si algo salía mal… Recordaba a Severin agarrándole las manos. En aquel momento, su hermano había tenido nueve años menos de los que tenía ella y, sin embargo, había sido mucho más valiente.

En el atrio, los encadenaron a la pared, separados por un par de metros de distancia. Los guardias estaban conversando entre susurros. El acento sonaba luthita, pero no podía estar segura. Cambió el peso de una pierna a la otra, intentando evitar que se le entumecieran. La piedra que tenía a la espalda estaba húmeda y por ella corrían unos hilillos de agua que hicieron que sintiera aún más frío.

Aun así, echó la cabeza hacia atrás. Kier estaba encadenado a su lado, justo fuera de su alcance. En el costado de la cabeza que no había podido verle antes, tenía una costra de sangre. Lo habían golpeado con algo (pensó que con la empuñadura de una espada) y aquella lesión tenía aspecto de doler una barbaridad.

Si pudiera vincularse a él y enviarle un poco de poder, podría anular los peores síntomas.

Tal vez, ponerle las manos encima e intentar forzar el vínculo a través del contacto por si eso lo mantenía estable. Sin embargo, con la flor de quiebra todavía en la boca, no podía hacer absolutamente nada.

Un soldado vestido con armadura entró en la sala. Al ver el fajín bordado que llevaba en el pecho, sobre la coraza y la sobrevesta, Grey se dio cuenta de que no era un soldado cualquiera: se trataba por lo menos de un maestre y, probablemente, de un comandante. No recordaba cuántos tenía Luthar o por qué querrían hacerlos prisioneros.

No, no se trataba de Luthar. Grey entornó los ojos. Aunque el escudo de armas del comandante era de Eprain, los guardias que lo acompañaban llevaban sobrevestas con una mezcla de símbolos eprainianos y luthitas.

Eprain y Luthar estaban trabajando juntas. Ni siquiera era capaz de

comenzar a entender las implicaciones de aquello. Si ambos unían sus fuerzas para alzarse contra Scaelas…

No estaba segura de que una alianza con Cleoc Strata fuese suficiente para salvarlos de algo así.

El comandante se detuvo para observarlos. Grey sintió que se le tensaban los músculos de forma involuntaria, que le temblaban los muslos y que se quedaba sin aliento. Kier la miró y, entonces, sintió que tiraba de ella, intentando en vano vincularse a su poder.

—Y este es el séquito que ha trasladado a la falsa Maryse de Locke por toda la nación —dijo el hombre mientras pasaba la vista entre todos ellos.

Ninguno dijo nada. Amordazados como estaban, tampoco podían hacerlo. Sin embargo, Grey miró a Eron, a Ola, a Brit y a Kier. Tal vez hubiesen sido unos idiotas por bajar la guardia y ser capturados, pero aun estando destrozados, seguían siendo fieros y suyos.

Moriría por todos y cada uno de ellos.

—¿Quién está a cargo de esta operación? —preguntó el comandante.

—El tipo alto de pelo oscuro —dijo uno de los soldados.

Grey giró el rostro de golpe en su dirección, lo que hizo que se le agudizara el dolor de cabeza, pero reconoció al hombre que acababa de hablar. A pesar de que en ese momento iba ataviado con ropas luthitas, estaba casi segura de que había estado presente en el baile de la noche anterior. A juzgar por el hecho de que a Eron le palideció el rostro, él también debía de haberlo reconocido. Recordó lo borracho que había estado el típico cuando Kier y ella se habían marchado: si el hombre era un espía en busca de información, Grey no tenía ni idea de qué podría haberle contado Eron. Tan solo podía confiar en que, incluso ebrio, hubiese sido consciente de que debía mantener todo lo que sabía a buen recaudo.

A su lado, Kier se irguió en toda su altura (no era poca cosa parecer tan al mando cuando tan solo iba vestido con unos pantalones y tenía sangre marrón reseca por todo el cuerpo) y alzó la barbilla en un ángulo desafiante. El comandante le hizo un gesto con la cabeza a uno de los soldados, que dio un paso al frente, blandiendo la espada. Muy a su pesar, a Grey se le escapó un sonido y se removió para intentar

acercarse a él. Sin embargo, tan solo le

cortaron la mordaza. Estaba mojada y, cuando se la quitaron, Kier escupió un coágulo de sangre espesa. Debía de tener alguna otra lesión; algo que Grey no podía ver.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el comandante.

Sin embargo, Kier se limitó a mirarlo, desafiante y despreocupado hasta el final. Grey lo amaba con una desesperación feroz e impura. Por encima de todas las cosas, deseaba que pudiera extraer de ella y aniquilar a todas las personas de la sala.

Tras un silencio demasiado prolongado del mago, el soldado habló de nuevo.

—Es el capitán Seward, señor.

—Seward… —El comandante cruzó los brazos sobre el pecho y dio un paso al frente con cuidado—. ¿Qué eres? —Kier no respondió y el soldado tampoco intentó responder. Los labios del hombre se torcieron hasta formar una sonrisa de medio lado—. Muy bien —

dijo—, haremos las cosas a tu manera.

El guardia que estaba junto al mago se movió antes de que ella pudiera reaccionar o pensar y le dio un golpe directamente en el hombro. Grey lo observó tomar aire de forma entrecortada y dolorida cuando se le rompió la clavícula. Ella misma ahogó un grito, emitiendo un sonido que pareció el de un animal que hubiese caído en una trampa. El comandante la miró de golpe.

—A vosotros fue a los que encontraron juntos —dijo. Grey intentó infundir todo el odio posible a su mirada. Si al menos sus dioses le hubieran otorgado la capacidad de hacer algo con su poder, destruiría a aquel hombre allí mismo—. ¿Quién es esta? —En cualquier caso, no es que Grey pudiera contestar con la mordaza en la boca. Kier tampoco dijo nada. El comandante suspiró—. Traed a la prisionera —dijo por encima del hombro.

Varios de los guardias salieron de allí para cumplir la orden. Durante un instante, Grey fue presa del pánico. ¿Habían encontrado también a Sela? Pensó que sería imposible sobrepasar a la guardia de la muchacha, pero…

El hombre comenzó a pasear de un lado para otro sobre el trecho de

piedra que había frente a ellos.

—Voy a ser breve. La chica que trajisteis a Grislar no es Maryse de Locke, pero eso ya lo sabéis. Lo que yo sé es que conseguisteis aniquilar a toda una compañía de magos y pozos entrenados sin una sola espada, lo que, siendo francos, es imposible. A menos que uno de vosotros sea Locke. —Les estudió el rostro a todos, deteniéndose en cada uno de ellos—.

Así que ¿de quién se trata?

Al intentar respirar, Grey tan solo fue capaz de saborear el veneno. Era un error. Todo aquello había sido un error. Jamás tendrían que haber aceptado aquella misión. Kier y ella no tendrían que haberse quedado a pasar la noche. Tendrían que haberse marchado en cuanto entregaron a Sela; haber recogido sus papeles y haber salido corriendo.

Los guardias regresaron con otra persona entre ellos. Tenía la cabeza y el rostro cubiertos por una capucha oscura. Iba vestida con la ropa sencilla y la camisa acolchada que se llevaba debajo de la armadura, pero estaba cubierta de barro y sangre seca.

—Qué amable por tu parte unirte a nosotros —dijo el comandante con gesto plácido, como si la persona prisionera hubiera llegado allí por voluntad propia y no arrastrada desde una celda.

No hubo respuesta. Uno de los guardias le quitó la capucha y le dejó a la vista el rostro.

Frente a ellos, aturdida y también amordazada, se alzaba la maestre mano Mare Concord.

Grey oyó que Ola tomaba aire de forma brusca.

«Poco después de vuestra partida, Mecketer sufrió un ataque». Eso era lo que les había dicho Reggin, pero ninguno de ellos había pensado en pedirle una lista de bajas o en comprobar si Concord y Attis, que conocían su misión, la ruta que iban a tomar o los detalles de la llegada estaban sanas y salvas.

Mare observó al grupo que había frente a ella y fue como si se quedara sin fuerzas: se le plegaron las rodillas y, si no hubiera sido porque los guardias la estaban agarrando de los brazos, se habría

caído al suelo.

—¿La habéis drogado? —preguntó el comandante.

—Sí —contestó uno de los guardias.

—Quitadle la mordaza.

El soldado así lo hizo y Mare tomó aire de forma agitada mientras pasaba la vista entre todos ellos con un temor creciente. Antes de pasar de largo, detuvo la vista un segundo en ella. Tenía el labio superior partido e inflamado, al igual que la ceja izquierda. Grey supuso que, bajo la ropa, tendría todo un mural de moraduras: era evidente que le habían dado una paliza.

—¿Es este tu séquito? —le preguntó el comandante.

—Sí —contestó la mujer con voz ronca.

Grey recordaba sus ojos desorbitados y aterrados cuando la había salvado de morir años atrás.

—Están siendo poco cooperativos. ¿Me harías el honor de decirme el nombre de los involucrados y cuáles son sus especialidades?

Mare se lamió los labios mientras pasaba la vista por la hilera que formaban.

—No sé…

—No juegues conmigo, Concord.

—No estoy jugando con nadie. Tan solo conozco las habilidades de Seward y Flynn. El capitán Seward es un afín interno.

El comandante miró a Kier un largo instante mientras fruncía las cejas.

—Interno… El informe sobre nuestra compañía señalaba que la muerte de nuestros hombres había sido limpia. Algún tipo de efecto sobre los corazones que había hecho que dejaran de latir. ¿Te resulta familiar?

—No lo sé —mintió Mare.

El comandante puso los ojos en blanco y le hizo un gesto a uno de los guardias, que golpeó a la mujer con tanta fuerza que logró girarle la cara. Ella tosió y escupió un diente al suelo.

Cuando volvió a alzar la cabeza, la sangre le corría por la barbilla. A pesar del pánico creciente que sentía, Grey se obligó a mirarla. Era lo mínimo que podía ofrecerle.

—Sí —contestó la maestre mano con voz débil—, su especialidad es el corazón.

—¿Y Flynn?

—Su pozo.

—El último de la fila, señor —dijo el hombre que habían visto en la fiesta.

A Grey se le heló la sangre. Eron no la había traicionado; no los había traicionado a ninguno, pero, ahora, iba a cargar con el muerto por ella. No podía soportarlo. Siguiendo

las indicaciones del soldado, otro de los guardias lo agarró del brazo y tiró de él hacia delante.

—¿Eres el capitán mano Flynn? —preguntó el comandante.

Sin vacilar, Eron asintió. Grey podría haberlos matado a todos. Intentó quitarse las ataduras y la mordaza, lo que provocó una escena. Uno de los soldados se acercó a ella y la agarró del pelo para tirarle la cabeza hacia atrás. Gruñó e intentó darle un rodillazo en las tripas, pero él le dio un puñetazo en el estómago. Vio un destello blanco y se hizo un ovillo en torno al dolor durante un segundo o dos, esperando a que pasara.

—¿Y tú quién eres?

—La oficial Eron Fastria —dijo el muy cabrón de Kier—. Es una típica.

Con la ceja arqueada, el comandante asintió. Grey miró a su mago, desesperada, pero él negó levemente con la cabeza.

«Ni se te ocurra». La orden era clara en su rostro y lo que más deseaba era desacatarla, pero sabía que no era lo más inteligente. Sabía lo que estaba en juego.

—A pesar de que esto ha sido muy… esclarecedor, no he venido aquí por ese motivo. —El comandante prosiguió caminando de un lado para otro y Grey sintió unas ganas locas de matarlo—. ¿Quién es Locke?

Kier alzó la barbilla todavía más, desafiante. Y los demás… Aunque Grey los miró, ni uno solo le devolvió la mirada. Todos tenían la vista fija al frente, sin reaccionar.

—¿Quién es? —bramó.

A Grey le palpitó con fuerza el corazón. Vio que los soldados se movían hacia Kier, pero él le lanzó semejante mirada asesina que, cuando uno de ellos dio un tajo al frente, se quedó ahí de pie, conmocionada y horrorizada, maldita sea. La parte de la cara de Kier que ya estaba ensangrentada se tiñó de rojo y algo cayó al suelo con un ruido húmedo. No pudo contener un gemido cuando vio que se trataba de parte de la oreja del mago. Él se limitó a hacer un ruido brusco mientras un escalofrío le recorría el cuerpo.

—Si no me entregas a Locke —dijo el comandante con detenimiento —, los mataré a todos y arrojaré sus cuerpos al mar hasta que uno de ellos resucite la Isla.

—No creo que funcione así —dijo Kier, que disfrutaba de ser un grano en el culo hasta el final, aunque la voz le tembló.

—Me da igual. Lo haré de todos modos y, entonces, nos quedaremos sin ningún tipo de poder.

Grey saboreó la bilis mezclándose con la flor de quiebra. No podía respirar. Kier la miró.

Era tan hermoso incluso con toda la sangre… Incluso aunque estuviera a punto de hacerle daño. La noche anterior, le había susurrado al oído: «Vas a ser mi ruina». Había estado en lo cierto.

—Ahora, traedme a la chica —dijo el comandante.

Los guardias se dirigieron hacia ella con paso firme. Grey se preparó para el dolor, pero Kier se movió. No mucho, dado que las ataduras se lo impedían, pero se posicionó de tal modo que quedó justo delante de ella.

—Espera —dijo con una voz que no era del todo suya. Estaba teñida de sangre y miedo.

Grey trató en vano de rozar el vínculo—. Espera.

Los guardias se detuvieron. Sintió que Ola miraba a Kier con gesto agónico. Entonces, él se enderezó con una mueca de dolor. Grey intentó abalanzarse hacia delante, alcanzarlo y poder tocarlo de algún modo, pero fue inútil.

—La persona a la que buscáis no es Maryse —dijo.

Su cerebro se paró con un chirrido. El gesto de Mare era del todo indescifrable.

El comandante se mostró casi perezoso a la hora de contestar. Cruzó los brazos sobre el pecho y se acercó a Kier como si quisiera demostrarle que no le temía.

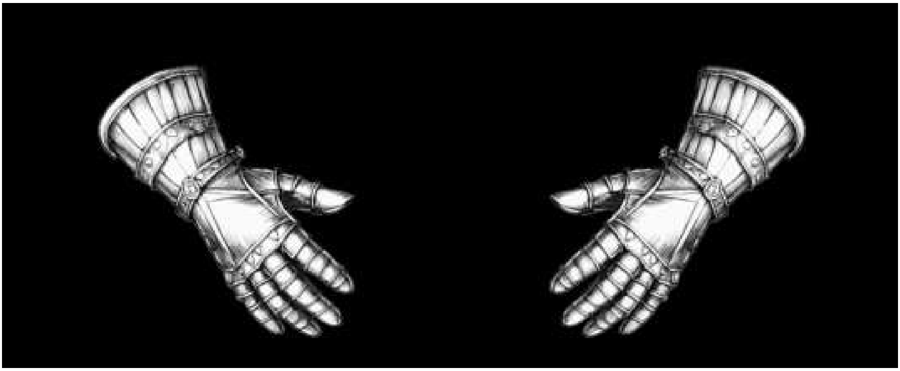
—¿Ah, no?

«El legado de Locke es la sangre y la traición».

Grey tomó aire y saboreó sangre y veneno. No sabía… No sabía cómo lo sabía, pero pudo oír las palabras que Kier estaba formando antes de que las pronunciara; pudo sentir una oleada de disculpas a través del vínculo débil y resbaladizo mientras intentaba en vano abrirse paso a la fuerza entre los efectos de la flor de quiebra.

«No lo hagas —quería gritarle, pero lo único que se oyó a través de la mordaza fue un gemido confuso—. No me hagas esto».

—Me buscáis a mí —dijo Kier con tono calmado y contenido—. Soy Severin, heredero del pozo, lord de Locke, primer mago de la Isla. Soy el único superviviente de su caída.



«Tu amá no se encuentra bien. Se pasa horas sentada en el jardín, bajo el árbol en el que está enterrado. Imarta y yo lo hemos intentado todo, pero está desconsolada. La tierra sigue siendo un punto negro sobre la hierba, como si nada fuese a crecer allí nunca más.

Por favor, Kier, si alguna vez me has hecho algún caso, házmelo también ahora: vuelve a casa. No puedo enterraros a ambos».

Carta de Laurella Seward para el lugarteniente Kiernan Seward. Nueve años d. D.

Grey peleó.

Consiguió darle un rodillazo en la ingle al guardia que estaba más cerca y, después, usó la barbilla del hombre para bajarse la mordaza y quitársela de la boca. No pudo hacer nada más antes de que otro de los guardias le diera un golpe en el hombro con la empuñadura de la espada y otro diferente le diera una patada que hizo que cayera de rodillas. Después, alguien le agarró el pelo con las manos, le echó la cabeza hacia atrás y le colocó una hoja en la garganta.

Se quedó petrificada y respirando con dificultad mientras miraba al comandante con odio.

Él se movió con lentitud y se arrodilló frente a ella. Grey le escupió, pero él creó un escudo.

Era un mago y alguna otra persona de la sala debía de ser un pozo. Ahora comprendía por qué les habían puesto la flor de quiebra solo en las mordazas.

—A ti te encontraron con él, ¿no es así? ¿Te consideras su caballera? ¿Su protectora? —El hombre estiró el brazo y le tiró del pelo—. ¿O se trata de alguna otra cosa?

—La chica es una idiota. Está obsesionada con el capitán y siempre lo ha estado —dijo Mare con voz monocorde y carente de toda emoción —. Está perdidamente enamorada de él.

El comandante se echó a reír, como si aquello lo complaciera. Volvió a ponerle la mordaza en la boca y, después, le agarró la barbilla con una mano.

—¿Y tú estás igual de enamorado, Seward?

Se produjo un silencio.

—No significa nada para mí —contestó él al fin.

—Y, aun así, la encontraron en tu cama.

—¿Acaso tú les tienes cariño a todas las personas que te llevas a la cama? —preguntó Kier mientras aquella frialdad horrible y taimada volvía a teñirle el tono de voz.

Sangre y traición. Sabía que el muy cabrón lo estaba haciendo para salvarla, pero le dolió de todos modos.

—Y, aun así, al parecer, ella moriría por ti —dijo el comandante mientras se ponía en pie y se frotaba las manos en los pantalones, como si haberla tocado lo hubiera ensuciado.

Sintió que le apartaban la hoja de la garganta, pero no le soltaron el pelo y, sobre los hombros, tenía apoyada otra mano firme que la mantenía pegada al suelo.

—Es una idiota. Desde el principio, tan solo ha dado problemas —dijo Kier. Y en esa frase…

se produjo un breve lapso de ternura.

—Entonces, basta de preocuparnos por ella. —El comandante la miró por encima del hombro con los ojos cargados de desdén—. Si vuelves a pasarte de la raya, te mataré. Es una promesa.

—Por favor —dijo Kier en voz muy baja, dirigiéndose solo a ella—, no lo hagas.

Quería pelear (dioses, cuánto lo deseaba), pero muerta no le serviría de nada a nadie. Se derrumbó entre los brazos de sus captores.

El comandante volvió a centrarse en Kier.

—Así que eres Severin… ¿Cómo puedo estar seguro de que no eres más que otro impostor y que de verdad eres el heredero?

—Puede que sea un mago, pero cargo con el poder latente del linaje de mi madre. Podría demostrártelo si me lo permitieras.

—Ni en broma —dijo el comandante con los brazos cruzados—. Vas a seguir drogado e indefenso hasta que pueda confiar en que no vas a matarme y creo que eso nos llevará bastante tiempo.

—Entonces, ¿cómo puedo demostrarte quién soy?

—Estoy seguro de que se te ocurrirá algo.

El hombre hizo un gesto con la mano y Grey oyó movimiento y,

después, un jadeo amortiguado. Echó la vista hacia atrás y descubrió que los soldados se habían movido:

todos ellos habían colocado la espada sobre la garganta de sus compañeros; todos ellos estaban listos para asestar un golpe mortal. Kier le sostuvo la mirada.

—La nación que atacó fue Eprain —dijo en voz baja—. Fueron ellos los que enviaron los barcos y los que causaron la muerte de Locke cuando intentaron hacerse con el control de la Isla y su poder.

Grey tomó aire y tan solo fue capaz de saborear la amargura de la flor de quiebra. Se arrepentía de haberle contado aquello a Kier.

Uno de los guardias jadeó. Desde el otro lado de la estancia, varios de los soldados miraron al comandante con recelo. Incluso Mare parecía sorprendida: tenía las cejas fruncidas, como si ya no estuviera segura de haber hecho lo correcto al proteger a Grey.

Sin embargo, el hombre se limitó a sonreír con suficiencia. Miró a Kier de arriba abajo. Grey no sabía qué estaba buscando. El mago era cinco años más joven que Severin pero, con las canas que tenía en las sienes y el impacto de la batalla, parecía tener más de veintiséis. No estaba segura de cómo los reconocería la gente: su hermano y ella tan solo habían abandonado Locke en un puñado de ocasiones y sus padres habían tenido mucho cuidado con quién podía visitar la Isla.

Solo que no el suficiente.

—Todos el mundo pensaba que el mayor de los Locke era el pozo —dijo el comandante tras un instante—. Nadie más que los más allegados a la Isla sabían que era un mago, tal como ocurría cuando había varios posibles herederos. ¿Lo sabíais? —preguntó, dirigiéndose a la sala. Varios de los soldados, que ahora parecían inquietos, sacudieron la cabeza. El hombre inclinó el cuello mientras la sonrisita se convertía en una sonrisa amplia y cruel—. Mi lord

—dijo con la voz cargada de una deferencia fingida—, ¿me recordáis de vuestra vida pasada? —Grey lo miró con los ojos entornados. No podía ubicarlo. Él dio un paso hacia Kier con la mano en la espada. En tono más bajo, añadió—: ¿Os acordáis de mi hija?

Cuando la situación resultó evidente, Grey sintió que el estómago le daba un vuelco: la dama Polenna. La chica que había llegado con los

barcos; la chica a la que Severin había matado como última hazaña antes de ponerla a salvo. La chica que no tendría que haber muerto; que tan solo tendría que haber servido de señuelo.

Aquella era su oportunidad. Si Kier se equivocaba, sabrían que no era Severin. Pero, cómo no, era demasiado listo para eso. Porque era su otra mitad y le había contado demasiadas cosas.

—Recuerdo su muerte —dijo con voz más calmada, recuperando la actitud de capitán—.

Puede que pienses que tengo las manos manchadas con su sangre, pero subestimasteis a la Isla. El que tiene manchadas las manos con su sangre eres tú.

El comandante movió la mano con tal rapidez que Grey casi no pudo verla, pero oyó el sonido de la carne chocando contra la carne y vio la cabeza de Kier girando hacia un lado con un latigazo. El anillo del comandante se le clavó en la mejilla y le dejó un corte en la piel enrojecida.

—Sabes de lo que soy capaz —dijo Kier con un deje mortífero en el tono.

El comandante dio un paso atrás, recuperando la compostura.

—Lo sé —contestó en tono monocorde.

—Entonces, sabrás que si no sueltas a mis compañeros y los dejas sanos y salvos, puedo matar a todos los presentes. Y lo haré. —Su voz sonaba tranquila, mortífera y preciosa—. Y

entonces, cuando estés muerto, encontraré a tu familia, comandante. Y a todos aquellos a los que amas. Los miraré a los ojos y les contaré los motivos exactos por los que están sentenciados a morir. Les diré que mandaste a tu hija al matadero; que estabas tan decidido a acabar con todo mi linaje que no te importó sacrificarla. Daré con tu alto lord, comandante, y lo mataré también. ¿Crees que la compañía que encontrasteis es lo peor que puedo hacer? Haré que sufran todos. Lo prometo.

El hombre lo miró de arriba abajo.

—Qué discurso tan bonito para un hombre que huyó y abandonó a su

propia familia moribunda. Eres tan culpable como yo y no tienes poder.

Grey hizo una mueca.

—Pero lo tendré —dijo Kier, caminando hacia delante hasta que las ataduras se lo impidieron. No podía verle la cara, pero sí podía ver la de Mare, que parecía como si nunca antes hubiese visto al mago de verdad—. En algún momento, dentro de poco, tus medidas de precaución fallarán.

De algún modo que resultaba imposible, Grey sintió el vínculo de Kier estirándose hacia ella, abriéndose paso a través del embotamiento de la flor de quiebra. Él llevaba el tiempo suficiente sin la mordaza como para poder vincularse, pero ella seguía drogada. No tenía control sobre su poder…

Estaban enlazados. Estaban enlazados, ella era Locke y su poder lo llamaba. Sintió cómo se establecía el más leve lazo de un vínculo y, entonces, un hilillo exiguo de poder empezó a fluir desde su estómago. El mago estaba extrayendo de ella.

En un rincón, uno de los guardias soltó un grito mientras se llevaba la mano al corazón.

Antes de que nadie pudiera agarrarlo, se derrumbó. Poco después, cayó otro y Grey sintió una punzada de dolor en el vientre, el tirón horrible y forzado del poder a través de la bruma de las drogas que le corrían por el cuerpo.

El caos se apoderó de la estancia: el comandante creó un escudo cuya magia resplandeció en medio de la penumbra, y dos de los guardias que se encontraban cerca de Kier lo empujaron contra el suelo. Alguien gritó «¡Flynn!», ante lo que otro guardia derribó a Eron y le enterró el rostro en la piedra fría y húmeda. Otros pocos soldados rodearon a sus camaradas caídos e intentaron reanimarlos, pero no sirvió de nada.

—No puedes extraer de tu pozo —espetó el comandante—. Eso debería ser imposible.

—Soy Locke —dijo Kier, echando humo, mientras le aplastaban el lateral ensangrentado de la cara contra el suelo—. Puedo extraer cualquier poder. Es mi derecho.

Se trataba de una mentira; de un farol. Pero había conseguido asustarlos y, al igual que ellos, Grey estaba aterrada. Tirado en el suelo, el mago estaba casi lo bastante cerca como para tocarlo. Se inclinó hacia delante, intentando acercarse a él para ofrecerle cualquier tipo de contacto con su piel en caso de que aquello pudiera liberarlos, pero seguía estando demasiado lejos.

—¡Ya basta! —resonó la voz del comandante en medio de la refriega—. Si debo hacerlo, liberaré a tus compañeros. Pero tú vas a quedarte y resucitarás la Isla. Si no obedeces, no dudaré en matarte, Locke, y no usaré magia para hacerlo. ¿Entendido?

—Sí —contestó Kier.

A continuación, el hombre se giró hacia Mare.

—Me dijiste que estaba enlazado con su pozo —dijo entre dientes—; que eran inútiles el uno sin el otro.

La maestre mano negó con la cabeza.

—No… No sé. Tan solo pensé que…

—Ya no me sirves de nada.

Los ojos de Mare se llenaron de miedo y, entonces, miró a Grey. «Nunca te necesitan tanto como tú los necesitas a ellos», le había dicho en una ocasión.

—Concord… —comenzó a decir Kier, pero era demasiado tarde.

Uno de los soldados se adelantó, rápido como una víbora, y dio un tajo al cuello de Mare Concord. La mujer fijó la vista en Grey y apenas se inmutó mientras el filo trazaba su camino mortal.

Alguien soltó un grito ahogado por la mordaza. Con ganas de vomitar a causa del miedo, observó cómo la sangre manaba de la garganta de Mare y le manchaba la camisa. La mujer se plegó. Los soldados la soltaron y cayó de rodillas. Entonces, apoyó las manos en el suelo y al fin se derrumbó bocabajo. El charco de sangre que la rodeaba crecía cada vez más.

«Todos vamos a morir con esta armadura». Grey cerró los ojos.

—Soltaré a tus compañeros —dijo el comandante—, pero si no

cooperas, yo también mataré a todos aquellos a los que amas, Locke. No eres el único capaz de proferir amenazas.

Los sacaron de allí. Grey se sentía mareada por la flor de quiebra, la adrenalina y el miedo.

A Kier también lo condujeron con ellos a través de un pasillo hasta llegar a una sala pequeña con una única puerta.

—Tan solo me gustaría poder despedirme —dijo.

El comandante negó con la cabeza.

—Pides demasiado.

El mago lo miró a los ojos sin titubear.

—Soy un alto lord —dijo con altivez, desafiando al hombre a que protestara—. ¿No vas a tratarme tal como corresponde a mi posición?

Al final, le permitieron despedirse. A todos les inyectaron una dosis de flor de quiebra y les dieron ropa de civil para que se vistieran. Después, los llevaron a la salida y los guardias suplementarios se pegaron a las paredes para permitir que el lord de Locke pudiera decir adiós.

Mientras hablaba con Brit, Ola y Eron, a los que todavía retenían los guardias, Grey tan solo pudo limitarse a mirarlo fijamente, sumida en un silencio iracundo. Lo que estaba haciendo era una sentencia de muerte. Por último, se giró hacia ella, que lo fulminó con la mirada.

—¿Y tú? —dijo al fin en voz tan baja que le rompió el corazón—. ¿Te marcharías sin despedirte?

Los guardias del mago le estaban dando margen de espacio a pesar de que los suyos no lo estaban haciendo, por lo que estaba a tan solo tres pasos de distancia. Era lo máximo que podía acercarse a ella antes de que alguien les diera una estocada. Se removieron, incómodos, y, en ese momento, Grey lo odió más de lo que jamás había odiado a nadie. Era fácil odiarlo en una situación así, en la que se estaba sacrificando, porque no podía mirarlo a la cara y aceptar que estaba a punto de perderlo.

Quería maldecirlo. Quería pegarle. Quería darle una patada en las

entrañas con las pesadas botas. Y, si no hubiera tenido los tobillos atados, lo habría hecho.

—Amada —dijo, porque no podía pronunciar ninguno de sus nombres sin desvelar la verdad.

Quería abalanzarse contra su pecho y rogarle que no la abandonase nunca. Y quiso odiarlo todavía más por ello. Emitió un sonido que él pareció interpretar como «Si intentaras vincularte, podrías matarlos» porque dijo:

—Es demasiado débil y son demasiados. —Grey mordió la mordaza y un sonido grave y horrible le subió por la garganta—. Dile a Lot que lo veré pronto y a nuestras madres que las quiero —añadió él en voz baja y con gesto serio.

No podía responder, así que se limitó a fulminarlo con los ojos mientras cargaba aquella mirada de todas las emociones que fue capaz, dado que no podía transmitírselas a través del vínculo.

Él se quedó mirándola durante un largo rato, como si estuviera intentando memorizar su rostro. Grey no podía obligarse a hacer lo mismo. No cuando era todo sangre. No cuando la había traicionado.

—O los soltamos o no —dijo con tono severo uno de los hombres que se encontraba detrás de Kier—. Tú decides, Locke.

Él suspiró y se inclinó hacia delante.

—Mereces sobrevivir —le susurró en voz muy baja.

La supervivencia no es una meritocracia, Kiernan, pensó. Porque, si lo fuera, Lot estaría vivo. Y

Severin, y su padre, y todos aquellos que eran mucho mejores que ella.

Entonces, el mago tropezó, lo cual era muy impropio de él y Grey notó que le deslizaba algo en la bota mientras se apoyaba en ella. Los soldados se adelantaron hacia él, que murmuró:

—Lo siento muchísimo.

Por un instante, creyó que le había pasado una daga, pero el objeto

que tenía en el calzado era pequeño y romo.

—Locke… —dijo el comandante mientras se acercaba a ellos por detrás.

Kier asintió y se irguió sin apartar la vista de ella mientras hablaba:

—Lleváoslos. Y si sufren algún daño, mantendré mi promesa, comandante. Sabes que lo haré.

Eso fue todo. Empezaron a sacarlos de allí y Grey se resistió con tanta ferocidad que incluso su mago pareció decepcionado. Intentó hacer todo el daño posible hasta que, al final, la drogaron. Mientras se le cerraban los ojos, sostuvo la mirada de Kier y, con todas sus fuerzas, intentó transmitirle que jamás lo perdonaría por aquello.

Cuando se despertó, se percató de que estaba tumbada sobre el regazo de Ola, con la cabeza apoyada en su muslo, mientras la otra mujer le pasaba los dedos por el pelo. Sintió una oleada de pánico y, después, una avalancha increíble de amargura. Sentía todo el cuerpo pesado, lastrado, como si no fuera a ser capaz de moverse nunca más. Mantuvo los ojos cerrados.

Kier.

Sobre su cabeza, Ola estaba diciendo:

— … y el campamento más cercano es Grislar, pero no sé dónde estamos, y si estamos en Luthar, no me parece demasiado sensato ir preguntando por ahí.

—¿Quién iba a notar la diferencia? —preguntó Brit desde algún punto cercano—. ¿A quién le importaría? Vayamos hacia el este y, después, sigamos la costa hacia el norte.

—No podemos abandonarlo.

Entonces, se produjo un silencio y Grey no pudo soportarlo. Se removió y, de inmediato, los demás se concentraron en ella y empezaron a emitir un montón de sonidos tranquilizadores que no sirvieron de absolutamente nada. Abrió los ojos y descubrió que se encontraban en un claro rodeado por un bosque denso de árboles esbeltos y de color tenue, en medio de la nada. Eron estaba dando vueltas de un lado para otro junto a una luz maga que Ola y Brit

estaban manteniendo. Grey sintió cada rincón del cuerpo dolorido. Necesitaba hablar, pero las palabras le resultaban demasiado pesadas. Se negaban a formarse. Se negaban a salir.

—¿Grey? —dijo Brit, inclinándose sobre ella—. ¿Me has oído?

No le había oído. No podía. Los ignoró porque ya nada importaba; no cuando Kier ya no estaba y bien lo podían dar por muerto. Se incorporó, con lo que estuvo a punto de golpearse la cabeza con la barbilla de Ola, se llevó las rodillas al pecho y se las rodeó con los brazos. La otra mujer le posó los dedos en la espalda de inmediato y se los pasó por la columna vertebral.

—Ha hecho lo que pensaba que era mejor —dijo Eron.

Grey quiso arrojarle algo, porque aquello sonaba como si Kier ya estuviera muerto. Antes de que pudiera reprimirlo, un sollozo se le escapó a la fuerza de la garganta. Se llevó una mano a la boca y se clavó las uñas en la piel.

No iba a llorar por él. No cuando le había hecho algo así. No cuando la había abandonado y le había arrebatado el nombre, el título y el corazón antes de desaparecer.

Podía llorar por Mare, que sí se lo merecía. Por Kier, tan solo seguiría estando enfadada.

—Que te jodan, Kier —dijo en voz demasiado alta, con la lengua todavía pastosa por el sueño.

Tras apartar a Ola y a Brit, se puso en pie de un salto y estuvo a punto de estamparse con un árbol con la misma inestabilidad de un ciervo recién nacido con un cabreo monumental.

—¡Grey! —la llamó Ola—. ¿Qué estás haciendo?

No respondió. No podía mirar a ninguno de ellos; no con aquella ira bullendo en su interior. Se abrió paso entre los árboles, tambaleándose, respirando con pesadez y aferrándose al vínculo que tenía en las entrañas como si fuese a conectarse con Kier. No sintió nada.

Un brazo la rodeó justo por encima del vientre magullado y la arrastró hacia un pecho. Se dio cuenta de que se trataba de Eron.

—No —jadeó mientras forcejeaba contra el brazo.

Sin embargo, el típico dijo:

—Te necesitamos.

Se giró hacia él.

—¿Qué demonios ha sido lo de antes? —exigió saber. Las palabras se le escaparon de la garganta a la fuerza. Eron le agarró las muñecas para que no pudiera darle una bofetada y, por accidente, le presionó las moraduras que le habían dejado las ataduras—. ¡Le habéis dejado mentir sin más!

—No podemos perderte, Grey —dijo Ola por encima del hombro del soldado.

Ella sacudió la cabeza.

—Tendríais que haberme dejado ir. Tendríais que haber dejado que me llevaran a mí.

—Kier te necesita viva y funcional —comentó Eron con voz firme—. Y, ahora, tan solo es así a medias.

Lo miró con la furia reflejada en cada contorno de su cuerpo a pesar de que no era con él con quien estaba enfadada. Deseaba que Kier estuviera frente a ella aunque solo fuera para gritarle. Aquella idea fue tan devastadora y apabullante que no supo qué hacer con todos aquellos sentimientos que no podía contener.

—Yo soy Locke —dijo lo bastante alto como para que todos pudieran oírla mientras se acercaban hacia ella con la inquietud visible en el rostro.

—Eso ya lo sabemos —replicó Eron—. Y, ahora, ¿qué demonios vas a hacer al respecto?

Lo miró fijamente sin mediar palabra. Kier ya no estaba. Kier estaba ocupando su lugar.

Pero Locke era ella y ella era Locke, y era un pozo con el poder necesario para hacer algo de verdad. Incluso en ese momento lo sentía arrastrándose en su interior, vibrante y visceral a causa de la ira, como un animal a punto de atacar. Se llevó una mano al vientre como si pudiera agarrar dicho poder con el puño y arrancárselo de dentro.

Se sentó con pesadez sobre el suelo del bosque. Al hacerlo, algo que llevaba en la bota le presionó la espinilla. Metió los dedos en la parte superior de la bota y sacó el anillo de Kier.

Sin palabras y con todo el cuerpo dolorido, contempló la banda de plata que tenía en la palma de la mano.

No era el anillo de Kier. Al menos, no lo había sido desde el principio. Era el anillo de Lot.

Lot, que había mentido por ella y había muerto en la guerra que los soberanos habían iniciado porque ella no había sido lo bastante fuerte para decir la verdad y reclamar su Isla.

Lot, que había muerto porque ella lo había arruinado todo.

—Están todos muertos —les dijo a los otros, a Kier, a nadie—. ¿Sabéis lo que es eso? Todas las personas a las que alguna vez les he importado están muertas.

—Tú no lo estás —replicó Ola—. Y nosotros, tampoco.

—Todavía no, pero las probabilidades son prometedoras —señaló Brit. Alguien le dio un golpe y elle soltó una palabrota a modo de respuesta.

Grey alzó la vista hacia el cielo que se cernía sobre ellos, en la distancia. Era imposible saber dónde se encontraban. Su corazón, roto y magullado, se había escondido en algún lugar de las profundidades de su cuerpo.

—Locke… —dijo Eron mientras se ponía en cuclillas para que su rostro estuviera a la misma altura que el de ella. Tenía una mirada tan amable… Siempre había envidiado a los soldados que eran capaces de conservar algo de amabilidad tras haber presenciado tanto derramamiento de sangre—, ¿qué vamos a hacer?

Grey suspiró. El sacrificio no era la parte más difícil. Lo que siempre se les había dado mejor a Kier y a ella era arrojarse de cabeza por el precipicio. Tal vez lo peor fuera sobrevivir. Recordó el rostro del mago la noche en la que le había entregado todo el poder que tenía en su interior y el destello que se había producido justo antes de que lo usara.

Recordó su mirada la noche anterior, que ahora le parecía muy lejana, y el modo en el que la había aferrado mientras le decía: «Eres todo lo que siempre he deseado».

Se colocó el anillo de Lot en el pulgar, ya que le quedaba demasiado grande en el resto de los dedos. Se puso en pie, cuadró los hombros e hizo una mueca al recordar la clavícula rota de Kier y sentir el eco del dolor que habría experimentado a través del vínculo.

—¿Y bien? —preguntó Brit—. ¿Vamos a marchar hacia el mar?

Grey permaneció en silencio un largo momento, dándole vueltas a los rumores y a sus propios recuerdos, examinándolos todos y cada uno de ellos por separado. Lo cierto era que no era más que una persona, una soberana sin nación, y había vivido mucho tiempo sin plantearse lo que eso significaba. Pensó en Cleoc y en la diminuta luna de obsidiana, así como en la mano de Scaelas sobre la suya cuando tan solo era una niña.

—Creo que tenemos que hablar con mi padrino —dijo—, porque hay un impostor reclamando mi título, han capturado a mi comandante y es posible que todavía tengamos aliados.

—¿Quién es su padrino? —preguntó Brit.

—Por el contexto, supongo que Scaelas, so cretine —le contestó Ola con un susurro.

Grey no les hizo caso. Extendió las manos y contempló las cicatrices que se las habían estropeado tras luchar las guerras de Scaelas.

—Le he entregado la mayor parte de mi vida. Lo mínimo que podría ofrecerme a cambio es su protección. —Comenzó a caminar a través del bosque sin preocuparse por el rumbo que estaba tomando. Encontraría su hogar; cuando la buscaba, Locke siempre estaba ahí, a su alcance—. Kier ha cometido un error para intentar salvarme, pero vamos a buscarlo, ponerlo de rodillas y obligarlo a que suplique nuestro puñetero perdón.

—Ahí está —dijo Eron en voz baja—. Esa es nuestra chica.

—Vas en dirección contraria, Locke —comentó Ola, no sin cierta

amabilidad.

Era difícil ser la alta lady de Locke mientras te arrastrabas por el barro sin dirección y con botas prestadas, pero Grey hizo lo que pudo. En la siguiente aldea se dieron cuenta de que

estaban justo en el borde de la frontera luthita y, aunque en varias ocasiones escaparon por los pelos de las patrullas de las fuerzas enemigas, consiguieron llegar a Scaela sanos y salvos.

Entrar en Grislar fue otra historia.

—Soy la capitana mano Grey Flynn —le dijo entre dientes a uno de los guardias apostados frente a las puertas de la ciudad, que estaba cerrada a los visitantes por la presencia tanto de Cleoc como de Scaelas. La entrada estaban vigilada y las torres repletas de soldados. Podía ver las calles del lugar, el campamento que se esparcía en la zona más baja y las colinas ondulantes que se perdían en los acantilados—. Tenemos que hablar con el comandante Reggin.

Sin embargo, el chico (tan solo era un crío, maldita sea; y, con toda probabilidad, poco más mayor que Sela) se limitó a decir:

—Tengo órdenes de solo dejar pasar a aquellos que dispongan de los papeles necesarios.

Grey estuvo a punto de darle un puñetazo. Hábilmente, Ola se colocó frente a ella y dijo:

—¿Sabes con quién estás hablando? La capitana Flynn lideró el séquito que rescató a la hija de Cleoc.

—En tal caso, debería tener papeles —contestó el chico, exasperado.

Ola se irguió en toda su estatura (aunque seguía siendo más bajita que el soldado) y señaló a Grey.

—Es una heroína de guerra. En dos naciones. —Entre ella y el guardia se produjo un silencio gélido—. Y, si te soy sincera, si tuviera mis papeles, te los metería por el culo.

—Ha estado cerca —murmuró Brit—. Hasta ese último comentario, lo estabas haciendo muy bien.

—Tengo órdenes —insistió el chico.

La frustración se acumuló en su interior, feroz e insistente y… Si iba a hacer aquello, si iba a ser ella misma, lo mínimo que podía hacer era atravesar una puñetera puerta.

—Vengo con un mensaje de la nación de Locke —gruñó—, y solicito una audiencia. Es cuestión de vida o muerte y se ha de informar a tu comandante de inmediato.

Los otros la miraron con una mezcolanza de gestos que iban desde el orgullo (Ola) a la consternación (Eron). Se preguntó cuántas veces habría dejado que Kier se hiciera cargo de todo mientras ella trabajaba en silencio desde las sombras.

El chico titubeó y una emoción desconocida le atravesó el rostro.

—Lo máximo que puedo hacer es ir a buscar a mi capitán —dijo al fin.

—Entonces, ve a buscar a tu capitán —replicó ella con los dientes apretados.

—Grey —dijo Brit en cuanto el soldado entró corriendo a la torre de guardia—, ¿estás segura de que quieres hacer esto?

—Ahora, no puedo echarme atrás —contestó.

Pero era algo más que eso. Dejó que el poder le atravesara el cuerpo de pies a cabeza y que el peso de la fuerza del linaje de su madre le corriera por las venas. Incluso después de tanto tiempo, eran la única nación en la que la familia fundadora se había mantenido en el poder y no pensaba dejar que aquello cambiara a esas alturas. Siempre había sido una Locke. Siempre sería una Locke.

—Si no digo la verdad ahora, el momento en el que haga resurgir una isla muerta resultará aún más llamativo.

Aquello no funcionó con la misma eficiencia que había esperado: los condujeron ante el capitán del chico, que estuvo de acuerdo en llevarlos ante el comandante solo porque Grey tenía un rango y formaba parte del séquito de la joven stratana. Sin embargo, cuando el guardia le dijo que tenían un mensaje de Locke, se limitó a suspirar. Miró a Grey y, después, al chico. Entonces, dijo:

—Para ser una nación muerta, últimamente no dejo de oír hablar de ella.

Los condujeron hasta el comandante, que casi parecía alegre. Su gesto se apagó de forma significativa cuando los vio y se percató tanto de la ropa que llevaban y la sangre que la cubría como de la llamativa ausencia de Kier.

—Esperaba que fuera el capitán Seward —comentó, casi apenado—. Pensaba que habría reconsiderado mi oferta.

—El capitán Seward está indispuesto —contestó Grey con los dientes apretados. El mero hecho de mencionar su nombre le dolía.

El hombre hojeó los papeles que había sobre la mesa. Su mano se encontraba detrás de él con gesto decidido. Grey no pudo evitar echarle un vistazo mientras pensaba con cierta pena en Mare Concord. Qué resignados estaban todos ellos a mostrarse devotos y ser utilizados.

Pero ¿acaso no hacía ella lo mismo? Ahí estaba, abalanzándose hacia el peligro para seguir a Kier. Suponía que la diferencia era que el mago no se lo había pedido. De hecho, le había pedido de forma explícita que no lo hiciera. Si dependiera de él, Grey estaría a medio camino de Lindan en aquel mismo instante.

—Sí, bueno… ¿A dónde fuisteis la otra noche? No he recibido un informe del capitán Seward.

—Comandante.

Reggin la miró y, entonces, entornó los ojos.

—¿Qué te ha pasado en la cara, Fastria?

Ay, en menudo enredo se habían metido ellos solos… Grey pensó de forma sombría que tendrían suerte si les concedían una audiencia, mucho más si conseguían salir de Grislar sin haber pasado antes por la prisión.

—Flynn —le corrigió Eron.

—¿Perdón? —Reggin alzó la vista. Ya se había impacientado, como si no tuviera tiempo para ellos.

Grey se sentó con pesadez en la silla que estaba frente a él. Notó que Ola y Brit se movían para flanquearla y que Eron se colocaba tras ella.

Alguno de ellos le apoyó con mucha delicadeza la mano en la espalda, en un punto que el comandante no podía ver. Se sintió agradecida por aquello; de que se quedaran a su lado mientras buscaba las palabras. Le estaban dejando tomar las riendas a su manera. Era todo o nada: ahora, no podían echarse atrás.

—El capitán Seward ha sido capturado por un grupo combinado de fuerzas luthitas y eprainianas. Creo que las dos naciones han formado una alianza y están convencidos de que Kier es Severin de Locke.

Había conseguido dejar estupefacto al comandante, que la miró con los ojos desorbitados, pestañeando.

—¿Y por qué pensarían algo así? Es un mago, sí, y uno muy poderoso, todo sea dicho, pero…

Grey extendió las manos sobre las rodillas mientras le daba vueltas al anillo que llevaba en el pulgar.

—No están del todo desencaminados. Kier es un mago poderoso, pero solo porque yo soy un pozo poderoso.

—Pero tú no eres un pozo —dijo Reggin. Su propio pozo le cerró la mano con fuerza en torno al hombro—. ¿Flynn? —preguntó, mirando a Eron.

El típico le dedicó una sonrisa adusta.

—Lo siento. Yo no soy el capitán mano Flynn. Es ella.

Reggin los miró, pestañeando. La confusión que le cubrió el rostro se fue tornando rápidamente en ira. No podrían conservar su atención durante mucho tiempo antes de que los castigara por insubordinación, así que Grey prosiguió.

—La cuestión es que Kier no es Locke. Yo sí. Y al amparo del estandarte de mi nación, solicito una audiencia con Scaelas.

—Si esperas que me crea que… —comenzó a decir el hombre con la ira bullendo en su interior.

Grey, que hacía horas que ya no estaba bajo los efectos de la flor de quiebra y había recuperado todo su poder, negó con la cabeza.

—Créame o no. Si se niega, acudiré a Cleoc, que sí me creerá. Y, a

menos que quiera que entremos de nuevo en guerra, le sugiero que me escuche.

Él la observó con desagrado durante un largo instante; el tiempo suficiente para que Grey empezase a dudar de que aquello hubiera sido buena idea.

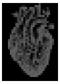
—Lo único que puedo hacer es preguntar, pero no puedo garantizarte que él vaya a aceptar, capitana mano Flynn. —Espetó su nombre como si fuese un insulto.

Por primera vez desde que la habían capturado, Grey sonrió, dejando a la vista todos los dientes.

—Lo hará.

«No tienes por qué casarte con ella, pedazo de mártir. Podrías volver a casa y regresar a mi lado. Podemos continuar recorriendo toda la nación como aventureros. Si es tan temible como dices, sin duda es la mejor opción».

Carta de Vearn Torrin para Isaak Masidic. Dieciocho años a. D.



veintidós

Ola insistió en que Grey se lavara la cara antes de la reunión con el alto lord porque no era propio de la soberana de una nación presentarse con el rostro cubierto de sangre seca, así que se lavó la cara. También se peinó y trenzó el cabello, pero no pudo hacer nada con la llamativa moradura que le rodeaba el ojo o el labio partido. Se vistió con la ropa limpia que le ofreció con timidez uno de los guardias más jóvenes y dejó que Ola la tratara con bálsamos mientras Brit y Eron las observaban. La otra mujer deshizo todo el esfuerzo que le había dedicado a la trenza y le colocó el cabello de modo que le cayera sobre los hombros. («Este peinado resalta las motas marrones que tienes en los ojos y, además, así pareces más una dama que una soldado». Grey no podía rebatir aquello). Al menos, de ese modo parte de las magulladuras quedaban ocultas.

—Tienes que estar impresionante —dijo Ola mientras recorría de un lado para otro la pequeña oficina en la que se habían instalado.

—Tan solo tengo que parecer yo —replicó Grey—. Tan solo tengo que… parecer la hija de mi madre. Y la de mi padre.

—¿Y eso será fácil?

Pensó en el hecho de que, la otra noche, durante la cena, Scaelas no había dejado de mirarla y sintió que se le atenazaba el estómago con el dolor de una herida antigua y familiar.

—Sí —contestó.

Era sumamente consciente de que cada instante que pasaban allí era otro instante en el que Kier seguía cautivo o algo peor. Estaban en una de las oficinas de la torre reservada para los oficiales de alto rango que visitaban Grislar y notó que la mirada se le iba muy a menudo al mar en busca de un barco en medio de la extensión distante de la bahía.

Para su sorpresa, cuando se abrió la puerta, no solo entraron Scaelas y su guardia. Cleoc lo acompañaba con Sela del brazo.

La joven diría la verdad y, entonces, tendrían que creerla. Y, aunque el inicio de su relación no había sido un camino de rosas, sabía que la muchacha querría salvar a Kier.

—Capitana mano Flynn —dijo Scaelas mientras la guardia de ambos soberanos entraba en la sala y ocupaba las paredes.

La puerta se cerró tras ellos. Cleoc se dirigió con soltura hacia un

sillón que había junto a la chimenea y se sentó. Sela se quedó de pie a su lado. Scaelas permaneció en el centro de la estancia. Aquel día, iba vestido de un modo más sencillo, con una túnica de corte elegante, chaleco, pantalones y botas. Una única gema le brillaba en la oreja y, en la mano izquierda, llevaba el pesado anillo de Estado.

—Me han dicho que tenías un asunto urgente que discutir conmigo.

Alguien debía de haberle informado del cambio entre Grey y Eron o, tal vez, lo supiera sin más, porque, cuando alzó la vista, la miró a ella.

—¿Dónde está Kier? —preguntó Sela mientras echaba un vistazo alrededor.

Grey se quedó de pie y miró al alto lord. Antes de ser Scaelas, antes de tener a una nación bajo su mando, su nombre había sido «Vearn Torrin». Según su padre, no había utilizado el nombre «Vearn» desde la cuna.

En los labios tenía preparado el discurso que había ensayado con los otros mientras habían estado a solas. Sin embargo, ahora que estaba frente a él, las palabras la rehuían. Lo miró, contempló su cabello y su barba pelirrojas y recordó el modo en el que solía tomarle de la mano cuando apenas le llegaba a la rodilla.

—No quería que me encontraras.

El silencio cayó sobre la sala. Torrin retrocedió a trompicones, como si le hubiera dado una bofetada.

—No…

Cerró las manos en puños y se clavó las uñas en las palmas. Sentía la voz tensa en la garganta, que tenía descarnada y dolorida. Notó que el tono cerrado de su antiguo acento, su verdadero acento, volvía a aparecer, tal como le ocurría siempre que estaba descontenta.

Era como si no pudiera pronunciar con la lengua las vocales cantarinas del scaelano.

—Después. Cuando el humo aún pendía del aire. Dicen que estuviste casi un año buscando cualquier rastro de supervivientes, pero no quería que me buscaras. Severin me dijo que no acudiera a ti porque no había manera de estar seguros de que me mantendrías a salvo.

El hombre se llevó una mano al pecho, sobre el corazón, como si le

hubiera asestado un golpe mortal. Le estudió el rostro.

—Lo habría hecho —dijo—. Habría hecho todo lo que hubiera estado en mi mano.

Grey se mantuvo firme.

—No podías garantizar mi seguridad.

—Alma —dijo él al fin. El dolor le atravesó la frente con tanta rapidez que estuvo a punto de no verlo—. Te pareces mucho a Alma. Pero tienes los ojos de Isaak.

Grey no permitió que se le suavizara la mirada.

Torrin dio un paso al frente y, después, otro. Vacilante, esperando a que le diera permiso, estiró el brazo. Ella agachó la vista. El hombre le tomó la barbilla entre el pulgar y el índice y le movió la cabeza con cuidado para poder verle el lado de la cara que no tenía herido.

Después, volvió a estudiarle la moradura. Grey sintió sobre la piel la aspereza de sus dedos.

Tenía las manos llenas de las cicatrices de la guerra. Sabía que, antaño, él mismo había sido soldado: durante la primera década, había luchado en la guerra; antes de su reinado, había formado parte del ejército de su padre junto con Isaak, antes de que este se casara con Locke.

—Alguien te ha hecho daño —dijo él en voz baja.

—No es la primera vez —contestó ella.

El hombre le echó la cabeza hacia atrás para que lo mirara a los ojos.

—Al principio, te busqué a ti —dijo—. Pero, entonces, la carta… —Tomó aire—. La carta.

Fue cosa tuya, ¿verdad?

No titubeó.

—Sí.

Torrin apartó la vista y posó los ojos en la ventana que se encontraba tras ella.

—Grey… —murmuró con la mirada perdida—. Claro, tan solo es un apodo.

—«Maryse» habría resultado demasiado obvio —contestó—. Y era imposible que usara

«Gremaryse».

—¿Y de dónde viene el «Flynn»?

Grey se apartó de él. El hombre bajó la mano con dedos temblorosos. Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me acogió una viuda que vive en la costa.

—Todo este tiempo has estado aquí, en Scaela.

Lo miró. Su alto lord; la única persona viva que se acercaba remotamente a ser parte de su familia.

—Llevo ya ocho años sirviéndote como pozo y espada —dijo—. He marchado bajo tu estandarte y he estado a punto de morir bajo él en más de una ocasión.

Él dio un paso atrás.

—Y supongo que, ahora, acudes a mí como nación y no como ahijada.

Grey asintió con lentitud, haciendo caso omiso de los murmullos de los guardias ubicados al fondo. Cleoc no emitió ningún sonido y tampoco se produjo ningún cambio en ella. Se preguntó si Sela ya se lo habría contado o, para ser más exactos, si la mujer habría escuchado las historias que su hija le habría contado sobre el viaje y habría adivinado la verdad por sí misma.

—Necesito tu ayuda —dijo Grey.

En una sala de los pisos superiores esperaron a que Scaelas y Cleoc hablasen con sus respectivos consejeros. Grey, que no tenía los suyos propios, no dejó de mirar el reloj. Cada segundo que pasaba podría suponer el fin de Kier. Se sentó en un escritorio, de cara a la ventana,

y escribió dos listas. La primera contenía los nombres de aquellos en los que confiaba; aquellos con los que sabía que podía contar. No todos estaban cerca en un sentido físico, lo que era un problema, pero cuando regresara y tuviera a Kier… La segunda lista contenía sus exigencias.

—Attis está localizada —dijo Eron a sus espaldas. Estaba leyendo por encima los informes de bajas de Mecketer que, a petición de Grey, les habían entregado un poco antes para que pudieran saber qué otras personas que conocieran habían desaparecido o muerto.

Tragó saliva con fuerza y detuvo la pluma mientras recordaba la sangre de Mare esparciéndose.

—¿Sigue en Mecketer?

—No lo sé; tendremos que preguntarlo.

No sentía ningún tipo de lealtad hacia Klara Attis, pero no podía imaginarse no estar presente si algo le ocurriera a Kier. Al menos, tenía que comprobar cómo se encontraba la maga y decirle cómo había muerto su mano.

Ola y Sela estaban sentadas junto a ella en el escritorio, mascullando mientras debatían sobre unos bocetos. No tuvo la capacidad mental para comprender lo que estaban haciendo hasta que Sela dijo:

—Grey, ponte en pie.

Entonces, se sacó una cinta métrica de alguna parte del cuerpo. Ella la miró, desconcertada.

Le había sorprendido que Cleoc hubiese permitido que la muchacha se quedara allí, en aquella habitación superior en la que Brit, Ola y Eron seguían sus instrucciones mientras ella intentaba ser la líder de una nación. Sin embargo, Sela le había dicho: «Mamá, me mantuvieron con vida durante semanas». Así que la mujer no había tenido otra opción más que aceptar, con la condición de que se quedara con dos soldados que montaran guardia frente a la puerta.

Grey se arrepintió de haber permitido que la chica se quedara cuando esta la levantó de la silla y le quitó la chaqueta. Después, le fue transmitiendo las medidas a Ola, que las apuntó diligentemente mientras Brit y Eron las observaban. Todos ellos tenían trabajo que hacer.

Scaelas le había proporcionado a Brit un listado de excedentes de la armería e instrucciones para que marcaran cualquier cosa que pudieran necesitar para abastecer y equipar a Locke.

Y, antes de que hubiese llegado la lista de bajas, Eron había estado calculando cuántos soldados iban a necesitar tomar prestados para rescatar a Kier y teorizando cuestiones estratégicas con ella siempre que podía contestarle. Ambos estaban apostados frente a la ventana más lejana, desde la que podían ver con claridad la bahía de Locke y vigilar que no se acercara ningún barco enemigo en caso de que Luthar o Eprain decidieran ponerse en marcha antes de tiempo.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Grey mientras se dejaba toquetear.

—Te he encargado algo de ropa —contestó Sela—. Un regalo acorde con tu nueva posición.

—Gracias —dijo con rapidez—, pero ¿no te parece que es una cuestión un poco… trivial?

No mencionó el hecho de que a ella se lo parecía porque Kier ya no estaba y podrían matarlo en cualquier momento. Tenía los nervios a flor de piel porque la muchacha ya sabía todo eso y, probablemente, también vería el pánico creciente que se le reflejaba en el rostro cuanto más tiempo pasaba alejada de su tarea, distraída.

Rebotó sobre los talones. Sela le apoyó las manos con fuerza sobre los hombros para que se estuviera quieta, como si la niña fuese ella.

—Tu aspecto tiene que estar a la altura del puesto —dijo la muchacha.

—Ni siquiera sé qué aspecto se supone que tiene que tener la lady de Locke —replicó Grey.

—Tú eres la única que sí lo sabe —apuntó Sela—, pero puedo hacerme una idea. —Le apartó las manos y volvió a guardar la cinta métrica—. Le he pedido a Scaelas que me proporcione una lista de sastres. Cuando amanezca, tendré listo para ti al menos medio armario. Una lástima que no estemos en Isidar… Es la capital de Cleoc Strata, ¿sabéis?

—Lo sabemos —masculló Ola—. No somos cerdos incultos…

—Allí, sin duda podría conseguir que te prepararan un armario completo en una sola noche

—terminó la muchacha sin apenas perder el ritmo. Entonces, la miró y el brillo de sus ojos hizo que algo extraño y vulnerable se le retorciera en las entrañas—. Además de mantenerme con vida, me ofreciste tu tiempo cuando no tenías por qué hacerlo. Te debo una por eso.

Grey tomó aire con un escalofrío. Tal vez ser la alta lady de Locke significase eso; tal vez eso fuera lo que se necesitaba: tiempo. Tiempo cuando no tenía por qué dedicarlo o cuando significaba más para la otra persona que para ella misma.

Kier —pensó con cierta desesperación—, *si podemos conseguir más tiempo…*

El vínculo, latente y tranquilo, le dolía en las entrañas, pero al menos podía percibir su presencia.

Tiempo y ser un poco implacable.

—Sela —dijo mientras estiraba el brazo para agarrar la mano de la chica—, prométeme que no vendrás con nosotros. Serás bienvenida en Locke, pero solo cuando sea seguro.

Ella se encogió de hombros.

—Solo puedo hacer lo que se me ordena.

Llamaron a la puerta. Todos dieron un respingo, pues estaban demasiado inquietos. Grey se removió y, de inmediato, se llevó las manos al pelo para comprobar en qué estado se encontraban las trenzas, pero seguía llevando la melena suelta, por lo que lo único que consiguió fue darse un golpe en el lado amoratado de la cara.

Los otros la estaban mirando. Con un tono de voz que esperaba que sonara frío y regio, dijo:

—Adelante.

Era uno de los guardias de la casa del alto lord; uno que había llevado consigo desde la capital.

—Solicitan vuestra presencia, alteza —dijo con la más absoluta formalidad.

Grey tomó aire mientras estrechaba la mano de Sela durante un breve instante.

—Gracias —contestó. Entonces, miró a los demás—. ¿Puedo llevar a mi guardia?

Ola arqueó una ceja.

—Por supuesto —dijo el hombre—. Si queréis terminar con vuestros asuntos, esperaré para escoltaros, alteza.

Grey asintió mientras el soldado cerraba la puerta tras de sí. Entonces, soltó el aliento.

—No pretendía decir…

—No —intervino Ola con rapidez—, pero deberías tener una guardia. —Miró a Eron y a Brit, comunicándose sin palabras—. Y, por ahora, tiene sentido que seamos nosotros.

Siempre y cuando a ti te parezca bien.

Grey se miró las manos, las uñas descascarilladas y la piel llena de cicatrices de batallas pasadas. ¿Quién era ella para pensar que podía ser soberana y tener una guardia?

Anhelaba a Kier. Ansiaba su presencia en un sentido que iba más allá de los pensamientos y las palabras. Aquel anhelo la asaltaba cada vez que tenía una idea así, cada vez que necesitaba consejo o que otra persona le dijera que no estaba arruinando por completo la nación que compartía su nombre.

—Os acepto si vosotros me aceptáis a mí.

Una mano estrechó la suya. Cuando volvió la vista, descubrió que se trataba de Ola, tan segura y mordaz como siempre.

—Te aceptamos como nuestra capitana —dijo la mujer—; sería un honor que fueras nuestra alta lady.

—De acuerdo —contestó Grey. Se tomó un segundo y se obligó a mantener la calma—. Está bien.

Dado que no les quedaba nada más que discutir, salieron al pasillo y siguieron al guardia por los corredores y las escaleras de piedra. Grey caminaba junto a Sela mientras los demás las seguían como sombras, del mismo modo en el que a ella le habían enseñado a orbitar en torno

a Kier.

Una vez en el piso inferior, entraron en una sala de reuniones bien equipada y presidida por una mesa enorme. Basándose en la antecámara, que servía para que los invitados esperaran antes de ser recibidos, Grey pensó que se trataba de una de las salas del consejo.

Cleoc y Scaelas ya estaban sentados en la estancia que se encontraba al otro lado y, detrás de cada uno de ellos, un pequeño grupo de guardias se fundía con las sombras. Habían despachado al resto de los consejeros. Supuso que tal vez los otros gobernantes no estuvieran del todo listos para revelar que ella era Locke. Había visto el aspecto que tenía últimamente en el espejo, así que lo comprendía.

Sela le hizo un gesto con la cabeza y, después, se sentó junto a su madre. Aunque Grey había adoptado la posición de descanso y estaba más que conforme con permanecer de pie, Eron sacó una silla y la colocó junto a Scaelas. Entonces, hizo algo con las cejas, tal vez para recordarle que, ahora, era la alta lady de Locke y tendría menos problemas si actuaba como tal.

Se sentó, dejó que él le colocara bien la silla, y no miró a su espalda, donde Ola, Brit y Eron se fundieron con el entorno como el resto de los guardias. Era un consuelo saber que estaban detrás de ella y oír el sonido familiar de sus respiraciones.

Cleoc la miró con una curiosidad evidente. Allí, desenmascarada, era Locke sin ninguna duda. Unió las manos frente a sí sobre la mesa, consciente de su falta de buenos modales; de que se había forjado en batalla, estaba magullada y no se parecía en nada a lo que una alta lady debería ser.

En otro mundo, la habrían criado para estar a la altura de su título. Una vez que hubiese crecido del todo, habrían anunciado que la heredera era ella en lugar de Severin, quien,

siguiendo las tradiciones de Locke, podría haberse marchado de la Isla si así lo hubiera deseado. Hasta ese momento, sus padres la habrían convertido en algo tan duro como el hierro. Tal vez habría viajado y quizá, durante un año, habría recibido formación en Lindan o en alguna de las otras naciones del continente, como Sela. Aunque lo más probable era que no hubiese sido así, dado que Locke solía mantenerse al margen de los demás. Sin embargo, le habrían enseñado diplomacia, a negociar con respeto y a poder sobrevivir en cortes enemigas. Habría aprendido qué palabras decir y qué gestos poner.

Sin embargo, Alma e Isaak estaban muertos y llevaban dieciséis años estándolo, tiempo suficiente como para que ella hubiera aprendido muy pocas lecciones. Se aferró a las pocas que conocía y recordaba, así que se sentó con los hombros cuadrados y tiesa como una vara, tal como solía sentarse su madre.

—Debes saber que te creo —dijo Scaelas al fin, rompiendo el silencio —. Pero no estoy seguro de cómo convencer a mi consejo.

—Ya has asumido riesgos por una impostora —contestó ella—. Al menos ahora estarías en lo cierto. —El hombre inclinó la cabeza, aceptando el comentario. Grey pasó la vista entre él y Cleoc—. Entonces, ¿qué habéis decidido?

—¿Por qué necesitas rescatar al capitán Seward? —le preguntó la mujer.

Grey buscó la manera de explicarles su relación con Kier.

—Es mi mago, majestad.

Sintió el vínculo en su interior, débil pero presente. Tenía una certeza férrea de que no estaba muerto. Herido, tal vez, pero al menos estaba vivo y, si estaba vivo, entonces, podía salvarlo.

—Los magos son reemplazables —dijo Cleoc mientras pasaba un dedo arriba y abajo del cuerpo de la pluma que tenía frente a ella. Grey no sabía si la mujer era maga o pozo, dado que la mayoría de los soberanos ocultaba aquella información como si fuese una debilidad.

—No es negociable. Si os unís a mí, tendréis como aliadas tanto a Locke con todo su poder restaurado como a mí. Sin duda, eso es suficiente para persuadiros incluso aunque no me creáis del todo. Mantendré mi promesa.

—Nos estás pidiendo a ambos que entremos en guerra abierta con Luthar y, si estás en lo cierto sobre su alianza, posiblemente con Eprain —dijo Scaelas sin mirarla a los ojos—. Así como con cualquier otro aliado externo que pudieran tener.

—Ya estáis en guerra tanto con Luthar como con Eprain.

—Yo no estoy en guerra con Luthar —replicó Cleoc—. Y las tensiones con Eprain se están suavizando. ¿Por qué pondría en peligro a mi

nación una vez más por tu mago?

Grey se giró hacia ella. Sabía que la soberana quería una confesión; poder ver su punto débil. Sintió una ira bullendo en su interior. No quería proclamar su amor por Kier delante de ellos porque era algo solo suyo y no estaba dispuesta a que lo utilizaran como moneda de cambio. Quería guardar aquel amor en las profundidades de su pecho, a salvo, allí donde nadie pudiera verlo, oírlo o sentirlo y proteger a su mago del mismo modo.

—Es mi mago —repitió—. Sé que el significado ancestral de esa conexión no perdura en tierra firme, pero yo soy Locke y, para mí, es algo importante.

Scaelas la miró de golpe pero, antes de que pudiera decir nada, Cleoc volvió a hablar:

—No puedes ser al mismo tiempo mano y alta lady, del mismo modo que no puedes ser leal a tu mago y a tu nación. Tienes que escoger. Ahora, te resultará más fácil hacerlo.

Grey se levantó, pues sus pies se pusieron en movimiento antes de que ella hubiera tomado por completo la decisión de hacerlo.

—Si os negáis a esto, dejadme que os ponga las cosas más fáciles: no pienso negociar y no tengo nada que demostrar. O bien me prestáis vuestras fuerzas y me ayudáis a rescatar al capitán Seward o no lo hacéis. O bien os unís a la nación de Locke y cosecháis los beneficios o no. No puedo tomar esa decisión en vuestro nombre, pero no me quedaré aquí teniendo que soportar semejantes dudas y desconfianza.

—Un momento, Locke —dijo Torrin con cansancio—. Eso no es lo que… No queríamos decir eso. Pero tenemos que pensar en nuestras naciones.

—Y yo en la mía —replicó ella.

—Entonces, ayúdanos a ayudarte —comentó Cleoc—. Danos un motivo.

Grey no se sentó. Torrin la miró con un gesto extraño en el rostro. Al final, dijo:

—Cleoc, si me lo permites, me gustaría que tanto tu guardia como la

mía salieran de la habitación. De hecho, que salgan todos los presentes menos nosotros tres.

—Grey… —comenzó a decir Ola.

—Nosotros tenemos más que perder en caso de que decidiera asesinarnos en vuestra ausencia —dijo el hombre sin rastro de humor en la voz. Volvió a mirar a la otra soberana y arqueó una ceja. Tras un instante cargado, la mujer inclinó la cabeza e hizo un gesto con la mano. Su guardia se removió con inquietud, pero salió de la estancia con los soldados de Scaelas y el séquito de Grey. Cuando Sela no hizo ademán de moverse, Torrin miró a Cleoc—. ¿Y tu hija?

—Yo no…

—Ve, cielo —dijo la mujer mientras le estrechaba la mano a la chica que, con el ceño fruncido y una mirada prolongada, salió detrás de Ola.

Grey volvió a sentarse. Los tres permanecieron en silencio un largo rato, mirándose, hasta que Scaelas habló:

—Tu mago y tú sois muy poderosos.

Ella lo miró con frialdad.

—Soy Locke —replicó—. No era necesario que hicieras salir a nuestros guardias para decirme esto.

—Eso era lo que creía. Hasta hoy. —El hombre habló con lentitud—. Pero se me ha ocurrido otra idea: que estáis enlazados. Espero equivocarme porque, siendo Locke, estoy seguro de que conocerás los riesgos de hacer algo así.

Grey se quedó muy quieta. Si Torrin pensaba castigarla y regañarle como si fuera una niña pequeña, estaba dispuesta a recordarle que se estaba sobrepasando. Ya no era una soldado scaelana, así que ya no estaba bajo su control. En Locke, no había restricciones al enlace.

—No veo qué importancia tiene eso.

Torrin hizo una mueca.

—Entonces, ¿no lo niegas?

—No —contestó sin titubear—. Estoy enlazada con el capitán Seward.

Era un alivio pronunciar aquellas palabras de un modo tan abierto y reclamarlas; poder reclamar a Kier.

—Maryse —dijo el hombre mientras cerraba los ojos—, dime que no es verdad.

—¿Acaso no puede enlazarse? Después de todo, es Locke —preguntó Cleoc mientras pasaba la vista entre ambos.

—No me hables como si fuera hija tuya —replicó Grey con un tono más frío de lo que había pretendido, pero no lo bastante frío como para abarcar todas sus emociones.

El alto lord se frotó el puente de la nariz.

—Nos encontramos ante un dilema —dijo, mirando a la otra mujer de un modo que a Grey no le gustó—. Quienquiera que controle Locke controla el poder. Por supuesto, cuando pensábamos que Seward tan solo era un mago más, no importaba que lo sacrificaran para resucitar la Isla. Si intentaban que resurgiera del mar, fracasarían.

Grey hizo una mueca. Sí que importaba, pero no por los motivos a los que se refería él.

—Y no tendrán éxito —apuntó—. Kier no es un Locke; no tiene nuestra sangre.

—Ah, pero ahí es donde te equivocas —replicó Torrin. Ella miró a Cleoc, que tenía los labios fruncidos en una línea fina y sombría, pero parecía tan confundida como se sentía ella misma—. Cuando eres Locke y te enlazas con un mago, este toma tu poder como si fuera propio. Ahora, es sangre de tu sangre. Él y tú sois uno en un intercambio completo de poder. Así son las cosas en la Isla, Maryse. El enlace es un acto sagrado; una unión incluso más fuerte que el matrimonio.

«Solo las manos y los esposos conocen el nombre verdadero».

El corazón le palpitaba con demasiada fuerza en los oídos. ¿Cuántas cosas más desconocía sobre los ritos de su propia nación?

—Entonces, ¿Kier…?

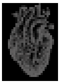
Torrin asintió.

—Ahora, Kier es un Locke por sí mismo y tiene tanto derecho a reclamar la Isla como tú. No te necesita. Si descubriera el modo de convocarla y traerla de vuelta, Locke se alzaría ante

su llamado. Así, Eprain y Luthar obtendrían la Isla restaurada y todo el poder que se esconde en ella.

«A lo largo de los años, he conseguido aprender algo sobre nuestros oponentes. Los habitantes de Nestria luchan porque tienen que hacerlo, pero preferirían regresar a sus salones de baile y sus fiestas. La nación de Cleoc Strata es tan despiadada como se rumorea que es su alta lady. En Luthar son astutos y capaces de convertir nuestras estrategias en polvo. Y los de Eprain preferirían envenenarte antes de una pelea que tener que enfrentarse a ti en el campo de batalla. Sin embargo, estamos atrapados en medio, obligados a luchar contra todos ellos».

Diario de la maestre mano Mare Concord. Siete años d. D.



veintitrés

Tras darse cuenta de las ruinosas posibilidades de la situación en la que se encontraban, Scaelas y Cleoc, juntos, decidieron que lo mejor que podían hacer era afrontar aquel asunto de cara. Grey les ayudó en

todo lo que pudo mientras escribían cartas a los soberanos de las otras tres naciones en las que los instaban a reunirse para debatir la situación concerniente a Locke. Como Grey había supuesto, las misivas dirigidas a Luthar y a Eprain eran diplomáticamente amenazadoras.

Tras enviar las cartas, Scaelas en persona acompañó a Grey hasta una de las habitaciones del ala imperial de su fortaleza. La noche ya había caído. Sentía el dolor de aquel día por todo el cuerpo y la falta de sueño de la noche anterior apoderándose de ella. Ola, Brit y Eron ya estaban durmiendo en habitaciones cercanas a la suya. El alto lord había dejado a su propia guardia para que los vigilara durante la noche.

En el pasillo, titubeó. No sabía cuándo volvería a darse la ocasión de poder estar a solas con Scaelas, pues suponía que era algo que no ocurría demasiado a menudo.

—¿Por qué enviaste aquella carta asegurando que había sido Severin el que había sobrevivido?

No había ningún motivo para ocultárselo. Ya no.

—Estaba asustada —contestó—. No era más que una niña y los soldados que enviaste para buscarme no eran atentos ni amables. No quería que me encontraras.

—Ah… —dijo él en voz tan baja que apenas lo oyó.

—¿Qué sabes sobre la muerte de la Isla? —le preguntó, dado que había dado pie a que le hiciera preguntas.

Para su sorpresa, él contestó de inmediato.

—Tu padre me habló sobre el plan en el que consistía el mecanismo de seguridad de la Isla.

Se suponía que ni siquiera él debería conocerlo. Después de todo, las costumbres de Locke

dictan que los soberanos han de ocultar sus secretos incluso a sus cónyuges. Pero tu madre amaba a tu padre, probablemente a pesar de su educación.

Grey fingió estar muy interesada en las puntadas de los tapices que

colgaban cerca de sus aposentos y pasó los dedos por el borde de la tela.

—Sé que era así —contestó—. Y él también la amaba.

—Más que a su propia vida —asintió Torrin—. Yo nunca lo he entendido… No me malinterpretes, Maryse. En cuanto llegué a conocerla, yo también acabé adorando a tu madre, pero lo hacía con una gran dosis de miedo. Era una mujer impresionante. Tenía una mirada que, cuando la dirigía hacia ti… Bueno, cualquiera preferiría morir antes que ser el receptor de esa furia.

—Lo recuerdo —contestó Grey, que había sido la destinataria de dicha mirada en más de una ocasión—, pero mi padre la hacía sonreír. En privado, cuando estaban juntos, siempre estaba riéndose.

—Algunos dirían que eso era una debilidad.

Grey se encogió de hombros; ella no opinaba lo mismo.

—Pero estábamos hablando sobre el mecanismo de seguridad —dijo.

No podía quedarse ahí de pie, hablando del amor que sus padres se habían profesado y recordando cómo ese amor los había conducido a la muerte.

—Sí —contestó Torrin mientras señalaba su dormitorio con un gesto de la cabeza. Entraron y el hombre cerró la puerta a su espalda. Entonces, se acercó a la chimenea, que brillaba con una luz violeta clara resultado del trabajo estático de algún mago desconocido. Se apoyó sobre la repisa y se quedó contemplando las llamas—. Una noche, durante una de sus visitas, estábamos juntos, bebiendo a altas horas de la madrugada, algo que, cada vez que nos reuníamos, hacíamos más a menudo de lo que debería admitir. Tu madre ya se había retirado para acostarse. Severin no era más que un niño. Ni siquiera recuerdo si, por aquel entonces, tú ya habías nacido.

»Se trata de una protección procedente de los dioses de la Isla. El riesgo que conlleva el poder es que es muy codiciado. Eran conscientes de que, algún día, otros podrían volverse en contra de Locke y todo lo que significaba. Por lo tanto, cuando cada uno de los niños de la línea directa de sucesión cumplía la mayoría de edad, se le contaba la verdad. Si alguna

vez atacaban la Isla y se perdía toda esperanza, tenían una opción: el linaje podría continuar si todos los demás morían para salvar a uno de los suyos. Si entregaban sus vidas, su poder y su magia, el que tuviera la mejor oportunidad de salvar la línea sucesoria sobreviviría.

Grey se tambaleó hacia atrás y se golpeó la espalda con uno de los postes de la cama. Había sospechado algo así, pero siempre había creído que el único que había entregado su vida había sido Severin.

—Todos ellos… —dijo.

—Todos los habitantes de la Isla murieron para que tú pudieras vivir —dijo Torrin en voz baja.

Grey se rodeó el vientre con los brazos como si hubiera algún modo posible de no derrumbarse.

—¿Desearías que hubiera sido él? Después de tantos años, ¿desearías que Severin hubiese sobrevivido?

Torrin la miró, espantado.

—Por los dioses, Maryse, ¿cómo puedes preguntarme eso siquiera?

No lo sabía. No podía hablar. Algunos días, ella misma deseaba que Severin hubiese sobrevivido en su lugar.

El hombre atravesó la estancia y le tomó la mano entre las suyas. Era alto, más alto de lo que había sido su padre, y más ancho de hombros, pero había algo en su persona y en su postura que, en cuanto posaba los ojos en él, le hacía pensar en Isaak.

—Haré todo lo que esté en mis manos para compensarte —le dijo él.

—¿Sabes cómo hacer que resurja? —le preguntó mientras se inclinaba hacia él muy a su pesar—. ¿Sabes cómo resucitar la Isla?

El alto lord suspiró y cerró los ojos. Después, dio un paso atrás.

—No; no lo sé —dijo—. Lo siento.

Grey asintió, intentando hacer caso omiso del ácido que sentía en el estómago. Había sospechado que no lo sabría, pero eso no había evitado que albergara la esperanza de que, por una vez, alguna otra persona tuviera las respuestas.

—Tendría que haberme olvidado de esa carta; tendría que haber seguido buscándote —dijo Torrin.

Grey lo miró. Había pasado años de su vida deseando escuchar aquellas palabras pero, ahora que lo había hecho, le resultaron vacías.

—Sí, deberías haberlo hecho —concordó. Solo que, si lo hubiera hecho, jamás habría podido quedarse junto a Kier. Apartó la vista y se tragó el nudo que sentía—. ¿Me informarás de inmediato en cuanto recibas alguna respuesta?

—Sí —contestó él—. Y, aunque me inquiete, confiaré en Cleoc por tu bien. Haremos todo lo posible por encontrarlo.

Grey asintió. No tenían otra opción.

Cuando el hombre se marchó, cerró la puerta tras él. A pesar de que estaba agotada, se obligó a bañarse, a desprenderse de toda la suciedad restante y a ponerse más bálsamos y ungüentos en los cortes y las moraduras. El que llevaba en el vientre era especialmente feo y su cara tenía peor aspecto que el dolor que sentía en realidad. Una vez que estuvo limpia, se trenzó la melena, se puso un camisón que alguien le había dejado y se permitió dormir.

Aquella noche, cuando soñó con la muerte de Locke, fueron las manos de Kier las que sostuvieron las suyas mientras el poder fluía entre ellos. Fueron las manos de Kier las que le dejaron moraduras en la piel. Fue el cuerpo de Kier el que acabó destrozado cuando el mundo estalló.

Cuando alguien la despertó con una sacudida, fuera seguía oscuro. Alzó la vista con cansancio y, encorvada sobre ella, se encontró con la silueta de Brit, que ya estaba vestide.

Una luz maga azul le resplandecía entre los dedos.

—Despierta. Hay noticias.

Se apresuró a vestirse y se dejó el cabello tal como lo llevaba. Al otro lado de la puerta, les esperaba Ola.

—Hemos dejado que Eron siguiera durmiendo, aunque tal vez nos

mate por ello —dijo con una mueca.

Entonces, siguieron a dos de los guardias del alto lord hasta una sala de reuniones más grande que la del día anterior. Allí, Cleoc y Scaelas ya les estaban esperando junto con sus comandantes y una serie de oficiales de alto rango. Demasiado tarde, Grey deseó haberse peinado de nuevo.

—¿Hemos recibido noticias? —dijo mientras aceptaba el café solo y amargo que le tendió alguien. Echó un vistazo al reloj de la pared. Acababan de dar las cuatro de la madrugada.

—Epras y Luthos han acordado reunirse con nosotros —dijo Cleoc—. Tenías razón: se han aliado.

—¿Y Nestria?

—Por el momento, guardan silencio.

Grey asintió. Sentía la mirada de los otros caballeros posada en ella. Prácticamente podía saborear la confusión que emanaba del comandante Reggin y su mano. Varias personas abrieron los ojos de par en par cuando uno de los guardias de la alta lady apartó una silla y Grey se sentó en ella, como si hubiesen esperado que Ola o Brit reclamasen el asiento. Pensó que tal vez se debiera a que parecían mayores, se habían peinado y no tenían una moradura cubriéndoles la mitad del rostro.

—Vamos a reunirnos con Eprain, Luthar y un embajador del continente en dos horas —dijo Scaelas—. Hemos dispuesto patrullas en el mar en caso de que intenten hacer algo antes de tiempo. Y hemos solicitado que liberen al capitán Seward.

Grey palideció. A menudo solicitaban la liberación de soldados hechos prisioneros fuera del contexto permitido y, en la mayoría de los casos, los recibían muertos. Si mataban a Kier en vano… Si Kier moría… arrasaría con toda Idistra. Lo devoraría todo junto con el mar y lo enterraría en las profundidades de su dolor.

—Si me permitís, mi lord —comenzó a decir Reggin. Scaelas asintió con la cabeza—. Alteza

—añadió, dirigiéndose a Grey. Pronunció aquel título como si le ardiera en la lengua, pero prosiguió de todos modos—, hemos preparado dos compañías de Scaela y hemos aceptado otras dos de Cleoc Strata. Dichos soldados acompañarán a los soberanos durante

las negociaciones para la liberación del capitán Seward.

Ella volvió la vista hacia Torrin.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Tú vas a quedarte oculta tras nuestras fuerzas, en la fortaleza, sana y salva —contestó él con firmeza.

Grey soltó un bufido burlón.

—Llevo casi una década formando parte de esas mismas fuerzas y todavía no he muerto.

—No vas a ponerte en peligro —insistió él, actuando de nuevo como si fuera su padre. Si estaba intentando compensar dieciséis años de tiempo perdido, aquella no era la forma de hacerlo.

Sintió el peso de la mano de Ola sobre el hombro y sus dedos clavándosele en la piel.

—De eso nada. Si vais a reuniros, tengo que estar allí. Si vais a discutir mi futuro, tengo que escuchar lo que se dice.

—Ahí no le falta razón, Scaelas —dijo Cleoc con suavidad.

—No pienso revelar que eres Locke —replicó Torrin con decisión—. No cuando aceptarían la muerte de Seward, lo que te mantendría a salvo.

Grey no podía permitirse pensar en aquella posibilidad.

—Entonces, no lo reveles. Llévame como guardia personal. Me quedaré detrás de ti y escucharé, pero al menos estaré presente.

—No puedo permitir…

—Creo que eso es un acuerdo aceptable —dijo Cleoc mientras se recostaba en su asiento. A cada instante que pasaba, la mirada que le dirigía a Torrin se iba enfriando más y más—. Y

si se niega a armarte, puedes actuar como una de mis guardias, Locke.

Torrin pasó la vista entre ambas. Era evidente que estaba furioso y esforzándose por calmarse. Grey tuvo que hacer uso de toda su

concentración para no sonreírle con dulzura.

—Entonces, está decidido —dijo él, encogiéndose de hombros—. Vendrás, pero no lo harás sola. Escoge a una persona de tu guardia para que te acompañe.

Le hizo un gesto con la cabeza a Reggin para indicarle que continuara explicando el movimiento de tropas sobre el mapa.

—Está decidido —concordó ella.

Una hora más tarde, Grey y Eron marchaban en fila hacia el encuentro junto con el resto de los guardias de Scaelas. Brit y Ola se habían quejado y se habían ofrecido a acompañarla, pero si morían, no podía imaginar ser la responsable de haber separado aquel emparejamiento. Por su parte, Eron, comprensivo, le había estrechado la mano después de que elles se hubieran marchado, enfurruñades.

Con el pelo recogido en una trenza que le rodeaba la cabeza y vestida con la armadura scaelana, Grey parecía una guardia más. Sintió que el consuelo de llevar armadura se apoderaba de ella, pues su peso le resultaba tan familiar como la sensación que le transmitía su propio poder.

A pesar de la ansiedad, no pudo sino apreciar la belleza de la costa mientras cabalgaban hacia el punto de encuentro. No había playas tan cerca de Luthar: las colinas ondulantes llegaban hasta los acantilados que se precipitaban sobre el mar. De niños, Lot solía llevarlos a acantilados similares y, después, por turnos, saltaban a los brazos expectantes del océano, que los esperaba más abajo. Al descubrirlo, Imarta les había dado un par de collejas por asustarla, pero no se lo había contado a las madres de los chicos.

—Gremaryse.

La voz de Scaelas la arrancó de sus pensamientos y, cuando alzó la vista, se percató de que se había quedado rezagado y cabalgaba junto a ella. Él también llevaba armadura, aunque sin yelmo, y lucía el escudo de armas bordado en oro.

—¿Has venido a regañarme todavía más? —le preguntó Grey.

Eron les echó un vistazo y aminoró el ritmo para darles algo de privacidad.

Torrin la miró con el ceño fruncido.

—No voy a fingir. Si fuera por mí, estarías encerrada en una torre hasta que encontráramos la manera más segura de hacer esto.

—Podrías intentarlo, pero fracasarías.

—¿Sabes? Tu padre tampoco habría consentido en permanecer encerrado en una torre. —

Grey se mordió el labio. No estaba segura de cómo podía soportar hablar de ellos de aquel modo sin que el dolor se lo tragara entero—. Cuando murió —prosiguió—, pensé que no iba a sobrevivir. Aquel primer día, cuando el humo aún pesaba en el aire, estuve seguro de que… Bueno, llevábamos sin vincularnos casi dos décadas, desde que se había casado y se había enlazado con tu madre. Pero, aun así, de algún modo, lo supe.

Se obligó a contener el pánico que se le estaba acumulando en el pecho.

—¿Me dices esto porque crees que Kier está muerto?

—Te lo digo porque me importas.

—Apenas me conoces.

Él la miró fijamente.

—¿Acaso importa? —le preguntó—. Tal vez sea cierto. O tal vez te conozca mejor de lo que podrías imaginar, porque eres hija de tus padres y tan temible como habrían deseado que fueras.

No podía enfrentarse a aquella situación pensando en sus padres y en el hecho de que no habían llegado a conocerla. Por un instante, el silencio se posó entre ellos. Grey miró al frente y vio a Cleoc, que cabalgaba recta y bien erguida entre sus guardias. Se preguntó si, algún día, ella misma llegaría a emular esa postura en lugar de mostrar la terquedad de alguien desgastado por la batalla.

Al fin, Torrin suspiró.

—¿Me prometes huir ante la primera señal de problemas?

—Claro que no —contestó—. No sin Kier.

—Me preocupaba que dijeras eso. —El hombre la miró de reojo—. Vas a intentar salvarlo,

¿verdad?

Grey se quedó mirándolo.

—Voy a hacer todo lo que esté en mis manos para salvarlo. Lo siento, Torrin. Sé que esto me hace parecer joven e impulsiva. No puedo decir que esté a la altura como aliada, pero si tuviera que escoger entre Kier y toda esta maldita nación, siempre escogería a Kier.

Su padrino frunció el ceño.

—Bueno… Hagas lo que hagas, te pido que seas prudente. Ya he perdido a muchas personas en esta guerra, Maryse. También te pido que, hagas lo que hagas, no lo hagas sola.

—¿No vas a intentar detenerme si trato de salvarlo o si hago alguna tontería?

Él soltó un bufido de burla.

—Si te pareces un poco a tu madre, no le veo mucho sentido a intentarlo. —Echó un vistazo a la columna—. Pero hazme un favor y no se lo cuentes a Cleoc. Lo mejor sería que pensara que la mala aliada eres solo tú y que yo me quedara al margen.

—Eso sí puedo hacerlo —asintió ella.

Cabalgaron en silencio varios minutos más mientras Grey le daba vueltas a la cabeza, pensando en las posibilidades y los planes. Conforme ascendían la última cuesta, Torrin se giró hacia ella.

—Importas más que tu poder, Maryse. Te ruego que no lo olvides.

Grey asintió, pero no dijo que no importaba más que Kier.

Cuando llegaron a la cima de la colina, vio la zona de hierba que se había preparado para el encuentro. Un murmullo se esparció entre los guardias cuando se percataron de lo que había al otro lado: Luthar y

Eprain habían llevado casi el doble de ejército que Cleoc y Scaelas.

—Mi lord —dijo uno de los escuderos del comandante mientras se colocaba junto al alto lord—, ¿solicitamos refuerzos?

Torrin se puso en pie sobre los estribos y escudriñó la masa de las fuerzas eprainianas y luthitas. Maldijo con profusión y, después, suspiró.

—No —dijo—. Ante la primera señal de refriega, pedid la retirada. No voy a permitir que esto vuelva a convertirse en otra batalla sin sentido.

Miró a Grey con los labios fruncidos y asintió.

La partida conformada por Scaelas, Cleoc y sus guardias personales se separó del resto de los soldados y se dirigió hacia un pequeño grupo que aguardaba en el centro del claro.

Torrin cabalgó hacia el frente para alcanzar a su guardia y Eron volvió a colocarse junto a Grey. Por el momento, parecía un encuentro pacífico pero, ante la primera señal de daño, ya fuera con magia o acero, los guardias personales estaban entrenados para rodear al alto lord y ponerlo a salvo.

Con el corazón en la garganta, Grey observó al grupo. Habría una docena de personas, más o menos. Todas ellas iban a caballo. Todas, excepto una. Estaba de pie entre dos jinetes vestidos de negro. Al igual que Cleoc y Scaelas, no llevaban yelmo, por lo que supuso que se trataba de Epras y Luthos. Conforme se acercaban, se deleitó con su presencia, con la postura familiar de su cuerpo y con el hecho de que el aire le revolvía el pelo. Llevaba uno de los brazos en cabestrillo, probablemente a causa de la clavícula rota, así que, al menos, lo había atendido un sanador. Junto a ella, Eron suspiró de alivio.

Kier.

Tanteó en busca del vínculo, esforzándose por encontrar cualquier atisbo de él, pero no sintió nada, así que debía de seguir drogado. Si no llevaba flor de quiebra encima (las drogas estaban prohibidas al amparo de una reunión diplomática, por lo que tenían que haberle suministrado la dosis de antemano), pasarían veinte minutos o tal vez más antes de que pudieran vincularse.

—Está vivo —dijo con la garganta constreñida.

—Por supuesto que sí —replicó Eron, como si jamás lo hubiera puesto en duda. Entonces, la miró y le dedicó una sonrisa de medio lado.

Grey tuvo que hacer uso de toda su fuerza para ocupar su posición varios pasos detrás de Scaelas junto con el resto de su guardia. Lo único que quería era correr hacia Kier, agarrarlo y huir de allí. A diferencia de Epras y Luthos, el mago no llevaba armadura ni armas.

Conforme Cleoc y Scaelas se acercaban, él alzó la vista y algo le atravesó el rostro. Entonces, miró en dirección a la columna que escoltaba a los soberanos y, al ver a Grey, se le iluminaron los ojos. Ella extendió el poder, pero no pudo vincularse. Kier dio medio paso al frente antes de recordar la posición en la que se hallaba. Entonces, de forma imperceptible y con una mueca, sacudió la cabeza.

—Luthos —dijo Cleoc mientras saludaba al hombre más bajito de los dos. Tenía el cabello negro como el carbón e iba encorvado sobre la silla de montar—. Epras. —El otro soberano estaba más erguido y su caballo se removía bajo él—. Locke. —La mujer no dejó entrever nada cuando saludó a Kier—. Nos habrías ahorrado muchos problemas si, la otra noche, hubiésemos hablado de este asunto en otros términos. —Grey era consciente de que se trataba de una regañina dirigida a ella. Kier se encogió de hombros con el brazo sano—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos reunimos así para hablar en paz y con sensatez —prosiguió la mujer.

—No me interesan tus discursitos —espetó Luthos con tono tajante.

—Entonces, presentadnos vuestras condiciones y prosigamos —dijo Torrin.

Luthos y Epras intercambiaron una mirada, pero Grey no estuvo muy segura de cómo interpretarla. Volvió a mirar a Kier, pero él tenía la vista fija en sus pies y el gesto del rostro inalterable. Le tendió un vínculo, como si pudiera deshacerse de los efectos de la droga tan solo con la mera fuerza de su mente. Mantuvo la mano apoyada con ligereza sobre la empuñadura de la espada, sin ser del todo capaz de calmar su corazón acelerado.

—Hemos encontrado y recuperado a Severin, el heredero perdido de Locke —dijo Epras—.

Como tal, el alto lord restaurará la Isla, tomará una consorte de mi corte y continuará el linaje de Locke en nombre de Epras.

Torrin miró a Luthos. Grey recordaba que era más joven que el otro soberano y apenas llevaba unos años de mandato.

—¿Y tú estás de acuerdo con eso? —le preguntó el hombre con incredulidad—. ¿Te alías con Epras y, aun así, permites que se haga con el control del poder?

—A diferencia de otros, Epras es capaz de ser razonable —replicó Luthos con tono monocorde.

—Todos estos años, has tenido al heredero delante de las narices —comentó Epras con un tono de voz lleno de desprecio—. Todos estos años, el poder podría haber sido tuyo.

—El poder nunca ha sido lo que andaba buscando —dijo Torrin.

—Caballeros… —los interrumpió Cleoc antes de volver la vista hacia Epras—. Tu papel no es gobernar Locke. Puede que ahora sea tu prisionero, pero ¿qué pasará si mata a la novia de tu casa? Controlar el poder no es tan fácil.

—No lo hará si está entrelazado con ella, tal como es costumbre en la Isla —replicó Epras.

Cleoc suspiró. Grey volvió a intentar vincularse y abrirse paso a la fuerza entre la bruma de la flor de quiebra que nublaba el cuerpo de Kier. Nada.

—Parece que estáis decididos —dijo Cleoc—. Locke será restaurada y Epras gobernará.

Pero arrasaré con la Isla. Mataré a la novia. Destruiré todo lo que construyas, Epras.

Aquella mujer nunca le había recordado tanto a su propia madre. No era la primera vez que se preguntaba si aquello era lo que el trono les hacía a las mujeres como ellas.

—Entonces, te quitaré todo el poder —contestó Epras.

La alta lady arqueó una ceja.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

El hombre se inclinó hacia delante con una sonrisa envenenada.

—Porque yo controlaré a Locke.

—Creo que nos estamos desviando del asunto en cuestión —dijo Kier en voz baja—. Mi lord, mi lady, he aceptado casarme con la mujer que escoja Epras y convertirla en mi consorte. He aceptado restaurar la Isla. Pero tan solo lo haré con la condición de que se acaben las batallas y vuelva a formarse el consejo unido. —Parecía totalmente resignado a su destino—. No hay motivos para que prosigan las muertes.

—¿Y restaurarás el poder a todos por igual? —preguntó Scaelas.

Se produjo una pausa.

—Concederé a Epras y a Luthos una renovación de su poder —contestó Kier—, dado que han sido ellos los que me han rescatado y han restaurado mi posición.

Cleoc y Scaelas intercambiaron una mirada. Grey tomó aire. Así que aquello era lo que querían. Locke podía distribuir a los pozos de modo desigual. Dado que su padre había sido scaelano y, por lo tanto, su alianza la más poderosa, a la caída de la Isla, Scaela había sido la nación en la que más había abundado el poder.

Sin embargo, ahora todo iba a derrumbarse. Y Kier había aceptado porque no creía tener el poder necesario para cumplir con sus promesas.

—No vamos a consentir algo así —dijo Cleoc. Como si sintiera su inquietud, su caballo corcoveó—. El poder debería ser restaurado de forma equitativa. No podéis convencernos de esta farsa. Locke es tu prisionero, no tu aliado.

Epras dibujó una leve sonrisa.

—Eso no es más que una cuestión semántica. —Con un gesto de la cabeza, señaló a sus soldados—. Además, tampoco importa. Hemos trasladado aquí los festejos. La novia que hemos escogido está a la espera y hemos accedido a esta reunión para que podáis presenciar la boda, así como nuestra alianza.

A Grey le dio un vuelco el corazón. Kier seguía sin mirarla, pero eso apenas importaba.

Tanteó. Buscó. Empujó.

El más leve hilo de su poder hizo contacto. Y se mantuvo.

Le envió todas las emociones que pudo; todo el amor, las disculpas, la furia y el alivio que fue capaz de aunar. Estaba tan ocupada en su empeño que le costó un momento darse cuenta de que lo único que le estaba transmitiendo Kier era un miedo frío y cargado de desesperanza.

—Eron —masculló—. Algo va mal.

—¿Más allá de todo? —le contestó él en un susurro.

Grey se concentró en el vínculo y dejó de prestar atención a la reunión, que había derivado en una discusión sobre parcelas de tierra y cómo quedarían las fronteras en caso de una alianza. Se centró tan solo en Kier y en el miedo que le estaba trasladando a través del vínculo e intentó responderle con algo de consuelo.

No iba a permitir que se casara con la familia de Epras. No iba a dejar que cargara con eso.

Ni siquiera sabía que, ahora, era un jugador por derecho propio en aquella partida.

—Si hiciese algo imprudente, ¿me respaldarías?

Eron suspiró.

—Sí —contestó.

Grey volvió la atención de nuevo hacia el vínculo y se concentró en el comandante Reggin.

Imaginó los rasgos firmes de su cara e intentó enviarle aquella imagen a Kier. Él frunció el ceño y alzó la vista. Miró a Grey y, después, al comandante. Ella asintió muy levemente.

Una pausa. Un silencio. Notó el momento en el que comenzó a extraer poder de ella. No era bastante como para causar ningún daño real, pero sí suficiente como para llamar la atención. Detrás de Scaelas, el comandante Reggin se enderezó. Entonces, se derrumbó sobre la silla de montar y cayó al suelo. No muerto, sino inconsciente.

Torrin se dio la vuelta, horrorizado.

—¿Acabáis de matar a mi comandante?

Grey ya se había puesto en marcha.

—¡Proteged a Scaelas! —gritó Eron para que la guardia rodeara al alto lord y lo defendiera—. ¡Han atacado!

—¡Proteged a Scaelas! —replicó alguien.

El sonido del metal entrechocando con el metal resonó en el aire mientras el campo se sumía en el caos.

Grey aprovechó la situación. La guardia ya los rodeaba y la mano de Reggin estaba recuperando el cuerpo inconsciente del comandante. El grupo se alejó a toda velocidad, llevándose a Scaelas y a Cleoc consigo, mientras los soldados de Luthos y Epras se apresuraban a rodear a sus soberanos, lo que le dio a Grey una oportunidad.

Se vinculó y le envió poder a Kier. Se oyó un grito mientras dos de los guardias de Luthos caían al suelo sin motivo aparente. Grey sintió el tajo de las muertes conforme el mago extraía de ella. A su espalda, oyó a Scaelas pidiendo a sus fuerzas que se retiraran.

—Márchate, Eron —instó al típico. No pensaba arriesgar también su vida. Él tan solo le echó un vistazo antes de negar con la cabeza—. Te ordeno que confíes en mí —le rogó—.

Huye.

Él dudó y la miró un instante más antes de darse la vuelta y seguir sus órdenes.

—¡Atrapad a Locke! —gritó alguien.

Grey estuvo a punto de mirar por encima del hombro, pero los gritos se referían a Kier.

El mago se agachó para esquivar a un soldado luthita que estaba intentando agarrarlo. Ella le envió otra oleada de poder y sintió un tirón a modo de respuesta. De pronto, se encontró sobre él. Estaban tan cerca… Le tendió la mano y él se la tomó. Entonces, metió el pie en el estribo y se subió a lomos del caballo, detrás de ella.

La rodeó con los brazos, en parte para abrazarla y en parte para no perder el equilibrio, y Grey sintió su agonía a través del vínculo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gruñó con la cabeza enterrada en su cuello, aunque después le dio un beso al cuero de la hombrera que llevaba puesta. Aquello era lo más cerca que podía estar de su piel.

—Salvándote el trasero, como siempre —contestó.

Kier se enderezó y empezó a extraer de ella. Ahora que estaban en contacto, le resultaba más fácil. Grey arrebató el poder de los pozos que la rodeaban, esforzándose por concentrarse tan solo en las fuerzas enemigas, lo cual no le resultó demasiado difícil, dado que Luthos y Epras estaban dirigiendo todas sus compañías solo hacia ella. Dio la vuelta al caballo y cabalgó hacia el mar, hacia los acantilados y hacia el ejército en retirada de Scaelas.

—Te quiero —le dijo Kier con los labios sobre la piel mientras le arrancaba otro hilo de poder de las entrañas. Ella gruñó ante la sensación. No podían seguir actuando de un modo tan imprudente.

—Guárdate las declaraciones para cuando hayamos salido del campo de batalla —dijo, haciendo una mueca cuando él redirigió el poder hacia otro mago.

A pesar de que le dolía la cabeza, se concentró en los pozos y les arrancó el poder de raíz.

Mientras Kier los hacía trizas, sintió el sabor de la sangre al fondo de la garganta.

—Grey —dijo él con voz desolada—, mira.

Lo hizo. Desde lo alto de la loma, vio que todas las compañías de Luthar y Eprain se estaban esparciendo en forma de arco para cubrir todas las rutas de escape posibles y dirigiéndose directamente hacia ellos. Miró a ambos lados, pero estaban acorralados y, tras ellos, tan solo había acantilados. Los jinetes se les estaban echando encima a toda velocidad.

—¿Tienes poder suficiente? —le preguntó él, tanteando el vínculo.

—No —contestó.

Tragó saliva con fuerza. Aunque arrancara el poder de los otros pozos que había en el campo de batalla, no funcionaría. Estaba demasiado

cansada, demasiado agotada. Si Kier intentaba matar a los jinetes que iban pisándoles los talones, podría acabar también con ella.

Lo miró.

—¿Confías en mí? —Él sonrió y aquella visión fue como si le estuvieran marcando el corazón con un hierro candente. Grey miró el acantilado—. Ya va siendo hora de que salgamos de aquí.

Kier desmontó y, con un brazo, la ayudó a bajarse también del caballo. Como si fueran niños, la agarró de la mano mientras se giraban hacia el precipicio. Grey se quitó el yelmo y lo arrojó a un lado. No había tanta altura como para matarlos; tan solo para hacerles daño.

Gremaryse —pensó, dirigiéndose a la diosa que llevaba su nombre mientras empezaban a correr—, *si alguna vez has pensado en reclamarme, este es el momento.*

Juntos, aceleraron y se precipitaron hacia el borde del acantilado. Cuando se encontraron con el vacío, Grey estaba preparada.

Cayeron y cayeron y, cuando atravesaron la superficie del agua, se quedó sin aire en los pulmones. El mar era despiadado y terrible. Mientras se sumergía y atravesaba la oscuridad, intentó aferrarse a sus instintos, dar con alguna idea de qué se suponía que debía hacer, pero tan solo se topó con su propio miedo nuboso. En aquel momento, aún a kilómetros de distancia del lugar en el que antaño se había alzado Locke, sintió que el mar oscuro iba a reclamarla.

Estiró los brazos, buscando la superficie, pero no podía llegar a ella. Forcejeó para desprenderse de la armadura, que estaba ahogándola y arrastrándola hacia las profundidades. Tampoco conseguía ver dónde estaba Kier; tan solo sentía su dolor y su pánico resonando a través del vínculo como el gemido lastimero de un animal. Abrió la boca y el agua inundó sus entrañas. Jadeó, asfixiándose, y, de pronto, ya no estaba nadando.

«Olvídate de nosotros», dijo alguien al fondo de su mente.

Abrió los ojos, que le escocían por la sal del agua, e intentó respirar con desesperación.

—¡Os recuerdo! —le gritó al mar, donde nadie podía oírla; donde

nadie observaría a la alta lady de Locke mientras moría—. Nunca os olvidaré.

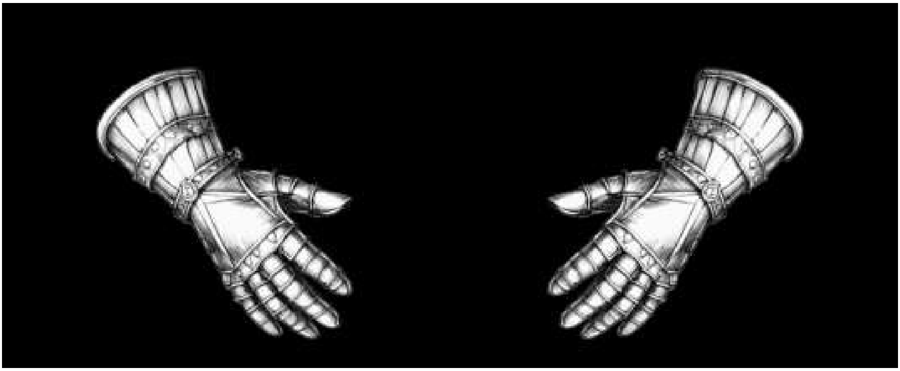
«Lo di todo por ti. —En algún rincón de su cerebro, oyó la voz de Severin—. Lo di todo.

¿Qué darías tú para traerla de vuelta?».

Grey cerró los ojos con fuerza frente al mar embravecido.

Tómalo —pensó, desesperada, mientras el agua salada le invadía los pulmones—. *Lo que quieras. Lo que necesites. Tómalo todo.*

Una mano la agarró y tiró de ella justo cuando el mar comenzaba a agitarse.



«Y Retarik apoyó la mano sobre el pecho de Kitalma. Entre ellas, el poder resplandeció con una calidez divina y dorada. La Isla empezó a temblar cuando Kitalma dijo: "Tú eres mía y yo soy tuya y, sin la otra, nunca más volveremos a estar completas"».

Leyenda recuperada de la Isla de Locke. Autor desconocido. Fecha desconocida.

veinticuatro

Cuando Grey se despertó, lo primero que pensó fue que su malhumorada abuela, que antaño había sido Locke, había estado en lo cierto: había algo después de la muerte. No podía ver el cielo sobre su cabeza. A su alrededor, por todas partes, tan solo había remolinos de niebla blanca y, bajo su cuerpo, piedra.

Se incorporó.

Había suelo firme bajo ella. Estaba empapada y helada por culpa del agua, pero ya no estaba dentro del mar. Se encontraba en un risco. Frente a ella tan solo había bruma pero, cuando avanzó un poco y miró hacia abajo, vio la pared de roca negra y más niebla.

Durante mucho tiempo, la habían llamado la Isla de Obsidiana. Mientras contemplaba la oscuridad negruzca de los acantilados, Grey sintió que aquel nombre se enroscaba en torno a ella.

Volvió a sentarse. A un lado, en medio de la penumbra, podía atisbar los sólidos muros de piedra de la fortaleza. A su espalda, cuando se dio la vuelta, la niebla se estaba disipando y desprendiéndose de los árboles esbeltos del Bosque Fantasma.

Se levantó de nuevo. Bajo los pies, sentía la solidez de los acantilados de Locke.

Empezó a girar sobre sí misma con lentitud, dibujando un círculo, buscando… algo. A diferencia de ella, el suelo estaba seco, como si la Isla jamás hubiera estado sumergida.

Allí, en el linde del bosque, distinguió una forma; un cuerpo tumbado bocabajo sobre la tierra cubierta de maleza. Dio dos pasos, tres y, entonces, empezó a correr.

«Protégeme», suplicó. No era maga, tan solo un pozo casi exhausto de poder. Sin embargo, sintió que la Isla cedía ante sus peticiones; sintió la seguridad temblorosa que le ofrecía.

No podía pensar. Apenas podía respirar. Goteando agua salada y barro, atravesó a toda velocidad la distancia que la separaba del

bosque y se abalanzó sobre aquella forma desmadejada y vestida de negro.

Se dejó caer de rodillas junto a él sobre la tierra y le apoyó las manos en los hombros. Se maldijo a sí misma mientras buscaba el vínculo en su interior pero, allí, todo le parecía diferente. Lo agarró por los brazos y tiró de él para darle la vuelta.

Todo se detuvo y se quedó tan inmóvil como la piedra.

Fue horrible. Porque se trataba de Kier pero, por primera vez en su vida, le resultó desconocido. Tenía la piel marcada por las manchas violetas de las moraduras, le faltaba parte de la oreja, tenía un ojo negro y el brazo se le había soltado del cabestrillo, por lo que el contorno de la clavícula rota le presionaba la piel en un ángulo extraño e imposible.

¿Cómo podría sobrevivir a algo así? ¿Cómo podría hacerlo nadie?

No se movía. No respiraba. El corazón, como una piedra, se le cayó a los pies al darse cuenta de que no había sobrevivido.

Por eso le resultaba desconocido y extraño. Tenía el rostro sin vida y cualquier destello de lo que hacía que Kier fuera Kier se había esfumado y se había perdido en el mar, los acantilados y el aire. Grey buscó en su interior un vínculo que se había partido, arrancado de raíz.

—Kier —suplicó, agarrándole la barbilla. Sin preocuparse por las lesiones, volvió a colocarlo de medio lado y empezó a darle golpes en la espalda—. Kiernan. Kier, por favor.

Nada. Le presionó un dedo justo por debajo de la mandíbula. No encontró ni rastro de pulso. El vínculo de su interior había desaparecido y tras de sí tan solo había dejado un vacío puro y doloroso. Habían pasado años desde que lo había buscado y no había sentido nada, ni siquiera un atisbo de su existencia. No se había sentido tan vacía desde antes de que se hubieran enlazado.

—No hagas esto, joder —gruñó mientras volvía a colocarlo bocarriba y empezaba a presionarle el pecho con un ritmo controlado, como si pudiera obligar a su corazón a que volviera a latir—. No te querré si haces esto —dijo con la garganta anegada en lágrimas, forzando a sus labios a soltar aquella mentira—. No puedes hacer que te quiera si, después, vas a… —Titubeó en el ritmo de las compresiones y empezó a presionar con más fuerza.

Sintió que las costillas se le partían bajo las manos—. Vuelve conmigo, Kier.

Nada.

No podía respirar. No podía seguir destrozándolo; no podía seguir con aquello. Kier estaba muerto y no podía hacer nada para traerlo de vuelta. Le pasó las manos por la camisa empapada y la curva de la mandíbula antes de acariciarle el rostro. Al tacto, tenía la piel fría

y humedecida por el agua salada. Extendió una mano temblorosa, le pasó los dedos por el contorno de los labios y le rozó la cicatriz del corte con el pulgar.

Todo le resultaba familiar y devastador en su quietud.

Era la alta lady de Locke. La soberana restablecida de la Isla. Era el centro y el ama de cada rastro de poder que podía ofrecer Idistra.

Y, aun así, no podía hacer nada por él; no por sí misma. No podía forzar a su corazón a que latiera de nuevo. No podía abrirlo en canal y usar los hilos de su propio poder para recomponerlo. No si la vida ya lo había abandonado; no si no quedaba nada de él de lo que tirar.

Por primera vez en toda su vida, allí sentada frente al cuerpo de Kier, se sintió totalmente impotente.

—No puedes pedirme que haga esto —dijo mientras se le quebraba la voz—. No puedo hacerlo sin ti.

Lo más probable era que él le hubiese dicho: «Puedes hacer lo que quieras. Conmigo o sin mí». Recordó el sonido de su voz en la taberna mientras le decía: «Siempre he sabido que eras una superviviente».

No puedo hacer esto, Kier.

A aquello no podría sobrevivir.

—Por favor —rogó en un último intento infructuoso de devolverlo de entre los muertos.

Sin embargo, no obtuvo respuesta. Claro que no la obtuvo. Nunca más volvería a obtenerla.

Su voz tan solo perduraría en sus recuerdos.

Sintió que todas las versiones anteriores de sí misma se separaban y

volvían a converger junto con todas las decisiones que habían tomado: era una niña de ocho años que le tomaba la mano y le enviaba su poder; con una carta en la mano, seguía a Kier y a Lot hacia un pueblo; era una adolescente que se llevaba los dedos a los labios por la noche para atrapar la sensación de la primera vez que la había besado por culpa de un reto; tenía quince años y observaba cómo la determinación se le apoderaba del rostro al decidir que iba a salvarla; tenía dieciocho y él la rodeaba con los brazos mientras derramaba lágrimas ardientes sobre su cuello; era una luz moribunda, un caparazón horrorizado de sí mismo, y estaba enlazándose con él, cambiándolo para siempre.

Cada decisión. Cada sacrificio. Todo la había conducido hasta allí, hasta ese momento, hasta aquella situación en la que estaba al borde de la muerte y de los veinticinco años, aferrando el cuerpo de Kier contra el suyo como si eso fuera a devolverlo a la vida.

En algún otro mundo o alguna otra realidad, tenía que existir una versión de él que sobrevivía; una versión de sí misma que no lo obligase a morir por ella.

Quería deshacerlo todo, recuperar con uñas y dientes cada año y cada decisión que los había convertido en aquella versión: la niña que había sobrevivido para convertirse en la mujer que había sobrevivido y que había arrastrado a todas las personas a las que amaba a la muerte y el sacrificio.

Se derrumbó, apoyó la cabeza con pesadez contra su pecho y lloró sobre su cuerpo hasta que la oscuridad la reclamó.

PARTE IV

La

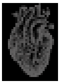
Lady

de

Locke

«Te quiero. Y lo siento».

Últimas palabras del capitán Kiernan Seward, registradas en Mecketer. Dieciséis años d. D.



veinticinco

Grey no recordaba haberse despertado, pero tenía los ojos abiertos y ya no estaba encorvada sobre el cuerpo de Kier. Se incorporó con un sobresalto y lo buscó, pero no estaba allí. Ahora, estaba en medio del Bosque Fantasma, rodeada por los árboles flacuchos, justo al borde del camino.

Supo de inmediato dónde se encontraba: si se daba la vuelta y caminaba en dirección contraria, llegaría a las tumbas de todos los Locke que habían vivido allí en el pasado y, más allá, a la antigua abadía.

Lo primero que recordó fue la pena. La sintió en cada parte del cuerpo: el vacío doloroso y el saber que, a cada segundo que pasaba, estaba viviendo en un tiempo en el que Kier ya no existía. La magnitud de aquella pena era insoportable. La posibilidad de que ese dolor cesara en algún momento le pareció imposible. Tampoco sabía cómo se había alejado de él o a dónde se habían llevado su cuerpo.

Se dio la vuelta para buscarlo y se quedó congelada con el corazón en la garganta.

Su madre la estaba esperando, erguida y más alta que nunca, con la niebla arremolinándose en torno al dobladillo de sus faldas. Locke siempre había poseído aquella belleza antinatural y brutal de las personas que habían aprendido desde muy pequeñas que para ser tan fuerte como el hierro, ser implacable era una moneda de cambio. Detrás de ella, Isaak emergió de entre la bruma y apoyó una mano sobre la cintura de su esposa. Grey sintió en el corazón el peso amargo de su presencia.

—Estáis aquí.

—Te hemos estado esperando —dijo alguien a su espalda.

Cuando se dio la vuelta, se encontró con Severin. Severin, que había crecido casi quince centímetros el verano antes de morir. Severin, con su mata de pelo rizado que tanto se parecía al de su padre. Severin, que le había tomado las manos y le había dicho que olvidara. Durante un instante doloroso, la esperanza le había inundado el cuerpo, pero

su hermano seguía teniendo quince años; seguía siendo tan joven como cuando habían acabado con la Isla.

Seguía estando muerto. Todos ellos lo estaban.

Se puso en pie con lentitud. Nunca antes los había observado desde aquella altura; jamás se había imaginado que llegaría a ser más alta que su madre. Ya era mayor de lo que su hermano había llegado a ser jamás. Hablaban con las vocales redondeadas y el acento marcado de la Isla; el mismo que, con los años, ella había acabado ocultando, en parte para protegerse. Entre la bruma divisó otras figuras: más parientes a los que apenas recordaba.

—En realidad, no estáis aquí —dijo mientras se llevaba la mano al corazón. No pudo sentir el latido. Tal vez, después de todo, sí que estuviera muerta.

—No —contestó su madre. Se adelantó y, al caminar, la niebla se removió. No parecía muerta. Cuando se acercó para tocar a Grey, la plata de su anillo de sello resplandeció bajo la luz opaca—. Ahora, eres Locke.

Antes de poder pensarlo mejor, estiró el brazo para agarrar a su madre de la mano. Sin embargo, la atravesó con los dedos y ambas retrocedieron como si aquel contacto quemara.

La bruma se estaba despejando detrás de sus padres. Allí, en la pradera en la que estaban enterrados los Locke, vio a otra persona: entre las ruinas del viejo templo, estaba sentado sobre un sepulcro, dándole la espalda y con la túnica negra pegada a la piel a causa de la humedad.

Entonces, se dio cuenta de que no se trataba de un sepulcro, sino de un altar.

Tampoco estaba solo. Junto a él, había otra persona: una mujer.

—¿Kier? —preguntó mientras daba un paso al frente. Volvía a tener el corazón en la garganta. Por encima del hombro, Isaak miró con el ceño fruncido el lugar en el que el mago estaba sentado. Grey se giró hacia su madre—. ¿Está…? —Se tragó cualquier resquicio de su propia debilidad. Era Locke; había nacido entre aquellos riscos negros y escarpados y aquel mar implacable—. ¿Está muerto? —preguntó, obligándose a mantener la calma.

Alma miró por encima del hombro con el rostro velado por la pena y

el arrepentimiento.

—Se necesitaba un sacrificio para salvar la Isla —dijo con lentitud.

Grey recordó lo que le había contado Scaelas: que todos habían muerto para que ella pudiera sobrevivir.

—Y se necesitaba otro sacrificio para traerla de vuelta —añadió ella con los labios entumecidos.

Su madre no la miró. Grey sintió que se le doblaban las rodillas y el mismísimo tejido de su mundo se hacía jirones a su alrededor. Contempló la espalda de Kier, pero él no se dio la vuelta para mirarla. No parecía estar escuchándolos.

En ese instante, comprendió cómo iba a ser el futuro: se despertaría en la Isla ante una Locke resucitada y encontraría los cadáveres de su familia. Los enterraría. El cuerpo de Kier estaría allí también, unido a ellos en la muerte a pesar de que no los había conocido en vida.

Sería Locke restaurada y todo el poder del mundo sería suyo. Ya podía sentirlo en el vientre, espeso, a la espera de que lo convocara.

Sin Kier, era libre para vincularse con cualquier otro mago si así lo decidía. Comandaría las fuerzas de Locke y defendería la Isla. Otorgaría poder a los ejércitos.

Enterraría a Kier justo allí, en aquel lugar. La idea le provocó un nudo en la garganta y por un instante se sintió como si se estuviera asfixiando; como si nunca jamás fuese a ser capaz de respirar.

Qué no daría por volver a ver su rostro con vida una última vez: su sonrisa de medio lado, la luz que le iluminaba los ojos cuando la veía… Había dado todo aquello por sentado.

Se le entrecortó la respiración y sintió el corazón pesado dentro del pecho. No podía soportarlo. No podía soportar la idea de un futuro que no lo incluyese a él. No podía soportar estar en aquella Isla, el lugar en el que habían muerto y seguían muriendo las personas a las que amaba. No podía soportar hacerlo sola.

Sin embargo, era Locke, y todo aquello era una patraña.

—No —dijo. Entonces, recorrió el camino que atravesaba el bosque y se dirigió hacia el lugar en el que Kier estaba sentado.

—¿Qué quieres decir con «no»?

Se giró hacia su madre, su padre y su hermano y los tres fantasmas se reunieron tras ella.

—He dicho que no: no lo acepto. No voy a permitir que sea vuestro puñetero sacrificio.

Podéis quedaros con vuestro poder y con toda la Isla. Pero yo me llevo a Kier.

—No puedes deshacerlo sin más —dijo Severin mientras estiraba el brazo hacia ella como si aquel gesto fuese a servir de algo.

—Entonces, me marcho con él —respondió con voz quebrada.

—No puedes hacer eso —replicó Alma con fiereza mientras se acercaba a su hija, pero ella se removió para quedar fuera de su alcance.

—Soy Locke —declaró, echando humo y sintiendo el poder de la Isla alzándose en su interior—. Puedo hacer lo que me plazca.

—Gremaryse Pellatisa, trigésima cuarta hija —dijo una voz procedente de algún lugar detrás de los demás.

Grey alzó la cabeza de golpe y vio una figura que atravesaba los árboles, ataviada con la antigua armadura que habían vestido en los albores de la Isla. Le resultaba del todo desconocida. Llevaba el pelo oscuro recogido en un complicado peinado que le caía sobre los hombros. En una mano, blandía una daga enjoyada. Tenía la piel pálida como el alabastro, más pálida incluso que la de Alma, y unos labios demasiado rojos como para ser reales.

—¿Y quién eres tú? —espetó ella.

—¿Acaso no me conoces?

Estaba a punto de decir que no, pero sí la conocía. Le parecía una extraña porque era real, una humana de carne y hueso, en lugar de ser un fantasma o una santa. Sin embargo, cuando se concentró, se dio cuenta de que había visto su rostro en iconos y tapices, pintado en los murales de la abadía en ruinas y tallado en las estelas de las tumbas.

No la había reconocido porque era imposible retratar con exactitud su

belleza horrible y aterradora, la tonalidad de sus ojos o el metal oscuro de su armadura, cubierta con detalles de pájaros y hiedra.

Se trataba de Kitalma, la primera de los Locke, uno de sus ancestros, que se remontaban a muchas generaciones atrás.

—Si también has venido para señalar todos los motivos por los que no puedo recuperar a Kier, no me importan. Voy a llevármelo y renunciar a esta Isla y a tu poder. Te lo prometo.

Alma hizo una mueca. Grey se preguntó si habría acabado decepcionando a su madre, tal como suelen hacer la mayoría de las hijas, si hubiera crecido y se hubiera convertido en mujer bajo su tutela.

—Mantén tus promesas, hija de Locke —dijo Kitalma mientras una sonrisa le torcía aquellos labios antinaturales.

—Por favor —rogó, apenas capaz de reconocer la aspereza de su propia voz.

El rostro de Kitalma permaneció inalterable.

—Lo que está hecho, hecho está.

Pero Grey no pensaba aceptarlo. No podía aceptarlo.

—Según las historias antiguas —dijo con voz temblorosa—, las que mi madre solía contarnos sobre los dioses y sus poderes, cuando tu esposa y tú luchasteis por la Isla, tú ganaste pero ella falleció. Cuando Retarik cayó, cuando murió, hiciste todo lo que estaba en tu mano para traerla de vuelta. Le suplicaste al mar por su vida y el mar te escuchó. —Con un tono más suave, añadió—: Ahora, te lo estoy suplicando. Recurro a ti y a todo tu poder.

¿No vas a escucharme?

—Estoy aquí para entregarte el manto del poder ¿y aún me pides más?

—Lo he perdido todo por ti y tu poder —dijo Grey mientras el tono de voz se le teñía de amargura—. He demostrado una y otra vez que moriría por ese poder. Todas las personas a las que quiero murieron para protegerlo y para protegerme a mí. Incluso Kier. No puedes pedirme que siga adelante con todo esto sin él. —Aquella petición le

parecía vana; como si fuese a enfrentarse a una eternidad de negociaciones a las que nunca les vería el fin—. Por favor. Tenerlo a él, su vida, es lo único que pido.

Kitalma la observó con una mirada de otro mundo.

—Lo has convertido en uno de los míos —dijo al fin—. Se ha hecho un sacrificio y un sacrificio es necesario. —Grey abrió la boca, tratando de encontrar las palabras, pero la diosa alzó una mano—. Pero te compadezco, hija de Locke. Es triste estar solo en el mundo.

—Ella la observó con recelo, insegura de estar comprendiendo lo que le decía y demasiado descorazonada como para tener esperanza—. Por lo tanto, voy a ofrecerte tres opciones con mis propias condiciones.

A Grey se le hundieron los hombros. Habría condiciones; siempre las habría. Sintió el peso de su propio agotamiento templado por la pena. Tan solo quería despertarse y despertar a Kier.

—Por supuesto —dijo—. Solo tienes que decirme lo que tengo que hacer y lo haré. Daré lo que sea por traerlo de vuelta.

—El sacrificio se ha hecho. No puedo devolvértelo sin quedarme algo a cambio. —Kitalma abrió las manos y el brillo de la daga y sus joyas titiló bajo la luz—. Esta es la primera opción: yo me quedo con la vida del chico, tú te quedas con la Isla y todo sigue como hasta ahora. A veces, hija, lo mejor es aceptar lo que ha ocurrido.

—No pienso aceptarlo —dijo Grey con tono salvaje.

—Muy bien. La segunda opción: me quedo al chico, pero solo su libertad. Puedes tenerlo siempre y cuando se quede aquí. Si se marchara, volvería a perder la vida.

Miró a la diosa, incapaz de comprender lo que quería decir.

—¿Qué…? ¿Qué significa eso?

—Si vuelvo a concederle el aliento de la vida —contestó Kitalma con ojos centelleantes.

Grey se dio cuenta de que los tenía negros como los acantilados de Locke; negros como las profundidades del mar—, nunca jamás podrá volver a salir de esta isla. Siempre y cuando permanezca en este lugar

hasta el fin de sus días, seguirá siendo tal como era.

Grey tomó aire con los dientes apretados. La libertad de Kier… No podía imaginar maldecirlo de aquel modo; condenarlo a una vida atrapado para siempre.

—No puedo entregarte eso.

—Entonces, tan solo nos queda la tercera opción: puede recuperar su vida, mantener su libertad y abandonar este lugar siempre que así lo desee pero, a cambio, tú me entregarás tu poder. La decisión es tuya, Gremaryse, hija de Locke.

A Grey le dio un vuelco el estómago. Sin pretenderlo, se llevó una mano al centro del cuerpo y apoyó la palma sobre el esternón, donde sintió su propio poder desplegándose, fuerte y certero.

—Maryse… —comenzó a decir Alma.

Sin embargo, Isaak la miró con tristeza.

—¿Qué es el amor sin libertad? —preguntó el hombre—. ¿Puede considerarse amor siquiera?

Grey lo miró a los ojos. Era como si le hubiera arrancado aquellas palabras directamente del corazón.

—No puedo entregarte mi poder —replicó con los labios entumecidos —. Soy Locke. Kier no es un pozo, así que no puede… La Isla no tendría sobre qué sostenerse.

La antigua diosa arqueó una ceja.

—¿Acaso dudas de mí?

—No.

—Todo saldrá bien, hija. Tu propio heredero continuará el linaje de Locke —dijo su ancestro, como si el hecho de que fuese a tener un heredero fuese una conclusión inevitable.

—Pero sin mi poder…

—Podría quedarme con su vida y ya está —replicó Kitalma con rotundidad—. Sin embargo, gracias a vuestro rito, el chico ya es uno

de los míos. Si sobrevive, estará conectado con los mismísimos cimientos de Locke.

A Grey le dio un vuelco el corazón. Torrin había estado en lo cierto: no había tenido ni idea de lo que había hecho y lo mucho que había cambiado a Kier al enlazarse con él.

—Te he dado las opciones. Si quieres que lo devuelva a la vida, tienes que entregarme su libertad o bien su poder. Recuerda que esto no es más que una indulgencia por mi parte.

Podría dejarlo libre pero muerto y tu poder intacto. Esas son mis condiciones.

Grey se obligó a respirar. Ahí estaba ella: peleándose con una diosa. No era de extrañar que siempre hubiese recibido castigos por insubordinación.

—Preferiría que no estuviese libre pero muerto.

El poder le importaba menos; no podía imaginarse usándolo sin él. La simple idea de vincularse a otra persona hacía que sintiera ganas de vomitar. Tenía que pensar de forma

racional, pero le parecía imposible. Si ponía punto y final a aquella conversación, podría recuperar a Kier. Lo que ocurriera después, sería problema de una versión de ella misma que no se sintiera como se sentía en aquel momento.

—¿Y qué…? ¿Cuándo tengo que tomar la decisión?

Kitalma alzó la vista como si pudiera ver algo más allá del tiempo plomizo.

—Quédate con la Isla, hija. Te concedo un ciclo de la luna. Entonces, volveremos a reunirnos en mi altar y tendrás que darme tu respuesta. Hasta entonces, te devolveré a tu mago y esperaré tu decisión.

Grey se mordió el labio, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Apenas podía pensar más allá de su propio dolor. No se veía capaz de tomar una decisión con su cadáver allí presente, frente a ella. No sabía cómo podía verlo muerto y no morir ella misma.

—Gracias por ser indulgente —dijo.

—Muy bien. Ahora, márchate —respondió Kitalma conforme se daba la vuelta—. Este lugar intermedio no es seguro para alguien que todavía sigue tan vivo. —Miró a Grey por encima del hombro mientras la niebla comenzaba a espesarse—. Ten cuidado, hija. El hierro también tiene sus debilidades.

Grey se giró para mirar a su madre, pero ella también había desaparecido. Todos lo habían hecho. Estaba sola en medio del bosque brumoso.

—¿Grey?

El aliento se le atascó en el pecho. No estaba sola en absoluto. Se dio la vuelta y vio que Kier se estaba levantando del altar, haciendo una mueca de dolor ante cada movimiento que le sacudía los huesos rotos. Se quedó contemplándolo con las palabras atrapadas en la garganta mientras él le lanzaba una mirada recelosa.

—¿Dónde estamos?

—En el Bosque Fantasma —dijo, aunque casi sin emitir ningún sonido.

Kier miró a su alrededor conforme asimilaba el entorno.

—No recuerdo… No recuerdo cómo hemos llegado aquí.

Grey negó con la cabeza. Se llevó una mano al pecho como si pudiera detener o arrancarse de dentro el dolor de haberlo perdido.

—No —contestó con voz ronca.

Él dejó de observar las inmediaciones y le dedicó una mirada suave y cálida mientras los labios se le torcían en una sonrisa de alivio al verla. Se acercó a ella y la sonrisa le titubeó cuando alzó la mano con mucho cuidado para tocarle la cara.

—Mi preciosa Locke —dijo mientras, con las yemas de los dedos, le rozaba la moradura que llevaba en la mejilla—, ¿te duele?

Grey no sabía cómo ponerle fin al dolor. Ni siquiera cuando lo tenía justo enfrente.

—Sí —contestó, aunque la palabra sonó más bien como un sollozo.

Se abalanzó contra su pecho sin darle importancia a la sangre, la

suciedad y el sudor. Él emitió un sonido grave y gutural. Era evidente que le estaba haciendo daño, aplastándole de forma ruinosa las costillas rotas, pero él no pareció darle la importancia suficiente como para apartarla. La rodeó con el brazo sano y la estrechó con fuerza. Entonces, fue como si el mundo al completo volviera a cobrar sentido.

La libertad de Kier o su propio poder. Lo estrechó aún más fuerte, como si así pudiera hacer que aquella decisión desapareciera.

—¿Estamos en casa? —le murmuró él al oído con una voz que fue apenas un susurro ronco.

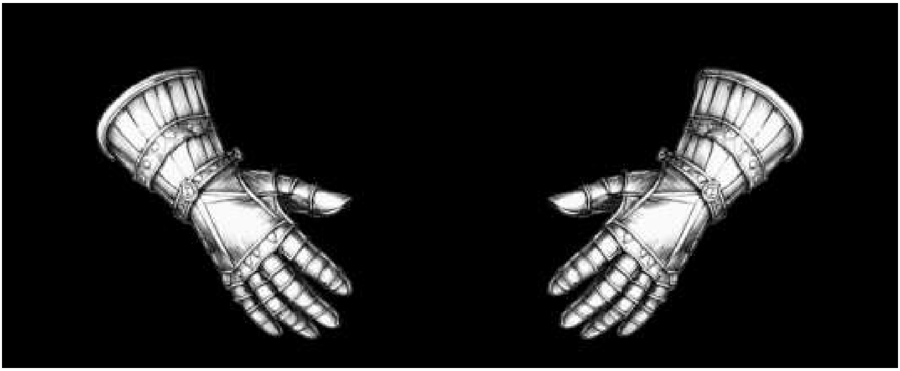
Grey cerró los ojos.

—Sí —contestó con tono agridulce.

El alivio era tan pesado como el poder que se estaba acumulando entre ellos. Encontró el vínculo, se aferró a él y le envió tanto poder que él dio una sacudida pero, tras estremecerse, lo asumió. Grey le colocó la mano sobre la clavícula rota y se la recolocó.

Respirando con dificultad, Kier le apoyó la cabeza en el hombro mientras ella terminaba el trabajo antes de mover la mano para pasarle los dedos por el pelo mojado y despeinado.

—Estamos en casa.



«Cuando Retarik murió defendiendo la Isla, Kitalma cubrió el cuerpo de su esposa con el suyo y lloró. Suplicó a Gremaryse por su vida, rogándole a la diosa del mar y la muerte que tuviera piedad. Cuando Kitalma despertó tras treinta días y treinta noches de lamentaciones, descubrió que su esposa había vuelto a la vida y había sido bendecida con un heredero que continuaría el linaje de la sangre de los Locke».

Leyenda recuperada de la Isla de Locke. Autor desconocido. Fecha desconocida.

veintiséis

Vinculados, sanos y salvos, Grey condujo a Kier hasta la fortaleza que se alzaba en el punto más alto de la Isla. Su cuerpo, sumido en la memoria muscular heredada de lo que su cerebro apenas recordaba, se movía sin que ella tuviera que indicarle la dirección a seguir. Mantuvo una mano aferrada a la del mago, incapaz de soltársela. La otra se la pasó por el pecho, incómoda, para asegurarse de que la clavícula le hubiera sanado.

Aunque en tierra firme no podía sanarlo solo con su poder, ahora podía sentir bajo las manos que sus huesos se iban recomponiendo gracias al poder que vertía sobre él.

—¿Saben los otros quién eres?

—Brit, Ola y Eron ya lo sabían.

—Me refiero al alto lord y a Cleoc.

—Ah… Sí.

Kier la miró de reojo, pero ella se limitó a encogerse de hombros. En aquel momento la asaltaban demasiadas emociones como para poder lidiar con ellas y la realidad de estar en Locke se le estaba viniendo encima.

Apenas podía respirar con la cantidad de poder que se arremolinaba en torno a la Isla. Era como si todo a su alrededor la presionara. De pequeña, recordaba haberlo sentido como un dolor de estómago, pero aquella no era la descripción más acertada. Era como si en el aire hubiese una electricidad que le crepitaba en los pulmones cada vez que tomaba aire y que le resultaba pegajosa sobre la piel.

Kier también parecía afectado. Miró a Grey, que seguía teniendo la

mano sobre su pecho mientras hacía fluir el poder hacia él.

—Creo que…

Se quedó en silencio y alzó la vista hacia la fortaleza cuando cruzaron el linde del Bosque Fantasma y volvieron a adentrarse en la bruma del día. La niebla procedente del mar era

espesa. Kier frunció el ceño y Grey atesoró cada uno de los gestos que dibujaba con el rostro a pesar de que habría deseado pasarle el pulgar por los labios para borrarle cualquier rastro de infelicidad.

—¿Te encuentras bien?

—Me siento… como si todo quisiera brindarme su poder —dijo—. Pero eso es…

«Imposible», fue lo que calló.

—Tenemos que hablar de muchas cosas.

No se veía capaz de mirarlo a los ojos y hablarle de su muerte, que aún debía de congelarle los huesos y que todavía reposaba con pesadez sobre el pecho de Grey, o sobre la decisión que tenía que tomar al respecto. Pero, antes, tenía que contarle que él también era Locke.

Atravesaron las murallas, pasaron bajo el rastrillo abierto y llegaron hasta el lugar en el que la descomunal fortificación de piedra los esperaba. Grey tomó aire entre dientes mientras contemplaba el enorme portón.

—¿Es tal como lo recordabas? —le preguntó él, cuya voz todavía sonaba áspera a causa de la sal del agua.

—Sí.

Kier la miró y, con mucho cuidado, le tomó la mano y se la apartó del pecho. Ya no desprendía ni un rastro de aquello que había provocado que le resultara desconocido.

Estaba bastante segura de que, a esas alturas, tendría las costillas bastante estables y la clavícula totalmente sanada. Una vez más, volvió a sorprenderle el poder de la Isla: en Scaela, habría tardado horas o incluso días en completar poco a poco el mismo tipo de

trabajo. Y eso, si hubiera sido capaz de hacerlo para empezar.

—¿Hay cuerpos dentro? —preguntó él, dubitativo. No parecía temeroso; tan solo se estaba preparando.

—No —contestó ella, apartando la mirada—. No sé qué queda de ellos, si es que queda algo. Los festejos se celebraron en el pueblo, más abajo.

Él asintió y apoyó los dedos contra la madera sólida del portón. La aldaba que había en el centro tenía forma de ave marina con un anillo de fuego en el pico. Ni el mar ni la podredumbre parecían haber afectado a la puerta; era como si no se hubiera pasado las últimas dos décadas sumergida en el agua.

Kier le tendió la otra mano. Grey entrelazó los dedos húmedos y ensangrentados con los suyos. Después, alzó el otro brazo y colocó la palma junto a la del mago sobre la puerta.

Juntos, empujaron para abrirla.

La madera crujió y, después, cedió, dejando a la vista un patio de piedra. Todos aquellos años, el portón había permanecido abierto, como si la hubiera estado esperando. Grey recorrió el lugar con la mirada. Pasó la vista por los tapices que colgaban de las paredes, por los que no parecían haber pasado los años, y por la gran escalinata de piedra, que tenía una barandilla por la que Sev y ella solían deslizarse una y otra vez, hasta que su abuela les regañaba. En los candeleros de las paredes todavía había velas anchas y cerosas medio derretidas. Tomó aire entre dientes y entró en el hogar de su infancia como si estuviera retrocediendo en el tiempo. Mantuvo los dedos entrelazados con los de Kier, que la seguía un paso por detrás.

Caminó con cuidado y sus botas empapadas rechinaron sobre el suelo empedrado. Lo condujo a través del patio y pasó bajo una arcada que estaba a la derecha. Allí se encontraba el comedor, que contaba con unas amplias ventanas desde las que se veía el mar. Posó la mano libre sobre el cristal frío. La niebla todavía los rodeaba por todos los costados, convirtiendo el mundo en un lugar blanco y sin forma.

—Si alguien se acerca, no vamos a ser capaces de verlo —dijo.

—Lo sé. ¿Qué piensas de semejante niebla? ¿Es normal?

Grey negó con la cabeza y pensó en el Bosque Fantasma.

—No sé si la Isla se ha restaurado por completo —dijo con cautela—, pero deberíamos disponer de algo de tiempo antes de tener que empezar a preocuparnos.

—Parece como si ya estuviéramos escudados —comentó Kier en voz baja y con tono curioso.

«Protégeme», había pedido. Y la Isla había escuchado.

—Debe de ser la niebla. Creo que es solo temporal.

Solo con su poder, era capaz de sentirlo.

—Puedo evaluar el escudo —dijo Kier. Entonces, con una mueca, emitió un sonido grave ante la fuerza del poder que lo asaltó cuando empezó a extraer—. ¿No es demasiado?

Grey negó con la cabeza. Su pozo no estaba en absoluto exhausto.

—Aquí, no —contestó—. Aquí, nada es demasiado.

El mago se quedó en silencio un instante y ella le contempló el rostro.

¿Lo sabes? ¿Lo sientes en el corazón? ¿El frío de la muerte todavía te cala hasta los huesos?

—Tengo muchas preguntas —murmuró él al fin.

Entonces, Grey vio cómo, con un destello, se formaba un segundo escudo. Pudo sentirlo, fuerte y completo, como una burbuja protectora que tan solo cubría la fortaleza. Tal vez no aguantara si alguien lo atacaba con insistencia, pero era un riesgo que estaba dispuesta a aceptar con bastante seguridad. Con diferencia, era el escudo más grande que el mago hubiera lanzado jamás y no parecía costarle nada.

—Es temporal —dijo él.

Se giró hacia él. Allí se sentía extrañamente cohibida, como si Kier no hubiese visto cada rincón de ella; como si aquella fuese la única cosa que no pudiera convencerlo para que amara.

¿Qué es el amor sin libertad? Se desprendió de aquel pensamiento antes de que pudiera echar raíces. Ya tendría tiempo de enfrentarse a la

decisión que debía tomar. Por el momento, pensaba deleitarse con el simple hecho de que estuviera vivo.

—Vamos —dijo.

Evitó la salita trasera, las cocinas y el salón de baile, pues tenía demasiados recuerdos allí y no estaba lista para enfrentarse a lo que pudiera hallar. Un leve horror le palpitaba en el pecho. No estaba lista. No podía afrontar todo aquello.

En su lugar, condujo a Kier por la escalinata y subieron cada vez más y más alto hasta llegar al tejado de la torreta desde la que Severin y ella solían saludar al amanecer. El viento les sacudió el cabello y la cúpula del escudo que había conjurado el mago parecía lo bastante cercana como para poder tocarla.

Grey tomó aliento mientras observaba la isla que se expandía ante ellos. Vio la sombra dispersa del Bosque Fantasma, entre cuyos árboles se arrastraba la bruma, y en los acantilados que se encontraban en uno de sus lindes, los restos de la antigua abadía. Más allá del bosque, podía ver el gran salón y las casitas de Osar, algunas de las cuales habían incendiado las fuerzas de Eprain. Más lejos, el puerto y el pueblo medio quemado de Maerin, así como los restos de las villas que salpicaban el paisaje entre ambas localidades.

En el lado más alejado del territorio distinguió la deshabitada y estrecha franja de árboles y montañas que eran los Yermos. La fortaleza era el punto más alto de la Isla, pero los Yermos la seguían de cerca. Todo estaba en calma y en silencio: pueblos fantasmas para un señor fantasmal. Desde aquella altura, podía observar todo el territorio.

Se dio la vuelta y volvió a contemplar la bruma que cubría el mar. Una Locke arruinada pero que, aun así, seguía siendo suya.

—Ya habrá tiempo —le dijo él mientras le apoyaba una mano en la espalda.

Grey lo obligó a sentarse contra el muro y le quitó la camisa. Allí, desde donde podía ver toda la Isla y lo que la rodeaba, desde donde podría detectar la primera señal de problemas, convocó el poder hacia sí misma. Sintió cómo pasaba desde Locke hacia su interior y cómo, después, emanaba hacia afuera, recorriéndole el cuerpo hasta las puntas de los dedos.

Cuando apoyó la mano sobre las heridas a medio sanar de Kier, él se

sobresaltó.

—Me va a costar acostumbrarme a esto —dijo con los ojos cerrados.

—¿Te parece diferente? —le preguntó Grey.

A ella sí se lo parecía. Al menos un poco. No en las sensaciones que le transmitía; después de todo, el poder era poder, incluso en Locke. Lo que había cambiado era el alcance y la calidad. Le daba la impresión de que jamás llegaría a su fin; de que la Isla le rellenaba las entrañas de forma constante.

—Mucho —contestó él.

El mago apoyó una mano sobre la suya, con la que estaba intentando unirle los huesos de las costillas de nuevo. Mientras enfocaba el poder en él, Grey pensó que aquello era algo que, en tierra firme, no habría tenido ni el poder, ni la libertad ni la habilidad de llevar a cabo. Tiró de los hilos de magia que corrían bajo la piel de Kier. Él abrió los párpados. Tenía las pupilas dilatadas. Parecía medio borracho.

—¿En qué sentido?

—Es como si… —Se quedó pensativo y alzó la vista para contemplar la blancura brumosa del cielo. Arrugó la nariz, pero el efecto quedó levemente arruinado por el ángulo torcido que le había quedado tras la última vez que se la había roto—. La sensación que me transmite todo es la misma que me transmites tú —dijo al fin—. No sé si puedo explicarlo mejor que eso.

Grey se colocó junto a él, sin soltarle la mano, y se apoyó contra la piedra. Intentó no pensar en la pila de huesos y tela en descomposición que los esperaba en el gran salón de Osar.

Pensar en eso sería pensar en lo que aquellos huesos habían sido antaño y, cada vez que sus pensamientos se encarrilaban en aquella dirección, sentía algo muy extraño en el corazón, la garganta, el estómago y en la relación que existía entre dichos órganos.

Estaban allí, esperando. Siempre habían estado allí, esperando. Durante cada instante de los dieciséis años que había pasado lejos de aquel lugar; durante cada uno de los latidos de corazón en los que ella había estado viva y ellos, no.

Se tragó todo eso de golpe porque, una vez que comenzara a pensar en ello, no podría parar.

—¿Puedes intentar explicármelo? —le preguntó a Kier, desesperada por distraerse con algo.

Él emitió un sonido grave y gutural, pero parecía estar respirando con más facilidad. Grey lo miró y volvió a examinarle la clavícula. Entonces, con suavidad, le pasó el dedo cerca del cartílago de la oreja izquierda, allí donde le habían cortado en diagonal la curvatura superior.

Kier tenía la vista fija en ella con un gesto de reverencia absoluta. La miraba como si contuviera toda la magia del universo. Lo conocía y, en un sentido abstracto, sabía que la quería. Sin embargo, hasta ese mismo instante, hasta percatarse de esa mirada, jamás se había planteado que pudiera amarla más de lo que amaba la magia.

—No supe qué era lo que tenía de diferente tu poder hasta aquel momento, antes de que nos enlazáramos, en el que no estabas a mi lado. Nunca te había valorado por completo pues, al crecer contigo, me había vuelto un consentido. Pero, contigo…, tiene aroma.

Transmite una sensación. Está afilado y pulido. Huele como el mar: mineral y limpio con un toque salino. Casi puedo saborear su potencia; puedo notarla detrás de los dientes. —

Observó el gesto con el que lo estaba mirando y negó con la cabeza—. No lo estoy explicando bien. La magia del resto de la gente está aguada; es como la cerveza que bebes en una taberna cuando empiezan a acumularse las facturas. Pero tú eres un chupito de licor.

Y aquí… —Respiró hondo y cerró los ojos, borracho de poder—. Está en el aire. Está en la tierra, en las piedras y en los árboles. Emana de ti. Es como si fueras tú. Dioses, Grey, jamás me había sentido tan seguro en toda mi vida.

Tardó un momento en recuperarse.

—Algo es algo —dijo ella al fin, titubeando—. Teniendo en cuenta que tenemos buques de guerra de al menos cuatro naciones diferentes cerniéndose sobre nosotros…

Kier abrió uno de los ojos.

—¿Pero Scaela sigue siendo nuestra aliada? —preguntó en voz baja

mientras le pasaba el pulgar por el dorso de la mano, dibujándole círculos sobre la piel.

—Y, hasta donde sé, Cleoc Strata también.

Él asintió, asimilando la información. Grey se centró en el frío que emanaba de las piedras, en la camisa húmeda que se le pegaba a la piel bajo el acolchado de la batalla y en la brisa que se colaba entre las rendijas para hechizos de los muros.

—Lo siento mucho —dijo Kier al fin.

—¿El qué?

Él se mordió el labio.

—No sabía que… Pensé que, por una vez, me harías caso; que me dejarías hacer esto. No sabía que te estaba poniendo entre la espada y la pared, obligándote a reclamar Locke.

—¿Pensabas que iba a dejar que murieras?

—Tenía la esperanza de que así fuera —contestó él con el leve atisbo de una sonrisa dibujándosele en los labios, lo que hizo que a ella le dolieran las entrañas.

Grey sacudió la cabeza para deshacerse de las palabras de Kitalma mientras intentaba encontrar las suyas propias.

—Habría ido a buscarte. Siempre iré a buscarte.

—Y yo a ti.

—Entonces, tendrías que haberlo sabido.

—Tal vez, pero en lo único en lo que podía pensar era en que… Grey, no quiero que vuelvas a sentirte jamás como esa niña sola y abandonada.

Grey lo observó: las pestañas largas, los ojos color avellana, la barba incipiente y persistente que ya estaba empezando a salirle, los pómulos que parecían cristal tallado y las canas obstinadas que le habían aparecido en las sienes.

—Tengo que contarte algo —le dijo.

En realidad, tenía que contarle muchas cosas, pero eso no era lo importante, teniendo en cuenta que le estaba costando poner en palabras la más insignificante de ellas.

Él le tomó la mano.

—Puedes contarme cualquier cosa.

Respiró hondo e intentó componer un gesto calmado. El cielo era de un color gris plomizo y, en los extremos, comenzaba a cubrirse de oscuridad: un atardecer sin la presencia del sol y sus tonalidades doradas y ambarinas; un atardecer paulatino, como cuando alguien atenúa una luz maga hasta que no queda ni rastro de su resplandor. Sin embargo, había sido así desde que habían llegado: el cielo no estaba oscureciendo ni clareando. En su lugar, se mantenía en aquel punto de transición. En el fondo de su cerebro, Grey se dio cuenta de por qué el silencio le resultaba tan extraño: no se oía ningún pájaro.

Sentía el tirón constante de Kier y el zumbido de la extracción mientras convertía su poder en magia. Aquella era la sensación más familiar del mundo.

Abrió la boca para contárselo todo: lo de su muerte, lo de la elección que tenía que hacer…

Sin embargo, no le salieron las palabras, que se le quedaron atascadas en la garganta. Kier la estaba mirando, expectante, y no podía hacerlo.

En su lugar, dijo:

—Cuando nos enlazamos, no lo sabía. No sabía que, en nuestro caso, sería diferente. Pero, Kier, esa unión te ha convertido en un Locke. Por eso Scaelas y Cleoc fueron a buscarte: porque si se arriesgaban a perderte… Si hubieras descubierto la manera de convocar a Locke del fondo de los mares, habría funcionado.

Él volvió a adoptar un gesto precavido.

—Pero tú eres…

—Sigo siendo Locke —contestó ella—. Sigo siendo la alta lady. Pero, ahora, tú también formas parte de la Isla.

Él apartó la vista, ocultando cualquier emoción.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho?

—No —contestó rápidamente.

Pero temo que tú si lo hagas, pensó, aunque se lo guardó para sí misma.

—No era consciente de que… En aquel momento, no sabía que la unión era tan fuerte; que nos uniría en más sentidos de los que sospechaba.

La mirada de Kier se suavizó y hubo algo injusto en el modo en el que la contempló como si fuera el punto central de su universo. No sabía cómo transmitirle con palabras, con miradas, ni con hechos que él sí que era el del suyo.

El mago le soltó la mano y, con cuidado, le pasó los dedos por la mandíbula para acariciarle el rostro.

—Cuando hicimos aquel juramento —dijo—, sabía lo que estaba haciendo; sabía que me estaba entregando a ti en cuerpo y alma. Es un regalo, Grey… En cierto sentido, era inevitable que todo lo que soy fuese tuyo.

Ella negó con la cabeza. No podía contarle lo de su muerte; no podía revelarle que también le había robado aquello.

—No se trata de eso. Te lo he arrebatado todo; incluso tu apellido. Y, ahora, te he puesto una diana en la espalda. Querrán matarte tanto como quieren matarme a mí.

Se le iluminaron los ojos y la diversión se le reflejó en el ángulo de la mandíbula.

Desprendía aquella despreocupación que siempre conseguía transmitir.

—Ya querían matarme.

—Pero ahora es real.

—¿Y pensabas que ser el comandante de Locke no me pondría una diana en la espalda?

¿Que el hecho de que te importe como lo hago no me convertiría en un rehén deseable?

—No del mismo modo.

Kier la atrajo hacia sí hasta que le rozó la nariz con la suya.

—Soy tuyo, Grey. Si eso te convierte en una Seward, que así sea. Y si eso me convierte en un Locke, lo acepto. Soy tuyo y lo he sido desde el día en el que nos enlazamos e incluso desde antes. Me dan igual el apellido, el título o incluso el poder. Tan solo me importas tú.

Temblorosa, Grey tomó aire y se inclinó para posar los labios sobre los suyos.

Frío… Ambos estaban fríos. Tanto que sabía que era muy posible que estuvieran conmocionados y que se dirigieran de cabeza hacia la hipotermia. Tenía que enfrentarse al resto de estancias de la fortaleza y encender fuego en una de las grandes chimeneas, pero Kier la estaba besando, estaban a salvo bajo el escudo y, al menos por el momento, eso era suficiente.

Tenía que contarle la verdad, pero la Isla seguía a su alrededor, segura, y hacía años que no sentía tal seguridad. Dejó que la besara y, mientras intentaba obligarlo a recuperar la vida, no pensó en cuán fríos tenía los labios o en la gelidez de su cadáver.

Tras un instante, él se apartó sin aliento.

—Y, ahora, ¿qué hacemos? —le preguntó.

Grey le pasó los dedos entumecidos por el contorno de la oreja sanada.

—Ahora, nos esforzamos por sobrevivir.

Él volvió a besarla. Sabía a sangre y a agua salada.

—Hemos llegado muy lejos.

No lo suficiente.

A pesar de que la niebla la inquietaba, se alegraba de que pudieran disponer de un periodo alejados del resto del mundo. Necesitaba tiempo a solas para poder lidiar con lo que tenía que hacer a continuación y, dado que Kier ya conocía cuáles eran sus peores partes, podía permitir que él lo presenciara.

Cuando estaban a medio camino de bajar la escalinata, dijo:

—Creo que tenemos que empezar por los cadáveres.

La voz no se le quebró. No lo miró por encima del hombro. Mantuvo la vista fija en los escalones de piedra que descendían en una espiral traicionera. Y, después, la dirigió brevemente a un ventanal por el que pasaron y desde el que, en la distancia, podía ver el Bosque Fantasma.

Kier le tocó el hombro con una mano.

—Deja que me encargue —insistió.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que hacerlo yo. Pero, tal vez… Creo que, primero, deberíamos buscar algo de ropa.

Procrastinación. No tenía ni idea de cómo la traicionaría el cuerpo cuando se dirigieran al gran salón de Osar, donde sabía que estarían los cadáveres de sus padres, o a la despensa que había más abajo, donde encontraría los restos calcinados de Severin. Después, estarían el guardia de la casa que, de niña, solía llevarla a hombros para que pudiera contemplar las tormentas desatándose. O la cocinera, Kimbra, que solía darle a escondidas pastelitos cuando estudiaba con su madre y le preparaba trozos de pan con mantequilla y caldos espesos cuando estaba enferma. La gente de Osar y Maerin, que solía llamarla «pequeña Locke» y darle besos en los nudillos cuando su hermano y ella recorrían las calles.

Todos ellos estaban muertos. No serían más que cadáveres. Escombros. Huesos y tela en descomposición.

—No hay nada dañado por el agua —señaló Kier cuando pasaron por una de las habitaciones superiores; una que Grey sabía que había estado destinada al almacenamiento.

Él se detuvo para pasar los dedos por la madera tallada de una cómoda—. Parece como si hubiera estado aquí sin más, intacto.

—Imagino que, de algún modo, quedó dentro de una burbuja —replicó Grey mientras sacaba los cajones—. Tal vez haya existido un escudo protector todo este tiempo.

Todo aquello era una mezcla de trastos, muebles viejos, cajas de libros mohosos comidos por las polillas, velas medio derretidas y baúles desechados llenos de aquellos pertrechos

del día a día de los que una familia de larga tradición se deshacía pero no tiraba y que guardaban en una habitación tras décadas y décadas de uso.

A pesar de que tan solo la acompañaba Kier, Grey se sentía expuesta de un modo extraño.

De niña, prácticamente había vivido en la casa de él. Pia y Laurella la habían arropado junto a sus hijos a la hora de dormir en tantas ocasiones que, bajo la cama de Kier, solían guardar un colchón extra que sacaban cada vez que no se marchaba cuando se ponía el sol. Había conocido a sus abuelos y abuelas cuando aún vivían, a sus tíos y a sus tías… Conocía cada detalle de la historia familiar de los Seward como si fuera la suya. Tal vez sus madres se la hubieran contado para ofrecerle algún tipo de familia y compensar el hecho de que, según parecía, ella no tuviese una propia. A Imarta nunca le había importado: agradecía la influencia de la familia de Kier. A ella misma tampoco le quedaba ningún familiar y, dado que era viuda, Grey y ella siempre habían estado solas.

Pero allí estaban, sin trampa ni cartón: las cosas que, en Locke, habían formado parte de su vida y la de aquellos que la habían precedido. De un baúl cubierto de polvo sacó un tapiz medio comido por las polillas y frotó con los dedos el escudo de armas de su familia que estaba bordado en la tela.

«¿Renunciarías a todo a cambio de la libertad de Kier?».

¿En quién se convertiría sin su poder, que era su derecho de nacimiento?

—Tal vez este sea el baúl de la suerte —dijo él desde el otro lado de la habitación mientras revisaba uno diferente.

Aquellos arcones eran pesados, de madera, antiguos y mucho más bonitos que cualquiera de los que les hubieran asignado en el ejército o que el heredado que Imarta guardaba en la habitación de su infancia. Eran de una madera de tono claro, probablemente talada en el Bosque Fantasma o procedente de los Yermos, y tenía tallados motivos extraídos de las leyendas que nadie más que ella recordaba.

Kier sacó ropa que era demasiado grande para ella. Grey revisó las

camisas, los pantalones, los calcetines, los tirantes y las piezas de armadura de cuero mientras él se desprendía de su propia ropa y se ponía la de repuesto. No podía mirarlo porque, si lo hacía, vería las cicatrices y las moraduras que todavía no le habían sanado y, en aquel momento, no podía soportarlo. Entonces, dijo:

—Habrá ropa en el dormitorio de mi madre.

—¿Crees que…?

No terminó la frase, así que no estuvo segura de si había querido decir «¿Crees que estás lista para eso?», «¿Crees que podrías lidiar con ver las cosas que dejó atrás?» o «¿Crees que es buena idea?». Las palabras se esfumaron y él se limitó a mirarla con un gesto de preocupación sincera y afligida.

Grey se mordió la uña del pulgar.

—Me pondré una camisa nueva. Y, en el piso de abajo, habrá abrigos y capas. Después, tal vez podamos inspeccionar todo lo demás.

Él asintió y le lanzó una camisa. Cambió la que llevaba, empapada y ensangrentada, por aquella de tela antigua, suave y seca. Dejaron las prendas mojadas colgadas de la barandilla y bajaron las escaleras. Se sentía como una niña explorando unas ruinas incluso aunque, a pesar de los dieciséis años de separación, conocía aquel lugar del mismo modo que Kier conocía la estructura de todos y cada uno de los latidos de su corazón.

Vaciló en cada rellano mientras repasaba en la mente cada habitación como si estuviera recitando los nombres de los santos con ayuda de las cuentas de oración entre las ruinas de la abadía que coronaba el linde del Bosque Fantasma, el lugar donde reposaban los huesos de Kitalma.

En la planta baja, fue al guardarropa que había bajo la escalinata y sacó dos de los abrigos pesados, así como dos espadas ceremoniales de su padre. Después, le tendió uno de cada a Kier.

—Imagino que también tendremos que deshacernos de los cadáveres eprainianos —dijo Grey mientras se colgaba la espada del cinturón, más que nada por costumbre—. No quiero enterrarlos con los míos pero, de todos modos, les daremos un descanso eterno respetuoso.

Kier asintió mientras miraba uno de los tapices que colgaban detrás de

ella.

—En Eprain, incineran a sus muertos.

Grey tragó saliva con fuerza. Todas las veces que habían estado destinados en la costa, recordaba haber visto el humo en la distancia cuando encendían las piras después de cada batalla.

—En tal caso, los incineraremos. Aquí, la tradición es similar para aquellos que no son Locke. Hay que esparcir sus cenizas sobre el mar para que se reúnan con los dioses.

—Entonces, eso haremos.

Asintió. Lo mínimo que podía ofrecerles era seguir las tradiciones de su propia nación.

—¿Crees que habrá sábanas de sobra para poder trasladar los cuerpos?

—Probablemente —contestó ella mientras volvía a echar un vistazo al comedor—. Sí. En el primer piso y en el tercero hay armarios de ropa blanca junto a las escaleras.

Oyó las pisadas de las botas sobre los escalones, el ascenso de Kier y el silencio que se produjo mientras rebuscaba entre la ropa de cama. Acercó el rostro a la ventana del comedor, pero seguía sin poder ver nada más allá de la niebla blanca. La Isla permanecía oculta. No podía distinguir si había buques de guerra esperando a que cayera el velo de Locke ni qué naciones los rodeaban.

Clavó los dedos en la madera del alféizar. A pesar de que había crecido en Scaela, llevaba casi una década luchando bajo el estandarte de Torrin y era su ahijada, aquel lugar y todo su poder seguían infundiéndole una sensación de desconfianza. Para Cleoc y Scaelas sería fácil traicionarla, matarla a ella, a Kier o a ambos, hacerse con el poder ellos mismos y volver a incendiar la Isla. Tal vez fuese una idiota por confiar en nadie ahora que tenía aquel poder renovado rasgándole las entrañas.

—¿Grey?

Cuando se dio la vuelta y lo vio con una alta torreta de sábanas entre los brazos, aquellos pensamientos se hicieron añicos. Tal vez no pudiera confiar en Scaelas y en Cleoc del mismo modo que no podía

confiar en los soberanos de Eprain, Luthar o Nestria, pero podía confiar en Kier.

Sintió un eco en su interior, el reconocimiento de su devoción a través del vínculo que los unía.

—¿Sabes cuántas personas había en la Isla? —preguntó el mago mientras dejaba la pila de sábanas sobre la mesa del comedor.

Ella asintió, incapaz de hablar. El abrigo de su padre olía a humo y a aire marino con un leve rastro de sudor. Aquello era demasiado para ella. Volvía a ser una niña. Estaba muriendo. Jamás se había marchado.

Algo atravesó el rostro de Kier y Grey se preguntó si, en Locke, las emociones que se transmitían a través del vínculo llegaban con mucha más fuerza. Se colocó frente a ella y le tomó las manos. No dijo nada, pero la observó como si fuera uno de sus mapas, uno de sus diagramas sobre los movimientos del enemigo o las instrucciones procedentes de algún alto mando que habrían de seguir al pie de la letra más adelante.

—Estás aquí porque sobreviviste —dijo con lentitud.

Ella asintió y se obligó a respirar.

Pero tú, no.

No podía pensar en aquello o, de lo contrario, perdería el poco control que le quedaba sobre su propia cordura.

En uno de los cobertizos que había en el exterior, encontraron guantes y una carretilla. Así, evitarían tocar la podredumbre con la piel desnuda. Grey encabezó la marcha por el pequeño sendero que conducía hacia Osar y evitó el camino más amplio que bordeaba el linde del Bosque Fantasma. Con el recuerdo de su familia fantasmal y el trato de Kitalma aún reciente, no podría soportar pasar por allí todavía.

Osar no era un pueblo grande. La población total de Locke no había llegado a las cinco mil personas. No había comprendido lo pequeña que era la Isla hasta que no había llegado a Scaela, donde la población constaba de cientos de miles de personas. Solo en Mecketer ya habían vivido más de cinco mil soldados. Sin embargo, en aquel momento, al

verse obligada a enfrentarse a la realidad de tener que deshacerse de tantos cadáveres, el número le pareció abrumador.

Alcanzaron la primera de las calles vacías. Grey no miró a través de las ventanas y pasó entre todas las sombras sin echar la vista atrás. Solo se concentró en llegar al gran salón, en el extremo más alejado, sobre un acantilado.

Solía ser un lugar de culto, una abadía dedicada a Retarik, la esposa de Kitalma. Cuando la veneración a los antiguos dioses había pasado de moda, se había convertido en una ruina, tal como había ocurrido con la abadía gemela que se hallaba al otro lado de la Isla. El tatarabuelo de Grey había vuelto a darle vida al lugar al convertirlo en un punto de reunión para las ocasiones en las que toda la Isla estaba de celebración, como los días sagrados, para desviar a la multitud y poder preservar mejor las defensas que protegían la fortaleza.

Kier dejó la carretilla junto al primer escalón, cargó con parte de las sábanas y la siguió por las escaleras. El golpeteo de sus botas sobre la piedra era el único sonido que se oía. Las gaviotas seguían ausentes y, con una niebla tan espesa, Grey ni siquiera era capaz de escuchar las olas rompiendo más abajo.

El pesado portón estaba cerrado. Sabía que, detrás, encontraría una auténtica carnicería.

Con la respiración pesada y el corazón palpitándole con fuerza, se detuvo en lo alto de las escaleras.

—No tenemos por qué hacerlo —dijo Kier en voz muy baja a sus espaldas—. Tú no tienes por qué hacerlo.

El lema de su familia, su casa y su Isla era: «El poder de la valentía». Sin embargo, no se sentía valiente. Ni siquiera con todo el poder de Idistra crepitando a su alrededor.

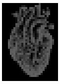
—Sí que tengo que hacerlo —contestó.

Kier no dijo nada. Se limitó a apoyarle una mano en el hombro.

Grey abrió la puerta.

«Del hierro a las cenizas, de las cenizas al mar, y del mar al hierro de nuevo. Regocijémonos con el recuerdo de los victoriosos caídos».

Ritos funerarios de la Isla de Locke.



A su espalda, Kier tomó aire. Grey tan solo pudo quedarse mirando fijamente con el corazón en la garganta.

La puerta se abría hacia fuera, lo que era una suerte, dado que la pila de cuerpos que se encontraba al otro lado la habría bloqueado. Sin embargo, aquello no fue lo que hizo que se quedara ahí de pie, inmovilizada por la conmoción. La luz difusa de los rayos del sol se derramaba a través de los altos ventanales y se reflejaba en las motas de polvo que había en el aire. Los cuerpos estaban amontonados en el suelo, sobre las mesas o derrumbados en sus sillas. La mayoría de ellos no tenía heridas visibles, nada que indicara que no solo estaban dormidos. Era evidente que algunos habían muerto en la refriega, pues estaban atravesados por espadas y manchados con sangre marrón y seca. No miró en dirección al fondo de la sala, donde estaba el estrado.

Con un temor creciente, pensó que todo seguía ahí como si el tiempo no hubiese transcurrido en la Isla desde el momento en el que su poder la había sumergido. Volvía a ser una niña de ocho años a la espera de que la muerte la atrapara.

No eran pilas de huesos, tal como había esperado; tampoco eran tela comida por las polillas y polvo. Eran carne y hueso con ojos y bocas abiertos, dientes y lenguas que portaban la máscara de la muerte, el dolor y el miedo. Era como si el tiempo no hubiese rozado aquel lugar en dieciséis años y se hubiese quedado atrapado para siempre en aquella noche horrible.

—Dioses… —dijo Kier detrás de ella.

Oyó el sonido del metal cuando desenvainó la espada, aunque no era necesario. A diferencia de lo que ocurría en las cortes olvidadas de los cuentos de hadas, las personas que había frente a ellos no estaban dormidas. Todas estaban muertas.

El miedo le atenazó el corazón mientras se adentraba en la estancia. Vio a los soldados de Eprain mezclados con su propia gente en diferentes posiciones de una batalla interrumpida.

La verdad se le posó sobre la piel y la comprensión le llegó dieciséis años tarde.

La lucha no los había matado a todos. No. Incluso con la presencia de los soldados eprainianos, incluso tras la caída de Locke en persona, la mayoría de aquella gente había seguido con vida. Era algo diferente lo que los había matado: una onda expansiva, una protección, el poder de la Isla al apagarse.

Había sido ella misma la que los había matado. Recordó lo que le había dicho Scaelas: para salvarla y proteger el linaje, había sido necesario sacrificar a todos los demás.

Cayó de rodillas sobre las piedras y evitó por muy poco el primero de los cadáveres.

—No lo sabía —dijo, impotente, porque Kier debía de haber adivinado la verdad que se escondía detrás de lo que estaba viendo.

A su espalda, él tan solo suspiró y envainó la espada. Entonces, oyó otros sonidos: crujidos y movimiento. Cuando salió de su estupor horrorizado, vio que el mago estaba inclinado sobre una de las mujeres caídas, que iba ataviada con un vestido negro, como si ya hubiera estado de luto. Le cerró los ojos con cuidado y, después, la tomó entre los brazos. Sin mediar palabra, se dirigió hacia el portón.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella con el cuerpo entumecido por la agonía.

Él se limitó a mirarla.

—En Locke, es tradición devolver sus cenizas al mar —dijo al fin.

No había odio en su mirada. Tampoco la estaba juzgando. Entonces, se dio la vuelta y salió, llevando aquella espeluznante carga como si fuese una recién casada.

Sintió el paso de las horas mientras trabajaban y separaban los cuerpos en dos piras. La más grande, que estaba más cerca de los acantilados, era la de los muertos de Locke. La segunda, mucho más pequeña, era la de los eprainianos. Kier sacó del gran salón un cuerpo tras otro. Les cerró los ojos y los colocó en hileras ordenadas, dándoles el mismo trato que solía darles a los caídos tras una batalla. A modo de ayuda, usó su magia, que cargaba con la mayor parte del peso de los cadáveres, por lo que les resultó tan fácil como si estuvieran

moviendo piedras en lugar de personas adultas. Grey le ayudó siempre que pudo, pero tenía que alejarse para vomitar a menudo, horrorizada de nuevo por la verdad de lo que había hecho.

No se acercaron al estrado. Tenía la sensación de que Kier estaba esperando a que ella diera el primer paso, pero no podía hacerlo. No en aquel momento. Todavía no.

Fuera, la niebla no cambió. El sol no se puso. No había gaviotas ni tampoco olas.

—Creo que el tiempo no transcurre —dijo Kier después de un rato cuando, enjugándose el sudor del rostro con una manga sucia, pasó junto a ella en las escaleras.

Grey contempló la bruma y el escudo que resplandecía sobre ellos.

—Creo que tienes razón.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé.

Se miraron, inquietos. Habían despejado un cuarto del gran salón y a Grey le dolía todo el cuerpo por el esfuerzo. Pensó que allí habría varios centenares de personas. Le daba miedo pensar en lo que encontrarían en las casas o en el trabajo agotador de tener que revisar los cadáveres de uno en uno.

—¿Estás cansado? —le preguntó.

—No —contestó Kier con gesto incierto—. No estoy seguro de sentirme… normal.

Grey asintió.

—En tal caso, vamos a seguir.

Se sumió en aquella horrible tarea. Arrastraba los cuerpos por el salón hasta el portón y, entonces, Kier los transportaba a las piras que estaba construyendo. Se le ocurrió la idea sombría de que habría sido más fácil prender en llamas toda la catedral.

De forma inesperada, encontró a su abuela. Cuando levantó por los brazos a uno de los soldados de Eprain, descubrió a la diminuta mujer

aplastada bajo él. Ahogó un grito y se tambaleó hacia atrás. Kier apareció a su lado al instante, pues había sentido su miedo a través del vínculo del mismo modo que si se estuviera enfrentando a una amenaza desconocida y no al abismo profundo de su propio dolor. Antes de que hubiera podido recuperarse, él le apoyó las manos en los hombros. Grey contempló el rostro pálido y arrugado de la mujer y las manos que le habían enseñado a coser. Entonces, se dio media vuelta y salió de allí.

Kier la encontró sentada al borde de los acantilados, con las piernas colgando del saliente y las lágrimas congeladas sobre las mejillas. Había vuelto a vomitar, pero eso no importaba.

Le parecía que nunca jamás iba a dejar de sentirse así por lo ocurrido.

El mago no dijo nada hasta que no estuvo sentado a su lado, con las piernas colgando junto a las suyas sobre aquella caída pronunciada.

—¿Alguna vez te he dicho que me dan miedo las alturas? —le preguntó.

Grey lo miró con los ojos entornados.

—No.

—Bien. Eso es porque no pensaba que fuera así hasta este mismo instante —dijo mientras bajaba la vista hacia el precipicio que se abría frente a ellos y la oscuridad que había más abajo. Entonces, palideció.

—Ha sido un error volver.

Él estiró el brazo y apoyó una mano sobre la suya.

—Ahora mismo, no podemos hacer nada al respecto. Acabaremos con la peor parte y, después, seguiremos con nuestra vida.

Grey hizo una mueca. Aquello se acercaba demasiado a sus propias mentiras y la verdad que todavía no le había contado.

—Están todos muertos por mi culpa.

Kier no lo negó.

—En otras naciones, repartidas por toda Idistra, hay otras personas que están muertas por mi culpa.

Y por la tuya. Aquello se lo guardó para sí mismo.

—¿Pero qué había hecho toda esta gente más allá de vivir aquí? Ni me hicieron daño ni lucharon contra mí. De hecho, si hubieran tenido la oportunidad, muchos de ellos habrían luchado por mí.

Él asintió y aquel silencio inquietante se posó sobre ellos como un manto.

—No puedes hacer nada para cambiar eso.

Ella se rio con amargura.

—Podría quemarlo todo. La Isla al completo.

—Podrías —dijo él.

Pero no lo harás, debió de pensar, aunque no lo dijo.

Grey se quedó contemplando la niebla, la nada. Tras un momento, Kier se puso en pie y continuó con sus labores.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada, quieta, cuando él regresó, se colocó tras ella y le dijo:

—Creo que he encontrado a tus padres.

Se puso en pie y lo siguió hasta la catedral. Se percató de que, alejado de las piras, había tendido un cuerpo. Se trataba de su abuela, apartada para ser enterrada en el Bosque Fantasma. Se tragó la bilis, pero no le preguntó a Kier cómo lo había sabido.

Cuando volvió a entrar y atravesó con cuidado las piedras manchadas de sangre, la sala ya estaba casi despejada por completo. La mesa del estrado era un caos: cálices hechos añicos y manchas de vino tinto mezcladas con sangre sobre el mantel. Con Kier un paso detrás de ella, se dirigió a los escalones y, entonces, se detuvo.

Había sido su madre la que le había enseñado a usar el poder, desgranándolo en hilos temblorosos desde que apenas había tenido edad suficiente para caminar o decir frases completas. A pesar de la reputación de ser rápida a la hora de impartir justicia, jamás había sido cruel con su propia hija, que a menudo era vista aferrada a sus faldas. Isaak, un mago de la clase noble de Scaela, solía crear luces magas moteadas que dibujaban constelaciones sobre el techo de su

dormitorio antes de tumbarse junto a ella y señalarle la forma y el nombre de cada una.

Ahora, tan solo eran dos cuerpos con los ojos cerrados, como si estuvieran durmiendo, entrelazados frente a la tumba construida para albergar los huesos de Retarik. Pasó junto a los cadáveres que los rodeaban en círculos concéntricos y que estaban envueltos en enredaderas llenas de espinas que les atravesaban la piel. Fuera lo que fuere que su padre hubiera hecho en sus últimos momentos, los había aplastado a todos. Entonces, con mucho

cuidado, se agachó junto a ellos. Reconoció el terciopelo verde del vestido. Recordaba haber sentido su roce contra la mejilla una docena de veces mientras su madre la llevaba a la cama. Estiró el brazo y pasó la mano por el contorno de la espada desenfundada de su padre, que todavía la estaba aferrando con una mano. La otra la tenía apoyada sobre el terciopelo oscuro que cubría la cintura de su esposa. Cuando Grey pasó la vista al rostro de su madre, vio lo que sus recuerdos no habían podido completar, aquello de lo que, enfadada, no había sido capaz de percatarse al verla en el Bosque Fantasma: ella misma parecía una copia confeccionada con mucho mimo de aquella mujer.

—Lo siento —dijo con el dolor bullendo en su interior como nunca antes. No podía respirar.

No le importaba toda la magia que hubiese en el mundo porque no era suficiente: no podría traerlos de vuelta.

No oyó a Kier hasta que no estuvo detrás de ella, arrodillado y con un brazo en torno a sus hombros. Grey estiró la mano para agarrarle el antebrazo y le clavó las uñas. Después, se recostó contra él, incapaz de mantenerse erguida, y él le rodeó la cintura con el otro brazo como si pudiera protegerla de todas las cosas horribles que habían ocurrido tantos años atrás.

El mago no dijo nada. No había nada que decir. Ella agachó la cabeza, se ocultó en el refugio que le proporcionaba su cuerpo y lloró.

Cuando hubo terminado, agotada y exhausta, Kier seguía a su lado.

—Tengo que hacerlo —dijo con voz temblorosa mientras se desprendía de la maraña de extremidades.

Él se lo permitió y se quedó junto a ella mientras tomaba una de las sábanas de lino. Con muchísimo cuidado, colocó los cuerpos de sus padres sobre ella. Recogió la espada de su padre y la dejó a un lado.

Después, rescató el collar de plata de su madre, los anillos que Alma había heredado de sus padres y el que portaba el sello de Locke. Una vez doblada la sábana, se volvió a poner de rodillas y contempló aquel fardo pulcro de tela blanca, anudado y listo para la tumba.

—Nacidos de la obsidiana y forjados con hierro —masculló Kier.

Grey solía repetirle aquella frase como una oración mientras le cosía las heridas tras una batalla. Lo miró mientras algo inexplicable se alzaba en su interior. Tal vez, después de tanto tiempo, tan solo quisiera ser vulnerable.

El último cuerpo que necesitaba encontrar la estaba esperando en el sótano. Kier la siguió, silencioso como un fantasma, mientras recorría el mismo camino que había recorrido de pequeña. La sala de piedra no era más que un caparazón quemado. No había ni un solo cuerpo allí donde debería haber estado Severin: tan solo había esquirlas y fragmentos, huesos incrustados en las paredes y un diente en un rincón.

Sin embargo, en aquel lugar, podía sentir su espíritu como si fuese un aparecido que la hubiese estado esperando todo aquel tiempo. Tomó aire entre dientes, convencida de que podía oír la risa de su hermano y sentir la presión de sus manos sobre las suyas.

—¿Sev? —preguntó mientras se daba la vuelta, como si hubiera captado el contorno de su sombra sobre la pared.

Sin embargo, no había nada. Tan solo desastre. Tan solo cenizas y huesos.

Las piras crepitaban con llamas magas antinaturales mientras recorrían de nuevo el Bosque Fantasma con su macabro cargamento.

—Deberíamos conservar las cenizas de los eprainianos para devolverlas a su nación —

comentó Kier.

Ella se limitó a asentir.

En el claro en el que reposaban los Locke, Grey tomó una de las palas que al mago se le había ocurrido llevar. Más allá de la hilera de tumbas, halló un lugar que no estaba marcado por ninguna piedra y

empezó a cavar. Sin decir nada, Kier tomó la otra pala y comenzó por el otro extremo. Parecía comprender que necesitaba sentir el dolor de aquella última tarea; que necesitaba hacer aquello. Con cuidado, cavaron una tumba para sus padres, su abuela, y los restos que habían quedado de su hermano: aquellos que lo habían sacrificado todo para que ella sobreviviera. Cuando terminaron, cada uno agarró uno de los extremos del pesado fardo de sábanas, incómodos por el peso de los cuerpos, y los depositaron con mimo sobre la tumba abierta.

En otra vida, si hubiera tomado una decisión diferente, estaría enterrando el cadáver de Kier junto a los suyos.

Arrodillada en el borde, observó al mago mientras arrojaba palada tras palada de tierra pedregosa. Durante medio segundo de aflicción descontrolada, pensó en arrojarse dentro con ellos.

Tenía que contarle la verdad. Tenía que lograr que comprendiera la decisión que se presentaba ante ella. Abrió la boca mientras buscaba las palabras pero, entonces, la cerró.

No podía hacerlo.

Cuando hubo terminado, Kier le tendió una mano cubierta de tierra y suciedad.

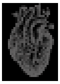
—Vamos, Locke —le dijo.

Ella se la tomó y, entonces, regresaron a casa el uno al lado del otro.

«Comparten el título, ¿sabes? Se cree que no la oigo cuando llama a ese engreidillo de tierra firme por nuestro apellido, pero sí lo hago. Él

blande su poder y le dice que la quiere, y la muy tonta, que tiene el corazón tierno, se lo cree. Me preocupa lo que pueda ocurrir si los niños heredan esa misma actitud».

Carta de Pellatisa Locke para Wren Locke Teinek, su hija. Seis años a. D.



Sola mientras Kier encendía un fuego en el piso de abajo, Grey abrió el grifo de una de las bañeras. Funcionaba gracias a una ingeniosa red mágica creada por uno de sus tíos abuelos que filtraba el agua salada del mar que corría bajo la fortaleza y la convertía en agua dulce humeante con tan solo abrir el grifo. Todavía había jabón en uno de los armaritos bajo el lavamanos. Al percibir aquel olor tan familiar que jamás había sido capaz de replicar en Scaela, tuvo que esforzarse por contener los recuerdos. Se quitó la ropa, se metió en las profundidades de la bañera y se sumergió por completo durante un instante antes de volver a la superficie. Se lavó, drenó el agua, la rellenó de nuevo y volvió a lavarse. Justo cuando estaba saliendo de la bañera, envuelta en una toalla esponjosa que había encontrado en el armario de la ropa blanca, Kier llamó a la puerta.

—¿Estás bien? —le preguntó a través de la madera.

Grey tomó aire y se estremeció.

—No, pero lo estaré.

Y lo haría. Tenía la extraña sensación de que los cadáveres de la catedral eran los únicos que habían quedado; que la Isla la había protegido de tener que enfrentarse a más fallecidos.

Era como si todos los presentes en aquel horrible salón hubiesen estado custodiando los cuerpos caídos de sus soberanos incluso en la muerte. Sin embargo, ahora que la pequeña Locke había regresado, la seguridad se había restaurado.

A pesar de los horrores que acababa de vivir, cuando se concentraba sentía algo parecido a la paz, como si la propia Isla hubiera suspirado de alivio ahora que sus muertos al fin descansaban.

Encontró unos calcetines gruesos y un vestido en la habitación contigua, que había pertenecido a su tía Wren antes de que la enviaran a Nestria para casarse, antes siquiera de que ella misma hubiese nacido. Mientras Kier se daba un baño, fue al piso de abajo en busca de provisiones. Él ya había encendido un fuego en la chimenea del comedor, lo que, a pesar de todo, le arrancó una sonrisa.

La carne y las frutas y verduras de la despensa no estaban podridas y el pan seguía blandito y como recién hecho. Sin embargo, Grey no se veía capaz de tocarlos. Vio un tarro de miel y

un cuenco de copos de avena, así que los llevó al comedor junto con algunas especias y una olla de hojalata. Kier, vestido con ropa limpia, ya había bajado y estaba arrastrando hasta allí los cojines y las mantas de una de las salitas.

—¿Qué has conseguido? —le preguntó.

Grey le mostró su botín.

—Es mejor que las gachas sin sabor y los trozos de cecina.

Él soltó un bufido burlón.

—Me muero por decirle a Eron que se te ha dado mejor el asunto de preparar la comida con una despensa de dieciséis años de antigüedad que a él con las provisiones.

—Él jamás podría hacer algo así —concordó ella.

Kier regresó a la cocina para llenar la olla mientras Grey atizaba el fuego hasta que desprendió un calor rugiente. Cuando regresó, ella preparó unas gachas espesas con canela y miel. No eran gran cosa, pero se podían comer. Se sentaron frente a la chimenea con las piernas cruzadas, cubiertos con una de las mantas tejidas más grandes y envueltos por el silencio escalofriante de la Isla. Anhelaba el sonido del viento y el mar tanto como lo temía.

En el fondo, sabía que, cuando aquellos sonidos regresaran, también lo harían el resto de sus preocupaciones, que abarcaban el mundo más allá de Locke.

—Tan solo te lo voy a preguntar una vez más y, después, lo dejaré estar —dijo Kier al fin mientras apoyaba su cuenco a un lado—. ¿Estás bien? Porque podemos marcharnos; no tenemos por qué quedarnos, no tenemos por qué hacer esto.

Grey tragó saliva con fuerza y, en la boca, las gachas se le convirtieron en polvo. «Tu poder o su libertad». Por lo que sabía, si abandonaban la Isla, él moriría y aquella no era una realidad a la que estuviera dispuesta a enfrentarse.

—Estoy bien —contestó—. Creo que lo peor ya ha pasado.

Él asintió.

—Entonces, hablemos sobre la magia. —Kier se dio la vuelta para que estuvieran frente a frente y se colocó tan cerca que sus rodillas se rozaban—. La verdad es que no entiendo

muy bien cómo lo estás haciendo. Siento que estoy extrayendo muchísimo poder de tu interior pero tú ni siquiera pareces inmutarte.

Grey dejó su cuenco a un lado, junto al de él.

—En la Isla, Locke es el poder mismo. No soy solo un pozo de dicho poder que pueda agotarse. Soy un grifo, una puerta, un río. El poder fluye hacia ti desde mi interior pero, aquí, no tiene fin. —Carraspeó con delicadeza—. Por eso el soberano de Locke siempre se casa con un mago.

Ninguno de los dos hizo comentario alguno al respecto.

Él cerró los ojos. No se había desvinculado de ella en todo el día y Grey se dio cuenta de que ya no se sentía tan enferma. Tal vez ese fuese también el problema de Locke: no dolía tanto cuando tenía alguien con quien compartir su magia; cuando tenía alguien a quien dirigir todo aquel poder que se abalanzaba sobre ella, procedente de la Isla.

—¿Puedo? —le preguntó él mientras colocaba las manos sobre las rodillas con las palmas hacia arriba.

—Sí —contestó ella mientras posaba las suyas sobre las de él para cerrar el circuito.

Kier soltó un murmullo grave.

—Me llevará un tiempo acostumbrarme a esto —dijo. Un escalofrío le recorrió los hombros y la espalda—. No sé cómo controlar tanto poder —admitió.

—Será mejor que vayas aprendiendo —masculló ella—. Puede que estemos aquí una larga temporada. —A Kier se le curvó la comisura de los labios. Se inclinó hacia delante lo justo para robarle un beso antes de volver a echarse hacia atrás—. ¿Puedes colocar guardas en algunas de las habitaciones?

—Por supuesto. Grey… Si todo esto te resulta abrumador, no tenemos que quedarnos aquí.

Podemos buscar un hogar propio en el que asentarnos cuando todo se haya calmado.

No podían. La Isla era lo único que lo mantenía con vida. Tenía aquellas palabras en la lengua, pero no podía pronunciarlas.

Sacudió la cabeza. Además, se trataba de su derecho de nacimiento, su hogar, el lugar que había hecho resurgir con su propia sangre. Era lo único que le quedaba de su familia, de aquellos que habían muerto por ella.

—Entonces, nos quedaremos —dijo él.

—No es una cabaña en las montañas —comentó ella con suavidad—, pero tal vez esté bien retirarnos aquí.

Kier se echó a reír y sonó tan bien y tan normal que Grey sintió que las sombras que tenía en las cavernas más profundas del corazón se desvanecían.

—Creo que nos hemos retirado del retiro —declaró él. Se puso en pie y le tendió la mano.

Ella se la tomó de inmediato—. Hazme una visita guiada de nuestro nuevo hogar y podremos poner guardas en todas las habitaciones que quieras.

En una planta intermedia, justo al lado de la torre más alta, Grey encontró un conjunto de estancias que llevaban años desocupadas. El dormitorio estaba en la torreta redondeada desde la que se veía Scaela. Abrió las ventanas para dejar que la brisa marina despejara el aire viciado y Kier encendió un fuego en la chimenea. Buscó sábanas limpias e hizo la cama, y apenas chasqueó la lengua cuando él estiró las esquinas.

—Si lo quieres, al fondo del pasillo hay otro dormitorio —dijo, dubitativa.

Kier arqueó una ceja.

—Puedo reclamarlo de forma oficial pero, si a ti no te importa,

prefiero quedarme contigo.

—Entonces, puede ser oficialmente tuyo —replicó mientras se le torcía la comisura de los labios.

No necesitaron más consensos. Grey se puso una de las gruesas camisas de invierno que había en una cómoda llena de prendas antiguas y, mientras se preparaban para acostarse, Kier encontró en el baño un tarro de pastillas dentales que repiqueteaba. Después, dado que todavía no había oscurecido, corrió las cortinas. El mundo seguía inalterado: blanco y cubierto en niebla.

Kier colocó una luz maga dorada sobre la cama mientras se subían a ella. Grey le pasó la pierna por encima de la cadera. Él le apoyó la mano en el muslo y se lo apretó con fuerza.

No estaba segura de por qué se había acordado, si había sido su agarre o alguna otra cosa, pero de pronto sintió el anillo que llevaba en torno al pulgar.

—Esto es tuyo —dijo.

—Ajá. —Él se inclinó para besarle la mano en la que lo llevaba puesto —. Quédatelo.

—Pero era de Lot.

—Si voy a ser tu comandante, me enfrentaré a un riesgo demasiado alto de sufrir lesiones graves en las manos —dijo con solemnidad—. ¿Acaso no te lo ha dicho nadie?

Ella le dio un golpe en el hombro.

—¿Es que no estás asustado? Mañana podríamos estar en guerra.

—Llevamos en guerra toda la vida.

Era cierto, pero la situación actual le parecía diferente. Se trataba de su propio estandarte, su propia nación, su propia guerra… Y no deseaba nada de todo aquello.

—Quiero la paz, Kiernan —dijo mientras le enredaba los dedos entre el pelo demasiado largo que se le rizaba sobre las orejas.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que la tengas —murmuró él

—. Haré todo lo que esté en mi mano para que tengas todo lo que quieras, Locke.

Grey le dio vueltas a aquella idea.

—¿Y si no sé qué es lo que quiero? —preguntó en un susurro.

Tenía que contárselo. Tenía las palabras. Si al menos pudiera decirlas…

«Moriste, Kier. Moriste y yo me enfrenté a los dioses por ti. Ahora, ni siquiera estás vivo de verdad. ¿Qué escogerías tú? ¿Qué querrías?».

Él le posó los labios en la sien.

—Entonces, esperaré hasta que lo decidas —dijo—, pero llevamos mucho tiempo siguiendo las órdenes de otros. Quiero que puedas decidir de verdad, Grey; que tengas un futuro que hayas escogido tú misma.

Pensó en él sacrificándose por ella y en el gesto de su cara cuando le había dicho que se despidiera de sus madres.

Lo cierto era que, si le presentaba aquella elección, él escogería sacrificarse: renunciaría a ser libre para mantener intacto su poder. Permanecería en la Isla, envejecería y se volvería cada vez más amargado, obligado a acompañarla hasta la tumba.

Se colocó bocarriba para contemplar el techo mientras a Kier se le acompasaba la respiración y se le aflojaba la mano con la que la estaba agarrando. Podría… no contárselo.

Sin embargo, ocultarle la verdad sería una traición en sí misma.

Y, aun así…

Había huido de casa por ella, se había unido al ejército por ella, había ascendido en la jerarquía militar por ella, había ido a la guerra por ella, había mentido por ella, había estado a punto de morir por ella y lo habían secuestrado por ella. De hecho, sí que había muerto por ella.

Si se le presentara la oportunidad, siempre tomaría la decisión que la pusiera a salvo y le brindara apoyo. Tal vez, por una vez, Grey deseara tomar la decisión de sacrificarse por otra persona. Sobre todo, después de todas las cosas a las que Kier ya había renunciado por ella. No podía soportar la idea de arrebatarle algo más.

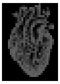
«Scaelas, deja que te hable con franqueza: sé que estás dolido, pero debemos pasar página.

Si no puedes ver más allá de lo que les hicieron a Isaak y a la Isla, Idistra nunca conocerá la paz. Debemos seguir adelante y encontrar una solución genuina o, de lo contrario, todos entraremos en guerra».

Carta de Cleoc para Scaelas. Cuatro días d. D.

«Entonces, entremos en guerra».

Carta de Scaelas para Cleoc. Cinco días d. D.



Grey no sabía cuánto tiempo había pasado o no había pasado mientras preparaban la Isla. Contaba los días siguiendo un método propio, pues trabajaban hasta estar cansados y, después, dormían en su enorme cama, demasiado agotados como para hacer algo que no fuera dormir (o tal vez Kier ya no estuviese interesado en una relación de ese tipo pero, dado que seguía besándola cada vez que tenía la ocasión, no podía evitar preguntárselo). El primer día, revisaron las armerías y tomaron nota de las armas y las provisiones, preparándose para un ejército que todavía no había llegado. El segundo día, Grey adecentó algunas habitaciones para los diplomáticos que los visitarían mientras Kier recorría la Isla para conocer la disposición del terreno y confeccionar sus propios mapas. Aquella noche, establecieron la sala de guerra en una de las estancias desde las que se podía ver el resto de Idistra.

El tercer día, Grey se despertó con la suave luz que se colaba por la ventana. El lado de la cama que ocupaba Kier estaba vacío, pero aún seguía cálido. Cuando se incorporó, vio su sombra en el otro extremo de la habitación. Se frotó los ojos, calmada gracias al ruido de las gaviotas, las olas rompiendo y los aullidos del viento: aquellos eran los sonidos familiares de Locke.

Los sonidos familiares de Locke.

Se quedó petrificada.

—¿Kier?

—Ya lo sé…

Cuando lo miró, se percató de que no se estaba vistiendo con la ropa con la que habían trabajado los últimos días. Estaba preparando la armadura, que era gris oscuro como el estandarte de Locke, las rocas y el cielo tormentoso. Se estaba preparando para la guerra.

—Puedes seguir durmiendo, mi amor —murmuró—. Ya he subido a la torre. Tenemos tiempo.

No le hizo caso. Salió de la cama y se dirigió a la ventana. Contempló

la bahía y el continente con los ojos entornados, pero tan solo podía ver la costa. En la distancia, había barcos.

—Sospecho que disponemos de una hora —dijo. Regresó a la cama y se sentó en el borde con pesadumbre. Kier preparándose para la batalla con el pelo mojado todavía tras haberse bañado a primera hora de la mañana no era una imagen nueva. Sin embargo, en aquel momento, era su armadura la que vestía, su escudo de armas compuesto por una espada sobre dos anillos entrelazados el que estaba bordado en la sobrevesta que colgaba de la silla y su batalla para la que se estaba preparando—. Tal vez más. Les preocuparán los escudos.

Deberíamos izar un estandarte para que Cleoc y Scaelas sepan que es seguro.

—Sí, deberíamos —contestó él, aunque su voz había cambiado.

Grey alzó la vista y sintió el pulso del deseo a través del vínculo. Algo había tomado por sorpresa a Kier cuando la había mirado. Atravesó el dormitorio y se arrodilló junto a la cama, entre sus piernas. Le posó las manos en los gemelos y, sin apartar los ojos de los suyos, le dio un beso justo por encima de la rodilla.

—Es que… tus muslos… —confesó con un tono casi lastimero. Como si quisiera demostrar lo que estaba diciendo, subió la mano un poco más, le clavó los pulgares y le pasó los otros dedos por detrás de las rodillas—. Podría escribir odas a tus muslos. Puede que incluso sueñe con ellos.

Grey arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Son perfectos —se lamentó Kier.

Ella se estremeció al observar los surcos que le dejaba en la carne con los dedos y se recostó, apoyada sobre los codos.

—Nunca antes lo habías mencionado.

—Un error lamentable por mi parte —contestó mientras se inclinaba para darle un beso en la peca que tenía sobe la rodilla izquierda.

—Kier —dijo mientras le pasaba las manos por el pelo a pesar de saber que era una mala idea. Sin embargo, no se había acostado con él desde Grislar y, a pesar del agotamiento, lo deseaba—, en unas pocas horas, podríamos estar en guerra.

—Mmmmm —masculló él con los labios apoyados sobre su piel. Con la delicadeza suficiente como para que solo le doliera un poco, le mordió el interior del muslo. Aquella sensación le fue directa a las entrañas. Entonces, él subió las manos y se las colocó en las caderas—. Soy consciente.

—Tengo que hacer que parezcas un comandante —dijo mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—No debería llevarte demasiado tiempo. Nunca has tenido problema en conseguir que pareciera un capitán.

—Y yo tengo que parecer la aterradora alta lady de una isla de hierro.

—Eres aterradora incluso cuando solo llevas puestos mi camisa y tus calcetines —replicó mientras le subía dicha camisa sobre el vientre.

—No deberíamos distraernos.

Kier le dio un beso más arriba, en el pliegue suave entre el muslo y la cadera.

—Dime que pare y pararé —dijo—, pero si esta es la última mañana de nuestras vidas, quiero pasarla justo aquí.

Grey le pasó las uñas por el cuero cabelludo.

—¿Y si no te digo que pares?

La risa que soltó fue un roce suave y cálido sobre la piel. Entonces, le separó los muslos con las manos.

—¿Eso es un «sí»?

—Sí.

No mucho después, Kier subió a la torre para izar el estandarte de Locke mientras Grey se dirigía al dormitorio de su madre. Allí, encontró un abrigo de corte recto que parecía más una armadura que una prenda de moda y unos pantalones acolchados que se le pegaban

a la piel. Se colgó la espada de su padre de la cadera y la vaina destelló bajo la primera luz de la mañana. Antes de poder pensárselo dos veces, se puso en un dedo el anillo de sello de Locke.

Cuando estuvieron listos para la guerra, Locke y su comandante fueron caminando hasta el puerto de Maerin. El primero de los barcos, que llevaba los colores de Scaela, se había acercado casi hasta el borde del escudo. El puerto no era lo bastante grande para los buques de guerra, pero el navío echó el ancla justo al otro lado del resplandor azul del escudo externo.

—Vienen en bote —murmuró Kier.

Se colocaron en uno de los muelles alargados mientras el viento les sacudía el cabello. Sobre ellos, el cielo estaba gris y plomizo.

Grey contempló el pequeño bote conforme se acercaba y se quedó sin aliento cuando distinguió a las figuras del grupo de expedición: su propio séquito los saludaba desde la embarcación. Sintió una oleada de alivio. Estaban lo bastante cerca como para oír los vítores procedentes de los ocupantes. El bote llegó ileso al muelle.

—Están sanos y salvos —dijo ella como si quisiera convencerse a sí misma.

Kier se adelantó, se agachó al borde del atracadero y, cuando Brit le arrojó una cuerda, la ató y les echó una mano, tirando de la embarcación. Eron fue el primero en cruzar, ayudado por Ola y Brit en un lado y Kier en el otro. Llevaba la rodilla vendada y el brazo en cabestrillo, pero estaba vivo y podía andar. Abrazó al mago con fiereza y, después, se dirigió hacia Grey.

—Pero ¿qué has hecho? —le preguntó ella mientras lo abrazaba y le clavaba los dedos en la espalda.

—Vas a reírte.

—No lo haré.

Él suspiró.

—Durante la retirada, me caí del caballo.

Había mentido: sí que se rio.

—¡Lo siento! —exclamó ante su mirada envenenada. Sin embargo, cuando volvió a abrazarla, no pareció estar tan enfadado.

—¡Eres una puñetera leyenda! —exclamó Brit mientras bajaba al muelle y besaba a Grey en ambas mejillas—. ¡Eres una zorra rebosante de poder!

—Lo dice en un sentido positivo —aclaró Ola antes de pasar junto a su mague. Agarró las mejillas de Grey, le apartó el pelo revuelto por el viento y le escudriñó el rostro en busca de cualquier rastro de tensión —. ¿Cómo estás, cielo?

Quería derrumbarse entre los brazos de Ola. El hecho de que consiguiera mantenerse erguida era un milagro en sí mismo.

—Estoy aquí. Y estamos vivos.

La sonrisa de la mujer hizo que sintiera cierta calidez en todo el cuerpo. Entonces, el otro pozo la soltó y miró a Kier.

—Capitán… —dijo con tono afectuoso.

—Comandante —la corrigió ella.

A modo de respuesta, el mago le rodeó la cadera con más fuerza. Ella se giró hacia el mar y observó los otros botes que habían abandonado el buque y que se acercaban poco a poco.

Bajó el brazo, tomó la mano de Kier y se la estrechó.

—¿Estás lista, Locke? —murmuró él.

—Todo lo lista que se puede estar —contestó.

Los botes zarparon uno tras otro y, tras descargar a sus ocupantes, regresaron. El comandante Reggin llegó con la comandante de Cleoc, Dainridge, una mujer de unos cuarenta años con el pelo canoso y una mirada fulminante y gélida como el hielo. Tenía la

piel morena y arrugada tras años de curtirla con el viento y el sol. También enviaron embajadores: Ikaaron de Scaela y Yearna de Cleoc Strata.

—El alto lord ha planeado su llegada para esta noche —le informó el embajador scaelano tras las presentaciones, mientras abandonaban los muelles y se dirigían hacia la zona pavimentada del puerto—. Quería venir antes, pero hemos insistido en que esperara hasta que la Isla fuera segura.

—Seguro que sí —replicó Grey con tono seco—. ¿Comandante?

—¿Sí, mi lady? —preguntó Kier.

—Acompañaré a los embajadores a sus aposentos. ¿Mostrarás nuestras armerías a los responsables del mando? Después, llévalos a la sala de guerra y haz que sus capitanes organicen sus fuerzas.

—Sí, mi lady. —Kier titubeó solo un instante—. ¿Os llevaréis a Ola y a Brit con vos?

—Solo si tú te llevas a Eron.

Él asintió y se marchó sin decir nada más. Los embajadores recién llegados no parecieron percatarse de nada que estuviese ocurriendo entre ella y su comandante. No ocultaba su relación, pero todavía no estaba segura de cómo quería lidiar en público con la situación.

Se dirigieron desde el puerto hasta la fortaleza. Allí, Grey mostró a los embajadores la nueva sala de guerra y los aposentos que Kier y ella habían preparado para los invitados diplomáticos. Los dejó allí para que se asearan y cambiaran de ropa.

Habían llegado a la fortaleza antes que Kier y los comandantes, así que, una vez que los otros se hubieron marchado, Grey cerró la puerta y se giró hacia Brit y Ola.

—Muy bien —dijo—. No sé de cuánto tiempo disponemos, pero ¿qué ha ocurrido desde que nos marchamos? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Ola hizo una mueca.

—Unos dos días. Después de que Kier y tú saltaseis por el acantilado, hubo un par de escaramuzas, pero ninguna batalla abierta. Supongo que estaban esperando a ver qué ocurría a continuación.

Grey asintió. En la Isla, habían transcurrido más de dos días, pero se alegraba de aquella dilatación temporal y del respiro que les había

proporcionado.

—¿Tuvisteis la oportunidad de ver a Scaelas?

—Sí; estaba furioso contigo.

—Al principio, no sabían muy bien qué hacer con nosotros —comentó Brit mientras se apoyaba contra la mesa, que ya estaba cubierta de mapas—. Sela estuvo con nosotros un rato y nos contó todo lo que pudo pero, por lo demás, más o menos nos limitamos a…

observar. Y a esperar. Prácticamente después de que saltarais, una niebla espesa cubrió toda la bahía. Tanto Scaelas como Epras enviaron barcos, pero fue muy extraño… Regresaron en una hora, dieron la vuelta y tomaron una ruta diferente, pero nadie pudo atravesar la niebla por completo.

Grey asintió. Ya había sospechado que se trataba de algún tipo de escudo; algún tipo de protección natural mientras la Isla regresaba a la existencia.

—Pensábamos que estabas muerta —comentó Ola sin mirarla a los ojos.

—Me conoces lo suficiente como para pensar eso.

Alguien fue a abrir la puerta pero, entonces, se detuvo y llamó. Grey suspiró y estiró la mano hacia la manilla.

—Deja que lo haga yo —murmuró la otra mujer mientras la apartaba.

Grey se alejó y ocupó su asiento, presidiendo la mesa.

Cuando Ola abrió la puerta, se encontró con Kier, Reggin, Dainridge y un grupo variado de maestres, capitanes y sus manos. Grey los observó mientras entraban en la estancia y se iban sentando en torno a la mesa: Kier a su derecha, Reggin y Dainridge cerca de él con la mano del comandante scaelano a su espalda. En la ausencia de sus soberanos, Ikaaron y Yearna ocuparon los asientos de Scaelas y Cleoc. Brit y Ola se colocaron detrás de ella.

Supuso que Kier había dejado a Eron a cargo de organizar las fuerzas que todavía se estaban reuniendo en el puerto.

Todos los ojos estaban posados en ella, expectantes. Tras un instante

de silencio, se dirigió a todos los que la rodeaban.

—Comandante Reggin, comandante Dainridge, maestres, embajadores… Os doy la bienvenida a Locke, aunque desearía que fuera en mejores circunstancias. Este es el comandante Seward, que está al mando de todas las fuerzas de la Isla.

Junto a ella, Kier estuvo a punto de sonreír. No estaba segura de si se debía a que se había referido a él por su título o a que todas las fuerzas de Locke se reducían a él.

—Si podéis informarnos de la situación en Idistra, podremos empezar por ahí…

—Lady Maryse —comenzó a decir uno de los maestres scaelanos que se encontraba al fondo de la mesa, hablando cuando no era su turno —, parece que…

—Locke.

Un silencio se posó sobre la habitación mientras todos, incluida Grey, se giraban hacia Kier.

—¿Disculpe, comandante Seward? —contestó el maestre, que era lo bastante mayor como para ser su padre.

El mago arqueó una ceja.

—¿Te dirigirías a tu propio alto lord por su nombre? —Nadie rompió el silencio y Grey se obligó a sentarse más erguida, impasible—. Estás ante Locke, maestre.

El hombre la miró y, para su sorpresa, no pareció enfadado, sino avergonzado. No la odiaban: la temían.

—Mis disculpas, majestad —dijo.

—Gracias, maestre —contestó Grey, desprendiéndose de cualquier resquicio de incomodidad. Entonces, hizo un gesto a los comandantes de sus aliados—. Los informes, por favor.

—Majestad —dijo Ikaaron, inclinando la cabeza. Miró de reojo a Yearna y, después, comenzó la explicación—, Epras y Luthos han declarado que su prisionero, el capitán Kier Seward, fue capturado por sus fuerzas de forma legítima pero injustamente liberado por Scaelas.

Ahora que habéis desvelado al comandante Seward y es evidente que no se trata de Locke… —Grey se miró las manos y no lo corrigió—. Insisten en que se les debe un pago. A cambio, han declarado que la alta lady debería aceptar los mismos términos que había acordado el comandante Seward: casarse con un pretendiente de su elección y restaurarles

el poder. Si se aceptan dichos términos, aceptarán un tratado de paz con la Isla y, además, pondrán fin a su guerra contra Scaelas y Cleoc.

Grey arqueó una ceja, intentando mantener un gesto lo más indiferente posible.

—¿Quieren casarme?

—Sí, mi lady —respondió Ikaaron—. Si os casáis y os enlazáis con su pretendiente, verán su poder resurgir por el mero hecho de estar aliados con vos y, cuando tengáis un heredero, formará parte de vuestro linaje. Siempre, desde que Locke existe, ha sido tradición acordar matrimonios estratégicos para llevar a cabo semejantes redistribuciones del poder.

Grey hizo una mueca.

—¿Y si no acepto?

El hombre le hizo un gesto a la comandante Dainridge.

—En tal caso, han amenazado con volver sus fuerzas conjuntas contra la Isla —contestó la mujer—. Para aniquilar a todo aquel que quede aquí y haceros prisionera, o bien para rodearnos y provocar que muramos de hambre.

—De acuerdo —dijo ella con tono monocorde.

—Os han concedido tres días para tomar la decisión y si, tras ese tiempo, no os presentáis para la boda, atacarán.

Se frotó las sienes. Buscó a Kier a través del vínculo, pero lo encontró curiosamente inexpresivo: estaba reprimiendo sus propias emociones hasta que ella tomara la decisión por sí misma.

—Esas son las condiciones que se han propuesto —dijo Ikaaron. Miró al resto de los presentes, se concentró un segundo en Yearna, la

embajadora de Cleoc, y prosiguió—: Me han dado órdenes de que, si decidís luchar, os ayudemos a defender la Isla. Pero, en su lugar, si así lo deseáis, podríais casaros. Reconozco que tan solo soy un embajador scaelano y no vuestro propio consejero pero, si mi lord estuviera aquí, lo que le diría al consejo sería que aunque el matrimonio pueda parecer una opción sin derramamiento de sangre, a nivel personal, él no os la aconsejaría.

Grey estaba empezando a cansarse de tener que tomar decisiones como aquella en las que las opciones eran predeterminadas y férreas.

—No pienso casarme. Parece la forma más rápida de conseguir que me maten en mi propia cama.

A través del vínculo, sintió una oleada instantánea e innegable de alivio.

—Yo pienso lo mismo, majestad —replicó el embajador—. Con vuestro permiso, enviaré un mensaje con vuestra respuesta.

—Entonces, lucharemos para conservar la Isla —dijo Kier.

Grey se puso en pie y comenzó a caminar de un lado para otro. Desde allí, no podía contemplar toda la extensión de la Isla hasta Maerin, pero sí podía ver el mar picado y los barcos que habían comenzado a circunnavegar Locke.

—Comandantes, ¿qué es lo que proponéis? —preguntó.

Se pasaron horas discutiendo sobre los mapas y las formaciones del ejército. Si Eprain y Luthar conseguían acceder a la costa, no se detendrían hasta que ella estuviera muerta, así que tenían que hacer todo lo que estuviera en sus manos para que la Isla resistiera y asegurarse de que eso no ocurriera.

—¿Hay algo que podamos hacer? —dijo la mano de Reggin cuando a Grey llevaba casi una hora doliéndole la cabeza—. ¿Alguna muestra de fuerza? ¿Una manipulación del poder?

Grey negó con la cabeza.

—No sé qué sería capaz de hacer.

—¿No lo controláis?

Miró al chico. Cuando lo había conocido, no había podido ver nada más allá de su juventud. En aquel momento, le despertó la curiosidad. Miró la lista que tenía delante con los nombres de quienes estaban sentados frente a ella: la mano del comandante aparecía como «A. Reggin». Que la partiera un rayo si no eran familia. Y había algo en eso que la inquietaba.

—Podríamos enviar a Locke a Scaela —dijo uno de los capitanes que se encontraban al fondo de la mesa—. O a Cleoc Strata, si la aceptan. Tan solo hasta que la Isla sea segura.

Grey miró a Kier, que parecía estar planteándoselo de verdad.

—No —contestó ella—; no pienso marcharme de nuevo.

Si lo hiciera, tendría que abandonar a Kier y, además, ¿quién sabía si regresaría antes de la siguiente luna llena para trasladarle a Kitalma la decisión que había tomado? No podía arriesgarse.

Estuvieron discutiendo hasta que el sol alcanzó el punto más alto del cielo y, en aquel momento, Grey les ordenó que se tomaran un descanso. Cuando salió de la sala de guerra, se sorprendió al descubrir que la Isla estaba sumida en un frenesí de actividad. Les dijo a Ola y a Brit que descansaran y comieran algo y se dirigió a la torre más alta.

Nadie se había establecido allí todavía. Se apoyó contra las almenas y el viento le sacudió el pelo, amenazando con soltárselo de la trenza. En el mar, los barcos estaban circunnavegando, pero no había nadie atacando.

Había soldados acampados tanto en Osar como en Maerin. Las tiendas de campaña salpicaban los campos de las colinas y las villas que había entre medio. Podía ver las labores que se estaban llevando a cabo en el puerto, aunque los trabajadores eran tan pequeños como hormigas. Unos botecitos descargaban en tierra diferentes suministros que, después, eran transportados en carretillas hasta los pueblos y la fortaleza. Se quedó mirando el progreso de aquellas personas diminutas y aquellos barcos enormes.

Oyó el ruido de unas botas en las escaleras, pero no se dio la vuelta.

—¿Por qué no te planteas volver a Scaela?

Soltó un bufido burlón.

—Ni en broma.

Kier se colocó detrás de ella, le rodeó las manos con las suyas y le apoyó la barbilla sobre la cabeza.

—Sería más seguro —dijo, aunque era una batalla perdida y lo sabía muy bien.

—La seguridad está sobrevalorada.

Él suspiró.

—Dijo alguien que nunca ha sabido lo que es la auténtica seguridad.

Se dio la vuelta entre sus brazos y le pasó los dedos por el contorno de la clavícula sanada.

La seguridad era una cosa, pero la libertad era otra totalmente diferente.

Se dio cuenta de que, con el ajetreo de la Isla, la debilidad de su posición y el hecho de que ya había otras naciones pidiendo su mano, tal vez no volviese a disponer de tiempo a solas con Kier.

Tal vez ya hubiese perdido la oportunidad de decirle lo que había hecho. Tal vez nunca necesitara contárselo. Pero eso dependía de la decisión que todavía tenía que tomar.

—Kier… —dijo mientras jugueteaba con los dedos con la curva del escudo de armas que llevaba en la sobrevesta—, ¿crees que cambiaría algo si no tuviera poder?

Él se echó a reír.

—¿Es que te ha afectado lo que ha dicho la mano de Reggin? —Le acarició el pelo—. No hay de qué preocuparse. No vas a perder tu poder… Es imposible.

—Pero pongamos que ocurriera.

Kier puso los ojos en blanco.

—No va a ocurrir. No puede ocurrir.

—Pero si escogiera renunciar a él…

En ese momento, él la miró con los ojos entornados.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

—En nada —contestó ella. El rubor le encendió las mejillas—. Tan solo son especulaciones.

Él se inclinó y le besó la frente.

—Como he dicho: no hay de qué preocuparse. A tu poder no le va a ocurrir nada. No lo permitiré. —No fue capaz de mirarlo a los ojos—. Scaelas y Cleoc deberían llegar pronto —

añadió él tras un instante—. ¿Vamos a recibirlos?

—Es probable que sea lo mejor —contestó mientras se desprendía de todo pensamiento concerniente a la decisión que todavía estaba planteándose.

Mientras atravesaban los caminos que conectaban ambos pueblos, absorbió los cambios de su Isla y la vida que había cobrado. Estaba pensando en ello cuando, en Maerin, pasaron frente a una casa grande de piedra con carretillas colocadas en fila frente a la puerta.

Apoyada en una de ellas había una figura familiar. Estaba tomando notas en un cuaderno y llevaba el pelo rizado recogido en lo alto de la cabeza con un lapicero.

Grey frenó en seco y sintió que el corazón se le comprimía dentro del pecho.

—¿Leonie?

La sanadora apartó la vista del cuaderno. Durante un segundo brevísimo, antes de mirarla a los ojos, pareció confundida. Entonces, dejó las notas a un lado y salió al camino todo lo rápido que pudo. A Grey le dio igual el decoro y corrió hacia ella.

Leonie la atrapó entre los brazos. Olía a hierbas, a jabón y a lavanda y Grey le enterró el rostro en el cuello.

—Pensaba que no iba a volver a verte —admitió.

—Es gracioso —contestó la sanadora—, porque aparecía mencionada de forma muy específica en tu lista.

Ella se echó a reír y se apartó para mirarla a la cara. En el contorno de la mandíbula la mujer tenía una cicatriz recta y reciente a medio sanar causada por una espada.

—No sabía si tendrías tiempo de venir después de lo ocurrido en Mecketer.

Leonie sacudió la cabeza.

—Me trasladaron tras el asalto, poco después de que os marcharais. —Entonces, vio algo por encima de la cabeza de Grey y su sonrisa se ensanchó todavía más—. Capitán Seward…

Aunque, ahora eres comandante, ¿no es así?

—Así es —contestó Kier mientras se agachaba para darle un beso en la mano—. Somos afortunados de tenerte aquí.

—Ah, es mucho mejor que mi último destino —contestó la mujer. Entonces, se soltó de los brazos de Grey con cuidado y retomó la lista —. Qué bien que estéis aquí. ¿Con quién tengo que hablar sobre las provisiones?

—Eh… ¿Conmigo?

—Eres la alta lady; no deberías encargarte de asuntos tan triviales.

Grey miró a Kier, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Infórmame a mí. Me aseguraré de que, si vienes a la fortaleza y preguntas directamente por mí, sepan que tienen que dejarte pasar.

Leonie la miró con perspicacia por encima de la lista.

—Ten cuidado con a quién le dices eso, Locke —dijo—. O, de lo contrario, todo el mundo preguntará por ti.

Grey puso los ojos en blanco.

—Volveré en cuanto pueda —le prometió.

Scaelas y Cleoc no se entretuvieron en el puerto, sino que, en cuanto llegaron a la Isla, se dirigieron directamente a la sala de guerra para seguir discutiendo. Aunque no hacía mucho tiempo que había vuelto a reunirse con él, cada vez que lo miraba, Grey sabía con absoluta certeza que Scaelas estaba furioso. Tampoco tenía demasiadas dudas sobre cuál era el objeto de su ira.

Conforme caía la noche, les sirvieron comida, dado que seguían debatiendo las estrategias.

A medida que avanzaban las horas, los capitanes iban saliendo de uno en uno para establecer turnos de guardia y asegurarse de que los campamentos se hubiesen establecido de forma adecuada. Al final, solo quedaron los comandantes. Era casi medianoche cuando Kier dijo al fin: —Esta noche, no podemos hacer mucho más. ¿Locke?

Odiaba la incertidumbre, pero asintió.

Reggin, Dainridge y sus manos se levantaron, pero Cleoc y Scaelas no se movieron.

—¿Podríamos hablar un momento a solas con la alta lady? —preguntó Torrin. Ante la mirada fulminante de Kier, añadió—: Tú puedes quedarte, comandante.

Los cuatro permanecieron en la sala. Entonces, Cleoc dijo:

—Que atacaras de forma directa al comandante de uno de tus aliados y después saltaras por un acantilado fue una decisión preocupante.

Grey se cruzó de brazos. No iba a permitir que la regañaran como si fuera una niña pequeña.

—Salvé la vida de vuestros soldados.

—Casi poniendo en riesgo la tuya. Es como si lo hubieras aprendido de Seward.

Se inclinó sobre la mesa.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Estuviste a punto de morir —intervino Scaelas, cuya voz estaba teñida de una ira apenas contenida—. Desde luego, eso no fue lo que acordamos. Ahora que acabamos de recuperarte, ¿nos amenazas con

tu muerte?

Cleoc le lanzó una mirada de advertencia.

—Es más preocupante que una aliada tome una decisión tan imprudente sin consultarlo —

dijo—. He depositado mi confianza en ti. No hagas que lo lamente.

Antes de que pudiera contestarle, la mujer salió de la habitación dando un portazo.

—Comandante Seward —dijo Scaelas en voz baja—, ¿puedo quedarme a solas un momento con la alta lady?

—Sea lo que fuere que tengáis que decirle a ella, podéis decirlo en mi presencia.

Grey suspiró.

—Márchate, Kier. Me reuniré contigo enseguida.

Él se detuvo un instante. Entonces, al ver que no iba a cambiar de opinión, salió también de la estancia. Grey se giró hacia Scaelas con las manos cerradas en puños.

—No soy tu hija —dijo—. No puedes llegar, plantarte frente a una mujer adulta y soberana de su propia nación como yo e intentar tratarme como a una cría.

—¿Un acantilado, Gremaryse? —preguntó él, echando humo—. ¿Un acantilado?

—¡Me dijiste que podía salvarlo!

—Te dije que, hicieras lo que hicieras, no lo hicieras sola.

Grey alzó las manos en el aire.

—¿Y qué otra cosa querías que hiciera? ¿Dejar que Kier muriera?

—¿Me pides mi ayuda y después haces eso? No sé… Por una vez en tu vida, podrías haber seguido las reglas. Aunque hubieras huido con el capitán Seward, tendrías que haberlo traído de vuelta al fuerte, que era donde estaban tus aliados. Podríamos haber lidiado con este

asunto de un modo apropiado y seguro.

—Hice lo que creí que era mejor.

—No tienes ni idea de cómo funciona todo esto —espetó él.

—Has dejado muy clara tu opinión al respecto. Pero, me gustaría recordaros, majestad, que no sois mi padre.

Torrin sacudió la cabeza con lentitud.

—No, no lo soy —contestó. Entonces, él también se quedó sin fuerzas y se apoyó sobre la mesa con un brazo pegado al suyo—. ¿Sientes su presencia oprimiéndote el corazón, Maryse?

Notó que se le tensaba la mandíbula. El peso de sus padres la aplastaba.

—Sí —dijo—. A veces.

—Yo también. —Torrin la miró. Era casi treinta centímetros más alto que ella y tenía la misma constitución que uno de los árboles descomunales de su nación. Sin embargo, vio la tristeza que le cubría los ojos—. Tu padre era como un hermano para mí. La primera persona de este mundo a la que conocí de verdad. La antigua religión de Scaela dice que un mago y su pozo son un alma partida en dos. Si eso es cierto, él era parte de la mía.

—En Locke no tenemos esa historia.

—Lo sé; probablemente porque requiere confiar en otra persona.

«Sangre y traición. Ese es tu legado».

Se deshizo de aquel pensamiento.

—Eres un pozo —dijo ella.

—Sí.

—Y, antes de que se casara con mi madre, eras la mano de mi padre.

El hombre apartó la vista.

—Así es.

—¿Lo amabas?

—No del mismo modo que os amáis tu comandante y tú —contestó, pensativo—, pero a mi manera, sí. Como supongo que lo hacemos todos. —Grey asintió. Aquello podía entenderlo—. Perderte a ti sería como experimentar su muerte de nuevo —añadió en voz baja.

Tras ellos, el fuego crepitaba en la chimenea, cada vez más pequeño. Pronto, tan solo quedarían las ascuas. No se movió para atizarlo de nuevo.

—No soy tuya, por lo que no puedes perderme —dijo. Aunque, en aquella ocasión, lo dijo con amabilidad.

—Lo sé —contestó él—, pero eso no hace que me resulte más fácil.

Kier apenas se movió cuando al fin bajó de la torre, donde había estado caminando de un lado para otro, contemplando el mar. Grey tomó una de sus camisas, se cambió de ropa para ponérsela y se metió en la cama. Él se dio la vuelta de inmediato y la atrapó contra su pecho.

—Estás helada —le dijo con los labios apoyados en su hombro antes de recolocarla para que tuviera la espalda pegada a él y las piernas entrelazadas.

—No estaba lista para irme a dormir —admitió—. ¿Alguien te ha dicho algo por venir a mis aposentos?

—No. No tienes guardias. Y hace horas que los demás se han ido a dormir.

—Oh…

Él le dio un beso en el hueco justo debajo de la oreja.

—¿Scaelas estaba muy decepcionado?

—No —contestó Grey, incapaz de hacerse cargo al completo del nudo que tenía en la garganta. Unió los dedos con los de Kier y tiró de sus brazos para que la estrechara con más fuerza—. Me ha hablado de mi padre.

Él se quedó en silencio un instante.

—Tal vez sea bueno que puedas tener una parte de él; de su pasado.

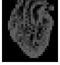
Ella asintió.

—Tal vez —dijo.

Sin embargo, después de eso, permaneció un buen rato despierta en la oscuridad, pensando en sus fantasmas.

«Sangre de mi sangre, alma de mi alma, tienes la mano sobre mi corazón. Cuando sufras, yo también sufriré. Cuando perezcas, yo también pereceré. Lo que yo sepa, tú también lo sabrás. Que nunca rompa este juramento».

Los versos sagrados de la Isla. Verso 27, usado habitualmente en los rituales de enlace y en los casamientos.



treinta

Se decidió que Scaelas y Cleoc proporcionarían soldados suficientes para conservar la Isla y defenderla hasta que pudieran obligar a Epras y Luthos a rendirse o hasta que Grey pudiera encontrar alguna otra manera de afirmar su dominio sobre el poder de la nación.

A juzgar por el número de naves eprainianas que los rodeaban a la espera de cualquier signo de debilidad, Grey comprendía que esta última opción era la más deseable.

Mientras Scaelas y Cleoc hablaban con sus consejeros, dejó la planificación que se estaba llevando a cabo en la sala de guerra en manos de sus comandantes y fue a comprobar el progreso de los preparativos. Mientras salía de la estancia, Kier le envió un pulso de consuelo a través del vínculo, pero ella lo ignoró.

Una de las asistentas de Cleoc la estaba esperando en una de las habitaciones secundarias.

Cuando entró, la mujer hizo una reverencia.

—Majestad… Por favor, aceptad este regalo de parte de nuestra nación.

Grey se acercó hasta un pesado baúl de madera y lo abrió. Dentro, había una serie de prendas oscuras y elegantes en diferentes tonalidades de negro, gris y azul marino con varios toques de seda de color marfil. Se puso en cuclillas. Se trataba del vestuario que le había prometido Sela. Sobre la ropa reposaba una carta que estaba cerrada con un sello de cera que mostraba una versión modificada del escudo de armas stratano.

—Gracias —le dijo a la asistenta, forzándose a hablar a pesar de que se había quedado sin palabras—. Os estoy muy agradecida a ti, a tu nación y a tu soberana.

Y a su hija, pensó.

Después de que la mujer se hubiera marchado, abrió la carta.

Mi temible lady Locke:

No se me permite unirme a vosotros en tu Isla y yo no soy tan valiente como tú. Sin duda, tú habrías buscado un hueco en esos barcos, lo tuvieras prohibido o no. Espero que no pienses mal de mí

a causa de mi debilidad.

Grey soltó un bufido burlón. Si, aparte de todo lo demás, hubiera tenido que preocuparse también por Sela, habría estallado. Frunció el ceño y, durante un instante, se sintió molesta consigo misma porque al fin había comprendido el sano temor de Torrin con respecto a su seguridad.

Sé que este no es más que un pequeño regalo y que, posiblemente,

sea insignificante. No puedo entregarte mi espada o la promesa de

una nación que todavía no he heredado. A duras penas puedo

ayudarte en algo. Sin embargo, eres la persona más fuerte que

conozco, así como el pozo más poderoso. Estarás bien. Tienes que estar bien.

Gracias por ser implacable. Es otra forma de permanecer a salvo.

Tuya,

W. N.

Se echó a reír mientras se enjugaba las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Revisó las prendas y, cuando iba por la mitad, sintió el roce frío del metal. Frunció el ceño y, al apartar la capa superior de ropa, dejó a la vista las piezas de una armadura confeccionada con mucha astucia. Era de un tono plateado oscuro y resplandecía bajo la luz tormentosa que se colaba a través de las ventanas. Tenía tallados detalles de pájaros y hiedra.

Maravillada, se dio cuenta de que se trataba de la armadura gemela de la que llevaba Kitalma en los iconos religiosos.

Agarró el metal y sintió su tacto gélido bajo los dedos. Estaba de acuerdo con que ser implacable era otra forma de permanecer a salvo.

Aquella noche, mientras Kier, Dainridge y Reggin proseguían con la planificación, Grey tomó una vela y se abrió paso por los pasillos oscuros hasta el ala administrativa de la

fortaleza. Cleoc, Scaelas y sus múltiples funcionarios y consejeros habían ocupado la mayor parte de las habitaciones pero, probablemente a instancia de Torrin, le habían dejado libre el despacho de su madre.

Vaciló junto a la puerta. Tenía una guarda. Tal vez aquella fuese la auténtica razón; tal vez estuviese atribuyéndole a su padrino una amabilidad que no había mostrado.

Ante su mano, la puerta se abrió con facilidad y tan solo chirrió un poco. Sobre el hombro, llevaba un fardo de documentos que los otros soberanos le habían entregado para revisar.

Dejó los papeles sobre el escritorio de madera tallada y contempló la sala. Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas a partes iguales de tratados antiguos y libros de leyendas. Era pequeña, pero mucho más bonita que cualquiera de los despachos para oficiales en los que había estado en el pasado. No podía saber si rivalizaba en lujos con el despacho privado de Torrin, ya que nunca había estado allí.

Encendió un fuego en la chimenea y se sentó tras el escritorio. En el centro, había una pila de cartas con el sello roto: todas ellas contenían correspondencia que ya no valía nada.

Deslizó los dedos por el pergamino y los pasó al otro lado, donde su madre había dejado a medio escribir una respuesta para el supervisor del puerto de Maerin. La leyó, pero era irrelevante: preparaciones para una restauración de los muelles que nunca había llegado a llevarse a cabo.

Suspiró y sacó los documentos del fardo. Leyó los artículos propuestos para el tratado con Scaela y Cleoc Strata hasta que empezaron a pesarle los párpados por el esfuerzo. Entonces, la puerta se abrió y Kier entró en la habitación con un abrigo tan oscuro y sombrío como la noche misma.

Se sentó en el borde del escritorio.

—Es tarde —le dijo con una mirada cautelosa—. Mañana es nuestro último día de paz antes de que todo se vaya a la mierda, así que tienes que descansar. Deberías venir a la cama.

Grey miró el reloj que llevaba en la muñeca.

—No es tan tarde —contestó. Ni siquiera era medianoche—. Y, además, ya no puedes ir por ahí dándome órdenes.

Aquello le arrancó una sonrisa.

—Pero puedo intentarlo.

Se recostó y entrelazó las manos sobre el regazo. Tenía los dedos helados: todavía no se le daba bien mantener los fuegos encendidos en el hogar. Kier debió de percatarse de que tenía los nudillos blancos, ya que le tomó las manos y se las frotó hasta que volvieron a entrar en calor.

—¿Te resulta extraño que ya nadie piense que tienes control sobre mí? ¿Que nadie me vea ya solo como tu pozo?

Kier soltó un bufido de burla.

—Yo nunca te he visto solo como mi pozo.

—Tal vez no, pero nunca nadie me había pedido mi opinión.

Él se quedó pensativo un instante. Se llevó una de sus manos a los labios y después la otra.

—Nunca me importó lo que pensaran los demás —dijo tras un instante —. Siempre te vi como mi igual. Cada decisión que tomé, la tomé con tu consenso. —Grey apartó la vista y él, malinterpretando aquel sentimiento de culpabilidad, le tomó la barbilla entre las manos y le giró la cabeza de nuevo—. Nada ha cambiado, Grey. Al menos, para mí.

Ella lo miró y estudió sus rasgos. Entonces, asintió y él le devolvió el gesto.

—Cuando puedas, deberías dormir —le dijo él.

—Lo haré en cuanto acabe con esto. Media hora más.

Kier suspiró pero se inclinó para darle un beso en la frente.

—Voy a controlar el tiempo, Locke.

Una hora más tarde, la puerta volvió a abrirse. Grey ni siquiera levantó la vista.

—Ya voy, ya voy. Estoy a punto de llegar al… —murmuró.

—Por desgracia, creo que ya no podemos seguir disfrutando de ese tipo de relación.

Entonces sí alzó la vista. La pluma se le escurrió de la mano y goteó tinta por toda la nota sobre tributos que estaba a medio camino de escribir. Leonie se encontraba en el umbral de la puerta, apoyada en un bastón. Grey frunció el ceño. Dudaba que el clima tormentoso de la Isla fuese bueno para los huesos de la sanadora.

—Siéntate, por favor —dijo mientras señalaba con un gesto de la cabeza una de las sillas que había al otro lado del escritorio. La mujer dejó la puerta abierta una rendija y pasó sobre la alfombra—. ¿A qué debo el placer de tu visita?

—Es extraño oírte hablar como una noble —dijo Leonie con una sonrisa mientras ocupaba el asiento. Llevaba un abrigo gris sobre la falda negra y aquella imagen hizo que a Grey se le hiciera un nudo en la garganta—. Y no es a qué, sino a quién. La respuesta es la misma de siempre, dado que ninguno de los dos es capaz de cuidarse sin involucrar al otro. Me envía el comandante.

—Ah…

La sanadora apartó el brazo y Grey se dio cuenta de que cargaba con una cesta. De ella sacó una botella de vino y dos copas.

—¿Crees que estará bueno todavía?

Grey soltó un bufido burlón. No tenía sentido explicarle lo de la dilatación del tiempo, lo de la naturaleza inmutable de la Isla o lo de los cuerpos.

—Sospecho que estamos a punto de descubrirlo.

La sonrisa de Leonie se ensanchó. Descorchó la botella con un cuchillo fino que se sacó del cinturón y sirvió las copas.

—No me eches mucho —le advirtió ella—. Debo tener la mente despejada y Kier piensa que debería irme a dormir.

—Creo que no tenemos por qué hacer caso de todo lo que dice. Después de todo, también dijo que Eron aplastaría a Ola en una pelea y, sin duda, eso es falso.

—¿Qué tipo de pelea? —preguntó Grey mientras aceptaba la copa que le tendía la otra mujer y el subsiguiente entrechocar del cristal para hacer un brindis.

Dio un sorbo. El vino era intenso y profundo, tal vez de ciruela. Lo más probable era que hubiese sido un regalo de Nestria dieciséis años atrás.

—Bueno, ya sabes: nada de magia, usar solo los puños… Lo típico.

Leonie suspiró mientras se recostaba en el asiento. Grey observó cómo la tensión le abandonaba los hombros y se preguntó si ella misma sería capaz de volver a relajarse en algún momento.

—No tenías por qué seguirme hasta aquí.

La sanadora miró el fuego crepitante por encima del hombro. Grey supuso que, para los scaelanos, era una novedad. A pesar de que le resultaba familiar, también lo era para ella. El fuego mago no crepitaba como las llamas auténticas; no olía a pino limpio y a humo.

—Te dije que estaría a tu lado si me necesitabas.

Grey cerró los ojos.

—No quiero que la gente cercana a mí venga aquí por si los estoy sentenciando a muerte.

—¿De verdad crees que va a ser así? —preguntó Leonie antes de dar otro sorbo de su copa.

Grey quería dejar de lado toda precaución, beberse hasta la última gota del vino y soltarse la melena en la torre más alta de su propia isla —. ¿Tan poca fe tienes en que vayamos a sobrevivir?

Junto con el vino, tragó saliva con fuerza.

—Esperan grandes cosas de mí —dijo.

—Por supuesto. Hiciste resurgir la Isla tan solo con sangre y determinación.

No solo con eso.

—¿Qué?

Alzó la vista. No se había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta, pero la otra mujer la observaba con detenimiento y cautela. Dioses… Tan solo quería que alguien más supiera lo de la decisión que debía tomar. No para que la ayudaran, sino para que la apoyaran y no tener que cargar sola con aquel peso.

—Si te cuento algo —dijo mientras pasaba las yemas de los dedos por el borde de la copa—,

¿puedo confiar en que me guardarás el secreto?

Leonie resopló, divertida.

—Supe que eras Locke durante casi un año y no dije nada.

Grey la miró fijamente, pero ella se limitó a rellenarse la copa.

—¿De verdad?

—¿Con la forma que tenías de manipular el poder y sanar a tu capitán? Claro que lo sabía, Grey. No soy idiota.

—Kier está muerto.

A Leonie se le resbaló la mano y estuvo a punto de tirar el vino al suelo, pero recuperó la compostura enseguida. Dejó la botella en la mesa, lejos del alcance de los papeles, mientras Grey daba un largo sorbo a su copa.

—Grey… Acabo de verlo. Me ha enviado él. Ya te lo he dicho.

Ella negó con la cabeza.

—No me refiero a eso. —La sanadora arqueó una ceja y, con los codos apoyados sobre el escritorio, se inclinó hacia delante—. Cuando hicimos que la Isla se alzara… —comenzó a decir con un tono miserable. Tan solo con pensar en ello, el dolor le regresaba al pecho. Se preguntó si siempre estaría ahí, al alcance, cada vez que recordara

la ausencia de sus latidos—. Kier… no estaba vivo cuando llegamos a la Isla. Le comprobé el pulso. Intenté reanimarlo. Durante un buen rato, Leonie.

La otra mujer asintió con lentitud mientras apartaba la vista. Conocía la formación que Grey había recibido: si ella había determinado que no podía salvarlo, si había renunciado a revivirlo, entonces no había ninguna duda de que había estado muerto.

—Se me aparecieron mi madre, mi padre, mi hermano y la diosa Kitalma. Me dijeron que, para resucitar la Isla, se necesitaba un sacrificio.

—Y Kier fue el sacrificio —afirmó Leonie—. Pero…

Grey asintió. Sentía tal compresión en el pecho que casi no podía hablar.

—Pero…

—Ahora está vivito y coleando.

—La diosa me ofreció un trato.

—Grey…

Durante un instante en el que permaneció en silencio, respirando, fue incapaz de decirlo pero, después, se obligó a pronunciar las palabras:

—Todavía me queda tiempo, pero puedo quedarme con mi poder… o Kier puede quedarse con su libertad.

Leonie tomó aire entre dientes.

—¿Y si pierdes tu poder, se desvanecerá todo el poder del mundo?

—No —contestó ella, pensativa—. La diosa dijo que Kier seguiría siendo capaz de extraer de la Isla y mi heredero continuaría el linaje. Así que tan solo se trataría… del mío.

—¿Y si Kier renuncia a su libertad?

—Más bien es si yo la entrego —la corrigió Grey, pues sentía que aquella distinción era importante—. En tal caso, nunca más podrá abandonar la Isla. Vivirá aquí el resto de sus días y también morirá

aquí.

—No podrá volver a casa.

—No.

Leonie asintió con gesto reflexivo mientras pasaba la yema del dedo por el borde arrugado de la etiqueta de la botella.

—¿Y ya has tomado una decisión?

Grey se frotó los ojos. Aquella era la cuestión, ¿no? Cada vez que abría la boca para contárselo a Kier, las palabras se le enredaban en la lengua. Porque sí había tomado una decisión, pero esa decisión le dolía.

—Ya ha renunciado a todo por mí —dijo. Las palabras le resultaban pastosas en la garganta—. No puedo arrebatarle nada más.

La sanadora dejó de mover la mano.

—Entonces, ¿vas a renunciar a ello? ¿Renunciarías a todo?

—No es más de lo que él ya ha sacrificado por mí —contestó Grey mientras el nudo que tenía en la garganta se deshacía al fin. Tomó aire de forma entrecortada y se enjugó las lágrimas con la manga.

Fue entonces cuando lo vio entre las sombras del umbral. Petrificado, seguía teniendo una mano apoyada en la puerta, a medio camino de abrirla.

—Leonie —dijo Kier. Habló en voz baja, pero con semejante intensidad que a Grey se le heló la sangre. Buscó el vínculo pero, en ese mismo instante, el mago lo cortó—. Si me permites, me gustaría hablar con la alta lady.

Un miedo glacial le recorrió el cuerpo ante el tono gélido de su voz. Sabía con una certeza absoluta que había cometido un grave error al no contárselo y no podía hacer absolutamente nada al respecto: no podía defenderse de ningún modo y tampoco tenía la superioridad moral en aquella cuestión.

Leonie palideció y se dio la vuelta para mirar a Kier. Después, volvió la vista hacia ella, que se limitó a sacudir la cabeza. El daño ya estaba hecho.

—Por supuesto —contestó. A continuación, le lanzó una última

mirada, recogió la botella y las copas y salió de la sala.

Kier cerró la puerta tras la otra mujer.

Al fin alzó los ojos hacia Grey. Solo entonces fue consciente del auténtico alcance de su ira, que llevaba escrita en la palidez del rostro, en la mirada afilada y en el músculo tenso de la mandíbula. Había visto aquel gesto en otras ocasiones, pero nunca dirigido a ella.

A pesar de que antes le había pedido que fuera a la cama, seguía vestido. Lo más probable era que él también hubiese estado trabajando en el escritorio que se encontraba en la habitación que compartían, preparándose para la batalla que se avecinaba. Lo observó y contempló los rasgos de su rostro bajo la luz del fuego. No fue capaz de descifrar lo que estaba pensando.

—¿Qué querías que hiciera? —preguntó cuando fue incapaz de seguir soportando el silencio. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí o qué era lo que había escuchado pero, sin duda, se había enterado de la peor parte.

—Tendrías que habérmelo contado a mí —contestó con la voz temblorosa a causa de la furia.

«El legado de Locke es la sangre y la traición».

Grey se puso en pie como una tempestad.

—No puedes enfadarte conmigo por haberte salvado la vida.

—¡No me salvaste la vida! —gritó él—. ¡Fallecí, Grey! ¿No crees que merecía saberlo?

—Iba a contártelo en cuanto decidiera qué hacer —contestó, esforzándose por mantener la voz calmada.

—¿Y no te parece que yo debería poder opinar al respecto? —Kier se dio la vuelta y tomó un tintero de una de las estanterías. Entonces, lo arrojó. Grey se estremeció con una mueca cuando chocó contra el muro de piedra que había sobre la chimenea y se hizo añicos en una cascada de gotas negras y cristal—. ¡Joder!

—No tienes motivo para estar furioso por esto —le dijo ella mientras clavaba las uñas en la madera del escritorio—. Y, si insistes, puedes

volver a casa de tus madres y seguir enfadado allí. Cuando se acabe esta batalla, eres libre de marcharte si así lo deseas.

El mago se giró hacia ella y, durante un brevísimo instante, la miró con gesto inexpresivo mientras procesaba la información. Tenía las manos cerradas en puños a los costados.

—No. Vas. A. Renunciar. A. Tu. Poder.

Grey lo fulminó con la mirada. La mandíbula le palpitaba por la fuerza con la que la estaba apretando. Cuando resultó evidente que Kier no pensaba hablar de nuevo hasta que no lo hiciera ella, dijo:

—No pienso arrebatarte la libertad, Kiernan.

—Deja que tenga esa opción —contestó él entre dientes.

—¡Te estoy entregando todas las opciones del mundo! —replicó con un grito. Quería arrojar también un tintero, pero no lo hizo.

Él negó con la cabeza. La vena de la sien le palpitaba. Se acercó a la chimenea, tomó el trozo más grande de cristal manchado de tinta y lo arrojó al fuego.

—Yo jamás he tomado una decisión sin consultarla contigo —dijo en voz tan baja que apenas lo oyó.

Grey vio que se iba quedando sin fuerzas y se agarraba a la repisa como si fuera lo único que pudiese mantenerlo en pie tras aquella traición.

Ella tragó saliva, forzándose a dejar el dolor a un lado.

—Te quiero. Cada decisión que he tomado y que sigo tomando es porque te quiero.

Él aferró la repisa con más fuerza y los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Por qué siempre tienes que sacrificarte tú y decir que eso es amor?

Grey inhaló de forma brusca. Aquel había sido un golpe fatal y ambos lo sabían. Kier no la miró. Tampoco dijo nada mientras se daba la vuelta y salía de la estancia. Cerró la puerta tras de sí y la dejó de pie en medio de su destrucción.

«Gres:

Cuida de él, por favor. Sé que moriría por ti, pero creo que lo mejor para todos es que no se lo permitas. Ha renunciado a todo por ti (y apoyo su decisión), pero te lo suplico: no permitas que también renuncie a su vida».

Carta del lugarteniente Lotrain Seward a Grey Flynn. Siete años d. D.

treinta y uno

Aquella noche, Grey durmió sola.

Se despertó demasiado temprano y regresó al despacho para concentrarse en tratados que, si moría, jamás serían firmados. Más tarde, se escabulló a la enfermería y estuvo ayudando a Leonie y al puñado de sanadores que había llevado consigo con los preparativos para la batalla inminente. Kier ni se vinculó con ella ni extrajo su poder. Si no tener magia le resultó una molestia, no se lo hizo saber.

Por la tarde, regresó a la sala de guerra y ocupó su puesto entre Cleoc y Scaelas. En aquel momento, los mapas que había sobre la mesa estaban más ordenados, las bases de los diferentes regimientos estaban marcadas y los planes de ataque, anotados con tinta. Kier estaba al otro extremo de la mesa, encorvado sobre ellos junto a Reggin. El pozo del comandante estaba sentado en la silla que antes había ocupado su mago. Grey se descubrió mirándolo a menudo mientras se esforzaba por distraerse de la frialdad de Kier con otras cosas, preguntándose por la relación que uniría al muchacho con Reggin. ¿La habrían arrastrado su propio padre, su tío o su hermano a la guerra?

Sentía la ansiedad que emanaba de Torrin. Tal vez la suya fuese igual de evidente y palpable. Tal vez todo el mundo malinterpretase la tensión existente entre Locke y su comandante como preocupación por la batalla que se avecinaba.

—Si crees que estás listo, deberías confiar en ese instinto —le estaba diciendo Reggin a Kier.

Él asintió y el comandante se giró hacia el resto de la sala—. Siguiendo las sugerencias del comandante Seward, concentraremos nuestras fuerzas aquí y aquí.

Grey siguió las indicaciones sobre el mapa.

—¿Locke? —preguntó Scaelas—. ¿Qué opinas?

Pensó que la cabeza iba a estallarle y no tenía la mente en condiciones como para pensar en la estrategia. Gracias a una memoria muscular perfecta, sabía cómo blandir una espada, pelear y defenderse. No podía seguir mirando a Kier y viendo la decepción que se escondía

bajo la superficie. Miró a su padrino y, entonces, pronunció una frase que le había oído utilizar en más de una ocasión:

—Confío en la sabiduría de mis comandantes.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Scaelas. Dainridge, Reggin y Seward estaban de acuerdo: cuando se les acabara el tiempo y el enemigo recibiera el rechazo definitivo de Grey a la propuesta de matrimonio, Kier bajaría los escudos temporales.

—Tan solo queda la cuestión de qué hacer con Locke —dijo Dainridge mientras caminaba de un lado para otro detrás de la mesa.

Grey alzó la cabeza de golpe.

—¿En qué sentido?

—¿Dónde estaréis durante la batalla, majestad?

Ella miró a Cleoc.

—Yo me quedaré en la fortaleza, a salvo —dijo la mujer con tono indiferente y las manos apoyadas sobre la mesa—. No soy soldado.

Scaelas carraspeó.

—Y yo acompañaré a mi ejército para luchar.

Grey lo miró con una ceja arqueada, desafiándolo a que le dijera lo que tenía que hacer, pero no lo hizo.

—En tal caso, Locke también permanecerá en la fortaleza —dijo alguien al fondo de la mesa. Tal vez uno de los maestres stratanos.

—De eso nada —espetó ella—. Estaré luchando junto a mi…

Se quedó callada e interrumpió aquel pensamiento antes de poder acabar la frase. Había estado a punto de decir: «Estaré luchando junto a mi mago».

¿Qué era lo que la había dicho Cleoc aquel día en el que habían estado intentando encontrar una solución al problema del cautiverio de Kier? No podía ser leal tanto a la Isla como a su mago.

Al otro lado de la mesa, se encontró con la mirada de Kier. Seguía

enfadado, pero también descubrió un toque de rendición. No iba a ofrecerle consejo; no en lo concerniente a su propia vida; no cuando aquella decisión era tan importante. La estaba observando con cautela, pero no iba a tomar decisiones por ella ni iba a desacreditarlas.

De forma sombría, pensó que tal vez se estuviera vengando por el hecho de que hubiera tomado decisiones sin contar con él.

—Es a vos a quien quieren capturar, Locke —dijo el comandante Reggin con mucho cuidado, como instándola a reconsiderar sus palabras cuando su propio comandante se mantenía en silencio—. Si os capturan…

—Han venido para hacerte prisionera —comentó Torrin sin mirarla a los ojos.

Grey frunció los labios. Miró a Cleoc, que no quería como aliada a una muchacha impulsiva e imprudente y que no confiaría en ella si actuaba de forma irracional. Miró a Scaelas, que lucharía bajo su propio estandarte pero que parecía a punto de vomitar ante la idea de que ella también lo hiciera.

Entonces miró a Kier, que se limitó a mantenerse a la espera y que ya había muerto por ella en una ocasión. Estaba afligida por todas las cosas que debería haber hecho de un modo diferente y por todas las cosas que debería haberle contado antes de llegar a aquel punto.

Si moría en batalla, no podría salvarlo.

—Me quedaré en la fortaleza —dijo, saboreando la bilis en la boca—, ayudando en todo lo que pueda. —Kier soltó un suspiro. No necesitaba el vínculo para sentir su alivio—. Pero me niego a que me hagan prisionera —añadió mientras entrelazaba las manos frente a ella.

Recordaba lo que había sentido en el estómago cuando su madre había muerto en batalla—.

Si he de permanecer aquí, quiero disponer de veneno o de una espada. En caso de que tomen la Isla.

Scaelas no la miró a los ojos, pero Kier sí lo hizo.

Cuando alzó la vista, él la estaba mirando fijamente. Había sido una idiota por intentar tomar una decisión semejante sin tenerlo en cuenta. Siempre escogían el acantilado, el veneno, la espada, ser el

sacrificio… Siempre se escogían el uno al otro.

Recordó a su madre trenzándole el veneno entre el cabello. A su padre comprobando si tenía las cuchillas dentro de las botas. A Severin no dudando en matar a la chica con la que

había creído que iba a casarse. Pensó en que había tomado la mano de Kier mientras saltaban por el acantilado y, con bilis en la garganta, en que le había arrebatado la posibilidad de decidir entre sacrificarse o salvarse. Y, una vez más, volvió a pensar que no podría soportarlo y que, si lo despojaba de la capacidad de escoger, sería mucho más probable que él decidiera sacrificarse sin contar con ella.

—En tal caso, ambas cosas estarán a vuestra disposición —dijo él.

Cuando al fin oscureció la víspera de la batalla que se avecinaba y subió a acostarse, Kier no estaba en el dormitorio. La puerta de su habitación (la que era suya oficialmente) estaba bien cerrada. No había sido capaz de encontrar un momento para hablar a solas con él antes de que los arrastraran en direcciones opuestas. Y, de todos modos, seguía sin saber qué decirle.

Lo dejó estar. Se bañó y se quedó sentada en la bañera con las rodillas pegadas al pecho hasta que el agua se enfrió. Después, se vistió con ropa de abrigo y una capa y dejó que el pelo aún mojado le cayera por la espalda a pesar de que su abuela siempre le había dicho que aquello acabaría con ella. Recorrió la fortaleza como un fantasma y, entonces, empezó a subir cada vez más alto.

Sola, en el tejado de la torre más alta de Locke, contempló su Isla.

Sintió la gelidez de la piedra de las almenas bajo las manos. Las antorchas del puerto resplandecían con luces magas violetas a modo de advertencia para cualquier barco que se acercara demasiado. Por toda la Isla se dispersaban las luces de los soldados que estaban montando guardia. Lejos de la costa, los barcos seguían circunnavegando. No sabía durante cuánto tiempo más seguirían manteniendo las distancias y tratándola como si fuera una presa.

Oyó el ruido de unas botas a su espalda. Se tensó, esperando ver a Kier, pero tan solo se trataba de Ola, que iba envuelta en una manta y llevaba el pelo suelto sobre los hombros. Se colocó junto a ella y le

apoyó la cabeza en el hombro.

—Imagino que no has venido por voluntad propia —dijo ella con amargura.

—¿Me creerías si te dijera que sí? —Grey le lanzó una mirada mordaz y Ola suspiró—. Eres buena, Flynn. La otra noche, el comandante entró en mi dormitorio hecho una furia y me

exigió que, esta noche, me asegurara de que de verdad te fueras a dormir. —Maldito sea—.

Habéis discutido.

No fue una pregunta, así que no la contestó.

—¿Crees que mañana sobreviviremos? —le preguntó en su lugar, desesperada por pensar en cualquier otra cosa.

—¿Quién sabe? —contestó Ola—. Pero ha habido muchos días en los que me he tenido que hacer esa misma pregunta, así que no es que las cosas hayan cambiado mucho.

Grey resopló con gesto burlón.

—Nunca me había sentido tan impotente en toda mi vida —dijo al fin —. Todas las personas que están aquí parecen decididas a morir por mí. Y yo… No sé, Ol. Tiene que haber algo que pueda hacer; algo que los salve.

—Tú llevas tiempo decidida a morir por todos los demás, Grey — replicó la otra mujer con tono amable.

—No es lo mismo —insistió ella.

—¿Ah, no?

No contestó. Mientras le daba vueltas al asunto, el único sonido que se oía era el de las olas rompiendo más abajo.

—Puede que entienda por qué Kier está enfadado —comentó al fin—, pero eso no explica por qué todos los demás están dispuestos a morir.

Ola se mordió los labios.

—Si te sirve de consuelo, no tiene que ver contigo en absoluto. Locke siempre fue el eje central de una serie de tratados complicados. A Scaelas y a Cleoc los beneficia que vuelva a ser así.

Grey colocó los codos sobre la piedra y apoyó la cabeza entre las manos. Sí que era un consuelo, y había sido consciente de que era así, pero era fácil olvidarlo. Casi era un alivio saber que la apoyaban por su importancia política más que por su personalidad.

—No hemos sabido nada de Nestria. Tienen la esperanza de permanecer neutrales y recibir la gracia de quienquiera que gane.

—Cabrones suertudos —dijo Ola sin más mientras le frotaba la espalda—. Los envidio.

Ojalá alguien pudiera hacer el trabajo sucio por nosotros.

Se quedaron un rato en silencio, escuchando el viento. Cada vez estaban más mojadas, pues las nubes estaban descargando una llovizna. Grey contempló los buques de guerra que salpicaban el mar.

Flexionó los dedos mientras comprobaba su pozo y sentía el suave tirón del poder de la Isla.

Tras llevar varios días ocupando la posición de Locke, lo comprendía mejor. Era como si tuviera un mapa lumínico en su interior. El vínculo más potente, el que la unía a Kier, resplandecía con fuerza en un tono dorado. También sentía otro flujo de poder, que era como un umbral entre ella y la Isla.

Sin embargo, desde que el tiempo había comenzado a fluir de nuevo, algo había cambiado.

Percibía los destellos de los demás pozos. En el pasado, en el campo de batalla, cuando había tanteado el poder de otra persona para arrancárselo, tan solo lo había encontrado cuando lo había buscado. Ahora, ni siquiera tenía que rastrearlo. Podía ver las conexiones que surgían de Locke y serpenteaban hacia quienes cargaban con sus dones como si fueran hilos plateados de poder.

—Creo que esperan algo impresionante de mí —dijo en voz baja.

Ola soltó un bufido burlón.

—Eres Locke. Has hecho resurgir toda una puñetera isla. ¿Se puede ser más impresionante que eso?

Grey suspiró.

—No lo sé. Y tampoco sé cómo podría hacerlo. Apenas puedo controlar mi propio poder, ya que tan solo llevo aquí un par de días. Pero tengo que hacer algo.

—¿Como qué? —le preguntó la otra mujer—. ¿Hacer estallar la Isla?

Grey le dio un codazo en el brazo.

—No lo sé. Algo incluso más grandioso que eso. Parece como si, cuando Eprain y Luthar nos presentaron sus condiciones, tan solo hubieran cabido dos opciones: casarme con quien eligieran o luchar. Pero ¿y si hubiese una tercera alternativa? Una que fuera solo mía y que no empujara a tanta gente a la muerte…

—¿Se te ha ocurrido algo? Me encantaría ayudarte con la lluvia de ideas.

Grey se rio aunque sin rastro de humor.

—No creo que sea tan fácil. —Estiró las manos y sintió el poder de la Isla atravesándole el cuerpo—. ¿Te acuerdas cuando estábamos en el valle y pensábamos que íbamos a morir?

—¿Cómo podría olvidarlo? —replicó Ola—. Contaría ese momento como uno de los mejores de nuestra amistad.

Grey cambió el peso de pie mientras sus pensamientos comenzaban a concretarse.

—He estado pensando… Allí, les arranqué el poder. Me dolió, pero lo hice.

—No solo te dolió, Grey. Estuvo a punto de matarte.

Inclinó la cabeza. Tenía razón.

—¿Y si pudiera hacerlo a mayor escala?

Ola se quedó un instante en silencio, pensativa.

—Creo que estarías revelando tus cartas —dijo con tono cauteloso—. Y demostrando que tienes un control sobre el poder que te pondría en un peligro aún mayor.

—Estoy de acuerdo.

—Y si arrancar el poder de unas pocas docenas de pozos estuvo a punto de matarte la última vez, no puedo imaginarme el desastre tan catastrófico que sería para tu cuerpo hacer lo mismo con miles. ¿Puedes hacerlo desde la distancia siquiera? ¿Cómo funcionaría?

—No lo sé. —Grey frunció los labios. Hacía mucho tiempo que sabía que era muy posible que ella misma acabara siendo una de las bajas de aquella guerra—. No me da miedo morir

—mintió.

Ola puso los ojos en blanco.

—Bueno, todo sería mucho más fácil si no lo hicieras.

—Si pudiera lograrlo, salvaría vidas.

—Pero ¿qué pasaría si no lo consiguieras y murieras igualmente?

Se encogió de hombros. No había forma de esquivar la situación y Ola estaba en lo cierto: era posible que pudiera arrancar todo ese poder, pero, si lo hacía, había muy pocas posibilidades de que sobreviviera. Además…

—Creo que, si lo hiciera, si les arrebatara el poder, todo el mundo me odiaría. O, como mínimo, me temería. —Se mordió el labio y los ojos se le llenaron de lágrimas a causa del viento helado—. No deseo presumir de mis cartas y controlar toda la nación.

—¿Ni siquiera aunque eso salvara vidas? —preguntó la mujer, dando la vuelta a su propio argumento.

Grey no tenía nada que contestar a aquello. Ola se acurrucó contra ella para robarle el calor corporal.

—¿Recuerdas que te he dicho que envidiaba a Nestria porque pueden ver cómo se desarrollan los acontecimientos antes de tomar una

decisión?

—Sí —contestó Grey, que no sabía a dónde quería llegar con aquello.

—Bueno, sin lugar a dudas, a ti no te envidio en absoluto.

Kier no había colocado guardas en su propia puerta.

Era demasiado pronto para hacer las paces y lo más probable era que su ira todavía ardiese como las ascuas, pero enseguida volverían a estar en guerra, así que no tenía tiempo para dejar que se calmara.

Volvió a pensar en las decisiones que todavía no había tomado. Tenía que haber una tercera opción para salvar Locke, una que no acabara con ella perdiendo su libertad o con todas las personas a las que quería muertas.

Sin embargo, ya tenía tres opciones para salvar la vida de Kier o arrebatársela y no creía que fuese a encontrar (o a buscar) una laguna en el trato. Lo que tenía que hacer era trabajar con las alternativas que le habían ofrecido y hablar con la única persona que de verdad la conocía.

Como siempre, Kier dormía de medio lado, levemente perfilado por los rescoldos del fuego que estaba a punto de morir en la chimenea. Grey cerró la puerta, se quitó las botas y se subió a su cama con la ropa mojada todavía puesta. Él se despertó de inmediato y, gracias a la memoria muscular, la atrajo hacia sí antes de recordar que estaba enfadado. La soltó y pestañeó con recelo.

—Lo siento —dijo ella mientras se arrodillaba junto a él—. Tienes razón: debería haberte preguntado.

Él se incorporó mientras se frotaba los ojos. Las sábanas se le resbalaron hasta las caderas y le dejaron a la vista el pecho y el vientre desnudos.

—Deberías haberlo hecho —concordó él.

Grey lo miró, descontenta. En seis años, no habían pasado más de unas horas sin hablar el uno con el otro y, mucho menos, días.

—No quiero que sigamos enfadados —dijo en voz baja.

Él la miró. Como siempre, vio más allá de todas las protecciones con

las que se había rodeado y asintió. Al parecer, había tomado algún tipo de decisión. Todavía no la había perdonado, pero ya no estaba iracundo. Vaciló, le tomó una mano y se la llevó a los labios.

—¿Has dormido? —le preguntó.

—No.

—Deberías.

—Esto es más importante. —Tomó aire—. Kier, daría por ti todo lo que hay en este mundo.

Sin pensármelo dos veces.

Él se inclinó hacia delante y, tras apartar la mano, le acarició la mejilla.

—Sé que lo harías —dijo con solemnidad—, pero no me permites hacer lo mismo.

Le pasó el pulgar por el pómulo y ella giró la cabeza para darle un beso en la palma.

—¿Qué es el amor sin libertad? —murmuró con los labios pegados a su piel.

Kier se inclinó, le dio un beso en el hombro y, después, le susurró al oído:

—¿Y qué es la vida sin ti?

Grey se tragó el nudo que tenía en la garganta. Le agarró los hombros, fuertes y llenos de cicatrices, y lo arrastró hacia ella. Entonces, lo besó con fuerza y pegó el cuerpo contra el suyo. Kier dudó apenas un instante antes de alzarse e ir a su encuentro. Lo veneró con los labios, los dientes y la lengua y tan solo dejaron de besarse el tiempo suficiente para que él le sacara la camisa por la cabeza antes de volver a unir sus labios. Ella se quitó el resto de la ropa húmeda mientras se esforzaba por acercarse a él todo lo posible.

Mientras él le daba la vuelta y le presionaba la espalda contra la cama con todo el peso de su cuerpo, apenas pudo pensar. Le deslizó la mano

entre los muslos y ella gimió cuando le clavó los dientes en el hombro. Grey le enterró las manos entre la melena y le tiró del pelo.

—Prométemelo —dijo Kier, colocándose en posición. Tras presionar con fuerza las caderas contra las suyas, le levantó la rodilla.

—¿Que te prometa el qué? —le preguntó con un jadeo mientras le clavaba las uñas y arqueaba el cuerpo para acercarse más.

Cuando se encontraba a la más mínima distancia de enterrarse en su interior, él titubeó. Se apoyó sobre un codo para poder mirarla a la cara.

—No renuncies a tu poder por mí —murmuró. Grey sintió que se le paralizaban todos los músculos del cuerpo mientras esperaba a que le respondiera.

Con suavidad, le pasó el pulgar por la cicatriz del labio, por el bultito que tenía en la nariz torcida y, por último, bajo los ojos.

—No renunciaré a mi poder —dijo, aunque las palabras se le atascaron en la garganta.

Kier la besó y la hundió en la cama. No quedaba nada más por decir.

—¿Me contarás cómo ocurrió? —murmuró él con los labios pegados a su piel y la cabeza apoyada contra su pecho mientras ella le pasaba los dedos por el pelo. Ambos necesitaban dormir, pero Grey no podía soportar la idea de cerrar los ojos—. ¿Cómo morí?

Ella tragó saliva con fuerza para intentar deshacerse del nudo instantáneo que se le había formado en la garganta. Sin embargo, se lo debía.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó.

Kier le pasó una mano por el costado para recorrerle la cintura, la cadera y el muslo.

—Quiero saber si me lo contarías. O qué es lo que puedes contarme.

Grey se quedó mirando el techo fijamente. Las sombras de aquella habitación le resultaban tan familiares como cualquier lugar de la Isla,

lo que quería decir que le resultaban tan familiares y dolorosas como su propio corazón.

—Mereces saberlo todo —dijo.

Así que se lo contó.

Le contó que el mar los había separado y ella había llamado a sus dioses. Le contó que se había despertado en la costa, que había intentado obligar a su corazón a que latiera y que, en el proceso, le había destrozado el cuerpo. El único motivo por el que era capaz de terminar las frases era porque Kier la estaba aferrando entre los brazos mientras le susurraba «Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy aquí» contra el pelo y porque sentía tanto el palpitar constante de su corazón como los huesos sanados bajo el tacto de las manos y el eco del poder cantando en el interior de su cuerpo. Le habló de Kitalma y del Bosque Fantasma. Del rostro de su madre. De la advertencia de su padre. Y del contorno de su cuerpo sobre el altar.

—Tres opciones —repitió él en cuanto hubo terminado—. Tres sacrificios diferentes. Mi libertad. Tu poder. O mi vida.

—Sí —contestó Grey.

En aquel momento estaban sentados. Kier tenía la espalda apoyada contra la pared y la acunaba entre los brazos. Suspiró y la atrajo más hacia sí. Entonces, le rozó la sien con los labios mientras decía:

—Y supongo que no te planteas dejarme morir sin más y que todo vuelva a la normalidad.

Un miedo gélido se le apoderó del estómago y le envió aquel dolor en todo su esplendor a través del vínculo. Kier tomó aire de forma brusca al sentir aquel ardor y le estrechó los brazos con más fuerza.

—No te atrevas a pedirme que haga eso —le dijo ella—. No vayas por ahí dándotelas de mártir. Esa no es una opción viable.

—Aún es posible que muramos mañana —le recordó él.

—Entonces, moriremos juntos —replicó con fiereza. Se incorporó, se dio la vuelta y pasó una pierna por encima de su cadera para poder quedar frente a él. Entonces, le agarró la barbilla y lo obligó a mirarla —. No voy a escoger una opción en la que tu muerte esté garantizada,

Kier. Ya he perdido a todo el mundo. No puedes pedirme que también renuncie a ti. Me dijiste que… —Se quedó callada, pues el dolor era demasiado espeso. Kier la abrazó con más fuerza, pero esperó a que terminara. Al fin, ella recuperó la compostura—. Me dijiste que el único amor que conozco es el sacrificio.

Él hizo una mueca.

—No fue mi mejor momento.

—No, tal vez no, pero quizá tengas razón. Todas las personas a las que he querido han muerto por mí o lo han intentado. Kiernan, quiero amarte sin tener miedo de que tú también mueras. Quiero amarte sabiendo que me despertaré por la mañana y seguirás ahí; que no vas a ir corriendo a la siguiente batalla y a enfrentarte al próximo obstáculo sin mí solo porque estás intentando protegerme.

»Enterramos a mis padres. Mi último recuerdo de este lugar es del momento en el que lo derrumbé; de cuando tomé las manos de Severin y lo hice estallar para salvarme a mí misma. Ese es el tipo de sacrificios que el amor ha hecho por mí y me ha obligado a soportar. Ya viste cómo fue. Lo que ocurrió. Lo que hice. Sabes que murieron por mí: mi hermano, los habitantes de la Isla… Todos murieron para que yo pudiera sobrevivir. No puedo perderte a ti también. Y si eso significa que he de perder mi poder…

—No —la interrumpió él—. Esa tampoco es una opción viable.

—Kier…

—Escúchame. —Le colocó las manos a ambos lados de la cabeza y se la acarició—. Tú eres Locke. La situación de las naciones de toda Idistra es demasiado inestable como para que pueda seguir adelante sin que tú tengas el control. Todo el control. Eres demasiado valiosa como para hacer ese tipo de sacrificio. Nunca te pediría que lo hicieras y, si decidieras hacerlo por tu cuenta, mi furia no tendría fin. —Grey apartó el rostro, pero él prosiguió con voz más suave—. Toma mi libertad, Grey. Todo lo que tengo es tuyo. Todo lo que soy, también. Toma mi libertad, conserva tu poder y sálvame la vida. Si tú estás presente, quiero vivir. Incluso aunque eso signifique vagar el resto de mi vida por este pedrusco dejado de la mano de los dioses y no estar nunca a más de una hora caminando de ti. Porque, sinceramente, iba a

ser así de todos modos.

—No puedo hacer eso —dijo—. No puedo.

—Sí puedes. Y lo harás —insistió él—. Mi libertad es tuya, Gremaryse Locke, alta lady de la Isla y custodia de mi corazón, del mismo modo que lo soy yo. Tómala. Quédate con todo.

Grey no era capaz de hablar. Se inclinó y lo besó. Y, a pesar de que le envió un pulso de preocupación a través del vínculo, se dio por vencida.

—Consígueme mi Isla y el trato está hecho —dijo sobre sus labios.

Él se apartó apenas un instante y le estudió el rostro. Kier. Su Kier. Con su belleza dispar, el brillo de sus ojos y la arruga de seriedad que le surgía entre las cejas y se profundizaba cada día que pasaba. Qué maravilloso era verlo hacerse mayor y vivir.

—Entonces, está hecho —asintió él mientras volvía a tumbarla sobre la cama.

—¿Comandante?

Junto a ella, con la piel pegada a la suya, Kier cambió de postura. Suspiró con la cabeza enterrada en su pelo y, entonces, notó que se movía. Volvió a subir el edredón para taparla allí donde debía de habérsele escurrido durante la noche.

Cuando abrió los ojos, vio que una pálida luz maga azul inundaba el dormitorio, profundizando las sombras. Cuando los ojos se le acostumbraron a la iluminación, distinguió a uno de los nuevos escuderos de Kier, que ya estaba vestido. Ya fuera por

decoro o porque los contornos duros del cuerpo del mago le parecían mucho más interesantes que los suyos, no la estaba mirando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kier mientras se incorporaba.

—Se ha avistado un bote acercándose a la playa, señor. Los buques están fletando más.

Están usando escudos, así que no sabemos cuántos hay. Creemos que

pretenden atacar antes del amanecer.

—De acuerdo. Muchas gracias, Nahir. ¿Se lo has dicho a alguien más?

—Usted es el primero, señor. He ido a despertar a Locke antes de…

Se interrumpió, dado que no quería señalar que la alta lady se encontraba allí mismo. Grey se mordió el labio para mantener el gesto neutro.

—Si no están despiertos todavía, avisa a Reggin y a Dainridge, por favor. A Scaelas también. Y a Cleoc, por si acaso.

—Sí, señor.

Kier había salido de la cama antes incluso de que el escudero hubiera abandonado del todo la habitación. A pesar de que dormía en el cuarto de Grey la mayoría de las noches, habían sido lo bastante previsores como para dejar allí parte de su ropa. Extrajo poder de ella e iluminó la estancia con una luz maga mientras se vestía a toda velocidad.

Ella se incorporó y dejó que las sábanas la destaparan. Adormilada, rebuscó en la mesilla de noche hasta que dio con una bolsita con las hierbas anticonceptivas de Kier y se tomó una dosis sin agua. Si sobrevivían a aquello, tendría que hablar con Leonie sobre alguna medida más permanente.

—¿Vas a la sala de guerra?

—Sí —contestó él mientras se abrochaba los pantalones. Con la jarra que tenía sobre la cómoda, le sirvió un vaso de agua que ella aceptó, agradecida—. Sospecho que, de ahí, tendremos que marchar al frente.

Grey asintió. Ella también tendría que estar en la sala de guerra. Entonces, Kier se marcharía, ella se quedaría atrás y sentiría como si cada segundo fuese una hora.

Él se acercó como si le hubiera leído los pensamientos y se sentó a su lado en la cama. Le tomó la barbilla con una mano.

—No te culparé si decides abandonar la fortaleza y luchar.

—Todavía no he tomado una decisión —admitió. Después, añadió—: ¿Tienes miedo?

—Estoy aterrado —contestó él con tono alegre. Entonces, apoyó la frente contra la suya y, tras titubear, dijo—: Locke no va a caer de nuevo, Grey. Te lo juro: no habrá una segunda muerte.

Grey le pasó los nudillos por la mejilla y sintió el roce de la barba incipiente que le estaba creciendo en el mentón.

—Confío en ti —le dijo.

Kier se inclinó para besarla con ternura. En la sala de guerra, frente a los otros soberanos y sus líderes militares, no dispondrían de tiempo para despedidas.

—Por favor, no te mueras de nuevo —le susurró Grey cuando se apartó un poco.

Sintió su sonrisa sobre los labios.

—¿Y perder la oportunidad de volverme insufrible? Me temo que no.

La besó una vez más y, después, se marchó.

«No debe abandonar a su mago bajo ninguna circunstancia. Sin usted, es como si ya estuviera muerto».

Blandir el poder, Volumen I. Tercera edición, revisada después de la Destrucción (d. D.).

Tan solo estuvieron en la sala de guerra el tiempo necesario para que los vigías entregaran sus informes. Entonces, los comandantes se marcharon para dirigir a sus fuerzas. Kier inclinó la cabeza ante ella, le besó la mano y, con voz ronca, dijo un «Mi lady» antes de seguir a Scaelas, Reggin y Dainridge a la lucha.

Sin ella.

Ola y Brit ya estaban en el campo de batalla. Eron seguía lesionado, así que Leonie le había ordenado que se mantuviera lejos del combate, lo que significaba que le habían asignado que se quedara con ella.

No dejó de pensar en Kier y le envió poder mientras recorría la Isla. A cambió, él le transmitió una oleada de consuelo y amor, así como la promesa de regresar pronto.

—Bueno, Locke —dijo Cleoc cuando la sala de guerra se hubo quedado vacía a excepción de sus asistentas y de Eron. Con un gesto de la cabeza, señaló la prenda acolchada que llevaba puesta y que era la misma que hubiera vestido bajo la armadura—, entonces, ¿vas a ir ahí fuera?

Grey se mordió el labio.

—¿Tendrías peor opinión de mí si te dijera que todavía no lo he decidido?

La mirada cortante de la otra mujer se suavizó. En ese momento, se preguntó cuántos años tendría: era lo bastante mayor como para haber tenido a Sela pero, más allá de eso, no tenía ni idea. Ni siquiera sabía quién había sido antes de cargar con el título de su nación o cuánto tiempo había pasado desde que lo había adoptado.

Cleoc se giró hacia Eron y le ofreció el brazo. Entonces, se dirigió hacia la salida de la estancia. Confundido, el hombre la siguió junto con los asistentes.

—Infórmame cuando al fin tomes la decisión —dijo con tono

despreocupado—. Aunque mi hija se sentiría muy decepcionada si murieras. Está embelesada tanto contigo como con el comandante.

Grey se quedó de pie, pestañeando a causa de la sorpresa. Le costó un instante darse cuenta de por qué Cleoc se había llevado a Eron con ella: sospechaba que la detendría si intentaba hacer algo poco aconsejable.

Estaba a medio camino de subir las escaleras hasta su dormitorio cuando sintió un tirón en el vínculo. Envió poder en dirección a Kier sin pensarlo. De inmediato, percibió la masacre conforme él blandía su magia.

Se detuvo en sus aposentos solo el tiempo necesario para ponerse la armadura, agarrar la espada de su padre y colgársela de la cadera. Entonces, salió corriendo hacia la torre y atravesó la puerta de un empujón mientras los destellos de la muerte seguían salpicando la Isla. Sintió cada uno de ellos como un puñetazo.

Jadeando, se agarró al borde de las almenas y miró hacia abajo. Había cientos de soldados en las playas que se extendían a los pies de Osar. Aquello fue lo primero de lo que se percató: de que la lucha parecía concentrarse en aquel punto y de que, incluso desde allí, podía distinguir las filas organizadas de cuerpos. Se fueron produciendo más altercados en los muelles conforme el enemigo desembarcaba de las naves y se esparcía por el pueblo.

Más allá del puerto, uno de los barcos de Eprain ardía con llamas azules, derribado por uno de los magos de Cleoc Strata.

En un sentido distante, sabía que estaban preparados para algo así; que aquello era justamente lo que habían esperado. Sin embargo, también conocía los horrores de la batalla y no podía quedarse en la fortaleza mientras otros morían por ella.

En medio del caos, nadie se fijó en ella. Atravesó el Bosque Fantasma como un espectro y tan solo se detuvo para clavarle la espada de su padre a un mago luthita que, de lo contrario, la habría matado de un tajo. Había memorizado el camino que se suponía que iba a tomar Kier y se esforzó por seguirlo. De forma repentina, la asaltó un miedo terrible a que fuese a morir y ella no estuviese cerca.

Había sido una idiota al dejarle marchar a solas.

Sintió que el vínculo se fortalecía conforme se acercaba a la compañía que comandaba el mago. Cuando llegó al epicentro de la batalla, estuvo a punto de tropezar con el primero de

los cuerpos. El olor de la sangre, la magia y el sudor se entremezclaban. Un capitán mano eprainiano estuvo a un tris de atravesarla antes de que alzara su propia espada y se la clavara en el esternón. Acabó con otros tres contrincantes y recibió un golpe en el costado, aunque la armadura se lo protegía de cualquier cosa peor que una moradura. Entonces, el ritmo de la batalla cambió y divisó a Kier. Blandía su magia con cuidado: derribaba a un soldado que tenía enfrente mientras esquivaba un ataque al costado con un escudo dorado y resplandeciente. Le dijo algo a Brit, que luchaba junto a él con Ola detrás de elle.

Con una oleada de adoración, se percató de que, ahora, todas las cosas que conjuraba tenían aquel brillo dorado.

Le envió un potente nudo de poder. El gesto le cambió mientras perdía la concentración apenas un instante. Entonces, la miró a los ojos y una sonrisa pícara se le apoderó del rostro.

—¿Me cubres las espaldas? —le dijo.

—Siempre —asintió mientras se abría paso a través de la batalla para llegar hasta él.

—Bienvenida a la fiesta, comandante mano —gruñó Ola. Esquivó una espada antes de que Brit rociara al atacante con una lluvia de perdigones de metal.

Kier extrajo otro hilo de ella. Grey se sentía llena de energía, como si jamás fuese a quedarse sin aquel poder cálido y dorado. Cada vez que sentía una de aquellas explosiones silenciosas en las entrañas, notaba que una nueva oleada se abalanzaba sobre ella para rellenar el hueco.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó con una muy leve calma.

Kier emitió un sonido grave mientras esquivaba otro golpe.

—No tan bien como debería —admitió con los dientes apretados. Entonces, se giró lo justo y necesario para mirarla a los ojos—. Grey, me alegro de verte, pero no deberías estar aquí.

La sonrisa que le dedicó a modo de respuesta fue tan ardiente como el acero candente.

—Menuda suerte que no seas mi superior.

Hicieron retroceder al enemigo, pero a Grey no le costó demasiado darse cuenta de que las oleadas de soldados procedentes de la playa aumentaban y eran interminables, mientras que su propio ejército de diez mil personas no dejaba de menguar. Furioso y con la sangre goteándole por la nariz que acababa de romperse de nuevo, Kier ordenó a su regimiento que retrocediera hacia el Bosque Fantasma.

—Grey —le dijo tras un instante. Grey tenía los brazos agotados y le dolían todos los músculos por el esfuerzo de mantenerlos con vida. Le sangraban el labio partido y un corte que llevaba en la ceja. También había perdido de vista a Ola y a Brit—, estamos perdiendo terreno. Si nos empujan hacia el Bosque Fantasma, quedaremos aislados de los demás regimientos.

Grey se quitó la sangre de los ojos con el borde de la sobrevesta. Los horrores de la guerra, la sangre, la bilis, el miedo y el odio… Todo aquello le quemaba la lengua. Era incapaz de recordar por qué había deseado aquello o por qué había abandonado la fortaleza. Presenció cómo destripaban a uno de los stratanos, que cayó de rodillas mientras se le salían los intestinos, resbaladizos, rojos y violetas. El espadachín, una mano luthita, se giró hacia ella con una mirada asesina.

Se quedó congelada. Entonces, pudo sentir el poder que se alzaba en el interior de aquel hombre que estaba frente a ella y que cargaba con los dones de su nación. Lo sintió mientras se transfería a través del vínculo a su mago, que estaba peleando a un par de metros de distancia. Y también sintió que lo dirigía hacia ella. Por supuesto, rebotó, ya que un pozo no podía sufrir ningún daño causado por la magia, pero no importaba.

Aquella era la verdad del poder.

Extendió la mano, sintió el poder que rugía en aquel pozo que había frente a ella y tiró. El hombre se quedó en blanco, conmocionado, cuando rebuscó en sus entrañas y no encontró nada.

—¡Grey! —exclamó Kier al sentir aquel tirón y darse cuenta de lo que

significaba: se acababa de revelar quién era la alta lady.

La mente de Grey dio un vuelco cuando se percató de que había arrancado aquel poder sin apenas pensarlo, como si hubiese sido un acto reflejo, con la misma facilidad con la que se lo transmitía a su mago.

—¡LOCKE! —gritó el soldado mientras se abalanzaba hacia ella.

Kier conjuró un escudo demasiado tarde. El soldado arrastró la espada hacia un lado para hacerle todo el daño posible antes de que el escudo de Kier la atrapara, enterrada en su carne. Ni siquiera aquella armadura de Kitalma, que en su mayor parte era decorativa, pudo salvarla cuando alzó la vista hacia el rostro sorprendido del hombre plantado ante ella y fue la muerte la que le devolvió la mirada. Mientras caía de rodillas, apenas pudo ver la espada que lo derribaba de una estocada.

Fue como si el tiempo se ralentizara, dilatándose para ella.

—¡Grey!

Kier la tomó entre los brazos mientras caía y, sin pensárselo dos veces, los envolvió con un escudo. Ella le apoyó una mano en la cara y le dejó una huella ensangrentada. El campo de visión se le estaba llenando de motitas. Tras su mago, en el linde del Bosque Fantasma, le pareció ver a la diosa inspeccionando la destrucción que ella le había causado a su propia Isla.

Sintió las muertes. Todas y cada una de ellas. Tal vez, ser Locke también significara eso: que, mientras sentía que su propio corazón se iba parando, mientras sentía el peso de su alma sobre la balanza, notaba la danza de la batalla en la boca del estómago. La sentía en cada vínculo fuerte de poder que unía a los soldados con sus magos y en esos mismos vínculos cortados cuando las manos yacían muertas o muriendo.

Eran suyos, todos ellos. Sintió cada una de las vidas que salpicaban sus costas. Algunas de esas vidas le eran conocidas, como la de Kier, que se encontraba en el centro, o la de Leonie, cuyo pozo de poder iba menguando conforme intentaba mantener a su ejército con vida.

Sintió el dolor de alguien que estaba cerca, de alguien a quien quería. El nombre de Ola se le pasó por la cabeza brevemente como una luz

moribunda antes de que volviera a sentirse inquieta.

Buscó a sus seres queridos pero no halló palabras a modo de respuesta, tan solo una oleada de agonía y el ardor de la determinación. Mientras las luces de su interior titilaban y se apagaban de una en una y percibía que el poder de la Isla se estrechaba y retrocedía, se sintió como si estuviera fuera de su propio cuerpo.

Y, sobre todo aquello, a su alrededor… Alzó la vista y lo vio a él.

—Lo siento —dijo.

Saboreó sangre en la boca, lo que no eran buenas noticias con respecto a su herida.

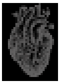
—Grey —dijo Kier, cuyo rostro se estaba volviendo borroso—, no puedes…

«La Isla no es la fuente del poder. Este está en manos de la figura de Locke, no en la nación.

Si controlas a la persona, controlas el poder. Y, si matas al soberano… Bueno…

Adiós al poder. Adiós a la magia. Adiós a Idistra y a todo lo que fuimos antaño».

Carta de Wren Locke Teinek para Scaelas. Sin datar.



treinta y tres

Gremaryse.

Su nombre, pronunciado con el acento antiguo de la isla, en su forma auténtica. Los que hablaban scaelano nunca terminaban de dominar las vocales y las sílabas, excepto su padre, que había practicado a decir su nombre hasta que había sido capaz de pronunciarlo igual de bien que su madre.

Abrió los ojos. Fue como cuando tenía pesadillas sobre Severin. En aquellos sueños, solía oler el humo y oír los gritos resonándole en los oídos mientras se despertaba. Ahora, sentía las repercusiones persistentes de la lucha como si fueran un eco. Seguía en el campo de batalla, en el mismo punto en el que había caído, pero el lugar estaba… vacío. Bueno, no del todo. A lo lejos, una bruma inquietante se arrastraba entre los árboles del Bosque Fantasma y el espacio que había entre ella y la espesura estaba salpicado de hilos entrecruzados de luces multicolores. El que se encontraba más cerca y que más relucía era de un dorado resplandeciente y estaba tan próximo que casi podía agarrarlo con los dedos; tan próximo que le resultaba demasiado brillante.

Sintió un dolor en el vientre. Al principio, pensó que se trataba de su propio pozo, que se habría agotado, pero, en Locke, aquello era imposible. Se llevó una mano al costado, bajó la vista hacia ella y frunció el ceño cuando, al apartarla, vio que goteaba dorado.

Cerró los ojos ante semejante luminosidad.

Alguien se agachó junto a ella y, con las manos, le quitó el yelmo. Entonces, unos dedos le apartaron el pelo húmedo por el sudor. Alguien se inclinó para darle un beso en la frente y el metal frío de su collar le rozó la nariz. Entonces, detectó un aroma familiar: amaderado y cálido, como a clavo con un levísimo toque a malvas de ortiga, unas florecillas violetas que crecían por toda la Isla en verano.

Aquel era el perfume de su madre.

Cuando Grey volvió a abrir los ojos, el rostro de Alma apareció ante ella.

—Mamá —dijo mientras la miraba de arriba abajo. Se fijó en el

terciopelo verde oscuro de su vestido, el collar que lucía en torno al cuello y las intrincadas trenzas con las que se había recogido el pelo. Estaba vestida igual que cuando había muerto—. Locke —se corrigió a sí misma.

La mujer apartó la vista.

—Ya no —replicó con la más leve sonrisa dibujándosele en los labios.

Grey observó los hilos resplandecientes y la bruma que surgía del Bosque Fantasma.

—¿Estoy muerta? —preguntó.

—No del todo —contestó Alma sin dejar de pasarle los dedos por el pelo como si se tratase de un movimiento compulsivo que no pudiera controlar.

Grey recordaba miles de momentos como aquel, a punto de quedarse dormida mientras su madre le contaba alguna historia.

Tal vez la muerte fuese así. Tal vez aquello fuese una muestra de indulgencia y la sensación fuese la misma que la de quedarse dormida entre los brazos de su madre.

—Ven aquí —dijo Alma, haciendo que la ilusión se desvaneciera. Le tendió una mano, la entrelazó con la suya y tiró de ella para que se incorporara. Grey ahogó un grito ante el dolor que sintió en el vientre y que irradió hacia el resto del cuerpo—. Necesito que te levantes, pajarito. ¿Puedes hacerlo?

El aliento se le quedó atascado en la garganta al oír aquel apodo que tan solo sus padres habían utilizado; aquel que le había resultado demasiado doloroso incluso como para enfrentarse a él en los recuerdos. Entonces, supo que no podía estar alucinando.

—Puedo intentarlo —contestó con los dientes apretados.

Dejó que su madre tirara de ella. Ambas brillaban con aquel extraño resplandor dorado. Al principio, creyó que se trataba de poder, ya que emanaba de su vientre pero, con todo el dolor que sentía, tan solo podía tratarse de sangre. En aquella versión del tiempo, su sangre brillaba dorada como la magia que desprendía aquella figura que se encontraba frente a ella y que tan solo podía ser Kier.

—¿Qué es todo esto? —preguntó en cuanto se levantó y se aferró con

fuerza al brazo de su madre para poder mantenerse en pie.

Alma la condujo hacia el Bosque Fantasma con pasos cortos y tambaleantes.

—Tan solo recibiste parte de tu herencia —dijo la mujer—. Morí antes de que pudiera mostrarte el resto.

Grey la miró de reojo. Alma caminaba con la cabeza bien alta, pero sus contornos estaban desdibujados, a medio construir, como un recuerdo a medias. Recordó que había intentado tocarla en el Bosque Fantasma, antes de negociar para intentar salvar la vida de Kier, y que la había atravesado con la mano.

No podía ser muy buen presagio que, en aquel momento, pudiera caminar al lado de un fantasma, utilizándolo como apoyo.

—¿Y de qué se trata? —preguntó.

Alma hizo un gesto amplio con la mano, señalándole los hilos.

—¿Las ves?

—¿Las luces?

—Sí —contestó la mujer sin detenerse—. Ese es nuestro poder. Como Locke, eso es quien somos; lo que somos. Hace tiempo que se sabe que, en una muestra de favor y gratitud, otorgamos poder a la nación de la persona con la que nos casamos y nos enlazamos. Pero también es cierto que podemos retirar ese poder con la misma facilidad. —Se detuvo junto a un nudo de hilos, que brillaban de forma tenue en infinitos tonos. Estiró el brazo y pasó un dedo por uno de ellos—. Como alta lady, Maryse, no solo eres la persona que canaliza ese poder, también eres su fuente. Puedes hacer con él lo que te plazca: puedes otorgárselo a quien desees del mismo modo que puedes quitárselo.

Grey tomó aire entre dientes.

—Así que puedo arrebatarles el poder tanto a Epras como a Luthos.

Alma la miró con ojos grises y solemnes.

—Puedes arrebatarle el poder a todo Eprain y a todo Luthar, Maryse. Puedes arrebatárselo por completo.

—Pero eso es…

—¿Horrible? ¿Traicionero? ¿Injusto? —Su madre soltó una carcajada breve y dura. Después, continuó caminando y a Grey le costó seguirle el ritmo. Atravesaron los primeros árboles del Bosque Fantasma y se adentraron en la bruma—. Morir también lo es, cariño.

—No puedo hacer eso —dijo—. A nivel táctico, tal vez nos dé algo de tiempo pero, siendo realistas, sería una pesadilla…

—Puede ser algo temporal —contestó Alma—. Quítaselo. Consigue lo que quieres. Y, después, devuélveselo. —La mujer se dio la vuelta y le estrechó las manos con la mirada más fiera que le hubiese visto jamás —. Vive, pajarito. Es lo único que siempre hemos deseado para ti.

Grey tomó aire. Se encontraban cerca del cementerio del Bosque Fantasma y del antiguo templo. Dejó que su madre la condujera entre las tumbas hasta el mismo altar en el que había visto el cuerpo de Kier mientras negociaba con la diosa.

—Intenta alcanzarlos —dijo Alma.

Grey tanteó en busca de aquellas hebras de luz. Sintió los hilos de magia enmarañados en una red que cubría la Isla, los vínculos sostenidos, atrapados, perdidos y rotos y las vidas de los pozos apagadas como velas esparciéndose por todas partes. Los sintió en el mar, sobre los barcos. Los sintió muy muy lejos, tan lejos como alcanzaba su poder: en Scaela, en Luthar e incluso en Nestria. Los sintió a todos y cada uno de ellos; el corazón, el miedo, la alegría, el amor y el odio de miles y miles de personas, todas ellas bendecidas con su poder.

¿Cuántos de ellos habían muerto por ella? ¿Cuántos más habrían de fallecer todavía?

Sela le había recordado que ser implacable era otra forma de permanecer a salvo.

Tragó saliva y notó el sabor de la sangre en la boca. Tenía la sensación de que su tiempo allí se estaba agotando poco a poco y que tenía que tomar algún tipo de decisión: una decisión que salvase a Kier y, tal vez, al resto de la gente a la que quería. Quizás incluso a sí misma.

Con mucha lentitud, se llevó la mano al costado y la presionó sobre el punto por el que había salido la espada como si, de aquel modo, pudiera contener su propia vida dentro de la herida.

—Está bien —accedió—. Muéstrame cómo hacerlo.

Alma la condujo hasta el altar. La ayudó a subirse y a tumbarse (incluso en aquel lugar intermedio, debía de estar preocupada por el hecho de que a Grey le estuviesen flaqueando

las fuerzas) y le tomó la mano. Le enseñó a tantear con su poder, a percibir las alianzas e interpretar en masa las intenciones de cada uno de aquellos hilos.

—Y, ahora… —dijo cuando ella las hubo aferrado todas—. Ahora, recuperas todo ese poder.

Grey sintió los vínculos en el estómago, los miles y miles que pertenecían a aquellos que luchaban para matarla, y los cortó de golpe. Fue extrañamente sencillo separar a aquellos que habían llegado a su Isla clamando por destruirla; tan fácil como si estuviera mirando uno de esos mapas con ejércitos multicolores sobre los que Kier se inclinaba en su sala de guerra. Tomó el poder, todos los miles y miles de hilos, y tiró de ellos. Entonces, se pegaron a ella, convertidos en una herida cauterizada.

Ahogó un grito y el cuerpo se le arqueó ante el dolor. Las manos de Alma la sostuvieron y la calmaron mientras gritaba por la agonía que experimentó cuando todo el poder regresó a ella en una oleada.

En cuanto pudo volver a sentir y ver más allá del dolor, se descubrió tumbada sobre la losa del altar. Su madre estaba de pie junto a ella con gesto sombrío.

—Está hecho —dijo Grey con la voz ronca de tanto gritar—. ¿Y ahora?

—Ahora, puedes elegir —contestó Alma.

Ella cerró los ojos. Estaba empezando a cansarse de tantas elecciones.

—Adelante —mascculló.

La mujer estiró el brazo y, con un pañuelo, le limpió la sangre de la frente.

—Podrías venir conmigo —dijo con voz suave—. Podrías quedarte con nosotros.

Grey no confiaba en aquella suavidad. Su madre había sido muchas

cosas, pero casi nunca había sido una persona blanda. Tomó la mano de la mujer y entrelazó los dedos con los suyos. Alma se la estrechó con toda la fuerza posible; con la misma fuerza con la que Severin se la había estrechado la noche en la que había dado su vida por ella.

Grey abrió los ojos.

—Pero no quieres eso.

—Una parte de mí sí lo desea —contestó su madre—. Nadie más sabe lo que es ser Locke.

El peso de tanto poder, de tantas decisiones… Podrías renunciar a ello, dejarlo a un lado y permitir que esos idiotas cosechen las consecuencias de lo que nos hicieron y siguen haciéndote a ti. ¿No estás cansada, Maryse?

Claro que estaba cansada. De hecho, estaba exhausta. Agotada de tener que huir, luchar y sacrificarse.

—Gracias a tu devoción, hay otra persona que podría continuar con nuestro linaje —dijo Alma sin apartar la vista de su rostro—. Entrégale la Isla. Entrégale su vida. Ven conmigo y descansa.

Kier.

Grey se mordió el labio.

—¿Y cuál es la otra opción?

—Regresa y enfréntate a tu destino, pero no puedo garantizar que vayas a sobrevivir.

Cerró los ojos. Eso era todo, ¿no? Si se encontraba allí era porque ya estaba al borde de la muerte. Su madre no le estaba mostrando amabilidad, tan solo le estaba ofreciendo la ilusión de una elección.

—Ya estoy prácticamente muerta —supuso.

—A menos que tengas a un sanador muy talentoso y mucha suerte, entonces, sí —dijo Alma en voz baja.

—¿Y la batalla?

La mujer apartó la vista.

—No lo sé —contestó—. Tan solo espero que lo que has hecho haya sido suficiente. Si regresas, no hay garantías de que logres la victoria o la paz.

Grey asintió mientras asumía aquello.

—¿Tuviste miedo en el último momento?

—Por supuesto, pero tener miedo es mejor que no tener esperanza.

—Si vuelvo, ¿me dolerá?

Alma le pasó los pulgares sobre las manos.

—Claro que sí —contestó—. Vivir siempre será doloroso.

Grey tragó saliva con fuerza, intentando contener el sufrimiento.

—¿Y morir?

—Es una clase de dolor específico. Pero también es un tipo de paz.

Miró a su madre y contempló la frialdad de sus ojos y las arrugas que le surcaban la cara.

Ella también aparentaba ser más mayor de lo que era. Se preguntó cómo sería mirarse en el espejo y ver a aquella versión de Alma devolviéndole la mirada tras haber crecido por su cuenta.

Había traído a Kier de vuelta, ¿no? Sería horrible haberlo hecho solo para que tuviera que llorar su muerte; para abandonarlo, para condenarlo a presentarse ante Kitalma durante la luna llena y anunciar su elección como si la hubiera tomado él mismo. O tal vez su sacrificio lo salvara por completo.

Pero quizá no fuera así y a lo mejor estaba cansada de tomar decisiones sin él.

Después de todo, sí que tenía a una sanadora muy talentosa.

Se inclinó, besó el dorso de la mano de Alma y le dejó una mancha de sangre dorada sobre la piel.

—Ojalá hubiera llegado a conocerte mejor.

—Ojalá hubiera vivido lo suficiente para verte crecer —contestó su madre.

Grey volvió a tumbarse en el altar. Alma se puso en pie, se dirigió hacia su cabeza y empezó a pasarle los dedos por el pelo. Le movió las manos y se las colocó unidas sobre el pecho como si fuera un cuerpo listo para la tumba. Entonces, se inclinó hacia delante y volvió a besarle la frente.

—Adiós, Locke —dijo—. Despierta.

«Me está costando encontrar el equilibrio. Como Locke, me corresponde decidir a quién le otorgo el poder y a quién no. Como Alma, me gustaría bendecir con él a aquellos que me caen bien, pero eso no siempre sería justo, ¿no es así? No sé si existe una respuesta. No sé si, a la hora de tomar la decisión, debería tener en cuenta siquiera el hecho de que sea justo o no. Pero tal vez no debería basarlo todo en mis propias ideas y caprichos.

Espero que, cuando ceda el título, mi descendencia tenga más claro el asunto. Por ahora, tengo la impresión de que tan solo estoy consiguiendo enmarañarlo todo aún más».

Carta de Alma, alta lady de Locke, para Wren Locke Teinek, su hermana. Dieciocho años a.

D.

treinta y cuatro

—

Grey.

Su nombre de nuevo. Esta vez, pronunciado por los labios de Kier. Lo primero que sintió fue el dolor, la estrepitosa agonía que le provocaba. Entonces, el calor húmedo de su propia sangre. Algo parecía estar retorciéndose en su interior; algo que, para empezar, no debería estar moviéndose.

Oyó el repiqueteo del yelmo del mago cayendo sobre la piedra y, después, el de la espada.

—Grey —dijo él de nuevo.

Sintió sus manos calientes sobre el rostro. Se obligó a abrir los ojos y a mirarlo.

—¿Hemos ganado? —preguntó con una voz apenas audible.

—Has desaparecido. Te has desvanecido sin más. Los pozos de Luthar, Eprain, algunos de los nuestros…

—Kiernan… —dijo ella, esforzándose por seguir adelante. Él ya la estaba rodeando con los brazos y preparándose para llevarla junto a Leonie, a un lugar seguro, a un mundo de dolor que tan solo podía imaginar—. ¿Ha funcionado?

Kier frunció los labios.

—Ha funcionado —contestó—. Sea lo que fuere que hayas hecho, ha funcionado. Ahora mismo, se están retirando. Nosotros estamos reuniendo a los prisioneros en la playa.

Bajó la vista hacia ella. Grey sintió que se movía, caminando tan rápido como podía para llevarla de vuelta a la fortaleza sin tocarle demasiado las heridas. Se permitió apoyar la cabeza sobre el cuero suave aunque algo humedecido por la sangre de su hombrera.

—Ha funcionado —dijo con un suspiro mientras cerraba los ojos.

—Y si ha funcionado a costa de tu vida, no pienso perdonarte —

contestó él con los dientes apretados—. Pensaba que habías dicho que no ibas a sacrificar…

—Viviré —masculló ella contra su hombro—. Aunque solo sea para fastidiarte. No hay nada que me guste más que demostrar que estás equivocado.

Él soltó una carcajada teñida con un toque de pánico.

—Entonces, vive, Locke —le suplicó.

Dijo algo más pero, sin importar lo desesperada que estuviera por oírlo, no fue suficiente.

Perdió el conocimiento y, en aquella ocasión, no había nadie para atraparla cuando cayó en la oscuridad.

Se despertó en su propia cama.

Se incorporó y, de inmediato, el estallido de dolor que sintió en el vientre hizo que se arrepintiera. En un instante, notó unas manos sobre los hombros que la empujaron hacia atrás.

—Quédate tumbada, Locke —dijo Leonie.

Como de costumbre, Grey no le hizo caso y, con una mueca, se apoyó sobre los codos.

Llevaba puesta una camisa ancha y podía ver los vendajes que llevaba debajo y que le rodeaban el torso. Le dolía cada parte del cuerpo.

Leonie era la única que se encontraba en la habitación con ella. La sanadora estaba ordenando medicinas en una mesa que alguien debía de haber arrastrado hasta allí desde la salita de uso privado de Grey. Pasó los dedos por uno de los recipientes y le preguntó:

—¿Tienes dolor?

—Es soportable —mintió ella—. ¿Agua?

La mujer se colocó a su lado en un instante. Le posó una mano en la espalda para ayudarla a incorporarse mientras, con la otra, sostenía el vaso para que pudiera beber. Grey bebió con ganas y se derramó la mitad sobre la camisa, pero no le dio importancia. Cuando terminó, Leonie le llevó otro vaso y lo dejó sobre la mesita de noche antes de

acomodarse en el asiento que estaba junto a la cama.

—El comandante va a ponerse furioso por no haber estado aquí cuando te has despertado

—dijo mientras le apartaba el pelo de la cara.

Grey alcanzaba a verse el final de la trenza sobre el pecho. No le sorprendió descubrir que tenía restos de vísceras y barro entre los mechones castaños.

—¿Dónde está? —preguntó con voz ronca.

La sanadora se inclinó hacia delante para recolocarle los almohadones y que, así, estuviera más cómoda.

—Dainridge lo ha mandado llamar. No podía esperar.

Grey asintió. Tenía demasiadas preguntas presionándole la lengua. Se recordaba a sí misma flotando, desvinculada de su propio cuerpo, sintiendo la suma de todas aquellas almas.

—Les quité el poder —dijo con lentitud—, ¿verdad? —Leonie titubeó —. Si no me respondes, le preguntaré a Kier. Estoy segura de que él sí me responderá.

—En tal caso, sí: les quitaste el poder. Parece que a todo Eprain y a todo Luthar.

Grey asintió mientras se mordía el labio.

—Y todavía no lo han recuperado.

Se llevó una mano al torso, al punto en el que el vientre le palpitaba.

—Exacto. ¿Puedes…?

Le lanzó una mirada a Leonie.

—Sí —contestó mientras sentía el peso y el fantasma de los vínculos que conducían a los dueños del poder que ahora albergaba en su interior—, pero es algo que tan solo quiero hacer una vez y, como tal, me gustaría que fuese una amenaza efectiva.

Leonie asintió con lentitud.

—Eso es…

—Implacable —terminó Grey.

—Pero sensato.

—Tal vez. —Miró a la sanadora y recordó el estrés que había emanado de ella durante la batalla—. Pero… ganamos.

—Sí —contestó la otra mujer. Dejó a un lado las tinturas que estaba preparando.

Probablemente se tratase de algo asqueroso que fuera a obligarle a beber más pronto que tarde—. Se ha defendido la Isla. Y gracias a esa pérdida absoluta de poder y, por lo tanto, de magia, ha habido solicitudes de paz y de tratados.

Grey no se veía capaz de empezar a pensar en eso. No podía pensar en nada que no fueran los próximos segundos. Se permitió cerrar los ojos solo un momento, pero, cuando volvió a abrirlos, no estaba segura de que de verdad hubiese pasado tan solo un instante.

—¿Y los daños?

—Perdimos dos mil de los diez mil soldados. Eprain y Luthar perdieron cuatro mil quinientos y enviaron más, pero la armada de Cleoc causó estragos importantes en la bahía.

Se habían perdido tantas vidas por ella… Pero no podía centrarse en eso; si lo hacía, se volvería loca y no podía permitirse algo así en aquel momento.

—¿Y Scaelas y nuestros aliados? ¿Mis amigos?

—Me han dicho que Cleoc y sus asistentas disfrutaron de una tarde muy agradable —dijo Leonie con tono irónico—. Eron está bien; está con Kier. Scaelas está herido, pero sobrevivirá. Aunque ha amenazado con quedarse aquí contigo hasta estar recuperado y enseñarte a actuar como una noble.

Grey hizo una mueca. Debía de haberse enterado de que se había unido a la batalla, pero seguía sin ser su padre.

—Una buena amenaza, desde luego.

—Brit está bien. Ola… —La sanadora titubeó y Grey captó en ella un destello de incertidumbre. Sintió un nudo en el estómago al pensarlo. Durante un instante horrible, recordó el apretón de dolor que había

sentido mientras estaba fuera de su propio cuerpo,

pero entonces…—: Si depende de mí, vivirá —dijo Leonie al fin al percatarse de su gesto—.

Aunque perderá un brazo.

—Ah.

Pero estaba viva. Estaba viva y sobreviviría. En cuanto fuese capaz de levantarse, iría a verla incluso aunque tuviera que enfrentarse tanto a Leonie como a Kier para hacerlo.

—¿Y los comandantes?

—Dainridge sufrió heridas menores. El comandante Reggin falleció protegiendo el puerto.

Grey cerró los ojos.

—¿Y su mano?

—Lo último que supe es que estaba vivo.

—Y Seward está bien —dijo Kier mientras entraba a la habitación. Con un gesto de la cabeza, saludó a Leonie con cierta frialdad. Grey se dio cuenta de que no se había olvidado de que la sanadora sabía lo de su muerte—. Aunque sí está un poco molesto, ya que había dado órdenes estrictas de que fueran a buscarlo de inmediato si Locke se despertaba durante su ausencia.

Leonie puso los ojos en blanco.

—Ay, cierra el pico, Kier. Iba a pedir que te llamaran en cuanto hubiese respondido las preguntas de Locke.

Él suspiró, pero relajó los hombros. Se sentó en el borde de la cama y le apoyó una mano sobre la rodilla por encima de las sábanas.

—Veo que vuelves a tener vísceras en el pelo.

Grey consiguió sonreír.

—Tú eras el que quería pasarse toda la vida limpiándome la sangre del cuerpo.

La sanadora se puso en pie mientras recogía sus cosas.

—Tenéis una relación extrañísima.

Ninguno de los dos lo negó.

Cuando hubo terminado de meter todo en su bolsa, Leonie dijo:

—Seward, espero que hagas que se quede en la cama. No, no en ese sentido, pervertido.

Cleoc y Scaelas querrán verla, pero Scaelas también tiene prohibido moverse, así que Cleoc tendrá que apañárselas para visitarlos de uno en uno. Y te lo juro, Grey, me da igual que seas mi alta lady, no dudaré en mutilarte si te arrancas los puntos.

Grey arqueó una ceja. Estaba acostumbrada a que fuese Kier el que recibiera las amenazas de la sanadora.

—Por supuesto —contestó.

En cuanto Leonie se hubo marchado, Grey suspiró. Entonces, se llevó una mano al vientre para evaluar la herida.

—¿Cuán mala fue la situación?

Kier hizo una mueca.

—Mala.

—¿Atravesada?

—Al borde de la muerte, Flynn.

Aunque mantenía un tono de voz ligero, seguía agarrándole la rodilla con un miedo que Grey comprendía dado que, normalmente, era ella la que acababa temiendo por la vida de él.

—Mmm. —Sacó las piernas por el borde de la cama y jadeó ante la oleada de dolor. Kier se movió de inmediato, sacudiendo las manos mientras intentaba encontrar un punto del cuerpo donde poder apoyárselas sin hacerle daño.

—¿Qué haces?

—La Isla no se va a gobernar sola —contestó ella con una mueca de dolor.

El mago se decidió por un hombro, se lo agarró y la empujó con cuidado hacia los almohadones. Ella tomó aire, dolorida, y él se apartó de inmediato, como si se hubiera quemado.

—Iré a buscar de nuevo a Leonie —la amenazó.

—Kier…

—Te traeré a Cleoc y a Ikaaron —comentó él mientras daba un paso atrás—. Al menos, así te sentirás útil. Pero que los dioses me asistan: si intentas abandonar esta habitación, pondré a Eron a cargo de alimentarte hasta que te recuperes.

Grey entrecerró los ojos.

—No te atreverías.

—No me pongas a prueba, Locke —contestó él mientras salía de la estancia.

Los esfuerzos conjuntos de Kier y Leonie tan solo consiguieron que Grey permaneciera en la cama dos días más antes de que, en mitad de la noche, se levantara, se escabullera mientras su comandante dormía y se arrastrara escaleras abajo hacia su despacho. Los guardias de Scaelas la vieron pasar, pero se limitaron a suspirar y sacudir la cabeza: su alto lord había llevado a cabo la misma maniobra apenas una hora antes y él ni siquiera había tenido que evitar a un comandante que estuviera durmiendo en su cama.

Tan solo llevaba media hora tras el escritorio cuando alguien llamó con suavidad a la puerta. Alzó la vista y vio que el alto lord entraba en la estancia. Cojeaba mucho y se apoyaba en el lado derecho del cuerpo.

—¿Tú también? —le preguntó con una ceja arqueada.

Él asintió mientras se sentaba en la silla que estaba al otro lado del escritorio.

—Esa sanadora tuya es… —perdió el hilo de la frase mientras buscaba una palabra que encajara. Al final, se decidió por una—. Persistente.

—En realidad, es tu sanadora —replicó Grey mientras volvía a centrarse en una de las enmiendas de los tratados de Cleoc—. Leonie es scaelana.

Torrin suspiró.

—Ay, creo que no. Ya no.

Grey posó los ojos sobre él.

—No puedo robarte a todos tus mejores soldados.

—Deberías rodearte de gente en la que confiases, Maryse —dijo el hombre con voz suave.

Grey dejó las enmiendas a un lado y se mordió el labio.

—Deberíamos avisar a Cleoc, dado que no nos permitirán reunirnos de lo contrario —dijo con tono pesimista.

Scaelas arqueó una ceja.

—Puedo mandar que vayan a buscarla, si eso es lo que quieres.

—No sé qué es lo que quiero. —Se recostó en la silla e intentó no hacer una mueca cuando sintió el tirón de los puntos—. No sé cómo recompensar o darle las gracias a nadie. No sé cómo compensar las vidas que se han perdido o el poder que he tomado. —Se frotó la frente, deseando encontrar las respuestas tras los párpados.

—Ah… Epras y Luthos están cada vez más inquietos.

—Han pedido tratados. Paz. Alianzas.

—En tal caso, te hallas en una posición privilegiada. Si así lo deseas, tienes el poder de acabar con todos los conflictos de Idistra.

Grey no podía hacerse a la idea de tener semejante responsabilidad. Sin embargo, antes de la cuestión de la paz, había otra.

—¿Crees que debería devolverles su poder?

Torrin titubeó.

—Eso no deberías preguntármelo a mí, Maryse. Todavía no soy tu aliado oficialmente.

Tengo que pensar en los intereses de mi nación, y mi nación lleva en guerra con ambos mucho mucho tiempo.

—¿Qué diría Cleoc?

Él soltó un bufido burlón.

—Probablemente, lo mismo. Pero sospecho que mataría a la mitad de sus habitantes solo para igualar las cosas.

Grey no quería matar a nadie.

—En tal caso, te pido tu opinión como mi padrino —dijo mientras lo miraba de reojo.

Scaelas se quedó en silencio un momento. Las velas del escritorio titilaban con una luz tenue. Deseó haber encendido el fuego al entrar, pero no había querido alertar a demasiadas personas sobre el hecho de que estaba despierta y trabajando.

—Creo que ya has dejado las cosas claras —dijo él con lentitud—; que tu poder ha quedado más que demostrado.

Asintió. Era lo mismo que había pensado ella mientras yacía despierta en la cama, mirando el techo.

—No quiero que me teman —dijo—. Tan solo quiero que… me respeten.

Torrin suspiró.

—Consigue la paz, Locke, y puede que descubras que te aman.

Ella logró dibujar una sonrisa.

—Si quieres que haga eso —dijo—, me temo que debemos despertar a Cleoc.

Al amanecer, ya habían redactado un tratado. Por la noche, en Eprain y Luthar ya se habían entregado las condiciones para la paz. En Nestria, se entregaron al día siguiente. En una semana, las seis naciones habían alcanzado un acuerdo tentativo. Dos semanas tras el resurgimiento de Locke, los pozos de Eprain y de Luthar se despertaron con el poder restaurado y fortalecido, como si nada hubiese cambiado.

En las costas de Idistra, las piras ardieron durante días conforme los muertos regresaban a su hogar. A pesar del frío cada vez más acuciante del invierno, cuando no podía dormir, Grey pasaba varias horas de la noche en el tejado de la fortaleza, contemplando el humo, dejando que el horror se asentara y fuera menguando. La mayoría de las veces no estaba sola en su aflicción. A veces se le unían Ola, que intentaba comprender la nueva forma de su cuerpo; en otras ocasiones, lo hacían Brit o Eron, a quienes les complacía hablar o permanecer en silencio según cambiaran sus estados de ánimo. Y, a veces, el que la acompañaba era Kier, que se contentaba con estar a su lado.

En Locke estaba comenzando una nueva vida. Se acordó de que, si decidían quedarse, se recibiría con los brazos abiertos a cualquiera que hubiera defendido la Isla, así que casi dos mil soldados y sus familias se mudaron allí. Todas las mañanas, la alta lady de Locke celebraba una recepción en uno de los antiguos mercados que había cerca del puerto para dar la bienvenida a sus nuevos compatriotas mientras uno de los funcionarios registraba el nombre de los recién llegados en el censo.

A lo largo de las semanas siguientes, adquirió una nueva rutina. Por las mañanas, se despertaba al amanecer y se sentaba con Ola en su dormitorio hasta que estuvo lo bastante bien como para luchar; después, empezaron a reunirse en uno de los patios privados que se encontraban en la parte trasera de la fortaleza para entrenar. Ola se cansaba por el esfuerzo de aprender a luchar con la mano izquierda en lugar de con la derecha. Tras darse un baño, Grey iba al puerto. A primeras horas de la tarde, se reunía con sus embajadores y seguía estableciendo su consejo. Algunos días, recibía la visita de tutores que intentaban rellenar los huecos de los conocimientos que, en otras circunstancias, habría poseído como alta lady.

Pasaba el resto del día en reuniones o entre su despacho y el de al lado, en el que trabajaba su comandante. Si sus consejeros desconfiaban del hecho de que el comandante de Locke conociese hasta el último de los asuntos que pasaban por el escritorio de su

soberana, tuvieron el sentido común de no quejarse delante de ella.

Estaba en su despacho, autorizando unas peticiones de suministros, cuando Cleoc y sus asistentas entraron en la estancia. Grey se puso en pie de inmediato, ya sin dolor: le habían quitado los puntos unos días antes y Leonie había dado el visto bueno a su estado de salud.

—Creo que ya es hora de que nos despidamos, Locke —dijo Cleoc, inclinando la cabeza.

Grey permaneció en pie. Después de tanto tiempo, seguía sin saber qué decir.

—Ni siquiera sé cómo darte las gracias —dijo al fin.

Las comisuras de los labios severos de la mujer se torcieron en una sonrisa.

—No me debes nada —contestó.

Grey salió de detrás del escritorio para tomarle la mano y se sorprendió cuando Cleoc le dio un abrazo fuerte y feroz.

—Nunca olvidaré lo que hiciste por mi hija.

Grey cerró los ojos y se permitió fundirse en aquel abrazo. Le parecía que había pasado una eternidad desde todo aquel asunto de Sela.

Cuando la alta lady se apartó de ella, le depositó algo en la mano. Al bajar la vista, vio que en el centro de la palma tenía la pequeña luna de obsidiana que le había entregado durante su primer encuentro en Scaela.

—Pensaba que se había perdido.

—Cuídate, Locke —dijo Cleoc mientras se inclinaba para darle un beso rápido en la frente—. Esperaré tus cartas.

Conforme el primer mes de paz llegaba a su fin, se planeó una gran fiesta en la Isla para celebrar el éxito de su resurrección. Grey recibió aquella distracción de buen grado, pues se estaba esforzando mucho

por no observar los cambios de la luna mientras pasaban los días que faltaban hasta su siguiente encuentro con Kitalma.

Emocionada, Ola le habló de los preparativos que se estaban llevando a cabo en Osar y de los que se estaba encargando una excapitana del ejército de Cleoc demasiado ambiciosa. Esa misma noche, Brit y Eron se quejaron por separado de que Ola parecía enamorada de un modo molesto e inesperado de una excapitana del ejército de Cleoc demasiado ambiciosa.

Más tarde, en la cama, Kier le preguntó si sabía algo sobre los preparativos. Era una de las pocas noches en las que ambos se habían retirado a sus respectivos aposentos antes de la

madrugada (aunque Kier se había escabullido a los suyos poco después). Con las responsabilidades de Grey como Locke y los esfuerzos de él para recuperar la estabilidad en su nuevo hogar, apenas habían tenido tiempo para estar a solas.

—Algo me han mencionado —contestó.

—¿Y qué opinas?

Grey le dio un beso en el pecho y, después, le mordió las costillas con suavidad. Había dejado de tratarla como si fuera de cristal hacía poco y, en aquel momento, fijó los ojos oscuros en ella mientras bajaba más y más.

—Que, si hay una fiesta, nadie de la Isla nos necesitará. Podríamos hacer planes propios.

—Si no estás presente, se darán cuenta —murmuró Kier, cerrando los ojos mientras ella le daba un beso en la cadera—. Es tu resurrección.

—Me da igual —replicó ella antes de demostrarle de forma exacta lo que podrían hacer en lugar de asistir a la fiesta.

Sentada en la silla de su despacho, Grey contempló el mar que se veía bajo la ventana. La mesa estaba cubierta de pilas de correspondencia. Al menos dos mensajes estaban escritos con la letra cuidadosa de Imarta, que llegaría desde Scaela cuando la Isla fuese más segura, a tiempo para la fiesta que Kier insistía en que no podían saltarse.

Se abrió la puerta de la sala. Se dio la vuelta, esperando que se tratara de alguno de los nuevos cocineros con preguntas sobre la cena, Eron con alguna nota sobre las cosas que faltaban en la armería o Leonie para pedirle más suministros para la enfermería. Sin embargo, se trataba de Kier, que iba vestido de forma sencilla y olía a lluvia. Acababa de llegar del frío exterior. Estaba encargándose del delicado proceso de reconstruir los escudos y establecer un sistema de alarma estable que no se viera afectado por la flor de quiebra. Le resultaba más fácil hacer aquello a solas, en las ruinas de la abadía de Kitalma que lindaban con el Bosque Fantasma. Grey había decidido no examinar los sentimientos tan complicados que experimentaba cuando iba allí cada día.

Tan solo quedaba un día más antes de que ella misma tuviera que acudir al bosque para presentarle su elección a la diosa. Tan solo quedaba un día para que Kier dejase de ser un hombre libre.

Él también tenía las narices metidas en una carta y, sobre la mesa que había arrastrado junto a su escritorio la semana anterior, se acumulaba todavía más correspondencia. A pesar de que su despacho era el de la puerta de al lado, se había pasado tanto tiempo encorvado sobre su hombro o sentado en el suelo mientras discutían qué hacer que había acabado por ofrecerle un hueco permanente en aquella estancia.

Aunque todo iba mejor si podían estar en la misma habitación.

—Me ha escrito amá —mascculló mientras se sentaba en el reposabrazos de su silla. Grey le dio un beso en el hueco del codo, más por hábito que por otra cosa, aunque no se le escapaba el desesperado atractivo del contacto físico habitual—. En Scaela ha nacido un pozo nuevo.

—Eso no podemos verificarlo —replicó Grey mientras se inclinaba hacia delante para poder leer la carta por encima de su brazo—. Es difícil detectar esa habilidad en un bebé.

—Es difícil —asintió Kier—, pero no imposible.

—Y no será más que un rumor hasta que Scaelas no nos diga lo contrario.

—Probablemente, debería regresar a su propia nación —dijo Kier con tono pesimista. Plegó la carta y la arrojó sobre el escritorio de Grey—. ¿Qué estás leyendo?

Ella suspiró mientras sacudía el papel frente a él.

—Las peticiones de nuestro embajador nestriano antes de su llegada. Es un asunto tedioso y hace que me duela la cabeza.

—No piensan demasiado en el estado de tu cabeza —coincidió él mientras se agachaba en un ángulo un poco extraño para darle un beso en la parte superior de la ya mencionada parte corporal tan a menudo descuidada.

—Sela también ha escrito. Quiere celebrar un baile de unión en Cleoc Strata.

—Ah. —El sonido surgió de las profundidades de la garganta de Kier y Grey notó que, de inmediato, se le tensaban todos los contornos del cuerpo—. ¿En Cleoc Strata?

—Sí, pero la carta era de Sela y no de su madre, así que… —Se recostó en la silla mientras hacía girar el anillo de sello que llevaba en el dedo—. Una fiesta grande llena de nobles que apenas hace unas semanas eran nuestros enemigos parece una invitación a un intento de asesinato. He respondido, alegando que, posiblemente, la situación no sea todavía lo bastante estable como para hacer algo así.

—Diplomática hasta el final —dijo Kier, cuyo aliento le revolvió el pelo.

Grey tiró de su brazo y lo arrastró hacia ella. Con un par de maniobras, él se colocó debajo para que se sentara sobre su regazo. La rodeó con los brazos, fuertes y tan seguros como siempre. Por encima de su hombro y a través de la ventana, Grey observó el movimiento del mar, el romper de las olas contra los acantilados y la subida de la marea.

—Hemos recibido más peticiones de ciudadanía —dijo Kier con los labios pegados a su clavícula—. Valdría la pena decidir cómo encargarnos de ese asunto.

—Así es —contestó ella.

Aunque quería cerrar la Isla para mantener cerca de ella a los que ya estaban allí, a aquellos a los que quería, sabía que era un error: en el pasado, el aislamiento de Locke había provocado demasiado miedo y traición. No podía permitir que ocurriera de nuevo.

Llamaron a la puerta. Grey se dispuso a moverse, pero los brazos de Kier no la soltaron. Tal vez fuese inapropiado que encontraran a la alta lady de Locke en el regazo del comandante de la nación, pero su siguiente pensamiento fue que cualquiera que hubiese cruzado más allá de los guardias apostados frente a su puerta (ella se quejaba de su presencia, pero tanto Kier como Scaelas coincidían con vehemencia en que debía mantenerlos. El mago y su padrino casi nunca estaban de acuerdo en nada, pero cuando se trataba de su seguridad, eran una fuerza a tener en cuenta) ya era del todo consciente de que mantenían una relación.

—¿Sí? —dijo mientras cambiaba de postura para que no estuvieran tan pegados el uno al otro.

Se trataba de Leonie, que irrumpió en la estancia con una lista de las provisiones que necesitaba. Brit iba pisándole los talones.

—Reconstruir un hospital no es una tarea sencilla —dijo, directa al grano, a pesar de que, al verlos, arqueó una ceja y los labios se le torcieron en una sonrisa.

Brit se dejó caer en el sillón que estaba frente a la chimenea. Cuando Grey le miró, le hizo un gesto con la mano.

—Ola vuelve a estar con su capitana —dijo con tono sombrío.

En ese momento, sí que se puso en pie para tomar la lista de la sanadora. Le echó un vistazo por encima y empezó a morderse la uña del pulgar mientras se concentraba.

—Se la pasaré a Ikaaron para ver si Scaela puede ayudarnos.

—¿Y qué le darás a cambio? De aquí a final de año, vas a acabar asfixiada con tantos favores debidos —dijo Kier. Tenía los ojos cerrados y los brazos apoyados en los reposabrazos, como si estuviera esperando el momento en el que se sentara de nuevo para poder rodearla con ellos.

—Me parece que todavía no nos han compensado por los últimos dieciséis años —replicó con suavidad.

Dejó la lista sobre la mesa y comenzó a copiarla.

—Por cierto, ya he dado el visto bueno para que Scaelas pueda viajar

—añadió Leonie—.

Puede marcharse cuando desee.

Grey hizo caso omiso del suspiro de alivio de Kier.

—Entonces, ¿se va a ir?

—Pronto. Probablemente mañana.

Grey se irguió poco a poco. Sus pensamientos eran una maraña. A pesar de que la presencia de Torrin ponía nervioso a Kier (sabía que, aunque no lo admitía, y aunque era culpa suya que el hombre hubiera dejado de buscar a su ahijada, estaba resentido con él solo porque le había herido los sentimientos a ella), la entristecía perder sus consejos.

—Podéis marcharos con él si queréis.

Brit y Leonie se limitaron a mirarla, pestañeando.

—¿Qué? —dijo le mague al fin.

Grey comenzó a caminar de un lado para otro mientras la asaltaba una nueva convicción.

—No tenéis por qué quedaros si no queréis. Eron y Ola tampoco. Sois todos scaelanos. No quiero obligaros a permanecer aquí.

—Todos estamos aquí porque queremos estar aquí —replicó Leonie con firmeza.

—Habla por ti misma —comentó Kier, aunque nadie le hizo caso. Grey lo fulminó con una mirada sombría.

—De hecho, ¿qué somos? ¿Lockianos? ¿Lockienses? ¿Locos?

—¡Brit! —masculló la sanadora mientras se frotaba la sien.

Elle sacudió una mano.

—Y, puedes preguntarles a ellos, pero tanto Ol como Er te dirían exactamente lo mismo.

Vamos a quedarnos, Grey. Si eso significa que Scaelas tiene que

venderte nuestros contratos, que así sea, pero nos quedamos.

Grey dudó, todavía insegura. Se preguntó cuándo o si alguna vez llegaría a desaparecer la peor parte de aquella incertidumbre.

—Pero deberías pagarme —añadió Brit—. Yo lo dejo caer.

Grey suspiró mientras tomaba nota mental de revisar la tesorería y discutir el asunto de los salarios con su comandante.

Por la noche, Scaelas y ella cenaron a solas. Él le impartió toda la sabiduría que pudo pero, al final, se limitó a besarle ambas manos antes de decirle: «Nacida de la obsidiana y forjada con hierro. Dioses… Habrían estado orgullosos de ti».

A Grey le costó mucho rato deshacerse del nudo de dolor que se le formó en la garganta.

Tras la cena, se vistió con un conjunto discreto consistente en pantalones negros, una túnica azul y una capa pesada. Después, se escabulló de su guardia y se dirigió hacia uno de los pubs que habían vuelto a abrir recientemente en Osar. En una de las esquinas del fondo, envuelta en sombras, la esperaba una mujer. Estaba bebiendo cerveza y frente al asiento vacío aguardaba un segundo vaso helado. Había llegado aquel mismo día en el barco que habían enviado para recoger a Scaelas y le había mandado un mensaje a través de Eron.

—Maestre Attis —dijo Grey mientras se sentaba al otro lado de la mesa—, me alegro de que hayas podido venir.

La mujer se quedó mirándola. Tenía la zona de debajo de los ojos oscura y ensombrecida, como si estuviera afligida. Abrió la boca para hablar, tragó saliva y apartó la vista.

—Tan solo me gustaría saber que no estaba sola —dijo.

Grey negó con la cabeza.

—No lo estaba.

Attis cerró los ojos. Respiró hondo, contuvo el aliento y, después,

volvió a tomar otra bocanada de aire. Se percató de que se estaba esforzando mucho por no llorar.

—¿Me contaríais cómo ocurrió? —preguntó.

Grey asintió. A pesar del horror y el terror de la situación, era lo mínimo que podía hacer para que Mare descansara en paz.

Estaba demasiado perdida en sus propios recuerdos como para marcharse a la cama, así que subió a la torre, donde el viento invernal le sacudió la melena. No miró el mar, sino en dirección al puerto, donde estaban preparando el barco en el que Torrin regresaría a su nación. Estaba dándose la vuelta para contemplar el océano cuando se percató de que, en uno de los acantilados, resplandecía una luz maga tenue y dorada. La observó con los ojos entornados.

Había un sendero que bajaba hasta el fondo de los acantilados. De niña, a Grey le habían dicho que era para recuperar pecios o cadáveres. Sev y ella lo habían utilizado para atrapar cangrejos. A medio camino había un saliente profundo que quedaba oculto para cualquiera que no estuviera precisamente en aquella misma torre. Era más o menos del tamaño de su patio. De pequeña, su padre y ella solían sentarse allí a veces, protegidos de las inclemencias del tiempo por los acantilados a sus espaldas, para contemplar cómo las tormentas se alejaban de la Isla.

Allí, uno podía sentarse en silencio, sin ser visto, y mirar las costas distantes de Scaela sin que nadie lo juzgara.

Tardó veinte minutos en bajar, pero Kier seguía allí cuando llegó al saliente. Estaba sentado con las rodillas pegadas al pecho y rodeadas con los brazos. Grey vaciló cuando vio que tenía las mejillas húmedas.

—Puedes unirte a mí —le dijo él con voz ronca. Se había percatado de su presencia, cómo no.

Dio un paso al frente con cuidado y se sentó en el suelo a su lado. La luz maga brillaba con suavidad en tono dorado. Ahora, sus luces magas siempre eran de aquel color.

No le preguntó nada. Tras un instante inconmensurable en el que las olas no dejaron de romper contra las rocas, Kier dijo:

—Tan solo estaba pensando en que nunca voy a volver a ver la tumba

de Lot, el árbol que está detrás de nuestra casa, la plaza del pueblo o esa horrible cocina amarilla. —Grey se quedó tan quieta como una piedra. El dolor le atenazó el corazón—. Nunca iré a Lindan para comprobar cómo funciona su magia o a Nisielle. Ni siquiera a Nestria —dijo con lentitud—. O a cualquier otra parte.

—No —contestó ella mientras contenía sus propias lágrimas. Él se quedó en silencio un buen rato mientras el viento le agitaba el pelo demasiado largo—. ¿No vas a intentar huir?

—le preguntó.

Kier resopló, burlón.

—En cuanto abandone la Isla, estoy muerto, Grey, y tus dioses no me devolverán la vida una segunda vez.

Ella se mordió el labio. Desde aquella noche antes de la batalla, no habían vuelto a hablar demasiado de aquella decisión. Cada vez que había sacado el tema a colación, él había suspirado y le había dicho que estaban tomando la única decisión viable. No era poca cosa renunciar a su libertad y, aunque ambos eran conscientes de por qué tenían que escoger aquella opción, le dolía profundamente.

—¿Y si te cansas de mí? —le preguntó.

—Eso no va a ocurrir —contestó él mientras se le suavizaba la voz.

—Pero ¿y si lo haces?

Kier suspiró con gesto sufrido.

—Entonces, supongo que moriré. O puedes marcharte tú y dejarme la Isla para mí solo.

—Nunca voy a darte espacio o a permitir que estés lejos de mí.

Grey vio un atisbo de la curva de su sonrisa atravesada por la cicatriz.

—Una carga, sin duda, pero la soportaré.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también, Grey. —Kier cambió de postura y tiró de ella para que se sentara entre sus piernas, con la espalda apoyada contra su pecho.

Después, la rodeó con los brazos. Allí, enterrada entre su capa, se sintió mucho más abrigada—. Ya te has enfrentado a la muerte y a tus dioses por mí. Yo haría lo mismo por ti, aunque espero que no lleguemos a eso.

Grey se quedó callada un buen rato. Lo que estaba haciendo, lo que ella le estaba obligando a hacer, no era justo en absoluto. Pero, tal vez, después de todo, el amor tuviese un poquito de sacrificio. Y, tal vez, siempre y cuando estuvieran juntos, podría consentir un poquito de tal sacrificio.

—Kier… —dijo.

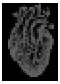
De pronto, se quedó sin palabras, así que se aferró al vínculo y le transmitió todos los sentimientos de calidez, agradecimiento, amor y adoración que pudo. Oyó que él respiraba de forma brusca y entrecortada. Entonces, le enterró el rostro en el pelo y primero le besó la cabeza, después la sien y, por último, el cuello.

Te quiero. Al final de todas las cosas, te quiero, pensó, enviándole el mensaje junto con todos los sentimientos que le estaba mostrando.

—Yo también —le prometió él.

«Creo que el chico te gustaría. Sacrificaría el mundo por ella. Aunque supongo que, al final, todos lo haríamos».

Anotación del diario de Vearn Torrin, alto lord de Scaela, dirigida a Isaak Masidic Locke, fallecido, tras la resurrección de la Isla.



treinta y cinco

El viento, aullante, soplaba entre los árboles del Bosque Fantasma. Aquel era un sonido que Grey conocía tan bien como el latido de su propio corazón. Había pasado muchos años intentando recordar el timbre exacto de aquel ruido de fondo de su niñez.

Llevaba una capa pesada atada al cuello y la capucha bien calada para que le oscureciera el rostro. La gente no solía ir a menudo a rezar a aquel altar abandonado pero, si alguien lo hiciera, no quería que informaran de que se había visto allí a la alta lady de Locke y a su comandante a avanzadas horas de la noche.

—Estate quieta —le dijo Kier—. Me estás poniendo nervioso.

De pie frente al altar iluminado por la luna, tan solo estaba cambiando el peso de un pie a otro, pero intentó obligar a su cuerpo a obedecer.

—¿Acaso no tienes nada de miedo?

El mago hizo una mueca.

—Pensar en ello significa enfrentarme al hecho de que tal vez enfade a tu diosa, que tiene mi vida entre sus manos. Así que lo cierto es que tan solo intento no pensar en ello en absoluto.

Estaba bromeando, pero la verdad que escondían sus palabras hizo que Grey se sintiera como si tuviera el estómago lleno de piedras muy pesadas. Estiró el brazo en el espacio que los separaba y le tomó la mano.

—No mencionó que tu comportamiento fuese a influir en el trato —comentó, intentando mantener un tono de voz ligero—. Lo cual, por motivos evidentes, es una suerte.

Él no contestó. Tenía la vista fija al frente, en el altar. Más bien, parecía una tumba y Grey sospechaba que lo era; que aquel contenedor de piedra era el lugar de reposo eterno de los huesos de Kitalma. Se preguntó si Retarik también estaría allí o si, en realidad, estaría

enterrada en su propia abadía en ruinas, al otro lado de la Isla; si las

diosas habían acabado separadas en la muerte por culpa de la elección de algún mortal.

El templo de Kitalma también había acabado hecho un desastre. La mitad de la pared de detrás del altar, que antaño había mostrado gruesas vidrieras, se había derrumbado sobre el mar en algún momento durante el reinado de alguno de sus ancestros. Ahora, desde allí podían contemplar el océano clamoroso y la espuma de mar que se alzaba cada vez que las olas chocaban contra los acantilados. Era una noche despejada, lo que era poco habitual, y la luna brillaba sobre el agua cubriendo el rostro de Kier de sombras plateadas.

—No es demasiado tarde para que cambies de opinión —le dijo Grey.

Él la miró con recelo.

—No vas a poder librarte de mí tan fácilmente.

Antes de que pudiera responder, el aire que había frente a ellos cambió y resplandeció. De pronto, Kitalma se encontraba delante del altar, allí donde antes no había habido más que luz de luna. Iba ataviada con un vestido sencillo y su armadura, y de una cadena que llevaba en torno al cuello le colgaba un medallón. Era tal como Grey la recordaba: una feroz diosa guerrera, una reina por derecho propio. Un ajuste de cuentas.

—Oh —mascülló Kier con voz suave como si, aun sabiendo lo que sabía, él mismo no hubiese creído del todo en la existencia de la diosa.

—Hija de Locke —dijo Kitalma mientras giraba la cabeza hacia Grey. Luego miró a Kier con rostro inmutable—. Muchacho.

Grey se mordió el labio. Después, inclinó la cabeza con reverencia e hizo el gesto de agradecimiento con la mano derecha. Se lo habían enseñado de niña, principalmente a modo de broma. Durante su infancia habían creído en los dioses, pero no habían seguido sus costumbres.

—¿Habéis tomado una decisión? —preguntó Kitalma.

La luz de la luna parecía moverse a través de ella, como si no fuera del todo real. Grey se preguntó qué ocurriría si estiraba la mano y la tocaba; si atravesaría con la mano la imagen de la diosa y esta se desvanecería en la nada.

—Así es —contestó. Era asunto suyo pronunciar las palabras y arrebatarle a Kier lo que quería entregar. Habría deseado no tener la boca tan seca o la garganta tan irritada. Habría deseado no sentirse como si lo estuviera arruinando—. Yo conservaré mi poder.

—Y yo renunciaré a mi libertad —añadió Kier.

La diosa pasó la vista entre ambos. Por un instante, Grey se preguntó si los estaría juzgando, pero ¿quién podía comprender el juicio de los dioses? Después de todo, había sido Kitalma la que le había robado el corazón a su amante (o a la que se lo habían entregado, dependiendo de la versión de la historia que decidiera creer). Tal vez comprendiera el sacrificio de Kier y lo necesario que era mejor que nadie.

Kitalma estiró el brazo hacia delante y su mano fue volviéndose cada vez más sólida conforme se acercaba al cuerpo del mago. Al final, le apoyó la palma en el pecho. Kier tomó aire de forma brusca. Grey se percató de que, en aquel punto, se removía algo dorado y sin forma. Entonces, pasó del cuerpo de su comandante al de la diosa que, durante un momento, resplandeció con una luz deslumbrante. Aunque lo que más brilló fue el medallón que le colgaba sobre el pecho. Durante apenas un brevísimo segundo, Grey estuvo segura de haber visto a alguien más detrás de ella: el rastro de una mano en la cintura de Kitalma, el destello de la armadura, una masa ondulante de rizos enmarañados… Sin embargo, no pudo discernir del todo la forma de la otra mujer. Tan solo vio su contorno y su sonrisa antes de que desapareciera.

—Entonces, está hecho —dijo la diosa. Tomó la mano de Grey y se la colocó sobre el medallón, que estaba cálido al tacto—. Ahora, perteneces a la Isla y a su hija. Que vuestra unión sea dulce y duradera a lo largo de los años.

Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, Kitalma se desvaneció con la misma rapidez con la que había aparecido, dejando atrás la luz de la luna, el mar y el altar.

—Bueno… —Kier pestañeó con lentitud durante un buen rato—. Eso me ha parecido…

oficial. —Miró a Grey con un júbilo extraño reflejado en el rostro—. ¿Lo has vivido como una ceremonia de matrimonio o solo es cosa mía?

—¿No lo sé? —contestó Grey con tono interrogativo. Flexionó las manos. Se sentía atada a él de un modo extraño, mucho más de lo que

ya lo habían estado tras la ceremonia oficial de enlace—. ¿Tú te encuentras bien?

Él se llevó la mano al pecho y se frotó el punto que Kitalma le había tocado para arrancarle algún tipo de aspecto físico de su libertad. Grey le cubrió la mano con la suya como si así pudiera curarle la herida invisible que se escondía bajo la superficie.

—Me encuentro bien —contestó él, aunque con un deje de tristeza. Tal vez siempre fuera a estar allí. Grey pensó en todos los años que había vivido apartada de su propio hogar, arrancada de él de raíz y echando de menos algo que ya no existía.

—Eres asombroso —dijo.

La tristeza se atenuó solo un poquito. Kier convocó una luz maga dorada que resplandeció de forma leve junto al mar.

—Asombrosamente apuesto —replicó.

Grey le dio un codazo en las costillas.

—Y cada día más molesto.

Él se echó a reír y aquel sonido iluminó la penumbra del templo. Después, le pasó un brazo por los hombros y la condujo de vuelta hacia el Bosque Fantasma, la fortaleza y el resto de su vida.

—Entonces, será mejor que vayas acostumbrándote. No te va a quedar más remedio que aguantarme. Para siempre.

Grey giró la cabeza para besarle el hombro mientras intentaba resguardarse del viento gélido y la lluvia que los azotaba. El tiempo de la Isla siempre era voluble, lo que contrastaba con la calidez resplandeciente que sentía en el pecho.

—Puedo soportar un «para siempre» —dijo.

epílogo

Una noche, tres meses después de su resurrección, la Isla resplandecía gracias a las luces magas de color dorado pálido. Llevaban casi dos días recibiendo barcos, que paraban frente a la costa para que los visitantes pudieran admirar los deslumbrantes escudos nuevos antes de dejar en el puerto a los invitados. Por primera vez desde que Grey tenía uso de razón, Maerin y Osar estaban a reventar y el sonido del júbilo, la alegría y las risas resonaba por todas partes.

Estaba en su dormitorio, preparándose para el banquete, que era el segundo acontecimiento de un festival que iba a durar toda una semana. Ya habían pasado la mayor parte de la tarde en Osar: todo el mundo quería hacerle una reverencia a Grey, besar a Kier en la mano o en la mejilla (sinceramente, aquella era una reacción que comprendía muy bien) o arrojarles pétalos de flores tanto a ellos como al grupito de guardias y consejeros de la alta lady.

Pia, la amá de Kier, estaba detrás de ella, apretándole la lazada del corsé mientras Laurella, su madre, destrozaba por completo a su hijo en una partida de cartas. Imarta estaba sentada en el reposabrazos de la silla de Laurella, comentando las cartas de la mujer de un modo que hacía que Kier se sintiera cada vez más y más frustrado.

—Te dije que no jugaras con ellas —comentó Grey sin aliento. Se pasó las manos por las ballenas del corsé mientras Pia se lo ataba—. Siempre pierdes y siempre te enfadas al respecto.

—No pierdo siempre —refunfuñó él.

Alguien llamó a la puerta. Pia, a la que le preocupaba más el pudor de Grey que a ella misma, le colocó una bata sobre los hombros. Tress, una de sus nuevas asistentas, entró en la estancia.

—Acaba de llegar el barco de Cleoc, majestad —dijo.

—Oh. —Grey suspiró, aliviada—. ¿Puedes ir a buscar a los demás? Pueden venir todos. Los recibiré en mi salita privada.

—Por supuesto, majestad.

—Nunca voy a acostumbrarme a eso —masculló Pia cuando la chica se hubo marchado.

—Espera a que oigas cómo llaman a Kier —contestó ella.

—Me han contado que por los pueblos se menciona mucho el término «imbécil» —comentó Laurella. Se oyó otro sonido grave de irritación cuando volvió a ganarle una mano a su hijo.

Imarta se acercó a la cómoda de Grey y rebuscó entre su colección de pendientes. La mayoría los había rescatado de los aposentos de su madre. Se decidió por un par de granates y se los tendió a Pia.

—Puedo ponerme los pendientes sola —comentó Grey, tomándolos ella misma—. Y vestíos ya. De verdad, me estáis tratando todas como gallinas cluecas.

—Yo no —protestó Laurella.

—No, pero estás haciendo que Kier se ponga de mal humor, y soy yo la que va a tener que pasar con él toda la velada.

Nadie le discutió aquello, pero tampoco dejaron que se recogiera el pelo ella misma. Al final, las despachó y les pidió que, por favor, fueran a Osar antes de tiempo para comprobar que todo estuviera a su gusto. Cuando Pia y Laurella se hubieron marchado, Imarta se detuvo y le posó una mano en la mejilla. En los dos últimos días, durante largos paseos por los caminos de Locke, le había contado todo, sin censuras.

—Excusaré vuestra ausencia —le dijo la mujer antes de darle un beso en la frente.

—Gracias —contestó ella, estrechándole la mano una vez más antes de que se marchara.

Kier se acercó a su espalda mientras se ponía el pesado vestido. Le apartó las manos y le abrochó él mismo los botones diminutos. Sabía que estaba enfadado porque no le había dado un beso ni en el hombro desnudo ni en la curva del cuello.

—Te he dicho que no jugaras —lo regañó ella, incapaz de ocultar la sonrisa mientras se miraban a través del espejo.

—Ay, cállate. —En cuanto acabó con los botones, le posó las manos en la cintura y se la estrechó—. Esta noche estás impresionante.

Grey contempló su traje de gala, gris, negro y serio, que lo hacía parecer imponente y apuesto a partes iguales. Tenía los ojos color

avellana despejados y con una profundidad que le resultaba sorprendente.

—Tú también —contestó con una sonrisa más amplia. Se dio la vuelta entre sus brazos, se puso de puntillas, le pasó las manos tras la nuca y lo arrastró hacia ella para que la besara.

—No podemos hacer esto —dijo él tras un instante mientras se apartaba—. Tenemos compromisos y todo eso.

—Podríamos saltárnoslos —murmuró Grey antes de besarle la mandíbula.

—No deberíamos. El banquete es en tu honor.

—Y en el tuyo —protestó ella—. Si no recuerdo mal, también es para celebrar los escudos.

Y, además, la Isla no habría resurgido ni estaría a salvo sin ti.

—¿Majestad? —Tress había regresado y, con la vista agachada, vaciló junto a la puerta.

Grey se alejó de Kier. Aunque algunas de las personas que trabajaban en la fortaleza habían adivinado la naturaleza de la relación del comandante con su lady, le gustaba protegerla y mantenerla a resguardo en su corazón. Le preocupaba que, algún día, alguien viera a Kier como su punto débil.

Aquel era un sentimiento que se estaba esforzando mucho en superar.

—Vuestros invitados están en la salita —dijo la joven mientras hacía una reverencia.

—Gracias —contestó, antes de darle permiso para que se marchara con un gesto de la cabeza.

La chica se movió con rapidez, sin alzar la vista. Según los rumores, gran parte de los habitantes de Locke seguían temiéndola por su poder, pero eso también era algo que estaba intentando superar. A altas horas de la noche, cuando aquello la preocupaba, Kier le repetía una y otra vez todos los motivos por los que una dosis sana de miedo era algo bueno.

Entraron en la estancia. Eron ya había encontrado el vino que Grey

guardaba para los invitados y estaba sirviendo una ronda, pasándoles las copas a Brit y a Ola. Sela estaba caminando de un lado para otro, cerca de la puerta. Cuando vio a Grey, los ojos se le

iluminaron y se abalanzó sobre ella, que la abrazó con un jadeo, ya que la muchacha la apretó con más fuerza que el corsé.

—Te has puesto el vestido —dijo Sela con la cabeza enterrada en su hombro—. Es mi favorito.

—Me encanta —contestó ella. Se apartó para estudiar el rostro de la chica y se percató de que tenía rastros oscuros de insomnio bajo los ojos—. Todo el vestuario ha sido de una ayuda incalculable.

—Aunque la armadura no cumplió su cometido —dijo Kier con una sonrisa de medio lado mientras apartaba a Sela de Grey para poder abrazarla.

—¡Era decorativa! —protestó la chica.

—¿Sabes cuál es la primera lección de trabajar con Grey? Cualquier cosa con la que parezca que se puede luchar, la usará para luchar.

Sela suspiró, pero no mantuvo el ceño fruncido demasiado tiempo. Se sentó entre Kier y Grey en uno de los mullidos sofás y levantó los pies para apoyarlos en el borde de la mesita. Grey aceptó el vino que le tendió Eron y dio un sorbo.

—No podemos quedarnos durante mucho tiempo —dijo con tristeza—. Una serie de funcionarios, guardias o asistentes podrían irrumpir en cualquier momento para exigir mi atención.

—Lo entendemos —dijo Ola mientras cambiaba el peso de pie. Mantenía el brazo derecho pegado con fuerza al pecho, con la camisa cerrada justo por debajo del codo—. Eres importante.

Grey le guiñó un ojo.

—Pero nunca demasiado importante para ti.

Ola soltó un bufido de burla.

—Dile eso a tu puñetera guardia. Te juro que, el otro día, intenté venir a verte, pero ese grandullón con las cejas…

—¿Conejo? —apuntó Kier, tratando de ser útil.

—¿Qué clase de nombre es «Conejo»? —preguntó Eron.

—Es un mote —le explicó el mago—. ¿Alto como un árbol? ¿Con el pelo rizado?

—Bueno, pues el puñetero Conejo me dijo que no tenía los permisos necesarios. ¡Los permisos necesarios! Dioses santos, Grey… ¡Me despachó un matón que se llama Conejo!

Grey suspiró.

—Hablaré con él —dijo mientras echaba la cabeza hacia atrás y la volvía a apoyar sobre los cojines.

Apenas unos meses antes, aquellas tres personas habían sido su única guardia, pero los había obligado a tomarse el permiso de seis meses que les habían prometido por el traslado de Sela. Y si querían volver a su servicio después de eso… Bueno, Kier tendría hueco para ellos.

¿Y si decidían hacer cualquier otra cosa o marcharse a cualquier otra parte? Eso también le parecería bien.

Mientras tanto, a Grey le resultaba más fácil escabullirse de sus guardias si todos ellos eran desconocidos.

Brit estaba mirándola, subiendo y bajando las cejas. Por su parte, Grey se estaba esforzando por ignorar la pregunta que se le reflejaba en los ojos.

—Bien, porque la próxima vez que vea a ese conejito, no puedo prometer que mi mano no vaya a hacerle nada…

—No está tan mal —murmuró Kier—. Además, mantiene a Grey a salvo.

—Ay, cierra el pico, Kier —dijo Ola con un suspiro, aunque sin tono irritado.

—¿Eron? —preguntó Grey mientras fijaba la vista en el típico—. Ya que estamos, ¿tienes alguna queja que airear?

—En absoluto —contestó él con delicadeza.

Recientemente, había descubierto que pasaba mucho tiempo en las cocinas. No sabía si tenía que ver con el hecho de que, ahora, estaba

interesado en el arte culinario o porque allí había comida excelente a todas horas.

—¿Brit? —dijo con una mueca.

Le mague la miró mientras daba un largo trago a la copa de vino.

—Oh —contestó—. Ya sabes, un poco abrumade por… la expectación.

Grey arqueó una ceja.

—Tal vez podamos hablar de eso mañana —dijo con lentitud.

Se había arriesgado y le había confiado un secreto a Brit (confiaba en elle para muchas cosas, pero los secretos eran una cuestión diferente), pero no iba a permitir que lo arruinara en aquel momento, cuando apenas faltaban unos minutos para que lo compartiera con Kier.

Le mague le dedicó una sonrisa radiante.

—Una noticia excelente. Me levantaré al amanecer para esperar a que me mandes llamar.

Grey se frotó el puente de la nariz. Al otro lado de Sela, su comandante parecía un poco confuso, pero estaba sonriendo de medio lado, tal como hacía siempre que no sentían de forma tan intensa el peso de los nuevos papeles que habían adoptado.

—Deberíamos marcharnos ya —dijo Eron con tristeza—. Yearna me ha amenazado con algo muy grave si manteníamos a Sela alejada de su guardia demasiado tiempo.

Los demás empezaron a prepararse: se pusieron las chaquetas y se terminaron el vino.

Mientras salían por la puerta Kier se dispuso a seguirlos, pero Grey lo agarró del brazo para retenerlo.

—Os veremos allí —le dijo a Ola, que le lanzó una mirada interrogativa. Brit se limitó a sonreír, pero su mano sacudió la cabeza mientras mascullaba en voz baja algo más sobre conejos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kier al mismo tiempo que estiraba el brazo para recolocarle una de las joyas que llevaba en el pelo.

—Nada. Tengo una sorpresa.

Él arqueó una ceja, pero no le pidió más explicaciones.

Grey se puso la capa y salió de la estancia. Cuando despachó a sus guardias y les dijo que fuesen al banquete sin ella, protestaron.

—Estoy con el comandante —dijo—. No me pasará nada.

—¿Señor? —preguntó uno de ellos con tono tentativo.

Kier nunca contradecía sus decisiones, pero sí que insistía en que estuviera segura. Se encogió de hombros.

—Adelante, entonces.

Grey no pudo evitar la sonrisa pícara que se le escapó mientras se marchaban.

Atravesaron los patios y la fortaleza en dirección a las murallas. Allí, Kier elevó el rastrillo con magia y, después, convocó una luz maga dorada mientras lo conducía por el camino que bajaba por los acantilados. Ahora, Grey apenas se percataba del poder que extraía de ella. Gracias al diario de su madre, había comprendido lo que Torrin había intentado decirle. La naturaleza de los soberanos de Locke no siempre era estar casados y enlazados, pero sí vinculados. Después de todo, era Kier el que mantenía los escudos, el que hacía que las luces magas siguieran ardiendo y el que ponía guardas en su puerta. Desde aquella noche meses atrás en la que se habían presentado ante Kitalma en su altar y había renunciado a su libertad, el poder fluía a través de él de forma constante.

—Supongo que no puedo preguntar de qué va todo esto —le preguntó el mago con un brazo entrelazado con el suyo.

—Ya casi hemos llegado —le prometió.

Él suspiró y bajó la vista hacia el dobladillo de su vestido.

—Vas a acabar con la ropa embarrada.

Grey se encogió de hombros. De todos modos, no se trataba más que de una pose que había adoptado. Estaba acostumbrada a estar cubierta de barro y casi todos los habitantes de la Isla la habían visto en peores condiciones. Todos aquellos lujos suponían una alteración consciente de su habitual estado de desaliño.

Cuando doblaron la curva cerrada del camino, la expectación le

revolvió el estómago. Junto a ella, Kier se detuvo y tomó aire con rapidez.

—Grey —susurró, y su nombre fue apenas audible en medio de la oscuridad. Se quedó quieto. Mientras tragaba saliva con dificultad, ella le observó la cara con detenimiento. De pronto, se sintió inundada por una profunda ansiedad, como si hacerle aquel regalo hubiese sido una decisión equivocada.

—Es tuya —le dijo.

Kier asintió, pero no la soltó. En su lugar, le tomó la mano y aumentó la intensidad de la luz maga. Grey se mantuvo un paso por detrás de él mientras recorrían la última parte del camino que conducía hacia el saliente, que estaba protegido de la peor parte de los vientos de Locke.

La casita estaba construida con una piedra azul grisácea pálida, el mismo tono que se utilizaba en las casas de tablones de madera que había en las costas de Scaela, aunque era más robusta que estas y estaba encajada en aquel saliente, con una pared apoyada contra el acantilado. Kier vaciló apenas un instante antes de abrir la puerta. Entraron en la cocina, que estaba pintada de un color amarillo pálido, y él se agarró al respaldo de una silla mientras miraba a su alrededor, maravillado.

Grey no dijo nada.

Él recorrió las diferentes habitaciones: la cocina y, después, el salón, que contenía una chimenea enorme y sillones y sofás mullidos. Había escogido todo pensando en la comodidad y el consuelo y, cada vez que se había quedado atascada, había escrito a Laurella y a Pia. En la última carta que le habían enviado antes de ir a Locke, Laurella le había adjuntado un boceto de Lot y Kier que ella misma había dibujado cuando aún eran niños. En aquel momento, Kier tomó el marco de la repisa de la chimenea y lo sostuvo con gesto indescifrable. Se quedó mirándolo largo y tendido sin dejar entrever nada. Después, volvió a colocarlo en su sitio y subió las escaleras.

Echó un vistazo al baño, los dos dormitorios («Para tus madres y cualquier otra persona que quieras que venga a visitarte», le dijo ella en voz baja) y el despacho antes de subir el último tramo de escaleras. Allí, en el último piso, encontró un dormitorio con una cama amplia, un baúl, y un ventanal desde el que se veía Scaela. Su hogar.

Kier se sentó con pesadez. Grey pensó que era una suerte que la cama estuviera allí para frenar el golpe cuando se le doblaron las rodillas.

Con cuidado, se sentó en el suelo, a su lado, y le apoyó la cabeza en las rodillas. Un silencio muy propio de Locke se posó entre ellos mientras contemplaban el mar. En aquel pequeño refugio, ni el ruido de las olas al romper ni el aullido del viento parecían tan fuertes.

—Grey —dijo Kier en tono quedo mientras se le quebraba la voz.

Cuando alzó la vista, vio que las lágrimas le corrían por las mejillas. Se puso de rodillas, le tomó el rostro entre las manos y se las enjugó con los pulgares.

—¿Te gusta? —le preguntó.

Él tomó aire y, por encima de su hombro, miró en dirección a la ventana.

—Es… Creo que no tengo palabras para describirlo —admitió. Entonces, levantó las manos para cubrir las suyas—. ¿Cómo has hecho todo esto?

Grey se mordió el labio.

—Brit y Ola —contestó—. Estaba segura de que estropearían la sorpresa.

Kier soltó una carcajada entrecortada e irregular.

—Puñeteros materialistas —dijo mientras echaba un vistazo a su alrededor, maravillado, contemplando las vigas oscuras que atravesaban el techo y la colcha de la cama. Dibujó una sonrisa. Debía de haberse dado cuenta de que la colcha era una que sus madres habían traído de su casa.

—Nadie más sabe que existe este lugar.

Kier la miró mientras comprendía algo.

—Y me pediste que pusiera un escudo y guardas en este camino de modo que Ola y tú pudierais entrenar en paz…

—Sí.

—Para que nadie más pueda bajar hasta aquí.

—Sí —contestó ella mientras se le ensanchaba la sonrisa.

—Y me advertiste de que había desprendimientos de rocas en los acantilados para que no viniera solo.

—Lo siento, no quería que la vieras hasta que no estuviera terminada.

Kier sacudió la cabeza, atónito, y se recostó mientras asimilaba todo aquello.

—Una casa —dijo.

—En realidad, una casita. Es una disculpa por haberte arruinado el retiro.

—Grey…

En ese momento, ella apartó la vista y se colocó las manos sobre el regazo. Él le puso las suyas encima.

—Quiero que algo quede muy claro —dijo ella—. Esta casa es tuya, Kier. No mía. No vendré aquí a menos que me invites. Es un lugar para ti y solo para ti. No puedo devolverte tu libertad, pero sí puedo darte un espacio propio.

Él se quedó en silencio un instante. Cuando Grey levantó la vista, descubrió que le estaba estudiando el rostro. Estiró el pulgar para alzarle la barbilla y acercó la luz maga para poder ver cada detalle de su cara. Entonces, se movió y se arrodilló frente a ella. Le pasó los dedos por la clavícula (fue incapaz de reprimir un escalofrío) y se inclinó para besarla con mucha suavidad.

—Si te lo pido, ¿te quedarás a pasar la noche?

—Eso anularía el propósito de que tengas una casa propia.

Kier hizo chocar su nariz contra la de ella.

—¿Y si te lo pido de forma muy muy amable?

—Sí.

Le dio otro beso suave, como el resplandor de su luz maga.

—¿Y no tenemos que asistir a tu fiesta?

Grey sintió que se le curvaban las comisuras de los labios y sonrió.

—Nuestra fiesta —lo corrigió mientras le pasaba los dedos por los costados y el pecho, trazando los detalles de su abrigo—. Es posible que ya le haya pedido a Imarta que, si no nos ve aparecer en media hora… nos excuse ante los asistentes —admitió.

Kier se echó a reír con los ojos brillantes.

—Ay, Locke… —dijo mientras bajaba las manos para sostenerle la cintura. Después, le clavó los dedos entre las ballenas del corsé—. Como siempre, tu capacidad de previsión sigue siendo asombrosa.

Ella le dio un beso en la nariz.

—La nación de Locke acepta tus cumplidos, pero sugiere que respaldes tus declaraciones con acciones, comandante.

Él entrelazó los dedos con los suyos.

—¿Acaso yo no soy Locke también? —le preguntó con un leve rastro de duda en la voz.

—¿Deseas serlo? —replicó ella. No se atrevía a hacerse ilusiones.

Aquella duda no se desvaneció.

—Solo si tú lo deseas.

Más abajo, las olas rompían contra las piedras mientras el mar se abalanzaba sobre los acantilados oscuros de la isla de hierro. Grey le pasó los dedos por las mejillas mientras le escudriñaba el rostro. Antes de que pudiera evitarlo, una sonrisa se apoderó del suyo.

—Entonces lo eres, Locke.

agradecimientos

Qué viaje tan extraño y placentero ha sido este.

A mi editora, Nadia Saward: gracias por ver algo en mí, en este libro y en este mundo. Ha sido un honor y un deleite trabajar a tu lado y tengo mucha suerte de contar contigo como editora y como amiga. No creo que haya espacio suficiente para la cantidad de sentimentalismos que tengo que soltarte, así que, sin ningún orden en particular: gracias por tus correcciones perspicaces y tus consejos, tu compasión cuando sentía como si el mundo se estuviera viniendo abajo y tu apoyo sin fin a lo largo de todo el proceso.

Gracias a todo el equipo de Orbit UK que ha hecho posible este libro: Anna, Joanna, Nazia, Jenni, Emily, James, Serena, Ella, Madeleine, Tom y el resto de las personas que han aportado su granito de arena. Gracias a Rebecka por dar vida a Idistra (me encanta mi amiguito dragón) y a Jane por percatarse de mis peores erratas. Muchas gracias a Anna Moshak por crear una ilustración tan maravillosa para la cubierta.

Gracias a Uwe y Amelia por conseguir que este libro cruce la meta y al equipo de TriadaUS

por el apoyo.

Gracias a Maddy Belton por darme una oportunidad y al equipo de Madeleine Milburn por llevarles esta historia a los lectores de todo el mundo. A Maddy, Valentina y el resto de los miembros del equipo: me habéis cambiado la vida.

Toda mi admiración y agradecimiento para los equipos de mis editoriales internacionales, que han llevado el libro a nuevos lectores: Il Castoro en Italia, Piper en Alemania y Umbriel en España. Gracias a Madeleine Colavita, Grace Fischetti y todo el equipo de Grand Central por llevar la novela a los Estados Unidos: mis padres están en deuda con vosotros (aunque solo tienen permitido leer la versión censurada).

Esta idea creció gracias a los primeros lectores, así que un agradecimiento enorme para Caitlin, Debbie, Emma y todas las demás personas que leyeron los primeros borradores y animaron a Grey y a Kier a lo largo de su viaje. Tasha, gracias por a) enseñarme a escribir para adultos, b) dejarme sufrir al menos tres colapsos emocionales en

tu sofá y c) aceptar sin discusiones que escribiera el segundo libro en tu bandeja de entrada (ya hablaremos más tarde de eso). ¡Caballeras, caballeras, caballeras por siempre jamás! Georgia, gracias por lidiar con todos y cada uno de mis ataques nerviosos y debatir conmigo cuáles serían los modos más efectivos de matar a un interés romántico. A Saara, Karin, Cherae, Sam, Alice y el resto de mis amigos escritores: gracias por los desayunos en Dishoom, las sesiones de escritura y los muchos debates que no deberíamos mantener en público pero mantenemos de forma inevitable. Existir en un lugar con individuos creativos tan increíbles lo ha cambiado todo sobre el modo en el que escribo. Becca y Shakira, gracias por dejarme despotricar sobre el caos general del mundo editorial. A Katie Moss y Carly Suri: gracias por vuestra sabiduría infinita sobre armaduras, armas y todo tipo de entresijos.

Para la Ilumicrew: os quiero a todos y cada uno de vosotros (aunque me aterra empezar a escribir nombres y olvidarme de alguien); hacéis que el mundo del libro sea mucho más divertido. Daphne, has hecho que mi vida sea mejor de un millón de maneras diferentes pero, por encima de todo, gracias por ser una amiga maravillosa. A Davi y Cat: no hay otros dos mapaches con los que me gustaría más compartir una gabardina. Al equipo de Illumicrate: gracias por dar vida a esta fabulosa edición. Katie, Yas y Layla: hacéis magia.

Akash, gracias por inspirarte en mi libro para darle nombre a tu gato.

A Adam Roberts y Prudence Bussey-Chamberlain: este libro no existiría sin vosotros (y tampoco el anterior que no se ha publicado). Gracias por vuestra paciencia y consejos a lo largo de los últimos años. Gracias también a mis alumnos, que me hacen pensar (es decir, obsesionarme) de forma habitual en la creación de mundos y las convenciones de la fantasía.

Gracias a todos los lectores, bloggers, bookstagrammers, tiktokers, reseñadores y apreciados profesionales del sector editorial que han apoyado tanto este como los libros anteriores. Ha sido un auténtico placer conocer a tantos de vosotros a lo largo de los años.

Una mención especial para Lili, que ha estado presente desde el primer libro y es todo un deleite, y para Charlotte, que no dejó que me desmayara en la Comic Con durante uno de los días más surrealistas de mi vida.

Como siempre, no habría llegado a ninguna parte sin mi familia. A mis padres, Jane y Vic: gracias por quererme, apoyarme e intentar comprender el sector editorial. Todo mi amor y agradecimiento para Lex y James, Dana y Tony y todos los miembros tanto de mi familia como de mi familia política, que llevan muchos años apoyándome. Gracias a todos los Bovalino, Robinson, Stewart, Anderson, Weaver, Mosses, McKenzie, Mutchell y otros familiares varios. Sir Gordon, mi gatito: espero que mi obra te parezca tan satisfactoria como siempre.

Y, por último, Matt: haces que mi mundo sea más luminoso y te amo por ello. Si no te tuviera en mi vida, no habría más historias de amor.

sobre la autora

V. L. Bovalino (ella) es originaria de Pittsburgh, Pennsylvania, y ahora vive en Reino Unido con su pareja y un gato muy ruidoso. Posee un doctorado en Inglés y divide el tiempo que no pasa escribiendo entre el sector editorial y el académico. También escribe libros juveniles como Tori Bovalino, incluyendo *My Throat an Open Grave* y *The Devil Makes Three*. A Tori le encantan las historias de miedo, los datos pocos conocidos sobre libros académicos y los jerséis poco prácticos y demasiado grandes. Puedes encontrarla en Instagram como

@toribovalino.